



FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA
Y RELACIONES INTERNACIONALES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
DOCTORADO EN CIENCIA POLÍTICA

TÍTULO DE LA TESIS

*Identidades militantes. Partido, rituales políticos y Nación en los orígenes del
radicalismo y el socialismo argentinos (1890-1912)*

AUTOR: Francisco J. Reyes

DIRECTORA: Dra. Natacha C. Bacolla

CO-DIRECTORA: Dra. Marcela P. Ferrari

Fecha: 2016

RESUMEN

En esta tesis se aborda el proceso de construcción de identidades político-partidarias en el cambio del siglo XIX al XX, ejemplificadas en el radicalismo y el socialismo argentinos. La perspectiva adoptada comprende a estos fenómenos de la modernidad política como entidades complejas, en constante reformulación, signadas por dimensiones culturales más abarcativas, en donde se destaca el papel que ocupó en ese contexto general la cuestión de la Nación y sus implicancias a la hora de definir el tipo de comunidad política legítima y deseable.

El carácter necesariamente interdisciplinar de la investigación se basa primeramente en conceptos provenientes de la Teoría Política y la Ciencia Política, pero pondera asimismo los aportes y cruces con aquellas disciplinas que han realizado avances fundamentales para desagregar los distintos aspectos referidos a la importancia de lo simbólico en la configuración de solidaridades políticas de carácter militante, como la Antropología y la Historia políticas. A partir de esta conjunción, se privilegia un enfoque cualitativo, en el cual los insumos y fuentes fundamentales para reconstruir estos procesos están constituidos por los discursos, manifiestos y documentos de las organizaciones partidarias, así como por memorias, imágenes, testimonios y crónicas periodísticas de aquellas prácticas políticas consideradas clave en toda identidad política, como son los rituales conmemorativos.

En este sentido, el análisis del devenir de las identidades de la Unión Cívica Radical y del Partido Socialista desde la década de 1890 remite a problemas más amplios que impactan sobre el mismo, tanto del ámbito local como de un dinámico contexto internacional. Cuestiones que se vinculan y tensionan, en ocasiones de forma conflictiva, con el desarrollo del nacionalismo, la democracia y la política de masas, que tuvieron en el momento del Centenario un cambio epocal, y dentro de las cuales las construcciones identitarias y las referencias simbólicas de radicales y socialistas adquirieron su densidad como fenómenos de larga duración histórica.

ABSTRACT

This thesis analyzes the building process of political party identities in the turn of the nineteenth and twentieth centuries, exemplified by the Argentinean radicalism and socialism. The perspective adopted understands these phenomena of political modernity as complex entities, in constant reformulation, marked by more comprehensive cultural dimensions, in which the role occupied by the question of the Nation and its implications stands out, when it comes the time to define the type of legitimate and desirable political community.

The necessary interdisciplinary nature of the research is based primarily on concepts from Political Theory and Political Science, but also ponders the contributions and interrelations with those disciplines that have made fundamental advances to disaggregate the various aspects related to the importance of the symbolic, in the configuration of political solidarities of militant character, such as Anthropology and Political History. From this conjunction, a qualitative approach is privileged, in which the essential inputs and sources for the reconstruction of these processes are constituted by discourses, manifestos and documents from political organizations, as well as memories, pictures, testimonies and newspaper reports of those political practices considered key in every political identity, such as commemorative rituals.

In this regard, the analysis of the evolution of the identities of the Unión Cívica Radical and the Socialist Party since the 1890s refers to broader issues that impact on it, both locally and in a dynamic international context. Issues that are linked and stressed, at times in a conflicting manner, with the development of nationalism, democracy and mass politics, which had by the time of Centenary an epochal change, and within which identity constructions and symbolic references from both, radicals and socialists, acquired its density as long-term historical phenomenon.

AGRADECIMIENTOS

A quienes forman parte de esa “causa” cultural y ese legado dorado que es *Estudios Sociales*, que además son amigos. A quienes iniciaron la larga marcha del Doctorado en 2012 en la Siberia, con quienes compartimos grandes encuentros, sobre todo a Joaquín, Catalina, Abelardo, Mariela, Ezequiel, Lilita y Adolfo, por las innumerables charlas y por hacer de esto algo mucho más interesante. Este trabajo también está dedicado a los compañeros de la cátedra de Historia Institucional Argentina de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral, por atravesar juntos las sendas de la docencia en la universidad pública. Va un reconocimiento para aquellos docentes de los seminarios del Doctorado, donde se discutieron las formulaciones originales y las posteriores de muchas de las ideas aquí volcadas, y se continuó aprendiendo y disfrutando del otro lado del aula: Carlos Altamirano, Susana Villavicencio, Ana Castellani, Juan Ignacio Piovani, Sebastián Mazzuca, Anahí Ballent, Hugo Quiroga y al notable historiador cultural que fue Eduardo Hourcade. Aquí cabe una mención también a quienes siempre se han encargado con gran atención y prestancia de las invisibles tareas administrativas de esta carrera rosarina, así como de quienes han hecho lo propio en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral, donde se radicó la beca mediante la cual se financió la investigación.

A quienes efectuaron comentarios a distintas ponencias y trabajos presentados en una gran cantidad de congresos y jornadas, cuyos aportes contribuyeron también a problematizar, revisar y reformular argumentos e hipótesis, aunque pudieran no acordar con muchos de ellos: Diego Mauro, Javier Moyano, Martín Castro, María Inés Tato, Nicolás Quiroga, Aldo Marchesi, Luciano De Privitellio, Hilda Sabato, Laura Cucchi, Inés Rojkind, Flavia Macías y Sebastián Giménez, entre otros. Por su parte, Alejandro Cattaruzza tuvo la generosidad de prestarse para discutir algunos puntos nodales de la investigación, en especial lo relativo al fascinante y siempre intrincado tema de las culturas políticas, compartiendo sus intuiciones al respecto. Una mención especial merecen Gerardo Aboy Carlés y Julián Melo, quienes además de sus muy estimulantes aportes para pensar las identidades políticas y de sus desafiantes cuestionamientos, brindaron el marco de su seminario para discutir algunos avances propios al respecto, dando por descontado su palabra franca. Lo propio han hecho

Carlos Herrera y Ricardo Martínez Mazzola desde la Red de Estudios sobre el Socialismo Argentino, la cual constituye un novedoso y promisorio espacio de intercambio y discusión. En particular Ricardo, un referente absoluto para el tema de esta tesis, se mostró rápidamente interesado en intercambiar trabajos y compartir impresiones sobre el Partido Socialista y su relación con el radicalismo, pese a la disparidad de trayectorias.

Con Nahuel Victorero y Nahuel Ojeda Silva las charlas (sobre todo virtuales) han sido en estos años tan fructíferas como regulares, permitiendo el segundo una memorable visita al gran Ezequiel Gallo. Juan Buonuome también me honró con su intercambio y por compartir su gran trabajo sobre la cultura socialista en Argentina. En tanto Lucas Poy y Vicky Persello han facilitado en distintos momentos materiales para el estudio del socialismo y el radicalismo. En otro plano, con Marcelino Maina, Matías y Leandro Drivet y Nicolás Alles, estos temas y problemas –e infinidad de otros más– forman parte de un intercambio cotidiano abonado por el honor de su entrañable amistad. Sobre todo, las innumerables conversaciones con Nico han permitido ir al fondo de las complejas cuestiones relativas a lo político, al igual que con el compañero Fer Suárez, con quienes nos une una amistad en la cual estas charlas son una condición de posibilidad, un debate y un disfrute cotidiano.

Parece difícil expresar la deuda y lo que significó la presencia de Darío Macor y Susana Piazzesi para arribar a este resultado. No sólo por sus valores como historiadores y pensadores de la política, sino porque es gracias a ellos y a su calidad como personas –comprometidas con causas ya centenarias y que sólo podremos malamente imitar– que estas líneas pueden ser escritas. Estarán siempre detrás de estos y otros esfuerzos; su obra y su legado son inmensos. Marcela Ferrari, por su parte, aceptó ocupar un lugar que se revela cada vez más como una feliz decisión, por el ejemplo de su profesionalismo y por su humanidad, lo que resulta invaluable. Natacha Bacolla también asumió unas funciones de dirección en circunstancias no elegidas y con su impecable apoyo, estímulo y seguimiento, posibilitó llevar a buen puerto esta apuesta del conocimiento y de la voluntad. El agradecimiento para con ella continuará siendo tal en los nuevos caminos. A mi padre, siempre curioso por raíces y genealogías; a mis hermanas y mis sobrinos, porque somos parte de lo mismo *malgré tout*; a mi madre, ese himno a la voluntad que no cabría en sí.

Ante todo, a quien conocí por elegir esta senda y elegí para para compartirla juntos, como hizo ella conmigo. Porque es una compañera que da sentido al día a día, que es lo importante, y también a todo lo demás. Para Flor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	10
I. Problema.....	10
II. Objetivos e hipótesis.....	16
a. <i>Objetivos</i>	16
b. <i>Hipótesis</i>	18
III. Metodología y organización de la tesis.....	19
a. <i>Metodología</i>	19
b. <i>Organización de la tesis</i>	21

PRIMERA PARTE

LA NUEVA POLÍTICA. EL ORIGEN DE DOS IDENTIDADES PARTIDARIAS....24

I. Identidades paralelas. El momento de 1890 y las configuraciones originarias del radicalismo y del socialismo	25
I. 1. La crisis como partera de identidades.....	25
a. <i>Los diagnósticos, entre la confluencia y el contraste</i>	25
b. <i>De los acontecimientos como hitos fundadores: el 1º de Mayo y la Revolución del Parque</i>	34
I. 2. El origen de las identidades y el partido como “centro”.....	39
a. <i>Dos asambleas, dos discursos, dos relatos</i>	40
b. <i>El rito de unidad como bisagra partidaria</i>	53
I. 3. ¿Religiones civiles/religiones políticas? La identidad política como creencia.....	57
a. <i>Causas trascendentes terrenales</i>	57
b. <i>Una cruzada para la regeneración patriótica</i>	61
c. <i>La religión nueva del socialismo</i>	64
I. 4. Una interpelación fundamental: radicales y socialistas ante la Nación en el cambio de siglo.....	71
I. 5. Los caminos divergentes del fin de siglo: variantes de la nueva política.....	87

SEGUNDA PARTE

RITUALES Y MITOS POLÍTICOS EN IDENTIDADES PARTIDARIAS DE LA ARGENTINA FINISECULAR.....100

II. El lugar de las conmemoraciones de la revolución del Parque en la constitución de la identidad

radical.....106

II. 1. De rituales y mitologías políticas.....106

II. 2. De los contextos a la organización de las conmemoraciones.....111

a. *El marco político: de la Unión Cívica al conflicto argentino-chileno*.....111

b. *La organización y ritualización de las conmemoraciones*.....122

II. 3. Los actos, el itinerario y la liturgia radical.....126

II. 4. Variaciones sobre un ritual político finisecular. Las conmemoraciones de las revoluciones provinciales.....139

II. 5. Discursos y sentidos de un rito identitario.....154

II. 6. Del rito al mito. La Revolución y la identidad radical.....160

III. La conmemoración del 1° de Mayo como construcción de un ritual partidario para el socialismo.....166

III. 1. El “proletariado universal” en Argentina.....166

III. 2. La pedagogía política socialista o la obsesión por la propaganda.....170

III. 3. La temprana consolidación de un ritual partidario.....180

III. 4. De la reunión a la manifestación: las formas de la conmemoración.....188

III. 5. Las tres fuentes del ritual socialista, una interpretación.....202

III. 6. El 1° de Mayo y la consolidación de una identidad partidaria.....211

TERCERA PARTE

DIVISIONES, REINVENCIONES Y CAMINOS DIVERGENTES EN EL CAMBIO DE SIGLO.....214

IV. Familias agitadas. Las disputas por las identidades del radicalismo y del socialismo a comienzos del siglo XX.....215

IV. 1. Un nuevo clima político agitado.....215

IV. 2. ¿Qué partido? La “causa” socialista y la “causa” radical en el nuevo siglo.....222

a. *Un partido obrero, del progreso y la civilización*.....222

b. *La regeneración en busca de su abanderado: del “partido nuevo” a la nueva UCR*.....228

IV. 3. Sobre creyentes, traidores y mistificadores: las formas de las disputas por las identidades

políticas.....234

a. *Una milicia de creyentes al rescate de una tradición. La reorganización como revolución*.....235

b. *La herejía sindicalista o “los dos socialismos”*.....246

IV. 4. Viejos y nuevos sentidos de los rituales identitarios.....258

a. *El 1º de Mayo socialista, entre la pérdida del monopolio y la consolidación partidaria*.....260

b. *Dos revoluciones, una Revolución: el calendario conmemorativo del nuevo radicalismo*.....271

CUARTA PARTE

NACIÓN Y DEMOCRACIA EN LA ARGENTINA DEL CENTENARIO (1909-1912).....282

V. La patria es el otro, pero no para siempre. Los socialistas, la cuestión nacional y la democracia.....288

V. 1. Introducción.....288

V. 2. La patria es el “otro”: los socialistas ante el Centenario.....289

V. 3. ¿Por qué importan los símbolos? Las banderas en cuestión.....	302
V. 4. La otra alma del PS: el “buen nacionalismo” socialista.....	315
V. 5. La confianza en el porvenir: socialismo, nación y democracia.....	329
 VI. La última estación. La regeneración radical entre el Centenario y la reforma política.....	344
VI. 1. La Revolución desarmada: la UCR frente al ocaso del régimen.....	344
VI. 2. El Centenario radical, entre Nación y democracia.....	354
VI. 3. Algo más que una polémica: la disputa por el “verdadero radicalismo”.....	363
VI. 4. Una religión cívica ante la promesa de sus mitos.....	378
VI. 5. La Revolución consumada o el inicio de la regeneración.....	395
 CONCLUSIONES GENERALES.....	403
 APÉNDICE DE IMÁGENES.....	412
 BIBLIOGRAFÍA.....	429
I. Bibliografía general.....	429
II. Radicalismo.....	455
III. Socialismo e izquierdas.....	460
IV. Libros, artículos, memorias y colecciones de documentos.....	478
V. Periódicos y revistas.....	489

INTRODUCCIÓN

I. Problema

El tema fundamental que aborda este trabajo refiere a la formación de las primeras identidades político-partidarias en los albores de la política de masas en Argentina. La necesaria historicidad que sustenta dicho análisis se focaliza en el período desarrollado entre la década de 1890 y el proceso de democratización política iniciado a inicios del siglo XX, el cual tuvo como colofón la reforma política sancionada en 1912 luego de la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo. En particular, la indagación toma como objeto a las dos fuerzas políticas que, gestadas desde la oposición política a la coalición gobernante a lo largo de todo el período (el Partido Autonomista Nacional, PAN), dieron forma en esos años a dos potentes solidaridades políticas de carácter militante: la Unión Cívica Radical (UCR), creada en 1891 y reorganizada a principios del nuevo siglo, y el Partido Socialista (PS), institucionalizado como tal luego de un proceso de confluencia de distintas agrupaciones socialistas entre 1894 y 1896. Si bien es cierto que, como todo punto de partida, el posterior devenir y el protagonismo de ambas identidades políticas a lo largo de todo el siglo XX justifican la elección temática, lo que importa aquí es restituir la significación de sus orígenes tratando de no dejarse guiar por la densidad y el conjunto de sentidos acumulados hasta arribar a ese punto de llegada, aunque estas construcciones ulteriores sobre el radicalismo y el socialismo hayan sido tenidas en cuenta.

Ello no quiere decir que éstas fueran las únicas fuerzas políticas opositoras a los gobiernos conservadores del cambio de siglo, ni que la dinámica política de las facciones de la elite gobernante no fueran centrales para la definición de los procesos políticos, como lo han demostrado clásicamente Natalio Botana (BOTANA, 1977) y los trabajos que le siguieron al respecto, si bien cuestionando algunos de sus planteos sobre la homogeneidad de dicho régimen (ALONSO, 2010; CASTRO, 2012). Sino que se ha privilegiado la forma en que radicales y socialistas lograron instalar un singular estilo político que valorizaba la apelación a una serie de elementos rituales y simbólicos abocados a la movilización política de importantes sectores de la sociedad. Cabe aclarar también que este fenómeno de emergencia de nuevas formas de acción política y de nuevas identidades colectivas, que podían circunscribirse o no dentro de los marcos de organizaciones partidarias, se instalaba

en un contexto más general dentro del mundo occidental finisecular. El mismo estuvo signado, simultánea y hasta dialécticamente, por la consolidación de los distintos Estados nacionales, la emergencia del nacionalismo como ideología y sentimiento cada vez más extendido entre las poblaciones de aquellos¹. Pero también por las presencias cada vez más patentes de un movimiento obrero y, dentro del mismo, de un movimiento socialista que reivindicaba una conciencia de clase específica y la necesidad de que su accionar trasvasara las fronteras nacionales, mandato que tendrá un hito fundamental en la creación de la Segunda Internacional obrera y socialista².

En este sentido, las preguntas fundamentales que guiaron la investigación pueden sintetizarse de la siguiente manera: a) ¿mediante qué prácticas políticas y representaciones simbólicas tomaron forma las identidades partidarias del radicalismo y del socialismo entre la década de 1890 y el cambio de régimen político concretado en Argentina hacia 1912?; b) ¿cómo evolucionaron esas identidades políticas en el cambio de siglo al calor del desarrollo de ambas organizaciones partidarias, las cuales sufrieron avatares como escisiones, divisiones e incorporaciones, hasta virtuales disoluciones y períodos de fuerte represión?; y c) ¿qué relación establecieron las identidades políticas de la UCR y del PS, sus rituales y sus ideas-fuerza ante el creciente predominio de ese fenómeno cultural, político e ideológico más general que fue el nacionalismo? De acuerdo a estas coordenadas, el eje problemático se instala dentro de la perspectiva de los estudios de culturas políticas. Esto es, una vía de acceso a la complejidad de *lo político* en la que confluyen distintas disciplinas³, desde la Ciencia Política a la Antropología y los Estudios Culturales, para dar cuenta de:

“una especie de código y un conjunto de referentes (principalmente valores, creencias, memoria específica, vocabulario propio, sociabilidad particular, ritualizada

¹ Sobre la expansión del nacionalismo, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX, ver fundamentalmente GELLNER (1988), HOBBSBAWM (1991), ANDERSON (1993), VIROLI (1995), SMITH (1998) y BERGER (2006a), amén de una profusa bibliografía sobre el tema. Para su emergencia en el caso argentino, remitimos a BERTONI (2001) y DEVOTO (2002), aunque podría apelarse a una periodización más amplia que traslade los orígenes del problema de sus orígenes hacia la primera mitad del siglo en vinculación con la emergencia de una identidad nacional (TERÁN, 1994; WASSERMANN, 1997; y CHIARAMONTE, 2005 y 2007)

² La bibliografía al respecto también es muy amplia, pero cabe citar a COLE (1959), DROZ (1975a), KRIEGLER (1986), ELEY (2002), BERGER (2006b) y VAN DER LINDEN (2006).

³ Según su clásica definición, Pierre Rosanvallon establece una distinción entre *lo político* y *la política*, al confinar esta última al campo inmediato de la competencia partidaria, el ejercicio del poder, la acción gubernamental y la cotidianeidad de las instituciones, mientras que el primer término refiere al campo complejo en donde se conjugan el poder y la ley, el Estado y la Nación, la igualdad y la justicia, la identidad y la diferencia, la ciudadanía y la civilidad (ROSANVALLON, 2003: 20).

o no...) formalizados dentro de un partido o difundidos dentro de una familia o de una tradición política, y que la dotan de una identidad propia” (SIRINELLI, 1999: 462).

Al respecto, como precisión conceptual, si de lo que se trata es de dar cuenta de la creación de unos vínculos militantes referenciados en coordenadas inicialmente muy disímiles, como fueron las del radicalismo y del socialismo, resulta problemático hablar de una única “cultura política argentina”, instalada como una suerte de tradición omniabarcativa, que impregnara todas las dimensiones antes mencionadas –así como la existencia de un canon emanado de la misma, implicando eventuales desviaciones– para el caso de aquellos que intervinieron durante el período aquí analizado. En cambio, cabe pensar en una diversidad de culturas políticas –más consolidadas algunas, que tomaron forma luego otras–, de acuerdo al supuesto de un escenario general signado por una pluralidad tensionada y en constante reformulación, en donde aquellas interactúan y eventualmente entran en conflicto, lo que aporta el marco para comprender las referencias y los posicionamientos de los distintos actores (BERSTEIN, 1992; SIRINELLI, 1998)⁴.

Como se sabe, la UCR y el PS constituyen objetos de indagación con un amplio recorrido en la historiografía argentina, en gran medida, porque el primero habría protagonizado de forma exitosa el tránsito del régimen oligárquico al régimen democrático, mientras el segundo habría fracasado en dicha empresa, entre otros motivos, por su dogmatismo teórico y encontrarse sobre todo limitado a la ciudad de Buenos Aires (PORTANTIERO, 1982)⁵. Buena parte de los trabajos clásicos, influenciados por la teoría de la modernización de raíz sociológica, se centraron en establecer un vínculo entre ambas fuerzas políticas y sus bases sociales en el momento de cristalización experimentado por la estructura socioeconómica del país producto del auge de la economía capitalista

⁴ Para una discusión en torno al concepto de *culturas políticas* y sus sucesivas etapas teórico-disciplinares, desde las formulaciones deudoras de la sociología de la modernización de Gabriel Almond y Sidney Verba en la segunda posguerra (el modelo de la “cultura cívica”), hasta las investigaciones de las últimas décadas provenientes de un cruce de los campos de la Historia y la Ciencia Política, con aportes de la semiótica antropológica deudora de Clifford Geertz, ver: PROCHASSON (2002), KNIGHT (2005), DE DIEGO ROMERO (2006) y CABRERA (2010).

⁵ Sobre la historiografía del radicalismo, ver la síntesis propuesta en la Introducción de ALONSO (2000a); en cuanto al PS, ver CAMARERO Y HERRERA (2005).

agroexportadora (GERMANI, 1968; ROMERO *et al*, 1969; ROCK, [1975] 2005)⁶. Más recientemente, algunos análisis se abocaron a definir la singularidad de la UCR en sus años fundacionales a partir del carácter “moderno” de su organización partidaria, sustentada en un sistema de comités y convenciones, tomando como modelo en lo empírico el ejemplo de los partidos norteamericanos y en lo teórico a trabajos clásicos de la sociología de los partidos políticos, como los de Robert Michels y Maurice Duverger (ALONSO, 2000a y 2000b; PERSELLO, 2000 y 2007). En lo que respecta al PS, si bien su historia se ha encontrado tradicionalmente ligada a la evolución y a las pujas de las distintas tendencias dentro del movimiento obrero (MAROTTA, 1960; ISCARO, 1973; FALCÓN, 1984; POY, 2014), en los últimos años trabajos como los de Ricardo Falcón (2007), Horacio Tarcus ([2007] 2013) o Ricardo Martínez Mazzola (2008) han puesto el acento en ciertos aspectos intelectuales, doctrinarios y organizativos fundamentales para comprender la construcción de su identidad política en el cambio del siglo XIX al XX.

Estos aportes revisten una importancia innegable para reconstruir los orígenes de las identidades radical y socialista. Pero aquí se abordarán en paralelo otras dimensiones más descuidadas por los diferentes análisis, como fueron la recepción o elaboración e implementación por parte de ambas dirigencias de un conjunto de mitos, ritos y símbolos que constituirán el núcleo duro de dichas identidades partidarias. En última instancia, esto permite concebirlas como instancias de sacralización de la política en la forma de religiones civiles o seculares, analogables a las puestas en marcha por los Estados en los procesos de formación de sus respectivas identidades nacionales. En este punto debe aclararse que la crisis económico-política de 1889-1890 –que fue vivida por los actores históricos contemporáneos como una verdadera crisis moral y nacional (ROCCHI, 2003)–, el ciclo de movilización y violencia política inaugurado por la llamada revolución del Parque y sucesivos alzamientos provinciales, otorgaron a esos años el carácter de un “tiempo caliente” fecundo en la producción de imaginarios sociales (BACZKO, 2005: 39).

La referencia a la sacralización de la política, que acompañó y contribuyó a otorgar singularidad al proceso analizado, se entiende entonces como la asignación de un carácter trascendente a la propia acción política. Éste podía expresarse discursivamente en metáforas

⁶ Un ejemplo relativamente temprano de esta corriente, pero en el cual se advierten notables matices que complejizan su planteo, acercándolo a algunas de las perspectivas renovadoras de la historia política, de la cual cabe pensarlo como un precedente importante, es el de GALLO y SIGAL (1965).

religiosas a la hora de definir la propia “causa”, entendida como una creencia (MOSSE, [1975]; GENTILE, 2007)⁷, pero también en rituales político-conmemorativos de gran significación emotiva para sus participantes, con connotaciones conflictivas para quienes no compartían sus premisas (KERTZER, 1988; ABELÈS, 1991)⁸. Tanto la conmemoración anual de la Revolución del Parque llevada adelante por los radicales desde 1891 –en disputa por su sentido frente a otras fuerzas políticas, como el mitrismo–, como la celebración del 1° de Mayo por parte de los grupos que confluyeron desde 1894 en el PS –también en competencia eventual con las agrupaciones anarquistas– lograron movilizar a miles de personas en Buenos Aires y en otros puntos del país, en nombre de la “misión histórica” que se autoasignaban sus promotores. Al mismo tiempo, estas prácticas manifestantes apelaban a una sociabilidad y a un compromiso militante de parte de sus adherentes que se extenderá, en sucesivos círculos de participación, incluso más allá de las estrictas filas partidarias, involucrando por ejemplo a mujeres, niños y espectadores en general, intelectuales y autoridades gubernamentales.

Definidas entonces como “prácticas sedimentadas configuradoras de sentido que definen orientaciones gregarias de la acción a través de un proceso de diferenciación externa y homogeneidad interna” (ABOY CARLÉS, 2001: 64), las identidades políticas de la UCR y del PS se presentan como fenómenos históricos gestados en la década de 1890 y que son susceptibles de ser analizados como sendas respuestas al momento de crisis y conflictividad política abierto en esos años, con el proceso de consolidación estatal y de modernización capitalista experimentados por el país como telón de fondo⁹. A partir de ese marco, se entiende que las mismas tuvieron un desarrollo a lo largo de sucesivos momentos y coyunturas singulares. Estos fueron las revoluciones radicales en provincias, el conflicto limítrofe argentino-chileno, la ola de protestas sociales y la reacción gubernamental represiva de principios del siglo XX, la división de la coalición de gobierno, el Centenario y la reforma política de 1912. Esas coyunturas terminaron por fijar una impronta en la evolución posterior de las identidades radical y socialista, lo cual implicó pujas internas y una tutela constante

⁷ Ver Capítulo I.

⁸ Ver Segunda Parte, Capítulos II-III y *passim*.

⁹ En cuanto a las identidades político-partidarias –no estrictamente ligadas a los Estados provinciales– previas al proceso de construcción y consolidación estatal de la segunda mitad del siglo XIX, existen escasos trabajos específicos; por ejemplo, sobre la identidad del unitarismo y del federalismo, con ciertas excepciones, como SALVATORE (1996 y 1998) o ZUBIZARRETA (2012).

dentro de las propias organizaciones partidarias (PANEBIANCO, 1990: 17 y 72). En este punto adquiere relevancia lo postulado también por Aboy Carlés cuando, esbozando un corrimiento de los planteos discursivos y “espontaneístas” de la importante obra de Ernesto Laclau¹⁰, postula tres dimensiones básicas para abordar el problema de la conformación de las identidades políticas: a) la dimensión *representativa*, que establece un juego de suplementos entre el espacio representado y su representante, y que implica la constitución de un liderazgo y el establecimiento de prácticas configuradoras de sentido (creencias, mitos, ideologías); b) una *alteridad* necesaria, que actúa como cierre o clausura que hace posible la existencia misma de aquel espacio, bajo la metáfora del “otro” como suplemento o “exterior constitutivo”; y, finalmente c) la perspectiva de una *tradición*, dimensión dinámica o diacrónica propia del devenir de toda identidad y que la expone a una constante reevaluación de sus premisas tenidas como originarias (ABOY CARLÉS, 2001: 42-68). Unas tradiciones que, por lo demás, resultan tener siempre un carácter selectivo para los actores históricos, en tanto éstos privilegian ciertos ejemplos del pasado por sobre otros posibles, cargándolos de valores que se consideran superiores y que, por ello mismo, aparecen como más legítimos a la hora de su identificación cultural y política en general (WILLIAMS, [1977] 2009: 159).

Lo dicho se encuentra en función de destacar el carácter no-esencial de toda identidad, naturalización que suele ser el primer escollo y desafío de una perspectiva constructivista, tal la adoptada en esta tesis. De forma que se vuelve indispensable, e intentará reflejarse en el análisis, comprender que “tales identidades deben verse como fenómenos contingentes que, por ello mismo, no tienen la estabilidad y permanencia de las realidades naturales” (PÉREZ

¹⁰ La obra de Ernesto Laclau ha resultado muy importante para los recientes avances en las teorías de las identidades políticas, sobre todo con su última gran contribución: *La razón populista*. Lo que se entiende aquí como una más o menos explícita crítica al “espontaneísmo” de Laclau, proviene de la importancia asignada en la obra de Aboy Carlés a la sedimentación de procesos y prácticas políticas precedentes a la configuración identitaria analizada. En otras palabras, si bien ambos autores postulan que las identidades políticas son fenómenos esencialmente discursivos –a partir de sustentar una noción amplia de discurso, entendido como “prácticas discursivas”– y, por lo tanto, radicalmente contingentes, el foco puesto por Laclau en una indeterminación y una performatividad extremas a la hora de reconstruir la secuencia que lleva a la “lógica” del populismo, lo obligan a desconocer o minimizar toda preexistencia a sus elementos constitutivos y, en definitiva, toda influencia previa (LACLAU, 2005: en particular, 91-92). La misma podría estar dada por las “demandas” particulares ya existentes en la sociedad, que permitirían el eslabonamiento de una serie de “equivalencias”, pero una vez que toma forma una “identidad popular” su devenir parece ser una construcción *ex nihilo* que no reconoce filiaciones en marcos más generales, algo que Aboy Carlés atiende a partir de la perspectiva de la “tradición”. La obra de Laclau ya prefiguraba algunos de sus planteos en LACLAU (1994 y 1995), continuándolos en LACLAU (2008), mientras que aquel ha sistematizado sus aportes en ABOY CARLÉS (2013).

LEDESMA, 2008: 25)¹¹. Por supuesto, este proceso implicó, además, una relación tensionada con el resto de las fuerzas políticas actuantes en la Argentina del cambio de siglo¹², así como un diálogo general con las culturas políticas que también fueron transformándose o cobrando forma entre ese contexto, hasta que la centralidad adquirida hacia la segunda década del siglo XX por las cuestiones de la Nación y de la Democracia defina un nuevo escenario, que trasciende los intereses y alcances de esta investigación.

II. Objetivos e hipótesis

II. a. *Objetivos*

A partir del planteo del problema relativo a la gestación y desarrollo de las identidades político-partidarias de la UCR y del PS en la década de 1890, los objetivos específicos del trabajo remiten a una desagregación temática y temporal del mismo. Primeramente, se indaga en el momento originario de organización política de ambos partidos; en particular, en las referencias a tradiciones disímiles, atendiendo por supuesto a los matices y escapando a lo que puede comprenderse como “modelos puros”, así como a los ensayos políticos previos que se habían llevado adelante en el contexto de la crisis de 1889/1890. Un segundo objetivo es reconstruir los contextos en que comenzaron a institucionalizarse las conmemoraciones del 26 de Julio (fecha de la revolución del Parque) por parte de los radicales y del 1° de Mayo (que comenzó a denominarse “Fiesta Internacional del Proletariado”) por los socialistas. Profundizar en esos momentos resulta fundamental, en tanto la reivindicación del monopolio sobre cada una de esas fechas por parte de la UCR y del PS ubica a ambas fuerzas en el clima de manifestaciones públicas de oposición a los gobiernos del PAN, pero sustentando

¹¹ En una línea semejante, la historiadora de las mujeres Joan Scott afirma que las narraciones que pretenden sustentar un carácter continuo y progresivo con un objetivo final bien definido, borran las discontinuidades, los conflictos y las diferencias que podrían socavar esa supuesta estabilidad, la cual tiene mucho de ilusión retrospectiva en pos de encontrar lazos que vinculen subjetividades en el tiempo. En otras palabras, los procesos de constitución de identidades se encuentran signados por la “tensión entre la temporalidad de la narración histórica (que comporta nociones sobre la irreductible diferencia en el tiempo) y su condensación en escenarios recurrentes (que parecen negar dicha diferencia) (SCOTT, 2006:120 y 123)”

¹² Adquiere relevancia en este punto el planteo de Charles Tilly de acuerdo al cual, si un presupuesto analítico de las identidades políticas debe ser su carácter relacional con otros actores posibles que poseen una capacidad y una propensión a la acción en el contexto político que permite esas posibilidades, ello no implica que todas las identidades sean iguales entre sí o que todas ellas tiendan a la movilización de los actores que las encarnan (TILLY, 1994: 5).

consignas que remitían a las diferentes culturas políticas en que se inscribían respectivamente.

Cotejar la evolución de las organizaciones, composición y sentidos de ambas conmemoraciones se convierte en una tarea clave para identificar las primeras manifestaciones opositoras que adquirieron un carácter ritual en los albores de la política de masas en la Argentina del cambio de siglo. De forma que otro objetivo que se desprende del anterior es identificar los distintos espacios locales o provinciales en donde estas conmemoraciones arraigaron por fuera de la ciudad de Buenos Aires, para dar cuenta de la capacidad de difusión, movilización y control de ambas fuerzas políticas, ya que el 26 de Julio y el 1° de Mayo constituyeron las expresiones públicas por excelencia de su identidad como organizaciones partidarias. Por otro lado, los primeros años del siglo XX evidenciaron un renovado clima de agitación social y política. En él se operó, por un lado, la reorganización definitiva de la UCR y la concreción de un nuevo levantamiento cívico-militar en 1905 que también será conmemorado con un ritual que complementará al de la revolución del Parque. Por otro lado, el anarquismo experimentó un nuevo protagonismo en la escena dentro del movimiento obrero y emergerá un ala “sindicalista” dentro del PS, todo lo cual implicó un desafío para el mismo. De forma que se impone la necesidad de indagar en las líneas de conflicto y en las argumentaciones esgrimidas en cada uno de esos procesos por quienes se encontraban ocupando las dirigencias del nuevo radicalismo y del socialismo, para establecer cuáles fueron las premisas a partir de las cuales las mismas encararon el proceso político a inicios del nuevo siglo y cómo se reformularon sus configuraciones originarias.

Finalmente, atendiendo a la importancia del componente simbólico de fuerzas que se pensaban como las representantes de un determinado “pueblo”, el trabajo se ocupa de identificar dentro de la producción iconográfica del radicalismo y del socialismo aquellas figuras que correspondían al “militante ideal” de cada una de ellas o que sintetizaban el sentido de su “causa”. En este sentido, como han destacado distintos autores, los modernos movimientos políticos posteriores a la Revolución Francesa que buscaron interpelar a las mayorías se encargaron de definir y formar a sus miembros como actores imbuidos de determinados valores con los que se identificaba al partido, la agrupación o el movimiento (AGULHON, 1976; HOBSBAWM, 1984; BURKE, 2001). En particular, un objetivo de la investigación es establecer la relación de esa iconografía con los sentidos emanados de las

instancias conmemorativas, tanto de las revoluciones reivindicadas por los radicales como de la Fiesta del Proletariado de los socialistas. Por último, se trata de cotejar la forma en que la UCR y el PS se posicionaron ante la coyuntura crítica que se extiende entre el Centenario de 1910 y la reforma política de 1912; esto es, profundizar en el lugar que ocuparon para radicales y socialistas la “cuestión nacional” y la “cuestión democrática”, las implicancias de su posicionamiento público ante quienes ocupaban el poder y el resto de los actores de la escena política, así como las tensiones identitarias que ello conllevó al interior de cada organización partidaria en el momento de inflexión del régimen político argentino.

II. b. *Hipótesis*

De acuerdo a lo expuesto anteriormente, el trabajo plantea que las manifestaciones conmemorativas que comenzaron a llevar a cabo la UCR y el PS en la década de 1890 adquirieron el carácter de verdaderos rituales oficiales para ambas organizaciones partidarias. En efecto, la progresiva consolidación y tipificación de las tramas conmemorativas de las revoluciones radicales, por un lado, y del 1° de Mayo, por otro, dieron forma a sendas liturgias políticas con rasgos simbólicos (himnos, banderas, ideas-fuerza, iconografía, etc.) que implicaron un proceso de sacralización de la “causa” reivindicada, el cual ya venía operándose previamente pero madura en esas instancias. En este sentido, la evolución de ambas conmemoraciones en el cambio de siglo, así como las disputas y tensiones a que dieron lugar, permiten definir la imagen que de sí mismos forjaron la UCR y el PS. Por otro lado, esas manifestaciones públicas que intentaron darse un carácter masivo, dan cuenta del carácter conflictivo que adquirió dicho proceso de construcción político-identitaria, al establecer los “otros” sobre los que se recortaban la “causa radical” y la “causa socialista”.

Asimismo, se sostiene que la forma en que se articularon ambas identidades político-partidarias con la “cuestión nacional” —emergente de la crisis de 1889/1890 y virtualmente hegemónica hacia el Centenario— y con la “cuestión democrática” —que estaba incluida, implícita o explícitamente, en los planteos iniciales de la UCR y del PS, pero que se colocará como tópico excluyente con la reforma política de 1912— se reveló como una dimensión fundamental para comprender la capacidad de radicales y socialistas en pos de instalarse en la escena política de entonces. Al respecto, se erige en un dato fundamental el hecho de que el radicalismo se planteara tempranamente como misión una “regeneración patriótica y

moral” en nombre del “pueblo”, mientras que el socialismo construyó su identidad en Argentina referenciándose en un movimiento internacionalista que pretendía representar, sobre todo, a una clase social, el proletariado, aunque ello contenía ya sus matices al ampliar tempranamente su espectro de interpelación. Estas formulaciones iniciales, que tendrán una fuerte impronta en la evolución de la UCR y del PS, sustentaron un impacto diferencial en las sucesivas coyunturas del proceso político y obligaron a constantes redefiniciones; en especial, ante los desafíos y divisiones internas, con las correspondientes escisiones y reorganizaciones, pero sobre todo ante la cristalización nacionalista del Centenario y las discusiones en torno a la llamada Ley Sáenz Peña.

III. Metodología y organización de la Tesis

III. a. Metodología

La perspectiva adoptada en el trabajo se inscribe en los análisis de tipo cualitativo. Ello responde a que, por un lado, nuestro objeto de análisis aborda un problema social que debe ser interpretado en su especificidad histórica; y, por otro lado, a la importancia que reviste la comprensión e interpretación de los significados intersubjetivos que actúan como base de toda identidad política. La llamada “nueva historia política” en que se inscribe el trabajo, en especial el abordaje de cuestiones relativas a las identidades y las culturas políticas (FERRARI, 2009), privilegia enfoques semióticos como la “descripción densa” propuesta por Clifford Geertz (GEERTZ, 1992), de gran valor heurístico para deconstruir, reconstruir y describir los significados compartidos dentro de una determinada organización política y los procesos de subjetivación política allí acontecidos (DE DIEGO ROMERO, 2006).

Para rescatar la voz de los actores históricos y reconstruir el clima de ideas de la época, las técnicas utilizadas pueden clasificarse de la siguiente manera: a) *análisis de fuentes primarias*, constituidas por documentos partidarios (manifiestos, proclamas, cartas orgánicas, programas, etc.), discursos políticos, numerosas memorias políticas, fotografías e imágenes iconográficas; b) *análisis de fuentes secundarias*, fundamentalmente la prensa de la época, en especial la de tipo partidario y los llamados “grandes diarios”, así como la bibliografía específica referida a la UCR, el PS y la política finisecular en general. El principal acervo de fuentes, que requirió de una ponderación y triangulación de sus

componentes, está constituido, tal como se expresó previamente, por documentos partidarios de la UCR y del PS emitidos en determinadas coyunturas significativas y que se encuentran compilados en varias obras (como LAMD, 1957; HYPG, 1956; y ODDONE, [1934] 1983) o disponibles en distintos repositorios públicos y bibliotecas. Estas fuentes resultan fundamentales para reconstruir el universo de significados en que ambas fuerzas políticas se referenciaban y para dar cuenta de sus posicionamientos ante determinados temas, problemas y conflictos. Una mención especial merece el análisis de las imágenes que configuran el acervo iconográfico y, por lo tanto, simbólico de las identidades del radicalismo y el socialismo, para lo cual se ha seguido en términos metodológicos la afirmación de Peter Burke, para quien [i]ndependientemente de su calidad estética, cualquier imagen puede servir como testimonio histórico” (BURKE, 2001: 20). Dimensión para la que vale también la advertencia de Jacques Rancière en relación a la pretendida “pedagogía de las imágenes” que han demostrado proyectar las distintas organizaciones políticas. Esto es, no sólo su pretensión de involucrar a quienes las contemplaban, sino de limitar las posibles interpretaciones de las mismas fijando el sentido de lo que se quería representar a partir de textos explicativos (idea en gran medida ilusoria, ya que concibe como un actor pasivo al espectador, pese a que los militantes de entonces no podían sino acordar): “El problema reside en la fórmula misma, en el presupuesto de un *continuum* sensible entre la producción de las imágenes, gestos o palabras y la percepción de una situación que involucra los pensamientos, sentimientos y acciones de los espectadores” (RANCIÈRE, 2008: 56).

En cuanto a la prensa periódica, es importante distinguir entre la de carácter partidario (como *El Argentino* y *El Tiempo*, en el caso de la UCR; y sobre todo *La Vanguardia* y luego *La Acción Socialista*, para el PS), la conocida por su difusión e influencia como “gran prensa” de Buenos Aires (*La Nación*, *La Prensa*, *El Diario*, *La Argentina*, etc.) y también periódicos militantes de circulación más acotada tomados como testigo (por ejemplo, *El Municipio* de Rosario o *La Montaña*). El acceso a la misma ha sido posible gracias a las colecciones existentes en la Biblioteca Nacional de la República Argentina, la Biblioteca Tornquist del Banco Central de la República Argentina, el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de las Izquierdas (CeDinCi) y la Biblioteca “Juan B. Justo”, así como en el Archivo Histórico y la Junta Provincial de Estudios Históricos de la Provincia de Santa Fe, el Museo Histórico Provincial de Rosario “Dr. Julio Marc” y el Archivo del Centro Cultural Parque

España, de Rosario. Por otro lado, se consultaron publicaciones partidarias especiales –periódicas o conmemorativas– como el *Anuario Socialista* de *La Vanguardia* del PS, o las referidas a las revoluciones de 1890 y 1893.

Las memorias o compilaciones de textos de dirigentes radicales y socialistas (por ejemplo, CASTELLANOS, 1917; GALLO, 1921; CABALLERO, 1951; JUSTO, [1910] 1947; DICKMANN, 1949; REPETTO, 1956 y 1962; KÜHN, [1916] 2004/2005) constituyen un verdadero sub-género dentro de las memorias políticas de distintos protagonistas de la Argentina del cambio de siglo, así como fuentes muy valiosas que –con los recaudos hermenéuticos necesarios– aportan una información inestimable para reconstruir los procesos políticos generales y de cada organización partidaria en particular. Por último, existe una gran producción de bibliografía específica sobre la UCR y el PS, buena parte de la cual puede rotularse como “militante”, en tanto fue producida por miembros de ambos partidos y han actuado como cuasi “historia oficiales” del radicalismo y del socialismo (por ejemplo, DEL MAZO, 1957 y ETCHEPAREBORDA, 1968, para el primer caso; ODDONE, 1983 [1934] y MAROTTA, 1960, para el segundo). Las mismas deben ser leídas y cotejadas de forma crítica con la historiografía académica que en las últimas décadas ha realizado aportes muy significativos para comprender el papel de distintos actores político-partidarios, de las manifestaciones y los rituales políticos, así como de los procesos de reforma política (1902 y 1912) en la Argentina finisecular.

III. b. Organización de la tesis

El trabajo que se leerá a continuación está organizado en cuatro partes con sus respectivos capítulos y una Conclusión General de la tesis. Constan de una breve Introducción aquellas partes que se componen de más de un capítulo, en donde se presentan las discusiones historiográficas y los conceptos relativos a los problemas comunes analizados en los apartados. En cuanto a la Primera Parte, el Capítulo I atiende al objeto específico de esta investigación en sus orígenes: el surgimiento de la UCR y del PS en la Argentina del cambio de siglo XIX al XX, profundizando en la dinámica de *feedback* establecida entre la noción de partido como “centro simbólico” de las mismas, para luego problematizar la noción de religión cívica y su pertinencia para el análisis de las identidades radical y socialista. La Segunda Parte se compone de dos capítulos referidos al surgimiento y consolidación de las

conmemoraciones de la Revolución del Parque y del 1° de Mayo en la década de 1890. En los mismos se reconstruyen, por un lado, las circunstancias y alternativas que actuaron como marco para que ambas celebraciones se instituyeran como verdaderos rituales político-partidarios, gestados al calor de la organización de la UCR y del PS; por otro lado, se atiende a los actores que promovieron ambas conmemoraciones como una forma de pedagogía política y a los que protagonizaron las reuniones y manifestaciones públicas, así como a los sentidos que comenzaron a instalarse y que constituirán el núcleo de las “causas” del radicalismo y del socialismo.

La Tercera Parte de la obra se compone del Capítulo III, dedicado a los desafíos y tensiones identitarias por los que atravesaron la UCR y al PS en los primeros años del siglo XX. El proceso de reorganización partidaria de la primera iniciado en 1903 –que tendrá un momento de consolidación luego de la revolución de 1905– aparece como una nueva etapa que arrastra las tensiones generadas entre las distintas facciones radicales luego de la muerte de su primer líder, Leandro Alem, pero que sólo mediante sucesivas operaciones no exentas de disputas terminará por instalar el liderazgo de Hipólito Yrigoyen, proceso escasamente estudiado por la historiografía. Por otro lado, se da cuenta de los desafíos experimentados por el socialismo argentino tanto ante su consolidación como fuerza política como ante la disputa de un renovado anarquismo de tendencia organizadora y el surgimiento de tendencias que impugnarán la conducción partidaria, en el marco de una fuerte oleada de represión estatal que colocará al PS en una situación ambigua ante las alternativas de la “acción política” dentro del movimiento obrero.

La Cuarta Parte está dividida en dos capítulos que se ocupan de dos cuestiones fundamentales para este trabajo, al abordar en forma paralela los posicionamientos del radicalismo y del socialismo ante el Centenario de 1910 y la reforma política de 1912, esto es, ante la centralidad adquirida por la “cuestión nacional” y la “cuestión democrática” en la coyuntura que determinó la transición a un régimen político democrático. De esta forma, lo que fue experimentado como una coyuntura crítica por los miembros de la UCR y del PS permite evaluar el carácter siempre contingente de las configuraciones identitarias, ya que en ambos casos se trata de inflexiones fundamentales que coronaron complejos procesos políticos durante más de dos décadas en la vertiginosa Argentina finisecular. En las Conclusiones Generales de la Tesis, para finalizar, se expone una reflexión acerca de la forma

en que los orígenes de las identidades de la UCR y del PS dejaron una fuerte impronta en el desarrollo de ambas organizaciones partidarias y en la capacidad de las mismas para dialogar con un espectro más amplio de actores sociales y políticos. Más concretamente, se plantea que el carácter contestatario al orden político existente que ambas fuerzas le imprimieron a sus “causas” y, por tanto, a sus respectivas líneas políticas, devino en una serie de problemas para sus dirigencias y para sus bases militantes: sucesivas reformulaciones de esas líneas de acción, diversas disputas internas y, por último, el desafío de conjugar los fundamentos de sus identidades particulares –sus propias ideas-fuerza– con un clima político más general signado, en definitiva, por el avance del nacionalismo y la democracia.

PRIMERA PARTE

LA NUEVA POLÍTICA. EL ORIGEN DE DOS IDENTIDADES PARTIDARIAS

I. IDENTIDADES PARALELAS. EL MOMENTO DE 1890 Y LAS CONFIGURACIONES ORIGINARIAS DEL RADICALISMO Y DEL SOCIALISMO

“Para comprender la fuerza de las mitologías políticas que han dominado el siglo XX, hay que detenerse en el momento de su nacimiento o al menos de su juventud; es el único medio que nos queda para percibir un poco del esplendor que tuvieron”.

François Furet, *El pasado de una ilusión*.

1. La crisis como partera de identidades

1. a. Los diagnósticos, entre la confluencia y el contraste

Si se analiza a simple vista una radiografía del mapa político de Argentina hacia 1900 y se la compara con otra de los años previos a la última década del siglo XIX, resulta sorprendente encontrarse no sólo con una serie de actores sociales y políticos movilizados por causas antes impensadas, sino que podría constatarse también el surgimiento de fuertes identidades políticas extendidas en buena parte de esa sociedad en plena transformación. Ahora bien, la “nueva política” y su correlativo imaginario político asimismo novedoso, encontraron en un fenómeno singular, la crisis, el que fue sin dudas su clima de gestación y la coyuntura que actuó como su condición de posibilidad. Esas crisis, que algunos llamaron y seguirían llamando “crisis del progreso argentino” –“la más profunda de su historia moderna” (ROCCHI, 2003: 19)–, operó así como una cantera que allanó el terreno para nuevos discursos, nuevas formas de intervención y nuevas identificaciones políticas.

Pese a que en su origen gravitaron fundamentalmente motivos económicos, ese fenómeno que estalló entre 1889 y 1890 se extendería, al menos, durante todo el primer lustro de la última década del siglo¹³, con sentidos ampliados respecto de aquellos que la habían hecho emerger. Al respecto, cabe pensar a lo que denominaremos a partir de aquí el “momento del ‘90” como el espacio de experiencia y como la plataforma que dio lugar a que estos actores movilizados se propusieran sus respectivos horizontes de expectativas,

¹³ La interpretación reciente más detallada, y que se encarga de revisar a las previas, es la de GERCHUNOFF, ROCCHI y ROSSI (2008). Ver también GALLO (2013b).

fundamentales para comprender esas identidades emergentes que tendrán sus altos y sus bajos a lo largo de esa década¹⁴. En las interpretaciones de la crisis esgrimidas por parte de sus contemporáneos se destacaron, en primer lugar, referentes de las elites sociales, políticas y culturales; pero también publicistas, políticos y sobre todo una prensa que será muy activa a partir de allí.

En cuanto al malestar de esas elites, se hacen patentes en sus escritos –en donde predomina el estilo ensayístico– las consecuencias no buscadas de las notables transformaciones económicas, demográficas y culturales que signaron a la precedente “era del progreso” argentino. En efecto, estos discursos de la crisis establecieron un fuerte contraste con la retórica autocelebratoria de los dos gobiernos del Partido Autonomista Nacional (PAN) –el de Julio Roca y luego el de Miguel Juárez Celman–, la cual había proyectado desde 1880 una imagen de los mismos fundada en una ruptura con un pasado caracterizado como de atraso civilizatorio y de enfrentamientos políticos violentos. El triunfalismo de los representantes de una “nueva era” a partir de la “llegada triunfal del progreso”, la exaltación de la modernidad y el gradualismo político en clave conservadora, así como la condena de las pasiones políticas entendidas como un rasgo atávico de la Argentina de tiempos de consolidación del Estado central¹⁵, vieron ahora trocados sus fundamentos por una sensibilidad *fin-de-siècle* de tipo decandentista. Lo que se denunciaba no era simple ni solamente a una crisis financiera, era una verdadera crisis general a partir de lecturas que dejan traslucir una predominante retícula moral, cruzada con argumentos sobre “lo nacional”. Toda la literatura en torno a 1889/1890, desde ensayos de pretensión sociológica hasta novelas y tratados políticos, deja vislumbrar precisamente lo que Oscar Terán caracterizó como “crisis de identidad” (1997; 2001). Como lo expresaba un publicista que se filiaba con el “principio científico” de la sociología positivista de Comte y Spencer, e inspirado a su vez en las novelas naturalistas de Émile Zola, se trataba de explicar “la gran catástrofe argentina de 1890” (ROJO, 1892: 5).

En esos textos, y en especial en las novelas del llamado “ciclo de la Bolsa” que retratan el drama de las finanzas nacionales –*La Bolsa*, de Julián Martel, que aportaría el

¹⁴ Las nociones de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativas” pertenecen a KOSELLECK (1993: 333-357).

¹⁵ Al respecto, ver HALPERIN DONGHI, 1987a; ALONSO, 2010; y GALLO, 2013a. Sobre los primeros diez años de la indiscutida “hegemonía gubernamental” del PAN, remitimos al clásico de Natalio BOTANA, 1977.

nombre al mismo, o *Quilito*, de Carlos M. Ocantos—, los valores condenados son esencialmente los del “mercantilismo”, relacionados con un interés económico que se habría impuesto por sobre las “virtudes cívicas” del ciudadano de las décadas precedentes¹⁶. Para lo que aquí nos interesa, esos discursos jugarían un papel fundamental en la resignificación de los principales clivajes políticos de la Argentina finisecular. Ya no se trataba, como durante toda la segunda mitad del siglo XIX, de una disputa entre un Estado central que había avanzado en sus atribuciones y las prerrogativas de los distintos Estados provinciales, que por otro lado también contribuyeron a su fortalecimiento. Pero lo cierto es que esa crisis de identidad se condensaba en una pregunta por un “nosotros” a partir de lo que se percibía como el quiebre de viejas solidaridades, el abandono de los valores políticos tradicionales y la creciente visibilidad de problemas y conflictos sociales que trascendían con mucho a los círculos de las elites políticas.

Será así en el campo de una retórica de las pasiones políticas, disparada por los discursos voluntaristas emergentes de la crisis, que se intentará la construcción o reconstrucción de un “pueblo” que vendría a reaccionar frente a ésta, a partir de propuestas regeneracionistas de distinto tipo, como veremos luego. Esto es, un pueblo que, por esencia, se erigía como una entidad opositora al orden de cosas desquiciado por la crisis; un “tipo de solidaridad política que emerge a partir de cierto proceso de articulación y homogeneización relativa de sectores” que se consideran a sí mismos “como negativamente privilegiados en alguna dimensión de la vida comunitaria” (ABOY CARLÉS, 2013: 21). Sin embargo, antes de que ciertos actores pudieran monopolizar los sentidos de esos “pueblos”, resulta pertinente detenerse en las coordenadas de las culturas políticas de las que extraían sus motivos y argumentos.

En lo que refiere a algunos ensayos y tratados políticos paradigmáticos de los años de la crisis, se hace a todas luces evidente que los motivos liberal-republicanos que habían signado buena parte de la política argentina de la segunda mitad del siglo XIX — especialmente en Buenos Aires, pero progresivamente consolidados en el resto del país al calor de la lenta consolidación estatal— comenzarán a declinarse aceleradamente en una clave

¹⁶ MARTEL, 1891; OCANTOS, 1891. En torno a la literatura de la crisis y la obsesión moral en relación al dinero, remitimos a LAERA, 2003.

“nacional”¹⁷. Si se toman como ejemplo dos casos paradigmáticos de miembros de las elites político-culturales, se advierte con claridad como el clima de la crisis imponía un fuerte contraste con el discurso que los gobernantes del PAN habían impuesto a lo largo de la década de 1880. En una obra que condenaba tanto la corrupción y la inmoralidad de esos mismos gobernantes, como los supuestos desbarajustes provocados por la inmigración y por la apatía política de los recién llegados, el diplomático Augusto Belin Sarmiento entendía que ante *Una República muerta* –tal el título de su libro–, todo se trataba de su “salvación” y de la salvaguarda “de los grandes ideales heredados de nuestros mayores”. Para quien había presenciado y combatido en París durante la guerra y la Comuna de 1870-1871, se trataba de evitar una catástrofe nacional y para ello debía apelarse a una “reacción” de las fuerzas que precisamente habían contribuido a formar ese orden político amenazado:

“Una nación puede aparentar todos los signos exteriores del desarrollo, riqueza, bienestar, gloria, y hallarse sin embargo carcomida por dentro, inerme, desorganizada e incapaz de defenderse, como la Francia en 1870.

“En los momentos de prueba, en las grandes y terribles crisis a que puede hallarse un pueblo sometido de un momento a otro, es en su ejército donde se quilata su vigor, su cohesión y sus virtudes” (citado en BOTANA y GALLO, 1997: 291 y 299).

Vemos así como era el pueblo-nación y su andamiaje político los que aparecían en el centro de las inquietudes de aquellos que se reclamaban herederos de una tradición y de un proceso de desenvolvimiento institucional que tenía sus hitos en la revolución de independencia y, sobre todo, en el desarrollo posterior a 1852. De acuerdo a la opinión de un político que hasta 1880 se había identificado con la causa del autonomismo de Buenos Aires, y que había denunciado en ese año el desmembramiento de su capital, con la situación que

¹⁷ Para una caracterización de esta cultura política liberal-republicana, en ocasiones entendida como “tradición” o “nutrida de tradiciones ideológicas diversas, no siempre compatibles con algunos de los patrones dominantes en el liberalismo por entonces vigente en otras partes del mundo”, remitimos a SABATO, 1997, 2009a, 2009b, 2009c (la cita corresponde a SABATO, 2009b: 26, quien atiende a las dimensiones que hacen a las prácticas electorales y los partidos políticos, la opinión y la esfera públicas, la violencia política y la idea de “revolución”). En relación al avance de los motivos “nacionales” todavía en el marco del predominio del liberalismo, ver BERTONI, 2000; TERÁN, 2001; DEVOTO, 2001, quienes asimismo ponen foco en objetos de indagación diferenciales, desde la vida intelectual de las elites hasta las iniciativas del estado y la sociedad civil del cambio de siglo. Sobre el lugar axial del patriotismo en la tradición político-intelectual del republicanismo y su posterior deriva nacionalista, que debe concebirse como una transformación de sus supuestos básicos hasta instalar a la Nación como entidad política superior, ver: VIROLI, 1995; y ROSLER, 2016. Agradezco a Andrés Rosler el haberme facilitado un adelanto de su obra al respecto.

se abría en la última década del siglo era todo ese proceso secular más amplio el que corría peligro:

“La República federal Argentina, nunca ha sido grande relativamente, porque jamás *el pueblo* —que es la Nación— ha tomado la personería que le corresponde en esa cuestión de gobierno (...) El pueblo argentino es, en tal concepto, menor de edad (...) Cuando ese desenvolvimiento se opera en grande escala se levanta Cartago, —esa ecuación del mercantilismo, cuya incógnita era la nacionalidad que nunca se encontró (...) Los argentinos tenemos antepasados ilustres también que nos dieron, con la independencia y la libertad, un nombre entre las naciones civilizadas” (SALDÍAS, [1892] 1945, I: 3 y 6, subrayado en el original).

Esta intervención resulta significativa, como se verá luego, no sólo porque Adolfo Saldías, su autor, jugaría un papel destacado en los primeros años del radicalismo, siendo probablemente su figura intelectual más destacada. En lo que hace concretamente a su *Historia de la Confederación Argentina*, la misma había sido publicada originalmente también en París entre 1881 y 1887, pero sus primeras páginas fueron reformuladas para la edición de Buenos Aires de 1892, agudizando el tono de crítica política a un texto histórico que ya había generado una importante polémica por otros motivos, pero en donde se advierte ya esa mixtura entre los motivos liberal-republicanos con los que se identificaba junto a los tópicos de la crisis nacional¹⁸.

Ahora bien, puesto el foco en el registro más sostenido de la prensa periódica de esos años, es posible rastrear la forma en que los temas y problemas de una crisis a la vez económica, política, moral y nacional primaban en las representaciones de los contemporáneos, comenzando a postularse que al decadentismo corruptor debía contraponerse una “reacción” impregnada de los valores antes mencionados. En un arco ideológico que abarcaba desde representantes del liberalismo hasta un catolicismo republicano, en especial los diarios de Buenos Aires —epicentro de las agitaciones políticas frente al gobierno de Miguel Juárez Celman— se refirieron a las iniciativas que comenzaban a gestarse en 1889-1890 en términos que exaltaban los “sentimientos generosos y

¹⁸ Sobre el cruce entre historia y política en la obra de Saldías, así como lo que entendía como una no-contradicción entre sus argumentos liberal-republicanos y un nacionalismo progresista, nos permitimos remitir a REYES (2014). Para ubicar su obra en el tema más amplio de las nuevas valoraciones finiseculares en torno a la figura de Juan Manuel de Rosas, ver QUATTROCCHI-WOISSON (1995); y CATTARUZZA y EUJANIAN (2010).

patrióticos”, las “energías de la vida nacional”, la “misión patriótica” de los opositores, la necesidad de reforzar los “elementos de la defensa nacional”, la “fuerza de una nación libre” y, condensando todos esos sentidos, el “sentimiento de libertad cívica y decoro nacional”¹⁹. Como bien lo ha expresado Leonardo Hirsch, el tono agudo de crítica moral imperante aparecía como la consumación de “una brecha entre el Pueblo y el Gobierno” (HIRSCH, 2013b: 77)²⁰. No obstante, lo que se proyectaba a partir de la misma era todavía la imagen del “pueblo uno e indivisible” propuesta por Sabato para la cultura política predominante en las décadas post-Caseros.

Será asimismo en el diario *La Nación* que otro protagonista destacado del contexto fundacional de la UCR, el estudiante de Derecho de la Universidad de Buenos Aires Francisco Barroetaveña, publicaría el artículo con título de reminiscencias romanas “¡Tu quoque juventud! En tropel al éxito”, un texto que la historiografía ha tomado como piedra de toque de la organización que aquel lideraría: la Unión Cívica de la Juventud. Apelando allí a los ejemplos virtuosos de las juventudes politizadas de todo el mundo europeo-occidental (de Francia a Irlanda, de Rusia a Brasil), lo cual ya implicaba una filiación con valores que trascendían a la política local, Barroetaveña recorre uno a uno los tópicos de la crisis para denostar el “unicato” oficialista personalizado en Juárez Celman y el círculo de jóvenes que lo rodeaba: el “general desgobierno” de un “régimen funesto” que coartaba la “libertad política”, también impedía que la Argentina consumara su destino de “gran nación” y todo ello aparecía personificado en la “decadencia cívica” de la juventud (BARROETAVEÑA, 1889). Por eso la necesidad de una “reacción”, de un “movimiento regenerador” del vínculo entre moral y política. Los elocuentes nombres barajados por los jóvenes opositores antes de terminar fundando la Unión Cívica de la Juventud dan cuenta de esa tensión entre reivindicar la brecha frente al gobierno y, a la vez, encarnar la unidad de un pueblo virtuoso sin justificar la fragmentación del espacio político, salvo en la impugnación a un estado de cosas colocado de por sí en el lugar de la ilegitimidad: “asociación cívica”,

¹⁹ Las frases pertenecen a artículos aparecidos en los periódicos *La Nación* (30/08, 01-03-04/09/1889), *La Prensa* (01-02-06/09/1889), *El Nacional* (02/09/1889), *El Diario*, 30/08 y 02/09/1889) y *La Unión*, 01-03/09/1889, todos ellos reunidos en la compilación UNIÓN CÍVICA (1890).

²⁰ Para el caso de la prensa de habla inglesa que también se haría eco de los tópicos morales de la crisis, a partir de la denuncia de la corrupción oficialista, ver el trabajo de GIORDANO (2000), sobre *The Times* de Londres. El texto clásico sobre la prensa oficialista durante el gobierno de Juárez Celman es el de Tim DUNCAN ([1980] 2007).

“liga nacional”, “asociación patriótica”, “unión nacional” (BARROETAVEÑA, 1890a: XIV-XVII)²¹.

Ahora bien, una interpelación absolutamente en otra clave fue la llevada a cabo por actores que comenzarían a adquirir creciente protagonismo en esos años de la crisis, acicateados también por ese tiempo caliente rico en la producción de diagnósticos que combinaban temores y esperanzas. Estos otros discursos tampoco dejarán de expresarse en una retórica fuertemente voluntarista que configurará en parte los nuevos imaginarios políticos de la Argentina finisecular, al ofrecer imágenes, gestos y figuras que actuarán como “vestimentas” para el reconocimiento de las nuevas identidades en gestación²².

Concretamente, la referencia es a quienes comenzaban a erigirse en voceros de un incipiente movimiento obrero, crecientemente organizado y movilizado en los años finales de la década de 1880, y de distintas asociaciones definidas como genéricamente socialistas o directamente autoconcebidas como de tipo gremial (“sociedades de resistencia”), pero ciertamente diferentes a aquellas que habían comenzado a proliferar previamente con un sentido de “ayuda” o “socorro mutuo” (POY, 2014a: 44-76)²³. En palabras de Juan Suriano: “El malestar económico y social provocado por la crisis está en la base de ese movimiento y de la misma constitución de un colectivo con una identidad común” al descubrir “las peculiaridades de la sociedad local” y presentarse la “necesidad de trascender el marco de organización étnico-nacional” (SURIANO, 2003: 110 y 113), que había sido la matriz

²¹ Como lo explica Lilia A. Bertoni: “La denominación ‘nacional’ era importante, más allá de su extensión efectiva; se pensaba que una sociedad o liga particular así denominada se investía de los valores atribuidos a la nación y la legitimidad derivada de la promoción de un interés común” (BERTONI, 2001: 220). Tales denominaciones no eran una novedad en el clima de los conflictos políticos del mundo occidental de la década de 1880: la célebre “Ligue des Patriotes” de Paul *Déroulède* y Maurice *Barrès* formada en 1882 en Francia con una fuerte crítica sobre la dirigencia de la III República también se filiaba en la tradición republicana -aunque luego incorporaría elementos monárquicos y encabezaría el campo antidreyfussard durante el llamado “*affaire Dreyfus*”- y se proponía una “regeneración nacional”. Este acontecimiento, el juzgamiento, condena y posterior revisión de la misma en torno al capitán judío del Ejército francés Alfred Dreyfus, se extendería como una verdadera crisis en los años del cambio del siglo XIX al XX, siendo interpretada generalmente como el paso decisivo de un “patriotismo republicano” o “nacionalismo abierto” a un “nacionalismo cerrado”, antisemita, monárquico y antiliberal (GIRARDET, 1958; WINOCK, 2003, 2014). Sobre el movimiento nacionalista y antiparlamentario de las diversas “ligas” surgidas en torno a la “Ligue des Patriotes”, así como los límites de su acción, ver JOLY, 2007, 2013.

²² En palabras de Bronislaw Baczko: las revoluciones y las crisis son experimentadas por sus testigos y protagonistas como “tiempos calientes” que generan una conmoción en las estructuras políticas y sociales, en los modos de pensar y en los sistemas de valores imperantes, dando lugar a la invención de nuevas legitimidades y conflictos en torno a las mismas, cargando estas experiencias de una fuerte carga emocional. A este dimensión es que el autor denomina “identidad de imaginación” (BACZKO, [1984] 2005: 39-45).

²³ Para las décadas previas a 1880 resultan fundamentales las obras de FALCÓN, 1984; SABATO y ROMERO, 1992; y GODIO, 2000.

predominante hasta entonces entre los trabajadores urbanos. La emergencia de esta identidad común, anclada en la clase social del proletariado, devendrá así un dato fundamental para comprender la singularidad de las posteriores identidades centradas en la figura del partido político.

Probablemente el caso del club de origen alemán Verein Vorwärts sea el más descollante entre aquellos grupos que se proponían concretar acciones comunes y, fundamentalmente, dotar de nuevas pautas organizativas a estos sectores sociales movilizados, como lo destacarían luego importantes dirigentes del socialismo (JUSTO, 1910; KÜHN, [1916] 2004/2005). Su fundación en 1882, así como la creación de un periódico con el mismo nombre y escrito en esa lengua en 1886 le granjearon una importante precedencia a los sucesos de la crisis, aunque sin dudas con una influencia limitada producto del exclusivismo étnico²⁴. De esta forma, en el contexto de pleno desarrollo de las consecuencias de aquella, los primeros intentos encabezados por el club para llevar adelante una acción conjunta del “pueblo trabajador” como “protesta contra la explotación y una demanda de sus derechos”, debía lidiar con el “caos de idiomas” debido al “carácter internacional que se buscaba”²⁵. No obstante las obvias limitaciones, la creciente visibilidad de estas iniciativas en ciudades como Buenos Aires y, en menor medida, Rosario, despertarían poco antes a algunas voces exaltadas y francamente exageradas. Ejemplo de ello es el periódico católico *La Voz de la Iglesia*, para quien “la planta exótica del socialismo” estaba dando recurrentes muestras en Argentina en donde se “agitan las masas exponiéndoles ideas subversivas que vienen siendo la peor calamidad de las sociedades europeas” pese a que “abunda[ba] el trabajo y los medios de subsistencia”²⁶. Tomaban forma un tipo de diagnóstico y una forma de solidaridad distinta a aquella que proponía una “reacción nacional”, y este movimiento era advertido, aún con prejuicios, por otros que veían en la novedad una amenaza.

Por otro lado, hacia 1890 los grupos anarquistas aparecidos en el seno del movimiento obrero se ubicarían a su vez entre las vanguardias de ese colectivo, entrando a competir sobre todo con aquellos nucleamientos declamadamente socialistas o socialdemócratas, caso del

²⁴ A esta altura existe una importante bibliografía sobre el club y el periódico Vorwärts, destacándose los aportes más recientes de WALTER, 1980; TARCUS, 2004/2005; TARCUS, [2007] 2013; CARRERAS, TARCUS y ZELLER, 2008; y POY, 2014.

²⁵ “El primer éxito”, *Vorwärts*, 05/04/1890 (las transcripciones y traducciones del Vorwärts pertenecen a la edición de CARRERAS, TARCUS y ZELLER, 2008).

²⁶ *La Voz de la Iglesia*, 07/01 y 16/05/1889, transcripto en: SPALDING (19170: 182).

Vorwärts, creado por hombres de dicha tendencia escapados de las leyes antisocialistas en el Imperio Alemán. El periódico *El Perseguido*, por ejemplo, se declaraba la “voz de los explotados” y en su primer número invocaba los valores de la tríada Libertad-Igualdad-Solidaridad para dar cuenta del ideario del “comunismo anárquico”²⁷, con un formato trilingüe en castellano, francés e italiano, una característica que se extendería en esa última década del siglo. Esta saga se extendió en el campo socialista con las experiencias de *El Obrero* (dos períodos, entre 1891 y 1893) –dirigido por el también alemán Germán Avé Lalléman y órgano de la primera Federación Obrera Argentina–, *El Socialista* (1892-1893) –encabezado por Carlos Mauli y promovido por la Agrupación Socialista de Buenos Aires– y finalmente *La Vanguardia* (de 1894 en adelante) –fundado por Juan Bautista Justo, Augusto Khun y Esteban Jiménez–, que terminaron resultando la plataforma fundamental para la posterior institucionalización del socialismo en Argentina²⁸.

Lo que vinculaba entonces a este conjunto, por momentos, bastante heterogéneo de periódicos y centros que proliferaron en torno a los años de la crisis era el adherir los postulados de una más amplia e incipiente cultura política de izquierdas que reivindicaba en especial los postulados del internacionalismo obrero²⁹. El principal referente de este espacio

²⁷ “¿Qué somos y qué haremos?”, *El Perseguido*, 18/05/1890. Sobre la prensa anarquista y el anarquismo en general, resulta inestimable el trabajo de SURIANO, 2001.

²⁸ Esta secuencia canónica fue postulada inicialmente por KÜHN ([1916] 2004/2005), siendo retomada críticamente por MARTÍNEZ MAZZOLA (2005), CAMARERO y HERRERA (2005: 11), TARCUS ([2007] 2013) y el reciente e indispensable trabajo de BUONUOME (2014).

²⁹ En efecto, la idea de que antes que los postulados de la organización política y gremial, el amplio colectivo de socialistas de todo tipo, anarquistas de distintas tendencias (anarco-comunistas, anarco-sindicalistas, individualistas terroristas) y sindicalistas puros formaban parte de una cultura política de izquierdas internacionalista con eje en el proletariado ha sido sostenida por ELEY (2002: 113-115) quien se focaliza luego en la “cultura socialista” de la Segunda Internacional; en tanto CALLAHAN (2010: XVIII) se ocupa de lo que llama una “cultura política de la demostración” para dar cuenta de los rituales políticos durante las manifestaciones de aquella; para el caso alemán, existe el clásico trabajo de ROTH (1963) para quien la socialdemocracia recreó una “subcultura” como “contra-cultura” de un movimiento obrero en proceso de “marxistización” frente a una “cultura dominante”; este planteo es retomado por WINOCK (1992c: 110) a la hora de dar cuenta del “modelo alemán” de la socialdemocracia que luego se extendería sobre todo a los países de Europa nórdica; en relación al caso francés, el propio WINOCK (1999) se refiere más bien a la “cultura política de los socialistas” como un producto de la conjunción histórica en la que se interpenetran movimiento obrero e izquierda y dentro de la cual el socialismo construiría su identidad específica, en el seno de la cual opera la tensión entre la ideología del internacionalismo y el patriotismo republicano que se reclama heredero de la Revolución Francesa; en sintonía con lo anterior, PROCHASSON (2009: 5) se permite distinguir las nociones de “cultura política”, “identidad” y “mentalidad” para el socialismo francés, terminando por asociar el concepto al de “familia política” propuesto por Madeleine Rébérioux; en relación a España, DE LUIS MARTÍN (1993, 2004) entiende a la “cultura socialista” en el sentido de las políticas culturales (educación, literatura, arte y ocio) desplegadas por los distintos grupos de militantes obreros y socialistas, aunque rechazando explícitamente la idea de “culturas socialistas nacionales” (española, francesa, etc.). En lo que respecta a los estudios sobre el socialismo en Argentina, TARCUS ([2007] 2013: 280) afirma que los grupos

lo constituirá el Congreso Internacional Obrero celebrado en la Sala Pétrelle de París entre el 14 y el 21 de julio de 1889, año en que se conmemoraba el centenario de la Revolución Francesa (otro paralelo de los “posibilistas” franceses y de los trade-unionistas británicos se dará en la Rue Lancry, sin consecuencias posteriores), En efecto, no será hasta el cuarto Congreso Socialista Internacional y de Sindicatos en Londres (1896) que se imponga la ruptura entre socialistas –en general, pero siempre, considerados doctrinariamente marxistas– y anarquistas, al imponer los primeros la primacía de la llamada “acción política”³⁰. De todas formas, en esa incipiente “cultura de izquierdas” del cambio de siglo en Argentina, en la que convivirán de forma tensionada pero sostenida (al menos hasta la segunda década del siglo XX) anarquistas, socialistas y sindicalistas, se compartía:

“la noción de un mundo alternativo, las ideas de insurrección y rebelión social, la adhesión a ciertos ritos y símbolos característicos del mundo del trabajo (la bandera roja, el primero de mayo), la manifestación callejera, la difusión de la prensa obrera y contestataria, las formas de compromiso militante, las movilizaciones por la libertad de los presos sociales (políticos) y las distintas formas de confrontación, e incluso de negociación, con los grupos gobernantes (...) [así como una combinación en grados diversos de] racionalismo, moralismo y puritanismo” (SURIANO, 2001: 26-27).

1. b. De los acontecimientos como hitos fundadores: el 1º de Mayo y la Revolución del Parque

Para lo que aquí importa, llegamos así al punto en donde se hace necesario referir a los dos acontecimientos que se presentan, a la vez, como producto y como motorizadores del

formados hacia la década de 1890 dieron forma a una “subcultura marxista” y a un “imaginario socialista dentro de una cultura obrera”, como característica de la tercera recepción del marxismo en el país desde un enfoque de historia intelectual; mientras BUONUOME (2014: 5, nota 3) matiza desde la historia cultural algunos de los planteos antes referidos al aclarar que la “cultura socialista” es entendida como el cruce de dos problemas: la “política cultural” de los socialistas y la “cultura política” de los mismos. Por otro lado, cabe destacar el planteo de BARRANCOS (1996: 17), para quien debe establecerse una diferencia metodológica entre la “cultura de los trabajadores”, entendidos los últimos como la masa en la que pretendían influenciar los militantes socialistas (que podían tener o no un origen en los sectores populares y obreros), y éstos, comprendidos sobre todo como divulgadores de un conjunto de nociones y saberes intelectualmente elaborados.

³⁰ De acuerdo a la resolución del congreso de la Segunda Internacional de Zürich, en 1893, se la definía de la siguiente manera: “La acción política es necesaria, tanto desde el punto de vista de la agitación y de la afirmación integral de los principios socialistas, como desde el punto de vista de la realización de reformas de interés inmediato. Se recomienda, en consecuencia, a los obreros de todos los países, conquistar sus derechos políticos y servirse de ellos en todos los cuerpos legislativos y administrativos, para realizar las reivindicaciones del proletariado y apoderarse de los poderes políticos, que no son hoy más que instrumentos de dominación capitalista, para transformarlos en medio de emancipación del proletariado” (BUREAU SOCIALISTE INTERNATIONAL, 1902: 27).

“momento del ‘90”, si bien con un impacto inmediato y a mediana duración muy disímiles. Es así como las historias encargadas de reconstruir el funcionamiento del régimen político – y, en general, de la política sin más– del llamado “orden conservador” otorgaron un lugar destacado a la que sería conocida como la “revolución del Parque”, que estalló el 26 de julio de 1890. En tanto la importancia de la celebración en Argentina del primer 1º de Mayo ese mismo año parece haber quedado confinada al lugar de un dato en contrapunto con aquellas historias, contrastando en lo que respecta a las reconstrucciones de la evolución del movimiento obrero y las izquierdas en el país, quienes le asignaron un rol de parteaguas en sus narrativas.

En lo que hace a la construcción de dos de las identidades políticas más potentes y duraderas de la primera mitad del siglo XX en Argentina, la radical y la socialista, debe tenerse en cuenta que ambos acontecimientos rápidamente se convirtieron en verdaderas canteras de signos y símbolos, de memorias y sentidos para las mismas³¹. Pero, por distintos motivos, marcarán de forma indeleble las experiencias políticas de la misma década final del siglo. Por ello, en tren de historizar y problematizar esos fenómenos de construcción identitaria se requiere atender a que desde su acontecer la revolución del Parque y el 1º de Mayo fueron objetos de disputa y su sentido posterior está pavimentado de discursos y acciones, en casos confluyentes y también en conflicto. En parte, estos acontecimientos vienen a acoplarse a las prácticas y sentidos de culturas políticas que ya venían operando en el país, pero deben ser comprendidos asimismo como mojones especialmente relevantes en el tono que tomará la política finisecular, por lo que abona a una hipótesis que se explayará en las páginas subsiguientes: que a partir de la década de 1890 se produce una inflexión en las representaciones políticas en la Argentina y, dentro de las mismas, cobrarán forma nuevas formas identitarias sustancialmente diferentes a aquellas que habían tenido en los espacios local-provinciales su polo de agregación simbólica.

El primero de ambos en llevarse a cabo fue el 1º de Mayo y su concreción en Argentina respondió directamente, como en muchos otros países del mundo, a la propuesta del citado Congreso Internacional Obrero de París de 1889. La resolución al respecto de la que luego sería conocida como Segunda Internacional, de acuerdo a lo formulado por el

³¹ Cabe aclarar que hacia mediados del siglo XX el 1º de Mayo será reinterpretado y hasta apropiado en su significación y conmemoración por parte del movimiento peronista, quien lo conjugará con el 17 de Octubre para dar forma a dos potentes rituales políticos identitarios (PLOTKIN, [1993] 2013; MACOR, 2009).

representante de la Federación Nacional Francesa de Sindicatos Obreros (Raymond Lavigne) que tomaba a su vez como precedente lo resuelto por la American Federation of Labour en 1888, establecía lo siguiente:

“Se organizará una gran *manifestación internacional en fecha fija*, de manera que, en *todos los países y en todas las ciudades a la vez*, en el *mismo día*, los trabajadores demandarán a los poderes públicos reducir legalmente a *ocho horas la jornada de trabajo*, y la aplicación las otras resoluciones del Congreso internacional de París.”

“Los trabajadores de las diversas naciones realizarán esta manifestación en las condiciones que les sean impuestas por la situación especial de cada país” (BUREAU SOCIALISTE INTERNATIONAL, 1902: 57, subrayados en el original).

La recepción de la consigna estuvo a cargo entonces de un Comité Internacional Obrero, presidido por un miembro del Vorwärts (José Winiger), que encabezará las mencionadas reuniones previas, el cual publicó un Manifiesto “A todos los trabajadores de las Repúblicas del Plata”. Ahora bien, el “nosotros, el pueblo trabajador” al que se convocaba –como lo atestiguaría otro miembro del club alemán y el mismo periódico– a un mitin en el Prado Español de Buenos Aires y que aparecía como el representante local de la “causa del proletariado” universal, abrigaba más bien una notable ambigüedad en su “criterio socialista” (KÜHN, [1916] 2004/2005: 131). Entre los 1500 asistentes al acto en que se propuso presentar una petición a las Cámaras del Congreso argentino había socialdemócratas alemanes, socialistas españoles, franceses e italianos, también republicanos de esta última nacionalidad (mazzinistas), así como el Círculo Socialista Internacional que, pese a su caracterización genérica, estaba compuesto fundamentalmente por seguidores de las ideas anarquistas. Esta diversidad de orígenes étnicos, de posturas políticas y de trasfondos doctrinarios, que sin embargo confluyeron en una convocatoria, se convertirá en un precedente relativamente conflictivo que los posteriores intentos de organización política se encargarán de conjurar, mediante criterios siempre selectivos de los elementos considerados más a la propia causa reivindicada.

Lo destacado del mitin, que sería impugnado por ejemplo por el importante diario *La Prensa*³², radicaba en dos cuestiones. Por un lado, se realizaba en nombre de la “fraternidad

³² Para el editorial del mismo dedicado a ese día, aparecía como legítimo el planteo de las demandas de las clases obreras, pero “duele por lo injusto y apasionada la afirmación gratuita de que los trabajadores se hallan aquí expuestos a una explotación vergonzosa y desenfrenada” como si fuera la situación de los mineros de

universal”, superando incluso el marco nacional argentino –al menos en su apelación al espacio rioplatense–; por otro lado, proponía un objetivo de “lucha práctica”, la presentación del petitorio al Congreso por “leyes protectoras del trabajo” ante la situación “tan penosa” que se atravesaba por entonces, entendiendo que una república como la Argentina debía garantizar los “derechos y libertades que concede la democracia moderna a sus ciudadanos”³³. Se trataba, en suma, de obtener “justicia y legitimidad” para los reclamos de los trabajadores, lo cual se extendía a la situación de las mujeres, a las que el Manifiesto reivindicaba en calidad de “obreras como compañeras”. Se comprendía así al 1º de Mayo como “fiesta obrera universal”, pero la necesidad de esa lucha práctica impuso la creación de una Federación de Trabajadores de la República Argentina que, por la misma composición del Comité Internacional Obrero, “no es socialdemócrata ni anarquista”, según observara el *Vorwärts*, aunque tomara como modelo la Federación Española de Trabajadores de 1870³⁴.

En lo que respecta a la revolución del Parque, su concreción fue un producto de la misma evolución de la crisis política. Una vez que la Unión Cívica de la Juventud se mostró como un actor que se proponía superar su marco originario luego de un mitin de gran resonancia el 1º de septiembre de 1889, la entrada de una serie de figuras notabillares que ya tenían un importante recorrido en la política porteña así como en varias provincias decidió la organización de un nuevo acto en el Frontón de la Capital Federal el 13 de abril de 1890, el cual dio nacimiento a la Unión Cívica (UC), presidida ahora por Leandro Alem. Cabe destacar en este punto que los nuevos “prohombres”, así como las filiales de la UC que aparecieron rápidamente en el interior del país (Buenos Aires, Salta, Corrientes, Tucumán, Santa Fe, Córdoba, Mendoza) se autodenominaron “cívicos” para marcar precisamente el

Bélgica o de los cargadores de Londres. El periódico entendía, sobre todo, que “el inmenso porvenir que está reservado a esta República” volvía inexistente el problema de la explotación que las “ideas socialistas” denunciaban en otras partes del mundo (“La fiesta obrera de hoy”, *La Prensa*, 01/05/1890).

³³ La petición, siguiendo lo propuesto por el Congreso de París del año anterior, demandaba en primer lugar la limitación de la jornada laboral de ocho horas para adultos y de seis horas para los jóvenes de 14 a 18 años, la prohibición del trabajo de menores de 14 años, la abolición del trabajo nocturno (salvo excepciones), la prohibición del trabajo femenino en las ramas de la industria que afectaran particularmente su organismo, el “sábado inglés” (descanso no interrumpido de treinta y seis horas), la prohibición de ciertas industrias perjudiciales, la supresión del trabajo a destajo y por subastas, la inspección por delegados estatales de talleres y fábricas; asimismo, la fijación de estas medidas mediante leyes o acuerdos internacionales, el reconocimiento por parte de los obreros de la consigna “Lo mismo por la misma actividad”, en relación al trabajo de la mujer, y finalmente la necesidad de organización de la clase obrera “en todas las formas” para “obtener la emancipación de la clase obrera” (transcripto en: KÜHN, [1916] 2004/2005: 126).

³⁴ “La Federación Obrera Argentina”, *Vorwärts*, 21/06/1890.

distintivo que los diferenciaba: su carácter opositor al gobierno de Juárez. En un arco que incluía desde viejos defensores de la causa de la provincia de Buenos Aires en 1880 (Alem), hasta protagonistas de la disputa entre católicos y laicistas en la década siguiente y ex miembros del PAN (Pedro Goyena, José Manuel Estrada, Delfín Gallo y Bernardo de Irigoyen)³⁵. Como afirmaba no sin dar cuenta de esa heterogeneidad Joaquín Castellanos, director del periódico creado como su órgano de prensa oficial, la UC se instalaba en la estela de una tradición allanada:

“Los graves asuntos públicos que actualmente se debaten, no son una cuestión de partidos; son una cuestión de patria (...) Quien más ha contribuido a la organización de los elementos de la oposición, ha sido el mismo gobierno, cuya marcha tenazmente contraria a los intereses y al decoro nacional han obligado al pueblo a ponerse de pie, en actitud de defensa y de protesta (...) Formamos un partido nuevo (...) no reconocemos ni aceptamos más herencia de los partidos disueltos, cuya acción pertenece ya a la historia, que todo aquello que hayan tenido de nacional en su programa (...) pues cuando menos ha salvado el honor del nombre argentino (...) haciendo de su propaganda un apostolado patriótico”³⁶.

Algunas semanas después se concretaba un alzamiento cívico-militar que luego de varios días de intensos combates y de gran cantidad de muertes, sería sofocado por las tropas leales al gobierno. El Manifiesto que vio la luz el 26 de julio, firmado por una Junta Revolucionaria encabezada por Leandro Alem y Aristóbulo Del Valle, abrevaba consecuentemente en una tradición revolucionaria, aquella desmenuzada por Hilda Sabato para Buenos Aires, y según la cual la “revolución” aparecía como un *topos* cargado de los valores liberal-republicanos que habían fundado una cultura política moderna, a partir de la cual el uso de la violencia política tenía reservado un lugar legítimo. Ello ya sea por constar en el artículo 21 de la Constitución nacional el derecho y el deber de armarse en defensa de la Patria, como por las connotaciones míticas de que gozaba dicha idea de “revolución” en un país que la ubicaba como punto de partida de su propia historia (SABATO, 2002: 166)³⁷.

³⁵ Sobre la heterogeneidad de la composición de la UC y, en especial, lo escasamente innovador de su propuesta política, ver SABATO (1990) y ALONSO (2000). Acerca de la importancia de los católicos entre los “cívicos” cordobeses remitimos a MOYANO (2007: 77-78). Sobre la coexistencia de liberales y conservadores, en general, en la UC, ver MALAMUD (1997b).

³⁶ Joaquín Castellanos, “Al entrar en combate” *El Argentino*, 01/07/1890.

³⁷ La autora amplió luego esta interpretación, enfatizando especialmente en el caso de la provincia de Buenos Aires (SABATO, 2008, 2009b, 2009c, 2009d). Como bien ha destacado Elías Palti para el caso del alzamiento encabezado por Bartolomé Mitre en 1874, la idea de “revolución” durante toda la segunda mitad del siglo XIX

El texto mencionado argumentaba entonces que el “recurso extremo y necesario para evitar la ruina del país”, esto es, la “revolución”, se justificaba en un patriotismo que obligaba a actuar a los hombres de la UC como reacción a la crisis. Si bien se afirmaba que “el único autor de esta revolución (...) sin caudillo” era “el pueblo de Buenos Aires”, era el “país entero el que está fuera de quicio”: “no hay república, no hay sistema federal, no hay gobierno representativo, no hay administración, no hay moralidad”. Entendiendo que ese “pueblo” incluía al “soldado argentino”, la acción terminaba por instalarse en aquella tradición como “una nueva evolución regeneradora” (MANIFIESTO DE LA JUNTA REVOLUCIONARIA, 1890: 189-192).

Sin lugar a dudas, ni aquellos que habían concurrido al Prado Español en mayo de 1890 y que decidieron la formación de la Federación de Trabajadores de la República Argentina, como los hombres de la UC que luego de una intensa campaña de actos, mítines y creación de comités se batieron en julio del mismo año, estaba en condiciones de prever los resultados mediatos –ni siquiera los inmediatos– de sus acciones. Ambas agrupaciones, que tenían objetivos evidentemente distintos, apelaron respectivamente a tradiciones también disímiles, con legitimidades sedimentadas en creencias y valores de larga data algunos en los lenguajes políticos circulantes, más novedosos otros. Las disputas políticas entre sus protagonistas y la incertidumbre de un marco más general agudizado por la renuncia del presidente, permiten comprobar hasta qué punto las identidades políticas que emergerían en los años siguientes sólo pueden entenderse como un producto contingente de las acciones de los actores en el clima de la crisis.

2. El origen de las identidades y el partido como “centro”

Existe una tensión recurrente en aquellas interpretaciones abocadas a los orígenes de las distintas formaciones políticas, más aun cando éstas posteriormente experimentaron sucesivas etapas y reconfiguraciones, pero manteniendo una continuidad y relativo protagonismo en la escena política. Este juego de *corsi e ricorsi* puede ser relacionado, desde la perspectiva aquí adoptada, con la cuestión de la precedencia y procedencia entre los actores que se organizan políticamente y aquello que permite que los mismos compartan una

se encontró en el cruce entre la historia y la política, inscribiendo a la entidad nacional como producto del conflicto y la subjetividad de los mismos actores políticos (PALTI, 2009: 116-119). Para su evolución durante la primera mitad del siglo, ver WASSERMAN (2008).

solidaridad y mutua referencia entre sí, diferenciándose de sus terceros. Si de lo que se trata entonces es de reconstruir la forma en que comenzaron a constituirse dos identidades partidarias, resulta particularmente necesario establecer cómo dichos términos –la identidad política y el partido– llegaron a asociarse en los años calientes de la década de 1890. En lo relativo a los partidos políticos, los modelos teóricos propios del análisis que se proponen verificar el surgimiento de aquellos son susceptibles de ser contrapuestos a –o mejor aún, complementados con– las nociones que sobre los mismos tuvieron los propios actores que protagonizaron esa construcción. Antes que nada, para evitar lo que Eduardo Míguez ha denominado la “ilusión de coherencia” de esos modelos (MÍGUEZ, 2003a: 670); pero, asimismo, en vistas de poder enhebrar una historia entre aquellos términos que suele tener más bien una relación de *feedback*, en tanto la identidad puede hacer al partido tanto como éste a aquella.

2. a. Dos asambleas, dos discursos, dos relatos

La palabra de los protagonistas, aquellos que serán reconocidos como los dirigentes más importantes de este proceso, permite ilustrar este juego tensionado. En los prolegómenos de las que serán concebidas luego como las asambleas constituyentes tanto de la UCR como del PS, dos referentes fundamentales de los mismos –Leandro Alem, por un lado, y Juan B. Justo, por el otro– elaborarían respectivamente una explicación, canonizarían un relato con sus hitos, para dar cuerpo a la historia de ambas organizaciones. En el primer caso sería el presidente de un Comité Nacional, hablando en nombre de los “centros cívicos de la República”, el que se proponía en la Convención Nacional de noviembre de 1892 marcar el camino que llevaba a dar “una organización permanente y definitiva” al colectivo que encabezaba, elaborando la Declaración de Principios de la UCR. Refiriéndose al mismo como el “partido popular” que había iniciado un proceso singular en el país –sucesivamente, un “movimiento regenerador”, una “idea moral”, una “tendencia renovadora” que “indicaba indudablemente una evolución histórica para la República”–, afirmó que esa genealogía:

“apareció el 1º de septiembre del 89, como una brillante fulguración hiriendo espesas brumas que cubrían los horizontes de la patria, que atrajo y condensó el 13 de abril del noventa todas las buenas voluntades y todas las nobles aspiraciones, *en torno de una gran esperanza, la esperanza y el anhelo de una nueva era*” (ALEM, 1892: 122-124, destacado propio).

Como se verá, la operación en clave regeneracionista que realizaba el líder de la fallida revolución del Parque era bien conocida por el auditorio compuesto por los delegados de cada uno de los comités provinciales que adherían al partido. Pero, más importante aún, era el hecho de que enfatizaba en que “nosotros sí, nosotros exclusivamente, hemos guardado puro e intacto” el programa de la Unión Cívica de la Juventud devenida en Unión Cívica, en tanto “la Unión Cívica Radical se ha impuesto y a ella exclusivamente se deben las únicas modificaciones que en nuestra viciosa y viciada situación política se han producido”: “la solidaridad nacional, la confraternidad, la armonía, el sentimiento de la patria” (ALEM, 1892: 123 y 126).

Lo que se hacía evidente para Alem era que el origen de la UCR en esa Convención seguía respondiendo a la situación de crisis general por la que atravesaba el país –dos veces reafirmaría: “la patria está en peligro”–, cuya única diferencia estribaba en que ahora existía una fuerza capaz de llevar a buen puerto la promesa de regeneración política, patriótica y moral que supuestamente entrañaba aquel programa. Enfatizaba, además, que “muchos de nuestros hombres públicos” habían “abandonado la causa popular para confundirse entre las filas de los que arrastraron a la patria hacia el borde del abismo”. En otras palabras, existían “fieles” y “apóstatas” a esa causa que por ello se encontraba en disputa. Operaba por detrás una ruptura.

Pocos años después y apenas antes del suicidio de Alem, el periódico *La Vanguardia* –creado en el mes de abril de 1894 como “cara visible y virtual conducción del movimiento socialista en el país”, reconociendo como “nuestros predecesores” a *El Obrero* y *El Socialista* (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2005: 4)– publicaba una nota que anticipaba el “próximo Congreso” de los socialistas y mencionaba también una serie de antecedentes organizativos del nuevo partido. En el escrito asoma la propia interpretación del momento histórico hecha por el director del periódico, el médico Juan B. Justo, que algunos años antes se había sumado a los grupos socialistas de la Capital. Primero, se remontaba a diciembre de 1894, cuando se celebrara la reunión del Centro Socialista Obrero (antes conocida como Agrupación Socialista de Buenos Aires, previa transformación de la llamada “Sección Varía” de la Federación Obrera de 1891) con el Vorwärts, el club de habla francesa *Les Égaux* (creado en 1891), el de habla italiana Fascio dei Lavoratori (de 1894) y el Centro Socialista Universitario

(de fines del mismo año). A continuación, establecía la secuencia de lo que ya era denominado como “Partido Socialista”: la constitución del Comité Central en abril de 1895 y la elaboración del Programa Mínimo y del Manifiesto escrito por Esteban Jiménez, la creación de un Comité Ejecutivo consensuado y compuesto por las distintas agrupaciones socialistas, y para finalizar la convención que en octubre de ese mismo año cambiaba la denominación de Partido Socialista Obrero Internacional (PSOI). Como expresaba retrospectivamente el artículo: “Hasta ahora el Partido Socialista Obrero Argentino –la nueva denominación adoptada– ha sido poco más que una organización local, y aún como tal su organización ha dejado mucho que desear”³⁸.

El órgano dirigido por Justo reconocía así que el trayecto recorrido por los socialistas hasta el Congreso que se celebraría el 28 y el 29 de junio de 1896, había estado cimentado por dificultades. Pero la evocación ubicaba la consolidación del partido como una tarea futura, aunque el Comité Ejecutivo se congratulaba de tramitar una sin embargo fallida representación al Congreso Obrero Internacional de Londres, así como de la realización de las conmemoraciones por el 25º aniversario de la Comuna de París y por el 1º de Mayo. El Congreso partidario de Buenos Aires era también, entonces, un punto de llegada, aunque no sería concebido todavía como uno “de los grandes acontecimientos históricosociales que marcan etapas en la marcha ascendente del progreso del país argentino”, como afirmará años después un protagonista del mismo, remontándose incluso a los gérmenes liberales, democráticos y republicanos establecidos por la revolución de Mayo de 1810 (DICKMANN, 1928: 21). Por otro lado, ya durante la sesión inaugural del Congreso de 1896, Justo prologaría en un célebre discurso como representante del Comité Ejecutivo, al Proyecto de Estatutos y a la Declaración de Principios. En el mismo caracterizaba al Partido Socialista, antes que nada, como “el partido de los trabajadores, de los proletarios”. Al mismo tiempo, aclaraba que se encontraba abierto “a los individuos de otras clases que quisieran entrar, subordinando sus intereses a los de la clase proletaria”. Es en este carácter de partido de clase que la novel organización se instalaba en una estela internacionalista, algo absolutamente novedoso para la experiencia política argentina:

³⁸ “El próximo Congreso”, *La Vanguardia*, 09/05/1896.

“Empezamos treinta años después que los partidos socialistas de Europa, y por lo mismo que empezamos tarde, debemos empezar mejor, aprovechando toda la experiencia ya acumulada en el movimiento obrero universal (...) Para ver cómo ha evolucionado el movimiento obrero, lo mejor es comparar el de Inglaterra, Alemania y Bélgica. (...) Notemos que insignificante como es nuestro partido, es el único que representa en el país ideas positivas de política y de gobierno”³⁹.

En esta operación, el emergente socialismo apelaba antes que a hitos cercanos –como lo hiciera cuatro años antes la Convención Nacional de la UCR– a una experiencia lejana y una identidad genérica y universal que precedían al partido. Universalidad que se reconocía en la confluencia en un movimiento común, a pesar de las profundas diferencias doctrinarias, ideológicas y organizativas que los mismos ejemplos europeos que servían de referencia mostraban entre sí⁴⁰. Siguiendo este planteo, bien puede sostenerse que antes de la institucionalización partidaria de 1896 existían socialistas en Argentina, pero resulta todavía complejo afirmar que ocurría lo mismo con el socialismo, entendido como un conjunto de postulados compartidos por aquellos. De allí que se subrayara, si bien como virtud, lo tardío y aún lo irrisorio de su expresión local.

Esta presentación del sentido emanado de las instancias reconocidas como momentos fundacionales permite una constatación común para ambos objetos, a partir de distintos

³⁹ Transcripción en: “Primera sesión”, *La Vanguardia*, 04/07/1896.

⁴⁰ En lo que respecta al socialismo inglés –que Justo juzgaba políticamente estancado y atrasado–, recién a fines de 1893 se había formado el Partido Laborista Independiente, cuando varias delegaciones británicas participaron ya de los Congresos de la Segunda Internacional, a partir de la conflictiva unión de la Sociedad Fabiana (compuesta sobre todo por intelectuales), de la Federación Social Demócrata y de la Sociedad Socialista de Hammersmith encabezada por William Morris, además de un sinnúmero de “uniones laboristas” locales y de liberales de izquierda, como era el caso de James Keir Hardie, cabeza del Partido Laborista Escocés (COLE, 1959: 144-152; BARROW y BULLOCK, 1996: 40-53). Ejemplo organizativo e ideológico de buena parte de las fuerzas de la Internacional, el Partido Social Demócrata de Alemania, en cambio, coaguló tempranamente por la fusión en el Congreso de Gotha (1875) de la Asociación de Trabajadores Alemanes (1863) –cuyo carismático líder era el fallecido Ferdinand Lassalle– con el Partido Obrero Social Demócrata de Alemania (1869), encabezado por Wilhelm Liebknecht y August Bebel y que se declaraba doctrinariamente marxista. Luego de más de una década de proscripción por parte del Imperio Alemán, mediante las llamadas “leyes antisocialistas”, recién sería legalizado nuevamente en 1890 (COLE, 1959; ROTH, 1963; NETTL, 1965; DROZ, 1975a; BREUILLY, 1987; LIDTKE, 2011). Mientras que el Partido Obrero Belga, particularmente admirado por los dirigentes socialistas argentinos, surgió con un formato federativo en 1885 de la reunión de las “ligas obreras” de Bruselas y de 59 asociaciones del resto del país (ligas, cooperativas, sociedades de socorros mutuos, sindicatos y “grupos democráticos”) (REBÉRIOUX, 1975a). Como afirmaban dos protagonistas del partido belga, el hecho de enfatizar el carácter “obrero” estaba en función de “marcar netamente la intención de crear un partido de clase (...) la clase obrera constituida en partido”, distinto de los “dos viejos partidos” que se reclamaban “socialistas” en las regiones de Flandes y Brabante (DESTREE y VANDERVELDE, 1903: 9-11). Rebérioux destaca que el excluir la palabra “socialista” en el nombre del partido respondía a su carácter “eminentemente práctico” y a su “falta de base ideológica”, para poder así mantener la unidad de sus partes constitutivas (REBÉRIOUX, 1975: 443).

enfoques derivados de las teorías de los partidos políticos. Así, por un lado, las versiones más estilizadas del llamado modelo “organizativo”, que ha sido tenido en cuenta para este proceso de génesis por la reciente historiografía⁴¹, plantean fundamentalmente que la lucha por el poder en el seno de las instituciones partidarias atiende a la dinámica interna de movilización de recursos de poder, en términos de Ángelo Panebianco, “incentivos”. Estableciéndose relaciones o juegos de poder horizontales y verticales, estos incentivos que pueden ser “colectivos” (identitarios) o “selectivos” (materiales o de status jerárquico) serían los que permiten el funcionamiento de la organización (PANEBIANCO, 1990: 15 y 66-75)⁴². Por su parte, el modelo que puede denominarse modelo “economicista-empresarial” de los partidos políticos, focaliza en la tarea de emprendimiento y producción de ciertos capitales para cosechar beneficios políticos de forma más o menos regular, aunque aquí el carácter especializado o permanente de la organización no resulta el aspecto más relevante, sino la forma en que esas inversiones permiten canalizar acciones comunes (OFFERLÉ, [1987] 2004: 34-53)⁴³. Lo que interesa destacar para lo que aquí interesa es que quienes se esforzaban por establecer un relato para la UCR en 1892 y para el PS en 1896 pretendían generar para sus interlocutores credibilidad en torno a la “causa” que les daba existencia, estableciendo un rol tutelar sobre la misma. De esta manera, se vislumbra que esas tempranas

⁴¹ Dos de los trabajos más recientes y relevantes sobre la UCR han puesto su atención en la importancia del modelo organizativo: así, mientras para Paula Alonso la estructura de “comités y convenciones” que adoptó primero la UC y luego el radicalismo representó un rasgo distintivo que diferenciaría a éstos en relación a los “partidos tradicionales” que se agrupaban en torno a un liderazgo, estableciendo una carta orgánica (reglas permanentes) y una estructura permanente con procedimientos internos de tipo democráticos, siguiendo el “modelo norteamericano” de los partidos políticos (ALONSO, 2000: 100-115); para Ana V. Persello es la adopción de esas mismas pautas de representación política y la progresiva aceptación por parte de los distintos actores del sistema político de un cierto “deber ser” sobre los partidos (organicidad, permanencia y principios) como organizadores y mediadores de las distintas opiniones, lo que demostraría el paso de los “partidos de notables” –a la forma del PAN– a los partidos electorales de masas –cuyos más tempranos exponentes en el país habrían sido la UCR y el PS– (PERSELLO, 2000; en especial para la UCR, 2007). Además del propio trabajo de Persello, un temprano análisis de Sergio Berensztein también hizo hincapié en la novedad y, en última instancia, el carácter pioneramente “moderno” de la estructura organizativa centralizada del PS en el cambio del siglo XIX al XX (BERENSZTEIN, 1991).

⁴² Los precedentes más destacados del “modelo organizativo” pueden rastrearse en las obras de Max WEBER ([1922] 2012), Robert MICHELS ([1915] 1983) y Maurice DUVERGER ([1951] 2012). La definición esbozada por este en su obra paradigmática al respecto, es elocuente: “los partidos actuales se definen menos por su programa o por una clase de sus miembros que por la naturaleza de su organización: un partido es una comunidad con una estructura particular. Los partidos modernos se caracterizan antes que nada por su anatomía” (DUVERGER, [1951] 2012: 11).

⁴³ Para el “modelo economicista-empresarial”, que también tiene en cuenta y reformula lo postulado por Weber, las referencias fundamentales son la sociología política que se desprende de los planteos, entre otros, de Daniel GAXIE (1977) y Pierre BOURDIEU (1981).

identificaciones con el “partido” responden, en uno y otro caso, a tensionados procesos de construcción previa en donde ese vínculo no aparece como una relación transparente, sobre todo por lo problemático de la definición y aceptación por parte de los distintos grupos de formar parte de una parcialidad organizada. Un rastreo en torno a las nociones sobre lo que esos colectivos políticos constituían, así como sobre la definición de lo que entendían eran sus “causas”, permite plantear la existencia de dos lógicas diferenciales. Sin embargo, y en este punto las perspectivas analíticas antes esbozadas coinciden, cabe aclarar que tanto quienes comenzaban a llamarse radicales como para los que se concebían socialistas, el “partido” terminará actuando como “centro simbólico de identificación” (PANEBIANCO, 1990: 96-97) y “marca colectiva” fundamental para conservar la creencia de su existencia. El partido se convierte entonces en el administrador y configurador fundamental de esas identidades, que por lo demás pueden ser comprendidas como polos que dan cuenta de una dinámica de constante tensión y redefinición mutuas.

Ello se comprueba en el derrotero de las situaciones posteriores a los acontecimientos tomados como hitos. Poco después de la derrota de la revolución del Parque, la UC celebró un acto en el teatro Politeama de Buenos Aires por el aniversario de su creación. En el mismo, Francisco Barroetaveña ensayaría una definición de aquella en términos similares a los empleados por Joaquín Castellanos en el periódico de la agrupación:

“La Unión Cívica es una liga patriótica (...) Bajo sus pliegues se cobijan miembros de nuestros partidos tradicionales (...) entusiastas de *una misma causa, que es la causa del pueblo, de la regeneración nacional*, que interesa igualmente a todas las provincias (...) nos encontramos unidos en estrecha alianza los miembros de los partidos nacionalista, federal, unitario, autonomista, republicano y católico, fervorosos creyentes, ateos, racionalistas, conservadores, radicales y progresistas” (BARROETAVEÑA, 1890a: 379).

La explícita referencia a los “partidos tradicionales” y la aglutinación de todas las identidades que habían signado las disputas políticas previas volvía innecesario definir a la UCR como un “partido”, salvo en el sentido de constituir un “partido popular”: según la terminología de la época, una “parte” de la opinión política que en este caso pretendía abarcar todo el arco de la oposición al PAN. Esta noción básica del antagonismo político, que perduraría aún por varios años en el discurso político en boga para reaparecer en

circunstancias de una oposición fragmentada⁴⁴, mostraba hasta qué punto la noción del “pueblo ‘uno e indivisible’” de raigambre liberal-republicana –cuyo antecedente fundador era probablemente el Partido de la Libertad de Bartolomé Mitre (HALPERIN DONGHI, 2005b; SABATO, 2009b)– actuaba todavía como una referencia fundamental del lenguaje político en el clima del ’90⁴⁵. Se pretendía, como lo explicitó Castellanos en el mismo acto sin aparente contradicción, sostener “un partido político con carácter permanente” con “espacio suficiente para desenvolverse, personalidades y agrupaciones a quienes antes dividieron cuestiones de partido” (CASTELLANOS, 1890: 393). Lo que tenía en común esa heterogeneidad era la “causa” de regeneración patriótica que creaba algo nuevo con retazos de lo viejo.

Esta operación intentaba demostrar que los “cívicos” entendían a la UC como algo más que una unión circunstancial para derrocar al gobierno. Como remitía Alem al Comité de la UC de la provincia de Mendoza, el “nuevo partido” que postulaba una “bandera de principios” pretendía institucionalizarse como “los grandes partidos de Norte América”⁴⁶. Precisamente en la única Convención Nacional que celebraría la UC unificada en la ciudad de Rosario en enero de 1891, su presidente insistió en la definición antes esbozada, complementándola con su “programa” que cruzaba moral y política:

“La Unión Cívica representa la opinión sana del país, *representa todas las aspiraciones legítimas y todos los patrióticos anhelos*, buscando el restablecimiento de las instituciones, la fiel aplicación de la ley, la recta administración de justicia, la honrada inversión de los dineros públicos y el levantamiento de la moral social,

⁴⁴ Véase en especial el trabajo de ROJKIND (2008), quien reconstruye minuciosamente las manifestaciones de una opinión opositora al segundo gobierno de Julio Roca, bajo la invocación genérica de un actor “popular”, circunscripto en particular a la ciudad de Buenos Aires.

⁴⁵ En este punto, Elías Palti efectúa una aclaración iluminadora sobre la fórmula propuesta por Sabato para el período c. 1850-1880: esa voluntad de “unanimidad” remitiría “en el período anterior a la consolidación del estado nacional, al nivel de aquellos principios fundamentales que actúan al modo de condiciones de posibilidad de todo intercambio u oposición de ideas”, lo que traía como consecuencia que esta concepción inherente al liberalismo político, acorde a su modo de definir la idea de un “debate racional”, rechazara la reivindicación de los “partidos”, salvo en su formación “espontánea” y concreta en torno a un debate. Este que el autor caracterizar como el “modelo jurídico” de los partidos políticos, comenzará a verse socavado en el nuevo contexto finisecular, en vistas de que se “terminaría por obtener la posibilidad de pensar un *orden* político acorde a una realidad en que la unidad de la entidad llamada ‘pueblo’ se habría ya quebrado”. Entraban a operar así nuevas concepciones de corte positivista que problematizarán la existencia de aspiraciones e intereses diversos, e incluso incompatibles entre sí (y que, por lo tanto ningún partido particular podía alcanzar a representar completamente) (PALTI, 1999: 27-30, destacado en el original).

⁴⁶ “Carta del Doctor Alem al Comité de la Unión Cívica de Mendoza”, Buenos Aires, 12/08/1890, en: LAMD, 1957: 110.

exigiendo el cumplimiento de los deberes cívicos, condenando las culpables indolencias y las cobardes abstenciones” (ALEM, 1891: 120).

La aceptación de formar parte de una parcialidad política como una virtud cívica de compromiso político se presentaba constantemente en la retórica del periódico de la UC. Por ejemplo, cuando polemizaba con el también opositor diario *La Prensa* acerca de las características que debía acumular ésta (cohesión, disciplina, programa patriótico): “la colectividad que busca la regeneración del país es un partido; el único partido que tiene las condiciones de tal en la actualidad política de la república y que está destinada a prevalecer en el porvenir”⁴⁷. Paula Alonso ha demostrado cómo el complejo proceso de negociaciones políticas dentro y fuera de la UC, luego de la definición de una fórmula presidencial en la Convención de Rosario, allanó el camino para su división a mediados de 1891 al celebrarse un resonante “acuerdo” entre la fracción del PAN que respondía a Roca y Pellegrini y la de la UC encolumnada detrás de Mitre (ALONSO, 2000: 115-125; ALONSO, 2010: 335-345). Este disenso entre los cívicos fue el acontecimiento que dio lugar a que los “acuerdistas” bautizaran de “radicales” a aquellos que rechazaban la decisión de los mitristas, con una clara connotación peyorativa. Así nacía una denominación, aunque no inmediatamente una identidad diferenciada, pero la lógica de una ruptura aparecerá signando el derrotero que conducirá a la misma.

Otra será la lógica mediante la cual los socialistas terminen constituyéndose en un partido, tal como lo presentara Justo en 1896. Así, cuando el periódico *El Obrero* – reconocido como órgano oficial de la Federación Obrera creada en 1890– se disponía a celebrar por segunda ocasión el 1º de Mayo, la cuestión de qué tipo de colectividad debía emprender dicha tarea se hará presente. Con una explícita reivindicación del “socialismo científico”, en tanto concepción marxista del socialismo⁴⁸, una definición primigenia se establecía dentro del movimiento obrero: los anarquistas aparecían como “enemigos”, al decir de su director Germán Avé Lallemant. Esta era una diferenciación primaria, que se establecía en el seno del movimiento obrero, el que a su vez era entendido como el espacio

⁴⁷ “La Unión Cívica y el diario ‘La Prensa’”, *El Argentino*, 03/07/1890.

⁴⁸ Esta concepción, seguida a rajatabla como prisma de lectura de la realidad política, llevaría a que el periódico efectuara una sostenida caracterización de la crisis económico-política, de la subsecuente revolución del Parque, de la UC y luego de la UCR, a partir de una aplicación estricta de los postulados marxistas (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2003/2004).

natural –y naturalizado en la jerga socialista internacional– del desarrollo de un específico movimiento socialista. En sucesivas entregas, el que se consideraba “campeón de la democracia socialista en lengua castellana” proponía una idea nunca acabada del todo: en oposición a los ácratas, expresaba que el propio espacio constituía “un partido político” y enfatizaba en la necesidad de la “educación política” de la clase trabajadora, aunque la misma composición de la Federación demostraba una endeble organización sindical (FALCÓN, 2007).

En este sentido, el partido se visualizaba como construcción futura, como parte de una labor militante de pedagogía política que implicaba, antes que nada, hacer de esa clase verdaderos socialistas:

“para que se afilie a *nuestra escuela socialista*, obtenga la consciencia de sus condiciones de clase explotada y unida a nosotros proceda a la grande obra de la emancipación del trabajo, instituyendo la sociedad comunista, forma más elevada y sublime de la organización humana”⁴⁹.

Por otro lado, su adhesión a ese polo de identificación que tenía como punto de partida el Congreso de 1889 en París, conllevaba “formar parte del Gran partido socialista”, lo que remitía a una entidad internacional como proyección del polo simbólico de identificación. En el marco de una joven Internacional que para los primeros años de la década de 1890 aún no había definido del todo al actor privilegiado que debía conducir el pasaje hacia el socialismo (su composición constaba de partidos, sindicatos y agrupaciones de todo tipo [COLE, 1959]), es posible pensar que todavía operaba una concepción decimonónica del “partido” como “libre conjunción de fuerzas de todos aquellos que se reúnen en torno a ‘la Idea’ (FONTAINE, 2008: 8)”⁵⁰.

Luego de los avatares de la primera Federación Obrera –que, como reconocería posteriormente *La Vanguardia* antes de la asamblea constituyente del PS, “fundada en 1890 celebró un Congreso y discutió un programa”⁵¹–, será *El Socialista* el que se presente como

⁴⁹ “La Federación Obrera y el 1º de Mayo”, *El Obrero*, 25/04/1891.

⁵⁰ El periódico aclaraba en su texto sobre la Fiesta Internacional del Trabajo que el “partido obrero socialista argentino” había estado representado en París en 1889 por el socialdemócrata alemán Wilhelm Liebknecht, por encargo exclusivo del club Vorwärts (“El Primero de Mayo”, *El Obrero*, 01/05/1891).

⁵¹ “Nuestro Congreso”, *La Vanguardia*, 27/06/1896. A continuación, agregaba que “entonces el movimiento tenía en este país una importancia y una extensión mucho menores que hoy, y ese congreso tuvo poca

“órgano del Partido Obrero” y continuador de *El Obrero*, que reaparecería brevemente en una segunda etapa. El nuevo vocero de las ideas socialistas, quien continuaba la senda de “formar un proletariado consciente” que lo diferenciaba de los anarquistas, avanzaba otra idea de “partido”, producto de la evolución organizativa reconstruida en 1896 como genealogía: ese Partido Obrero no era otro que la “agrupación del Partido Socialista de Buenos Aires” y propugnaba por la “unión de todos los socialistas de las diferentes agrupaciones”, comprendidos en el rótulo de “compañeros y correligionario”⁵². En este caso, a diferencia de lo ocurrido con el proceso que llevara a una fracción de los cívicos a reconocerse como radicales, la lógica de quienes ya compartían una identidad como socialistas respondía a un principio de confluencia en una organización que se situaría por encima de las existentes.

El momento del “acuerdo” y la división de la UC actuaron, en cambio, como la definición de una frontera al interior de lo que se pensaba como un partido nuevo⁵³. Los cívicos que rechazaron al primero comenzarían por hacerse cargo del mote de “radicales”, pero originalmente sólo como parte de una disputa por la UC. *El Argentino* se encargó de explicar lo que ello significaba: el “radicalismo es una palabra de fresca data en nuestro vocabulario”, explicaba, para continuar que su nacimiento se produjo “después del 26 de julio”. De esta forma, los llamados radicales se autoconcebían como hijos de la revolución: “Es esa nuestra bandera; la misma que flamea en los albores de la Unión Cívica, la que cubrió a los combatientes del Parque (...) Si para estar con ella hay que llamarse radicales, *somos radicales* y lo somos casi con orgullo”⁵⁴. La aceptación del nombre implicaba, como consecuencia, una redefinición de los antagonismos dispuestos por esa frontera. Los mitristas serían a partir de entonces los “traidores” a la bandera del Parque y, en general, a la causa de regeneración patriótica que se propusiera la UC, “unos cuantos pecadores (que buscan el perdón y el olvido de sus delitos)”⁵⁵.

resonancia”. Con posterioridad, un representante de la dirigencia del PS afirmaría que con el Congreso de la federación Obrera de 1891 “comienza, puede decirse, la historia de Partido Socialista” (BRAVO, 1915: 121).

⁵² “A nuestros lectores” y “Programa del Partido Socialista Obrero”, *El Socialista*, 11/03/1893; “Fiesta del 1º de Mayo”, *El Socialista*, 18/03/1893.

⁵³ La definición de la noción de “frontera” aquí expuesta remite a aquella postulada por Aboy Carlés, según la cual se opera —en términos de una “topografía política”— “una discontinuidad, un término o un confín”, en otras palabras, la producción de una distancia en un espacio previamente definido (ABOY CARLÉS, 2001: 168-169).

⁵⁴ “Radicalismo”, *El Argentino*, 05/06/1891.

⁵⁵ “Comité Nacional de la Unión Cívica”, *El Argentino*, 06/06/1891.

Para los anti-acuerdistas se trataba de enfatizar quiénes eran los “verdaderos cívicos” y, por lo tanto, podían hablar en nombre del partido. En esos términos lo expresaba un telegrama público dirigido por los miembros del Comité Nacional –nucleados en torno a Alem– a las autoridades de los comités provinciales de la UC, calificando de usurpadores a los seguidores de Mitre⁵⁶. En oposición a la reivindicación de los radicales, el nuevo periódico del PAN que respondía a la política del “acuerdo” entre Roca y Mitre –al mismo tiempo que echaba un manto crítico sobre el caído gobierno de Juárez Celman– afirmaba que la hora era de reconciliación entre “los vencedores y los vencidos”. Lo “patriótico” y lo que respondía a “los intereses legítimos y las aspiraciones del país” era precisamente la “reacción” que implicaba el pacto: intentando apropiarse de algunas de las consignas sostenidas previamente por los cívicos, el órgano del Partido Nacional sentenciaba que “debe subordinarse siempre todo partido que no quiera degenerar en facción”⁵⁷. Una denominación que también a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX contuvo una carga negativa, en este caso, como degeneración de una entidad partidaria organizada.

Como se sabe, la consecuencia de todo ello fue la inevitable división del Comité Nacional y, mediante una teatral sesión de los radicales, la expulsión de los mitristas. Una ceremonia que según su promotor Joaquín Castellanos constituía un acto de “purificación”⁵⁸. A esta altura, no resulta exagerado afirmar que, de aquí en más, ese será el tono en el cual se resolverían las tensiones y conflictos al interior de lo que ya se titulaba radicalismo, una lógica según la cual la idea de un gran clivaje entre “traidores” y “fieles” a una causa superior determinará sucesivamente las distintas etapas por las que atravesarán el partido y su identidad. Este punto álgido que marcará los orígenes de dicha identidad se replicará tanto en los distintos clubes de la UC en la Capital Federal, como en los comités provinciales a los que el Comité Nacional dirigido por Alem demandará fidelidad. Un dato sintomático de este proceso es que, en una de esas respuestas, algunos integrantes del Comité de la UC de Rosario expresaran que el grupo encabezado por el líder de la revolución del Parque era el “gobierno

⁵⁶ “La Unión Cívica. Su gran bandera”, *El Argentino*, 27/06/1891. El telegrama de las autoridades “radicales” estaba firmado por Alem y los secretarios Adolfo Mujica y Remigio Lupo, y afirmaba además que “una marcada minoría del comité nacional (...) acaba de separarse para constituir un nuevo centro usurpando el nombre de nuestra gloriosa institución”.

⁵⁷ “Nueva Época”, *Tribuna*, 25/05/1891.

⁵⁸ “La sesión del Comité. Expulsión de los acuerdistas”, *El Argentino*, 02/07/1891.

genuino de la Unión Cívica”, para expresar a continuación los rosarinos que “se adhieren al *partido radical*”⁵⁹.

Importa aclarar que estas ambigüedades entre reconocer a una “verdadera” UC y sumarse a un “partido” denominado “radical” atravesarán toda la etapa que transita entre el “acuerdo” y la Convención Nacional de fines de 1892, una vez que la Unión Cívica Nacional de Mitre y la Unión Cívica Radical de Alem se organicen por separado⁶⁰. La aceptación de las consignas del “antiacuerdismo” y la “intransigencia”, que datan del momento del pacto y que transmitían una actitud de rechazo a las alianzas con otras fuerzas como marca de identificación, no implicaban que en los espacios provinciales se dejaran de lado entendimientos entre los miembros de uno y otro desprendimiento de la UC⁶¹.

Sin embargo, otras experiencias cargadas de gran significación contribuirán a forjar la identidad radical. La sanción del estado de sitio por el gobierno nacional en abril de 1892, poco antes de las elecciones presidenciales para elegir el sucesor de Pellegrini, provocó la prisión de los principales dirigentes radicales en un buque del Ejército nacional, exiliándose otros en la ciudad uruguaya de Montevideo. En ésta, un grupo encabezado por Alem y compuesto por dirigentes como el tucumano Juan Posse, el salteño Castellanos, el catamarqueño Guillermo Leguizamón y los porteños Adolfo Saldías, Marcelo T. de Alvear y Julio Arraga, publicaron un manifiesto de protesta en nombre del “partido popular”, en el cual enaltecían la condición de presos políticos de una “dictadura vulgar” a aquellos retenidos en *La Argentina*: “nuestros distinguidos y esforzados compañeros de causa, a quienes sirve de cárcel un buque de la armada, y que arrancados a la dirección de su partido (...) llegan más hasta el corazón del pueblo con su patriótico infortunio”⁶². Como se destacaba en una

⁵⁹ “Adhesiones. Telegramas de las provincias”, *El Argentino*, 02/07/1891; “Manifestaciones de opinión. Circular del Comité”, *El Argentino*, 03/07/1891 (destacado propio). La nota del Comité de Rosario estaba firmada por su presidente Belisario Sívori y por el secretario Manuel Ferrer.

⁶⁰ Por ejemplo, el diario *La Prensa*, abiertamente favorable a los radicales, todavía podía criticar a mediados de 1892 que las “tradiciones partidistas” separaran a las “fracciones de la Unión Cívica” (“Aniversario histórico”, *La Prensa*, 24/07/1892).

⁶¹ Como se observa en una entrevista realizada al mismo presidente del Comité radical de Rosario: “creo que se llegará a un acuerdo, siempre por lo que se refiere a la política provincial, porque los que componen la Unión Cívica Nacional formaban parte de nuestro partido antes del abrazo de Mitre y Roca. Los partidarios de las dos fracciones *hemos luchado juntos antes y podríamos volver a la lucha unidos en la cuestión provincial*, como lo hicimos en la municipal, puesto que se trataba de intereses locales”. Entrevista a Belisario Sívori reproducida en el periódico radical rosarino *El Municipio*, 30/11/1892.

⁶² El Manifiesto apareció publicado originalmente en el diario *El Siglo*, de Montevideo, el 19/04/1892 (en: CASTELLANOS, 1892: 2126).

viñeta que se popularizó por entonces, Alem ocupa el centro de la escena de una composición en la que se interpretaba la situación de los presos como la entrega a una causa: la de la “elección libre” (ver APÉNDICE, Imagen n° 1)⁶³. Este incipiente culto al sacrificio, al patriotismo y a las virtudes cívicas como marcas distintivas de los dirigentes y militantes radicales será una constante en la exaltación de aquellos valores que los distinguirían –en el imaginario partidario– tanto de los hombres del PAN como de los mitristas que habrían defecionado de la “causa”. En ese mismo contexto, una comisión de los clubes capitalinos de la UCR viajó a Uruguay para homenajear a los exiliados, expresando el joven tucumano Vicente Gallo que el objetivo era “saludar a los hombres que tenían la dicha de sufrir por la libertad”⁶⁴.

Como se afirmó más arriba, la llegada al “partido” de los que ya se identificaban con el socialismo tuvo otras aristas, a través de una lógica de la confluencia y en donde la nueva organización se pensaba como independiente y por encima de las agrupaciones que la constituían. Según la Carta Orgánica del Comité Central Argentino del Partido Socialista Obrero Internacional de abril de 1895, se reconocían como miembros a “las delegaciones de las sociedades, Centros o agrupaciones de la República Argentina que estén dispuestos para la lucha política y económica y hayan aceptado el programa socialista obrero internacional”⁶⁵. Es precisamente por esta clave de convicción política en torno a las bondades de unas bases estatutarias definidas que resulta pertinente la observación de Hernán Camarero y Carlos Herrera en relación a este incipiente “signo externo de identidad del PS” de ser “ante todo, un partido con programa” (CAMARERO y HERRERA, 2005b: 13).

Tal como lo exponía el obrero pintor e importante dirigente en los años fundacionales del socialismo en Argentina, Adrián Patroni, entre las fuerzas populares pero “burgueses” como era a su entender el radicalismo, y una entidad doctrinaria como ese Partido Socialista en formación, existía una diferencia esencial. A su entender, quienes adherían a las primeras lo hacían simplemente por un sentimiento de “entusiasmo”, mientras que ingresar a las filas del socialismo requería “convicción”, “pues para llegar a ser un socialista convencido, es

⁶³ Junto a Alem aparecen los retratos de: el coronel Julio Figueroa, Guillermo Leguizamón, Joaquín Castellanos, Francisco Barroetaveña, Julio Arraga, Rufino Pastor, Celindo Castro, Miguel Páez, Marcelo de Alvear, Adolfo Saldías, Víctor Molina, Oscar Liliedal, Martín Torino y J. Posse.

⁶⁴ El discurso se publicó en *El Orden*, de Montevideo, el 20/04/1892 (en: GALLO, 1921: 14-15).

⁶⁵ “Carta Orgánica del Comité Central Argentino del Partido Socialista Obrero Internacional. Su formación y propósitos”, *La Vanguardia*, 20/04/1895.

necesario algo más que oír frases floridas; son los hechos las verdades científicas los [que] obligan a abrazar esas ideas tan positivas como justas”⁶⁶. Esta concepción de la acción política, de acuerdo a la cual el proletariado se desenvolvía como una “fuerza positiva” guiada por principios científicos, tenía su origen en la vulgata marxista muy difundida en las filas del socialismo internacional a inicios de la década de 1890, sobre todo gracias a la obra del último Engels y a su discípulo Karl Kautsky, uno de los redactores del célebre Programa de Erfurt que se dio el Partido Social Demócrata de Alemania en 1891. Esta confianza en la ciencia, no obstante, requería como complemento el reforzar esa labor de pedagogía política que se proponía organizar a las masas alrededor del partido⁶⁷.

2. b. El rito de unidad como bisagra partidaria

Se arriba nuevamente a los dos congresos considerados fundacionales. En ambos casos, las reuniones eran productos de procesos políticos de construcción previa, de fracasos, divisiones y reorganizaciones. Como búsqueda expresa o por defecto, el “partido” era un punto de llegada, un mojón significativo para quienes se consideraban y eran reconocidos por los otros como “radicales” y como “socialistas”. Asimismo, tanto la Convención Nacional de la UCR en noviembre de 1892 como el Congreso del PSOA en junio de 1896, apelaban a la memoria reciente de esos dirigentes y militantes, remitiendo con un carácter más o menos fundacional o como pre-historia del propio partido a convenciones y congresos previos. Esta breve reformulación del planteo está en función de destacar algunos aspectos

⁶⁶ Adrián Patroni, “Una cosa es entusiasmo y otra es convicción”, *La Vanguardia*, 06/04/1895. Como bien ha destacado Ricardo Martínez Mazzola, en la propia construcción de la identidad socialista a lo largo de la década de 1890, la imagen que los primeros miembros del PS se forjaron de la UCR actuó como un verdadero espejo que recortaba los alcances y límites de su “causa” política (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008).

⁶⁷ El texto que luego reproduciría los principios del Programa, *La lucha de clases*, de Kautsky, postulaba que: “Sobre la roca madre de la ciencia, instalada por Marx y Engels, la tarea del socialismo moderno ya no es más la salvación del proletariado desde arriba, sino asistir al proletariado en su lucha de clases ilustrándolo, y promoviendo su organización política y económica” (KAUTSKY, 1899: 26; seguimos aquí la adaptación del norteamericano Daniel De León). Ya en otro célebre escrito, la “Introducción” a la edición de 1895 de *Las luchas de clases en Francia* de Marx, Engels se había decantado por asignar una importancia fundamental al sufragio universal como la instancia superior de la lucha de clases, como el nuevo rostro de la Revolución, para lo cual enfatizaba en la importancia fundamental de la organización de las masas en el seno del Partido Social Demócrata (ENGELS, 1895). Sobre la difusión del marxismo en los primeros años de la Segunda Internacional, remitimos a KOLAKOWSKY (1978), HOBBSAWM (1983) y SASSOON (2010: 5-26). Para la recepción del marxismo en Argentina en el cambio de siglo, TARCUS ([2007] 2013), quien expresa que para militantes como Patroni, Marx aparecía antes que nada como un científico e incluso como un profeta de una nueva era (322).

dados por sentados en las historia militantes (DEL MAZO, 1957; ODDONE, 1983) y que ampliaremos en los capítulos siguientes.

Específicamente, importa destacar el carácter ritual de ambas jornadas y la forma en que remiten a los símbolos y los valores de una determinada cultura política bajo el paraguas de la cual vienen a instalarse. En concreto, entendemos que estos actos fungían como ritos de unidad que, por un lado, intentaban construir un determinado orden en torno a ese centro que era el partido, ante una realidad que se evidenciaba a todas luces mucho más compleja para ambas organizaciones de lo que sus promotores estaban dispuestos a reconocer (KERTZER, 1988: 8-10), y que podía traducirse en disidencias internas, descontentos con las resoluciones adoptadas o una impugnación al mismo evento desde fuera. Por otro, el carácter fundacional que aquellas les asignaron no obstaba para que establecieran un puente temporal entre pasado, presente y futuro, esto es, entre las historias previas que allanaron el camino en cada caso: los radicales claramente se remitía a 1889, 1890 y, por la negativa, a la “traición” mitrista de 1891; en tanto los socialistas apenas reconocían la secuencia canónica que discurría entre la Agrupación Socialista de Buenos Aires y la confluencia de 1895 que dio lugar al PSOI.

A este sentido cognitivo, que intentaba explicar el relato propuesto por la UCR y el PSOA, se sumaba otro, si se quiere, más emotivo, y que se expresaba en una singular estética política, específica de cada uno. En cuanto a la Convención radical, la misma siguió una serie de instancias que habían estado presentes en los actos de la UC en teatros y plazas en 1889-1890, así como en la Convención de Rosario. Después de arduos preparativos con más de un mes de anticipación, todo comenzó otra vez en el teatro Politeama de la Capital con el canto solemne del Himno Nacional argentino, reafirmando que se trataba de un acto patriótico, ante un escenario que constaba de una tribuna principal para el orador y con un fondo cubierto de banderas celestes y blancas y de los escudos que representaban a cada una de las provincias de donde provenían los delegados. Hasta aquí, todo se referenciaba en la tónica propia del movimiento cívico que asociaba sus “sentimientos patrióticos” con la oposición al PAN (BERTONI, 2001: 95-101). Luego de las sesiones que discutieron la Carta Orgánica del nuevo partido presididas por el cordobés Pedro Molina, primero se acordó adoptar la palabra “radical” en la denominación, y luego de ciertas deliberaciones de carácter secreto se llevó a cabo una “procesión cívica” que se organizó en la emblemática plaza de Mayo, frente a la

Casa de Gobierno, para recorrer a continuación la céntrica calle Florida hasta la plaza San Martín. Para el desfile, se hicieron presentes como cuerpo principal cada uno de los clubes parroquiales que se habían declarado “radicales” con la novedad de sus estandartes color rojo y blanco, sumándose los clubes de estudiantes secundarios y universitarios de la UCR y los mismos convencionales⁶⁸.

El acto en la Capital pretendía entonces asignarse una representatividad nacional, siguiendo el principio federativo que permitía articular los comités provinciales, que gozaban de un importante grado de autonomía, con las autoridades del Comité Nacional. El ritual de la Convención proyectaba una imagen de unidad difícil de lograr en la vida más regular que había tomado la UCR en Buenos Aires y en las provincias, ya que se habían sucedido alzamientos provinciales en Córdoba y Catamarca⁶⁹, prisiones por el estado de sitio y distintas alianzas locales con otras fuerzas, como se vio para el caso de Santa Fe. Poco después, *La Prensa* efectuaba una crónica del año 1892 y, junto con la elección presidencial de Luis Sáenz Peña, destacaba el acontecimiento del 11 de noviembre en que la UCR se había convertido en un “partido permanente, con su Gobierno”. Esa incipiente identidad radical – fuertemente matizada y tensionada en sus expresiones locales y provinciales –, tenía sin embargo su centro simbólico en la UCR conducida por Alem, que aquel diario denominaba ya el “caudillo radical”⁷⁰.

Las dos sesiones del Congreso del PS celebradas en el salón del Vorwärts el 28 y 29 de junio de 1896, si bien también se proponían institucionalizar una fuerza que algunos meses antes ya había inaugurado su participación electoral en la Capital Federal, apelaban a un horizonte simbólico de referencias absolutamente distinto, aunque pueden observarse

⁶⁸ La crónica de las sesiones y la manifestación de la Convención Nacional, en: *El Argentino*, del 15/10 al 21/11/1892. Estaban representadas las 14 provincias del país, además de la Capital Federal y una delegación del Comité Nacional compuesta de Ángel Ferreyra Cortés, Antonio Arraga, Delfor Del Valle, Francisco Barroetaveña, Adolfo Saldías y el general Teodoro García. El muy importante libro de ALONSO (2000) sobre la UCR, por ejemplo, prácticamente no se detiene a dar cuenta de la Convención Nacional de 1892, mientras que la obra de tono más tradicional de Edith GALLO (2009) efectúa simplemente un seguimiento de cada uno de los pasos seguido por la misma.

⁶⁹ En mayo de 1891 se produjo efectivamente un levantamiento armado en la provincia de Córdoba encabezado por los “cívicos”, pero sin participación de los mitristas. Según algunas fuentes, allí se utilizó por primera vez la bandera roja y blanca que luego sería la de la UCR, en reemplazo de la blanca, verde y rosada utilizada en la revolución del Parque, aunque cabe dudar de estas afirmaciones posteriores. De todas formas, importa destacar el peso de los grupos vinculados a la Iglesia Católica en la creación de la UCR de Córdoba, cuya fundación se realizó el 5 de agosto de 1891 bajo el lema “Unión Cívica Radical ¡Dios y Patria!”, bajo la presidencia del presbítero de la Iglesia Eleodoro Fierro (FRÁVEGA, 2006: 34-39).

⁷⁰ “El año político. Aspectos de la situación”, *La Prensa*, 01/01/1893.

similitudes con la Convención radical de 1892. Los escudos argentinos y los estandartes rojo y blanco de los clubes devenían ahora en “escudos con nombres de prohombres del socialismo” y “banderas rojas de las agrupaciones de resistencia y de los centros políticos”, como elementos de distinción que no conformaban aún una liturgia propia pero sí se direccionaba hacia una cultura política internacionalista que comenzaba a tipificarse en las fuerzas de la Segunda Internacional (CALLAHAN, 2010). La propia composición revelaba un principio constitutivo diferencial, al combinar los centros o agrupaciones definidas como socialistas (19) con las sociedades gremiales (16), con una abrumadora sobrerrepresentación capitalina, lo cual demostraba lo reducido del espacio de injerencia del incipiente partido. Como salvedad, las sociedades gremiales no necesariamente debían estar afiliadas al partido y, por otro lado, había delegaciones representativas de ciudades como Junín, Paraná, Rosario, Tucumán y Córdoba.

Si bien algunas de las resoluciones discutidas marcarían la línea política del PS, al menos en los años inmediatamente posteriores (las cuestiones de la naturalización de los extranjeros, la política de alianzas y de los métodos revolucionarios)⁷¹, sobre lo que sí había consenso era en relación a la necesidad de concentrar esfuerzos para organizar a una clase obrera que se consideraba aún dominada por ideas tradicionales, por el anarquismo o, en el peor de los casos, sin conciencia de sí alguna. Las valoraciones realizadas inmediatamente a continuación del Congreso por algunos de sus promotores dejaban ver todavía, no sin optimismo, lo primitivo de esa organización, como se reflejará en algunos de los órganos de prensa más importantes del país.

Para Justo, que actuaba las veces como columnista del diario *La Nación* y había sido derrotado en algunas de sus propuestas en las sesiones, lo modesto del acto no debía ocultar que con él aparecía en la Argentina “el más fundamental de los *antagonismos de clases*, el

⁷¹ Los sucesivos congresos socialistas, en especial aquellos primeros que fueron definiendo la “línea política” del PS –definida en la historiografía, desde José Aricó, como la “hipótesis de Justo”– se presentaron hace ya varias décadas como objeto privilegiado de distintos estudios con intereses diversos: como un espacio donde terminaron por confrontar y ajustar cuentas las distintas “tendencias” en los orígenes del socialismo argentino (FALCÓN, 1979); a modo de visualización de la singular recepción del marxismo en el socialismo original de Juan B. Justo (TARCUS [2007] 2013: 257-263); en tanto momentos que jalonan la institucionalización y “nacionalización” del PS, a partir de los matices de la luego triunfante “hipótesis de Justo” (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008: 67-83); representando la emergencia de una constante secuencia de cuestionamientos a la línea de la “acción política” electoral-reformista que predominará tempranamente en el partido, en una clave clasista/obrerista de demostraría importantes tensiones en el joven socialismo argentino, aunque esta línea de interpretación se superpone en parte y viene a reafirmar las antes mencionadas (POY, 2015b).

de la clase trabajadora y la clase propietaria”. Era el “camino del progreso” emprendido por el país, como lo hacían otras “naciones nuevas” (Australia o Estados Unidos), lo que garantizaría la importancia de lo que entendía como la forma más elevada de la lucha de clases mediante la “acción política”⁷². Para el ya experimentado militante socialista Esteban Jiménez, eran las nulas conciencia y “educación política del pueblo” las que determinaban que, pese a lo relevante del acontecimiento, “nuestro Partido está todavía en gestación”. Tomando como típico modelo al Partido Social Demócrata alemán, compensaba la afirmación anterior sentenciando en clave utópica: “Mañana seremos un partido más respetable que hoy, por el número y la conciencia, poseído de su *gran misión* (...) la evolución general que prepara y acelera el *triunfo completo del Socialismo*”⁷³. En cambio, *La Prensa*, que había celebrado en su momento la aparición de un radicalismo fuertemente popular en la Capital, restó trascendencia a las reuniones socialistas, planteando por un lado el rechazo de buena parte de las sociedades gremiales porteñas debido a que el “verdadero carácter de éste [el Congreso del PS] es puramente político y contrario a los intereses de los trabajadores”, para afirmar luego que de esa frialdad de la clase trabajadora “se desprende que las ideas socialistas –y particularmente las del socialismo de Estado– no han echado fuertes raíces en este país”⁷⁴.

3. ¿Religiones civiles/religiones políticas? La identidad política como creencia

3. a. Causas trascendentes terrenales

Hasta aquí se han desarrollado algunos de los que consideramos son dimensiones insoslayables para comprender el surgimiento de las identidades político-partidarias del radicalismo y del socialismo. En este sentido, la crisis aceleró en ambos casos procesos de organización política, si bien con avances y retrocesos, pero acompañados de la rápida emergencia de imaginarios políticos cargados de un fuerte sentido militante, que demandaban

⁷² Anónimo (Juan B. Justo), “El Congreso Obrero”, *La Nación*, 01/07/1896 (subrayado propio), en: JUSTO (1896). Agradezco a Juan Buonuome algunas precisiones sobre la labor periodística de Justo en *La Nación*.

⁷³ Esteban Jiménez, “Las alianzas”, *La Vanguardia*, 18/07/1896 (subrayado propio), en: JIMÉNEZ (1932).

⁷⁴ “Movimiento obrero”, *La Prensa*, nota aparecida el 29 y el 30/06/1896. Para este periódico, que dedicaba un seguimiento continuo a las actividades obreras, sólo debía valorarse la voluntad del PS por llevar a cabo congresos periódicos que demostraran su carácter de partido permanente, “pues todas las demás [resoluciones] como: separación de la Iglesia y del Estado, supresión del ejército permanente, abolición de la pena de muerte, confiscación de los bienes del clero, etc., no son más que votos inocuos”.

un compromiso de los adherentes para con las respectivas “causas”. No obstante, un fenómeno concomitante y derivado de ello ha sido escasamente problematizado, esto es, la forma en que esas instancias de organización y de construcción de fuertes compromisos para con lo que comenzaban a denominarse partidos dieron lugar a verdaderas creencias políticas en la Argentina finisecular.

Esta dimensión, que permite leer bajo un prisma diferente las experiencias que dieron carnadura a identidades políticas que se revelarán potentes y duraderas, puede ser comprendida por la conceptualización de las religiones seculares, entendidas como sacralización de la política en la era moderna. Como ha postulado Marcel Gauchet, las concepciones de lo político consolidadas a lo largo del siglo XIX instalaron una nueva concepción de lo colectivo según la cual es la sociedad la que se produce a sí misma a partir de ubicar la autoridad de esa imaginación política en el futuro; un lugar en donde el resultado de la obra de los hombres aparece como conjetura, especulación o convicción. Por supuesto, este fenómeno aparece teñido de contradicciones y se extiende a lo largo de todo el período en el cual las masas se integraron en el juego político de una democracia en vías de constitución. En los límites, ese carácter religioso vendría dado entonces por la naturaleza y la forma atribuida a ese poder del porvenir (GAUCHET, 2001: 6-11; *in extenso*, GAUCHET, 1998). Esta precisión teórica ha sido más finamente desentrañada por aquellos autores que se encargaron de distinguir los grados y alcances de la sacralización de la política en las sociedades modernas, poniendo en tensión los planteos en torno al “desencantamiento del mundo”, en vistas de que el retroceso de las religiones tradicionales en ciertos aspectos nodales de la vida pública y como instancia de legitimación de la autoridad dieron paso a la atribución de características sacras a entidades inherentemente modernas como la Patria/Nación, el Estado, la Raza, la Clase o el Partido. Devenidos éstos en objetos de fe, de culto y de devoción, las experiencias de sacralización de la política adoptaron un sistema de creencias que comenzó a expresarse a través de un conjunto de mitos, ritos y símbolos. Si bien el nacionalismo constituye el ejemplo más paradigmático de este fenómeno, fueron toda una serie de movimientos políticos –con la Revolución Francesa como hito– los que anunciaron una “nueva era de regeneración” en clave laica (humana, patriótica, moral, racial, etc. [GENTILE, 2014]), pudiendo establecerse a partir de sus orígenes, formas y consecuencias una diferencia fundamental: entre las “religiones civiles”, típicas de

“sociedades abiertas”, con formas discretas y no coercitivas; y “religiones políticas”, propias de “sociedades cerradas” y signadas por formas integristas (GENTILE, 2007: 248-249)⁷⁵.

Esta precisión conceptual, requiere asimismo otra de tipo contextual, para poder analizar los casos de sacralización de la política en los orígenes del radicalismo y del socialismo. En efecto, estas identidades en constitución fueron expresadas tempranamente por radicales y socialistas en términos de “credo” o “profesión de fe” política, quienes se comunicaban entre sí como “correligionarios”. Ello remitía a un sentido de pertenencia común, pero se apoyaba en última instancia en un fondo de convicciones irreductibles y, por eso mismo, indiscutibles, que cobraban forma y se transmitían mediante la experiencia militante y una retórica que comenzó a otorgar un carácter sacro al vínculo político. Interesa entonces tomar en serio estos postulados del discurso político, muchas veces naturalizado como parte de una jerga esotérica de los partidos y agrupaciones o incluso como sentido común de la política. Esta dimensión contrastante pero complementaria y confluyente con aquel registro más práctico y programático, apuntado como declaración de principios, que argumenta en nombre de doctrinas o tradiciones políticas. Estos discursos convivían en las nuevas identidades y, según la ocasión, el ámbito o el momento, eran privilegiados unos sobre los otros.

Si, tal como ha postulado Roberto Di Stefano para el caso argentino, el importante proceso de secularización nacional operado en las últimas décadas del siglo XIX (en especial durante las décadas de 1870 y 1880) acompañó en gran medida lo ocurrido en términos generales en el mundo occidental, dando lugar a “una pérdida de la capacidad normativa de la religión y de subjetivación de las creencias”, se entiende que esta “fragmentación de las

⁷⁵ Si bien existía ya una tradición en la teoría política en torno al lugar de lo religioso en la política moderna, que se remonta al menos a Gaetano Mosca y su análisis de los partidos y sectas políticas y a Eric VOEGELIN ([1938] 2000) y su concepto de “religiones seculares” para los regímenes políticos de entreguerras, fue sobre todo el texto de Robert BELLAH (1967) sobre la “religión civil” norteamericana el que inició una larga revisión y debate sobre el tema. Explicando precisamente este trabajo, Michael Walzer ha afirmado que el núcleo normativo de aquella residía en una sensación de implicancia mutua entre los ciudadanos a partir de lazos típicos de una comunidad religiosa, pero desestabilizando las pautas tradicionales al exaltar una esperanza radical y una fe en las posibilidades de transformaciones y cambios, esta vez de carácter modernos. De esta manera, la religión tradicional migraría además a la política una visión clara de los enemigos de su “causa”: los opresores, los infieles, los herejes, los apóstatas y los traidores (WALZER, [2007] 2010). Un detallado estado de la cuestión, en el primer capítulo de GENTILE (2006); una comparación de la evolución conceptual de la *civic religion* norteamericana con la *religion civile* francesa de matriz rousseaneana, en IHL (2000); mientras que un planteo general en torno a la historiografía sobre el concepto de “religión política” en el caso de regímenes totalitarios, en BURRIN (1997).

fuentes de trascendencia” actuara como condición de posibilidad para la “emergencia de fes substitutivas, como la ciencia y la patria y, para quienes abrazaban la contestación social en las filas del anarquismo y del socialismo, la causa de la clase trabajadora irredenta” (DI STÉFANO, 2011: 15)⁷⁶. Como se ha expuesto, la crisis que arreció hacia 1890 –en especial las lecturas que le asignaron una especial connotación moral a sus contenidos políticos y económico-sociales– instaló en las intervenciones públicas un tono exaltado de tintes salvacionistas, mientras que en aquellas posiciones identificadas con el socialismo, la progresiva continuidad adquirida por la nueva Internacional despertó asimismo unas esperanzas que ampliaban el horizonte de expectativas políticas para dicho movimiento al enhebrar la miríada de experiencias de la clase trabajadora de sociedades en rápida transformación en una única historia (ANGENOT, 2001: 40; ELEY, 2002: 113).

En primer lugar, este tono religioso comenzó a expresarse en el mismo lenguaje a través del cual se presentaban las “misiones históricas” de regeneración política propuestas. Así, encontramos que en gran cantidad de actos, mítines y escritos alusivos a los inicios de la UC, se instaló la idea de que lo que se estaba llevando a cabo era una “misión sagrada” y un “apostolado nacional” frente al mercantilismo imperante, bajo el amparo de “una religión de la que todos debemos ser sectarios: *la religión del deber, de la patria, de la libertad*” (Francisco Ramos Mejía y Ángel Gallardo, poco antes de la revolución del Parque). Parafraseando el célebre *Dogma Socialista* de Esteban Echeverría, probablemente uno de los escritos más prestigiosos para las generaciones posteriores de la segunda mitad del siglo XIX y más allá, Francisco Barroetaveña reseñaba el aniversario de la UC concibiéndola como “un nuevo credo político de principios” (BARROETAVERÑA, 1890b: XVIII)⁷⁷. Esta impronta,

⁷⁶ Sobre las disputas político-ideológicas que signaron el avance del liberalismo en las últimas décadas del siglo XIX en Argentina, en detrimento de las posiciones del catolicismo, ver HALPERIN DONGHI (1987a) y BERTONI (2009). Por supuesto, como se verá más adelante, esto no significó una desaparición del catolicismo en los distintos frentes sociales, políticos y culturales que consideraba como imprescindibles para su presencia en la sociedad argentina, sino antes bien su adaptación a las nuevas condiciones de esa misma modernidad que lo perturbaba (LIDA, 2015: 12-13).

⁷⁷ Los discursos en la conferencia del jardín Florida de julio de 1890 se citan en: UNIÓN CÍVICA (1890: 131-133 y 138-139). Tanto Ramos Mejía como Gallardo no terminarían formando parte de la UCR, militando luego ambos en las filas de la UCN mitrista. En cuanto a la referencia de Barroetaveña, en 1846 Echeverría había escrito sobre la Joven Argentina: Creíamos que sólo era útil una revolución moral que marcara un progreso en la regeneración de nuestra Patria (...) no se trataba de personas, sino de patria y regeneración por medio de un dogma que conciliase todas las opiniones, todos los intereses y los abrazase en su vasta y fraternal unidad” (ECHEVERRÍA, [1846] 2007: 104). Sobre el prestigio de su obra entre los políticos e intelectuales del período post-Caseros, el clásico de HALPERIN DONGHI (2005b).

gestada al calor de la crisis, se verá luego acicateada por las consecuencias del alzamiento de 1890 y, sobre todo, por la división entre mitristas y radicales, los cuales enriquecerán y le darán un tono más consecuente a estas referencias, sobre todo a partir de las conmemoraciones anuales del hecho de armas (ver capítulo II).

Algo similar ocurrió con el discurso de aquellos periódicos que precedieron a *La Vanguardia* al presentarse como voceros del socialismo en Argentina, en especial en torno a la celebración internacional del 1º de Mayo y el mensaje de confianza en el porvenir de la causa del socialismo. Hacia 1892, *El Obrero* hablaba de una “sociedad burguesa corrompida” que permitía expresar una “fe absoluta, ciega e inquebrantable en un próximo triunfo (...) a la realización de nuestra doctrina emancipadora”; mientras que, como secretario del Comité Federal de la Federación Obrera, Augusto Kühn se mostraba optimista en la “fe que el mundo obrero tiene en el triunfo de su *sacrantísima causa*”, pese a que ese año los grupos socialistas apenas pudieron reunirse en un local cerrado para celebrar la Fiesta del Trabajo⁷⁸. Al igual que al año siguiente, cuando *El Socialista* se refería a la “grandiosa misión que está llamado a cumplir” el proletariado, en especial en su “fiesta de resurrección”⁷⁹. Por su parte, en los primeros años del periódico fundado por Justo el tópico de la necesidad de una sostenida propaganda estaba en función de superar el virtual estado de secta política en que todavía se encontraba el socialismo⁸⁰. Para lo cual había que “demostrar –de acuerdo a un editorial– que tenemos fe en nuestras ideas, porque las creemos justas y sabias”, porque “la humanidad se debate en el caos más espantoso” y el único camino posible era el de “la revolución emancipadora de la humanidad”⁸¹.

3. b. Una cruzada para la regeneración patriótica

Por supuesto, si bien este carácter sacro asignado a la propia causa política se encontraba extendido en la generalidad de las filas de los cívicos (después radicales) y los socialistas, ciertos momentos y enunciadores adquirirán una centralidad particular. En el caso

⁷⁸ “1º de Mayo” y “1º de Mayo de 1892”, *El Obrero*, 24/04 y 01/05/1892.

⁷⁹ “Fiesta del 1º de Mayo”, *El Socialista*, 18/03/1893.

⁸⁰ Horacio Tarcus ha expresado que es específico de las sectas políticas un “imaginario religioso [que] no es admitido en el nivel de la conciencia, pero tiene efectos decisivos, estructurales en su dinámica” a partir de un “credo laico y racional”, por lo cual el paso de esa forma a la del partido político implicaría una construcción política entendida como una “revolución cultural dentro de la organización” (TARCUS, 1998/1999: 31-32).

⁸¹ “La propaganda”, *La Vanguardia*, 06/10/1894.

de la historiografía sobre la UCR, la idea de que se autoconcibiera como una “religión cívica” será una constante, al menos desde la obra del historiador militante Gabriel Del Mazo, quien en la década de 1950 afirmó que el cruce entre moral y política que se encontraba en el corazón de la propuesta regeneracionista del radicalismo posibilitaba confirmar dicha idea debido a la coherencia sostenida por la agrupación desde sus mismos orígenes (DEL MAZO, 1957: 21). En tanto la historiografía académica de las últimas décadas también enfatizó en aquel concepto, aunque sin problematizarlo o desmenuzarlo más allá de los conocidos postulados en torno a la dicotomía Causa/Régimen enunciada luego por Hipólito Yrigoyen⁸², por lo demás, ya presente en la jerga radical. En este punto, conviene aclarar que fue sobre todo Alem quien actuó en esos primeros años de la agrupación como portavoz y principal constructor de este credo político. En particular, sus alocuciones de los años 1891/1892, en momentos en que la UC debía reorganizarse, para luego dividirse en dos ramas hasta llegar a la formación de la UCR, constituyen ejemplos paradigmáticos del lenguaje religioso que terminará por empapar a todo el discurso identitario del radicalismo.

El diagnóstico de la “patria en peligro” sería esgrimido una y otra vez por el primer presidente del Comité Nacional, pero, como contraparte, exaltará al mismo tiempo la imagen de la “aurora de un nuevo día”, la promesa de la “reparación”. Esto aparece como una reafirmación constante de la necesidad de mantener el compromiso sellado desde la creación de la UC, de forma que la ruptura de la misma entenderá la citada “traición” de los mitristas como “apostasía”. Ya en la Convención Nacional de Rosario a inicios de 1891 Alem se refirió al “culto sagrado de la Patria”, encomendando a las instancias superiores de “Dios y Patria”

⁸² En una lectura provocadora sobre las continuidades y rupturas de la política argentina en el siglo XX, esta es la propuesta de HALPERIN DONGHI (2006: 13), dicotomía luego retomada por PERSELLO (2004 y 2007). Una interpretación temprana de lo que se entiende como la “reivindicación moral” del radicalismo, que habría hecho uso de unas “bases sacras” y de “valores metafísicos” de tipo tradicional frente a los “secularizadores del ‘80”, fue realizada por GALLO y SIGAL (1965: 183-186), en una clara adopción de la teoría de la modernización que enfatizaba en las transiciones e hibridaciones políticas de una sociedad en medio de un proceso de profundas transformaciones. Una perspectiva que enfatiza en el papel –sobredimensionado y sin mayor preocupación por la experiencia del radicalismo en la década de 1890– del espiritualismo en la versión krausista del kantismo que supuestamente influenció el pensamiento solidarista de Hipólito Yrigoyen, en ROIG (1969). Una obra reciente que intenta emparentar los contenidos de la “causa” radical con las ideas del joven –y la militancia política del más maduro– Ricardo Rojas, en FERRÁS (2013), quien no hace ninguna referencia a la UCR previa al liderazgo de Yrigoyen. Por su parte, Marcelo Padoan ha vinculado la tesis del radicalismo en tanto “religión cívica” con especial énfasis también en el tipo de liderazgo personalista y carismático Yrigoyen, a partir de la presencia de ciertas figuras de carácter bíblico que lo habrían exaltado ante sus seguidores y aún adversarios, para lo cual afirma que el vínculo entre moral y política establecido por Alem no llegará a convertir a éste en un “apóstol” de la misma, sino que será Yrigoyen quien dará cuenta de “esa religiosidad cívica que expresaba el radicalismo” con un sello fuertemente personalista (PADOAN, 2001: 87).

la guía del camino que debían seguir los cívicos (ALEM, 1891a); para asegurar a fines de ese año, en un acto en el Frontón de Buenos Aires junto a los representantes provinciales de la fracción radical que la UCR era “la Unión Cívica Pura porque es la que conserva el arca santa” y la que, a diferencia de los cívicos nacionales, honraba con “religioso júbilo patriótico” las “vidas rendidas en los altares de la Patria” (ALEM, 1891b). Esta empresa de salvación nacional que reservaba al naciente radicalismo una misión histórica, representando “todas las aspiraciones políticas legítimas”, adquiriría en consecuencia connotaciones abiertamente mesiánicas, de allí que en el célebre discurso de la primera Convención de la UCR que sancionó la Carta Orgánica Alem dijera que ésta “como la voz profética de un Salvador le dijo al pueblo: ‘la patria está en peligro, sí, levántate’” (ALEM, 1892: 124). Es importante destacar que estas constantes metáforas religiosas –también las lumínicas referidas a la “aurora” de la regeneración–, e incluso la invocación a Dios, tensionaban pero se articulaban con una prédica que por otro lado se declaraba heredera del liberalismo⁸³, confinando las instancias de trascendencia al campo estricto de la política. Como en los casos de algunos de sus más estrechos seguidores (Barroetaveña, Saldías)⁸⁴, una importante militancia en la masonería o previas convicciones anticlericales no obstaron para que, a lo largo de los años de la crisis, la identidad radical tomara cuerpo en clave sacra, pero en los marcos de una sociedad abierta.

Cabe preguntarse en tanto por el sentido de este fenómeno, esto es, por sus motivaciones y su posible eficacia. En cuanto a ello, el hecho mismo de que hayan sido las instancias de disputa por la herencia de la UC, en tiempos de alzamientos armados o de conmemoración de los mismos, en los cuales esta prédica aparecía en primer plano, habla de una necesidad por reforzar los lazos de un colectivo constantemente amenazado o dependiente de un refuerzo sostenido de las premisas bajo las cuales se había formado. Aquí aparecen otras voces. Es el caso de Bernardo de Irigoyen, figura consular de aquellos que se mantuvieron fuera del “acuerdo” y con un estilo marcadamente distinto al de Alem (ALONSO, 2000), quien sin embargo en 1891 alentaba a los cívicos de la ciudad de Santa Fe –en carta a uno de sus principales dirigentes– para mantenerse en “esta *cruzada*

⁸³ Sobre el liberalismo y las influencias de las ideas federales (al menos hasta 1880) de Alem, ver GALLO, 2009: 54-70).

⁸⁴ Sobre las ideas de Barroetaveña y Saldías, remitimos a OJEDA SILVA y GALLO, 2014; y REYES, 2014.

moralizadora (...) acompañados por el sentimiento popular”⁸⁵. Una noción de compromiso similar había sido planteada en una resonante gira que Alem emprendiera luego de la ruptura de la UC, visitando ciudades del litoral y del noroeste del país. En la capital cordobesa aquel expresó desde el balcón de su hotel ante una multitud que ya se declaraba radical que:

“así debieron ser los cruzados. Sí, el pueblo de Córdoba está en una verdadera cruzada. Vamos, todos juntos, hombres, mujeres y niños, laicos y monjes, a reconquistar el santo sepulcro de las libertades argentinas de las manos de los infieles del Unicato” (citado en: LAMD, 1957, VIII: 484).

Hemos visto que el caso de Córdoba tenía la singularidad de que los católicos constituían una porción significativa de la UCR local, organizados bajo el lema “Dios y Patria”, pero en la ocasión Alem se refirió más bien a la consigna de superar esas diferencias en un nuevo credo; un credo de “redención nacional” que encaraba una “campana salvadora, como escribiera desde su prisión en *La Argentina* a quien había sido designado para acompañar a Irigoyen en la fórmula presidencial de la UCR para 1892, el cordobés José Garro⁸⁶. No se trataba entonces de negar tradiciones e ideologías, sino de sintetizarlas en el valor supremo del patriotismo.

3. c. La religión nueva del socialismo

En torno al núcleo que constituyó desde 1896 el PS, hacerse socialista significaba luchar por otra causa trascendente: “la regeneración y la emancipación del proletariado universal”⁸⁷. En este registro discursivo, la retórica del poeta cordobés Leopoldo Lugones – en otros sentidos, bastante alejado del que se consolidaría como núcleo dirigente socialista– no se presenta disonante. Si bien con las aristas extremas de una estética revolucionaria y bajo el signo de las influencias estilísticas del modernismo literario⁸⁸, su condena de la religión tradicional se inscribía en el corazón de las convicciones de una identidad que se

⁸⁵ Bernardo de Irigoyen a Gerónimo Cello, Buenos Aires, 21/10/1891, Archivo Gerónimo Escobar Cello, Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe (AHPSPF).

⁸⁶ Leandro Alem a José Garro, 01/05/1892, citada en: LAMD (1957, VIII: 105-106).

⁸⁷ Eduardo García, “La protesta”, *La Vanguardia*, 01/05/1895.

⁸⁸ Interpretando esta etapa juvenil de Lugones, Dante Ramaglia afirma que: “Para esta corriente el lenguaje no sólo describe la realidad sino que la transmuta debido a la misma capacidad creadora de la palabra. El recurso de imágenes y símbolos, entre otros elementos que diferencian al modernismo frente a una literatura realista, le sirven a Lugones para develar el sentido de la historia” (RAMAGLIA, 1993: 96). Al respecto, ver también FRANZÉ (1997).

presentaba portadora de una nueva moral. Oponía en su discurso del 1º de Mayo de 1896 en el Vorwärts las “ceremonias sensuales de los templos”, que materializaban lo que denominaba la “reacción clerical”, al “advenimiento de la verdad” representada por el socialismo, entendido como “urgencia del Destino”⁸⁹. Para Lugones, ubicado en el ala izquierda del joven PS, la Fiesta del proletariado inauguraba una nueva liturgia, acorde a la esperanza de esa nueva moral, algo que se compartía en la cultura de izquierdas con el anarquismo (SURIANO, 2008: 304 y 319): “Estamos ya tan distantes de la religión vieja, que hemos debido crearnos nuevos días de fiesta”. Era una nueva “Pascua de Resurrección”, según sentenciaba en su periódico *La Montaña*⁹⁰. El sentido sacro de la causa socialista no aparecía como síntesis de tradiciones previas, sino como sustitución de las mismas. Llevado al extremo, el argumento puede pensarse como una metáfora religiosa en clave secular, en tanto el socialismo se piensa como “Credo”, “Aurora” o “Nueva Fe”, efectuándose así un proceso de sustitución de figuras y referencias provenientes de la tradición judeo-cristiana que se venía a contestar (D’ALMEIDA, BERKOWITZ y CÉPÈDE, 1994).

En el imaginario socialista, ese nuevo horizonte se condensaba en determinados símbolos, como es el caso de la bandera roja, que se desarrollará en capítulos posteriores. Basta por ahora citar, por caso, el poema que encabezaba un número de *La Vanguardia* de 1895 y que rezaba a la misma como “genio precursor de la era nueva que nos promete justicia e igualdad”⁹¹, o la crónica de 1900 sobre la inauguración de la *Maison du Peuple* (Casa del Pueblo) del Partido Obrero Belga en Bruselas, cuando “levantando la cabeza, se aperece la bandera roja plantada sobre el edificio socialista”, sentenciándose: “Ésta será la Liga de la Nueva Religión, de la Religión del trabajo”⁹². Resulta sintomático que, para aquellos que se pensaban como parte de una comunidad de identificación de carácter mundial, se volviera necesario rendir culto a emblemas que podían utilizarse en cualquier lugar, más allá de las singularidades de cada país. Como ha destacado, entre otros, José Aricó, el ejemplo del socialismo belga resultaba particularmente valorado para los militantes argentinos (ARICÓ,

⁸⁹ “El discurso de Lugones en la fiesta del 1º de Mayo”, *La Vanguardia*, 09/05/1896. Ya fuera del PS, pero invitado para el número especial de *La Vanguardia* del 1º de Mayo de 1900, Lugones continuaría denunciando la “reacción clerical”, en un momento en que el partido la entendía como una verdadera competencia a la hora de captar voluntades en el seno del movimiento obrero (Leopoldo Lugones, “Sursum...”, *La Vanguardia*, 01/05/1900). Sobre el anticlericalismo de Lugones, ver DEVOTO, 2008.

⁹⁰ “La Fiesta del proletariado”, *La Montaña*, 01/05/1897.

⁹¹ *La Vanguardia*, 20/04/1895.

⁹² “En Bélgica. La Casa del Pueblo de Bruselas”, *La Vanguardia*, 01/04/1900 (subrayado propio).

1999: 90), sobre todo hacia 1900 cuando ambos partidos socialistas se embarcaron en sendas campañas contra la “reacción clerical”⁹³. La sacralización en clave política combinaba así el discurso de la confrontación frente a la “vieja religión”, en ocasiones, y el de la trascendencia de la propia causa, la “nueva religión” socialista, en otras (CALLAHAN, 2010: 114). Serán dos de los principales referentes del partido belga quienes por esos años afirmarían en una historia de su movimiento que su concepción del socialismo lo elevaba a la condición de “una religión nueva, continuando y realizando el cristianismo, haciéndolo descender sobre la tierra” (DESTRÉE y VANDERVELDE, [1898] 1903: 8)⁹⁴. Evidentemente, esta creencia estaba extendida a uno y otro lado del Atlántico, y en el joven socialismo argentino se replicará casi en simultáneo sobre todo en la pluma del inmigrante judío de origen letón, Enrique Dickmann. Un caso sin dudas extremo, pero ilustrativo.

En los años finales del siglo, este verdadero producto de la Argentina aluvial que fue Dickmann se encargó sistemáticamente de establecer las implicancias de esa dicotomía fundamental entre las dos fes, con un fuerte sentido anticlerical, pero al mismo tiempo depositando una potente dimensión religiosa en la “verdad” del socialismo. En una serie de artículos aparecidos en *La Vanguardia* y mucho después en unos tardíos *Recuerdos de un militante socialista*, toma cuerpo esta operación de sustitución en donde la diada porvenir/progreso socialistas se anuncian como “una visión” ante la constituida por el pasado/barbarie del catolicismo⁹⁵. El planteo general de este cercano colaborador de Justo ubica la dimensión trascendente del socialismo en la tensión entre ciencia y religión, según la cual la fe religiosa tradicional sería incompatible con la razón, pero no así la fe política en el socialismo, que estaría guiado precisamente por la ciencia⁹⁶. Es la identidad política, entendida como “nueva fe”, la que sólo puede completarse a sí misma sobre las ruinas del pasado: “El socialismo es la fe positiva y real, la fe optimista, la fe de los buenos y los

⁹³ Ver por ejemplo, “Católicos y socialistas en Bélgica”, *La Vanguardia*, 14/04/1900, donde el órgano del PS da cuenta de cómo en ese país se invirtieron los votos que antes favorecían a las fuerzas políticas clericales, para ahora beneficiar al socialismo, aliados en casos a los liberales belgas. Acerca de la importancia del factor religioso en las divisiones dentro del movimiento obrero en Bélgica, ver ERK (2005) y VAN GINDERACHTER (2007).

⁹⁴ Ante lo que podría entenderse como un contrasentido, Eric Hobsbawm afirma de forma comprensiva que en un movimiento como el socialista, hostil a las expresiones del irracionalismo, entendido como “superstición” por la doctrina marxista, los socialistas adaptaron el viejo vocabulario religioso a la ideología del progreso, imitando sus formas (HOBBSAWM, 1984: 69-70).

⁹⁵ Enrique Dickmann, “Una visión” y “Socialismo católico”, *La Vanguardia*, 24/11/1897 y 18/03/1899.

⁹⁶ Enrique Dickmann, “Reflexiones”, *La Vanguardia*, 08/07/1899.

generosos que reemplaza a la fe mentirosa”. Para el joven estudiante de medicina, esta creencia alcanza la categoría de una verdad revelada, un largo camino de redención dentro de un mundo binario cuyo éxito estaría asegurado en el futuro en tanto el socialismo se entiende como “apoteosis gloriosa de la ciencia”⁹⁷. Se comprende entonces que al referirse en un acto conmemorativo a la Comuna de París, entendiera a los comuneros muertos como “mártires” caídos en el “altar del ideal” en la búsqueda de la “Jerusalén de los pueblos libres”⁹⁸; así como luego reconstruirá sus primeros años de militancia en el socialismo argentino en un sentido mesiánico, como “un verdadero apostolado”, ya que “el proselitismo se hacía con entusiasmo de neófitos y con fe de creyentes” (DICKMANN, 1949: 91).

Contrariamente a lo que se puede creer, si se repasan algunos de estos tópicos en otros socialistas del cambio de siglo, tal vez menos signados por una larga transición espiritual, la prédica de Dickmann resulta extrema pero no desentona con la construcción de una creencia común dentro del partido en torno al socialismo como movimiento histórico y a lo que implicaba “ser socialista”. Es el caso del propio José Ingenieros, ya enrolado intelectualmente en una “sociología científica” luego de su etapa más revolucionaria junto a Lugones en *La Montaña*, quien en 1900 dictará una conferencia titulada “Las doctrinas sociales de Jesús” en la Escuela Libre socialista. A continuación de analizar el cristianismo como parte del desenvolvimiento de las sociedades civilizadas y sus “tendencias a la reforma social”, caracterizará a la figura de Jesús como político (“apóstol y caudillo”), estableciendo una analogía entre las ruinas de una civilización (Roma primero, la modernidad cristiana luego) y la emergencia de una “nueva” (el cristianismo antes, el socialismo ahora), heredera de los restos útiles de la energía social y que hará la “inevitable revolución”. Ingenieros finaliza sentenciando de forma determinista que el destino no puede ser más que una “nueva organización, más libre y más justa”⁹⁹. Esta es también la posición de Justo, quien en una célebre conferencia de 1902 –*El Socialismo*– define en varias ocasiones y desde distintos

⁹⁷ Enrique Dickmann, “La nueva fe”, *La Vanguardia*, 01/05/1898.

⁹⁸ Enrique Dickmann, “En el Cementerio Père Lachaise”, *La Vanguardia*, 18/03/1899.

⁹⁹ José Ingenieros (sic), “Las doctrinas sociales de Jesús”, *La Vanguardia*, 14/04/1900. Su última frase cerraba de la siguiente manera: “tal como Jesús la soñara en una época en que ella no podía ser una convicción científica surgida de la constatación de las tendencias de la evolución de las sociedades civilizadas (...) en este sentido, el cristianismo idealista y utópico, traicionado por la Iglesia Católica, es reivindicado por el socialismo”. Se ha señalado, hacia esos años Ingenieros profundizará su adhesión a categorías que se reclamaban de esa “sociología científica” y que, al cruzar el positivismo evolucionista con el marxismo, lo llevarán a plantear un resultado sincrético: el *bioeconomismo* (TERÁN, 2001: 290; TARCUS, [2007] 2013: 247).

ángulos lo que entiende por ese nombre. Primeramente, “el socialismo es la lucha en defensa y para la elevación del pueblo trabajador, que, guiado por la ciencia, tiende a realizar una libre e inteligente sociedad humana, basada sobre la propiedad colectiva de los medios de producción”. A continuación, es al mismo tiempo “la extensión de la conciencia política del pueblo (...) es causa y efecto del sufragio universal”, esto es, la consumación de la idea moderna de democracia (ver Capítulo V). Finalmente, en relación a la cuestión aquí tratada, el socialismo hace perder a la religión “todo asidero en la mente del pueblo”, “aunque tolera, por supuesto, todas las creencias que no pretendan imponerse”. De esta manera, repitiendo el tópico del socialismo como “apoteosis de la ciencia”, se convierte en última instancia en una nueva moral, un ideal que reemplaza a la religión tradicional en su carácter universal, al propender en las distintas clases “al bien de todos”, supeditando el resto de los intereses a los del pueblo trabajador (JUSTO, 1902: 398, 69 y 76-77). Pocos años después, con Ingenieros ya fuera del PS, un también joven abogado que procedía de los Círculos de Obreros Católicos del padre Grote, Alfredo Palacios, se abocará a establecer ese puente entre la vieja y la nueva fe en otra conferencia: “Jesús precursor del Socialismo”¹⁰⁰.

Finalmente, otro tema recurrente en el discurso socialista es el de la “conversión”, en la cual la adhesión al socialismo se vislumbra como el paso de un sistema de creencias a otro. La pregunta “¿por qué me hice socialista?” constituyó de hecho todo un género literario en tiempos de la Segunda Internacional y esa “conversión” fue explicada por dirigentes de la talla del inglés William Morris o del principal líder del Partido Socialdemócrata alemán, August Bebel (MORRIS, 1894; BEBEL, 1912)¹⁰¹. Para el momento y el lugar que nos ocupa, en pleno combate con los Círculos de Obreros Católicos, el dirigente socialista de origen italiano Esteban Dagnino publicó por su parte un diálogo ficticio entre un hombre del PS y una mujer antes católica, en el cual ésta última se habría acercado a las filas partidarias por la “fe ardiente de los socialistas” y ante la promesa de “una religión nueva sin ídolos

¹⁰⁰ Así lo anunciaba el diario *La Prensa*, 22/04/1903. Con posterioridad, Palacios abonará ese puente al expresar que: “En el socialismo me inició mi madre. Ella puso en mis manos el *Nuevo Testamento*, con el *Sermón de la montaña*” (citado en GARCÍA COSTA, 1997: 51). Como bien ha demostrado Dora Barrancos, personalidades tan disímiles como las de Lugones, Ingenieros y Palacios podían compartir no obstante convicciones comunes en el seno de un movimiento como la ciencia esotérica de la teosofía, en la cual confluyeron hombres y mujeres creyentes en las religiones tradicionales, librepensadores y militantes de izquierdas, dando cuenta de cómo políticos abiertamente laicos podían “refugiarse en una doctrina que reunía la fe en la trascendencia junto con el crédito en la ciencia” (BARRANCOS, 2011: 101).

¹⁰¹ Sobre el tema de la “conversión al socialismo” en tiempos de la Segunda Internacional y las estrategias discursivas de las memorias políticas de algunos de sus principales referentes, ver ANGENOT (2010b).

mentirosos y crueles, [que] surge de la pudredumbre de una fe nefasta e inerte”. Las convicciones militantes que otorgaban un sentido sacro a la causa socialista –un “porvenir de igualdad y justicia en la tierra”, de acuerdo a Dagnino¹⁰²–, expuestas en la prensa partidaria, en la tribuna de los centros y en las plazas públicas, expresaban sin dudas una creencia genuina, una esperanza colectiva y una confianza verdadera en un futuro mejor, en especial para una idealizada clase trabajadora, pero no puede dejar de apuntarse que al mismo tiempo definían un tipo ideal del “ser socialista”, esto es, tenían un fuerte rol pedagógico y ejemplificador para propios y extraños.

Más arriba se afirmó que los momentos de los alzamientos armados del radicalismo en distintas provincias del país agudizaron la retórica sacrificial de la UCR, convirtiéndola en un dato distintivo de su identidad. Si el imaginario socialista se alimentaba de las esperanzas en un futuro venturoso, producto de la organización e ilustración de las masas, en lo que hace a los radicales esos microclimas revolucionarios o los conmemorativos que evocaban a éstos se proponían una aceleración de esos tiempos de la política, apelando incluso al martirologio¹⁰³. Adolfo Saldías, director por entonces de *El Argentino*, exclamaba a inicios de 1893, por ejemplo, que “cuando un pueblo como el de la nación argentina ve así el peligro suspendido, y no estalla en explosión patriótica (...) es porque este pueblo ha degenerado en su espíritu y en su sangre”. El intelectual que un año antes llamaba a salvar la República en su *Historia de la Confederación Argentina*, convocaba a sus correligionarios a un esfuerzo supremo: “los que arrostran la última [en referencia a la revolución] pueden caer, pero la posteridad les reserva un recuerdo generoso”, como a los “mártires del Parque¹⁰⁴. Esta propensión a visualizar en cada oportunidad una instancia suprema, aun cuando la UCR era perseguida o adolecía de importantes deficiencias organizativas, se hace patente en algunas cartas de Alem a dirigentes radicales de las provincias ese mismo año de 1893, como cuando le escribía a uno de Santa Fe que se “alarma[ba] demasiado, llegando a pensar en la disolución del partido:

¹⁰² Esteban Dagnino, “La conversión”, *La Vanguardia*, 23/06/1900.

¹⁰³ Sobre la importancia del martirologio en las culturas políticas revolucionarias, ver VEZZETTI (2009); en cuanto a su perdurabilidad y reaparición recurrente en el discurso político en Argentina, producto de su secularización como “víctima heroica”, ver CATTOGIO (2013).

¹⁰⁴ Adolfo Saldías, “Garantías. Revolución o dictadura”, *El Argentino*, 16/01/1893.

“nuestros propósitos se mantienen, no obstante, firmes, y es mi creencia que el partido seguirá y debe seguir con la misma fortaleza y cohesión que lo ha hecho poderoso y en definitiva le dará el triunfo (...) hablando con austeridad, franqueza y legítima satisfacción, –*nuestro partido es la única luz que se divide en el horizonte la última esperanza de salvación que tiene este país*”¹⁰⁵.

Convirtiendo a la “causa radical” en una misión sagrada, en una cruzada patriótica, el peligro, el sacrificio y el uso de la violencia armada en contra de las autoridades, estaban moralmente legitimados. Por supuesto, como bien han demostrado Hilda Sabato y – específicamente para el radicalismo– Paula Alonso (ALONSO, 2000: 145-166), la apelación a la práctica de la revolución encontraba justificaciones ideológicas, doctrinarias e incluso constitucionales en la cultura política liberal-republicana. Pero si se trata de dar cuenta del lugar que la misma ocupó en la naciente identidad de los radicales y su larga perdurabilidad, el registro mesiánico del discurso partidario permite descubrir la dimensión sacra que alcanzó aquella. En palabras del estudiante de derecho Vicente Gallo pronunciadas en una asamblea del club radical universitario Juventud Nacional Principista, “nuestra causa” era la “redención cívica del pueblo argentino”, un camino que podía interpretarse en clave bíblica como la “áspera ascensión de la montaña”¹⁰⁶. Así y todo, con las revoluciones provinciales del radicalismo sofocadas por el gobierno nacional y tras haber atravesado nuevas instancias de prisión y exilio de los civiles y militares implicados, el diario *La Prensa* parecía confirmar la imagen proyectada por los radicales al dedicar una serie de editoriales a conmemorar las acciones de 1890 y 1893 como parte de una misma secuencia que elevaba al programa de la revolución del Parque sostenido por la UCR a la condición de “religión política del pueblo argentino”, debido al “poder moral de esta causa trascendental”. Si en determinados momentos este órgano de prensa porteño había criticado las “pasiones partidistas” que condujeron a la división de la original UC, en este tipo de ocasiones los radicales podían compararse a su entender con los “soldados de las cruzadas”¹⁰⁷.

¹⁰⁵ Leandro Alem a Gerónimo Cello, Buenos Aires, 06/05/1893, AHPSE (subrayado propio). En una misiva posterior, poco antes de su muerte y cuando la UCR atravesaba nuevamente por un período de desorganización, Alem aseguraba sin embargo que aquella era “la única luz que se divide en los sombríos horizontes de la Patria” (Leandro Alem a Aquiles Castro, Buenos Aires, 06/06/1896, en: LAMD (1957, VIII: 422-423).

¹⁰⁶ “En el Comité de la Juventud Nacional Principista de la Capital”, *La Prensa*, 27/07/1893, transcripto en: GALLO (1921: 15).

¹⁰⁷ “La causa de la revolución. Vencida y vencedora” y “Tres aniversarios”, *La Prensa*, 27/07 y 30/07/1894.

Los principios esgrimidos por radicales y socialistas para dar contenido a sus respectivas causas mostraban así importantes diferencias, remitiendo ambos a culturas políticas con valores y sujetos históricos de distinta entidad: la Patria, el patriotismo y la virtud cívica de los ciudadanos; el proletariado, la solidaridad y la justicia universales. No obstante, en el proceso de constitución de sus respectivas identidades partidarias tanto la UCR como el PS invistieron con un aura de sacralidad a sus respectivas misiones históricas, impregnando un discurso político que abarcaba –al interior de ambas agrupaciones– a caracteres y sensibilidades heterogéneos. Si bien en ambos casos se encuentran presentes referencias a la religión tradicional, en especial el catolicismo (como invocación genérica o como contraposición), es la asignación del estatus de credo político y, en el extremo, de “nueva religión” al radicalismo y al socialismo lo que hará de ellos identidades políticas de una singularidad inhallable en otras expresiones de la Argentina finisecular.

4. Una interpelación fundamental: radicales y socialistas ante la Nación en el cambio de siglo

Además de la importancia que adquirió en sus orígenes tanto para la identidad radical como para la socialista la –por momentos problemática– definición de un centro simbólico en la figura del partido, así como la construcción de un credo político que, en los extremos, sacralizaba la propia causa y aún a la agrupación, mediante el uso de un lenguaje religioso en clave secular, una interpelación paralela acompañó estas configuraciones fundacionales: aquella que remitía a la cuestión del lugar de la Nación en el cambio de siglo. Partiendo del supuesto de que la misma identidad nacional estaba por ese entonces en plena definición a partir de iniciativas del Estado, pero también de intelectuales y la sociedad civil (BERTONI, 2001; TERÁN, 2001; DEVOTO, 2002), resulta adecuado comprender que los miembros de la UCR y del PS como actores que intervinieron activamente en ese proceso, ya sea alentándolo, impugnándolo o planteando matices a lo que comenzó a definirse como un sentimiento nacionalista extendido más allá de las propias elites gubernamentales que hicieron todo lo posible para su propagación.

Este era un fenómeno que trascendería largamente a la Argentina y a América Latina, para abarcar a unos Estados europeos que recién a fines de siglo consolidarían sus naciones en tanto “comunidades imaginadas”, con sus propios mitos y rituales nacionales oficiales, y

con el aditamento del surgimiento de los primeros movimientos que se reclamaban a sí mismos como “nacionalistas” (MOSSE, [1974] 2007; HOBBSBAWM, 1991; ANDERSON, 1993; VIROLI, 1995; LANGEWIESCHE, 1997; SMITH, 1999; WINOCK, 2014). En lo que respecta a las identidades políticas que comenzaban a tomar forma en esos años del cambio de siglo y que se referenciaban de una u otra manera con la Nación, vale plantear que dicho proceso efectuó un reordenamiento de las jerarquías identitarias, con implicancias que iban desde lo ideológico hasta lo emotivo, en tanto la adhesión a los principios que supuestamente caracterizaban a aquella y su defensa ante una virtual amenaza tendió a establecer una frontera de amor y odio, de amigos y enemigos, en el seno de la comunidad política de cada país al despertar verdaderas pasiones y dramatizar los conflictos del momento en clave nacional (BEREZIN, 2001: 84-87).

En nuestro caso, la misma emergencia de la cuestión de la Nación y una problematización en torno a ella se dio al tiempo que surgían la UCR y el PS, de forma que sus representantes actuaron al calor de la novedad y la contingencia del clima político ideológico finisecular. Se comprende así lo provisorio –en ocasiones contradictorio y dilemático– de dicha cuestión, en tanto intervendrían por otro lado ciertos factores contingentes. Por ello, no es un dato menor constatar que radicales y socialistas confluyeron tempranamente en sus preocupaciones en torno al tema, aunque a partir de motivos en general contrastantes y construyendo sentidos que arraigarían fuertemente en sus configuraciones identitarias, pero que de ninguna manera se mantendrán inalterados durante la década siguiente¹⁰⁸. En particular, una serie de temas jugaron un papel destacado en la forma en que ambos colectivos fueron definiendo su “causa” ante una interpelación que era transversal a las fuerzas políticas: nos referimos a la autodefinición de la UCR y del PS, pero también a la naturalización/ciudadanización de los extranjeros –algo clave en un país de inmigración de masas como era Argentina–, y sobre todo el posicionamiento ante el conflicto limítrofe con el vecino país de Chile arrastrado desde décadas previas, que implicó la posibilidad cierta e inminente de una guerra.

Antes se ha visto que la defensa y el llamado a la acción ante “la Patria en peligro” jugaron un papel axial en los motivos que llevaron a la formación de la UC, siendo luego

¹⁰⁸ En los capítulos posteriores se hará referencia y se ampliará el análisis sobre los cambios que sufrirán estas configuraciones identitarias gestadas en la década de 1890.

retomados por quienes decidieron congregarse en la UCR. Más aún, si nos detenemos en la retórica empleada en los años calientes de 1889/1890, así como durante las revoluciones de 1893, el patriotismo aparece constantemente como el sentimiento primordial que motorizaba las acciones políticas de los radicales, algo compartido por la pluralidad de voces que se nuclearon en el nuevo partido. Incluso el sacrificio por la Patria se presentaba otorgando sentido a la existencia misma de la UCR. Esta asignación de un valor supremo iba más allá del tradicional patriotismo republicano, encarnaba la “causa” del partido. En las coordenadas del regeneracionismo radical, la Nación aparece como una entidad de carácter político-moral. Según el Manifiesto de los radicales exiliados en Montevideo en 1892, el gobierno del PAN había establecido una verdadera dictadura al concentrar los poderes públicos y cortar la libertad a sus detractores, colocándose en el lugar de los “infames traidores a la patria”, pero más importante era que:

“Por fortuna la patria no es solamente su territorio; son parte íntima y substancial de ella sus tradiciones gloriosas, el culto de su nombre y la fe de sus destinos (...) Nuestros adversarios dominan sobre la armazón material y visible de la nación; pero lo que constituye *su esencia, su vida y su porvenir*, palpita en todos los que protestan contra el régimen imperante, *forman el credo político de nuestra causa* (...) porque esos elementos morales son las fuerzas inaccesibles de las sociedades” (CASTELLANOS, 1892: 23-25, destacado propio).

Este tipo de definiciones, a tono con la extendida noción de una crisis general atravesada por el país, estaban muy extendidas en las recientes filas partidarias y se adaptarían a los nuevos contextos que sobrevendrían. Así, el poeta y periodista Pedro B. Palacios (Almafuerte), planteaba en la conferencia que inauguraba la UCR de la ciudad de La Plata que la de 1890 era una “nación sin tendencias definidas” y que se había despertado a partir de allí “un sentimiento que ha llegado a la potencialidad definitiva en el pueblo argentino”¹⁰⁹. Ahora bien, si los ahora llamados radicales reivindicaban el patriotismo opositor como parte de su oposición al PAN y a la política del “acuerdo”, la rama mitrista de la vieja UC efectuaba una operación similar pero para reivindicarlo, entendiéndolo como un momento fundacional para “una nueva etapa de normalidad constitucional”¹¹⁰.

¹⁰⁹ “Discurso del Sr. Pedro B. Palacios en la constitución de la Unión Cívica en La Plata”, *El Argentino*, 21/07/1891.

¹¹⁰ “Extremos que se tocan”, *La Nación*, 03/12/1891, citado en: ALONSO (2010: 337).

Si se compara con lo expuesto por los socialistas en los primeros años del PS, esto que aparecía disputándose entre antiguos compañeros de ruta, en aquellos era concebido como una forma de subjetivación política alienante y que impedía que sobre todo los trabajadores cayeran en cuenta de sus verdaderos intereses, cuya representación se arrogaba el nuevo “partido de clase”. En relación al apartado anterior, en el cual los socialistas se proponían sustituir las creencias tradicionales del pueblo trabajador, el militante de origen francés Hipólito Curet denunciaba ese “sagrado amor a la patria” promovido por el Estado y por los “partidos burgueses”, lo que a su entender incitaba el odio a los extranjeros. De esta manera, al explicar que “el fanatismo religioso ha sido reemplazado por el fanatismo patriótico”¹¹¹, el internacionalismo socialista ampliaba el espectro de enemigos para la “causa” partidaria, en especial en un país de inmigración masiva como Argentina. Como veremos enseguida, esta reacción de los socialistas ante lo que concebían como un fenómeno novedoso y en crecimiento, tenía otras implicancias para su accionar político. Algunos años después, para Enrique Dickmann era importante reconocer lo genuino de un sentimiento de “amor a la patria”, pero en tanto “amor al pueblo” y no “amor al terruño”, ya que esto último generaba los prejuicios que criticaba Curet¹¹². Esta idea, que luego sería retomada en un contexto diferente y tras haberse acumulado distintas experiencias y sentidos en torno a la importancia de la Nación (ver capítulo VII), ya había sido ampliada por el propio Juan B. Justo, quien se encargará en distintas ocasiones de matizar los postulados de algunos de sus compañeros dentro del PS. A su entender, era necesario distinguir un sentimiento ciego y sacralizado como un culto, del “patriotismo sano” practicado por los socialistas, o sea, la verdadera búsqueda de las mejores condiciones para quienes habitaban el territorio:

“Para nosotros los socialistas el *patriotismo vulgar* es un sentimiento bajo y dañino; queremos el bienestar y el progreso de la humanidad, y por él luchamos cuando defendemos nuestros intereses de clase y *contribuimos a la prosperidad y al desarrollo del país en que vivimos*”¹¹³.

¹¹¹ Hipólito Curet, “El patriotismo”, *La Vanguardia*, 18/04/1896.

¹¹² Enrique Dickmann, “Cómo se temple la fibra patriota”, *La Vanguardia*, 28/10/1899.

¹¹³ Juan B. Justo, “Socialismo y patriotismo”, *La Vanguardia*, 09/01/1897 (destacado propio).

Esta postura de conciliación, si se quiere, entre el internacionalismo socialista y el patriotismo militante en ascenso por esos años¹¹⁴ sería expuesta poco después por Justo en su conferencia “La teoría científica de la historia y la política argentina” en relación a la importancia de los símbolos. La operación implicaba racionalizar aquello que en ocasiones era interiorizado bajo la forma de una fe religiosa y, por lo tanto, volviéndose inaccesible a la controversia (BERSTEIN, 2006: 46). Para la ocasión, Justo expresó que, como argentino, “veo que cada pueblo tiene una bandera, y deseo que, mientras la humanidad no tenga una, la argentina o la sudamericana flamee en estas tierras” (JUSTO, 1898: 5). Este principio de tensión dentro de una identidad socialista todavía en constitución no dejará de generar controversias dentro de las propias filas partidarias, pero no tendrían una resolución inmediata. En el caso de los radicales, la identificación con la Nación y la exaltación del patriotismo como sentimiento y valor político supremo no traía aparejadas similares contradicciones, pero también es posible encontrar matices en torno a la cuestión, sobre todo ante determinados problemas y circunstancias especiales.

El caso de la naturalización de los extranjeros, esto es, la adquisición de la carta de ciudadanía y por tanto de la nacionalidad argentina por parte de los inmigrantes –principalmente europeos– llegados al país representa un ejemplo de la confluencia de las preocupaciones de radicales y socialistas, revelándose divergentes los motivos y los objetivos políticos de unos y otros¹¹⁵. Como en otras cuestiones, fueron la crisis y la movilización en torno a 1890 las que comenzaron a agitar el doble problema del lugar que ocupaban los extranjeros en la sociedad argentina y las posibles implicancias de su participación política. La propia iniciativa que fue la creación de un Centro Político Extranjero, a cargo de inmigrantes suizos y alemanes luego de la revolución del Parque, daba cuenta de que las inquietudes no sólo surgían de una elite conmocionada –y hasta alarmada– por la situación del país. La temprana compatibilidad de intereses de esta asociación con la UC, al desarrollar

¹¹⁴ Al respecto, remitimos a los trabajos de María L. DA ORDEN (1994 y 2007), tal vez demasiado recostados en la propia interpretación de Justo sobre la cuestión, mucho más heterogénea al interior del PS.

¹¹⁵ En un trabajo pionero sobre los vínculos entre socialismo, radicalismo y Nación, Juan Carlos Portantiero se refirió a la “insistencia casi solitaria de los socialistas en la naturalización de los extranjeros” para dar cuenta de lo relativamente inadecuado o, al menos, de lo excesivamente voluntarista del proyecto político del PS (PORTANTIERO, 1982: 4), sin advertir que, en los años en torno a 1890 esta preocupación aparecía como un dato más extendido y formaría parte de la temprana centralidad de los tópicos “nacionales” en ambas identidades.

actividades sobre todo en la provincia de Santa Fe¹¹⁶, se plasmó asimismo en un comienzo de entendimiento al celebrarse la Convención Nacional de Rosario en enero de 1891. La primera respuesta de los cívicos ante las demandas de participar en la misma por parte del Centro fue, sin embargo, de rechazo, argumentando el periódico rosarino vocero de la UC que si bien se comprendían los deseos de representación política de los extranjeros, las leyes argentinas limitaban su participación política al excluirlos de la política electoral, la cual era el motivo de la Convención¹¹⁷.

No obstante, el rápido arraigo del radicalismo en la región de las colonias agrícolas del litoral del país y la evolución de la situación política en el sentido de una mayor agitación, llevó a que desde el Comité Nacional de la UCR se discutiera seriamente a fines de 1892 la presentación de un proyecto de ley por parte de los legisladores radicales para la nacionalización de los extranjeros. El mismo respondía al perfil restringido de una suerte de pequeña burguesía rural, como se afirmaba, con “intereses radicados” en el país, el cual tuvo una buena acogida entre los colonos santafesinos¹¹⁸. Pero las posiciones entre los radicales advierten matices sobre el tema, en especial en lo que refería a su diagnóstico de que la Nación se encontraba internamente debilitada. La nacionalización de los inmigrantes no apuntaba solamente a la atención de sus demandas políticas, sino que constituía además parte de la “reacción nacional” de la que habla Bertoni, tal como se desprende de la propuesta de una ciudadanización compulsiva esbozada por la principal figura intelectual de la UCR en la década de 1890. Reiterando los argumentos que plasmara en un libro aparecido en Francia años algunos años atrás –*Conditions des étrangers résidents* (1888)–, en 1892 Adolfo Saldías encontraba una “creación monstruosa” el desarrollo de colonias dentro del Estado “como se llaman las varias agrupaciones de extranjeros”, expresando “la necesidad de reformar esa legislación [sancionada por la Constitución], procediendo de manera que los extranjeros se

¹¹⁶ Sobre el Centro Político Extranjero y, en general, la cuestión de la nacionalización de los inmigrantes como un problema para las elites político-culturales, ver BERTONI, 2001: 121-159. En cuanto a las actividades de esta asociación en la provincia de Santa Fe y sus demandas en pro de la representación política de sus intereses como colectividad, BONAUDO, 1999.

¹¹⁷ *El Municipio*, 16/01/1891.

¹¹⁸ Como expresaba el diario pro-radical de la ciudad de Esperanza, epicentro de la movilización de los colonos extranjeros en Santa Fe, el proyecto de ley “atraería las simpatías y el apoyo moral y material del elemento extranjero” hacia la UCR (*La Unión*, 21/11 y 31/12/1892). Este vínculo fue trabajado de forma pionera por Ezequiel GALLO ([1976] 2007), argumentando el carácter autónomo de la movilización de los colonos, pero cabe destacar también que los vínculos políticos de los radicales que encabezarían los levantamientos armados de 1893 en Santa Fe con aquellos antecedian, al menos, de fines de la década de 1880 (REYES, 2010).

confundan realmente con los ciudadanos, en vez de constituir *reacciones latentes contra el principio de la nacionalidad argentina que no está asegurado todavía*” (SALDÍAS, [1892] 1945, IV: 94-95). Esta posición, que decía fundarse en los principios “liberales y humanitarios” que imperaban en otro país de inmigración masiva como Estados Unidos al propugnar por la fusión de los extranjeros en el “crisol de donde surge una nacionalidad”, no debe tomarse como una opinión aislada, ya que se vinculaba estrechamente con el diagnóstico de la situación de la Nación que los radicales sostendrían al menos durante el primer lustro de la década de 1890. Se entroncaba, además, con el valor asignado al “patriotismo en la época moderna” como fundamento de la acción política y con las preocupaciones de la defensa nacional, un verdadero leitmotiv por ese entonces¹¹⁹. Elementos todos que formaban parte de las creencias en torno a las cuales los radicales comenzaron a construir su identidad política.

Para los socialistas, en cambio, la cuestión revestía otras aristas. Su sostenida campaña en pro de la naturalización de los extranjeros, desde los inicios del Centro Socialista Obrero y el comienzo de organización del PS hacia 1894/1896, respondía sobre todo a la convicción de que la ciudadanización de los mismos se erigía en una de las piedras basales de la estrategia de la “acción política”, para lo cual debían contar primero con derechos políticos (electorales) (FALCÓN, [1986/1987] 2011: 195-200)¹²⁰. Contrastando con lo sostenido por los radicales, desde *La Vanguardia* se exponía que era la “preocupación patriótica” de los trabajadores en tanto extranjeros, debido al apego a sus comunidades de origen, lo que se presentaba como uno de los factores que retrasaba el crecimiento del PS en Argentina¹²¹. Aquí se apelaba entonces al internacionalismo socialista, esto es, al “patriotismo bien entendido”, para convencer a aquellos militantes que todavía se nucleaban en las asociaciones étnicas para que tomaran la carta de ciudadanía y así contribuyeran a la

¹¹⁹ Poco después, el mismo Saldías escribiría explícitamente como continuación de estas reflexiones una obra de ficción en la cual su protagonista es precisamente un inmigrante italiano que se nacionaliza y se integra plenamente a la sociabilidad argentina como un agente del progreso que contribuía, de esa forma, a hacer del país una de las “naciones civilizadas” (SALDÍAS, 1896: 317-318). Sobre estas posiciones, ver DEVOTO, 2002.

¹²⁰ Algunos autores han postulado incluso que este tipo de iniciativas, coherentemente sostenidas por Justo, demostrarían que el mismo conciliaba de forma tensionada porciones ideológicas del socialismo, el liberalismo y el nacionalismo, lo cual evidenciaría las contradicciones no ya de su ideario sino de todo su proyecto político para la Argentina (BAILY, 1967: 19-28). Una vez más, parece más pertinente atender al conjunto de voces que interactuaban dentro del PS, con sus matices y pugnas internas, que a la reducción de la construcción de la identidad partidaria del socialismo a las ideas de su principal referente.

¹²¹ “Naturalización de los extranjeros”, *La Vanguardia*, 09/06/1894.

“lucha práctica” que tempranamente se propusiera el socialismo argentino¹²². Concomitantemente con ello, se criticaba el citado proyecto de ley de la UCR presentado en el Congreso de la Nación por el diputado Francisco Barroetaveña, que solamente favorecía a su entender a los “extranjeros capitalistas”, al imponer condiciones de propiedad¹²³. Probablemente se sumaba a esta crítica “de clase” hacia el radicalismo el hecho de que el órgano partidario del mismo impugnara la aparición de un núcleo internacionalista en Argentina por “no ser planta nuestra la del socialismo”, que “degenera en el anarquismo y viene a rematar en el crimen”:

“Sueña con una sociedad perfecta, y comienza para construirla, por suprimir la familia, que es su fundamento natural, y la propiedad, que es la base.

“Se invocan los sentimientos más puros del corazón humano, y después se excitan las más bajas pasiones, se inflaman todas las esperanzas brutales y apetitos desordenados, estableciendo una comunidad de bienes más o menos disfrazada”¹²⁴.

Sin establecer diferencias entre el socialismo y el anarquismo, por entonces compitiendo por ganar adeptos dentro del movimiento obrero, los radicales reiteraban la idea ya expuesta hacia 1890 que comprendía a ambos como una “planta exótica” en un país que supuestamente no incubaba las desigualdades sociales y económicas de los países europeos. Las implicancias de la ciudadanización expuestas por los hombres de la UCR apuntaban precisamente a la asimilación de los extranjeros y a su fusión con los ideales liberal-republicanos en un más amplio proceso de nacionalización de las masas¹²⁵, concibiéndolos como instrumentos del progreso del país hacia su destino dentro de las “naciones civilizadas”. El PS debía luchar así en un doble frente ante lo que denominaba el “prejuicio patriótico”: el externo a su organización, que parecía no reconocerle legitimidad como actor político –*El Argentino* lo hacía su “enemigo a muerte, exageraba *La Vanguardia*¹²⁶–, y el de los mismos socialistas de origen alemán, español francés o italiano que se resistían a perder su nacionalidad de origen, lo que fue expuesto por ejemplo por algunos representantes del Fascio dei Lavoratori o del efímero Club de Propaganda Socialista Obrera de Idioma Alemán

¹²² El ejemplo que destacaba *La Vanguardia* al respecto era el de los 120 afiliados alemanes al club Vorwärts que habían optado por la ciudadanía argentina (“Naturalización de extranjeros”, *La Vanguardia*, 10/11/1894).

¹²³ “Naturalización de extranjeros”, *La Vanguardia*, 22/09/1894.

¹²⁴ “Socialismo. De Platón a Ravachol”, *El Argentino*, 02/07/1894.

¹²⁵ La célebre noción pertenece a George L. MOSSE (2007), pero se ha sido apropiada por la mayor parte de los autores que refieren a los procesos político-culturales alrededor de la coyuntura del cambio de siglo.

¹²⁶ “La planta exótica del socialismo”, *La Vanguardia*, 09/06/1894.

en su relación con el Vorwärts¹²⁷. Actitudes que serían largamente criticadas por la conducción partidaria, ante lo cual debía apelar a la solidaridad socialista internacional, como en el Manifiesto de 1897 en donde afirmaba que el Partido Obrero de cada país es una “sección regional del gran Partido Obrero Internacional”¹²⁸; pero sosteniendo una prédica que también implicaba elevar petitorios a las autoridades para facilitar el proceso de ciudadanía, como fue el caso del mitin socialista de fines de ese año en el contexto de una reforma parcial de la Constitución Nacional, el cual reunió 10.000 firmas pidiendo por la separación de la Iglesia Católica del Estado, la jornada legal de 8 horas de trabajo y la sencilla naturalización de los extranjeros por simple inscripción en el registro cívico¹²⁹.

Una vez desarrollados estos aspectos, conviene redefinirlos y calibrar el posicionamiento de radicales y socialistas ante la interpelación nacionalista que sacudió al país ante la posibilidad de una guerra con Chile¹³⁰. Se advierte que dicho contexto, por la propia periodización de la organización de ambos partidos, tuvo un impacto diferencial. En el caso del radicalismo, el conflicto limítrofe jugó un papel importante cuando la UCR comenzó a perder protagonismo una vez fracasadas las revoluciones de 1893, trocando lo que eran consignas de su patriotismo en un más abierto nacionalismo militante, que sus integrantes juzgaban coherente con sus posiciones ante la “crisis nacional” de los ’90. En tanto para los socialistas la inminencia de la contienda bélica, los preparativos estatales y su carrera armamentista, así como la entusiasta movilización de importantes sectores de la sociedad en un “movimiento patriótico”¹³¹, acompañaron al PS desde sus mismos orígenes.

¹²⁷ “Aclaración”, *La Vanguardia*, 25/12/1897. Sobre las resistencias dentro del propio campo socialista a la naturalización, como parte de las tensiones inherentes a proceso constitutivo del PS y la construcción de una “identidad de clase”, ver FALCÓN ([1986/1987] 2011) y POY (2015a).

¹²⁸ Allí puede leerse: “Miles de trabajadores piden las ocho horas (...) pero son muy pocos los consecuentes que se organizan en las filas del Partido Obrero local, y menos todavía los que, despreciando la absurda preocupación patriótica, se naturalizan, es decir, adquieren los derechos políticos (...) Lo mejor que pueden hacer para ayudar en la lucha a los compañeros de Europa, es naturalizarse y luchar por la causa en América” (“A naturalizarse. Los trabajadores extranjeros deben hacer valer su opinión”, *La Vanguardia*, 09/05/1897).

¹²⁹ “Las Agrupaciones Socialistas de la Capital”, *La Vanguardia*, 29/01/1898. Por su parte, el Centro Socialista Obrero facilitaba formularios para el trámite y se encargaba de explicar los capítulos 20º y 21º de la Constitución Nacional que especificaban los derechos y deberes de los nuevos ciudadanos.

¹³⁰ Sobre dicho contexto, que se extiende entre los diferendos por la disputa limítrofe, las escaladas armamentistas entre ambos países con puntos álgidos en 1898 y 1901, y la firma de los llamados “Pactos de Mayo” que viabilizaron el arbitraje británico, ver FERRARI (1980); BERTONI (2001); y LACOSTE (2011), aunque ninguno de estos trabajos hace algún tipo de referencia a las posiciones al respecto de radicales y socialistas, mientras que aquellas obras dedicadas a los orígenes de la UCR y del PS también han soslayado el impacto del conflicto limítrofe y del nacionalismo en las configuraciones identitarias de ambas fuerzas.

¹³¹ La frase se volvería un lugar común sobre todo hacia 1898 en el diario *La Prensa* bajo la pluma de su redactor Estanislao Zeballos, quien llevó adelante una sostenida posición belicista y pro-armamentista, promoviendo y

Ello contribuyó al desarrollo de una temprana desconfianza frente a las efusiones patrióticas y un sostenido antimilitarismo que, si bien tenía un correlato en lo que ocurría en los socialismos europeos y en las discusiones y disposiciones de la propia Internacional¹³², sustentará una notable continuidad a nivel local, no sin matices y tensiones a su interior. Esto es, la posibilidad de una guerra tocaba las convicciones de radicales y socialistas en lo que ellas podían referenciarse con los sentimientos nacionales, estableciendo una frontera que invocaba a un tipo de identificación que el conjunto de los actores políticos del momento consideraban primaria y, por ello, fundamental: la que remitía, por la positiva o por la negativa, a la Patria.

Por su parte, el órgano oficial del radicalismo, *El Argentino*, apoyará firmemente no sólo el proceso conocido como “paz armada”, que se tiñó de un clima de “unidad nacional” en torno a las primeras tensiones con el país vecino, en donde se confundía su prédica con el periódico oficialista *Tribuna* o con el más exaltado *La Prensa*, sino que además denunciaría la supuesta inacción del gobierno argentino y de los ministros de Guerra y Marina ante los preparativos bélicos chilenos. Toda una línea editorial estaría dedicada al tema de la “defensa nacional”, afirmando que lo que se estaba viviendo eran las consecuencias del predominio de valores políticos alejados del patriotismo y de las virtudes cívicas de los ciudadanos dispuestos a enrolarse en la contienda¹³³. Bajo el tamiz del belicismo imperante, en los motivos esgrimidos resonaban las viejas consignas de la crisis:

“El Ministro de la Guerra está arrastrando una responsabilidad superior a él mismo; pues él es nadie ante las exigencias de la defensa nacional (...) esto equivaldría a

apoyando una gran cantidad de iniciativas como colectas de dinero, organización de bailes, fiestas y ligas patrióticas, torneos de tiro y adiestramiento militar de los civiles, compra de buques para la Armada argentina, pertrechamiento de la Guardia Nacional, etc. Por ejemplo, los días 03/04, 04/04, 06/04, 12/04/1898.

¹³² El antimilitarismo socialista ha tenido un importante desarrollo en la historiografía europea, dentro de la cual merece destacarse: entre otros, para España, NÚÑEZ FLORENCIO (1990); en relación al caso francés, WINOCK (1992b) y MILLER (2002); para una comparación de las sucesivas tendencias en las izquierdas francesas y británicas desde 1900, ver MORGAN (2009); y para la socialdemocracia alemana, STARDGARDT (1994). En cuanto a los planteos generales de la Segunda Internacional y los debates generados frente a la cuestión de la guerra, el militarismo y el nacionalismo, ver: COLE, 1959; MÜLLER (1990); y CALLAHAN (2010).

¹³³ Véase por ejemplo los editoriales y artículos de *El Argentino*: “Defensa Nacional” (30/06/1894), “Defensa nacional. Machacando sobre lo mismo” (02/07/1894), “La defensa nacional. Nuestra artillería” (03/07/1894), “Defensa nacional. Las baterías Krupp” (05/07/1894), “Prórroga de los ejercicios doctrinales. Los deseos radicales” (16/07/1895), “Comando de las naves de la escuadra argentina” y “Actualidad. La guardia nacional en Chile” (20/07/1895), “Noticias de Marina” (22/07/1895, 23/07/1895 y 24/07/1895), “Aprestos bélicos en Chile. Inacción criminal” (26/07/1895), “La paz armada. Una política que se impone” (08/08/1895), entre otros.

ayudar al enemigo en contra de la propia bandera patria (...) Es un sentimiento patriótico el que nos mueve a escribir así (...) un Poder Ejecutivo salido ya de quicio, que después de haber ensangrentado al país con sangre de los ciudadanos que sostenían sus derechos cívicos, no son capaces ni de ponerlo en estado de defensa, haciéndose, por el contrario, hasta sospechosos del *tremendo delito de traición a la patria* (...) *La patria es ante todo*, y los hombres nada valen ante ella”¹³⁴.

Resulta significativo que los radicales sostuvieran una continuidad en su crítica a las autoridades adjudicándose representar a valores políticos que se ubicaban por encima de las diferencias partidarias, o sea, aquellos basados en un patriotismo concebido como la reunión de “todas las aspiraciones políticas legítimas” y que sus miembros entendían como el corazón de esa identidad todavía en construcción. En términos de posicionamiento político, sin embargo, el riesgo radicaba en confundirse en un movimiento más general que la propia UCR no pudiera encabezar, debido a la visible pérdida de posiciones, aunque varios de sus dirigentes ocuparan todavía cargos en el Parlamento. Así las cosas, debe reconsiderarse la afirmación de Paula Alonso en el sentido de que luego de las derrotas revolucionarias el radicalismo “realizó un esfuerzo notable para transformar la imagen belicosa del partido” (ALONSO, 2000: 201), ya que sería preciso sostener que más bien resignificó esa retórica ante el nuevo contexto. Es cuanto menos sintomático que la posible guerra con Chile permitiera canalizar lo que ahora tomaba las características de un discurso nacionalista, para volver sobre las preocupaciones de un Barroetaveña, un Alem o un Saldías referidas al lugar que debía ocupar la Argentina en el mundo. Tomando como excusa la opinión de un periódico alemán sobre el conflicto (el *Kölonische Volzeitung*), aparentemente favorable a la postura chilena, *El Argentino* se refería a “nuestra pretensión de ser la nación más adelantada de Sud-América, esperamos que sólo aquel que no sospecha lo que sucede en estas regiones, lo pondrá en duda”. Y a continuación, aclaraba que los radicales sabrían “demostrar en el caso desgraciado de una guerra, que no nos olvidaremos de nuestras glorias y que sabremos ponernos a la altura de ellas”¹³⁵.

Al igual que los socialistas, los radicales y otros sectores de la sociedad y la política argentinas miraban lo que estaba aconteciendo en Europa, con sus contiendas inter-imperialistas y las primeras escaladas armamentistas (BERTONI, 2001). Pero a diferencia de

¹³⁴ “Defensa nacional”, *El Argentino*, 04/07/1894.

¹³⁵ “Las relaciones chileno-argentinas juzgadas en Europa”, *El Argentino*, 05/08/1895.

aquellos, lo hacían exaltando una mística patriótica que cifraba sus esperanzas en la movilización y el compromiso del ciudadano con la Nación. En este punto radica entonces un aspecto medular de la constitución de su identidad política, porque estas primeras efusiones de un patriotismo militante no actuaron solamente como un dato contextual de la misma o como un subproducto de las más conocidas iniciativas estatales es pos de la nacionalización de una población con un cada vez mayor porcentaje de inmigrantes en su composición. Importa destacar aquí el papel activo que jugó el primer radicalismo elaborando diagnósticos, instalando tópicos y consignas, que marcarán desde sus tempranos orígenes la configuración de una solidaridad política que de allí en más nunca escindirá su carácter partidario particular de una más amplia identificación ideológica con la Nación.

Este punto ha sido notablemente soslayado por la historiografía existente, pero el radicalismo puede pensarse como un exponente más de la heterogénea pero efectiva trama de actores que protagonizaron la exaltación de una nacionalidad argentina en tiempos de su incipiente construcción. Se ha visto más arriba que para la UCR su causa de regeneración político-moral adquiriría contornos sacros al definirse como “religión de la patria”. Pero sólo en retrospectiva puede pensarse que las convicciones liberal-republicanas del '90, centradas en la preocupación por las instituciones de la República y la libertad política, entraban en contradicción a mediados de la década con el nuevo tono agudo de un patriotismo devenido en nacionalismo defensivo. Al menos así, sin advertirlo, lo entendía la UCR al fundir unos y otros motivos en su credo político.

Un año después de que los radicales santafesinos encabezaran una Liga Patriótica que se proponía, al mismo tiempo, competir electoralmente frente al conservadurismo gobernante, fomentar la nacionalización de los extranjeros y desarrollar la formación militar de los ciudadanos¹³⁶, en la segunda conmemoración de la revolución de 1893 en la ciudad bonaerense de La Plata, Joaquín Castellanos proponía una tregua al PAN, en pos de la “integridad geográfica” y la “integridad moral de la Nación”. En una conferencia que

¹³⁶ La Liga Patriótica 30 de Julio, en homenaje a la revolución radical de Santa Fe de 1893, se formó a inicios del año siguiente como una alianza de hombres de la UCR, del mitrismo y de desprendimientos de fuerzas conservadoras locales, pero era presidida por uno de los principales dirigentes del Comité radical de Santa Fe, Carlos Gómez, también dirigente revolucionario el año anterior. En la declaración de principios de la asociación se afirmaba la promoción de “conferencias doctrinarias” para “educar al pueblo en sus derechos”. Los datos son extraídos del periódico santafesino *Unión Provincial*, 09, 10, 12 y 13/06/1894.

homenajeaba a los caídos por la causa radical, el dirigente del Comité Nacional sostenía que la causa de la reparación se suspendía pero no se abandonaba:

“Los mismos propósitos y los mismos impulsos que ayer lo empujaban al afán de la protesta, hoy le imponen el deber de un prudente recogimiento (...) para *preparar la defensa nacional, que es actualmente la primera de las necesidades* (...) se suspenden las hostilidades y se hace en torno un silencio consciente y deliberado a fin de que por nuestra parte no suene más toque de llamada que el que del uno al otro extremo de la república debe convocar a los argentinos en torno de la bandera de la patria a formarle una guardia de honor de cien mil ciudadanos (...) Aunque el pueblo está políticamente desposeído de muchas de sus facultades, hoy está moralmente reintegrado; conoce su misión y sus deberes, y esta circunstancia lo habilita más que otra alguna para defender al país de las pretensiones de adentro y de los peligros de fuera. Del buen ciudadano se hace el buen soldado (...) pero *el verdadero espíritu de milicia, el alma del soldado, se forma en el cumplimiento de todos los actos que identifiquen su personalidad en la gran individualidad de la patria*”¹³⁷.

Bajo la figura de un ciudadano-soldado imbuido de un profundo sentimiento patriótico, los radicales se arrogaban una función de defensores de la Nación, entendiendo a la misma como entidad colectiva político-moral que se confundía con su propia causa partidaria, lo cual suponía atemperar el antagonismo político al interior de las fronteras. Según confirmaba Enrique Rivarola en otro de los discursos del acto: “en la guardia nacional no somos sino soldados del ejército de la patria y sabemos fraternizar [con los adversarios] en defensa de su honor”¹³⁸.

La postura del naciente socialismo argentino será, como en otros temas, virtualmente opuesta a la de los radicales y la mayor parte de la opinión pública que se expresó ante el conflicto argentino-chileno. Antes incluso de que tomara forma el PS, sin excepción los representantes socialistas se pronunciarán en contra de la posibilidad de una guerra, apelando a las consignas que desde 1889 en París elaboraría la Segunda Internacional: la “guerra a la guerra” y la “solidaridad socialista internacional”. En consonancia con esta postura internacionalista y antibelicista, aquellos llevaron a cabo una casi continua campaña de propaganda antimilitarista, a través de las páginas de *La Vanguardia*, de conferencias en los locales de los centros socialistas, redacción de folletos para distribuir entre la Guardia

¹³⁷ Transcripción en: “La conmemoración de ayer en La Plata”, *El Argentino*, 31/07/1895.

¹³⁸ “La revolución de Buenos Aires. Su conmemoración, Discurso del Dr. Rivarola”, *El Argentino*, 01/08/1895.

Nacional convocada por el gobierno desde 1894¹³⁹ y, eventualmente, manifestaciones públicas de protesta, como fue el caso de los 1º de Mayo desde 1897, en donde además del pedido de la jornada legal de 8 horas se hizo una oposición a la escalada belicista de la “paz armada” (ver Capítulo III). Ya en el punto 18º del Programa Mínimo redactado por el congreso fundacional de 1896 se planteaba la “supresión del Ejército permanente y [el] armamento general del pueblo” (ODDONE, 1983: 66), o sea, no se bregaba por el desarme absoluto del Estado. Mientras que en 1898 –punto caliente del conflicto– los congresistas redactaron una declaración especial “contra la guerra”, afirmando que protestaban “contra la propaganda alarmista que explotan las empresas periodísticas de Chile y de este país y declaran que la clase trabajadora argentina no odia el pueblo chileno ni quiere la guerra”¹⁴⁰. Lo que puede considerarse la nota distintiva del conflicto en relación a la configuración originaria de la identidad socialista en Argentina será una suerte de anti-nacionalismo instintivo, esto es, la asunción de un principio de manipulación en torno a los motivos patrióticos; pese a que en una clave más bien defensiva algunas posiciones al interior del PS alegarán, como era el citado caso de Justo, que los socialistas podían ser patriotas pero no “patrioteros”.

Por otro lado, en tanto seguidores de la Internacional, sus representantes argentinos intentarían en distintas oportunidades coordinar con los socialistas chilenos –aún no organizados en un partido– una acción conjunta como demostración frente a los gobiernos de ambas naciones. Tanto lo reciente y, por momentos, precario de sus respectivos armados políticos conspiraría en gran medida en contra de dicha iniciativa, como en el año caliente de 1898, cuando la guerra pareció a punto de estallar y una manifestación de los socialistas chilenos fue fuertemente reprimida en ese país¹⁴¹. Pero estas expresiones de solidaridad internacional, propia de la cultura de izquierdas a fines del siglo XIX, podía en cambio encontrar como eventuales compañeros de ruta, bajo ciertas reservas, a los tradicionales adversarios de los socialistas: los grupos anarquistas. Así, a fines de ese año Adrián Patroni participó junto al ácrata italiano Pietro Gori en una serie de conferencias organizadas por la

¹³⁹ “Propaganda entre guardias nacionales”, *La Vanguardia*, 18/06/1898. En esa ocasión, un grupo de jóvenes militantes socialistas se propuso editar un folleto antimilitarista y la administración de *La Vanguardia* se ocupó de organizar una colecta para recaudar los fondos necesarios.

¹⁴⁰ “II Congreso del Partido Socialista Obrero Argentino”, *La Vanguardia*, 04/06/1898.

¹⁴¹ José Ingenieros, “Los socialistas chilenos a favor de la paz”, *La Vanguardia*, 30/07/1898.

sociedad anarquista Luz y Progreso bajo el tópico de la actitud que debía tomar “el proletariado universal ante la reacción militar-clerical”. En este tipo de intervenciones afloraba también los matices de aquello que se entendía como una “causa” del proletariado que debía trascender a naciones y corrientes doctrinarias, de modo que Patroni se encargó de diferenciar la posición del PS al recordar la consigna del *Manifiesto Comunista* (“Proletarios de todos los países, uníos!”), para luego afirmar que la efectividad de estas respuestas sólo podía darse si a la “organización económica” se imponía la “lucha política”, lo cual implicaba la confluencia en una asociación partidaria como la socialista¹⁴².

Vemos entonces que la interpelación de la Nación, en sus diversas manifestaciones, se conjugaba con la propia construcción de una identidad socialista modulada al calor de la crisis de 1890, que había disparado distintos diagnósticos en torno a aquella, y luego del conflicto limítrofe que acicateó a un “movimiento patriótico” que puede concebirse como una de las primeras expresiones de un nacionalismo militante en Argentina. Si bien con los recaudos que impone una reflexión individual, la opinión que José Ingenieros formulara sobre el tema en su conferencia, luego editada como libro-folleto, *Cuestión argentino-chilena. La mentira patriótica, el militarismo y la guerra* revela las connotaciones negativas que comenzaron a asignar por los socialistas a la exaltación del patriotismo y lo que entendían como sus usos políticos, lo cual actuaba como una traba para el desarrollo de la conciencia de los trabajadores y, por lo tanto, precondition para la adopción de una identidad socialista al demostrar la “candidez popular” frente a la consigna de la “patria en peligro”¹⁴³.

Dando cuenta de un importante involucramiento con los debates internacionales en torno a la guerra y la paz, al nacionalismo y a las teorías evolucionistas y darwinianas sobre el imperialismo, la primera conclusión expresaba entonces que, además de un vestigio de la barbarie, el militarismo era un “terrible monstruo que ha arruinado a casi todas las naciones europeas y amenaza oprimir entre sus tentáculos trágicamente poderosos a los jóvenes organismos de las naciones sud-americanas”. Una composición alegórica aparecida al año siguiente en un anuario partidario ilustraba la dicotomía entre socialismo y militarismo,

¹⁴² “Conferencias. Reacción católico-militar” y “Reacción católico-militar”, *La Vanguardia*, 31/12/1898 y 14/01/1899. Sobre el antimilitarismo y el antipatriotismo de los anarquistas en Argentina, ver SURIANO (2008: 292).

¹⁴³ Así lo entendía Adrián Patroni en una conferencia pronunciada en el Centro Socialista Obrero y titulada “Los trabajadores y la cuestión chilena”, que apareció transcrita en *La Vanguardia*, 12/02/1898.

presentando al primero bajo la forma de una joven desnuda con un gorro frigio de la libertad y una palma en sus manos, deteniendo el avance del segundo, personificado en un ángel de alas negras que monta un caballo del mismo color mientras cabalga blandiendo una guadaña sobre una pila de esqueletos y calaveras (ver APÉNDICE, Imagen nº 3). Como veremos en capítulos posteriores, la iconografía socialista apelaba a un contraste de tonos (la claridad frente a la oscuridad) para definir un antagonismo fundamental entre las jóvenes fuerzas de la solidaridad y la paz internacionales ante la beligerancia de un militarismo patente en las carreras armamentistas europeas, pero asimismo en los Estados Unidos luego de la guerra con España en 1898 y también en los países del cono sur americano. Conflicto de fuerzas que, siguiendo a Eric Possner, puede calificarse como propio de la “Era del Progreso” y del imperialismo (POSNER, 2009).

Ahora bien, en términos político-ideológicos, tanto la educación estatal como las campañas públicas de la “prensa burguesa” y de organizaciones como las ligas —continuaba Ingenieros— habrían dado forma a una “religión de la patria” a partir de la exaltación de los “fetiches del culto patriótico” (INGENIEROS, 1898: 29 y 19). En consonancia con lo propuesto más arriba por Curet, esta religión, como la católica tradicional, establecía supuestos “intereses comunes” para el pueblo como producto de una “mentira”¹⁴⁴; lo cual contradecía a su entender un evidente proceso de internacionalización de las distintas esferas de la sociedad, desde la producción capitalista hasta la ciencia, el arte y la política. La solución por la que debían propugnar los socialistas con el objetivo de establecer “una solidaridad que permita realizar la Fraternidad Universal” era el arbitraje internacional y el “desarme universal” (INGENIEROS, 1898: 39). Pero Ingenieros cerraba su texto con un mensaje emotivo que apelaba a la subjetivación de las masas, esta vez como proletarios organizados: la consigna antimilitarista de “guerra a la guerra” debía unirse a los símbolos de la civilización moderna (Libertad, Justicia, Ciencia) y a la bandera roja del socialismo, representando la “patria universal” de los trabajadores.

De todas formas, si bien los radicales parecían tener en claro su convicción acerca de que el patriotismo se erigía un valor supremo, y por lo tanto la defensa de la Nación se posaba por encima de cualquier disputa política interna, la penetración del internacionalismo entre

¹⁴⁴ En efecto, en el discurso del antimilitarismo socialista en tiempos de la Segunda Internacional el antipatriotismo actuaba en términos ideológicos como su correlato, en tanto la Patria aparecía como una entidad que debía ser desacralizada para poder combatirse (ANGENOT, 2003: 79-80; también ANGENOT, 2004).

los elementos constitutivos de la identidad socialista tendrá sus límites. En efecto, tanto las disposiciones del Congreso de la Internacional en París en 1900 como las demandas de los socialistas argentinos en el crítico 1901, cuando una vez más la guerra estuvo por estallar una vez sancionado el Servicio Militar Obligatorio en el país y antes de la firma de los tratados del año siguiente, insistieron en la disolución de los ejércitos permanentes, pero no se renunciaba a la noción de “Nación en armas”¹⁴⁵, lo cual suponía como mínimo la aceptación y la legitimidad política del principio de nacionalidad dentro de cada Estado. Como se verá, en ambos niveles, nacional e internacional, se producirían cambios al respecto y, con los mismos, vendría aparejada una inflexión “nacionalista” en la identidad socialista al modificarse sobre todo las condiciones político-ideológicas del marco local. En otras palabras, el movimiento de esa frontera primaria de identificación que era la Nación afectará las creencias políticas de los hombres de la UCR y del PS, dotará también de nuevos sentidos a sus respectivas “causas” y rejerarquizará el lugar de los mitos y símbolos que se constituirán en el núcleo duro de ambas constelaciones identitarias en la Argentina finisecular.

5. Los caminos divergentes del fin de siglo: variantes de la nueva política

Aprehender a las identidades políticas como parte de un proceso de permanente construcción y reformulación permite establecer al fin de siglo en Argentina como bisagra. Si se lo compara con el otro momento tomado como mojón en esta historia, el del '90, los cambios y, por tanto, las novedades resultan sorprendentes. A lo largo de toda esa década, conviviendo con otras formaciones partidarias como el PAN o la UCN así como con movimientos que no se daban para sí una organización partidaria como el anarquismo, cobraron forma dos identidades políticas con un fuerte carácter militante, como fueron la del radicalismo y la del socialismo. Esto es, no sólo ciertos grupos que actuaban como vanguardias políticas se autoasignaron una determinada “causa”, arrogándose la

¹⁴⁵ El rechazo de las armadas permanentes y su reemplazo por la “Nación en armas” sostenía que las primeras constituían un factor que impactaba sobre las condiciones económicas de los obreros, llevando a través de nuevos impuestos y empréstitos a la ruina económica y la miseria, mientras que la segunda incorporaba el ejercicio de las funciones militares como “un atributo necesario de su calidad de ciudadano” (BUREAU SOCIALISTE INTERNATIONAL, 1902: 79). En el caso de los Congresos del PS en Argentina, en 1901 se resolvió mantener lo declarado en el Programa Mínimo de 1896, pero agregando que resultaba imperioso “realizar anualmente una agitación antimilitarista” según lo propuesto en los congresos socialistas internacionales (ODDONE, 1983: 171 y 173), los cuales comenzaron a prever desde 1900 la organización de protestas y manifestaciones públicas simultáneas en todos los países amenazados por una crisis internacional.

representación de un determinado colectivo, de un “pueblo”, convirtiendo al “partido” en el centro simbólico de esa representación; la UCR y el PS también asignaron un sentido trascendente a esa causa y sacralizaron la adhesión a la misma como una creencia política, expresada en los extremos con un lenguaje religioso en clave secular.

Así entendidas, como “comunidades de creyentes”¹⁴⁶, las identidades radical y socialista establecieron asimismo un vínculo demandante con los mismos, exigiendo un compromiso constante y una reafirmación recurrente. Parte de esta novedad estuvo dada por la forma en que los códigos propios de esa creencia debían regir la comunicación entre sus miembros, constituyendo una retórica propia de cada partido, en la cual se combinaban elementos del discurso político-doctrinario con un determinado *pathos*, entendido como figuras que remiten más bien a una dimensión afectiva y pasional –no necesariamente racional– de la política (ANGENOT, 2010a: 130)¹⁴⁷. Algunos de estos rasgos distintivos en el discurso identitario pueden encontrarse también en los contornos más generales de las culturas políticas en que se referenciaban radicales y socialistas, pero otros aparecen como claramente propios, apareciendo con características esotéricas para terceros que no se vieran involucrados en sus tramas militantes (BOURDIEU, 1981). Las tensiones y los conflictos al interior de ambas formaciones a finales de la década se resolverían precisamente en los marcos de esas retóricas específicas y se perfilan como instancias que revelan que, para ese entonces, ya existía algo considerado como un valor y, por ello, susceptible de ser disputado.

La evolución de ambas organizaciones en esos años resultan marcadamente divergentes y sus identidades sufrieron transiciones similares: mientras la UCR, luego de la muerte de Alem y en vistas del recambio presidencial que se avecinaba en 1898 comenzó a

¹⁴⁶ Así como en la posibilidad de comprender en su extremo a las identidades partidarias con carácter militante bajo la forma de “religiones civiles”, en este caso puede operarse una analogía similar entendiendo a sus miembros como “creyentes”. Al respecto, Jürgen Habermas expresa que en las “comunidades de creyentes”, a través de la mediación de Dios, se establece una relación moral con el prójimo desde el punto de vista de la solidaridad y de la justicia, como hermanos, por lo que con el paso al “pluralismo cosmovisivo” en las sociedades modernas se desmorona el *ethos* enraizado en la religión como basamento de validez público de la moral compartida con todos (HABERMAS, 1999: 36-37). Una vez más, es en relación al específico campo político y al de las solidaridades gestadas al interior del mismo que nos referimos a esta conceptualización en un sentido secularizado.

¹⁴⁷ Como postula en este sentido Pierre Ansart, “la sensibilidad política no es un hecho, sino también el resultado de múltiples mensajes, llamadas, consultas, dramatizaciones próximas a mantener o cambiar los sentimientos colectivos diarios. Las investigaciones sobre la influencia y sobre la persuasión política nos vuelven conscientes al hecho de que las confianzas y las desconfianzas, las admiraciones y los odios, son, de forma permanente, el objeto de un trabajo multiforme de renovación y de inculcación” (ANSART, 1983: 19).

hacer explícitas las diferencias incubadas en su seno, el PS operó un progresivo crecimiento y ampliación de sus ámbitos de acción (WALTER, 1977; TARCUS, [2007] 2013)¹⁴⁸.

Paula Alonso ha explicado que la crisis del radicalismo remitió, en gran medida, a la competencia por el vacío de liderazgo entre Bernardo de Irigoyen, nuevo presidente del Comité Nacional de la UCR y apoyado por buena parte de las dirigencias provinciales del radicalismo, e Hipólito Yrigoyen, cabeza del radicalismo bonaerense que había tenido un importante éxito desde 1893 en organizar al partido en esa provincia (ALONSO, 2000: 263-281; también GALLO, 2009). En este caso, el contexto electoral fue el que aceleró los tiempos políticos al surgir la propuesta de un Comité de la Juventud de la Capital a favor de la fusión de los “partidos populares”, esto es, aquellos que habían conformado la original UC, para evitar un nuevo triunfo presidencial del PAN en la figura de Julio Roca¹⁴⁹. Se ha expresado que esta denominación arrastraba consigo la idea de que la UC era algo más que un “partido” y que se había colocado por encima de los mismos, algo que al producirse su división fuera reivindicado por la UCR: el representar “todas las aspiraciones políticas legítimas” en nombre del patriotismo y as virtudes cívicas. De esta forma, la noción de constituir un “partido” devenía una reivindicación cuya legitimidad se postulaba en especial en tiempos de la disputa electoral, al forzarse la presentación de listas y, por tanto, explicitar las diferencias organizativas de las distintas agrupaciones. Poco antes, sin embargo, una reunión del Comité de la UCR bonaerense presidida por Hipólito Yrigoyen formuló que no estaban dadas las condiciones para participar de las elecciones que se avecinaban¹⁵⁰. Un breve análisis de la Convención Nacional proyectada que se concretaría poco después demuestra que lo que estaba en juego, además de la definición de la estrategia política a seguir, era también el hablar en nombre de la identidad radical, lo que tendrá consecuencias fundamentales a comienzos del nuevo siglo.

Ese ritual de unidad que debían ser para sus promotores las Convenciones Nacionales dejó vislumbrar en septiembre de 1897 que las evocaciones de un pasado común también podían generar interpretaciones disímiles desde un presente conflictivo, aunque se apelara a un mismo lenguaje y a una misma narración de la historia partidaria. Para lo que aquí interesa, un primer dato relevante respecto de las convenciones de 1891/1892 fue que tanto en el teatro

¹⁴⁸ Una interesante lectura socialista de la crisis del radicalismo, en: MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008.

¹⁴⁹ “El movimiento de la juventud”, *La Prensa*, 27/07/1897.

¹⁵⁰ “UCR. Comité de la provincia”, *El Tiempo*, 05/05/1897.

Olimpo como en la Casa Suiza de la Capital Federal, la liturgia política que acompañó las discusiones presentaba una singularidad: al canto del Himno Nacional como marca del patriotismo radical, se sumó un gran retrato de Alem como telón de fondo, poniéndose de pie los presentes en su homenaje: su figura pasaba a ser un símbolo propio del radicalismo e inmediatamente luego de su muerte se lo concibió en los términos de un “apóstol de la reacción política y moral de la república”¹⁵¹. Por otro lado, se especificó primeramente que todas las resoluciones debían atenerse a la Carta Orgánica de la UCR, mientras que Adolfo Saldías apeló al “patriotismo” de sus “correligionarios” como una garantía de que fuera respetado el “programa del Partido Radical”. Precisamente en esas consignas radicaron las disputas entre los convencionales radicales.

Luego de las sucesivas sesiones, el dictamen de la mayoría, que se pronunció a favor de “coaligar esfuerzos de los partidos y fuerzas populares” con la UCN, afirmó que los “deberes del patriotismo” y “los hechos ocurridos desde 1890 justifica[ba]n la necesidad” de evitar la “continuación del régimen funesto”. La apelación a la idea según la cual un momento crítico requería dejar de lado “diferencias partidistas” y elevarse “sobre *todo sentimiento que no sea el del amor a la patria*” legitimaba “reconstruir la antigua Unión Cívica”, según argumentaba apoyando esta posición Mariano Demaría. Remitirse a los orígenes permitía así la confluencia en un sentimiento político superior –el patriotismo– sin traicionar la identidad partidaria, ya que las discrepancias se inspiraban todas a su entender “en un mismo sentimiento”. La postura de aquellos que terminaron constituyendo la minoría –en general, provenientes del Comité de Buenos Aires– no dejará de referirse en términos similares para defender la posición contraria. Como lo expresaba Fernando Saguier, “sólo son benéficas las agrupaciones políticas en el desenvolvimiento de las sociedades cuando profesan creencias fundamentales y persisten en ellas (...) conservando siempre la integridad del partido con sus tradiciones y sus ideales”. Lo que para unos era una continuidad con el vínculo que se estableciera al crearse la UCR, el reivindicar la herencia de la UC como propia, para otros ponía en juego las convicciones que le habían dado nacimiento a la primera: el radicalismo era el único “partido popular” y había construido ya su propia tradición bajo el principio de la “intransigencia” al rechazar el acuerdo de Roca y Mitre en 1891. Para esta interpretación

¹⁵¹ “Leandro N. Alem”, *La Prensa*, 02/07/1896.

del credo de la UCR, la coalición era un nuevo “acuerdo”, “debilitando [así] la bandera radical”.

En una comunidad de creencia, como se pensaba el radicalismo, las diferencias sólo pueden plantearse como interpretaciones y, tensando los argumentos, como una “traición”, sobre todo cuando la causa que se pretende proseguir se expresa en términos trascendentes. Así se comprende que el anticoalicionista Delfor del Valle primero despejara dudas sobre la posición intransigente respecto de la posible “falta de patriotismo en el Partido Radical de la provincia de Buenos Aires”, para consecutivamente negar cualquier legitimidad a un acuerdo electoral: “es pedir algo contra un sentimiento humano, que se olvide en un instante, en un día, *los sacrificios y la sangre de nuestros correligionarios derramada en la lucha* desigual, constante, contra el oficialismo de Buenos Aires” representado precisamente por el mitrismo. Otro tanto consignó el anti-coalicionista Ángel Blanco, convencional por la UCR de Corrientes, quien aclaró su rechazo amparándose en la comprensión del radicalismo como una religión cívica que no permitía transigir con lo que se suponían eran los principios que lo signaban desde sus inicios: “es *mi fe política* que me impone su defensa (...) mi conciencia de *hombre honrado y radical sincero* me dice que la justicia está del lado de *mi causa*”. Evitando colocarse en el lugar de la disidencia, las distintas voces se amparaban en los valores que representaban a la propia identidad partidaria, enfatizando especialmente el vínculo entre moral y política que imponían esos principios, ya sea para la relación entre “correligionarios”, como de éstos para con los compañeros muertos y cuya sangre derramada por la causa demandaba fidelidad a esos valores. Como se sabe, la Convención terminó sancionando la posibilidad de la coalición con la UCN en vista de que, como terminara por definir Joaquín Castellanos, “los partidos populares no tienen programas de principios opuestos entre sí (...) ambos aspiran a restaurar el imperio de la Constitución”; pero también dio lugar a ruidosas salidas, como la del coalicionista santafesino Lisandro de la Torre, quien renunció denunciando “vacilaciones, egoísmos, defecciones increíbles, toda la resaca moral que disgusta”, personificando estas actitudes de virtual traición en la figura de Yrigoyen, lo que tuvo como consecuencia un duelo¹⁵². Un dato significativo de todo ello es que, pese a la crisis que sobrevendrá en la UCR, la idea de una política, de manifestaciones públicas o de

¹⁵² La crónica de la Convención y la transcripción de los discursos proviene de *La Nación*, 02 y 06/09/1897 citado en: HYPG (1956) y GALLO (2009: 81-102); la renuncia de Lisandro de la Torre, en: DE LA TORRE (1897).

intereses “populares” aparecerán como un lugar común en la prensa y una constante en los distintos episodios de protesta generados consecutivamente en el cambio de siglo frente al gobierno conservador, con la particularidad de no poder coagular en una única fuerza política capaz de representar esa opinión políticamente contestataria (ROJKIND, 2008).

Estas divergencias por apropiarse de un patrimonio identitario común explican entonces que en las provincias los radicales llegaron a adoptar posiciones muy heterogéneas, propias de una fuerza escasamente institucionalizada como fuerza a nivel nacional y cuyo denominador común era el declararse adherentes a un mismo “credo político”. En Santa Fe, recién en 1896 se había unificado una conducción a nivel provincial y al año siguiente una Convención liberó a sus miembros para apoyar una candidatura a gobernador sostenida también por fracciones del oficialismo conservador¹⁵³. Un caso singular era el de Corrientes, donde la organización de una UCR provincial databa tardíamente de 1896 y resultaba difícil distinguirla del Partido Liberal (SOLÍS CARNICER, 2006: 120-121). En cuanto a Córdoba, un importante foco radical al inicio de la década, la dispersión fue tan importante que la UCR directamente se abstuvo de toda participación electoral (FRÁVEGA, 2006: 140-141). Mientras que en la provincia de Buenos Aires, la subsecuente división en lo que se presentó como dos partidos radicales comenzó con un Manifiesto del Comité presidido por Hipólito Yrigoyen que rechazó el nuevo “acuerdo” exhortando a mantener “fe en la causa por la que se ha combatido” para salvar la “pureza del principio” (MANIFIESTO DEL COMITÉ DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, 1897: 263)¹⁵⁴, y se continuó en sucesivas e intrincadas reorganizaciones de comités, alianzas electorales alternativas con los conservadores “vacunos” de Pellegrini o con la UCN, hasta que finalmente Bernardo de Irigoyen logró llegar a la gobernación como producto de los distintos acuerdos (BARBA, 2001; HORA, 2001, 2013; OJEDA SILVA, 2013; HIRSCH, 2014a)¹⁵⁵. A los efectos de dar cuenta de esta crisis identitaria del radicalismo, cabe mencionar que tanto en la Capital

¹⁵³ *Unión Provincial*, 12/10/1897.

¹⁵⁴ El Manifiesto del 29 de septiembre de 1897 estaba firmado además por Marcelo T. de Alvear, José de Apellániz, Tomás Le Bretón, Ángel Gallardo, Eufemio Uballes, Ángel de Alvear, Leonardo Pereyra, Eduardo Bullrich, Julio Moreno, Francisco Ayerza, José León Ocampo, Manuel Durañona, Cornelio Baca, Gregorio Berdier, Juan Martín de la serna, Manuel Ocampo, Emiliano Reynoso, Norberto casco, Mariano Alfonso, Felipe Senillosa, Manuel de la Fuerte, etc.

¹⁵⁵ En el relato que luego devendría canónico dentro de las filas de la UCR, el grupo organizado en torno a Hipólito Yrigoyen habría retomado así “la gran tradición” definiendo al radicalismo como “intransigencia”, para luego reorganizar aquella “en la pureza de su credo originario” (DEL MAZO, 1957: 97-99).

Federal como en el efervescente ámbito bonaerense se sucedieron convenciones coalicionistas y anticoalicionistas en las que, pese a ciertos intentos de acercar posiciones, por un lado el Comité Nacional dominado por los primeros “desconoció el carácter de radicales” a los “intransigentes”¹⁵⁶, en tanto éstos emitirían una declaración luego de las elecciones capitalinas “desconociendo en absoluto el carácter de radicales al grupo que indebidamente así se titula y cuyos procedes antiprincipistas se han patentizado”¹⁵⁷, para explicitar luego que ello era la consecuencia de la descomposición de los partidos políticos”¹⁵⁸. Si todavía distintos actores se denominaban a sí mismos “radicales”, resultaba cuanto menos complejo referirse a la existencia del “radicalismo” –algo que se refleja en las denominaciones de los distintos grupos (“coalicionistas”, “anticoalicionistas”, “bernardistas”, “hipolitistas”, “intransigentes”, etc.)–, salvo que se entienda al mismo como una identidad en disputa, pero claramente sin un centro simbólico capaz de seguir produciendo y administrando esa identidad. Incluso un ferviente militante como Vicente Gallo, que siguió en un primer momento al gobernador bonaerense radical, se alejaría poco después de la UCR denostando la “deficiencia orgánica de nuestra democracia”, al no existir aquella como “partido disciplinado” y “estable” (GALLO, 1899). De acuerdo a su sensibilidad o a sus intereses particulares, el tucumano revistaría en las filas de la breve primera Liga Patriótica de 1898 creada al calor del conflicto limítrofe con Chile¹⁵⁹, pero algunos radicales migrarían en ese cruce de caminos hacia las filas socialistas.

En lo que hace a éstas últimas, el proceso que acompaña la formación de su identidad partidaria también arroja nociones sobre un deber-ser militante que actuará como santo y seña, ya sea en la forma de tramitar tensiones hacia su interior, ya en la autoconcepción que el PS proyectará hacia afuera de la agrupación¹⁶⁰. Se ha afirmado que ese crecimiento finisecular del socialismo en Argentina experimentó avances y retrocesos reflejados, en un sentido cuantitativo, por la cantidad de centros socialistas afiliados al PS en la Capital y en el interior del país, en un fenómeno oscilante que discurre entre el segundo y el cuarto

¹⁵⁶ “Movimiento político. Unión Cívica Radical”, *La Prensa*, 06/04/1898.

¹⁵⁷ “Unión Cívica Radical”, *La Prensa*, 07/04/1898.

¹⁵⁸ “Unión Cívica Radical”, *La Prensa*, 16/04/1898.

¹⁵⁹ Ver la nómina de miembros de la Liga que aparece en “La Liga Patriótica”, *La Prensa*, 03/04/1898.

¹⁶⁰ Algunos autores han afirmado que –centrándose fundamentalmente en la figura de Justo– éste sería un rasgo casi permanente del socialismo argentino: el recurrir a las expulsiones del partido como forma tramitar esas tensiones, para preservar la “pureza ideológica” (ADELMAN, 1992: 215).

congresos (1898-1901)¹⁶¹. Lo que sí existe consenso en que, por otro lado, ello permitió la progresiva consolidación de la llamada “hipótesis de Justo” que imponía al socialismo una “doble tarea”: una serie de reformas democráticas, en primer lugar, y un proyecto más general y ambicioso de transformación socialista de la sociedad. Era esto último lo que permitía, privilegiando siempre la “acción política”, diferenciar al “partido” como centro simbólico de una trama más amplia que conformaba un “movimiento socialista” (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008: 83-113), incluyendo en su interior a la “acción gremial” de los sindicatos, la labor cooperativa (de consumo y de producción) y una acción cultural que tendrá como hitos la creación de la Biblioteca Obrera, la Escuela Libre para Trabajadores, la Cooperativa de Publicaciones y la Universidad Obrera “Sociedad Luz”, etc.

Si bien en el radicalismo se encontraba de forma más exacerbada la apelación a unos valores irreductibles de tipo irracional y fundados en un mandato sacrificial de honor, en tanto el socialismo realizaba un mayor hincapié en una “política científica” como fundamento de su accionar, lo cierto es que las formas de argumentación dentro del PS no dejarán de revelar una sostenida profesión de fe política enaltecida como “verdad”. Ello se vinculaba en gran medida con la obsesión por la “propaganda” desplegada por los socialistas. En palabras de uno de esos promotores, Mauricio Kliman, a cargo de la recién fundada Biblioteca Obrera: “es deber de cada socialista contribuir (...) a la ilustración del obrero (...) Cuanto más se instruye el proletariado, tanto más progresa el movimiento socialista”¹⁶². Este lugar asignado al saber como fundamento de la identidad política definía asimismo una moral (no integrista, como se ha visto) y una conducta partidarias. Los escasos avances de ciertas iniciativas, como la que encabezaba el mismo Kliman, podían dar lugar a un replanteo así como a una confirmación de dicho supuesto: “¿Acaso basta para ser socialista darse el nombre de tal?”, se preguntaba, para luego afirmar: “Las más altas cualidades deben distinguirlo de los demás hombres”¹⁶³. En relación al conflicto más importante hasta inicios del siglo XX, el mismo se

¹⁶¹ En 1898 se cuentan 9 centros en la Capital y 2 en el resto del país (total de 11), en el Congreso de 1900 el número en la Capital desciende a 7, pero en el interior asciende a 9 (total de 16), en tanto para 1901 en la ciudad de Buenos Aires se alcanzan 10 y ya 11 en las provincias (total de 21). A partir de allí el número continuará creciendo, para duplicarse en los primeros años de la segunda década del siglo XX. La información proviene del documento elaborado por Mario Bravo publicado en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (BRAVO, 1915: 131-132).

¹⁶² Mauricio Kliman, “La Biblioteca Obrera”, *La Vanguardia*, 08/11/1897.

¹⁶³ Mauricio Kliman, “Biblioteca Obrera”, *La Vanguardia*, 12/02/1898. Esta dimensión de las creencias socialistas en relación a cierto tipo de cualidades y de un código de valores podían rastrearse, esta vez en otro sentido, al proceso para tramitar la expulsión de Leopoldo Lugones en 1896 al escribir éste una columna en un

daría con la creación de la Federación Obrera Colectivista en 1899, iniciada por el Centro Socialista de Barracas y luego otros centros de la Capital, haciendo hincapié en aspectos de “táctica”, pero también en algunos puntos fundamentales mencionados más arriba. Sobre todo, se tomaba como eje de las críticas las opciones de la dirección partidaria en cuanto al principio de la nacionalidad de los miembros del PS y la cuestión de la naturalización de los extranjeros, así como en el privilegio de la “acción política”, de allí el énfasis en el “colectivismo” obrero (ODDONE, 1983: 161-166; FALCÓN, 2011; POY y ASQUINI, 2015). No obstante, es conocido que si bien la Federación incluso celebraría un congreso propio en el que decidió afiliarse a la Segunda Internacional como una entidad diferenciada al PS argentino, el tercer Congreso de éste en 1900 incorporó nuevamente los centros de la Federación al partido luego de efectuar algunos cambios en los órganos de conducción – creación del Consejo Nacional– como parte del “espíritu de concordia” que rescataría para la ocasión el colectivista Francisco Cúneo¹⁶⁴.

Esta capacidad para amortiguar o reabsorber las diferencias, propias de la etapa de consolidación del PS, evidenciaba a su vez que ya “ser socialista” se asociaba a ciertas pautas comunes a ese credo militante, desde el “saber” expresado por Kliman hasta fundamentalmente adherir al programa partidario. Por ejemplo, Nicolás Repetto se incorporaría a la trama de actividades partidarias antes mencionadas proveniente de las filas de una UCR en plena crisis, pero sólo luego de familiarizarse con la literatura socialista, de dictar varias conferencias y de llegar a dirigir el efímero periódico *El Diario del Pueblo* promovido por Justo, fue “considerado un ciudadano maduro para la afiliación”¹⁶⁵. Estos

periódico porteño saludando un aristócrata italiano, el duque de los Abruzzos, siendo consultados algunos de los principales referentes partidarios y publicando sus opiniones en *La Vanguardia*. Para Roberto Payró, al tratarse de una cuestión que remitía al arte de Lugones, no existían mayores diferendos; en tanto para Justo el saludo encerraba “ideas completamente reñidas con nuestra teoría”, pero en la práctica no representaba un error; mientras para Ingenieros podía dar lugar a malinterpretaciones. Se vislumbra entonces que la moral socialista no tenía un carácter integrista, reservando a la sensibilidad individual una esfera de libertad. Las opiniones de los “amigos”, solicitadas por Lugones, aparecieron en *La Vanguardia*, 01/08/1896. Poco después tanto Lugones como Ingenieros personificarían una breve disidencia.

¹⁶⁴ En sus memorias, Enrique Dickmann comenta cómo al ser objeto de los argumentos de Lugones para que se convenciera de sumarse a la Federación, le contestó que “dentro del Partido Socialista cabían todas las modificaciones de estatuto, programa y declaración de principios, pero que con toda actitud fuera de él, yo la consideraría una traición” (DICKMANN, 1949: 425).

¹⁶⁵ En el mismo pasaje de sus memorias, Repetto patentiza la importancia asignada en el PS al “saber” mencionado por Kliman, al reconocer que incluso una vez afiliado “yo no conocía el manifiesto Comunista, ni había leído a Marx, Engels, Deville ni a ninguno de los autores cuyo conocimiento se consideraba indispensable para formar un ‘socialista científico’. Pero yo era lector asiduo del periódico ‘La Vanguardia’” (REPETTO, 1956: 28).

aspectos eran precisamente los que para un partido como el socialista resultaban especialmente valorados, lo mismo que el reconocimiento externo necesario para reafirmar su identidad internacionalista. Así, en vísperas de ese Congreso de 1900 *La Vanguardia* publicaba con orgullo una carta del Consejo Nacional del Partido Socialista Obrero Español que saludaba en el argentino a la “Alemania socialista de la América hispánica”, un “partido fuerte” del que “beben socialistas uruguayos, los chilenos, los peruanos”¹⁶⁶. Precisamente dos años antes el Partido Socialista de Chile se había constituido, enviando su primer Manifiesto en carta a José Ingenieros, en el cual explicitaban su deuda con el PS argentino, aunque el dirigente local avanzaría algunas críticas al programa de los trasandinos¹⁶⁷.

Las controversias mismas de la lenta salida de Ingenieros del PS también permiten evaluar las tensiones del crecimiento y la discusión de esa creencia común que comenzaba a perfilar la identidad socialista. La piedra de toque fue una conferencia conmemorativa de la Comuna de París en 1901¹⁶⁸, en la que Ingenieros ubicaba a la misma como un recuerdo que podía llevar al error político, reivindicando en su contra al “reformismo práctico”¹⁶⁹ de algunos de los socialistas más discutidos de la Segunda Internacional, como el “ministerialista” Alexandre Millerand –que había tomado parte en un gabinete “republicano radical” en Francia, generando una importante discusión en ese país– o el “revisionista” socialdemócrata Eduard Bernstein –gestor de uno de los debates teóricos más importantes en el seno del socialismo alemán y, más en general, de la Internacional–¹⁷⁰. Para quien algunos

¹⁶⁶ “Solidaridad internacional”, *La Vanguardia*, 14/07/1900.

¹⁶⁷ José Ingenieros, “Manifiesto del Partido Socialista Chileno”, *La Vanguardia*, 16/08/1898.

¹⁶⁸ Georges Haupt se ha referido en estos términos a la Comuna, como esperanzas e imágenes que se encarnaron en la memoria colectiva a fines del siglo XIX con una extensión espacial notable (HAUPT, 1971: 208-209)

¹⁶⁹ El episodio ha sido destacado también por MARTÍNEZ MAZZOLA (2008: 113) y TARCUS (2009/2011: 117), pero sin detenerse en el punto aquí trabajado.

¹⁷⁰ Alexandre Millerand, en el universo de fuerzas desunidas que constituía el movimiento socialista francés, era uno de los llamados “socialistas independientes” que constituían un grupo parlamentario de acción común pero sin estar organizados en un partido político. En los últimos años del siglo (sobre todo en la asamblea de St.-Mendé) había sostenido explícitamente los principios de un socialismo reformista, republicano y, ante un eventual peligro, nacionalista –pero opuesto al nacionalismo monárquico o al de las ligas derechistas–, por lo que fue convocado en 1899 por el gobierno de “unidad republicana” de Pierre Waldeck-Rousseau, en el contexto de los más agudos ataques del *affaire* Dreyfus. Apoyado solamente por los socialistas del “grupo parlamentario” e impugnado por los grupos “broussistas” y “allemanistas” –que formaron un Partido Socialista Francés– así como por los “guesdistas” y los “blanquistas” de Édouard Vaillant –que formaron un Partido Socialista de Francia– (COLE, 1957: 304-331; REBÉRIOUX, 1975a: 215-248; WINOCK, 1992d). Por su parte, Eduard Bernstein era por entonces uno de los teóricos más destacados del Partido Social Demócrata de Alemania, discípulo de Engels y redactor junto a Kautsky del célebre Programa de Erfurt. Entre los años 1896 y 1898 publicaría en la revista teórica del partido (*Die Neue Zeit*) una serie de artículos en donde efectuaba una minuciosa crítica o “revisión” de la teoría marxista de la pauperización del proletariado y, por consiguiente, del pronosticado derrumbamiento o colapso de la economía capitalista y la sociedad burguesa por sus propias

años antes la Comuna había sido “precursora de una sociedad nueva” y enfatizaba el culto a sus “mártires”¹⁷¹ —reivindicando uno de los mitos del internacionalismo socialista—, concebir ahora a la “dictadura obrera” y a las revueltas armadas como medios para transformar la sociedad representaba “no hacer obra de buenos socialistas”, sino parte del “fanatismo” de los “crédulos” como los anarquistas. Afirmaba a continuación que “nuestros ideales comunes” eran los de un “partido de reformas democráticas y socialistas” que no esperaban catastróficamente el fin del capitalismo, sino mediante una labor lenta y progresiva guiada por “el conocimiento de la verdad” científica. Si los socialistas no eran sectarios, ello se debía según Ingenieros a que sus sentimientos y su entusiasmo se basaban en ese saber y no en las ilusiones¹⁷².

Como se desprende de la principal respuesta recibida luego de la conferencia —además de algunas notas en la prensa anarquista y de las opiniones de Esteban Dagnino y Enrique Dickmann en *La Vanguardia*—, lo que estaba en discusión era el deber-ser del militante socialista, sus creencias y aún sus sentimientos que, se ha visto, podían adquirir un carácter sacro. Así se entienden los argumentos de Adrián Patroni ante la “excomunión” que según él había lanzado el “amigo Ingenieros”. Tras repasar el extremismo retórico de Lugones e Ingenieros en sus tiempos de *La Montaña* (1897), el experimentado dirigente rescataba la Comuna como una fecha dolorosa y, por tanto, sensible a la tradición de una fuerza que tomaba al pueblo trabajador como su sujeto privilegiado. En este sentido, el símbolo actuaba como parte de la “salud, firmeza y convicciones propias” de movimiento socialista internacional. En cuanto a la caracterización de Ingenieros sobre el PS, éste no era ni podía ser sólo un partido de reformas, “sino un partido muy distinto a los demás”, singularidad que radicaba en mantener “latente la lucha de clases (...) so pena de dejar de ser socialistas”, punto en el que compara al joven médico con otro académico de la elite, Juan A. García,

contradicciones dialécticas. Ello conllevaba, a su entender, un replanteo del programa de acción política de la socialdemocracia, ya que de esa forma el socialismo devenía un proyecto futuro y una aspiración ético-política antes que el reconocimiento científico de un conjunto de leyes históricas determinadas por el proceso económico. Desatando un fuerte debate con el mismo Kautsky, que respondió a sus tesis, fue primero objeto de censura por el congreso del partido en Stuttgart en 1898 (*Bernstein-Debatte*), antes de la publicación de su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* (1899) y luego expuesto como contra-ejemplo en el Congreso de la Internacional de Amsterdam en 1904, pero jamás fue expulsado de la socialdemocracia y contó con importantes adhesiones dentro de los socialistas alemanes (COLE, 1957: 240-281; DROZ, 1975b: 51-70; ABELLÁN, 1990; STEGER, 1997: 66-85; SASSOON, 2010: 16-19).

¹⁷¹ José Ingenieros, “XVIII de marzo”, *La Vanguardia*, 18/03/1898.

¹⁷² José Ingenieros, “Contra las ilusiones; no contra el entusiasmo”, *La Vanguardia*, 13/04/1901.

quien reconocía al socialismo como verdad científica pero ubicado en un futuro lejano. Para Patroni, si bien no a través de la violencia armada, la “revolución social” que Ingenieros postulaba como un “error sociológico” de Marx, estaba siendo llevada a cabo por el propio movimiento socialista en todas sus esferas de acción¹⁷³.

Más allá de un debate que no tuvo consecuencias inmediatas en términos de decisiones políticas, sí revelaba un estado de cosas: la consolidación de una identidad socialista se erigía sobre algo más que las convicciones científicas postuladas desde su doctrina política, por lo demás también alimentada por fuentes heterogéneas. Requería de una creencia política en la “causa”, de la consecución de una moral, del involucramiento en una labor militante muy demandante. En ese cambio de siglo en que ex radicales como Repetto y Julio Arraga (este último había sido miembro del Comité Nacional de la UCR y uno de los firmantes del Manifiesto de los exiliados en Montevideo de 1892) se sumaban a las filas del PS guiados por esa convicción, Ingenieros lo abandonaba pero apelando al socialismo como una creencia que abandonaba. En carta al propio Repetto de 1902, le confiaba: “He atravesado momentos dolorosos, en épocas de crisis en la vida del partido socialista, permaneciendo confiadamente en las filas de la masa proletaria (...) Luché y sufrí; sufrí muchísimo, sin desmayar: me sostenía una fuerza inmensa, única, *la fe*, fuerza absoluta”, sólo para contrastar con su pesimismo acerca de las capacidades de la masa proletaria para lograr su propia emancipación, estado que califica como el “momento psicológico por que atraviesa *mi espíritu de socialista*; lentamente invadido de un escepticismo que es la resultante de la disección serena y objetiva del socialismo”¹⁷⁴.

¹⁷³ Adrián Patroni, “En pro del entusiasmo y de la verdad”, *La Vanguardia*, 20/04/1901. Algunos años después, Ingenieros profundizó esta interpretación y definió al socialismo como “un resultado de las condiciones económicas propias de los países más civilizados. Es un fenómeno independiente de la ‘voluntad social’ y de toda política sectaria o partidista”, pero advertía que los partidos socialistas más importantes del mundo, salvando cierta retórica exaltada de ocasión, había cambiado su “acción política” desde una “intransigencia obstinada hacia una armonización fácil”. Reservaba en cambio para el “socialismo obrero” una “forma simple y pasional”, basada en “el hambre o el descontento, no la sociología. Su ‘fe’ no implica una ‘convicción’, ni equivale a ella” (resumen de su *La législation du travail dans la République Argentine*: INGENIEROS, 1916: 198, 209 y 212). Ricardo Falcón ha identificado esta etapa, en la evolución del pensamiento político de Ingenieros, como el paso de su “socialismo revolucionario” hacia una “política positiva” anclada en la sociología científica y cercana a un “socialismo de Estado”, coincidiendo con su colaboración junto al ministro Joaquín V. González (FALCÓN [1985] 2011).

¹⁷⁴ José Ingenieros a Nicolás Repetto, Buenos Aires, 23/01/1902, transcripta en: TARCUS (2009/2011: 117-120, destacado propio).

El de radicales y socialistas eran dos criterios distintos a la hora de adherir o abandonar la “comunidad de creyentes” de la cual se sentían parte, pero, en distintas dosis, es en ambos casos una dimensión pasional y emotiva de la política, de profesión de fe a la “causa”, la que se colocaba en primer lugar para ilustrar ese pasaje. En los capítulos que siguen se desarrollará cómo estas modalidades primigenias en que se constituyeron dichas identidades aportan una clave de lectura para las transformaciones y eventuales reinenciones que sufrirán.

SEGUNDA PARTE

RITUALES CONMEMORATIVOS Y MITOS POLÍTICOS EN LAS IDENTIDADES PARTIDARIAS DE LA ARGENTINA FINISECULAR

En los capítulos que siguen se analizan, de forma paralela y por separado, dos fenómenos políticos brevemente mencionados en lo previo: a saber, los procesos que transformaron a las conmemoraciones y celebraciones en un tipo de práctica que reveló ciertas connotaciones comunes para radicales y socialistas. Por distintos motivos, el 26 de Julio y el 1º de Mayo de 1890 fueron elevados al estatus de fechas fundacionales para la UCR y el PS, para luego devenir en *rituales políticos* consolidados que expresaban o condensaban –de acuerdo a los discursos alusivos– la causa de una regeneración político-moral y la del proletariado como sujeto universal.

La distancia que se transita entre las primeras celebraciones a inicios de la década y la erección en mito fundacional de las fechas, demuestra que en ambos casos existió un proceso de organización política y de construcción de sentido que debe ser atendido en detalle para poder captar la forma en que los nucleamientos incipientes se dieron un marco partidario. Al mismo tiempo, comenzaron a definir unas identidades políticas que los distinguirían fuertemente en la escena política argentina del cambio de siglo. Como también se ha expresado anteriormente, estos procesos singulares no estuvieron exentos de la consabida competencia con aquellos que podían disputar a radicales y socialistas la prerrogativa de hablar en nombre de dichas causas. Por lo tanto, resulta imposible comprender la ritualización del 26 de julio y del 1º de Mayo sino como luchas por monopolizar la memoria de unos acontecimientos que se expresarán con una fuerte carga simbólica. Símbolos que podían ser compartidos con esos “otros”, pero que la UCR y el PS identificaron como elementos consustanciales a sus creencias políticas, adquiriendo así un fondo emocional y trascendente, que también definirá el carácter en última instancia sacro de sus identidades partidarias.

Un primer punto importante a destacar: siguiendo al historiador Pierre Nora, puede afirmarse que este tipo de prácticas representaron una suerte de “vigilancia conmemorativa”, esto es, se articularon como producto de una operación deliberada de parte de ciertos actores –las dirigencias partidarias del radicalismo y del socialismo– con el objetivo de reivindicar un acontecimiento y movilizar voluntades (NORA, 1997: 29). A la hora de construir un patrimonio propio del orden de la memoria, la insistencia en otorgar un valor especial al pasado implicaba indefectiblemente una acción en el presente. Esta mutua imbricación de

temporalidades heterogéneas operó en un sentido similar a lo propuesto por Eric Hobsbawm al referirse a la “invención de tradiciones”¹⁷⁵. Como se verá, este vínculo entre vigilancia e invención actuó como una constante confirmación y/o reformulación de los supuestos y creencias sobre los que se sustentaban las identidades partidarias de la UCR y del PS.

Por otro lado, entendido el ritual en tanto puesta en escena periódica de una determinada causa, las conmemoraciones de la revolución del Parque y del 1º de Mayo institucionalizaron dispositivos simbólicos que definieron esas identidades relativas a través de alteridades mediadoras y de una exigencia de sentido afincada en un origen glorioso (AUGÉ, 2001: 88). En otras palabras, las acciones llevadas a cabo no sólo construyeron y reconstruyeron, en sus distintas etapas, un “nosotros” depositario de los valores exaltados, sino que también se plantearon antagónicamente frente a terceros que, según distintos niveles, recortaban en contraposición la propia causa. En este punto, la Antropología política en diálogo con la Ciencia Política y la Historia, han rescatado la capacidad de los rituales políticos para “cambiar el estado de las fuerzas sociales, [o] por lo menos [par]a hacer evolucionar los sentimientos, las apreciaciones, el estado de espíritu”, tendiendo a persuadir afectivamente y a convencer como interpretación de cierto orden de cosas existente (AUGÉ, 2001: 97; así como ABÉLÈS, 1991).

En este caso, destacar el aspecto políticamente contestatario de ambas conmemoraciones se encuentra en función de concebir a las prácticas rituales como algo distinto a una “fiesta” encargada de legitimar ese orden dominación política, según las interpretaciones más usuales al respecto¹⁷⁶. Aquellas denotaron, en cambio, una dimensión performativa capaz de elaborar legitimidades alternativas a un orden que era execrado por unos y otros (KERTZER, 1988: 10). Sea esto por su caracterización como un “régimen”

¹⁷⁵ De acuerdo a su definición, “las tradiciones inventadas, hasta donde les es posible, usan la historia como legitimadora de la acción y cimiento de la cohesión del grupo” (HOBSBAWM, 2002: 19).

¹⁷⁶ El modelo de la “fiesta” ha sido presentado, en efecto, sobre todo para las celebraciones de los distintos regímenes, enfatizando en sus aspectos de disfrute colectivo (*jouissance*), por lo que se lo ha vinculado con lo que a lo largo del siglo XIX se consolidó bajo la forma de “fiestas patrias”, esto es, las conmemoraciones oficiales de ciertas fechas paradigmáticas que eran tomadas como origen o hitos referenciales de dichos regímenes. Los ejemplos más conspicuos de estos estudios han puesto el foco en Francia, partiendo de la obra de Mona Ozouf para las celebraciones durante la Revolución Francesa, destacándose además la de su discípulo Olivier Ihl en torno a la Tercera República y los trabajos de Sudhir Hazareesingh para los regímenes bonapartistas (OZOUF, 1976 y [1974] 1980; IHL, 1996 y 2002; HAZAREESINGH, 2004 y 2005). Una perspectiva crítica de este modelo, en: MARIOT (2008).

políticamente corrupto que desviaba a la Nación de sus valores y su destino prefigurado, o por concebirlo como la expresión local de un fenómeno internacional de dominación socioeconómica de una clase sobre otra, espacio además de anquilosamiento de castas clericales y guerreras que retrasaban un progreso juzgado tan necesario como inevitable. En esta línea de indagación se ha destacado un modelo alternativo – y complementario– al de los rituales políticos, el de la *manifestación*, esta vez influenciado más bien por la sociología de la acción colectiva. Danielle Tartakowsky ha señalado que la misma utilización del verbo “manifestar” recién se impondrá (sobre todo en Francia) en la segunda mitad del siglo XIX, entendiendo por él una “demostración pública colectiva de una opinión”, típica del momento de irrupción de las masas en el espacio público urbano (TARTAKOWSKY, 2002: 1065-1066)¹⁷⁷. Esta perspectiva de las formas de ocupación y usos del espacio público, con su equilibrio inestable entre el orden y el conflicto, fue destacada precisamente para el contexto aquí abordado, encontrándose en la década de 1890 un punto de inflexión significativo para el caso argentino (TATO y ROJKIND, 2012).

Finalmente, cabe destacar que la ritualización de las prácticas conmemorativas remite a otro registro de lo político, generalmente desdeñado por aquellos análisis que enfatizan en la racionalidad de la acción y las motivaciones: el orden de las emociones y su papel en el arraigo e intensidad de ciertas identidades. La dramatización de la política, inherente a la puesta en escena conmemorativa y la apelación a los sentimientos de los participantes, podía también vincularse al recuerdo de los mártires-caídos o al disfrute de una circunstancia excepcional que generaba un escape momentáneo de la cotidianeidad, así como una demostración de autoafirmación colectiva¹⁷⁸. La respuesta de aquellos que se involucraron

¹⁷⁷ Una de las obras de mayor influencia dentro de esta corriente ha sido –para el ámbito anglosajón– la de Charles Tilly, en particular su libro *From Mobilization to Revolution*, en donde expone las modalidades de los “repertorios de acción colectiva” (TILLY, 1978); mientras que en Francia se han destacado la propia Tartakowsky (ver su reciente obra, FILLEULE y TARTAKOWSKY, 2015) y sobre todo el trabajo pionero de Patrick CHAMPAGNE (1984).

¹⁷⁸ Como afirma Emilio Gentile en relación al análisis de los fenómenos de sacralización de la política, se trata de “devolver al ámbito del conocimiento racional un fenómeno que por vocación propia se ha situado ostensiblemente en el terreno de lo irracional, sin por ello carecer, en verdad, de racionalidad histórica propia” (GENTILE, 2007: 13); o, para expresarlo en términos de Raoul Girardet, a raíz de la interpretación de las mitologías políticas: “Pretender trascender definitivamente la oposición de lo racional y lo imaginario es una esperanza sin duda muy ilusoria. Nos encontramos en un ámbito en que el único verdadero conocimiento sería del orden de lo existencial: sólo quienes viven el mito en la adhesión de su fe, en el impulso de su corazón y el compromiso de su sensibilidad, estarían en condiciones de expresar su realidad profunda (...) El mito sólo

en la trama ritual puede definirse de esta forma, al menos en parte, dentro del rango de lo emocional (KERTZER, 1988: 11; ABÉLÈS, 1991: 253), al colocar a la propia causa en un lugar trascendente, bajo la forma de una creencia política en donde se intersectan lo individual y lo grupal, lo intencional y lo subjetivo (DELUERMOZ, FUREIX, MAZUREL y OUADI, 2013: 12)¹⁷⁹.

Al respecto, resulta lícito preguntarse entonces por la forma en que esas expresiones podrían calibrarse en dicha clave emocional y sacralizadora. Para lo que aquí interesa, ello se vislumbraba, por un lado, en el sentido elaborado y proyectado por los promotores de las conmemoraciones radicales de la revolución del Parque y de las socialistas del 1º de Mayo, sus discursos, manifiestos, etc. Por otro lado, las crónicas de la prensa y de otros observadores permiten reconstruir en parte las reacciones de las miles de personas participantes, pero también revelan las impresiones de terceros –la mirada de los “otros– que encontraban en estos actos los indicios del nacimiento de una nueva política, signada por la liberación de energías que calaban en multitudes que se identificaban a través de nuevas consignas, nuevos símbolos y nuevos mitos. Así, en un mismo análisis, el destacado intelectual positivista y actor destacado de la nacionalización de las masas en Argentina, José María Ramos Mejía, podía afirmar que “[l]uego el año 1890 vuelve Buenos Aires a ser multitud”, pero lo que consideraba como la “multitud moderna” no “ha[bía] comenzado aún su función”, porque todavía “no hay hambre, no hay odios engendrados por la miseria” –afirmaba–. Esto es, no existía un abierto conflicto de clases, pero cerraba su reflexión matizando su optimismo, en la estela de pensadores de la “psicología de las masas” como Gustave Le Bon¹⁸⁰, al que citaba

puede comprenderse si se lo vive íntimamente, pero vivirlo prohíbe explicarlo objetivamente” (GIRARDET, 1999: 23).

¹⁷⁹ En este sentido, dicha celebración terminó por adoptar buena parte de las características de aquello que Durkheim definiera a principios del siglo XX como “cultos positivos”, esto es, “ritos representativos” o “conmemorativos” que tenían un significado social y moral, pero que al mismo tiempo sustentaban una dimensión estética y recreativa (DURKHEIM, [1912] 2003: 561-575).

¹⁸⁰ En una obra cercana en el tiempo, *Psychologie des foules*, de 1895, este sociólogo francés que abrevaba en lo que se conoció como la “psicología social”, planteó que los individuos adquirirían conductas de tipo irracional al entrar a formar parte de la multitud, esto es, al conformar una masa. Los argumentos que esgrimía remitían a la gestación de un determinado estado psicológico propio de la “mente colectiva”, en el cual se transformaban desde sus creencias hasta su moralidad, siendo susceptibles de ser conducidos por caudillos o líderes carismáticos, capaces de excitar esas pasiones colectivas al apelar a técnicas precisas de persuasión: concretamente, el uso de imágenes, palabras e ilusiones (LE BON, [1895] 1963). Sobre el clima de ideas en que Le Bon formulara sus teorías, vinculando psicología de las masas con creencias políticas, ver VAN GINNEKEN, (1992, en especial el capítulo 4).

explícitamente: “temo el día que la plebe tenga hambre, [y que] la multitud socialista que se organice sea implacable” (RAMOS MEJÍA, [1899]: 240 y 242).

Se advertía un estilo político sensiblemente diferente al de las décadas precedentes, en las cuales la reivindicación de una parcialidad había parecido atentar contra un siempre ennoblecido “interés general”, colocándose por tanto “por fuera de las diferencias partidarias”. A partir del momento de la década de 1890, y sobre todo con las manifestaciones de fuerzas como los nacientes radicalismo y socialismo, se transformó lo que había sido una “cultura de la movilización”: el “pueblo” ya no era para los contemporáneos “uno e indivisible” (SABATO, 2004 y 2009b), a pesar de que muchos se afanaran para que así lo pareciera. Emergieron, y tomaron forma en los rituales políticos de masas, las modernas identidades político-partidarias de la Argentina finisecular, a la par que se redefinieron o se instalaron los discursos y prácticas de culturas políticas indefectiblemente cruzadas – mediante adhesión, rechazo o hibridación– por el creciente protagonismo de la Nación.

II. EL LUGAR DE LAS CONMEMORACIONES DE LA REVOLUCIÓN DEL PARQUE EN LA CONSTITUCIÓN DE LA IDENTIDAD RADICAL

“Mañana es el segundo aniversario de la revolución. El partido radical, que era entonces desconocido, y que se formó después, destacándose del centro popular de la revolución, se ha cubierto con su bandera, vive de esa tradición y la cultiva como si fuera fuego sagrado que alimenta su existencia. (...) Pero es fama que exageró su culto, rayando en el fanatismo, que es el escollo de las religiones”.

Tribuna, 25/07/1892

“La columna recorre un largo trayecto, en el corazón de la Capital (...) en la muchedumbre que la ve pasar circula una simpatía irreflexiva a la causa que la demostración popular preconiza y honra, de suerte que el acto se transforma en una demostración social de patriotismo, realizada con la solemnidad del orden perfecto con que se desarrolla la imponente escena”.

La Prensa, 07/08/1894

1. De rituales y mitologías políticas

Las impresiones que actúan como acápites de este trabajo ejemplifican la inevitable referencia del conjunto de los actores que intervenían en las disputas políticas de la Argentina de fines del siglo XIX respecto de un acontecimiento y sus singulares repercusiones en la constitución de nuevas identificaciones políticas. En este capítulo se propone analizar el lugar que ocupó la Revolución del Parque de 1890 no ya en el uso y legitimación de la violencia revolucionaria a fines del siglo XIX en Argentina, aunque dicha interpretación será tomada en cuenta en la argumentación. De acuerdo al objeto aquí recortado, el radicalismo emergente en esos años no sólo llevó adelante una defensa y una exaltación de la Revolución desde su retórica pública, entendida como idea-fuerza, sino que la convirtió en un verdadero mito fundacional de la agrupación. En ese proceso ocupó un lugar central un tipo de práctica política que se consolidará en los años posteriores: las conmemoraciones anuales de los hechos del Parque y de los combatientes de la Unión Cívica muertos en los combates, los cuales serán tempranamente concebidos como “mártires”¹⁸¹.

¹⁸¹ Por ejemplo, ya durante el mismo año de la revolución del Parque, un mitrista se refería en un libro dedicado al detalle de las acciones a los muertos en los combates como “actores en la lucha que acaba de terminar, y en

Como se ha adelantado, las manifestaciones, los preparativos para que la misma tuviera éxito, los manifiestos lanzados en la ocasión, las fuerzas desplegadas y las repercusiones de todo ello constituyen un aspecto privilegiado para reconstruir esa trama de sentidos puestos en juego por una diversidad de actores cuyos usos del espacio público urbano adquirieron un carácter eminentemente político, más allá de que esa participación no se canalizara en mecanismos de tipo institucional (OFFERLÉ, 2005; LOBATO, 2011). En particular, estudios locales como los de Sandra Gayol han puesto foco en la poderosa relación –si bien para un período bastante posterior en la UCR– entre multitudes manifestantes y lo que denomina la “capacidad política de la muerte” (GAYOL, 2013: 227).

En lo que respecta a los primeros años de la UCR, este tipo de prácticas se constituyeron en un aspecto decisivo de su intervención política, así como de la forma en que los radicales se presentaban ante sí mismos y ante los “otros”, es decir, sus adversarios políticos y la sociedad en general. Más específicamente, en lo que sigue se sostiene que las conmemoraciones anuales de la Revolución del Parque contribuyeron a dotar de un carácter popular a la UCR, en especial en la ciudad de Buenos Aires pero también en ciertos espacios de temprano arraigo del partido, al convocar en las calles a miles de personas en verdaderas demostraciones multitudinarias de fuerza, las cuales comenzaron a prefigurar ciertas formas típicas de la política de masas. Al mismo tiempo, constituyeron el escenario privilegiado en el cual se desplegaron los símbolos, los sentidos y las figuras idealizadas de comenzaron a dar contenido a una joven identidad política extremadamente vigorosa. Dicha identidad difícilmente hubiera podido adquirir esa potencia en el imaginario colectivo si el mismo hecho conmemorativo –y las imágenes allí construidas– no hubieran sido admirados como un gran acontecimiento por parte de sus simpatizantes contemporáneos, pero también si sus adversarios no le reconocieran una significación excluyente. Por su magnitud, los rituales conmemorativos organizados por los radicales en esos años de la década de 1890 fueron, probablemente, las manifestaciones políticas regulares más importantes del período, por lo menos hasta el surgimiento de tensiones irresolubles entre sus filas y el ascenso de otras

las filas en las que se moría con la sonrisa del mártir en los labios y dando vivas a la patria” (MENDÍA, 1890: 3).

fuerzas organizadas, en particular un socialismo que en el segundo lustro de la década madurará en su capacidad de organización y movilización (ver capítulo III).

El recorte cronológico propuesto se centra en los años formativos del radicalismo, entre la partición en las dos fracciones de la Unión Cívica en 1891 y la división de la UCR en 1897, punto de partida de su virtual disolución hasta los inicios del nuevo siglo. Durante este período las primeras movilizaciones conmemorativas comenzaron a dar forma a un ritual político a partir de su repetición y de una progresiva tipificación. Una puesta en escena pública que movilizaba a miles de personas en distintas claves, pero que entrañaba una serie de instancias previas que resultaban fundamentales para el éxito de la empresa conmemorativa. Asimismo, esas prácticas ritualizadas tuvieron su correlato en algunas de las expresiones provinciales del radicalismo, como fueron los casos de Buenos Aires y Santa Fe, como consecuencia de las revoluciones radicales de 1893, lo que terminó dando un pretendido carácter “nacional” a dichas manifestaciones, tanto por el alcance territorial como por el sentido patriótico de una comunidad política que les otorgaron a las mismas sus promotores.

Se ha mencionado que –de acuerdo a Hilda Sabato– Argentina y Buenos Aires en particular experimentaron desde la segunda mitad del siglo XIX una “cultura de la movilización” que comenzó su declive hacia la década de 1880, presentándose dicho fenómeno como parte de la hegemónica cultura política liberal-republicana descrita en el capítulo anterior. Pero con el estallido de la crisis de 1889-1890 y la organización de un movimiento opositor al gobierno de Juárez Celman se comenzó a apelar a formas de movilización, como las procesiones cívicas, que se pensaban con un sentido “patriótico” y como exaltación del “espíritu público”, de acuerdo al diagnóstico que primero formularan las elites finiseculares, pero que luego calaría en buena parte de una sociedad que apelaba a esos valores ante una cohesión social y hasta moral amenazada (BERTONI, 2001: 95-101; SIGAL, 2006: 123).

Pero en el caso de las conmemoraciones radicales de la revolución del Parque, la evolución de las disputas políticas a principios de la nueva década las convertirían, sin que los hombres de la UCR renunciaran a ese sentido “patriótico” o “nacional”, en verdaderos rituales político-partidarios, al exaltar e inventar –en el sentido propuesto por Eric Hobsbawm– sus propios orígenes como un precedente glorioso, que terminará por ser

sacralizado mediante la operación conmemorativa. Al respecto, resulta pertinente la afirmación propuesta para las celebraciones oficiales de la Tercera República francesa instauradas en un contexto particularmente complejo para sus promotores, en donde la referencia a una religiosidad laica:

“interviene pero antes que nada para fundar la vocación de esta fidelidad memorial: expiar la traza de las faltas cometidas, devolver la cohesión a un grupo diseminado, adosar los sacrificios realizados a una ancestralidad ejemplar. En una palabra, para transformar la derrota en una secreta dialéctica de la victoria [futura]” (IHL, 1996: 58, traducción propia).

En el caso de los radicales, esta reivindicación tendrá la singularidad de apelar desde 1891 a una memoria, la de la Revolución, cuando el acontecimiento a conmemorar se encontraba aún “caliente” y sus consecuencias inmediatas todavía en curso, lo que la dotará de una fuerte capacidad de movilización y de una importante carga de emotividad. Ese motivo se convertirá, precisamente, en el núcleo duro de la identidad radical emanada de sus rituales partidarios. Finalmente, esta operación de “vigilancia conmemorativa” implicó el intento de apropiación y monopolización del acontecimiento revolucionario por parte de la fracción “radical” de la original Unión Cívica, dentro de la disputa con la fracción “mitrista” expuesta en el capítulo anterior, y será a partir de ello que aquel devendrá en mito fundacional de la UCR. Aquí puede ubicarse entonces la intersección entre la práctica ritual concreta y la historia a la que se propone remitir, que no es otra que la “causa” aludida como fundamento de la existencia misma de una determinada colectividad política.

A lo largo del siglo XX, las ciencias sociales y la teoría política se han propuesto una y otra vez revelar la fortaleza y la capacidad de construcción de sentido de ciertos imaginarios políticos, juzgados en muchos casos como irracionales por apelar a figuras sacrificiales, a leyendas sobrehumanas o a escatologías salvacionistas. Ya en su refutación de Georges Sorel, que proponía a la “moral de los productores” propia del proletariado y a la huelga general como quintaesencia de una violencia creadora capaz de realizar una transformación radical¹⁸², el filósofo y jurista alemán Carl Schmitt expresó que toda concepción mítica de la política se fundaba en una “gran decisión moral” que “decide si un pueblo u otro grupo social

¹⁸² Al respecto, ver algunas referencias a dicha teoría en el capítulo IV.

tiene una *misión histórica* (...) y le da la fuerza para el martirio como el coraje [incluso] para el empleo de la violencia” (SCHMITT, 1923: 144, destacado propio)¹⁸³.

De todas formas, existe cierto consenso en torno a que los mitos y las mitologías políticas refieren, en cuanto a su creación, a las paradojas o puntos ciegos del desencantamiento de las sociedades modernas, de allí la paralela emergencia de experiencias de sacralización de la política. Primeramente, los mitos políticos pueden concebirse como un relato de orígenes, esto es, la exaltación de una “gran promesa” que parte de un acto fundador o una “historia primordial” y narra el combate de un pueblo –El Pueblo– contra sus enemigos, así como de la marcha hacia su conquista (BACZKO, 1990: 103). En este sentido, aludiendo también a su vinculación con los rituales conmemorativos, estos relatos míticos asumen una doble finalidad, a saber, una de tipo explicativo que hace inteligible esa historia y esa lucha, y otra movilizadora –la aludida por Schmitt– que expresa un llamado a la acción movilizadora, respondiendo a cierta forma de expectativa así como a determinada moral (los valores reivindicados) (GIRARDET, 1999: 78, 152 y 172). De ello se deriva que la construcción de tal relato incuba de forma implícita o explícita un juego de temporalidades que, en última instancia, dan cuenta de su carácter reversible: una formulación desde el presente que en el mismo movimiento que evoca en lo retrospectivo esos orígenes gloriosos, esboza una prospectiva que es una esperanza futura¹⁸⁴; en términos de Reinhart Koselleck, un “horizonte de expectativas”.

De acuerdo así a la exégesis aquí propuesta para esa intersección, la operación conmemorativa de los miembros de la UCR implicó cambiantes contextos de organización (que otorgaron aspectos distintivos a cada conmemoración anual), estableció una liturgia para los actos y un itinerario para las manifestaciones (paulatinamente refinados y tipificados), y generó una serie de discursos en torno suyo (tanto desde la voz de los radicales, como de sus simpatizantes más generales, sus detractores y adversarios políticos) que dotaron de un

¹⁸³ La al autor de *Reflexiones sobre la violencia* se centra en lo que Schmitt entendía como las “inconsistencias” de su planteo, ya que si el objetivo de Sorel era enunciar las potencialidades de las construcciones irracionalistas de la política anti-parlamentaria, el francés no dejaba de hacer concesiones a la lógica materialista al seguir en lo esencial a Marx y “conservar la base puramente económica del punto de vista proletario” y su “moral de productores” (SCHMITT, 1923: 148-149). Para cotejar de ambas teorías del mito político, ver TRIERWEILER (2010).

¹⁸⁴ Claude Lévi-Strauss se ha referido a este juego como la “estructura permanente” del “sistema temporal del mito”, siendo a la vez histórico y ahistórico, pero destacando que la sustancia del mito siempre radicará en la “historia relatada” (LEVI-STRAUSS: 1995: 233).

sentido particular a la Revolución y dieron lugar a la construcción de figuras militantes que caracterizarían por décadas a la potente identidad radical.

2. De los contextos a la organización de las conmemoraciones

Los actos anuales en homenaje a los caídos en la revolución del Parque constituyeron las demostraciones de fuerza más masivas y mejor organizadas por parte de los hombres del radicalismo y las mismas actuaron, entonces, como un termómetro de su situación relativa en el marco más general del período. Pero cabe aclarar que el ritual experimentó sus propios tiempos de formación, consolidación y auge, así como derivas no siempre deseadas por sus promotores. Cada momento otorgó un carácter político particular a los mítines radicales, en tanto éstos se encontraban determinados por ciertas condiciones de posibilidad, o sea, oportunidades y límites para una práctica que pretendía influir en las relaciones de fuerza existentes, combinándose en la estrategia partidaria con una relativamente exitosa concurrencia electoral en la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires¹⁸⁵, así como con la latente consigna de la apelación a la violencia armada mediante una prédica que tendría sus puntos álgidos hacia 1892/1893.

2. a. El marco político: de la Unión Cívica al conflicto argentino-chileno

La primera conmemoración, efectuada en julio de 1891, tuvo como escenario precedente el citado conflicto interno y posterior división de la Unión Cívica entre la fracción encabezada por Bartolomé Mitre y la liderada por Leandro Alem. Todo apuntaba entonces a hacer del homenaje a los muertos en el Parque un acto de alta significación política, debido

¹⁸⁵ En lo relativo a las prácticas electorales de la UCR y sus resultados positivos en aquellas celebradas para cubrir bancas legislativas, los años entre 1894 y 1895 parecen haber sido los más exitosos en la Capital Federal, triunfando en la mayor parte de las parroquias (que actuaban como circunscripciones electorales) (San Juan Evangelista, Balvanera, etc.) de la ciudad, lo cual evidenciaba la minuciosa organización de sus huestes tanto en los barrios populares como en aquellos signados por la presencia de las elites sociales (Catedral, Monserrat, Pilar, etc.). Al respecto, ver ALONSO (1993). Por su parte los radicales de la provincia de Buenos Aires se revelaron como una fuerza particularmente bien predispuesta para la participación en los comicios, sobre todo luego de la revolución de 1894, ya sea para legisladores nacionales como provinciales, a partir de un arraigo incluso en los partidos (circunscripciones electorales) rurales, lo que requería una fuerte competencia con los caudillos conservadores (HORA, 2001: 52-59). En este sentido, Roy Hora afirma que: “El escenario de alianzas cambiantes y pujas interpartidarias típico de la década de 1890 pone de relieve las similitudes existentes entre radicales, cívicos y autonomistas en todo lo referido a sus ideas y programas, las características de sus organizaciones y el perfil social de los dirigentes y los simpatizantes” (HORA, 2013: 56), pero estas coincidencias tendrán un correlato diferencial en lo atinente a la construcción de una identidad partidaria del radicalismo en la provincia muy singular.

a que cada actor del escenario se posicionaría de acuerdo a las nuevas coordenadas del juego político.

Una muestra de la importancia de las prácticas de ocupación del espacio público como forma de expresión de las opiniones que emergían del conflicto es que a partir de junio de ese año la división se reflejaría en las calles, un lugar que la Unión Cívica había erigido desde sus inicios en espacio privilegiado de su intervención pública, antes y después de la Revolución del Parque, mediante la forma de mítines y “procesiones cívicas”¹⁸⁶. Esta denominación de época demostraba algo que ha sido destacado para la evolución de las manifestaciones a lo largo del siglo XIX, tanto en Europa como en América Latina, y en particular Argentina: la imitación de cierta estética proveniente de los cortejos religiosos, en la cual existían instancias pautadas de antemano que distinguían a protagonistas y espectadores, expresándose los primeros con sus distintivos (banderas, estandartes, vestimenta) y brindando su consenso más o menos activo los segundos, en lo que puede comprenderse como una “liturgia laica” (SABATO, [1998] 2004: 208) expuesta antes que nada en las primeras conmemoraciones patrióticas rioplatenses (HALPERIN DONGHI, [1972] 2005: 173-174; SIGAL, 2006: 22-33; MUNILLA LACASA, 2013; ORTEMBERG, 2013b). El ejemplo paradigmático tenido en cuenta desde la penetración de una cultura política republicana era, por supuesto, el de la Revolución Francesa y las modalidades que en ella había adoptado la politización en una nueva clave de procesiones y cortejos que originalmente tenían su raigambre en el Antiguo Régimen. En este caso, puede afirmarse que los radicales refinaron y convirtieron en un arte la adaptación de estas formas manifestantes para su propia intervención política, precisamente en un contexto en que las celebraciones de las fechas patrias comenzaron a adoptar el modelo de la “fiesta” (BERTONI, 2001). Según el mismo, estos rituales laicos mantenían un sentido religioso a partir de una “transferencia de sacralidad”, una necesidad de trascendencia de parte de los participantes que al mismo tiempo denotaba una compleja pedagogía política, esto es, se proponían transmitir valores desde la exhibición ordenada de un colectivo político que se celebraba a sí mismo y

¹⁸⁶ Nos referimos al mitin fundacional de la Unión Cívica de la Juventud el 1 de septiembre de 1889 en el Jardín Florida, el mitin del 13 de abril de 1890 en el Frontón de Buenos Aires que dio origen a la Unión Cívica, los festejos espontáneos en las calles de Buenos Aires y en provincias producto de la renuncia del presidente Juárez Celman en los primeros días de agosto de ese año, y al gran mitin del 10 de ese mismo mes en homenaje a Alem como líder de la Revolución del Parque. Las acciones se encuentran reseñadas en: UNIÓN CÍVICA (1890). Dos interpretaciones recientes de los acontecimientos en: HIRSCH (2012) y ROJKIND (2012b).

proyectaba una imagen hacia el exterior, “donde se anudan el deseo y el saber, donde la educación de las masas se une al disfrute, matrimonio de la política con la psicología, de la estética con la moral, de la propaganda con la religión” (OZOUF, 1976: 20-21)¹⁸⁷.

De allí que al anuncio de una manifestación “acuerdista”, luego de que los mitristas se retiraran de la Convención Nacional de la Unión Cívica que se estaba celebrando al encontrarse en minoría, los radicales respondieran con un contra-mitin a los que comenzaron a ser llamados “traidores a la Revolución de Julio”. En la manifestación, unos 800 estudiantes nucleados en el club universitario “Mariano Moreno” marcharon desde el local de la Unión Cívica hasta el domicilio de Alem, el cual con su discurso marcó la clave en que comenzarían a plantear los radicales la disputa con el mitrismo, al expresar que “muchos de los que concurrieron con nosotros a la empresa de salvación han abandonado la bandera común para pactar con el enemigo”¹⁸⁸. Aquí se presenta otro elemento que, como se verá, devendrá central en la ritualidad política radical, a diferencia de lo que ocurrirá con el carácter más bien coral de las manifestaciones socialistas: la transformación de su líder Alem en algo más que un orador, éste adquirirá los rasgos del enunciador principal y *maître en scène* de los actos radicales, determinando el tono que los mismos adquirirían como dramatización de la política.

Esto tiene que ver fundamentalmente con los estilos políticos que, mediados por el clima exaltado de la crisis y la revolución de 1890, signarían buena parte de la década. La imagen del “tribuno” popular de masas, cultivada recurrentemente por Alem y redimensionada por la prensa en sus crónicas de actos como el del Frontón, el homenaje posterior a la revolución organizado por sus partidarios (1890) o las de sus discursos en las Convenciones Nacionales de 1891 y 1892, será por ejemplo objeto de la reflexión de Ramos Mejía sobre la evolución política de las “multitudes argentinas”. Este estilo, por lo demás, estaba lejos de ser un atributo propio de lo acontecido en Argentina y tenía que ver con formas de contestación política que comenzaron a proliferar en la *Belle Époque* en distintos movimientos y latitudes, desde la crítica socialista a las formas de la política burguesa de

¹⁸⁷ Para comprender a las celebraciones durante la Revolución Francesa como la construcción de una cultura política moderna que teñirá en sus distintas dimensiones a todos los regímenes políticos: “Las formas rituales eran tan importantes como el contenido político específico. Los símbolos y rituales políticos no constituían metáforas de poder, sino los medios y los fines del poder mismo” (HUNT, [1986] 2004: 103).

¹⁸⁸ “Crónica de la manifestación de los estudiantes”, *El Argentino*, 29/06/1891.

notables hasta el naciente nacionalismo que adquirió en la última década decimonónica, en espacios como Francia o el Imperio Austro-Húngaro, tintes antiparlamentarios. En palabras de Carl Schorske, desde dentro de las mismas formas y prácticas de la política notabiliar, cobraba vida un registro de la política que se proponía movilizar a un pueblo que, al sedimentarse estas intervenciones, daría forma a lo que luego se conocerá como la política de masas (SCHORSKE, [1980] 2011, en especial capítulo III). En el caso argentino, la *pax* conservadora instaurada por el PAN, a través de una dominación política sostenida y de su intento de pacificar expresiones políticas que se juzgaban violentas o atávicas, comenzaba a verse sacudida en sus convicciones por un fenómeno que no tendrá como único exponente al radicalismo¹⁸⁹, pero que encontrará en la apelación nacionalista del mismo un ingrediente particularmente agudo.

Ahora bien, pocos días después de estos hechos que comenzaban a evidenciar la definitiva ruptura de los cívicos, una reunión del Comité Nacional “radical” de la Unión Cívica resolvió la expulsión de los “acuerdistas”, la publicación inminente de un Manifiesto y, a propuesta de Francisco Barroetaveña, la “conmemoración del 26 de Julio” como “solemnización del primer aniversario” de la Revolución. El eje del planteo proponía efectuar la conmemoración en dos etapas: un funeral bajo la forma de un *Te Deum* propio de las celebraciones patrias en la Catedral de Buenos Aires y luego una procesión cívica desde la plaza de Mayo hasta el Cementerio de la Recoleta¹⁹⁰. Este último aspecto contenía, asimismo, un fuerte contenido simbólico, ya que una manifestación que revelaría a todas luces su carácter partidario se consumaría en un lugar por excelencia de la construcción de una “memoria patria” en la Buenos Aires patricia (MUNILLA LACASA, 2013: 216).

La convocatoria, presentada al “pueblo de Buenos Aires” y en nombre de la Unión Cívica, intentó generar consenso en torno a un acto que se presentaba motorizado por la dirigencia ahora radical, aunque se negaba su carácter “partidista”¹⁹¹, a tono con la

¹⁸⁹ Esta tensión entre “modos de la política” que tienen a 1890 como bisagra, que sólo con el correr de los años demostraría la novedad de aquello que comenzaba a nacer, ha sido agudamente planteado como intuición por Alejandro CATTARUZZA (2009: 31-38), escapando a la dicotomía tipo-ideal entre política “tradicional” y política “moderna”.

¹⁹⁰ “La sesión del comité”, *El Argentino*, 02/07/1891. Sobre la forma en que la tradición republicana resignificara tempranamente en el siglo XIX este tipo de actos político-religiosos propios de la monarquía católica y del período colonial, condensados en el *Te Deum* en la Catedral de Buenos Aires, ver ORTEMBERG (2010).

¹⁹¹ “26 de julio”, *El Argentino*, 18/07/1891.

indeterminación propia de un momento en donde la reivindicación de una parcialidad convivía con la idea de representar a la totalidad de la opinión considerada legítima. Tal como se expresó en el capítulo anterior, incluso quienes ahora se definían como radicales no escudriñaban todavía la posibilidad de crear un nuevo partido, antes bien, se proponían monopolizar la Unión Cívica mediante la reciente expulsión de los seguidores de Mitre. En lo referido a las otras implicancias del acto que se preparaba, pensado como acontecimiento fundamentalmente porteño, las adhesiones enviadas por los comités provinciales plegándose al mismo operarán su “nacionalización”, otorgándole un sentido que trascendía el marco de la convocatoria. Pero las mismas demostraban no obstante la mencionada situación de ambigüedad, porque seguían refiriéndose a la Unión Cívica como unidad.

Por un lado, una comisión de oficiales del Ejército que habían participado en los combates solicitó un arreglo entre las fracciones de la Unión Cívica para evitar la celebración de dos funerales por separado. Sometidas a votación las propuestas, el sector más intransigente encabezado por Joaquín Castellanos, hombre del círculo íntimo de Alem, se impuso a los que se presentaban como “conciliadores”¹⁹², argumentando que “la invitación hecha por el comité era amplísima; que no porque otra agrupación política pretendiera desvirtuar la iniciativa debiera cederse”. Se formó entonces una Comisión Organizadora constituida por Mariano Demaría, el coronel Mariano Espina, el coronel Julio Figueroa, Francisco Barroetaveña y el coronel Martín Irigoyen, sobrino de Alem¹⁹³. La composición de la misma revela un aspecto a destacar: la presencia de un importante componente militar entre la dirigencia radical –miembros de la Junta Revolucionaria de 1890, considerados luego “héroes del Parque” y finalmente revolucionarios en 1893–; aspecto que teñirá buena parte de la estética de los marciales desfiles radicales, así como también el sentido otorgado a las conmemoraciones, destacando constantemente la “cita de honor” y “el sentimiento de deber hacia la patria”¹⁹⁴.

¹⁹² El grupo que demostró una actitud más políticamente parcial en la votación ante la conmemoración de 1891 estaba compuesto por el citado Castellanos, Barroetaveña, Saldías, el coronel Mariano Espina y Julio Arraga.

¹⁹³ “Aniversario de la Revolución de Julio”, *La Prensa*, 24/07/1891.

¹⁹⁴ Los tres oficiales habían tenido un rol destacado en la dirección de tropas durante la Revolución; Irigoyen comandó en persona el Parque de Artillería y Espina y Figueroa expusieron luego sus impresiones sobre el fracaso de las acciones. Este último se había sumado precisamente a la Unión Cívica conmovido por sus “grandes manifestaciones” y “los síntomas que producían en la opinión”, como consta en: “Exposición del coronel Julio Figueroa”, en: *UNIÓN CÍVICA* (1890: 223-228).

El carácter pretendidamente ecuménico que se imprimió a la convocatoria oficiaría como argumento para criticar la organización de un funeral paralelo por parte de los mitristas en el templo de San Francisco: “Si el acto ha tenido carácter político –afirmaba el órgano radical– ha sido pues solamente por obra de los que rehusaron cobijarse bajo amplios conceptos de una invitación para todos”¹⁹⁵. No obstante ello, el acto generó una amarga diatriba de parte de *Tribuna* debido al “carácter exclusivamente radical que se quiso dar al acto”, apoyando la más discreta ceremonia religiosa que la UCN promovió para tres días después y alegando que nada debía festejarse, como aparentemente habían hecho los radicales¹⁹⁶.

Para el año siguiente, la situación se presentaría más hostil para los radicales. De hecho, hasta poco antes de la fecha continuaba en vigencia el estado de sitio decretado por el gobierno nacional en abril de 1892, el cual limitaba el derecho de reunión ante el rumor de una posible revolución radical, y las ordenanzas vigentes para Capital Federal de por sí estipulaban estrictas medidas de reglamentación y permiso para las movilizaciones¹⁹⁷. De allí que el celo puesto por las comisiones organizadoras de las conmemoraciones a fin de guardar la más estricta disciplina de los manifestantes, los pedidos de autorización al jefe de policía de la Capital y la implementación de “servicios de orden” propios, pueden interpretarse como un acuerdo con las autoridades acerca de la “necesidad de canalizar el desorden de la calle”, aunque ello no siempre pudo ser logrado¹⁹⁸. Como veremos, la prensa de la época se hará eco de este tipo de interpretaciones al reflexionar sobre las masivas conmemoraciones radicales.

El contexto de 1892 aparecía para la UCR como una oportunidad para presentar la conmemoración en tanto acto de resistencia a la –en palabras de *El Argentino*– “necia dictadura” del presidente Pellegrini, que había mantenido en prisión a los principales dirigentes radicales mientras otros habían emigrado a Montevideo, comenzando las experiencias del exilio que serían interpretadas en la memoria del radicalismo como un signo de combatividad y entrega a la “causa”. Se reactualizaba así el diagnóstico de 1890,

¹⁹⁵ “La procesión cívica. 20 mil ciudadanos”, *El Argentino*, 27/07/1891.

¹⁹⁶ “La manifestación de ayer” y “Los funerales de mañana por las víctimas de la revolución”, *Tribuna*, 27/07 y 28/07/1891.

¹⁹⁷ Cfr. SIGAL (2006: 147-151).

¹⁹⁸ Esta cuestión se planteaba en todas las grandes ciudades cuyas autoridades comenzaban a temer las posibles reacciones de sus poblaciones, vistas cada vez más como “masas” con una conducta y una psicología propias, al actuar colectivamente de forma “irracional”. Para el caso francés, por ejemplo, ver OFFERLÉ (2005: 38).

entendido como producto de una crisis a la vez política, moral y nacional. Como expresaba el periódico dirigido entonces por Joaquín Castellanos en su convocatoria a “honrar a los muertos”: “La nación presentaba y presenta aún hoy el espectáculo bochornoso de gobiernos comerciantes (...) Un presidente desenfrenado ha hollado la majestad de la justicia, y conculcado derechos, suprimido garantías, violado preceptos sagrados de la ley”¹⁹⁹. Al mismo tiempo, el motivo “patriótico” venía dado por la suscripción abierta por la UCR para la compra de un nuevo buque de la Armada que reemplazara al “Rosales”, naufragado semanas antes del mitin, lo que incluyó además veladas literarias y conferencias en los clubes parroquiales²⁰⁰. El dato aporta una de las constantes de las conmemoraciones, en las cuales el radicalismo se mostraba como un agudo crítico del gobierno, pero manteniendo su lealtad a los superiores “intereses de la Nación”, mostrando particularmente su solidaridad con el Ejército y la Armada, que habían jugado un papel importante en 1890 y lo repetirían en 1893 en distintos puntos del país.

En este último año el clima político se encontraba, en cambio, en plena efervescencia. Alem había resultado electo senador nacional por la Capital una semana antes del acto, lo que dio un tono triunfalista a la prédica de la UCR. Por otro lado, la noche anterior a la conmemoración los radicales de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y San Luis se levantaron en armas contra sus respectivos gobiernos, logrando en los tres casos un éxito efímero, pero que en esos días permitió que se presentaran como la continuación en el resto del país de la “misión histórica” contraída por los hombres de la UCR desde el Parque. Sumado a ello, el acto de ese año fue el primero en realizarse ante el Panteón a los Caídos en la Revolución, que se instaló en el Cementerio de la Recoleta, lugar de llegada de las procesiones cívicas y que las dotaría de un carácter sacro²⁰¹. El proyecto se había iniciado en 1891, cuando se organizó una Comisión Militar de oficiales combatientes en el Parque presidida por Mariano Espina²⁰², la cual luego de una larga suscripción y bailes a beneficio logró reunir los 33.000 pesos que costó el mausoleo encargado al escultor belga J.

¹⁹⁹ Como expresaba *El Argentino* (“A honrar los muertos”, 23/07/1892).

²⁰⁰ Eustaquio Pellicer a Adolfo Saldías, 16/07/1892, Fondo Adolfo Saldías, Archivo General de la Nación. Sobre las actividades de los clubes capitalinos, ver “26 de Julio”, *El Argentino*, 16/07/1892.

²⁰¹ La importancia del monumento a los “mártires”, “víctimas de un santo patriotismo”, fue destacada con un tono solemne incluso por la prensa satírica afín al radicalismo, como era el caso de *Don Quijote* (30/07/1893).

²⁰² El compromiso político de Espina con el radicalismo le acarrearía ese mismo año una condena a muerte por parte de una Corte Marcial, luego de encabezar la revuelta en la Marina durante la revolución de septiembre en Rosario.

Cantillon²⁰³. Pero a diferencia de la primera conmemoración, en 1893 la Comisión Militar permitió la participación de los mitristas en el acto –que contaban entre sus miembros con un buen número de oficiales–, ante lo cual los radicales decidieron trasladar su desfile callejero para el día 30 de julio y diferenciarse así de los “traidores” que a su vez marcharon hasta la plaza de Mayo para vivir a Mitre y al gabinete encabezado por Aristóbulo Del Valle.

El modelo del proyecto de Mausoleo que aparece en julio de 1891 en el periódico satírico *Don Quijote*, que en su primera página se declaraba “cívico del Parque”, resulta por demás elocuente en la iconografía y la simbología propuestas, obra del dibujante español José María Cao (bajo el seudónimo de “Demócrito II”). La composición otorga, por supuesto, un lugar privilegiado a diez combatientes muertos en los combates de 1890, ocho representando cada uno a un regimiento y dos médicos que acompañaban a las tropas. En el centro, tres figuras revelan una combinación de influencias en lo que sería el imaginario radical. Un mártir que cae con su espada en mano remite a la tradición cristiana, pero en este caso viste uniforme militar y se ubica a los pies de una Victoria/Piedad alada que desciende para colocar una corona de laureles como triunfo póstumo de su entrega a la causa por la que combatió. La otra alegoría femenina es una representación de la República con gorro frigio que aparece apesadumbrada sosteniendo una corona, mientras contempla la escena central. No es complejo advertir que la *Marianne* republicana –tan bien analizada por Maurice Agulhon para el caso francés a partir de su origen en la Revolución de 1789²⁰⁴ y que contaba ya con una importante recepción en la imaginario republicano rioplatense (BURUCÚA, MALOSETTI COSTA y MUNILLA LACASA, 1990)– viene a aportar la filiación de la Unión Cívica y luego de la UCR en una tradición política prestigiosa; pero debe consignarse también que el basamento de granito sobre el que aparece el soldado-mártir consigna la frase “Pro-Patria” junto a la fecha de los combates del Parque. La defensa de la República, en el fin de siglo, se conjugaba con un sentimiento patriótico ante lo que se experimentaba como una situación de peligro para la Nación, simbolizada por lo demás en un escudo nacional

²⁰³ “Al pueblo argentino”, *La Prensa*, 20/07/1893. Sobre el Monumento a los Caídos en la Revolución del Parque, ver: GUIDO (2001).

²⁰⁴ Tal como lo ha expresado Maurice Agulhon, el grado de solemnidad o, mejor aún, de desnudez de la alegoría cívica femenina vendría a representar la radicalidad de los planteos de la fuerza o el colectivo que se expresa a través de ella, haciendo contrastar la *Marianne* socialista analizada por su parte en el caso francés con las más belicosas o hieráticas, pero siempre “patrióticas” que se observa en la iconografía de la UCR (AGULHON, 1973 y 1994).

colocado bajo la piedra fundamental (ver APÉNDICE, Imagen nº 3). He aquí una compleja combinación de elementos que no dejarán de generar tensión en la misma construcción de las fuerzas políticas que reivindicaban la fecha, tanto por el predominio del componente militar de la figura de los mártires, como por el hecho de que el monumento venía a confirmar un sostenido derecho a la rebelión frente a las autoridades nacionales. En este caso, la figura del ciudadano-soldado contaba ya con un largo recorrido en lo que Hilda Sabato llamara el “ciclo revolucionario porteño” de 1852-1874-1880-1890, pero si en esas experiencias decimonónicas era la institución de la Guardia Nacional de Buenos Aires la que aportaba el modelo del compromiso cívico²⁰⁵, ahora se trataba del Ejército de la Nación en combinación con los combatientes “cívicos”. De esta forma, este último acontecimiento de armas ilumina el paso de identidades políticas que se habían afincado en un espacio acotado (la ciudad-provincia) a otras que ya pretendían representar los intereses generales del conjunto de la República; en otros términos, de identidades que remitían a “pueblos” (o el “pueblo” concreto de Buenos Aires) a las que hablarán en nombre del Pueblo/Nación.

La Revolución y sus muertos mantenían su condición de símbolos en disputa. Un dato que permite calibrar la politización de esta figura sacrificial que aparecía como patrimonio colectivo es que ya para la segunda conmemoración el periódico del PAN, *Tribuna*, debido a las divisiones en las filas conservadoras y por la alianza de Roca con Mitre, esbozaría una reivindicación de los caídos en el alzamiento contra Juárez Celman. Afirmaba, por un lado, que lo acontecido en 1890 tenía dos caras, “una simplemente teórica, brillante y seductora,

²⁰⁵ A los ya citados trabajos generales de la autora sobre el ciclo revolucionario de la segunda mitad del siglo XIX, deben sumarse en este caso los dedicados específicamente a las particularidades de la revolución porteña de 1880, que terminará siendo postulada por Sabato como el inicio del fin de esa tradición, dejando casi en un lugar aparte a la revolución del Parque de 1890 que antes incluyera en el mismo. En este sentido, efectúa un análisis muy interesante de la iconografía en torno a la Guardia Nacional de Buenos Aires en su libro *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880* (SABATO, 2008) y en un trabajo específico (SABATO, 2007). Pero es necesario destacar que la figura del ciudadano-soldado de la Guardia Nacional había adquirido un status prestigioso al menos desde la revolución del 11 de septiembre de 1852, jugando un papel en la recomposición de una elite porteña que debía organizar el Estado post-rosista (LETTIERI, 2003). Por otro lado, como ha notado recientemente Alejandro Eujanian, esta operación tendrá como resultado un uso del pasado reciente a mediados del siglo XIX que se prolongará en toda la segunda mitad del mismo para contornear una identidad porteña singular como “patria chica”, en donde Mitre se presenta como un líder que es a la vez un actor político-militar de primer orden e historiador-intelectual que toma al 11 de septiembre como mito fundante de dicha identidad: “se fue elaborando un relato en el que las guardias nacionales junto con los discursos fúnebres a los mártires de la independencia y de la lucha contra la ‘tiranía’ [de Rosas] fueron instrumentos y escenario de la elaboración de los lazos entre el pasado y el futuro de la causa porteña; entre esa nueva dirigencia y la ciudad de cuyos ideales pretendía ser su mejor intérprete; y de la recuperación de una tradición política que era evocada como referente histórico de una causa que se coloca por encima de los partidos” (EJANIAN, 2015: 99).

que arrastra y apasiona con los prestigios del derecho y la libertad. La otra anárquica y sombría, preñada de ambiciones y de antagonismos”:

“También nosotros queremos *honrar la memoria de aquellos mártires de su abnegación cívica y de su amor a la libertad*. También deseamos y queremos que su sacrificio no sea estéril y que la sangre derramada sirva para abonar y afianzar las instituciones y preservarnos de los dos grandes peligros que amenazan a los pueblos: la tiranía que envilece; la demagogia que es la disolución”²⁰⁶.

La disputa se evidencia, además, en la actitud hostil que mostraron grupos de radicales, que aclamaron a Alem y a la UCR mientras se desarrollaba el mitin de la UCN, gestándose un ligero incidente en las calles aledañas²⁰⁷. De todas formas, la manifestación mitrista no logrará opacar a la más masiva que efectuaría ese año el radicalismo, dando cuenta de las diferencias de arraigo y capacidad de movilización en la ciudad.

A esta altura podemos constatar un hecho significativo: la mencionada reactualización del diagnóstico del '90, que permitía plantear al momento de las conmemoraciones la necesidad de consumir la “regeneración patriótica”, se vería complementada desde 1894 por una aguda retórica de patriotismo militante, sino nacionalista, en vista de la posibilidad del potencial conflicto armado con Chile desarrollado en el capítulo anterior. A esta cuestión no era ajena la gran prensa porteña, que criticaba de forma cotidiana lo que entendía como una negligente inacción del gobierno y llamaba a despertar el “patriotismo verdadero de los ciudadanos”²⁰⁸.

Ese año también comenzarían a celebrarse en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe las conmemoraciones de las fracasadas revoluciones de 1893, en una fecha lo suficientemente cercana a la del Parque como para asociarlas en tanto parte de una misma “causa”. La coordinación de esas conmemoraciones provinciales no le sería ajena al Comité Nacional de la UCR ya que, por ejemplo, revolucionarios santafesinos formarían parte de las comisiones organizadoras de las conmemoraciones tanto en los actos de Capital como en los de su provincia. La grandiosidad de los mitines en Capital y en las provincias debía suplir – como reconocía Alem a un dirigente de Santa Fe– la “situación muy delicada” por la que

²⁰⁶ “Homenaje a los mártires”, *Tribuna*, 25/07/1892.

²⁰⁷ “El meeting de ayer”, *La Prensa*, 27/07/1893.

²⁰⁸ “Por la patria”, *La Prensa*, 25/05/1894.

atravesaba el partido, de allí la importancia de convocar en las calles a lo que el líder radical llamaba la “república cívica”²⁰⁹.

De todas formas, las conmemoraciones de la revolución del Parque en Capital actuaban como un momento de comunión política para los radicales difícil de practicarse en otras instancias. Por ello se impuso a sus promotores la necesidad de convocar para el desfile a ciertas delegaciones provinciales, en especial a representantes de espacios donde el radicalismo arraigaría con fuerza, como el ámbito bonaerense o el santafesino²¹⁰. Y si bien los radicales en las provincias mantenían un importante nivel de autonomía, las comunicaciones en los contextos de las conmemoraciones se intensificaban para coordinar esfuerzos. La operación política que aquellas conllevaban y su organización en las semanas previas no escapaban a la opinión crítica de la prensa conservadora, que las concebía como un “pretexto para la revista que el radicalismo metropolitano quiere pasar a sus legiones”²¹¹. De todas formas, resulta sintomático del contexto el hecho de que en 1895 los radicales se abstuvieran de organizar su desfile a fin de “evitar perturbar a los ciudadanos en los ejercicios doctrinales de la Guardia Nacional”²¹². He aquí otro rasgo que tomaba forma en torno a la autoconcepción sustentada por los radicales, que se veía confirmada por la negativa en la mirada de sus “otros”: la de constituir una milicia con una misión histórica de defensa nacional, que oscilaba entre la legitimación del uso de la violencia para las disputas domésticas, y la confluencia general con sus adversarios de turno ante la posibilidad de la “patria en peligro”, tópico recorrido a lo largo de toda la década de 1890, por ejemplo, en los discursos de Alem.

Para 1896, como aclaramos, el momento conmemorativo se verá teñido por la muerte de Alem, dato que lo encuadraría en la crisis más general de la UCR. En esta ocasión la Comisión encargada del acto publicó una circular convocando a un “homenaje a los héroes del 90 y a su jefe el doctor Leandro N. Alem”. Si bien el tributo no revestiría “las formas de una manifestación o meeting, sino más bien los ordinarios de un acontecimiento social”,

²⁰⁹ Leandro Alem a Martín Rodríguez Galisteo, 05/07/1894, Fondo Rodríguez Galisteo, carpeta A-G, folio 65, Archivo Histórico de la provincia de Santa Fe.

²¹⁰ En efecto, al momento de iniciarse los trabajos conmemorativos de 1894 se formó una comisión organizadora a cargo de algunos de los más destacados miembros del Comité Nacional, del Comité de la Capital Federal, del radicalismo santafesino y del bonaerense.

²¹¹ “La de pasado mañana. El radicalismo en la calle”, *Tribuna*, 03/08/1894.

²¹² “Aniversario de la revolución de Julio”, *La Prensa*, 26/07/1895.

como destacó *La Prensa*, sería el punto de inicio del pasaje que experimentará la figura de Alem, de “líder” a convertirse en el principal “mártir del radicalismo”²¹³, reforzando el tono mesiánico de una prédica que estaba perdiendo su vigor político.

El año 1897 será finalmente un punto de inflexión. Por un lado, constituirá el último gran ensayo de ocupar en forma masiva y unificada el espacio público porteño por parte del radicalismo, pocos meses antes de la turbulenta Convención Nacional que terminara por dividir a la UCR. Por otro lado, en lo que hace específicamente a la conmemoración, la circunstancia especial de la coincidencia del domingo fijado con los ejercicios de la Guardia Nacional –siempre en el marco de lo que se planteaba a esas alturas como una guerra inminente con Chile–, llevó a que la Comisión Organizadora se presentara ante el Jefe del Estado Mayor del Ejército, quien facilitaría el transporte en tren de los 1500 radicales pertenecientes a los regimientos de la Guardia. Este hecho generará impresiones encontradas: destacándolo *La Prensa* (“batallones casi enteros a la cabeza de cada club (...) satisfechos de asistir a un acto cívico, de acuerdo con sus convicciones políticas, con la misma satisfacción que en la mañana llenaron sus deberes patrióticos”²¹⁴) y denostándolo *Tribuna*, que envió una carta de protesta al comandante de la división de Capital Federal (“Esta intromisión de los guardias nacionales con sus armas, que son de la nación (...) significa una ostentación prohibida por disposiciones superiores que están en vigencia”²¹⁵).

2. b. La organización y ritualización de la conmemoración

Pero si de organización se trata, una serie de instancias partidarias fueron perfeccionando progresivamente su accionar para hacer de las conmemoraciones un ritual con pautas tipificadas. Sobre todo, las comisiones especiales, los clubes y comités parroquiales jugaron un rol clave como espacios de socialización, dirección y encuadramiento. En efecto, en las semanas previas una febril actividad era llevada adelante desde la alta dirigencia partidaria hasta las células parroquiales. A partir de la primera conmemoración los pasos se fueron pautando minuciosamente: a inicios de julio se reunía la dirigencia y se creaban la comisión especial para el acto y la que debería “hacer guardia” en el cementerio de la Recoleta; se sucedían las convocatorias de los clubes a la “fiesta radical”

²¹³ “Aniversario de la revolución de 1890”, *La Prensa*, 30/06/1896.

²¹⁴ “Movimiento político”, *La Prensa*, 26/07/1897.

²¹⁵ “La Guardia Nacional y la política. Notas del Estado Mayor”, *Tribuna*, 27/07/1897.

dirigidas –según una fórmula recurrente– “a todos los correligionarios políticos de la parroquia y a todos los convecinos que simpaticen con los principios de nuestro partido”²¹⁶, lo cual incluía también a los extranjeros residentes en la ciudad, y comenzaban a organizarse todo tipo de actividades relativas a la conmemoración.

Esas imprescindibles correas de transmisión que eran los clubes de base debían así multiplicar sus trabajos y el de los militantes, conformando una verdadera empresa de pedagogía política: reuniones nocturnas cotidianas, apertura de los registros de adherentes, celebración de conferencias políticas en teatros, confección de banderas, medallas y placas conmemorativas, pero también obras artísticas como cuadros y poemas. Es el caso de los escritos por Diego Fernández Espiro, secretario del Comité de la Capital, y Pedro B. Palacios (“Almafuerte”, que hemos visto actuando en la creación del Comité de la UCR de La Plata), titulados respectivamente “26 de Julio” y “La sombra de la Patria”, publicados en el número especial de *El Argentino* de 1891.

Todo ello actuaba como soporte material de los discursos alusivos a la Revolución con el objetivo de perpetuar su sentido, de hacerlo trascendente; o sea, se resignificaba la memoria del acontecimiento al mismo tiempo que se avanzaba en la subjetivación política de los que comenzaban a llamarse a sí mismos “radicales”, quienes construían un tipo de solidaridad política militante a partir de un vínculo emotivo. Pero también se forjaban jerarquías de distinto nivel. Por ejemplo, ese mismo año se repartieron medallas a los militares revolucionarios con la inscripción “El pueblo argentino a los defensores de la libertad nacional”²¹⁷ (ver APÉNDICE, Imagen nº 5) y lo mismo en 1897 a los que participaron desfilando en la conmemoración. Asimismo, en la primera de estas fechas un grupo de mujeres de Córdoba confeccionó una bandera que obsequió al Comité Nacional para “tributar un profundo homenaje de respeto a la memoria de los mártires”, con un lema bordado que rezaba “Dios y patria-26 de Julio”, en consonancia con el utilizado como advocación para la creación del Comité de la UCR de esa provincia; mientras que tanto en 1891 como en 1892 respectivas comisiones de damas porteñas entregaron a Alem dos cuadros con su busto. Las conmemoraciones eran un homenaje a la Revolución y a sus muertos, pero también a su líder Alem. Ese mismo año, el líder de la UCR será protagonista

²¹⁶ Circular del comité parroquial de San Telmo, transcripta en *El Argentino*, 04/08/1894.

²¹⁷ Un modelo de dicha medalla fue reproducido por *Don Quijote*, 10/11/1890.

del cuadro encargado por su amigo Oscar Liliedal, miembro del Comité Nacional, al pintor italiano Guglielmo Da Re titulado “Alem hablando al pueblo”. Ne el mismo el líder radical aparece con la escarapela roja y blanca del partido y cargado en andas por una multitud que marcha enarbolando estandartes radicales, compuesta de militares y civiles con la boina blanca empleada en los combates del Parque, en lo que parece ser una imagen típica de los masivos mitines radicales en la década de 1890²¹⁸ (ver APÉNDICE, Imagen nº 6).

El activismo radical era especialmente demandante en esos contextos y el énfasis puesto por las comisiones en el orden y la disciplina actuaba como la contracara del entusiasmo y el carácter emotivo de la conmemoración. Resulta ilustrativo al respecto la forma en que el diario de mayor tirada de Buenos Aires interpretaba el resultado de esos trabajos previos, dando cuenta de la emergencia de lo que entendía era una novedosa y potente identidad política en la Argentina finisecular, portadora de una mística particular bajo la forma de una “comunidad de creyentes”. El radicalismo se manifestaba en las conmemoraciones como religión cívica:

“La masa disciplinada de la manifestación ha sido bastante numerosa para revelar los elementos y la cohesión de la fracción popular militante que la ha realizado (...) Es la *exhibición de un organismo político con potencia vital* (...) Verdaderamente es un hecho nuevo en nuestro modo de ser político (...) La Unión Cívica Radical, en suma, se ha revelado inequívocamente como una fuerza popular capaz de la *vida permanente de los partidos militantes*. (...) El espíritu público se ha vinculado a ellos por *los lazos misteriosos de la comunidad de causa*, de la *identidad de aspiraciones*”²¹⁹.

Además de participar de esas actividades, los afiliados debían colaborar con suscripciones monetarias para costear los gastos de la celebración, lo cual exigía un compromiso singular con el acontecimiento y con el partido; para la compra de un nuevo buque de guerra para la Armada o erigir el Monumento a los Caídos. Por otro lado, dando cuenta de la progresiva ritualización de las procesiones cívicas, desde 1892 las autoridades

²¹⁸ Este cuadro casi desconocido se dio a conocer en una subasta pública en 2001. Ver “Alem será la estrella de un remate”, *La Nación*, 13/09/2001. El retrato del busto del líder radical también sería guardado como *souvenir* personal y objeto de culto privado por dirigentes provinciales de la UCR que encabezaron las revoluciones de 1893 en el interior. Es el caso del santafesino Manuel Cervera, secretario de la Junta Revolucionaria provincial de 1893. El retrato en blanco y negro se encuentra en el Archivo Manuel Cervera, Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe.

²¹⁹ “Filosofía de la manifestación”, *La Prensa*, 26/07/1892 (destacado propio).

encargadas comenzaron a emitir una circular a los clubes parroquiales de Buenos Aires en donde se estipulaba: las modalidades de propaganda (carteles y circulares de clubes), el traslado desde los barrios a la plaza de Mayo, el nombramiento de comisarios generales y sub-comisarios de columna para el desfile, la composición ideal y las distancias que se debían guardar en la marcha (8 filas y 50 cm de distancia entre los manifestantes). Dichas órdenes partidarias se dictaban en función de mantener el control del acto, para contestar la imagen construida por los conservadores en el gobierno que pintaba al radicalismo –y en especial a su líder, Alem– como una fuerza “anárquica” o “jacobina”, en la clave de un positivismo que tenía como antecedente al análisis que hiciera el francés Hippolyte Taine de las masas de la Revolución Francesa y de la Comuna de París. Lectura que tendría su recepción en el país en figuras de la elite político-intelectual como Paul Groussac o el citado Ramos Mejía²²⁰. Entre ello, la UCR se presentaba entonces a sí misma como un “partido de orden” que simplemente ejercía los derechos sancionados por la Constitución. Es precisamente esta imagen y contra-imagen a que daban lugar las conmemoraciones lo que las convertía en un fenómeno ante el cual sus contemporáneos no podían permanecer indiferentes, lo que al mismo tiempo contribuyó a la construcción del radicalismo como una fuerza popular.

Ese reconocimiento de los “otros” implicaba que en cada año de esa década de 1890 se reinstalara el tópico de la posibilidad de un alzamiento armado. Como expresaba *Tribuna*, el “espíritu bullanguero del radicalismo, que aprovechará un aniversario en que debían inclinarse en actitud de respetuoso homenaje” tenía “la virtud de atraer, desde los lejanos barrios de la Boca y de los Corrales de abasto, a toda la bulliciosa juventud milonguera”²²¹.

²²⁰ Pensemos por ejemplo en la caracterización que hiciera Paul Groussac de Alem como un “Robespierre de Balvanera” que “llegó a ascender a jefe de partido y figurar, en cierto modo, como personalidad nacional” y “cuyo prestigio sobre las masas populares se fundaba, ante todo, en la ley de la afinidad”, concitando en las mismas el “culto fanático del ídolo” (GROUSSAC, [1919] 1980: 125 y 127). La obra paradigmática del intelectual francés era *Les origines de la France contemporaine*, escrita entre 1875 y 1893, y de fuerte influencia en los medios culturales franceses y francófilos. Al respecto, ver GODECHOT (1981).

Esa apelación a la figura del jacobino para caracterizar al “tipo” de liderazgo de Alem forzaba esa recepción de Taine, tan en boga por esos años -en este caso por el también francés Groussac-, especialmente en un momento de agitación política y de visibilización de las “multitudes” de las que hablaba Ramos Mejía. Acerca de la recepción de las ideas de Hippolyte Taine en nuestro país, ver DEVOTO (1990). Como afirma este autor, en las ideas de Taine, políticamente un liberal-conservador después de los sucesos de la Comuna de París, los “jacobinos”, como actor político, aparecían asociados a otro de carácter social, la “multitud”, a través de un método de acción, la manipulación demagógica, la conspiración y la violencia revolucionaria. Salvando las obvias distancias, eran estos aspectos de su obra los que parecían ser funcionales a la crítica que los conservadores -común por ejemplo en la prensa cercana al Partido Autonomista Nacional- hacían de los radicales argentinos.

²²¹ “Los rumores de revolución”, *Tribuna*, 23/07/1892.

Por ello Adolfo Mujica, miembro del Comité Nacional de la UCR, expresará en una de las conmemoraciones: “Queremos el orden, pero no el orden que se impone con máuser, sino aquel que resulta, incontrastable y fecundo, de la práctica sincera de las instituciones republicanas”²²². Como se desarrollará en el capítulo siguiente, el carácter también crecientemente masivo y bullicioso de las manifestaciones socialistas por el 1º de Mayo llevará a que los dirigentes y militantes del PS realizaran un esfuerzo por presentarse como un “partido de orden”, al menos en las formas, ya que sus ideas serían concebidas tanto por conservadores como por radicales como peligrosamente contestatarias del orden existente. Lo que puede comprenderse como una constante negociación por la imagen, entre la propia proyección y la mirada de los otros, se convertirá así en otro elemento clave en la construcción y en la evolución de las respectivas identidades políticas, dando cuenta de su carácter deliberado y, a la vez, contingente, adaptándose y reconfigurándose en cada contexto, en cada coyuntura.

3. Los actos, el itinerario y la liturgia radical

Las manifestaciones organizadas por el radicalismo en sus primeros años para conmemorar la Revolución no constituyeron ni las primeras ni las únicas de este tipo de demostraciones públicas llevadas a cabo por parte de dicha agrupación. Lo que aquí se intenta argumentar es que las conmemoraciones adquirieron un sentido particular, trascendente, al investir al acontecimiento de 1890 como el mito fundacional de la agrupación, que legitimaba la acción pretérita –ese “espacio de experiencia” común– en el presente y proponía un “horizonte de expectativas” futuro de redención política.

Como se ha visto, el contexto de organización de una oposición movilizadora al gobierno de Juárez Celman había dado lugar a una serie de mítines de gran resonancia, así como luego los radicales realizarían demostraciones masivas de forma recurrente. En este sentido, los mismos evidenciaron una particular propensión a manifestarse, a desfilar y, en suma, ocupar el espacio público como una forma de actividad militante. Esa valoración se planteaba como respuesta al diagnóstico que se elaborara sobre el clima de 1889-1890, argumentando que el país atravesaba una crisis moral y nacional, para lo cual se requería una “reacción cívica” o, según la fórmula recurrente en la retórica pública del radicalismo, una

²²² Transcripto en: “El meeting de ayer”, *El Argentino*, 06/08/1894.

“regeneración patriótica”, demostrando la progresiva imbricación de la cuestión de la Nación en las nuevas modalidades de identificación política en la Argentina finisecular.

En el caso de los actos conmemorativos, los mismos constaban de dos y hasta tres instancias sucesivas que se combinaban. La ceremonia religiosa del *Te Deum* en la Catedral en homenaje a las víctimas, donde el sentido estrictamente político estaba virtualmente ausente o, al menos, sublimado en la liturgia católica; la procesión cívica desde la plaza de Mayo hasta el Cementerio de la Recoleta y la visita al Monumento con los correspondientes discursos alegóricos, aunque no siempre todas ellas formaron parte del repertorio, como ocurrió en 1895-1896, cuando no se organizaron desfiles callejeros en Capital. Precisamente, si bien la visita al cementerio no dejaba de sustentar una connotación religiosa por la solemnidad que intentaba imprimírsele, sí adquirió definitivamente los visos de un acto político-partidario, a partir de una puesta en escena de los símbolos de la UCR, la formación de los clubes parroquiales, de delegaciones y de los comités directivos, dando lugar a una verdadera liturgia radical. Tal como afirma Avner Ben Amos, los funerales de este tipo pueden concebirse como un fenómeno dual: un “rito de pasaje” de fuerte carga emotiva, que implicaba la transformación de los muertos en objeto sagrado y de la comunidad que les rinde culto, que afirma así su solidaridad y su identidad; y un acontecimiento de fuerte connotación política que moviliza voluntades e impacta en el más amplio escenario del poder (BEN AMOS, 2002: 878)²²³.

Resulta interesante detenerse en los ejemplos que los radicales podían tomar como modelo para sus conmemoraciones. En este sentido, quien parece haber auscultado primeramente los tipos de manifestaciones más adecuadas dentro del radicalismo fue Francisco Barroetaveña. Como se especificó, el fundador de la Unión Cívica de la Juventud y luego íntimo colaborador de Alem, fue quien propuso en la reunión del Comité Nacional de julio de 1891 la realización de “una procesión cívica que deposite coronas en las tumbas de los muertos de la revolución”. Por supuesto, el precedente inmediato eran los mítines de 1889-1890, y si se analiza en detalle la reseña de las mismas efectuada por Barroetaveña, se encuentran allí ya prefiguradas las formas de las conmemoraciones radicales. El ideólogo del que sería el ritual por excelencia de la UCR conocía bien ciertos ejemplos históricos y

²²³ La noción original de “rito de pasaje” o “rito de paso” proviene del folclorista y etnólogo francés Arnold VAN GENNEP ([1909] 2008).

contemporáneos. Si, por un lado, Barroetaveña pensaba en los mítines como una suerte de “reunión de los Estados Generales de la Francia revolucionaria, en la cancha de pelota” (el Frontón de Buenos Aires); por otro, era consciente de que las modernas manifestaciones masivas se avenían con la sensibilidad del clima político: “nuestro propósito era pasear por las calles de Buenos Aires una procesión cívica imponente por su número, por su composición y por sus aspiraciones, imitando las prácticas políticas de las grandes capitales europeas y norte-americanas” (BARROETAVEÑA, 1890b: XXXVIII).

Debe recordarse que fue precisamente en la década de 1880 cuando los “desfiles patrióticos” del 14 de julio se instauraron durante la Tercera República como “fiesta nacional” que combinaba lo civil y lo militar (IHL, 1996; AMALVI, 1997), fenómeno similar a lo ocurrido poco antes con las celebraciones oficiales en Estados Unidos luego de la guerra civil y el centenario de la Declaración de la Independencia (RYAN, 1998). En esa década de 1890 los radicales no dejarán de seguir con atención las celebraciones de ese ejemplo movilizador para el “carácter nacional” –calificándolo de “fiesta universal” y asociándolo a su propia causa política²²⁴–, así como el de los festejos patrios del 25 de mayo y el 9 de julio²²⁵, también recientemente tipificadas en sus formas como “procesiones cívicas” cuya importancia era clave para la formación del “ciudadano-soldado” (BERTONI, 2001: 216-237), figura que en el imaginario radical adquiría el estatus del militante ideal comprometido y entregado a la “causa” de la regeneración patriótica. Existía en este caso, además de las formas, un componente ideológico al que adherían los radicales, en donde no entraban en contradicción aparente los presupuestos liberales del ordenamiento republicano y el principio nacionalista que colocaba esta causa por encima de cualquier disputa partidista; antes bien, se combinaban²²⁶. Así, ante la celebración del día de la Independencia Nacional, en pleno

²²⁴ Como expresaba *El Argentino*: “Para los argentinos honrados, sobre cuyas cabezas pende una tiranía social y política (...) el recuerdo del 14 de Julio debe darles nuevos alientos para proseguir en la tarea cívica en que están empeñados” para “lograr romper las cadenas del oficialismo que ha deshecho el carácter nacional” (“14 de Julio. Fiesta universal”, *El Argentino*, 14/07/1892).

²²⁵ Al celebrarse un 9 de julio, el mismo diario se admiraba de “Aquel pueblo desbordante en calles y plazas y aquel desfile gallardo del ejército de línea y de la guardia nacional, daban a la capital el aspecto de París en un 14 de Julio” (“La fiesta patria en la Capital”, *El Argentino*, 10/07/1895).

²²⁶ Así, el diagnóstico que efectuaban los radicales enfatizaba la necesidad de conciliar estos principios: “*Todas las nacionalidades para llegar al más alto grado de su evolución política, necesitan, por ley inalterable de la historia, atravesar tres períodos distintos: el período de la independencia, el de la organización y, por último, el de la libertad.*”

contexto de movilización patriótica por el conflicto limítrofe, Saldías expresaba en un editorial:

“Las festividades patrias de estos días, tomadas como ocasión para exhibir el estado de la guardia nacional, han dejado la más grata impresión en el espíritu público. Puede tener confianza en sí misma una nación joven, que sin esfuerzos de ninguna clase y con todos los inconvenientes de una administración militar deficientísima ve desfilar a la misma hora por las calles de sus ciudades fusil al hombro ochenta mil ciudadanos menores de treinta años, gallardos, vigorosos y entusiastas. (...) Por eso mismo extraña el contraste de las condiciones políticas que soporta la república, con los portentosos adelantos en los demás órdenes. Nace del convencimiento de que la época de barbarie y corrupción, que hasta hoy se prolonga, tiene sus días contados y que es incompatible la coexistencia de tanta civilización con tantas vergüenzas. (...) Tengamos confianza en el porvenir, por más sombrío que sea el cuadro de la actualidad de la república.

“La nación argentina, que rompe tan gallardamente las ligaduras del atraso y si dirige por su propio esfuerzo a ocupar un brillante puesto entre los pueblos más cultos del orbe, quiere también ennoblecer la vida pública y ha de conseguirlo pese a quien pese”²²⁷.

En lo que hace a las manifestaciones de la original Unión Cívica, Barroetaveña había consultado tanto con Mitre como con Alem, y aquí el futuro dirigente radical establecía un contrapunto, que parece tener consecuencias en las prácticas posteriores: Mitre y otros “prohombres” se oponían a la idea de recorrer las calles céntricas hasta desembocar en la plaza de Mayo, mientras Alem “creía conveniente exhibir nuestros elementos en la calle, organizando una imponente procesión cívica” (BARROETAVEÑA, 1890b: XXXVII-XXXVIII). Este será, casi sin variantes, el modelo predominante de las conmemoraciones radicales entre 1891 y 1897. Incluso era en esta clave comparativa, tanto en referencia a los ejemplos externos como cotejándose frente a sus rivales políticos locales, que la UCR interpretaba y valoraba sus rituales conmemorativos en su hora de gloria, demostrando a según sus aspiraciones la representatividad de dichos actos masivos. Como juzgaba en un editorial *El Argentino*, a propósito del desfile de 1894:

“En 83 años, nuestra patria ha recorrido los dos primeros (...) La República tiene todas *las exterioridades de un organismo nacional* en su más alto grado de desarrollo y perfección”. “25 de Mayo. 1810-1893”, *El Argentino*, 24/05/1893 (destacado propio).

²²⁷ “Presente y porvenir”, *El Argentino*, 11/07/1895.

“Como acto político, ha venido una vez más a poner en evidencia que *la Unión Cívica Radical constituye la gran mayoría de los ciudadanos* con que cuenta el país para ejercitar las funciones de la cosa pública. (...) Prescindiendo de Londres, París y las principales ciudades de los Estados Unidos, no son muchas las capitales donde se lleve a cabo meetings de las proporciones del que ha presenciado Buenos Aires el día de ayer.

“Y en Buenos Aires, ningún partido político ha presentado en sus meetings mayor número de adherentes que el que presenta la *Unión Cívica Radical* cuando el deber cívico lo hace necesario.

“Más todavía: ni el oficialismo reclutando elementos entre los círculos afines, ni los mitristas que piden alas al recuerdo para incurrir en la ironía de titularse cívicos, ni todos juntos, presentarán reuniones semejantes a las que ha presentado la Unión Cívica Radical y presentará siempre que las circunstancias lo requieran”²²⁸.

La reseña planteaba entonces que, a los motivos “nacionales” y “patrióticos” exaltados por el radicalismo, no obstaba el tener en cuenta ejemplos internacionales de unas modalidades de ocupación del espacio público que comenzaban a imponerse como formas de la política moderna en buena parte del mundo occidental. Lo importante de este y otros ejemplos estriba en que, al igual que ocurrirá con el socialismo, los rituales políticos constituyen una vía de acceso privilegiada para remarcar —aún con los matices intelectuales, ideológicos y políticos de cada caso— que las culturas políticas que actuaban como marco y fuente de provisión de estas prácticas, se encontraban mutuamente influenciadas y compenetradas. Que los radicales enfatizaran su vínculo con una tradición liberal-republicana y con los motivos patrióticos, o que los socialistas hicieran lo propio con el internacionalismo del movimiento obrero y buscaran inspiración en los más prominentes ejemplos del socialismo europeo, no hacía sino expresar las operaciones de invención de la propia identidad a partir de elementos que resulta imposible concebir como puros o esenciales. Lo que sí debe enfatizarse es que, por un lado, los mismos militantes radicales y socialistas estaban contribuyendo con esas acciones a dar forma a esas culturas políticas, mientras que, por otro lado, se encontraban convencidos de que esos polos de identificación marcaban el camino por el que debía discurrir su intervención política, en pos de concretar sus respectivas misiones históricas.

En otro orden de cosas, en cuanto al itinerario urbano desplegado por las conmemoraciones radicales, el mismo comenzó a instaurarse desde 1891 y puede afirmarse

²²⁸ “Procesión Cívica Radical”, *El Argentino*, 06/08/1894 (destacado propio).

que, de acuerdo a la topografía simbólica elegida, implicaba dos tipos de desplazamiento. En lo que hace a las instancias previas, se operaban múltiples movilizaciones desde los barrios hasta el centro, protagonizadas por cada uno de los clubes parroquiales de la UCR. En un segundo momento, luego de la concentración, la columna principal ya constituida marchaba desde la plaza del poder –la plaza de Mayo frente a la Casa de Gobierno– hasta el sitio de la sacralización –el cementerio de la Recoleta–, recorriendo las céntricas Avenida de Mayo, calle Florida y Avenida Alvear. Al mismo tiempo, las disposiciones y el orden de la columna daban cuenta de las jerarquías y los grados de involucramiento político de los manifestantes.

Las procesiones cívicas se iniciaban como pequeños actos organizados por cada uno de los clubes concurrentes y la parroquia o la sede del partido constituían la referencia obligada. Esta organización revelaba el papel clave de los nucleamientos de base a la hora de encuadrar y disciplinar a la militancia radical. La confluencia de las columnas en plaza de Mayo y el orden de formación de los clubes era sorteado días antes por la Comisión organizadora, mientras a la cabeza de la manifestación marchaban indefectiblemente el Comité Nacional y el de la Capital, así como eventualmente delegaciones provinciales.

En 1891 formaron, junto a diez clubes parroquiales, los miembros de los “cantones revolucionarios” de 1890, dos clubes universitarios y tres clubes formados para la ocasión²²⁹. Al año siguiente los clubes parroquiales ya constituían el cuerpo central de la formación, pero para 1894 los mismos eran ya diecisiete y se incluyó en el desfile la presencia de delegaciones de las provincias “revolucionarias” del año anterior. Para organizar aún más en detalle el acto, *El Argentino* publicó un plano de la plaza de Mayo señalado a partir de un croquis “con el orden en que deberán colocarse durante el *meeting* de mañana, los diversos centros parroquiales del Partido Radical (...) y la columna podrá verificar su desfile en forma regular y ordenada²³⁰ (ver APÉNDICE, Imagen n° 7).

Pero la reunión de miles de personas en el centro de la ciudad celebrando el aniversario de un hecho de armas con un fuerte sentido político-partidario tenía, sin embargo, sus detractores. Lucio Mansilla, redactor del oficialista *Tribuna*, podía plantear en 1892 que “[l]a memoria de los muertos, aún la de aquellos que me ofendieron en vida, es para mí cosa sagrada”, por lo que no entendía “que la libertad consista en incomodar a casi todo el mundo

²²⁹ “Procesión cívica”, *La Prensa*, 26/07/1891.

²³⁰ El plano apareció en la primera página de *El Argentino*, 02/08/1894.

con bombas estrepitosas”, terminando por sentenciar: “no creo que una amalgama en tales condiciones reales y esenciales esté destinada a otra cosa que a ser una inquietud permanente para el país”²³¹. Estos motivos, expresados en contra de una movilización que por el propio hecho reivindicado o por las formas populares que adoptaba, parecía alterar el tanpreciado orden que no lograba imponerse de forma definitiva luego de 1890, serían reiterados luego por otros voceros ante la amenaza “roja” del socialismo. Vale decir, asimismo, que otros observadores encontrarán a las manifestaciones públicas de la UCR y del PS como un signo de virtud cívica y de madurez política de dos fuerzas que habían irrumpido con fuerza en la escena política nacional. Una vez más, las imágenes forjadas al calor de la fragua conmemorativa tendrán un peso relativo notable en la definición de los contornos identitarios de radicales y socialistas.

No obstante estos reparos, la repetición impuso sus formas al acto. La formación frente a la Casa de Gobierno, en clara demostración de fuerza al oficialismo, daba inicio a una liturgia que logró consolidarse. Formados los clubes en los lugares asignados, la comisión organizadora recibía en la pirámide de Mayo o en el monumento a Belgrano a los comisarios de orden. También se respetaba el “orden del día” de la policía de la Capital. El despliegue de la columna y su entorno incluía un espectro variopinto de actores. Los protagonistas colectivos principales eran los militantes de los clubes barriales, pertenecientes en buena medida a los sectores populares si confiamos en las descripciones de la prensa; luego liderazgos individuales, caso de los notables radicales, algunos de los cuales gozaban de cargos electivos, como Alem, Bernardo de Irigoyen, Saldías, Barroetaveña, Castellanos, etc., e incluso otros cercanos a la agrupación, como el mismo Aristóbulo Del Valle o Lucio V. López (ministros de Luis Sáenz Peña que supieron desfilar junto a los radicales); finalmente, participantes de segundo orden, entre los que se destacaban las mujeres y los niños, así como los grupos no encuadrados que podían sumarse a la columna una vez en marcha, los cuales hacían su aporte a la visibilidad del consenso que pretendía lograr la UCR:

“Las calles por donde debían pasar las columnas de los distintos clubes parroquiales, estaban embanderadas, y las azoteas y balcones de las casas llenas de distinguidas familias, que al pasar batían palmas con entusiasmo indescriptible, asociándose así al patriótico acto (...) fueron llegando las columnas parroquiales, todas en perfecto

²³¹ Lucio Mansilla, “Mi pequeña Tribuna”, *Tribuna*, 25/07/1892.

orden y compostura, con sus estandartes y sus bandas de música a la cabeza (...) Los comisarios populares, entre tanto, y los presidentes de los clubs parroquiales, se esforzaban por organizar la enorme columna cívica (...) Las bandas que encabezaban los diversos comités de que aquella estaba formada, hicieron escuchar los acordes de escogidas marchas fúnebres, apropiadas al acto que se celebraba (...) Iba en primer término el Comité Nacional. En el centro de la primera fila, presidiendo la patriótica procesión, se veía al Dr. Alem (...) Seguían en seguida formando en columna de 15 en fondo los demás miembros del comité nacional, los comités de la capital y de la provincia de Buenos Aires, y detrás de estos, con perfecta organización, los comités parroquiales”²³².

Como se hace evidente, el desfile, el encuadramiento, los símbolos identitarios, las bandas de música, los comisarios de orden y los dirigentes al frente, dotaban de un carácter casi militar a la procesión cívica. En particular, los estandartes rojos y blancos de los clubes —que en muchas ocasiones eran obsequiados por comisiones de damas en las reuniones previas—, las omnipresentes banderas argentinas y la boina blanca usada en los combates de 1890 se incorporaron tempranamente a la ritualidad partidaria: ya en 1891 varios de los clubes que participaron en la conmemoración comenzaron la costumbre de desfilar con el distintivo de la boina blanca, pasando de ser una forma de reconocimiento en el combate a constituirse en un elemento del “ser radical” que perduraría a lo largo de los años. Además, se destacaba en las crónicas la solemnidad que imponía el tono luctuoso, emotivo y fuertemente moralizante del homenaje a los “mártires” (“tambores destemplados daban aire lúgubre y marcial”²³³). Ese cruce del entusiasmo con la disciplina y la emotividad puede advertirse en el desfile de 1894, cuando las coronas funerarias de los clubes de Flores y San Juan Evangelista fueron conducidas por niños e “inválidos de la revolución del 90”, al tiempo que el nuevo club de San José de Flores estrenaba su estandarte bordado en oro, mientras que los miembros del club “Adolfo Saldías” marcharon “con boinas blancas y fusiles de madera” y cargando un pequeño cañón hecho de laureles y flores²³⁴.

Esa rigidez sólo podía verse alterada con acciones que, por lo demás, contribuían a hacer de la manifestación un acto festivo, “popular” y “patriótico”, lo cual sustentaba

²³² “La procesión cívica. Imponente manifestación”, *El Argentino*, 25/07/1892.

²³³ “Procesión cívica”, *La Prensa*, 26/07/1891.

²³⁴ Estos datos se repiten tanto en las descripciones de *El Argentino* como en las de *La Prensa* y *Tribuna*. Lo notable del caso es que esta marcialidad y emotividad era destacada tanto por el favorable *La Prensa* (“Causó esto favorable impresión”) como en el más hostil periódico del PAN (“Los que daban esa escolta iban de boina blanca, distintivo adoptado como uniforme por las huestes radicales”). Al respecto, “El meeting radical”, *La Prensa*, 06/07/1894 y “El meeting radical”, *Tribuna*, 06/08/1894.

fundamentalmente un carácter autocelebratorio y no desentonaba con el sentido propuesto por sus organizadores. Pese a ello, ciertos sucesos como los ocurridos en 1897 en el cementerio, cuando los comisarios no lograron evitar el desborde y los roces entre los clubes producto de la aglomeración en la entrada del cementerio, evidencian esa tensión entre la celebración y el orden. Así, en 1893 “[a]l llegar al mercado Florida se incorporó a la procesión un grupo de ciudadanos con dos banderas argentinas a su frente y una preciosa corona fúnebre”²³⁵, y en 1894 una mujer se abrió paso entre las filas de los clubes y ofreció un ramo de flores al “jefe del Partido Radical” (obviamente, Alem) para que lo depositara en el Panteón de los Caídos.

Los aspectos marciales imponían asimismo una reflexión para los contemporáneos: ¿era saludable para la política que un partido se militarizara y que se arrogara la defensa de la patria, ya sea puertas adentro o puertas afuera de la misma? Los radicales, por su parte, lo entendían como un gesto de virtud cívica. Esa cuestión era, por otro lado, la que se presentó de forma mucho más patente en la marcha de los guardias nacionales radicales en 1897, cuando *La Prensa* llegó al extremo de comparar la conmemoración radical a un acto oficial:

“Los alrededores de la Plaza de Mayo presentaban ese espectáculo que sólo se puede ver en los días de fiestas patrias: estandartes, banderas, una banda de música que toca sus marchas, otra que ejecuta una diana, soldados de la guardia nacional, particulares con boinas blancas y cintas de colores, en fin, toda una asamblea de personas”²³⁶.

La masividad de las manifestaciones y, sobre todo, su composición eran siempre aspectos a destacar por parte de la prensa. En efecto, la idea unanimista de representar al conjunto de la “nación” y del “pueblo” no se presentaba como novedad, pero sí lo era que un partido político se arrogara el monopolio de dichas entidades y construyera su identidad particular en torno a ellas. El “policlasismo” radical –que combinaba hombres y mujeres de parroquias como San Juan Evangelista y Barracas, junto a hombres de la elite así como “damas y señoritas” que asistían desde casonas patricias– se unía a la reivindicación del mito fundacional, sacralizado como una “causa patriótica”. En otras ocasiones la prensa destacaba ciertas características de los manifestantes. Aquí predomina un perfil masculino y más

²³⁵ “La procesión cívica”, *El Argentino*, 31/07/1893.

²³⁶ “La conmemoración del 26 de Julio”, *La Prensa*, 26/07/1897.

estrictamente político al afirmarse, por ejemplo, que “dominaba el elemento joven y la gente de acción”, esto es, las bases populares de los clubes y antiguos combatientes del Parque²³⁷.

La cuestión del número era sin dudas uno de los aspectos en disputa. Para los radicales, la adhesión era presentada como confirmación de su empresa de “regeneración”:

“Cuando un partido como el nuestro organiza una columna de 15 a 17000 hombres, perfectamente ordenados en una procesión como la de ayer, hay derecho a exigir que se le reconozca en toda su fuerza real; porque ese hecho implica que su programa es una legítima aspiración pública, no satisfecha, pero que algún día ha de satisfacerse”²³⁸.

En cuanto a las cifras, *El Argentino* calculó para 1891 un total de 15.000 a 20.000 manifestantes, para 1892 unos 25.000, al año siguiente alrededor de 30.000 y unos 15.000 hombres de los clubes en la formación principal en 1894, a los que agregaba otros tantos como espectadores o no encuadrados. Por su parte, *Tribuna* se colocaba en el otro extremo, minimizando la cantidad de manifestantes, pero *La Prensa*, que claramente simpatizaba con la UCR, establecía una media entre los extremos. Los tres periódicos fundaban su aritmética en la suma del número de filas y en la profundidad de las mismas, calculando además el tiempo que empleaba de principio a fin la columna para atravesar por determinado sitio, de allí que para 1897 el mismo diario calculara que los veinticuatro clubes radicales se desplegaron en diecisiete cuerdas y tardaran una hora en desfilar del primero al último²³⁹. Lo cierto es que las conmemoraciones de la Revolución del Parque, al colocar en las calles de Buenos Aires a miles de personas, constituyeron un acontecimiento excepcional para la política finisecular, en una ciudad que para 1895 contaba con una población de 663.854 habitantes (SEGUNDO CENSO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, 1898).

Luego del desfile, la llegada al cementerio de la Recoleta –llamada “la casa de los muertos”– representaba el punto culminante y el momento más emotivo, donde se fijaban

²³⁷ “Procesión cívica”, *La Prensa*, 26/07/1891.

²³⁸ “El meeting de ayer”, *El Argentino*, 06/08/1894.

²³⁹ Para la primera conmemoración, en 1891, *El Argentino* calculó una concurrencia de 15.000 a 20.000 manifestantes, mientras que *La Prensa* sumó 5000 y *Tribuna* 2500; al año siguiente, el periódico radical estimó 25.000 personas para el desfile, *La Prensa* 14.000 y *Tribuna* 7000; para 1893, respectivamente, 30.000, 12.000/15.000 y *Tribuna* sin datos; en 1894 *El Argentino* nuevamente 30.000, *La Prensa* 14.000 y *Tribuna* 5000; en tanto para la conmemoración de 1897, con *El Argentino* desaparecido, *La Prensa* estimó de 15.000 a 20.000 manifestantes, y *Tribuna* sólo 5000.

más fuertemente los sentidos de todo el trabajo y las acciones previas. Allí mismo se disolvía la rígida formación de la procesión, las mujeres y niñas se hacían presentes con ramos luego de arrojar flores desde balcones y veredas durante el trayecto, cada club depositaba ofrendas ante la tumba de sus muertos y, finalmente, los oradores designados daban sus discursos desde una tribuna especialmente instalada. Se unían en el sitio tres marcas, dando cuenta de la modernidad del fenómeno político-murtuorio extendido en el mundo occidental: la religiosa, la social (con implícitas connotaciones higiénicas, al alejarse del centro de la población) y la nacional, en tanto los homenajeados formaban parte de una elite singular, la de los hombres ilustres de la historia nacional (GAYOL y KESSLER, 2015: 15).

En la primera conmemoración de 1891, por ejemplo, se hizo hincapié en el protagonismo de los militares muertos en las acciones del año anterior. Pero el tributo se hacía genéricamente, tal como rezaban las dedicatorias de las coronas depositadas: “A los patriotas que murieron en la revolución de julio de 1890”, “Los argentinos lloran la muerte de los patriotas”, “Bendita la sangre de los mártires del 26 de Julio de 1890”. Por su reiteración y porque su sentido no se alterará a lo largo de los años, estas inscripciones resultan fundamentales para reconstruir el sentido otorgado por los participantes al acto conmemorativo. El momento del cementerio y la materialización de la figura de los “mártires caídos”, así como las escenas allí acontecidas, combinaban el carácter político de los discursos con una apelación a sentimientos que se colocaban más allá de las disputas del momento²⁴⁰, lo cual contribuía a sacralizar la acción pretérita y también la presente, entendida como la continuación de una obra inconclusa.

Hemos visto que para 1893 se había concretado la erección del Monumento a los Caídos, verdadera “panteonización” del sitio de peregrinación²⁴¹. Pocos días antes de la conmemoración radical, se llevó a cabo la inauguración del monumento con la “traslación de los restos de los patriotas que cayeron cumpliendo con su deber”, al entender del diario *La Prensa*. La iconografía allí materializada merece una breve mención. En la base, un cívico combatiente, un artillero, un marino y un soldado del Ejército que sostienen la bandera

²⁴⁰ El momento de fuerte subjetivación siempre era destacado por la prensa: “La ceremonia de la entrega de las coronas fue en extremo tocante y arrancaba lágrimas de emoción”. La cita y la transcripción de las dedicatorias en *El Argentino*, 27/07/1891.

²⁴¹ Siguiendo el planteo que Mona Ozouf realizara para los cortejos durante la Revolución Francesa, el sentido religioso de los actos se generaba tanto a partir de la repetición de los itinerarios, los “lugares sagrados” por los que los mismos atravesaban, como la panteonización de las tumbas de los “héroes” (OZOUF, 1971: 895).

revolucionaria del Parque conforman un tretráptico escultórico; mientras que una Victoria (o una Piedad) alada sostiene en sus brazos a un “mártir-caído” (ver APÉNDICE, Imagen nº 4), haciendo evidente la combinación civil-militar del alzamiento de 1890 y de la cual los radicales se harán cargo haciendo desfilar a sus militantes bajo la forma de ciudadanos-soldados en las calles de Buenos Aires.

Esa doble dimensión permeará entonces el acto de inauguración de 1893. Una comisión presidida por el coronel Espina y compuesta por civiles y militares, radicales y mitristas, celebró los funerales de los “mártires”, contando con la “oración sagrada” del padre Marcolino Benavente, futuro obispo de San Juan. Lo singular del caso no fue que Mariano Varela, que apoyaba el entonces gobierno de Luis Sáenz Peña expresara que “la cruz levantada en el Calvario es símbolo de las revoluciones justas y necesarias” pero que “al fin vemos hoy triunfante en el Gobierno de la nación el programa revolucionario”, o que el delegado del Comité de la Juventud de la UCN, Belisario Roldán (hijo), se refiriera a la necesidad de “deponer las pasiones del momento” en pos del ecumenismo del acto. Sino que Benavente tampoco se guardó de efectuar una interpretación político-religiosa del acto que se celebraba. En efecto, de acuerdo a su discurso la revolución y la obra de regeneración patriótica contaban con la gracia divina para culminar su obra, instalando los hechos en el camino ascendente de la Nación hacia un destino manifiesto ensalzado durante toda la segunda mitad del siglo XIX:

“Hay una Providencia que vigila y rige los destinos de las naciones; permite cataclismos sociales, amputaciones dolorosas y sangrientas, sacudimientos apasionados, corrientes de ideas y de opiniones que se chocan y despedazan. (...) La justicia eleva las naciones, el pecado hace miserables a los pueblos.

*“Que nuestra nación llegado había a un desmoronamiento social, no lo diré yo, ya está en la conciencia de todos. -Ni Dios había quedado en trono!! Habían de quedar en pie las instituciones de la patria, la libertad del ciudadano, la dignidad nacional. (...) Entrad en la grande obra de reparación con la confianza puesta en Dios; no lo temáis, es el verdadero amigo de la humanidad. Reconstruid el edificio de la patria, velad por su honor, su crédito, su grandeza, su gloria; haced que reverdezcan los laureles conquistados por los héroes legendarios de la nacionalidad argentina; que la bandera de Mayo se vea siempre”*²⁴².

²⁴² La crónica del acto y los discursos, en: “En la Recoleta. Ante el monumento a la revolución de Julio. Ceremonia fúnebre”, *La Prensa*, 27/07/1893 (destacado propio).

El espectáculo se centralizaría ahora en ese sitio, convirtiéndose en lugar de culto, como al año siguiente, cuando “se cubrió materialmente el monumento a la revolución de Julio”, donde los clubes depositaron anclas, coronas de laureles, piezas de artillería adornadas, escudos nacionales, placas de bronce, columnas de granito, etc., todo ello custodiado por “seis cívicos, que llevaban boinas blancas y fusiles de madera”²⁴³. Se ilustra de esta manera lo que Reinhart Koselleck ha formulado para los memoriales dedicados a los muertos europeos a partir del siglo XVIII, en especial aquellos referidos a las grandes guerras –de las napoleónicas a la Primera y Segunda Guerras Mundiales–: que los mismos actúan como un modelo visible de educación política para los sobrevivientes y las nuevas generaciones, pero sobre todo que la “construcción de los monumentos se hace por iniciativa de grupos políticos que, por este mismo acto, se distinguen de otros”, aunque todo ello se efectúe en nombre de una Nación que no dejaba de ser por ello una entidad política todavía en constitución. Una “funcionalización de los monumentos a los muertos [que] tiende, en efecto, hacia [la constitución] de una *religión civil*” (KOSELLECK, 1998: 52, destacado en el original)²⁴⁴, como parte de un más abarcativo proceso de secularización en donde lo social y político evocan dimensiones susceptibles de adquirir una sacralidad propia, paulatinamente desprendida de los ritos judeo-cristianos. Los radicales, mediante la ritualización de las conmemoraciones y la apropiación del espacio simbólico del Monumento a los Caídos, pretendían así monopolizar la reivindicación del acontecimiento originario y sus muertos, convirtiéndolo en el mito fundacional de la UCR, entroncándolo al mismo tiempo con las gestas de la historia nacional.

Para 1895, cuando se privilegió la conmemoración de las revoluciones provinciales de Santa Fe y Buenos Aires, no hubo procesión cívica, pero se siguió respetando la visita al cementerio de las comisiones de clubes y de “conocidas familias de nuestra sociedad”, con posterioridad a una misa en Pilar (participaron las familias Alvear, Pereira, Pacheco, Irigoyen, etc.), haciendo lo propio el Comité de la Capital de la mitrista UCN, que todavía reivindicaba

²⁴³ *El Argentino*, 06/08/1894.

²⁴⁴ A conclusiones similares arriba Antoine Prost al referirse a los sentidos múltiples de los monumentos a los caídos que proliferaron en Francia entre la guerra de 1871 con Prusia y la Gran Guerra de 1914-1918, sedimentándose progresivamente un fondo común que refería a la centralidad del culto nacional, indistinto para las celebraciones de connotación militar o civil (PROST, 1997).

la fecha pero sin manifestaciones callejeras²⁴⁵. Esta vez, la celebración se presentaba con contornos menos masivos que en los años anteriores. Pero el carácter patricio evidenciado en la escena era una constante de las conmemoraciones, en especial en la instancia de las exequias fúnebres, así como en el recorrido por Florida y Alvear, si además se tiene en cuenta que buena parte de la dirigencia radical pertenecía a la elite social porteña²⁴⁶. Por supuesto, en lo que hace al *Te Deum*, la liturgia religiosa predominaba sobre la política, y el tono luctuoso e íntimo por sobre el carácter popular de las manifestaciones.

4. Variaciones sobre un ritual político finisecular. Las conmemoraciones de las revoluciones provinciales

Más arriba se ha expuesto que el estallido de las revoluciones de los radicales en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y San Luis en 1893 coincidió con la tercera conmemoración de la revolución del Parque en la Capital Federal. Al igual que lo ocurrido en 1890, los alzamientos armados encabezados por distintos grupos que respondían a la UCR se convirtieron en una de las experiencias políticas fundamentales para los militantes partidarios en la última década del siglo. Pero, para lo que aquí importa, esa geografía del radicalismo revolucionario no sólo muestra una suerte de mapa de la extensión de la identificación con aquel, estos es, de aquellos centros en los que este credo político arraigaría con fuerza de allí en más, sino que además sería interpretado de forma anticipada por los dirigentes del radicalismo nacional, antes de que hicieran lo propio al año siguiente en las provincias revolucionarias.

En efecto, el imaginario partidario que los radicales ya venían construyendo desde 1891 –e incluso desde los mismos hechos del Parque, antes de la división de la Unión Cívica– jugó un papel destacado en la caracterización de las revoluciones provinciales como una prolongación de lo que se había iniciado previamente. Representaban un jalón más que extendía el deseo de regeneración patriótica y su concreción mediante las armas. Debe tenerse en cuenta, además, que tanto en Buenos Aires como en Santa Fe y San Luis, las tropas comandadas por los hombres que respondían a la UCR lograron durante algunos días

²⁴⁵ “La conmemoración de hoy en la iglesia del Pilar. En la Recoleta”, *El Argentino*, 26/07/1895; “Aniversario de la revolución de Julio”, *La Prensa*, 26/07/1895; “Ecos del 26 de Julio en la iglesia del Pilar”, *Tribuna*, 26/07/1895.

²⁴⁶ Sobre estas consideraciones, remitimos a LOSADA (2007).

establecer sendos gobiernos revolucionarios provisorios, a cargo de Juan Carlos Belgrano, Mariano Candiotti y Teófilo Saa, respectivamente. Este último fue incluso reconocido por el ministro del Interior de entonces, Lucio V. López, antes de que el Congreso de la Nación decretara las intervenciones federales a ambos distritos (REYES, 2010). El caso bonaerense sumaba el dato de que la acción de los radicales encabezados por Hipólito Yrigoyen había tenido por correlato otra revolución llevada a cabo en paralelo por la UCN, a la que le negaron la legitimidad que se asignaban a sí mismos como depositarios del consentimiento popular y, por tanto, de la voluntad general (HIRSCH, 2014b: 14-17).

Desde la tribuna del cementerio de la Recoleta, mientras se sucedían los combates en el interior del país, los oradores designados por el Comité Nacional se encargaron de sacralizar la causa por la que nuevamente se apelaba a las armas, estableciendo una pátina común de sentido para acontecimientos que tenían un origen y una composición disímil. Cornelio Saavedra Zavaleta afirmó primero que “las situaciones provinciales en estos momentos son árboles podridos”, reiterando la idea de que una crisis político-moral habilitaba al recurso supremo de la revolución, que era a la vez un método político y se había erigido en la idea-fuerza fundamental de la identidad radical. Apelando una vez más al lenguaje religioso que ya se había instalado en la retórica partidaria, el dirigente expresaba que lo acontecido en las provincias aceleraba los tiempos históricos de la regeneración, al llegar las primeras noticias del éxito de los combates:

“ráfagas de triunfo acarician nuestra bandera; un momento más, y el partido radical habrá cumplido *el testamento de los que en julio cayeron como buenos, levantando el látigo como el divino Jesús* contra los viles mercaderes hipócritas que profanaban la santidad del templo”.

Y cerraba su intervención ampliando el lema postulado por los radicales cordobeses, bajo la tríada “Dios, Patria y Libertad”. Esta invocación a una instancia trascendente para la acción política sacralizaba en efecto la violencia revolucionaria que se estaba desplegando en esos mismos momentos, pero a su vez la instalaba como parte de un relato que entroncaba 1890 con 1893. Al momento de inaugurarse el Monumento a los Caídos, lo que unía entonces a quienes conmemoraban los hechos del Parque con aquellos que se encontraban combatiendo era un vínculo de identidad sellado por una misma entrega a la causa de la regeneración de la Nación. Así lo postulaba a continuación Joaquín Castellanos:

“Con espíritu vibrante de emoción patriótica, venimos a conmemorar el aniversario de la revolución de julio, en momentos en que *nuestros hermanos de tres provincias riegan el suelo de la patria con sangre vertida en holocausto y en defensa del credo cívico* protestando en aquella fecha memorable.

“San Luis, Santa Fe y Buenos Aires, están sobre las armas para reivindicar su honor y sus derechos (...) expresiones condensadas sobre los concurrentes de este acto, que, aparte de deudos y amigos cuya muerte nos preocupa, *estamos todos vinculados por los lazos de la confraternidad política* con los innumerables ciudadanos que en este instante han abandonado sus hogares y *juegan su vida en una cruzada santa*”²⁴⁷.

Pocos días después, aparecía una imagen en *Don Quijote* sobre el título “¡Viva la Revolución!”, en donde las revoluciones de las tres provincias aparecen como parte de un más amplio acontecimiento nacional. Esta obra de Cao escenifica un reparto compuesto por los retratos de los dirigentes de Buenos Aires, Santa Fe y San Luis (en orden: Hipólito Yrigoyen, Mariano Candiotti y Teófilo Saa), destacándose dos escudos, uno nacional, que evidenciaría la connotación patriótica de las acciones armadas, y otro con la secuencia “26 de Julio de 1890-30 de Julio de 1893”. Pero por encima de un retrato del director de *El Argentino* (Adolfo Saldías) se ubica en el lugar protagónico a Leandro Alem, sosteniendo una bandera con el nombre de la UCR que identifica la causa partidaria con una causa nacional (ver APENDICE, Imagen nº 9).

Dato significativo, los alzamientos estaban siendo protagonizados en cada uno de esos espacios por dirigentes que se reconocían radicales, pero que no actuaban allí en el seno de un partido político organizado a nivel provincial. En la relación dinámica que se establecía entre identidad política e institución partidaria, fue esta rápida referencia a una UCR nacional lo que aportaba coherencia a experiencias políticas muy disímiles. De hecho, los santafesinos se habían levantado en julio de 1893 respondiendo a dos Juntas Revolucionarias coordinadas, una con sede en la ciudad de Rosario y otra en la de Santa Fe, para recién en marzo de 1894 institucionalizarse como Partido Radical manteniendo esta estructura bicéfala²⁴⁸. En tanto en San Luis, Saa formaba parte de la opositora Unión Cívica Provincial, nombre que había sido adoptado en 1890 y que no se había modificado con los sucesos de 1891/1892, organizándose la UCR de esa provincia recién una vez instalado el gobierno provisorio (FOLLARI, 1998:

²⁴⁷ Ambos discursos se transcriben en: “La procesión cívica”, *El Argentino*, 31/07/1893 (destacados propios).

²⁴⁸ Tal como se observa en el diagrama de la CARTA ORGÁNICA DEL PARTIDO RADICAL DE LA PROVINCIA DE SANTA FE (1894).

376-401). Todo ello daba cuenta de que la articulación entre identidad y partido, que establece una correspondencia entre una misma solidaridad política –provincial y nacional– con una trama organizacional diferenciada y centralizada en cada territorio, aparecerá en estos casos más bien como producto de los sucesos revolucionarios que precediendo a los mismos. En consecuencia, la dinámica del proceso también permite constatar la dimensión performativa propia de los rituales conmemorativos, en donde se pretendía dotar de una entidad sustantiva al mismo colectivo en nombre del cual se hablaba. Por eso la iconografía propuesta por los simpatizantes de la UCR asociando 1890 a 1893 brindaba una pauta para la futura interpretación de los acontecimientos.

Se vuelve una vez más pertinente la definición de Aboy Carlés, al enfatizar que toda construcción identitaria es producto de la sedimentación de prácticas que configuran sentido a la intervención política de los distintos actores. Entonces, las celebraciones que comenzarán a darse desde 1894 en las provincias revolucionarias –y que se extenderán al menos por unos años– no sólo poseían ya una lectura que las insertaba en el propio relato mítico del radicalismo, sino que replicarán las modalidades conmemorativas ritualizadas que tenían al cementerio de la Recoleta y el Panteón a los Caídos como corazón simbólico. Por otro lado, en particular en Buenos Aires y Santa Fe, si bien es cierto que se operó la imitación del repertorio de funerales en iglesias, procesiones cívicas en las calles céntricas de la ciudad y visita al cementerio como homenaje a los “mártires” (en este caso, provinciales), lo es asimismo que la singularidad de la construcción política local, el escenario social y la geografía de los sucesos de 1893, agregó connotaciones particulares y variaciones a la extensión del ritual radical.

A partir de las primeras conmemoraciones de 1894 se destacan aspectos comunes a las iniciativas de los radicales en el ámbito bonaerense y santafesino, ya que la generada por la nueva UCR de San Luis, que se proponía visitar el cementerio de la capital provincial para homenajear a los caídos previa manifestación pública, fue prohibida por la policía, limitándose a unos funerales que no se repetirían –hasta donde se ha podido constatar– en 1895²⁴⁹. Este fracaso, que fue interpretado por *La Prensa* como una “venganza contra los muertos”²⁵⁰ y ante el cual un telegrama del Comité radical puntano dirigido a Alem prometía

²⁴⁹ “San Luis. Nada de manifestaciones”, *El Argentino*, 26/07/1894.

²⁵⁰ “Tres aniversarios”, *La Prensa*, 30/07/1894.

“perseverar en su obra” con “sentimiento patriótico” honrando “a los que cayeron en la jornada del 30”²⁵¹, contrastaba con los importantes preparativos que se estaban llevando a cabo en los otros dos casos. El dato no deja de reflejar los espacios en los que durante toda la década de 1890 el radicalismo observará una presencia continua y significativa, sustentando además de peso político un importante apoyo social, como se verá.

En Buenos Aires, se formó una comisión especial presidida por Leonardo Pereyra y se dispuso que la misma coordinara los trabajos para conmemorar la revolución del año anterior en todos aquellos distritos de la provincia donde fuera posible. Los actos centrales se efectuarían por supuesto en La Plata, esperando la llegada de una delegación del Comité Nacional de la UCR encabezada por el mismo Alem, Bernardo de Irigoyen, Adolfo Mujica y otros. De forma sintomática, *El Argentino* expresó que los clubes de la capital provincial debían desplegarse imitando “aquellos memorables días de hace un año en que el ejército radical fuerte de más de diez mil hombres, entró en la ciudad coronado de gallardetes y banderas en medio de los vivas entusiastas”²⁵². Quedaba claro que las procesiones cívicas, además de un homenaje a los caídos en combate, eran una demostración de fuerza hacia dentro y hacia fuera del partido, porque por su parte los cívicos nacionales también se encontraban preparando su propia conmemoración, con una más modesta visita al cementerio. Aquí se dejan vislumbrar las diferencias con lo que ocurría en Santa Fe. En esta provincia, quien encaró los preparativos de las conmemoraciones fue, por un lado, la Liga Patriótica 30 de Julio (ver Capítulo I), presidida por los radicales en la figura de Carlos Gómez y compuesta a su vez por un grupo de cívicos nacionales que nunca había terminado de romper con los primeros –apoyando en 1893 los alzamientos de la UCR (REYES, 2010)– y una fracción del autonomismo local que terminará sumándose al radicalismo. El alcance de la Liga coincidía claramente con la zona de influencia del Comité partidario instalado en la capital provincial, creando filiales que organizaron los festejos en las colonias agrícolas de Esperanza y Rafaela, dos focos significativos del movimiento de 1893²⁵³. Para demostrar la

²⁵¹ “San Luis. Al Doctor Alem”, *El Argentino*, 01/08/1894.

²⁵² “La Plata. El aniversario. Trabajos preparatorios” y “La Plata. Gran manifestación”, *El Argentino*, 23 y 28/07/1894.

²⁵³ *Unión Provincial*, 24/07/1894. Cabe aclarar que en febrero de ese mismo año, tanto la UCR como la UCN y el sector que respondía a la familia Iriondo proveniente del PAN santafesino, formaron una coalición electoral frente al candidato del autonomismo nacional, denominada como el periódico, Unión Provincial. En la localidad de Esperanza se formaría, además, la sociedad Juventud Esperancina, presidida por el radical Francisco

complejidad de la trama conmemorativa, cabe mencionar que en la ciudad de Rosario la comisión estuvo a cargo de los presidentes de los 14 clubes seccionales que respondían al Comité de la UCR. Los preparativos de los rosarinos fueron tan importantes que los dueños de las tiendas comerciales de la ciudad otorgaron un franco a sus empleados dependientes para que pudieran sumarse a la manifestación pública. Ésta fue anunciada por el periódico radical *El Municipio*, quien aseguraba descubrirse “religiosamente ante la tumba de los mártires” y convocaba a la ciudadanía a sumarse a la columna que se engrosaría con delegaciones de Paraná, Santa Fe, Buenos Aires y de la cercana localidad bonaerense de San Nicolás:

“El pueblo del Rosario va a honrar hoy con un gran meeting la memoria de los que se sacrificaron por sus libertades en las memorables jornadas del 30 y 31 de julio de 1893 y a demostrar una vez más su civismo, su amor a la patria y a la augusta causa de las instituciones (...) El Rosario todo es radical porque el Rosario todo se compone de patriotas”²⁵⁴.

A partir de las convocatorias es posible extraer así una primera conclusión, más allá de los efectos que podían generar los actos en sí. Y es que las celebraciones provinciales, con su diversidad geográfica y en parte como producto de lo reciente de la organización partidaria, proyectaban con mayor claridad que los actos en la Capital Federal, dos y hasta tres estratos identitarios. Con una clara apelación a la generalidad, los manifiestos se dirigían “al pueblo” provincial o a la “ciudadanía” local, así como más arriba se ha visto el llamado al “pueblo de Buenos Aires” que hacía el Comité de la Capital. Luego se habla de los afiliados a los clubes de la UCR y a “los que simpatizan con las ideas del partido”, definiendo sucesivos niveles de involucramiento, que separan al militante activo del simpatizante, con una identidad política específicamente radical, diferenciada y confundida con la figura genérica del ciudadano. Finalmente, un estrato identitario que, como ya se ha desarrollado, superponía *ser* radical con actuar patrióticamente, esto es, se destaca la pertenencia a un colectivo más amplio según la cual homenajear esa causa de la revolución y sus mártires sería una misma cosa con luchar por los intereses de la Nación.

Velázquez Pujadas, director de otro periódico, *La Unión*, que había jugado un rol destacado en la agitación de 1893 en la región de las colonias (*La Unión*, 22/07/1894).

²⁵⁴ Los preparativos en Rosario y la cita pertenecen a *El Municipio*, 29/07/1893.

En otro orden de cosas, la heterogeneidad de formas conmemorativas, si bien enriquecía y demostraba las aristas sociales que adquiriría un repertorio que se revelará muy popular en su concurrencia, permite establecer cierta correspondencia con aquellos estratos identitarios. En las ciudades más importantes, como La Plata, Santa Fe y Rosario, las instancias tipificadas en la capital nacional que sucedían el funeral en la iglesia, el posterior desfile callejero y la visita al cementerio, se concretaron con una importante concurrencia, sumándose en los tres casos una velada nocturna en un teatro, con disertaciones poéticas y conferencias políticas a cargo de dirigentes destacados. No hace falta detallar que cada una de ellas exaltaba, respectivamente, el componente religioso, el festivo/marcial, el honorífico/piadoso y aquel que combinaba el marco familiar con la propaganda político-partidaria. En el *Te Deum* en nombre de “las víctimas de la revolución” en la iglesia platense de San Ponciano se leyó una carta de Bernardo de Irigoyen dirigida al presidente del Comité provincial –Hipólito Yrigoyen–, en donde al ausentarse expresaba que “es moralizador y patriótico recordar con respeto los nobles esfuerzos de los pueblos y de los hombres a favor de las libertades que dignifican el desenvolvimiento de las naciones”²⁵⁵. Al año siguiente, el momento se presentó más solemne aún al adornarse con crespones negros el altar mayor e instalar en el centro del mismo un “catafalco de grandes dimensiones” con banderas y alegorías de los combates²⁵⁶.

Ahora bien, como ya se acostumbraba en la Capital Federal, los desfiles fueron el espectáculo central, en donde se escenificaba la fuerza del radicalismo, tanto numérica como en el pretendido sentido de un partido-milicia, se jugaba la mayor apuesta organizativa y el papel de las organizaciones de base, los clubes parroquiales o seccionales. En La Plata, la mentada simulación de una entrada triunfal de los “batallones radicales” en la ciudad se trasladó desde la estación de trenes, donde se recibió a Alem y los referentes capitalinos, hasta la plaza de la municipalidad local, encabezada por una guardia de los clubes suburbanos de Hornos y Melchor Romero (secciones 5º y 6º) montada como un regimiento de caballería de 250 integrantes. La ciudad de Santa Fe, por su parte, vio desarrollarse una procesión cívica encabezada por el Comité Central junto a los clubes radicales capitalinos y los de las localidades vecinas de Coronda, Esperanza y Colastiné, atravesando toda la extensión de la

²⁵⁵ “La demostración de ayer en las calles y en las plazas”, *La Prensa*, 30/07/1894.

²⁵⁶ “La conmemoración de ayer en La Plata. El funeral”, *El Argentino*, 31/07/1895.

calle que desembocaba en la plaza de Mayo, antes de lo cual Martín Rodríguez Galisteo – uno de los dirigentes revolucionarios y ministro del gobierno provisorio– se refirió en un discurso a “la página inmortal que escribió el pueblo con su sangre en las jornadas del 30 y 31 de julio de 1893”²⁵⁷. Mientras que la conmemoración rosarina resultó probablemente la más masiva –si se confía en las fuentes periodísticas–, con varios miles de manifestantes (*El Municipio* refiere, exageradamente, a unos 20.000). Lo interesante del caso es que los numerosos clubes de la UCR (se habla de un mínimo de 300 afiliados para cada uno) marcharon “correctamente formados” con sus estandartes, “la bandera roja y blanca de la revolución” y una bandera argentina, acompañando las carrozas que cargaban las coronas fúnebres, cruces y plazas de bronce para depositar en las tumbas del cementerio. Pero también entre esos miembros de los clubes se destacaban una buena cantidad de extranjeros que habían combatido en julio y septiembre (algunos se nacionalizaron luego de 1893), los cuales al igual que los de origen argentino ostentaron la boina blanca utilizada en las acciones, así como una medalla conmemorativa repartida en Rosario y Santa Fe con el lema “Valor, Constancia y Patriotismo”²⁵⁸. Así lo sintetizaba el grabado de portada de la publicación especial encargada para la ocasión por los Comités Centrales de Rosario y Santa Fe, obra nuevamente del ilustrador de *Don Quijote*, Demócrito II/Cao. Pero esta vez el mártir que cae con su boina blanca a los pies de una *Marianne* (personificando la Libertad/Provincia), que tiende una palma de gloria sobre él, es un civil y no ostenta uniforme militar como en la imagen del proyecto de Panteón a los Caídos. No obstante, la dirigencia partidaria entendía que la iconografía propuesta merecía una explicación:

“La provincia de Santa Fe, como se ve en la alegoría, es representada por una bella figura de mujer que tiende palmas a los que están combatiendo en los cantones, mientras sostiene en su regazo a un combatiente moribundo. A su derecha el escudo provincial, en una columna que sirve de respaldo al sitio donde aquella está sentada, y al pie un arado y una hoz, símbolos de la agricultura. Más a la izquierda el rifle y el sombrero del herido; en segundo término los que han caído en la lucha; en seguida los que todavía batallan; y en el horizonte los edificios velados por el humo del combate” (ver APÉNDICE, Imagen n° 9)²⁵⁹.

²⁵⁷ La descripción del desfile y la transcripción del discurso, en: *Unión Provincial*, 31/07/1894.

²⁵⁸ *El Municipio*, 31/07/1894. Un modelo de la medalla que se menciona apareció en una publicación especial que compilaba documentos encargada por los Comités Centrales de ambas ciudades santafesinas, bajo el nombre de *30 de Julio. 1893-1894*.

²⁵⁹ Estas “Explicaciones y Comentarios. A propósito de los grabados que contiene este libro. La alegoría”, aparecieron en la citada publicación.

¿Qué tenían en común, en suma, los tres desfiles o procesiones cívicas de 1894? Quedaba en claro, antes que nada, que era una preocupación de las dirigencias provinciales destacar que el núcleo de los militantes radicales estaba compuesto, en un sentido literal, por combatientes. De alguna forma, el despliegue operaba como una dramatización del hecho de armas, tal como ocurriera en los grandes desfiles porteños. Y si bien las bandas de música aportaban un instrumento festivo, que se explicitaba en los vivas, los saludos al público espectador y en las mujeres arrojando flores desde los balcones, la remisión a la revolución vinculaba las expresiones provinciales del radicalismo al ya mítico acontecimiento del Parque²⁶⁰. Las referencias a la sangre derramada y la virilidad de estos ciudadanos-soldados, condensaba además las connotaciones irracionales y emocionales de un vínculo sellado por el partido con sus miembros a partir de una experiencia trascendente. Finalmente, como lo ha expresado Catherine Bell para aquellos rituales políticos que se proponían unificar distintas experiencias previas en una misma puesta en escena, el uso de los estandartes de los clubes²⁶¹, las banderas partidarias y nacionales, así como las boinas blancas utilizadas en los combates, se presentaban como símbolos que volvían coherente y ordenaban a un colectivo político en verdad bastante heterogéneo (piénsese en el caso de los combatientes extranjeros en Santa Fe), al reivindicar en cada uno de los puntos conmemorativos los valores y objetivos vinculados a una misma causa (BELL, 1997: 129): la de la regeneración político-moral de la Nación. En particular, la enseña partidaria del radicalismo se impuso bajo la forma de un ícono que amparaba sobre todo a los militantes-combatientes, como lo demostrara la iconografía de *Don Quijote* antes descripta, mientras la argentina demostraba el carácter ecuménico que pretendían connotar los actos. Ya a inicios de 1894 en Santa Fe, un “cielito” o canción popular autoría de un payador conocido como “Prudencio el Gaucho”, rezaba sobre la primera de ellas:

“En Santa Fe y en Rosario
“El año 93, Candiotti me hizo triunfante

²⁶⁰ El diario *La Prensa* recordaba por ejemplo en un editorial, a raíz de la conmemoración de La Plata, la revolución del año anterior: un “estallido en todos los pueblos y a la misma hora (...) más que una revolución, presentó los caracteres de un plebiscito del pueblo en armas” (“Tres aniversarios”, *La Prensa*, 30/07/1894).

²⁶¹ Muchos de estos estandartes, confeccionados por mujeres y jóvenes en seda y cosidos con hilo de oro, habían sido obsequiados en otro tipo de ceremonias celebradas en las asambleas preparatorias de los distintos clubes.

“¿Y me hizo gloriosa Alem!”
“Al blanco de la bandera
En el alma lo llevamos,
Y al rojo que la completa
En el corazón guardamos.”
“Cielito de la esperanza,
Cielito yo lo aseguro:
No cante gloria al triunfante...
¿Radical es el futuro!”²⁶²

Totalmente otro era el carácter menos belicoso de las “veladas político-literarias” de los teatros, en donde se hacían presentes –de acuerdo a la prensa– “distinguidas familias” patricias, de las cuales provenía la mayor parte de la dirigencia radical. En el teatro Politeama de la ciudad de Santa Fe estuvieron presentes asimismo aquellos referentes de las fuerzas políticas aliadas a la UCR santafesina, matizando el tono estrictamente partidario del desfile. Algo similar ocurrió con las celebraciones en el interior rural. En sitios como Marcos Paz o Chivilcoy, en la campaña bonaerense, o en Esperanza, en la zona de las colonias agrícolas en Santa Fe, primaron las formas de una sociabilidad ya arraigada que movilizaba una trama socio-política de tipo comunitario o vecinal²⁶³. Se celebraron allí banquetes, asados con cuero, carreras de sortijas y bailes familiares²⁶⁴, siempre con la presencia de referentes de la UCR encabezando el acto, como el diputado provincial Juan Videla en la primera de aquellas, o los revolucionarios Pedro Stein y Atanasio Páez en la última. Pero también se reproducían a pequeña escala las manifestaciones callejeras con bandas de música y estandartes, como en Rojas y San Nicolás. En tanto en Pehuajó la reunión se hizo en el local del comité de la UCR, acto en el que un grupo de mujeres y jóvenes entregaron una nueva bandera a los afiliados al

²⁶² El “Cielito de mi bandera” aparece transcripto entre los papeles de un combatiente radical de las dos revoluciones de 1893 en Santa Fe, Alejandro Fournier, quien además de relatar los acontecimientos realizó un esbozo de biografía del líder revolucionario Mariano Candiotti (FOURNIER, [s/f] 1957, III: 452-454).

²⁶³ En un trabajo de corte general, pero pionero en este tipo de planteos, Marta Bonaudo expresa que el radicalismo santafesino constituyó un canal mediante el cual la figura tradicional del vecino exponía sus reclamos –incluso de forma violenta, como en las revoluciones– y demandaba por sus derechos políticos, tomando la forma del ciudadano moderno (BONAUDO,

²⁶⁴ En Esperanza, el periódico radical *La Unión* describía la siguiente escena: Este comentaba: “A las 9 p. m. había una concurrencia no menor a 600 personas. Allí se habían dado cita todas las clases sociales: desde la más encumbrada dama hasta la modesta esposa del colono (...) dando final al cuadro los más respetables jóvenes caballeros, obreros y labradores nacionales y extranjeros (...) las gentiles parejas que danzaban al compás de preciosa música, derramando por doquier dulces sonrisas y satisfacciones íntimas mezcladas con cultas aclamaciones en honor a la Unión Cívica”.

partido²⁶⁵. No sorprende que en todas estas expresiones y variaciones sobre el ritual conmemorativo se reiterara la presencia, junto nuevamente a las llamadas “familias principales”, de aquellos extranjeros que habían participado en los alzamientos provinciales de 1893 y formaban en las filas del radicalismo. Aunque este fenómeno que podía generar reservas en las autoridades autonomistas o entre la misma militancia radical, era salvado a partir de identificar esa intervención política como un acto de patriotismo y de entrega a la causa nacional de la UCR.

En esta capacidad inclusiva de unos elementos sociales y políticos heterogéneos radicaba en gran medida el éxito demostrado por los radicales para no sólo superar las derrotas de 1893, sino incluso para aumentar su popularidad, operándose algo similar a lo postulado por Maurice Agulhon en su análisis de las festividades republicanas en el interior rural durante la experiencia de la Segunda República en Francia, en donde percibe una compenetración híbrida, una mixtura, “entre el ideal político reciente y la práctica social tradicional” (AGULHON, [1973] 2002: 124). En el caso del radicalismo, ese ideal político comenzó a expresarse entonces en una determinada simbología, en una liturgia y una ritualidad que fue cobrando forma y coherencia en el primer lustro de la década de 1890. Era esa combinación, y su explicitación en el espacio público, lo que los distintos actores entendían como el surgimiento de una identidad novedosa. Claro está, por otro lado, que era la imagen que también pretendía proyectar la UCR hacia afuera. Al dar cuenta de los preparativos de 1894 en La Plata, *El Argentino* se ufanaba de que

“el Partido Radical es el partido de las grandes manifestaciones, de los actos cívicos imponentes y memorables.

“En todas partes, tanto en la capital de la República como en las provincias, han hecho ya proverbial esto. Y las manifestaciones organizadas por las otras fracciones políticas, jamás han llegado a ser ni sombra siquiera de las que organiza el Partido Radical.

“La Causa es obvia: consiste en que el Partido Radical representa la inmensa mayoría del pueblo en todas partes, de ese pueblo que está ansioso de reacción contra los malos gobiernos, que ya se van eternizando en nuestro suelo, y como tiene cerrados todos los caminos, como se le desaloja de todas partes, hasta de los atrios

²⁶⁵ Las reseñas de las celebraciones en la campaña aparecieron en: “Los radicales en la provincia. Noticias de diversos pueblos”, *El Argentino*, 30/07/1894; “El aniversario de la revolución en la campaña”, *La Prensa*, 30/07/1894.

por medio de la fuerza bruta, aprovecha esas coyunturas favorables, a más que le quedan, para *hacer alarde elocuente de su potencia numérica*”²⁶⁶.

El mismo Alem, que encabezara la procesión cívica en la capital bonaerense y luego la velada nocturna en el teatro Argentino, siguió los resultados de la conmemoración en Rosario, felicitando a uno de sus organizadores, Agustín Landó, por un acto al que calificó de “verdaderamente imponente y conmovedor”²⁶⁷. El comunicado y su publicación en el periódico partidario demostraban que la belleza, el orden y la emoción de los desfiles constituían un valor fundamental a la hora de movilizar voluntades y evaluar sus repercusiones, siempre susceptibles de ser contradichas por sus adversarios, y no sólo en lo que refería a la Capital Federal, donde esto ya se había comprobado. De hecho el vocero del PAN, *Tribuna*, siguió con atención las celebraciones en Buenos Aires y Santa Fe, discutiendo las cifras propuestas por los periódicos afines al radicalismo, reconociendo la magnitud de la convocatoria radical en Rosario. Y aunque no dejó de notar la disciplina de los desfiles como una contribución al orden político, marcó que pese a los esfuerzos del Comité de la UCR presidido por Hipólito Yrigoyen, según sus observaciones sólo se habían realizado actos en 11 de los 82 partidos en que se dividía el territorio bonaerense²⁶⁸.

En tren de establecer una comparación que permita instalar la extensión de las conmemoraciones a las provincias dentro de la consolidación de un ritual político-partidario más amplio, no caben dudas de que aquellos focos en donde el radicalismo arraigó con más fuerza, si bien contaban con un margen de autonomía relativo frente a la conducción nacional de la UCR, sí establecieron vínculos que debían explicitarse de forma recurrente. Las ceremonias que exaltaban el pasado revolucionario se presentaron como el terreno más fértil, en donde esta solidaridad fundada en una causa común, que unía 1890 a 1893, pudo proyectar las novedades de esta identidad política en la Argentina finisecular. El contexto del conflicto con Chile, según se ha visto, actuó por otro lado como una suerte de alerta permanente para una fuerza política que se autoconcebía en términos de milicia. Los discursos pronunciados en 1895 –como el de Joaquín Castellanos analizado en el Capítulo I– revelan a todas luces las inflexiones tanto en lo que hace al lugar de la “causa nacional” en la identidad radical,

²⁶⁶ “La Plata. Gran manifestación. Preparativos”, *El Argentino*, 27/07/1894.

²⁶⁷ Transcrito en: “Un telegrama del Dr. Alem”, *El Argentino*, 01/08/1894.

²⁶⁸ “La manifestación del domingo en las provincias. Cálculos y comentarios”, “Rosario”, “La Plata” y “Radicalismo en Buenos Aires. Manifestaciones fracasadas”, *Tribuna*, 30 y 31/07, y 08/08/1894.

como al posicionamiento de la UCR en la más amplia escena política del país, matizando la confrontación con el gobierno nacional y superponiendo los estratos identitarios referidos más arriba. De todas formas, los actos de ese año en La Plata y Rosario confirman la inmersión de los radicales en una trama conmemorativa común y bajo una misma liturgia política. El hecho mismo de que las autoridades del partido decidieran trasladar la celebración principal de la Capital a la ciudad del sur santafesino es un dato elocuente al respecto. La centralidad que tuvo Alem en las grandes manifestaciones, como en las conmemoraciones de la revolución del Parque y como en La Plata en 1894, no hacía sino reforzar el mensaje de que se trataba de un mismo fenómeno. Como bien lo ha expresado Clifford Geertz, la construcción del carisma de los líderes y los rituales políticos poseen un vínculo inescindible. Éste se funda en la sacralidad inherente a una autoridad que actúa como “centro”; en otras palabras, un líder como Alem pudo convertirse en ídolo de multitudes, además de ser jefe de partido, al terminar de implicarse en las principales ficciones que organizaban el universo simbólico del radicalismo: el mito de la revolución inconclusa y el sentido político-moral y patriótico de la causa de la regeneración²⁶⁹.

En la capital bonaerense, el *Te Deum* en San Ponciano y la asamblea en el teatro Argentino oficiaron de marco sobre todo para homenajear a los muertos y para enfatizar que el radicalismo estaba dispuesto a suspender la lucha interna para abocarse a la defensa nacional, cantándose el Himno Nacional como en un acto patrio²⁷⁰. Pero además de los festejos en el teatro Politeama de Santa Fe²⁷¹ y en el Club Alemán de Esperanza, donde se organizó un baile luego de la Convención departamental del partido²⁷², la gran procesión cívica de Rosario por la revolución de 1893 conllevó un despliegue de recursos y una coordinación sin precedentes para la UCR en las provincias. Hay que tener en cuenta, además, que esta ciudad abrigaba una serie de lugares de la memoria muy significativos para el partido y para su líder, desde la Convención Nacional de la Unión Cívica a inicios de 1891

²⁶⁹ La referencia aludida es GEERTZ (1994: 171).

²⁷⁰ “La Plata. Aniversario de la revolución. Festejos populares” y “La conmemoración de ayer en La Plata”, *El Argentino*, 29 y 31/07/1895. El periódico radical confirmó también que en esta segunda conmemoración de los hechos de 1893 los mitristas de la UCN se abstuvieron de cualquier tipo de acto o celebración.

²⁷¹ En esta ciudad, el decorado del teatro donde se realizó la conmemoración enfatizaba la mixtura entre la causa radical y la causa nacional: un trofeo de banderas argentinas, el retrato de San Martín, la bandera tricolor del Parque (rosada, blanca y verde) y la roja y blanca de los combates de 1893, un retrato de Alem y otro del dirigente santafesino Mariano Candiotti (*Unión Provincial*, 13/08/1895).

²⁷² *La Unión*, 28/07 y 01-04/08/1895.

hasta la fracasada revolución de septiembre de 1893 y la posterior prisión de Alem. Luego de dos meses de trabajos de los clubes locales, a mediados de agosto de 1895 arribaron en el ferrocarril 50 delegaciones radicales provenientes de las colonias y de otras provincias, cada una con “estandartes y grandes coronas”, antes de que lo hicieran los miembros del Comité Nacional. El tono especial estaba dado por la presencia de los batallones de la Guardia Nacional de Rosario que, como en la Capital Federal en 1897, solicitaron permiso a las autoridades por intermedio de sus oficiales para participar del desfile de la UCR, ya que estaban afiliados a los clubes seccionales de la ciudad y habían jurado sus estandartes rojos y blancos en una serie de ceremonias celebradas poco antes, como relatara el corresponsal que el diario *La Prensa* envió para cubrir toda la secuencia conmemorativa²⁷³. Esta fue otra característica innovadora de la columna encabezada por el Comité Nacional, el Comité Central de Rosario de la UCR, las delegaciones venidas de afuera y los 14 clubes: el incluir un sitio especial para el nutrido grupo de corresponsales de la prensa de todo el país, lo que llevó a que *El Argentino* expresara que se trataba de un acto con “proporciones de una solemnidad nacional”²⁷⁴.

Si bien sólo con diferencias en torno a la cantidad de participantes –las cifras oscilan entre 8000 y 30.000–, los periódicos locales y nacionales coincidieron en que fue una manifestación excepcional. Aunque para algunos, como el radical *El Tiempo*, “el carácter militar [que] ha revestido el desfile y la organización de la marcha, que se hizo con los bastones a guisa de fusiles, como para expresar que cada uno de los manifestantes era un soldado”, resultaba una exageración. El corresponsal del diario *La Nación* destacó también que los miembros de los clubes y hasta los inválidos de 1893 “marchaban militarmente organizados”, con escarapelas celestes y blancas, las ya típicas boinas blancas de la UCR, banderas rojas y blancas y encabezados por cuatro jóvenes que sostenían una litera transportando las coronas de flores y a una niña vestida con túnica blanca y gorrio frigio como la alegoría de la Nación/Libertad/República²⁷⁵. Se trataba, en efecto, de un verdadero *tableaux vivant* (cuadro viviente) que reconstruía el relato del hecho de armas, con los

²⁷³ “Santa Fe”, *La Prensa*, 27/07/1895.

²⁷⁴ “Servicio especial para *El Argentino*. Santa Fe. Entusiasmo popular. Orden de la columna”, *El Argentino*, 14/08/1895.

²⁷⁵ Las observaciones de los corresponsales de *La Nación* y *El Tiempo* se reproducen en la crónica del periódico santafesino *Nueva Época*, 18/09/1895.

soldados radicales en su lucha por las instituciones republicanas y la regeneración de la Patria. Para terminar de dar un sentido de espectáculo a todo ello, Alem subió junto a Barroetaveña, Arraga, Castellanos y Lisandro de la Torre a un balcón ubicado en la céntrica calle Córdoba, para observar el desfile de la “milicia radical”. Como interpretando la escena, el presidente del Comité de la UCR de Rosario, Joaquín Lejarza, tomó la palabra y luego de referirse a la “solemnidad religiosa” que revestía el homenaje a los mártires-combatientes, recordó a la revolución de 1893 como la continuación de la del Parque de 1890 y nueva toma de la Bastilla, remitiendo así a un imaginario revolucionario más universalista. Pero centrándose en el radicalismo y la presencia de Alem, no dudó en asegurar que “los partidos son ejércitos y los generales deben marchar al frente”, y si en la UCR aquel actuaba como un caudillo era porque –ahora en nombre del “nosotros” radical– “reconocemos un unicato, el unicato de la virtud”²⁷⁶.

Las conmemoraciones en las provincias, esta vez en nombre de los acontecimientos de 1893, complejizaban y complementaban la organización de los actos en la Capital Federal, al imitar ciertas modalidades y poner en juego un repertorio que evidentemente era patrimonio compartido por la dirigencia nacional y quienes se habían ubicado al frente de los comités de Buenos Aires y Santa Fe. Ello no obstaba para que el radicalismo adquiriera características específicas en cada uno de estos espacios, propias de una fuerza que terminó por calar incluso en una campaña rural con una sociabilidad y prácticas políticas que matizaban y mixturaban el ideal del partido-milicia que pretendía ser la UCR. Tan importante como estas variaciones propias de la extensión del ritual conmemorativo, es que el fenómeno redundó en la propagación de una identidad político-partidaria que podía adaptarse a realidades diversas, modulando su mensaje y su promesa desde las luchas locales de los colonos santafesinos hasta las protestas de las grandes familias terratenientes bonaerenses²⁷⁷, pasando por la crecida militancia radical de la populosa y cosmopolita Rosario hasta las facciones opositoras de San Luis que, pese a su fracaso en replicar la práctica manifestante, lograron formar su propio comité. El hecho de considerarse creyentes en una misma causa, homenajeando a sus muertos y estableciendo nuevos hitos en el relato partidario, confirmó a mediados de la década de 1890 la condición del radicalismo como una religión cívica que

²⁷⁶ La descripción y el discurso de Lejarza, en: “Desde el Rosario. La procesión de ayer. Hermosísimo acto cívico”, *El Argentino*, 16/08/1895; *El Municipio*, 17/08/1895.

²⁷⁷ Respecto a esto último se ha referido Roy HORA (2001: 49-51).

tenía en su centro a la formación partidaria, pero que no necesariamente se reducía a la misma y que, como en las grandes procesiones callejeras, pretendía demostrar una representatividad popular ampliada. Los radicales se consideraban “la gran mayoría del pueblo argentino” y sus detractores, reconociendo implícitamente esa popularidad, denunciaban el “exhibicionismo”²⁷⁸ del nuevo estilo político. Esto es, unas prácticas que comenzaban a ser valoradas por un conjunto más amplio de actores de la Argentina finisecular, en tanto expresión de nuevos valores y concepciones del orden social y político deseable. Ahora, lo que se consideraban ya multitudes se podían formar no sólo en la capital del país, aunque en ésta latiera su corazón.

5. Discursos y sentidos de un rito identitario

Si bien el conjunto de discursos que rodeaba antes, durante y después a las conmemoraciones de la Revolución no desentonaba con la prédica regular de la UCR (en la prensa, en actos, reuniones de comité o en el Congreso), lo cierto es que las distintas coyunturas conmemorativas contribuyeron a fijar las imágenes expuestas en esas otras instancias, en tanto se pensaban como la demostración por excelencia de su fuerza y cohesión. La pregnancia emanada del ritual y la serie de dispositivos que lo preparaban y ponían en escena, se presentaba, además, como el plafón ideal para elaborar una interpretación radical de la Revolución, así como para construir el sujeto político del militante radical, de allí su carácter performativo, clave para dar forma y confirmar año a año a la identidad partidaria. Puede afirmarse, no obstante, que este tipo de discursos sobre el hecho de armas y sus muertos eran proferidos en un registro, antes que nada, identitario y emotivo.

El momento conmemorativo actuaba como el presente de un arco temporal que establecía un puente entre dicho momento, el acontecimiento fundacional y la promesa de futura regeneración, actuando bajo la modalidad del “dinamismo profético” propio de todo relato mítico (GIRARDET, 1999: 14-15). El Parque será concebido entonces como un verdadero parteaguas histórico del cual los radicales se sentían protagonistas excluyentes, generando una ruptura en la temporalidad política, al cual se sumarían los hechos de 1893. Por último, los sentidos que luego quedarán más o menos fijados en la identidad radical, si bien fuertes desde 1891, se irán consolidando mediante la economía simbólica desplegada en

²⁷⁸ “Rosario. La fiesta de los radicales”, *Tribuna*, 16/08/1895.

esas distintas instancias, pero también se prestarán a una lectura coyuntural de la conmemoración al calor de ciertos microclimas particulares (la ruptura de la Unión Cívica, las revoluciones provinciales de 1893, el conflicto con Chile).

Tanto si se analizan las notas editoriales del órgano oficial de la UCR como los discursos proferidos en el cementerio por parte de los dirigentes, encontramos sedimentadas una serie de ideas-fuerza, de figuras tipificadas, en suma, un lenguaje codificado propio del imaginario político de los radicales, santo y seña de una potente identidad en constitución. Antes que nada, la Revolución aparece legitimada como *ultima ratio*, una barrera frente al avance del autoritarismo, pero al mismo tiempo como un acto de patriotismo y de virtud cívica, encarnados en los hombres de la UCR, autoconcebidos como los únicos herederos de la Unión Cívica. Como lo expresó Barroetaveña, la “revolución armada del pueblo” era un “hecho fatal, impuesto por el patriotismo, por la virilidad de nuestra raza, por la dignidad nacional”²⁷⁹.

Devenido en bandera identitaria, el acontecimiento mítico-fundacional será progresivamente exaltado por las mismas conmemoraciones, entendido como condensación de un conjunto de valores, lo cual iba de la mano de la sacralización de los combatientes caídos, los “mártires de la causa”. Éstos eran presentados como un modelo a seguir por parte de los ciudadanos-soldados de la UCR, quienes debían guardar su memoria y estar siempre dispuestos a dar la vida por la Patria. Consecuentemente, el seguimiento de dicho mandato sacrificial se consideraba un deber moral del militante radical, en tanto la obra de regeneración no estaba aún concluida. En otras palabras, que los radicales dieran forma a la Revolución como mito fundacional de su agrupación conllevaba que se plantearan la “gran decisión moral” que Schmitt formulara para dar cuenta de las conductas martirológicas que podían llegar al empleo de la violencia armada. La mitologización del acontecimiento no sólo operaba en el sentido de la elaboración de un relato que explicaba y hacía inteligible un proceso político complejo, como era el iniciado en 1890, sino que también proyectaba un mandato moral e, implícitamente, apelaba a su capacidad de movilización para quienes estuvieran dispuestos a ser consecuentes con esa misión histórica. Motivos similares (la Revolución como “necesidad de hecho”, los muertos como “mártires de la causa”) podían ser leídos en los editoriales conmemorativos de *La Prensa*, que no oficiaba como diario

²⁷⁹ Transcripción en: “La procesión cívica. Imponente manifestación”, *El Argentino*, 25/07/1892.

partidario, sino que se hacía eco de una interpretación ya en circulación, como se ha visto en su continuo seguimiento de las celebraciones de la UCR²⁸⁰.

Así, para el miembro del Comité Nacional Ángel Ferreyra Cortés, “[l]os muertos no hablan para agradecer o reprochar, pero tienen un poder inmenso sobre la consciencia de los vivos”²⁸¹. Debe tenerse en cuenta sobre todo el marco que interpelaba a los presentes: estas palabras eran pronunciadas en la base del Monumento a los Caídos inaugurado en 1893, que tenía grabada en bronce la leyenda “*Hic manus, ob patriam pugnando coleera passi*” (“Aquí sufrieron luchando por la patria”). Particularmente ejemplificadoras de los tópicos que aquí se pretenden destacar son las palabras de la principal voz autorizada de los mitines radicales, la de Alem. Al referirse en la Recoleta a “la significación moral de este acto”, hace patente la disputa con los “traidores” del mitrismo, la apropiación del acontecimiento y la sacralización política de los “mártires”:

“Debemos conservar con respetuoso recogimiento en la memoria, su recuerdo, en el corazón su imagen, para tenerlos siempre presentes y poder imitar en todas las circunstancias su glorioso ejemplo. Y *estos muertos ante cuyas tumbas hemos venido a inclinarnos, son nuestros, exclusivamente nuestros!* (...) porque somos nosotros los únicos que *conservamos en nuestra alma el culto*, y en nuestra voluntad los propósitos, por los que ellos entregaron su vida en las jornadas del Parque (...) y si sus manos pudieran agitarse y hablar desde la tumba, ellos dirían también que quieren ser nuestros, y su palabra de ultra-tumba resonaría como un terrible anatema contra aquellos que los llevaron al sacrificio para transar luego con el odioso adversario!”²⁸².

El año 1892 será, entonces, un punto de inflexión clave en la construcción de la identidad radical porque –de forma más acusada que en el año anterior– la conmemoración se convertirá en un acto exclusivamente radical. En efecto, la celebración de ese culto más íntimo que era el de los familiares de los muertos deviene a esa altura en un elemento más

²⁸⁰ El editorial titulado “El aniversario de hoy” afirmaba: “La revolución de Julio fue el estallido violento de la crisis de una época, marcando el choque sangriento de las aspiraciones de la opinión pública con un régimen político y administrativo que había dislocado el edificio gubernamental de la Nación”. Y Sobre los caídos en combate: “víctimas queridas, que representan la inmólación de compatriotas y hermanos en holocausto de las instituciones” (*La Prensa*, 26/07/1891). Un año después, reiteraba la idea de la necesidad histórica del hecho armado y su valoración en clave “nacional”: “La revolución de Julio fue una necesidad fatal, un sacrificio inevitable e inexcusable, porque en ese terreno había sido planteado ciegamente el problema de la vida de la República, en sus relaciones interiores y en sus vinculaciones con el exterior” (“Aniversario histórico”, *La Prensa*, 24/07/1892).

²⁸¹ Transcripción en: “El meeting de ayer”, *El Argentino*, 06/08/1894.

²⁸² Transcripción en: “La procesión cívica. Imponente manifestación. Homenaje póstumo”, *El Argentino*, 25/07/1892 (subrayado nuestro).

del *rito de pasaje* que convierte a los presentes en una comunidad de creyentes, la de aquellos que “conservan el culto”, que para el líder de la UCR no son sino los miembros de ésta. Como hacía patente la portada conmemorativa de *El Argentino* al año siguiente, en donde una gran cruz coronaba los nombres de los “mártires” (ocho militares y dos civiles), los mismos eran concebidos ahora como “los muertos de la Unión Cívica Radical”, lo que no dejaba de resultar cuanto menos discutible para sus adversarios²⁸³. Este monopolio de la labor regeneradora que se arrogaban los radicales continuaría siendo reivindicado al reactualizar año a año el diagnóstico original de crisis de 1889-1890. Ello se evidencia en el editorial conmemorativo de 1894 titulado “26 de Julio de 1890. Peor que antes”, en donde el periódico dirigido por Saldías expresaba que “[l]a obra patriótica que ha de cumplirse, es exclusivamente de la Unión Cívica Radical”, a la que se presentaba como “la única corriente que se opone al descenso nacional”²⁸⁴.

En este punto, resulta interesante destacar un aspecto soslayado en general por la historiografía, la cual ha ubicado la prédica de la UCR –al menos en sus años fundacionales– en una clave ideológica exclusivamente republicana y liberal (ALONSO, 2000a; BOTANA, 2005). Nos referimos concretamente al protagonismo de un discurso que colocaba a la entidad de la Nación en un lugar privilegiado, que sólo con el correr de las décadas será llamado nacionalista, pero que en la década de 1890 no se encontraba necesariamente reñido con la mentada cultura política liberal-republicana. Toda una línea argumentativa central de los sentidos de las conmemoraciones se filiaba en un patriotismo militante que a partir de esos años no haría sino ir *in crescendo*, tal como hemos demostrado para el contexto del conflicto con Chile, pero que se encontraba ya omnipresente desde los diagnósticos de la crisis de 1889-1890. En este sentido, los radicales ubicaban a la revolución del Parque en un lugar no menor en la historia nacional. Como afirmaba Joaquín Castellanos en 1893, en un tono que luego se enfatizaría mucho más, como se ha visto para el Capítulo I:

“El movimiento de Julio, *de todos los sacudimientos que marcan una época en nuestro país, es el más genuinamente nacional*, el hecho histórico más íntimo, profundo, y sustancialmente argentino. Puede mirársele casi como una lucha de

²⁸³ *El Argentino*, 26/07/1893. Los nombres de la portada eran los del coronel Julio Campos, los capitanes Manuel Roldán, Eloy Brignardello y Enrique García, los tenientes Máximo Layera, Rafael López y Luis Irustia, el subteniente José Uriza, el doctor Fernández Villanueva y Manuel Curuchet.

²⁸⁴ “26 de Julio. Peor que antes”, *El Argentino*, 27/07/1894.

sangre, como *una cuestión de raza* (...) La revolución de julio *ha salvado el carácter nacional*, y con él *la individualidad de nuestra patria!*”²⁸⁵.

Aparecían reiterados en los discursos alusivos ciertos tópicos que abrían todo un campo de significaciones para una identidad partidaria en constitución. Ya Barroetaveña había mixturado la causa de las libertades republicanas y el recurso a la tradición revolucionaria con un elemento que antes de 1890 podía resultar extemporáneo: el de una historia nacional entendida como la gestación de una raza esencialmente argentina, fundada en valores cívico-políticos que ya estarían *in nuce* en la propia Revolución de Mayo de 1810. Por ello se referían, como lo hiciera Alem en las Convenciones Nacionales, al “pueblo de Mayo”: esto es, una figura esencial que se encarnaría en los distintos momentos históricos y que ahora la UCR se veía en el deber de conducir a su destino de “gran Nación”. Pero si bien el tono combativo siguió presente, el contexto del conflicto limítrofe a partir de 1894 dio lugar al planteo de una eventual “unión nacional” para enfrentar al “enemigo externo”. Así lo expresaba el mismo Castellanos en la citada conmemoración de la revolución provincial bonaerense de 1893, dos años después en La Plata: la UCR podía conceder a sus adversarios un armisticio “para preparar la defensa nacional, que es actualmente la primera de las necesidades”²⁸⁶. Pocos días después en Rosario, el futuro socialista Julio Arraga, se refirió en el mismo sentido a que “si a los peligros internos se agregan los externos, el partido radical en vez de suspender su misión regeneradora, debe persistir en ella con más esfuerzo y energía, para defenderse de la invasión fratricida”²⁸⁷. Las evoluciones de los clivajes políticos locales y de la situación internacional del país conjugaban entonces en clave nacional la “causa” que afirmaban sostener los radicales.

Resulta por demás sugestiva la asociación que se intentaba efectuar entre el acontecimiento ya considerado mítico y las causas políticas –internas y externas– en las que el radicalismo pretendía intervenir. El patriotismo entendido como sentimiento y entrega a cada una de estas causas dio lugar, por parte de los radicales, a una singular pedagogía política en donde la propia identidad en construcción se reforzaba con el ejemplo de los muertos en el Parque, pero también con la defensa de la Nación. Los radicales debían ser los primeros

²⁸⁵ Transcripción en: “La procesión cívica”, *El Argentino*, 31/07/1893 (subrayado propio).

²⁸⁶ Transcripción en: “La conmemoración de ayer en La Plata. El funeral. Solemne ceremonia en el teatro Argentino”, *El Argentino*, 31/07/1895.

²⁸⁷ Transcripción en: “Desde el Rosario. La procesión de ayer”, *El Argentino*, 16/08/1895.

patriotas y entendían la militancia como una verdadera escuela de la nacionalidad. El ejemplo de Atilio Palma en la conmemoración de 1894 en el cementerio es elocuente. Este estudiante del Colegio Nacional de Buenos Aires se hacía cargo del mandato sacrificial propuesto por el radicalismo al expresar en nombre de sus compañeros que “[v]enimos en nombre de la patria (...) que la juventud argentina se inspire en estos grandes modelos, para saber llegar hasta el sacrificio cuando lo exija la patria (...) morir como sus mártires inmolados al bien de sus libertades”²⁸⁸.

¿Pero qué mejor ejemplo de esta construcción de una memoria partidaria que la significación otorgada por sus seguidores a la muerte de Alem? Los discursos alusivos en el cementerio de la Recoleta dicen bastante al respecto, más allá de las típicas convenciones del género, donde se exaltaban las virtudes del fallecido. Poco antes de la conmemoración de 1896, será una vez más Barroetaveña quien se referirá al “tribuno del pueblo”, al “vehemente jefe del partido radical” como un “gran hombre” entregado a “la *causa de la defensa nacional*”, convirtiéndolo en el principal de aquellos “mártires del deber” y “apóstoles del bien” que eran ya en el imaginario radical los caídos en el Parque. La placa colocada al año siguiente en el mausoleo por el Comité de la Capital de la UCR afianzará estas ideas, leyéndose: “Viviste como apóstol, luchaste como héroe y sucumbiste como mártir” (ver APÉNDICE, Imagen n° 10)²⁸⁹. Vemos así conjugados en la figura del “gran hombre” de la UCR todos los tópicos que caracterizarían la subjetividad política de sus miembros: el partido como una fuerza arraigada en el pueblo, su causa entendida como “causa nacional”, la figura sagrada de los combatientes muertos y una obra de “completa regeneración en lo político, lo social, administrativo y moral” que debía consumarse como un mandato (BARROETAVEÑA, [1896] 1913: 24-27). Ahora la contracara que refrendaba la imagen que los radicales comenzaron a construir de su primer líder, la caracterización esbozada con posterioridad por el juarista y luego modernista Juan Balestra, quien aludía al aura de sacerdote laico que rodeaba a Alem, lo que luego de su muerte lo convertía en un símbolo de la religión cívica radical:

²⁸⁸ Transcripto en: “El meeting radical. Verdadero acontecimiento político. 10.000 personas en la columna popular”, *La Prensa*, 06/08/1894.

²⁸⁹ La misma puede verse hoy día en el Mausoleo a los Caídos en el cementerio de la Recoleta, junto a otras que fueron depositadas con posterioridad a su nombre o en homenaje a los caídos en 1890, 1893 y luego 1905.

“marcó el punto en que terminaba el político y comenzaba el apóstol (...) No descendería de la montaña sin las nuevas tablas de la ley. Desde entonces cambió su aspecto (...) La multitud, estremecida por el magnetismo de su voluntad y la sinceridad de su fe, y sabiendo que era talentoso, pobre como un monje y, fuera de la batalla, dulce y triste como un poeta, lo amó con fervor” (BALESTRA, [1935] 1986: 180-181).

Es Marcelo de Alvear, en 1895 en la Recoleta, el que afirmará que “[n]o basta con cubrir de flores las tumbas de los mártires (...) Es necesario además sentir sus anhelos, proseguir y terminar la jornada en que cayeron”²⁹⁰. Aquí se evidencia como la dimensión emotiva del mito revolucionario jugaba un papel fundamental en aquella otra de carácter más bien movilizador. Pero el voluntarismo encontraba también sus límites en la misma evolución de la UCR como colectividad política. El tópico de la “revolución inconclusa” sería esgrimido en cada uno de los actos. Tal como se ha explicitado, en 1893 las revoluciones provinciales se presentaron momentáneamente como la confirmación de esa “cruzada santa”. Y aunque las mismas fracasaran, su conmemoración pasó a formar parte del calendario anual de los radicales, incorporándolas como parte de la “misión histórica” que se autoasignaran. De allí que Joaquín Lejarza se refiriera en su ya aludido discurso a que “[l]as líneas están tendidas, como en 1890 y 1893”, estableciendo un puente de sentido entre el mito fundacional de la UCR y las experiencias provinciales. La tarea a concretar seguía por lo tanto pendiente para “los campeones abnegados de la *religión del civismo argentino*” –tal como entendía al radicalismo–, ya que “tuvo sus mártires en los hermanos que murieron en las heroicas jornadas de julio (...) por el ideal de la patria grande, de la patria libre, de la república argentina, respetada por todas las naciones”²⁹¹.

6. Del rito al mito. La Revolución y la identidad radical

En definitiva, para los radicales sus conmemoraciones actuaban como ritos identitarios a la vez que como manifestaciones de protesta en contra del oficialismo. Al mismo tiempo, a tono con el clima de época que comenzaba a experimentarse en el cambio de siglo, se encargaron de presentarlas como actos patrióticos, con un sentido fuertemente “nacional”, lo cual se plasmaba en la retórica, en la asociación con los contextos políticos (de

²⁹⁰ Transcripción en: “En la Recoleta”, *El Argentino*, 26/07/1895.

²⁹¹ Transcripción en: “Desde el Rosario. La procesión cívica”, *El Argentino*, 16/08/1895 (subrayado nuestro).

la crisis del '90 al conflicto con Chile) y en la estética de sus celebraciones (banderas argentinas, uniformes de la Guardia Nacional, etc.). Al respecto, cabe plantear a la naciente UCR de la última década del siglo XIX como un actor más que abrevaba en el fervor conmemorativo que comenzó a instalarse en la Argentina desde la década de 1880, parte al mismo tiempo de una cultura política más general que incluía actos oficiales, pero también a iniciativas de fuerzas opositoras (como se constatará en el capítulo IV), al igual que las nóveles fuerzas de las izquierdas encabezadas por socialistas y anarquistas, que comenzaron a aportar su propio rito anual del 1º de mayo. Por supuesto, el común denominador que valoraba la ocupación del espacio público en tanto instancia en que se expresaba una representatividad política y en la que tomaban cuerpo nuevas identificaciones colectivas, tendrá como contrapunto la fragmentación de las opiniones y la emergencia de nuevos clivajes ideológicos y político-culturales, según la expresión entre optimista y cautelosa de un Ramos Mejía.

¿Dónde se ubicaban los radicales en este clima? El mismo día de 1894 en que reseñaba una conmemoración del Parque –“patriótica”, afirmaba, “de ciudadanos argentinos”–, una crónica del periódico dirigido por Adolfo Saldías referida a la movilización de la Sociedad de Obreros Panaderos describía a las asociaciones de trabajadores como “compuestas casi en su totalidad de extranjeros”. Se encargó así de establecer una frontera que trascendía las agrupaciones partidarias y que destacaba aquellas nuevas diferencias ideológicas e identitarias. Para *El Argentino*, los obreros en general, y los socialistas que acompañaron el desfile de los panaderos y pintores, en particular, confundían las causas o las particularizaban en términos de un clivaje que no entendía como el principal de ese entonces. Ante ello, argumentaba que los obreros de la Capital deberían haberse sumado a la manifestación-protesta del radicalismo, ya que sus clubes parroquiales especificaban que cabían en su seno tanto “nacionales como extranjeros”, demostrando así un carácter inclusivo, siempre y cuando se avinieran a los declamados intereses patrióticos de la UCR²⁹²:

²⁹² La circular del club “Adolfo Saldías” de ese año invitaba “tanto a nacionales como extranjeros” a concurrir a la plaza Libertad “para de allí ir en corporación a reunirse a la columna cívica que se formará en honor de los que cayeron en las jornadas del 90” (“Boletín de la Unión Cívica Radical. Al pueblo”, *El Argentino*, 02/08/1894).

“Aunque en ese gremio cuenta nuestro partido numerosos partidarios que hubieran concurrido a la manifestación radical, su abstención ha venido a poner en evidencia –que no es la colonia extranjera trabajadora la que constituye el elemento más importante de él (...) sino que lo componen ciudadanos argentinos, casi la totalidad de los argentinos, y esta afirmación es de notoriedad indiscutible (...) seguro que la manifestación Radical hubiese tenido cuatro o cinco mil hombres más de los que concurrieron, pues esa clase [la trabajadora] es la primera en sufrir las consecuencias del actual régimen, que engendra la crisis que a todos agobia”²⁹³.

La respuesta de *La Vanguardia*, recientemente creada como vocero del socialismo, no se haría esperar, planteando que “mientras un partido político se reunía en sus comités para concurrir en procesión a honrar a los que hace cuatro años cayeron creyendo mejorar la situación actual, en esos mismos instantes más de 1500 obreros se agrupaban frente al local de la Sociedad de Obreros panaderos”²⁹⁴ luchando por la emancipación de una clase social en particular. Vemos así que la constitución de los primeros rituales político-partidarios en la Argentina finisecular permite una lectura en una clave más general, ya que sus mismos promotores ponían en juego sentidos y valores que se consideraban superiores a las disputas de la coyuntura. En lo que hace a los sentimientos que despertaban en los radicales, la dimensión “festiva” muchas veces rescatada por la prensa, operaba precisamente tornando popular y en ocasiones alegre a un acto que en sí mismo tenía un núcleo más bien emotivo y solemne. Esas dos caras –la festiva del desfile y la más lúgubre del cementerio– remitían, tal a las distintas instancias que daban forma al ritual conmemorativo, en donde los sentidos puestos en juego si bien no eran los mismos en uno y otro momento, sí se conjugaban para constituir una unidad. Por supuesto, lo mismo estaba en función de arrogarse la representación de un colectivo más amplio que el expresado por las respectivas agrupaciones (recordemos la presencia de mujeres y niños, de terceros que podían sumarse), pero también de dirimir esas disputas inmediatas. Para quienes concebían su acción política con un sentido fuertemente militante y pretendían erigirse en representantes de las mayorías populares, exhibir periódica y públicamente esa representatividad formaba parte de la lucha por “ganar la calle”, empresa fundamental que se percibe por ejemplo en la disputa de los periódicos por el número de manifestantes.

²⁹³ “La manifestación obrera”, *El Argentino*, 06/08/1894.

²⁹⁴ “Manifestación obrera”, *La Vanguardia*, 11/08/1894.

En consecuencia, la importancia que adquirieron las conmemoraciones de la revolución del Parque a partir de 1891 no sólo se evidencia por la movilización de miles de personas en la Capital Federal, sino porque esa progresiva construcción de un ritual político se convertirá en una poderosa arma esgrimida por los radicales para reivindicar una memoria y construir su propia historia, a partir de la Revolución y sus mártires. Pero esos sentidos no se fijaron sin disputas, ya que la otra fracción escindida de la Unión Cívica, el mitrismo, intentará disputar la fecha-símbolo, aunque con prácticas mucho más discretas y, en última instancia, sin la resonancia de los radicales. Desde otra postura, los autonomistas se encargaron en cada ocasión de ofrecer sus reparos y censurar una celebración que ponía en el centro de la escena un levantamiento cívico-militar, pese a que los funerales de los “mártires” aparecían para todos como una causa noble. No obstante, en la opinión de los hombres del PAN, conmemorar la Revolución constituía una causa de des-orden y de “falta de educación política”, al decir de Lucio Mansilla. Lo que resultaba paradójico para sus “otros” –como postulara *Tribuna* en el acápite del inicio– era que reconocían que allí radicaba, en gran medida, el éxito de la UCR: en cultivar como un “fuego sagrado” la “bandera del Parque” y apropiarse de un acontecimiento que marcó el cambio de siglo en Argentina.

Por otro lado, es importante aclarar que a partir de 1897 las conmemoraciones radicales adquirirán otro tenor. Por ejemplo, la visita a la tumba del “mártir y apóstol” Alem en el cementerio de la Recoleta comenzará a formar parte de un calendario partidario ahora ampliado pero menos intenso en sus repercusiones, porque ese fue el momento en que la UCR experimentará la división que se prolongará por más de un lustro, de allí el carácter más íntimo que adquirirá este tipo de actos. Precisamente, la reorganización radical de 1903 se iniciará con un gran mitin en conmemoración de la Revolución del Parque, pero para entonces el flujo y reflujo de hombres y facciones típico de la política notabiliar redistribuirá los espacios dirigenciales dentro del nuevo radicalismo. Asimismo, el levantamiento cívico-militar de 1905 tendrá un año después su bautismo conmemorativo, lo que se verá más adelante.

Ahora bien, cabe finalmente preguntarse por la efectividad de los grandes actos de la UCR. Los radicales de la década de 1890 evidenciarán tempranamente un aceitado mecanismo organizativo de movilización: el encuadramiento de miles de militantes

desfilando por las calles de Buenos Aires, a partir de los clubes parroquiales; el espíritu marcial de su marcha y la economía simbólica exhibida, combinando banderas argentinas y estandartes radicales; las boinas blancas y los fusiles de madera que patentizaban la violencia revolucionaria en Buenos Aires o en Rosario, al tiempo que la desactivaban y la sublimaban como parte de un ritual una vez pasado el furor que siguió a los primeros años de la década. En este sentido, los organizadores eran perfectamente conscientes de la importancia que todo esto revestía, porque la reflexión del partido sobre las mismas conmemoraciones era una constante. Si esto dice bastante de las valoraciones sobre dichas prácticas, puede afirmarse otro tanto sobre la concepción que de sí mismos tenían los radicales, como lo demuestran las palabras del dirigente bonaerense Enrique Rivarola:

“Las conmemoraciones que los partidos políticos hacen de sus actos, cuando estos imprimen un movimiento decisivo y saludable en la vida pública, tienen doble razón de ser: ante todo *consagran un recuerdo afectuoso y sentido a aquellos que en la jornada rindieron sus vidas* obedeciendo a la ley histórica que exige para los beneficios de la libertad los sacrificios de *sangre*; y luego, *presentan y mantienen vivo el ejemplo*, fuente de inspiración para los momentos difíciles, aliento viril para las horas amargas”²⁹⁵.

Todo ello contribuyó, sin lugar a dudas, a dar forma a una identidad política de una potencia inusitada para esos años, pero en lo inmediato no redundó en un protagonismo ininterrumpido del radicalismo en la escena política argentina, al menos si obviamos que buena parte de su dirigencia logró instalarse de forma continuada en cargos representativos (piénsese en Alem como diputado y senador o en Bernardo de Irigoyen también como legislador y desde 1898 como gobernador de la provincia de Buenos Aires, pero también en la carrera de Saldías, Barroetaveña o Castellanos). Por lo demás, estas grandes demostraciones, si bien dejaban vislumbrar un saber-hacer consumado, también podían velar situaciones de gran fragilidad partidaria, como en 1897, cuando se movilizó todo un aparato partidario que se resquebrajaría pocos meses después. Así y todo, esta dimensión fundamental que constituyeron los actos conmemorativos para la política argentina en el cambio del siglo XIX al XX no puede ser desdeñada si de lo que se trata es dar cuenta

²⁹⁵ Transcripto en: “La revolución de Buenos Aires. Su conmemoración. Discurso del Dr. Rivarola”, *El Argentino*, 01/08/1895 (destacado propio).

precisamente de la riqueza y complejidad de un período clave en la constitución de modernas identidades político-partidarias.

III. LA CONMEMORACIÓN DEL 1° DE MAYO COMO CONSTRUCCIÓN DE UN RITUAL PARTIDARIO PARA EL SOCIALISMO

I. El “proletariado universal” en Argentina

Medio siglo después del célebre trabajo de Ramos Mejía publicado en el último año del siglo XIX, *Las multitudes argentinas*, en donde había afirmado que todavía no existía un abierto conflicto de clases, un reconocido intelectual nacionalista rememoraba aquel panorama finisecular para confirmar retrospectivamente los temores futuros del médico alienista. En sus memorias, Carlos Ibarguren recordaba que “[f]ermentaba una rebeldía en las masas obreras que desfilaban el 1° de mayo llevando como estandarte la bandera roja, gritando contra el ‘chanchito burgués’ y cantando la internacional” (Ibarguren: 1955: 152). Más allá de que, a la distancia, probablemente resultaba difícil distinguir los desfiles socialistas de los encabezados por las sociedades anarquistas en la ciudad de Buenos Aires, para ambos autores éste se había tratado de un fenómeno novedoso.

Estas imágenes, que proyectan la reacción experimentada ante el antagonismo social, el surgimiento de nuevas fuerzas políticas en la Argentina finisecular y las prácticas políticas por ellas desplegadas en el espacio público, constituyen el punto de partida de este tercer capítulo, en donde se pretende dar cuenta de la difícil, pero a la postre exitosa, construcción de un ritual político-partidario por parte del naciente Partido Socialista. Como se ha visto en el primer capítulo, el 1° de Mayo de 1890, primera celebración de la fecha a nivel mundial de acuerdo a lo postulado por el Congreso Socialista Internacional de París el año anterior, había tenido en Argentina una capacidad de convocatoria cualitativamente superior a los distintos intentos previos de quienes se referenciaban en el incipiente campo de las izquierdas y pretendían encabezar la consolidación de un ahora agitado movimiento obrero. Ahora bien, también se ha dado cuenta de cómo el clima de agitación política emergente con la crisis y la revolución del Parque actuó como marco para la progresiva consolidación de un ritual cuyo sentido logró ser, sino monopolizado, al menos hegemonizado por la naciente UCR.

Lo que importa destacar aquí es que tanto radicales como socialistas plantearon sus prácticas conmemorativas como formas de intervención política y actos de protesta ante el orden de cosas existente, pero asignando un sentido particular a su acción y un papel fundamental a la agrupación política que cada uno de ellos encabezaba. Al respecto, las

“causas” por las que propugnaban unos y otros, y que planteaban un horizonte de superación de ese orden así como un relato retrospectivo, condensaban esos sentidos en los rituales conmemorativos. Como bien ha destacado David Kertzer, los mismos no sólo contribuyen a consolidar un *status quo*, sino que también dan forma a formas de deslegitimación y cambio. En el primer caso, la referencia obligada para la Argentina del cambio de siglo fue la institucionalización de las “fiestas patrias” (el 25 de Mayo y el 9 de Julio) a partir de la década de 1880, proceso descrito por Lilia Bertoní como parte de una “reacción nacional” ante los cambios que comenzaban a avizorarse en una sociedad que ya no era la de la “gran aldea” descrita por Lucio V. López en una célebre obra de esos años. La regular celebración pública del 1° de Mayo socialista a partir de 1896 actuará, en cambio, en el segundo de los registros propuestos por Kertzer, al proponer los fundadores del PS una articulación de los jóvenes sectores obreros locales con ese sujeto de la historia que parecía tener como portavoz a la sorprendente Segunda Internacional: el “proletariado universal”.

Otro aspecto a enfatizar aquí, y al igual que con el 26 de Julio de los radicales, es la capacidad de “dramatización” que sustentaba para promotores y participantes un acontecimiento de este tipo y su impacto en la construcción de la identidad política del socialismo argentino. El papel que juega el análisis de los símbolos y los valores que intentaban proyectarse, conteniendo una dimensión explicativa de la significación del ritual al hacer inteligible a entidades abstractas como el Proletariado (o la Patria, la Revolución o la Regeneración en el caso de los radicales), resulta aquí fundamental, en tanto los mismos actuaban planteando una exégesis de la causa reivindicada, lo que remite a su vez a los tres niveles descritos como componentes del ritual (ABÉLÈS, 1991: 257). Por un lado, al de un saber y una pedagogía política mediante los cual se interpretaban esos símbolos, que contenían ya de suyo una carga polisémica. Por el otro, al de una creencia, entendida como una determinada fe política que podía llegar al nivel de la sacralización de la misma, aunque en una clave secular que distingue a estos ritos políticos de las ceremonias estrictamente religiosas. Finalmente, a una dimensión temporal, en donde el relato que implica la periodicidad de la conmemoración y sus proyecciones establece un *continuum* de sentido entre pasado, el presente y el futuro, entre tradición y porvenir, entre el tiempo corto del acontecimiento con el tiempo largo de la lucha en que se está empeñado.

Los estudios que se han encargado de analizar los orígenes del 1° de Mayo han provenido casi exclusivamente del ámbito de la historia, con ayuda en algunos casos de los aportes de una antropología política siempre atenta a este tipo de fenómenos. En el caso argentino, la literatura sobre el tema es, a estas alturas, relativamente amplia, teniendo en cuenta además que específicamente el 1° de Mayo constituyó un fenómeno mundial debido al lugar que ocupó para las izquierdas en general y para el socialismo en particular desde la creación de la Segunda Internacional en 1889. Por otro lado, el caso argentino revela su singularidad en el temprano arraigo de la conmemoración decretada por el Congreso Socialista reunido ese año en París respecto, por ejemplo, del resto de los países de América latina (ARIAS, 1986). Asimismo, además de las clásicas obras de historiadores-militantes del movimiento obrero (MAROTTA, 1960; ISCARO, 1973) trabajos como los de Aníbal Viguera, con una perspectiva de larga duración hasta bien entrado el siglo XX y en relación al 1° de Mayo como ritual de “autorrepresentación de la clase obrera” –siguiendo el planteo de HOBBSBAWM (1984)–; Lucas Poy, poniendo el foco en el paralelismo de las disputas políticas con los ciclos de agitación huelguística en los años formativos de la clase obrera en el país; o Juan Suriano y Luciana Anapios, desde la perspectiva del predominio de las distintas tendencias del movimiento libertario, se han encargado de mostrar las dificultades experimentadas por socialistas y anarquistas en los primeros años de la década de 1890 a la hora de consolidar una conmemoración anual aún no tipificada en sus formas y con sentidos en disputa, o que sencillamente todavía se encontraban en constitución (VIGUERA, 1991; POY, 2011; SURIANO y ANAPIOS, 2011)²⁹⁶.

Ello se debía, precisamente, a que los actores preocupados por llevar adelante esta práctica conmemorativa luego del acto fundacional del Prado Español de 1890 (varios grupos socialistas, anarquistas y republicanos mazzinistas italianos) adolecían también de una sólida y continuada organización. Intentando establecer una filiación de la fecha-símbolo con la propia historia socialista en Argentina, un testigo privilegiado y animador de la organización del PS en sus primeros años, Augusto Khün, referirá entonces a la ambigüedad en el “criterio

²⁹⁶ Trabajos de síntesis que abordan las sucesivas etapas en la conformación del movimiento obrero, en general, o del “movimiento socialista”, en particular, se han encargado también de recalcar que la primera celebración del 1° de Mayo en Argentina actúa en términos histórico-cronológicos como punto de llegada de experiencias previas, así como de plataforma para la instancia decisiva de ambas historias (GODIO, 2000: 86-91; FALCÓN, 2011: 44).

socialista” de aquel acto de 1890 (KHÜN, [1916] 2004/2005). El testimonio viene a recordar el “caos de idiomas” mencionado por el periódico alemán *Vorwärts* al efectuar una crónica de las reuniones previas al acto que respondía a la propuesta del Congreso de París. De todas maneras, las primeras celebraciones a puertas cerradas de los socialdemócratas alemanes que actuaban en el país, si bien contrastaban con los intentos de los grupos anarquistas por expresar sus reclamos en las calles de la Capital Federal, comenzaron a definir a inicios de la década ciertas instancias que luego serían adoptadas a escala partidaria como una liturgia propia. Diferenciándose de la violencia propia de la –en palabras del citado periódico– “táctica insensata y estúpida de los anarquistas– y de la represión policial, en 1891 se celebró una “fiesta seria y digna” en el local del *Vorwärts*. Se cantó primero a coro la canción *Das Rothe Banner* (*La bandera roja*), siguiéndole un discurso de Adolf Uhle, un solo para barítono bajo el título de *Marsellesa de los trabajadores*, para cerrar la velada con el canto coral *Der Achtstuntag* (*La jornada de ocho horas*) y un baile familiar²⁹⁷. El repertorio mostraba así las influencias y el sincretismo de las primeras expresiones de un socialismo que ubicaba como faro a lo que acontecía en Europa, aunque sin contra todavía con un “centro simbólico” capaz de tipificar pautas, unificar significaciones y administrar una identidad que recién comenzaba a delimitarse. Al exclusivismo étnico de la “fiesta” de los alemanes, se sumaba la adaptación de símbolos provenientes de la tradición republicana francesa con las consignas propuestas en 1889.

En los apartados que siguen se analizará un fenómeno específico referido a las distintas aristas y al lugar central que adquirió la conmemoración del 1º de Mayo en la naciente cultura política de los socialistas que actuaban en Argentina. Allí, las prácticas políticas de las asambleas y conferencias, de difusión en la prensa, de organización en los centros y, como coronación de todo ello, de ocupación del espacio público, se cruzan con el horizonte de una simbología propia del socialismo internacional, modulada de acuerdo a las especificidades del caso nacional. En este sentido –a semejanza de lo que se ha visto con las conmemoraciones de la revolución del Parque para la UCR–, dicha celebración terminó por adoptar buena parte de las características de aquello que Émile Durkheim definiera a principios del siglo XX como “cultos positivos”, esto es, “ritos representativos” o conmemorativos que tenían un significado social y moral, pero que al mismo tiempo

²⁹⁷ “La fiesta de Mayo”, *Vorwärts*, 09/05/1891.

sustentaban una dimensión estética y recreativa (DURKHEIM, [1912] 2003: 561-575). Por supuesto, esa cultura política que todavía estaba en constitución encontró en el ritual conmemorativo una instancia privilegiada para desplegar todo un conjunto de intervenciones, prácticas, símbolos y sentidos que, por su carácter performativo, comenzaron a dotar de creencias y valores específicos a quienes se involucraban en su trama.

El análisis se ocupa, por un lado, de las inquietudes que en torno a la propaganda, la forma y el sentido de esta empresa desarrollaron los primeros dirigentes de lo que comenzó a ser desde 1894 el PS. Luego, las prácticas que efectivamente se promovieron desde la organización socialista, un laborioso esfuerzo que trasunta desde discretas formas semi-públicas hasta la consolidación de desfiles callejeros ritualizados, especialmente en la ciudad de Buenos Aires. Finalmente, una reconstrucción de las influencias alrededor de las estrategias conmemorativas más efectivas, entre las deseadas filiaciones con el movimiento socialista internacional y la recepción de sus principales exponentes, por un lado, y las inevitables referencias a un contexto nacional signado por una proliferación de celebraciones públicas de distinto tipo, sean oficiales, religiosas o político-partidarias. En este sentido, hacia 1900 la ocupación del espacio público y la construcción de solidaridades militantes comenzaron a discurrir de forma cada vez más acompasada, lo que demuestra una valoración de dichas prácticas que los socialistas compartían –y disputaban– con un espectro más amplio de actores sociales y políticos, en un momento clave de la gestación de su identidad partidaria.

II. La pedagogía política socialista o la obsesión por la propaganda

El 1° de Mayo fue pensado por quienes lo reivindicaban como la instancia que condensaba por excelencia el sentido de la “causa socialista”, a saber, la emancipación social y económica del proletariado entendido como clase explotada por medio de su organización política. Al mismo tiempo, en la utopía socialista ello conllevaba la construcción de una nueva humanidad que sucedería a la sociedad burguesa como consumación del desarrollo de la civilización moderna. Para entender estos postulados fijados en el discurso militante, es necesario aclarar primero una serie de puntos.

En la Argentina previa a 1894, pero sobre todo con el impulso de la Agrupación Socialista de Buenos Aires y al encausarse el proceso de unidad partidaria con las distintas

asociaciones socialistas existentes entre esa fecha y 1896, la llamada “propaganda socialista” aparecía como un tema predominante, un verdadero *leitmotiv* de los miembros de ese núcleo fundador. Profundizar en ello hace del 1° de Mayo algo más complejo y significativo que el mero seguimiento de la práctica conmemorativa de esa fecha por parte primero del PSOI y luego del PSOA, porque permite penetrar en las convicciones del imaginario socialista y en el proceso de constitución de su identidad política.

En este marco –coincidiendo con un movimiento internacional de arraigo variable en los espacios nacionales–, los socialistas argentinos se propusieron una enorme empresa moderna dirigida a persuadir a un público determinado, lo que puede concebirse como parte de un fenómeno más general de la política finisecular al surgir fuerzas que se consideraban con un carácter militante y que no contaban con el control de espacios vinculados al Estado. Ello conllevaba entonces un compromiso permanente y exclusivo de sus miembros, tanto en términos organizativos como emotivos y materiales. Si bien esto permite acercar las situaciones de socialistas y radicales, en lo que hace a éstos últimos su temprano acceso a instancias de representación política en el Parlamento y en algunas legislaturas provinciales tornó menos original su funcionamiento, respecto por ejemplo de otras fuerzas como el PAN o la UCN. Lo que sí demostró puntos de contactos entre las formaciones del radicalismo y del socialismo era su propensión a dotar de un carácter trascendente a su pertenencia política, llegando a exaltar las connotaciones emocionales de un compromiso que debía expresarse en distintas instancias. En este sentido, como afirma Christophe Prochasson para el caso francés, “ser socialista” en el cambio de siglo consistía fundamentalmente en hacer propaganda por la causa del socialismo, lo que implicaba una serie de prácticas militantes que se extendían desde los comportamientos privados, con ciertos límites, hasta la promoción y participación en actividades político-culturales que se irían diversificando y enriqueciendo cada vez más (PROCHASSON, 2009: 30).

En el primer capítulo se ha recorrido el proceso mediante el cual, a partir de esos distintos grupos y sobre todo en la Capital Federal, el partido fue presentándose como el centro simbólico de una identidad política que podía juzgarse preexistente a la organización de aquel como tal, recién concretada entre 1894/1896 y los años finales del siglo. La preocupación principal de este incipiente núcleo dirigente era entonces dar a conocer las ideas socialistas, lo cual plantea una serie de preguntas fundamentales: antes que nada, a quién se

dirigía y qué medios tenía la propaganda socialista. El primero de estos aspectos tiene algo de paradójico, porque el natural destinatario de este mensaje de emancipación social era una clase obrera cuya conciencia como tal, a ojos de los socialistas, se encontraba todavía en un estado muy incipiente. En palabras de Juan Bonino referidas al tono propagado desde *La Vanguardia*, se trataba sobre todo de “educar al pueblo” (v. g. el “pueblo trabajador”), con registros que iban desde la recepción teórica y práctica de la “doctrina socialista” a partir de referentes europeos, hasta dispositivos retóricos con enfoques pedagógicos y populares, como las viñetas ilustradas y los diálogos de ficción (BONINO, 2015: 19-24). De hecho, buena parte de las dificultades a la hora de organizar las acciones conmemorativas para el 1º de Mayo en esos primeros años será achacada a la supuesta “falta de conciencia de la masa obrera”²⁹⁸. Aún al avanzarse en la organización, hacia 1900, Adrián Patroni afirmaba que el objetivo del festejo era “inculcar en las masas indiferentes la necesidad de reformas inmediatas”²⁹⁹.

En este punto se instalaba para la dirigencia socialista el problema de las conmemoraciones, cuestión que en esos años era transversal a personalidades, en otros sentidos tan disímiles, como las de Leopoldo Lugones y Juan B. Justo, Adrián Patroni o José Ingenieros. Así, a la hora de la necesaria subjetivación y movilización de quienes debían adherir al socialismo, se evidenciaban en ocasiones los límites de un discurso que se legitimaba doctrinariamente como “verdad científica”, volviéndose necesaria la apelación a emociones, pasiones, valores y sentimientos que tenían un fundamento, en última instancia, irracional, pese a las reservas frente a un fenómeno que era juzgado para sus “otros” (el catolicismo, el patriotismo) como “mistificación”. El argumento vale asimismo para considerar las inquietudes de los publicistas del partido respecto de quienes ya se encontraban en sus filas: la propaganda socialista también debía convencer a los convencidos, “repetir incansablemente a los ya militantes, a los ‘proletarios conscientes y organizados’ lo que esta ‘minoría consciente’ se supone sabe por haberlo oído cien veces” (ANGENOT, 2010a: 119). En la concepción de estos primeros dirigentes, la interpelación buscaba cohesionar unas filas

²⁹⁸ En 1894 Esteban Jiménez, uno de los oradores del acto nocturno, expresaba ante una menuda concurrencia: “Estamos viendo que el número de trabajadores conscientes y prontos a lanzarse a la conquista de sus derechos, es todavía exiguo si se le compara con el número incalculable de los que aún sufren pasivamente su opresión”. “1º de Mayo. Nuestras reuniones”, *La Vanguardia*, 05/05/1894.

²⁹⁹ Adrián Patroni, “El 1º de Mayo”, en: *Almanaque Socialista de La Vanguardia para 1900*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1899.

socialistas aún muy recientemente organizadas y que requerían, por ello mismo, un momento particular de autodemstración de la fuerza adquirida, apelando a una gestualidad emotiva que se complementaba con un tono de fuerte protesta ante el orden social existente (CALLAHAN, 2010: XIII).

Las formas que debía adquirir lo que tempranamente los socialistas concibieron como la “Fiesta del Proletariado” se erigió en una obsesión recurrente de los mismos: ¿cómo montar esa demostración de fuerza al resto de la sociedad y, al mismo tiempo, entusiasmar a los militantes? Las dificultades evidenciadas en los años posteriores al mitin de 1890 imponían reflexiones que contrastaban con el anhelo de concretar grandes manifestaciones callejeras, como comenzaba a hacerse en ciertos países de Europa, en donde imperaban situaciones aún muy heterogéneas: en Inglaterra, por ejemplo, en la primera celebración de 1890 fueron las potentes organizaciones sindicales las que movilizaron unas 300.000 personas en el Hyde Park de Londres; en tanto fue en la Viena imperial, antes que la Alemania, en donde la socialdemocracia llevó a cabo un imponente desfile que descolocó a las autoridades policiales. La cuestión radicaba en que para 1890 o 1891, el 1º de Mayo se podía tratar de una manifestación o una apelación a la huelga como otras, aunque con la singularidad de ser una convocatoria internacional. Pero una vez que la fecha comenzó a ser tomada en serio tanto por los partidos socialistas nacionales y los gobiernos locales como por los propios congresos de la Internacional, que vislumbraban el potencial de dicha demostración de coordinación y unidad de acción –con todos los matices del caso–, se valoró cada vez más el “símbolo por encima de la razón práctica” (la jornada legal de 8 horas) (HOBASBAWM, [1998] 2013: 135-136).

En efecto, la eficacia de este tipo de expresiones masivas en la forma de procesiones, cortejos o concentraciones en espacios abiertos constituía una referencia recurrente en el discurso de la prensa, de instituciones que representaban a ciertos intereses particulares de la sociedad y del resto de las fuerzas políticas existentes en el país, en especial entre aquellas que pretendían darse una base popular y un carácter militante, así como las que decían responder a motivos “patrióticos”, sean oficiales o no. En palabras del periódico que precedió a *La Vanguardia* en la organización partidaria: “La Iglesia triunfó y dominó durante tanto tiempo gracias a las continuas fiestas, las reuniones de grandes masas al llamamiento de las campanas (...) *Es preciso pues influir sobre la sensibilidad de los hombres para conseguir*

su actividad en un cierto sentido anhelado”³⁰⁰. En su siguiente número, *El Socialista* profundizaba su concepto sobre la Fiesta del Trabajo, esta vez en relación a los mismos trabajadores que debían conmemorarla:

“No hay mayor medio de *infundir mayor sentimiento de amor propio* y de *elevar más la conciencia de su fuerza y poder* que el de reunir el proletariado en masa y públicamente, bajo la bandera propia, y bajo la seña y el santo que proclama su libertad y el mejoramiento de las condiciones materiales de su existencia (...) no hay mejor medio de propaganda y de agitación que la demostración en la calle”³⁰¹.

Se vislumbra allí una apuesta de las agrupaciones socialistas locales por lograr una subjetivación política de las masas trabajadoras todavía inmaduras para los cánones autoimpuestos por aquellas. Al mismo tiempo, en un aspecto que conecta con la concepción del socialismo como “nueva religión” desarrollado previamente, se percibe la constante referencia a unos “otros” siempre poderosos y arraigados en el sentir de esas masas, con los cuales es necesario competir, pero también imitar en sus prácticas: el catolicismo, el militarismo, el patriotismo. Habiéndose creado el Comité Central Argentino del Partido Socialista Internacional en abril de 1895, Juan B. Justo publicará un artículo enviado desde Europa que constituye un documento notable. Fuertemente impresionado por el espectáculo estético de las coloridas y disciplinadas filas del Partido Obrero Belga (POB) en sus celebraciones públicas, hará un llamado a los dirigentes socialistas argentinos en pos de la adopción de nuevas formas de demostración que contrasta o, mejor aún, se complementa en buena medida con el tono de su más conocido discurso “cientificista”. La apelación a instancias que tocaban fibras más sensibles en los militantes cumplía un papel que, ante sus mismos ojos, no debía ser desdeñado en una sociedad joven y plástica como la Argentina³⁰²:

“Todos los grupos con bandas de música, ramos de flores, antorchas y luces de colores formaron una manifestación del más bonito efecto. Pero *lo más hermoso en*

³⁰⁰ «Fiesta del 1° de Mayo», *El Socialista*, 18/03/1893 (subrayado propio).

³⁰¹ «La fiesta del 1° de Mayo», *El Socialista*, 25/03/1893. Analizando la experiencia particular de este periódico, Horacio Tarcus propone al socialista de origen alemán Germán Avé Lallemant como autor de ambas notas (TARCUS, [2008] 2013: 297). De todas formas, este tipo de inquietudes, como intenta demostrarse aquí, estaban en realidad mucho más extendidas entre los diversos promotores de la unidad socialista.

³⁰² Como bien ha sido destacado respecto del pensamiento político de Justo, su mentado “cientificismo” no era ciego a las inflexiones que podían generarse desde el campo de lo político y aún de las sensibilidades. Al respecto, ver GELI y PRISLEI (1993).

ella era el entusiasmo y la significación. Los himnos de la libertad y de fraternidad, al mismo tiempo que de protesta y de lucha, la Marsellesa y la Internacional, animaron la marcha en todo el camino, cantados con el sentimiento y la expresión que sólo pueden tener los coros espontáneos y populares (...) *qué poderoso medio de propaganda es la música. Cuántas almas que un razonamiento deja indiferentes serán arrastradas* (...) Aprendamos a emplear en bien de nuestra causa, la música, que la Iglesia y el patriotismo tan sabiamente emplean para perpetuar el reinado de la superstición y del odio”³⁰³.

Como luego se verá, esta propuesta de una propaganda socialista que debía apelar a dispositivos culturales capaces de movilizar y entusiasmar se materializará en la creación de una institución asociada al naciente partido, el Orfeón Socialista, que hará su estreno exactamente después de esta suerte de proclama a favor de una musicalización de la política: el 1º de Mayo de 1896. En este sentido, lo imperioso para la nueva dirigencia partidaria en esos primeros años era salir a la calle, exhibir sus fuerzas y entusiasmar a sus miembros, afianzando su identificación con la causa socialista, porque hasta ese mismo año las conmemoraciones no habían logrado trascender la estrecha sociabilidad del club, celebrándose en locales cerrados.

En tren de comparar con el caso de una UCR, que para entonces había ya consolidado su ritual conmemorativo, sólo una mirada fijada en la superficie de la retórica racionalista del PS puede pasar por alto que existían ciertas pautas y valoraciones comunes en las formas de propaganda e intervención pública. En especial cuando se juzgaban efectivas ciertas expresiones que se destacaban en una Europa mirada por unos y otros como experiencia modelo, pero atentas asimismo al estilo político nacido en el clima de 1889/1890 del cual Justo había formado parte como miembro de la original Unión Cívica de la Juventud. En este sentido, su propuesta enviada desde Bélgica guarda notables parecidos de familia con las inspiraciones alegadas por Barroetaveña en su reseña de la Unión Cívica, a saber, las manifestaciones y las “fiestas patrias” de las grandes capitales occidentales, así como con el deseo que formulara Alem ante el pedido de aquel referido a exhibir una demostración de fuerzas “imponente”. La música que contenía una carga, a la vez, de valores políticos y dimensiones emotivas, también había jugado un rol destacado en los motivos “patrióticos” esgrimidos por los cívicos y luego por los radicales en los primeros años de la década, ya que

³⁰³ J. B. J. (Juan B. Justo), “La propaganda por el arte”, *La Vanguardia*, 03/08/1895 (subrayado propio).

el Himno Nacional se había presentado como el solemne paso inicial para toda reunión o asamblea política de aquellos. En vista de ello, no fue una sorpresa que desde las páginas de *El Argentino* Adolfo Saldías criticara vivamente al ministro del Interior, Lucio V. López, cuando en 1893 promoviera la omisión de ciertas estrofas del Himno que podían resultar ofensivas para los residentes españoles en el país. De forma algo exagerada pero que revela la importancia asignada a estos dispositivos, el dirigente radical y activo militante de lo que consideraba causas patrióticas argumentaba que la medida constituía una amenaza para el país, porque de la integridad del Himno, en tanto símbolo de toda nación, dependían tanto la educación patriótica como el lugar del país en el concierto mundial, debido a que “las naciones civilizadas, por convenio tácito, se toleran recíprocamente todos esos motivos (...) esas expresiones simbolizan glorias nacionales que deben perpetuarse”³⁰⁴. Recién unos años después se concretaría la propuesta oficial, pero el ejemplo es sintomático de las preocupaciones en torno a las formas de subjetivación política en la Argentina finisecular, así como también de su posible instrumentalización crítica frente al gobierno³⁰⁵.

En cuanto a las conmemoraciones del 1º de Mayo en los años formativos del PS, esas instancias que permitían trascender la propaganda socialista desde la sociabilidad estrecha de los centros hasta las calles de la ciudad debían complementarse ya que, por distintos motivos, ambas aparecían como necesarias. Si el desfile público era una demostración de fuerza y de belleza de las “masas de trabajadores conscientes”, el ámbito más íntimo de la conferencia daba lugar a la emotividad propia de quienes comparten una misma causa. Hacia la conmemoración de 1900, cuando estas prácticas ya pueden percibirse como un ritual consolidado y tipificado en sus formas, un protagonista destacado de la propaganda socialista como Ingenieros afirmaba en una conferencia –luego impresa como folleto– que en todo el mundo “millones de conciencias se estremecen en una efusión suprema de entusiasmos generosos, vivificadas, todas, por el soplo de los mismos sentimientos, con todos los

³⁰⁴ Adolfo Saldías, “Lo del Himno Nacional”, *El Argentino*, 11/07/1893.

³⁰⁵ Acerca de la polémica en torno al proyecto de omisión de las estrofas del Himno, apoyado por asociaciones de la comunidad española, y la oposición de diarios, intelectuales y asociaciones, en el contexto de una reconfiguración de las relaciones hispano-argentinas a fines del siglo XIX, ver BERTONI (2001: 179–184). Por su parte, además de reconstruir el proceso mediante el cual se abreviaron finalmente las estrofas del Himno en 1900 por iniciativa del presidente Roca, Esteban Buch demuestra que la canción patria fue entonada durante los combates de la revolución del Parque tanto por las tropas rebeldes como por las leales al gobierno, afirmando que ese acontecimiento comenzó a instalarlo como un símbolo en disputa (BUCH, [1994] 2013: 113-120).

corazones palpitantes y confundidos en un mismo latido de promesas” (Ingenieros, 1900: 7)³⁰⁶.

Por su parte, una de las figuras que más fielmente encarnaban la religiosidad laica del socialismo, Enrique Dickmann, explicaba en el mismo número conmemorativo de *La Vanguardia* que “las fiestas son símbolos” que, de acuerdo a las fuerzas sociales que las promovieran, expresaban añoranza por el pasado (en el caso de los reaccionarios), celebración del presente (la burguesía dominante) o “augurio del Porvenir” (en el caso del socialismo). Las metáforas lumínicas, en tanto representaciones imaginarias de la política, contribuían a hacer inteligible el mensaje progresista propagado por los militantes partidarios. De allí que frente a los “símbolos de la Superstición” (de la religión tradicional) y a los “símbolos de la Barbarie” (del patriotismo y del militarismo que fomentaban el “odio entre razas”) cobrara valor “el Alba que cierra la Noche y abre el Día (...) *la Aurora que ahuyenta las Sombras, y anuncia al Sol*, a ese Sol grande radiante y resplandeciente, que sube sobre el horizonte de la vida de los pueblos, de la vida de la Humanidad, que es el Socialismo”³⁰⁷. Es en el 1º de Mayo, en su simultaneidad internacional, en su creciente masividad y en las promesas que incubaba para la redención primero del Proletariado Universal y luego de la Humanidad toda, que el socialismo se expresaba como religión secular, sacralizando su causa y sellando simbólicamente el destino de sus militantes, entendidos como cruzados del progreso y la civilización. Por eso los hombres y mujeres del PS no comprendían –de acuerdo al órgano partidario comentando la conmemoración de la revolución del Parque de 1894– que desde la UCR se homenajeara solemne y luctuosamente a sus muertos, anclando su mirada en el pasado en un culto que rozaba la necrofilia, aspecto que sería una de las críticas más sostenidas del socialismo argentino al estilo político del radicalismo (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008: 173). Sin embargo, esta misma apreciación no les permitía advertir hasta qué punto ambos rituales proyectaban un mismo dinamismo profético, al establecer de forma inevitable un puente entre pasado, presente y futuro al ritualizar en sus prácticas conmemorativas, elaborando discursos que entrelazaban los

³⁰⁶ El trabajo, que abordaba las distintas implicancias de la “Fiesta del Trabajo” socialista tal como iba cobrando forma hacia fines de siglo (explicación de su carácter festivo, el reclamo por la jornada de 8 horas, el antimilitarismo y el porvenir de la fecha), apareció primeramente como artículo en *La Vanguardia*, “1º de mayo”, 01/05/1899, y luego ampliado como folleto.

³⁰⁷ Enrique Dickmann, “Aurora de Mayo”, *La Vanguardia*, 01/05/1899.

motivos más estrictamente políticos con aquellos que se expresaban como sentimientos y creencias de un colectivo político, sacralizando el motivo de su lucha.

La retórica de la pasión cumplía así una función clave en la propaganda socialista, constituyendo una forma de persuadir que se sumaba a lo que por otro lado era entendido como una doctrina científica y pensada como fondo de verdad en un sentido determinista (ANGENOT, 2010a). En palabras una vez más de Ingenieros, apegado a esas concepciones científicas pero también dirigente partidario y, por momentos, espíritu díscolo para los cánones partidarios, “*el advenimiento de esa organización socialista es inevitable, porque la historia ha demostrado que la ley de la evolución, progresiva y constante, domina todo el campo de los fenómenos de la vida social*” (INGENIEROS, 1900: 11, destacado propio).

Esa confianza en las leyes de la Ciencia, en el futuro promisorio de una sociedad redimida, era precisamente el núcleo duro del mensaje de la Fiesta del Proletariado, como se aprecia en el dibujo de portada de *La Vanguardia* para la conmemoración de 1894, en donde la metáfora lumínica de la “ilustración del proletariado” juega un rol central, colocándose en un primer plano una alegoría femenina portando la antorcha del socialismo que ilumina a los trabajadores venidos al país desde los barcos (ver APÉNDICE, Imagen nº 7). Como ocurrirá con cada uno de los grabados aparecidos en el periódico partidario, se imponía una explicación didáctica del mismo, a los efectos de que los militantes identificaran la simbología propuesta. En este caso, se postulaba que “las ciencias, las artes, las grandes creaciones de la mecánica, todo lo bueno de esta sociedad que concurre unánimemente a la victoria del proletariado en su lucha contra la opresión, el vicio, la ignorancia, la superstición”. Allí se hacían presentes los instrumentos del obrero (el martillo) y los del intelectual (los libros), mientras detrás se pueden percibir los mástiles de los barcos que traen a los inmigrantes (y al progreso) y el humo de las fábricas que dan cuenta de las fuerzas de la economía (y de las leyes de la Historia). Empero, el personaje central de la composición es una alegoría femenina en la cual es posible advertir sin dificultades a la *Marianne* de la tradición republicana de origen francés. Lejos de adoptar una actitud piadosa ante los “mártires”, de representar una República/Nación desfalleciente ante una crisis moral, de portar armas o símbolos de lucha violenta, la mujer –sin gorro frigio pero coronada por una estrella– levanta la flama del socialismo que ilumina el camino de la civilización hacia su porvenir, mostrando en la desnudez de su seno la abundancia de esa sociedad que se

transforma. Como acompañantes, se ubican a su lado un obrero con su atuendo de trabajo, figurando el Proletariado como sujeto de la Historia, y un niño, símbolo de la juventud de un movimiento que posa sus expectativas en el futuro³⁰⁸. En el acervo de las culturas políticas finiseculares, las identidades en constitución, como la radical o la socialista, podían apelar a ciertas figuras, alegorías o símbolos comunes para representar sus ideales y los motivos de las luchas que otorgaban sentido a sus causas, filiándose en ciertas tradiciones que tenían como precedente común a la iconografía de la Revolución Francesa, pero estas operaciones no implicaban un uso similar de ese arsenal.

En una coyuntura además en que buena parte de los motivos liberal-republicanos se veían combinados por un patriotismo que podía adquirir tonos agudos en el contexto de una declamada “crisis nacional” o de la posibilidad de un aguerra limítrofe, se comprende que el internacionalismo socialista actuara como factor de distinción que delimitaba los contornos de la propia frontera simbólico-identitaria. Instalándose en esa tradición secular, los socialistas definían su mensaje a través de esa “religión de la Razón”, figura que Ernst Gombrich ha caracterizado como una de las creaciones medulares de la Revolución Francesa, derivada de su promesa de regeneración de la Humanidad (GOMBRICH, 2003). Como se ha afirmado previamente, lo paradójico de esta imagería del 1º de Mayo estribaba en que esa exaltación del racionalismo no dejaba de sustentar, en su adhesión, una fe concebida como creencia, pero también que sobreviviera a la crítica romántica, primero, y al vitalismo irracionalista, luego, en el cambio de siglo³⁰⁹.

³⁰⁸ “Nuestro grabado”, *La Vanguardia*, 01/05/1894. Dentro de la historiografía se han enunciado posiciones encontradas sobre el uso de la alegoría femenina –la célebre *Marianne*– en tiempos de la Segunda Internacional. Según Eric Hobsbawm, la mujer había representado para el imaginario de las izquierdas desde la Revolución Francesa la “imagen de la utopía”, de allí que el paso del “socialismo utópico” al “socialismo científico” –según la célebre fórmula del libro de Friedrich Engels– dio lugar a su mengua iconográfica; mientras que Maurice Agulhon considera a esta lectura como “hiper-sexualista”, ya que para él el movimiento obrero y socialista prolongaría la tradición más radical del movimiento democrático (HOBBSAWM, 1978; AGULHON, 1979).

³⁰⁹ El propio Gombrich da cuenta de las paradojas y retrocesos de este imaginario revolucionario de una Razón simbolizada con la Luz, la Belleza y el Deber, afirmando que quienes la reivindicaban “dieron por supuesto con demasiada facilidad que nuestro espacio semántico es fijo y que el bien y la luz siempre triunfarán y vencerán a la oscuridad y lo monstruoso”, recordando con el pintor Francisco de Goya que “El sueño de la razón produce monstruos” (GOMBRICH, 2003: 182-183).

III. La temprana consolidación de un ritual partidario

Ahora bien, es necesario aclarar que la del 1° de Mayo no era la única conmemoración significativa que organizará el naciente PS, aunque, de hecho, era la más significativa. Si se atiende a la otra fecha que actuaba como efeméride destacada en el calendario militante, la de la Comuna de París, observamos que desde las reuniones alusivas hasta los números especiales dedicados al 18 de marzo, la misma ocupa un lugar privilegiado pero en un claro segundo plano respecto de la Fiesta del Trabajo, al igual que en el resto de los partidos adheridos a la Segunda Internacional. Sin lugar a dudas, la singularidad de la Comuna dentro del imaginario socialista radicaba en que remitía a un acontecimiento concreto, a diferencia del 1° de Mayo que de alguna forma era una invención de la propia Internacional en base al antecedente de lo acontecido en Chicago en 1886, que pronto fue relegado como motivo de la celebración.

En este punto, los discursos alusivos que se sucedían año a año en el local del Centro Socialista Obrero de Buenos Aires revelan lo acertado de la afirmación de Georges Haupt en torno a que lo simbólico del 18 de Marzo provenía de su ejemplaridad histórica como la “primera revolución social”, pese a su fracaso, ya que la Revolución Francesa de 1789 se concebía bajo la fórmula de la “revolución burguesa”. Las imágenes que proyectaba su celebración eran entonces, antes que nada, las de una memoria y una “nueva conciencia histórica”: la que instalaba al Proletariado como vector de la Historia (HAUPT, 1971: 208-209). Pero, después de todo, la Comuna no dejaba de ser un hecho violento, generando rechazo en buena parte de unas filas socialistas que ya se habían decantado por la tarea de organizar a las masas proletarias de forma consciente para su intervención en la “acción política” legal. Por otro lado, si bien el rito no perdería vigencia mediante reuniones y conferencias anuales, jamás se convertirá, al menos en Argentina, en un motivo de ocupación masiva del espacio público y, por lo tanto, como demostración de visibilidad social. Sus sentidos, por tanto, estaban demasiado atados a la singularidad de la historia francesa. Allí, por obvias razones, la conmemoración y desfile anual en torno al Muro de los Federados en el cementerio del Père Lachaise de París tendría una significación excluyente para los grupos socialistas, constituyendo su “lugar de la memoria por excelencia, incluso por sobre un desfile del 1° de Mayo que sería férreamente controlado por las autoridades y repetidamente reprimido por el Ejército (REBÉRIOUX, 1997). De esta manera, se estableció

tempranamente en Argentina una jerarquía interna de las efemérides que daba forma a la construcción de una tradición socialista respecto de los usos del pasado, sublimando las potenciales violencias del mensaje revolucionario mediante el énfasis puesto por los organizadores de las celebraciones en el tono esperanzado, fraternal y ecuménico de la Fiesta del Proletariado. Por supuesto, ello no obstaba para que circunstancias particulares y acontecimientos puntuales tuvieran como resultado una agudización del antagonismo frente a otras fuerzas concretas (las autoridades, la policía) o más bien negativamente idealizadas (el clericalismo, el patriotismo, el militarismo), dando lugar a hechos de tensión y hasta violencia.

Esa capacidad del 1° de Mayo para aglutinar no sólo los reclamos inmediatos sino también las máximas aspiraciones del movimiento socialista internacional y constituirse en una fecha-símbolo fue destacada tempranamente por la joven socialista polaca Rosa Luxemburg. En un breve artículo de 1894 reconstruyó su historia y su significación, remontándose al reclamo por la jornada laboral de 8 horas de los obreros australianos en 1856, para luego mencionar la fijación de la fecha por parte de los trabajadores norteamericanos en 1886, el Congreso Internacional Obrero de 1889 y el pedido del delegado de los sindicatos franceses de realizar una jornada de paro laboral pensada como “fiesta proletaria universal”. Allí se preguntaba qué podría proporcionar a los trabajadores más fe en su propia fuerza que un paro mundial simultáneo decretado por ellos mismos, cerrando con el argumento de que si el “1° de Mayo significaba establecer la jornada de ocho horas (...) mientras todas las exigencias no hayan sido satisfechas, el 1° de Mayo continuará siendo la manifestación anual de esos reclamos” (LUXEMBURG, 1894). Para lo que aquí interesa, será el mismo PS argentino en proceso de constitución quien tomará la conmemoración anual como un ritual que actuaría como índice de su consolidación como fuerza política, capaz de construir identidad y poder de convocatoria y movilización. Esa capacidad performativa requería entonces como condición de posibilidad ocupar espacios como las plazas y las calles, pero también, antes que nada, preparación.

Los trabajos previos para organizar la conmemoración, las llamadas “reuniones de propaganda” y las suscripciones para solventar los gastos, comenzaban a principios de marzo, dos meses antes de la celebración, con modalidades semejantes a las de los miembros de la UCR en vísperas de las conmemoraciones del 26 de Julio. Pero la consolidación de la

situación partidaria y la misma complejización del ritual del 1° de Mayo otorgaron una mayor diversidad y densidad a esa elaboración coordinada. Pueden distinguirse en este sentido dos etapas: la que se extiende entre 1894 y 1896, de acuerdo tanto a un proceso de unificación partidaria y a formas conmemorativas semi-públicas, por un lado; y, por otro, aquella que discurre entre 1897, cuando los socialistas saldrán a las calles a festejar el 1° de Mayo, y 1901, con formas de celebración que ya pueden considerarse tipificadas y antes de que el llamado sector “organizador” del anarquismo comience a disputar una vez más la fecha a los socialistas al hacerse fuerte en las sociedades gremiales que protagonizarán un nuevo ciclo de protestas obreras a inicios del nuevo siglo.

Como se afirmó, en 1894 la organización estuvo a cargo de un “Comité para el 1° de Mayo” coordinado por “delegados de las agrupaciones socialistas”³¹⁰, mientras que una serie de sociedades republicanas italianas harían su propio festejo con sendas tertulias –según anunciaba su vocero, *L’Amico del Popolo*–: la “Alleanza Republicana Universale” junto al “Centro Republicano Italiano” se reunirían en la Isla de los Lombardos (Riachuelo) para un “modesto lunch”, y “L’Unione Republicana” daría un banquete en su local. Por su parte, los grupos anarquistas se abstendrían de toda celebración³¹¹. Esta lógica a la hora de plantear las convocatorias y centralizar los esfuerzos comenzará a cambiar al año siguiente, aunque sin mayores consecuencias en los resultados, ya que el Manifiesto publicado por el Centro Socialista Obrero que invitaba “a celebrar manifestaciones y reuniones públicas, con las que (...) demostraremos a la clase capitalista nuestra fuerza”³¹², no logró viabilizar la tan ansiada salida a la calle. Sin embargo, se advierte lo que se ha señalado respecto de los manifiestos previos a las celebraciones del 1° de Mayo en Francia en tiempos de una embrionaria organización partidaria unificada (existían, como se vio, 3 y hasta 4 “partidos” o grupos socialistas al mismo tiempo), en donde una determinada fuerza “se autoriza a hablar en nombre propio y pretende reservarse el monopolio de la producción y la interpretación de sus reivindicaciones” (OFFERLÉ, 2005: 51).

Para 1896 podemos advertir ya, en consonancia con estos avances, una trama más compleja en el armado conmemorativo. Esta vez se diversifican las actividades, sumándose el estreno musical del Orfeón Socialista (el órgano partidario afirmaba que con ello “nuestros

³¹⁰ “Notas de la semana”, *La Vanguardia*, 14/04/1894.

³¹¹ “El 1° de Mayo y los socialistas de la Argentina”, *La Prensa*, 30/04/1894.

³¹² El Manifiesto apareció titulado “Centro Socialista Obrero. A los trabajadores”, *La Vanguardia*, 13/04/1895.

medios de propaganda han recibido un poderoso contingente”) y un picnic campestre, pero todavía el número de militantes adheridos a los 8 centros socialistas de la Capital aparece como una minoría intensa (unos 600, si confiamos en el informe de *La Vanguardia*)³¹³. Un mes después el Congreso constituyente confirmaba “la declaración de los demás congresos socialistas declarando el 1º de Mayo” como jornada de protesta ante los poderes públicos (ODDONE, 1983: 63), tomando como fundamento las resoluciones de los congresos de la Internacional de los años 1889, 1891 y 1893, las cuales habían progresivamente pautado las formas de “*agitación y propaganda*” que se recomendaba llevar a cabo, estipulando así los sentidos de la “manifestación internacional del 1º de Mayo”. La evolución se percibe entre el documento elaborado por el congreso fundacional de París de 1889, que establecía la necesidad de que la clase obrera efectuara una “gran manifestación internacional (...) en las condiciones que les son impuestas por la situación especial de cada país”, y la resolución de Zürich (1893), que entendía que el actor que debía llevar adelante la jornada era “la democracia socialista de cada país”, esto es, los partidos reconocidos por la misma Internacional, “por medio de volantes, conferencias, por la prensa socialista, por demostraciones en el seno de asambleas y cuerpos políticos” (CONGRÈS SOCIALISTES INTERNATIONAUX, 1902: 57-61, destacado en el original). Ello evidenciaba que, en los años que median la década de 1890, la conmemoración del 1º de Mayo a nivel internacional daba cuenta de un mosaico relativamente heterogéneo de experiencias y modalidades, destacándose los partidos socialistas mejor organizados en espacios acotados (en Bélgica, la socialdemocracia austríaca) o los mítines sindicales en el mundo anglosajón (Inglaterra, Estados Unidos y Australia)³¹⁴.

El panorama es decididamente diferente en 1897 en lo que respecta a los trabajos previos y puede concebirse como el primer paso en la consolidación del ritual. En primer lugar, la sociabilidad partidaria se hace más densa, contando el PSOA con unos 22 centros adheridos en todo el país, y además se concretarían celebraciones con desfiles callejeros y

³¹³ “El próximo congreso”, *La Vanguardia*, 09/05/1896.

³¹⁴ Las características de la conmemoración variaba incluso de un lugar a otro, en las formas y sentidos. Así, los divididos grupos socialistas se reunían en Francia en salas cerradas o teatros, en tanto en Bruselas, Gante o Viena ya se había institucionalizado el desfile disciplinado de las huestes partidarias como modalidad privilegiada, sumando sociedades corales de niños, como en los cortejos sindicales en el Hyde Park de Londres. Por su parte, en Estados Unidos se produjeron como nota singular grandes manifestaciones de desocupados el 1º de Mayo de 1894 (DOMMANGET, 1975: 158-163).

conferencias en Rosario –que estaba concretando la creación de s propio Centro Socialista Universitario³¹⁵– y las localidades bonaerenses de Campana y Bragado, en este caso, con huelgas parciales. Más importante en relación a la institucionalización del festejo, se creará *ad hoc* una “Comisión organizadora de la Fiesta del Trabajo” que de allí en más reiterará anualmente sus actividades. Por otro lado, el sistema de las suscripciones voluntarias para costear el número especial con ilustraciones que publicaba *La Vanguardia* desde 1894 debió complementarse con fondos de la caja partidaria para poder hacer frente a los gastos de las distintas instancias de la conmemoración³¹⁶. Éstas incluían ahora un programa sustancialmente enriquecido con varias veladas la noche de la víspera, manifestación callejera y reuniones nocturnas en un salón de la ciudad. Asimismo, el Comité Ejecutivo Nacional del PSOA desde 1898 comenzó a despachar delegados oficiales que actuarían como conferencistas en las reuniones por el 1° de Mayo en el interior del país (Bahía Blanca, Santiago del Estero, Mar del Plata, etc.), estableciendo un control más efectivo sobre los núcleos socialistas locales. Hasta allí, la mayor parte de las iniciativas locales por conmemorar la fecha se habían regido por las características propias de la organización sindical, política o asociativa de cada espacio, pero la presencia del partido no era en absoluto la norma.

Esta propaganda conmemorativa mediante reuniones, conferencias, reparto de volantes y pegada callejera de manifiestos partidarios no hará sino intensificarse en los últimos años del siglo, especialmente en la Capital Federal, al calor del mismo crecimiento del PS³¹⁷. Además de los barrios obreros de La Boca, Barracas y los Corrales –donde se encontraban los centros socialistas más numerosos–, el CEN se preocupó junto con el Centro Socialista Universitario de “activar la propaganda por todos los medios entre el elemento estudiantil”³¹⁸, dando muestras de que el mensaje en torno al 1° de Mayo estaba dirigido, según la circular a los centros socialistas, “a sus adherentes y a todos los que simpaticen con

³¹⁵ El proyecto había sido presentado en mayo de 1895 por tres estudiantes: Froilán Ortiz, Francisco Florentino y Enrique Del Valle Iberlucea (“Centro Socialista Obrero”, *La Vanguardia*, 11/05/1895).

³¹⁶ *Actas del Centro Socialista Universitario*, Buenos Aires, sesión del 31/05/1897, en: ÍÑIGO CARRERA (1996: 7).

³¹⁷ Esto no sin hostilidades de parte de las autoridades policiales, como en 1897, cuando habiendo sido otorgado el permiso para la manifestación pública, “en algunos barrios los vigilantes han arrancado los carteles de invitación para el meeting” (“La fiesta obrera”, *El Tiempo*, 01/05/1897).

³¹⁸ *Actas del Centro Socialista Universitario*, Buenos Aires, sesión del 31/05/1897.

los principios del Partido Socialista Obrero Argentino”³¹⁹. La fórmula tenía un parecido notable con la empleada por los clubes parroquiales de la UCR cuando incluía en la misma incluso a los extranjeros, pero las causas y los motivos diferían sensiblemente. Esto es, para el socialismo se trataba de una convocatoria que si bien enfatizaba en el núcleo obrerista del mensaje para la fecha, por el reclamo central de la jornada de 8 horas, comenzaba a establecer los que pueden denominarse círculos de adhesión e involucramiento. Se ubicaba en el centro simbólico al partido y los militantes afiliados al mismo, y luego a los mismos trabajadores que eran los destinatarios naturales de dicha prédica; finalmente, a ciertos grupos que comenzaban a valorar la labor socialista, ya sea por su rica obra cultural en centros, bibliotecas o la Universidad de Buenos Aires, así como por simpatizar con una causa que se presentaba al mismo tiempo como contestataria pero se quería “civilizada” y progresista.

La ampliación del espectro de interpelación en torno a una fecha-símbolo que comenzaba a evidenciar su capacidad de movilización, como se desarrollará en el apartado siguiente, calará de esta manera en ciertos nichos particularmente valorados por el socialismo argentino, como era la juventud universitaria, un actor que había tenido un papel destacado en la agitación política iniciada a principios de la década de 1890 y que una UCR en descomposición ya no podía contener. Al mismo tiempo, ello implicaba cierto ajuste en el discurso partidario a la hora de invocar lo que podemos definir como figuras ideales del militante socialista. Las mismas se recortaban en la propia iconografía conmemorativa del 1º de Mayo propuesta por *La Vanguardia*, pero el establecimiento de dicha tipología ideal requería, según la concepción pedagógica de la dirigencia socialista, una fijación de sentido. De allí que en el dibujo realizado por José María Cao en 1897 (ver APÉNDICE, imagen nº 7) se muestra la confluencia de los “proletarios de todos los países”, que reclaman por la jornada de 8 horas, con los representantes del socialismo local: el “obrero”, el “paisano” y el “trabajador intelectual”. La alegoría del movimiento socialista apelaba al internacionalismo de la célebre fórmula del *Manifiesto comunista* para figurar al “gran ejército trabajador”:

“El 1º de Mayo es el día de revista de las fuerzas proletarias. El proletariado argentino concurre hoy también al desfile (...) El *obrero*, el trabajador de la ciudad, ha sido el pionero en dar el grito de emancipación y es el que lleva la bandera. (...) El *paisano*,

³¹⁹ La circular de los clubes parroquiales del PSOA (Pilar, San Telmo, Catedral al Sur, San Cristóbal, etc.) apareció en: “Propaganda”, *La Vanguardia*, 26/03/1898.

es el productor argentino por excelencia, sin perder su tipo original, marcha también a combatir contra los señores de la tierra. Pero su presencia en nuestra figura es sólo un símbolo. Todavía el paisano no ha comprendido su situación. (...) Va, por fin, el *obrero intelectual*, el maestro de escuela, el profesor, el periodista, que, también se rebelan, porque sienten y comprenden la injusticia, porque les repugna la mezquindad y la hipocresía de la clase dominante”³²⁰.

La composición se asemejaba a la propuesta por el artista inglés Walter Crane en su afiche elaborado para el 1º de Mayo y Congreso de Londres del año anterior, en donde la “solidaridad internacional del trabajo” se oponía como la “verdadera respuesta al jingoísmo” (ver APÉNDICE, imagen nº 8), esto es, la creciente escalada de hostilidad entre las naciones europeas que tenía su correlato sudamericano en el conflicto limítrofe argentino-chileno. La iconografía socialista incorporaba así los tópicos finiseculares de un pacifismo que se enfrentaba a la creciente capacidad de movilización de un patriotismo militante. Por eso, como contrapunto, aparecen en la portada de *La Vanguardia* aquellos que los socialistas presentaban como sus “otros”: el *káiser* alemán, símbolo del autoritarismo, la proscripción socialista y el militarismo; el Papa, que sosteniendo la encíclica *Rerum Novarum* demostraría la falsa solidaridad de un catolicismo oscurantista, aunque al ocuparse de la “cuestión social” se convertía en un potencial competidor del mensaje emancipatorio del socialismo; el primer ministro italiano Rudini, que había llevado a cabo feroces represiones policiales contra las manifestaciones obreras; el representante de la Restauración española Antonio Cánovas, erigido por el fraude electoral; finalmente, Julio Roca, que es descripto como el representante político por excelencia de la burguesía argentina, o sea, el antagonista natural del socialismo en el país.

Finalmente, un dato de la factura de la obra que puede pasar desapercibido. El autor del grabado es un artista que ya tenía un recorrido en la prensa política y la iconografía militante, pero no en el socialismo: es José María Cao, que ya había colaborado en la elaboración de algunas de las más representativas imágenes sobre el radicalismo, las conmemoraciones de la revolución del Parque y el Panteón dedicado a los “mártires-caídos”. Esta vez el autor no firmaba con su seudónimo de *Don Quijote* (Demócrito II), sino con su propio nombre. Sin lugar a dudas, es posible afirmar que, por un lado, existía un reconocimiento y una circulación de concepciones sobre la importancia de las imágenes a la

³²⁰ “Nuestro grabado”, *La Vanguardia*, 01/05/1897 (subrayados en el original).

hora de difundir los mensajes y las figuras idealizadas de estas dos identidades que se pensaban con un sentido fuertemente militante; por otro lado, que el propio Cao estaba al tanto de los símbolos y las consignas de una iconografía de la Segunda Internacional que comenzaban a definir los contornos estético-políticos a los que apelará de allí en más el socialismo local³²¹.

Teniendo en cuenta lo embrionario de la organización partidaria y que sería recién hacia 1900 que se consolidarían estas concepciones y estas formas para el ritual conmemorativo, estas imágenes eran una muestra cabal más de las aspiraciones que del verdadero arraigo del PS entre los actores a quienes pretendía representar. Pero también debe consignarse que su expansión en nuevos espacios no dejará de generar tensiones: en 1899, al repartir por ejemplo los estudiantes socialistas manifiestos por la Fiesta del Proletariado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires –lugar en que actuaría Justo y donde se reclutaría a figuras como Ingenieros o Nicolás Repetto– “se produjeron algunos incidentes violentos”, según *La Vanguardia*, “debido a la intolerancia y falta de cultura de algunos estudiantes burgueses”³²². La propaganda socialista, en general, y la pedagogía conmemorativa, en particular, entrañaba entonces sus momentos de tensión para los militantes partidarios, ya que en el fin de siglo argentino la primera de ellas adquirirá por su prédica clasista, por su internacionalismo y su antimilitarismo, un tono disonante. Al mismo tiempo, esta actividad militante será crecientemente objeto de la represión policial, al irrumpir en la velada nocturna del 1º de Mayo de 1897 o en el mitin socialista contra el fraude

³²¹ Esta concepción se sintetizaba en lo propuesto por el publicista del socialismo belga y cabeza de la célebre *Maison du Peuple* de Bruselas, Jules Destrée. En sus palabras, el objetivo era fundir lo más avanzado del arte (como inquietud estético-moral) con lo más avanzado de la política, porque la “sociedad futura” –como en el movimiento *arts-and-crafts* en que militaba Walter Crane– exigía de ambos la creación de una “nueva fe”: el punto de llegada debía ser “una revolución completa, no solamente económica, sino también científica, estética y moral, revolución que implica la transformación de todos los factores sociales, de todas las influencias que actúan sobre los destinos humanos” (DESTRÉE, 1896: 4). Un paneo de la evolución de las obras de Cao como caricaturista en los periódicos satírico-políticos de la Argentina del cambio de siglo (*Don Quijote*, *Caras y Caretas* y *Fray Mocho*), puede consultarse en el catálogo de la muestra LA ARGENTINA SIN CARETA. JOSÉ MARÍA CAO. ILUSTRACIONES 1893-1918 (2007). El catálogo, paradójicamente, omite las ilustraciones de Cao aquí trabajadas referidas a la UCR y al PS, centrándose en sus caricaturas críticas sobre los políticos del PAN.

³²² “Los estudiantes socialistas”, *La Vanguardia*, 06/05/1899. Las memorias de un actor que por entonces se encontraba inserto en el ámbito universitario dan cuenta precisamente de la intensa y disonante prédica de los socialistas en dicho medio, logrando no escaso éxito en su propaganda al convocar anualmente a los estudiantes a la “Fiesta del Proletariado” (GIUSTI, 1965).

electoral poco antes de la conmemoración del año siguiente³²³. Todo ello demostraba que desde los sectores dominantes, pese a lo que afirmaban los socialistas, la fecha podía adquirir a ojos de sus adversarios un sentido de amenaza social, política e ideológica. Algo similar había ocurrido con las grandes manifestaciones conmemorativas de los radicales, aunque precisamente por lo contrario, esto es, por la exaltación de la figura del ciudadano en armas y por la apología memorialista de la revolución como un acontecimiento que había venido a sacudir el sentimiento patriótico de una sociedad que se encontraba en profunda transformación.

IV. De la reunión a la manifestación: las formas de la conmemoración socialista

Esta evolución en lo que hace a las instancias organizativas y a las preocupaciones de los miembros del joven partido por las formas más adecuadas para construir una instancia de identificación de los militantes se tradujo en una serie de prácticas. Las mismas, por supuesto, también muestran la creciente efectividad de los dispositivos rituales puestos en escena por los socialistas para encuadrar a las bases y darse una serie de símbolos que pretendían cohesionar y entusiasmar, al mismo tiempo que contribuía a disciplinarlas dentro de las filas del partido. Pero este no fue un proceso sencillo, ya que implicó una maduración del *savoir faire* de los dirigentes socialistas argentinos.

Hemos visto que el mitin del 1º de Mayo de 1890 en el Prado Español de Buenos Aires, en un contexto de crisis económico-política y de movilización social, había logrado reunir una cantidad de manifestantes sin precedentes en cuanto a las incipientes organizaciones de izquierdas. Pero su importancia comenzaría a valorarse menos por ese dato contextual que por actuar, en la memoria siempre retrospectiva, bajo el signo de un acontecimiento fundacional, esto es, como el inicio de un relato para el joven PS. Cobraba así forma local el mito internacionalista del 1º de Mayo como un momento en que se producía en simultáneo, en todos los países del mundo, una reivindicación de la solidaridad de los explotados, una protesta a favor de sus derechos y de la paz mundial, denunciando el carácter belicoso de los gobiernos de la clase burguesa. He allí los dos sentidos primordiales de la fecha, tal como la entendían los socialistas, condensados en dos consignas: las 8 horas y el

³²³ “La noticia falsa de *La Prensa*”, *La Vanguardia*, 09/05/1897; “Reunión socialista. Varios incidentes”, *La Prensa*, 18/04/1898.

antimilitarismo. Ello implicaba, asimismo, que el PS produjera una narración propia sobre su historia en el país. Como explicaba –de forma algo discutible en relación a lo acontecido– el *Anuario Socialista de La Vanguardia*, en una doble página que contenía las fotografías de las plazas Constitución y Rodríguez Peña, de donde partían y llegaban respectivamente los cortejos partidarios:

“Entre nosotros, la manifestación del 1º de Mayo se celebró por primera vez en 1890, organizada por los socialistas. Fue aquella una reunión importante y entusiasta, que ha dejado un recuerdo vivo en todos los que asistieron a ella y que despertó grandes inquietudes en la burguesía argentina”³²⁴.

Previamente se afirmó que las primeras conmemoraciones promovidas por el núcleo partidario a partir de 1894 no habían logrado sobrepasar los límites de una sociabilidad embrionaria. Las reuniones nocturnas realizadas primero en el local de la Sociedad San Martín y, en 1895 y 1896, en el Vorwärts convocaron a varios cientos de entusiastas, evidenciando la necesidad de contener a unas fuerzas que los mismos dirigentes consideraban demasiado débiles para disputar otros espacios³²⁵. Así y todo, en 1894 algunos anarquistas irrumpieron en el local y se produjeron disturbios, refiriéndose a ellos Esteban Jiménez como una “masa inconsciente y desorganizada”³²⁶, mote descalificativo típico del discurso socialista que revelaba, de fondo, una disputa en el seno de la cultura de las izquierdas por la apropiación de los sentidos y el monopolio de la conmemoración.

En este marco semi-público del club, la proximidad del orador con el auditorio jugaba un papel esencial para lograr el efecto de comunión de los creyentes en una misma causa, efectuándose discursos tanto en castellano como en italiano, francés y alemán, mientras que el mensaje de los mismos hacía hincapié en la necesidad de la “acción política” y en la “lucha legal”, para diferenciarse de lo que se consideraba la violencia anarquista, pero también de aquellas posturas dentro del naciente movimiento obrero que supeditaban sus acciones a la lucha estrictamente gremial. El dirigir la palabra desde la tribuna venía a confirmar la

³²⁴ “1º de Mayo”, *Almanaque Socialista de La Vanguardia para 1903*, Buenos Aires, Imprenta Veggia Hermanos, 1902.

³²⁵ Debe tenerse en cuenta que la última conmemoración callejera hasta ese momento, efectuada por grupos anarquistas, había terminado en 1891 con una fuerte represión policial, coincidiendo el período posterior con un reflujo de la conflictividad obrera. Al respecto, ver POY (2011: 37-38).

³²⁶ “El 1º de Mayo. Las reuniones de ayer”, *La Prensa*, 02/05/1894; “Movimiento obrero argentino. 1º de Mayo. Nuestras reuniones”, *La Vanguardia*, 05/05/1894.

posición de varias figuras emergentes, como Justo, Ingenieros, Patroni y otros provenientes de las asociaciones de origen extranjero. También era un paso fundamental para otros recién llegados que comenzarían un largo *cursus honorum* en su trayectoria militante dentro del socialismo local, como Enrique Dickmann, presentado en las crónicas del acto de 1896 como “un joven ruso, estudiante”³²⁷, quien se encargó de comentar en sus memorias la emoción de compartir mesa con Lugones y Roberto Payró (DICKMANN, 1949: 106). La lectura de telegramas de adhesión de grupos socialistas del interior o de Brasil y Uruguay será asimismo una constante. El objetivo era mostrar que lo reducido del grupo reunido no implicaba aislamiento y que existía un código de acción conjunta propio de esa cultura política en la que abrevaban los socialistas.

La conmemoración de 1896 actúa, por otro lado, como una transición hacia el tipo de celebración que se adoptará en los últimos años del siglo, al realizarse “con mucho más entusiasmo que el año anterior”. Como consecuencia de la cercanía del Congreso partidario, el repertorio incluyó esta vez un momento de disfrute familiar matutino con un asado en los Corrales, pero una serie de elementos permiten confirmar esta mutación, que puede pensarse como la puesta en escena de la imagen que se quería proyectar. En el picnic campestre, Luisa Pizza, hija de un reconocido militante socialista y dirigente gremial, subió a la tribuna con una bandera roja e instó a sus “compañeras” en una clave novedosa: “La causa del socialismo no es, ni debe ser la causa de los hombres solamente; también las mujeres debemos ser socialistas: os invito a que demos un viva al 1° de Mayo y al socialismo”. A continuación, “debido al entusiasmo del acto”, los participantes decidieron “volver al centro en corporación” encabezados por “cuatro señoritas” con banderas rojas y entonando por las calles de la ciudad el *Himno dei Lavoratori* y el *Himno de Carratalá*, hasta llegar al local del Vorwarts, lugar en que se realizó la velada nocturna.

Si se tiene en cuenta el reclamo hecho por Justo a la luz de su visita a Bélgica respecto de la música como forma de compenetrar a los militantes (“poderoso elemento de propaganda”), el estreno del Orfeón Socialista parecía apuntar en esa dirección. Junto a *La Internacional* o “Marsellesa socialista”, las marchas entonadas constituirán de allí en más los acordes litúrgicos y festivos de toda reunión socialista, siendo constantemente destacado por

³²⁷ “Movimiento obrero. El 1° de Mayo. La reunión socialista de anoche”, *La Prensa*, 02/05/1896; “El 1° de Mayo. Su celebración en esta capital”, *La Vanguardia*, 09/05/1896.

la prensa su papel como forma de entusiasmar a los manifestantes, pero también de hacerlos marchar ordenadamente, una preocupación recurrente de los dirigentes partidarios. En lo que hace a la primera, los versos de *La Internacional* habían sido compuestos por Eugene Pottier en 1871 luego de la derrota de la Comuna de París, como un himno a los “mártires” de la represión, y su música fue obra de Pierre Degeyter, en principio, como parte de la pléyade de himnos del cancionero revolucionario de la Fédération du Nord del Parti Ouvrier Français dirigido por Jules Guesde, en 1888. Si bien el objetivo original de sus creadores ya ponía el foco en la importancia de la “propaganda por la canción” en los coros de las asociaciones obreras (DOMMANGET, 1938)³²⁸, fue su capacidad de simbolizar una causa universal a partir de un acontecimiento particular la que llevó a que fuese traducida rápidamente al inglés por Eleanor Marx –la militante socialista, hija del referente de la Primera Internacional– y al alemán por Franz Mehring, intelectual que revistaba en las filas de la socialdemocracia alemana³²⁹. Rápidamente institucionalizada en los círculos socialistas franceses y exportada en sus versiones vernáculas, se incorporó al repertorio musical del socialismo argentino en el desfile de 1897 y la difusión de sus acordes y de su letra en castellano aparecerán en traducción del militante platense del PS Alfredo Torcelli en las páginas del *Almanaque Socialista de La Vanguardia* (ver APÉNDICE, Imagen nº 9) transmitiendo el mensaje de la Fiesta del Proletariado al exaltar la “Felicidad de la Humanidad” y la máxima de “Ni César, ni Dios, ni Búrgués”³³⁰. En este sentido, cabe afirmar que, si bien en las fiestas más regulares que comenzaron a organizar los centros y asociaciones socialistas la música clásica o “cultura” ocupará un lugar destacado (con interpretaciones de Wagner, Verdi o Puccini), los himnos como *La Internacional* o el Himno de los Trabajadores de Turati oficiarán de medios para entusiasmar, o sea, como forma de politización a través de un medio similar al que ocupaban

³²⁸ Ese era un contexto que en Francia puede ser concebido como de tensión entre una tradición republicana en consolidación, pero que rápidamente se verá flanqueada y tensionada por las expresiones musicales (algo belicosas) del nacionalismo antiparlamentario y por los himnos revolucionarios de unas izquierdas que, si bien derivaba ciertos motivos de aquella tradición, sumaban ahora las singularidades de las experiencias musicales anarquista y socialista (de la *Carmagnole* libertaria a *L'Internationale*) (IHL, 2016).

³²⁹ Ver el detallado análisis sobre el tema en GLUCKSTEIN (2008).

³³⁰ Alfredo Torcelli, “La Internacional”, *Almanaque Socialista de La Vanguardia para 1903*, Buenos Aires, Imprenta Veggia Hermanos, 1902. Por su parte, el *Himno dei Lavoratori* fue compuesto por el líder socialista italiano Filippo Turati en 1886, mientras que Rafael Carratalá Ramos, obrero tipógrafo español y dirigente socialista, también confeccionó la marcha que lleva su nombre en la década de 1880. Sobre el *Himno de Carratalá* y su lugar en la cultura política socialista, ver DE LUIS MARTÍN (1993).

los himnos nacionales en las fiestas patrias, involucrando a los asistentes en una demostración de adhesión con la causa celebrada³³¹.

En cuanto a la bandera roja que aparece en la manifestación de 1896, era ya un componente central de la “parafernalia ritual” del mundo obrero en la segunda mitad del siglo XIX, en tanto “los nuevos temas ideológicos requerían nuevos símbolos visuales de la lucha anticapitalista y de la esperanza socialista” (HOBSBAWM, 1984: 72-73). A su vez, la misma fue rápidamente adoptada en Argentina por la cultura de izquierdas, “expresando la necesidad de dotar de un símbolo identificador a ese colectivo tan disperso y heterogéneo que eran los trabajadores locales hacia fines del siglo XIX” (SURIANO, 2001: 307). Ese símbolo, que filiaba al naciente socialismo argentino con un movimiento mundial, tendrá un lugar protagónico en la iconografía, los desfiles y las reuniones partidarias, como se ha visto en el 1º de Mayo celebrado por el Vorwärts en 1891, donde aparece como canción de los grupos socialdemócratas alemanes y cantada en ese idioma. Pero, de acuerdo a la polisemia que solían incubar todas las expresiones simbólicas en una cultura nueva que adaptaba elementos de tradiciones precedentes, sus sentidos variarán en cada ocasión.

En su discurso del 1º de Mayo 1896, por ejemplo, Lugones se referirá a la bandera roja, una vez más en metáfora lumínica, como “símbolo de la aurora y no de la sangre”, en torno a la cual se reunirían los manifestantes³³², esto es, dando cuenta de una esperanza y no de la lucha violenta (pese a que Lugones apelaría a esas imágenes más belicosas). Mientras que el Manifiesto lanzado por el Centro Socialista Universitario invitando a los estudiantes a la “Fiesta del Trabajo” del año siguiente los interpelará como parte de un colectivo de “obreros intelectuales” (figura ideal antes caracterizada) que debían acompañar a los “trabajadores manuales”, cerrando con un la frase: “saludemos a la bandera roja de la IGUALDAD”³³³, demostrando que además de las expectativas futuras podía representar la solidaridad de un movimiento que aspiraba a incluir grupos que excedían a la clase obrera *stricto sensu*. Pero los sentidos de la insignia socialista podían ampliarse al preanunciar no sólo la escatología de la “Aurora futura” o los valores de la igualdad, sino también en tanto

³³¹ Una comparación del papel de los himnos socialistas en las fiestas, asociando su función a la de los himnos nacionales, frente a la “música culta”, que entrañaba más bien un carácter formativo del perfil “civilizado” de los militantes socialistas, para el caso de Italia en: GERVASONI (2004: 40-41). Para un análisis general del corpus de canciones relativas al 1º de Mayo que proliferaron en Francia, ver BRÉCY (1981).

³³² “El discurso de Lugones en la fiesta del 1º de Mayo”, *La Vanguardia*, 09/05/1896.

³³³ “El Centro Socialista Universitario a los estudiantes en la Argentina”, *La Vanguardia*, 01/05/1897.

símbolo de lucha y sufrimiento. Como lo expresaba la joven educadora socialista Justa Burgos Meyer en un poema, aquella no reconocía “ni jerarquías, ni fronteras”:

“Por eso es roja la bandera mía
Roja como esa sangre derramada
Por tanto mártir del trabajo, muerto
En la heroica jornada”³³⁴.

Más importante aún para los socialistas, la bandera aportaba colorido, alegría y emotividad a las manifestaciones públicas, conformando un cuadro de uniformidad, combatividad y belleza estética que demostraba su creciente fortaleza, lo que comenzaba a ser por esos años un elemento de homogeneización en la cultura de los socialismos adheridos a la Segunda Internacional. Podía llegar entonces a erigirse en un emblema alternativo a las banderas nacionales, en un momento en que las pedagogías patrióticas estaban a la orden del día, no sólo en Argentina. En palabras de Ingenieros pronunciadas en la plaza Rodríguez Peña en 1899, las reuniones del 1º de Mayo eran el “espectáculo de una masa consciente de trabajadores” festejando en “todo el mundo civilizado (...) al pie de sus banderas rojas para celebrar la fiesta del trabajo”³³⁵. El momento de la concentración socialista, al contrario del sentido luctuoso que le asignaban los anarquistas, hacía del mitin un acontecimiento de regocijo para los participantes, que no dudaban en exteriorizar su identidad política a partir de su misma vestimenta, como describía el periódico *La Prensa* a la masiva reunión de 1900, compuesta de “numerosos grupos de obreros con sus trajes de fiesta, llevando en el ojal del saco el simbólico clavel rojo, u otras flores de color parecido”³³⁶.

Como se dijo en relación a los trabajos de preparación, a partir de 1897 el repertorio conmemorativo se ampliará y puede afirmarse que desde entonces el acto central del 1º de Mayo socialista será un disciplinado desfile callejero con un itinerario fijo, como ya lo habían hecho los radicales en su trayecto de la plaza de Mayo hasta la Recoleta. También en el caso de los socialistas, las formas adoptadas se repetirán año a año y se mantendrán hasta entrado el nuevo siglo, cuando los anarquistas vuelvan a disputar la fecha al Partido Socialista. El

³³⁴ Justa Burgos Meyer, “Mi bandera”, *Almanaque Socialista de La Vanguardia para 1901*, Buenos Aires, Imprenta “La Nueva Central”, 1900.

³³⁵ Transcrito en: “La Fiesta del Trabajo. La manifestación”, *La Vanguardia*, 06/05/1899.

³³⁶ «1º de Mayo. La manifestación socialista de ayer», *La Prensa*, 02/05/1900.

Manifiesto lanzado para aquella ocasión en que se iniciarían los desfiles estandarizados del socialismo argentino revelaba las pretensiones de la fuerza institucionalizada el año anterior. En cuanto al sentido del acto, al original reclamo por la jornada laboral de 8 horas se sumaba ahora la protesta contra el militarismo propuesta por el Congreso Socialista de Londres de 1896³³⁷, fenómeno, como se dijo, compartido por ambos continentes. La innovación en las formas estribaba –además de un llamado al paro de actividades– en la convocatoria a una concentración en plaza Constitución para marchar luego por las calles Buen Orden, Entre Ríos y Callao hasta llegar a la plaza Rodríguez Peña, frente al edificio del Consejo Nacional de Educación³³⁸. Incluso el periódico disidente *La Montaña* exhortaba a los centros socialistas y a las sociedades de resistencia nucleadas en la Federación Obrera a concurrir “en corporación con sus banderas respectivas”³³⁹. Para inicios del siglo XX, el PS continuará manteniendo la convocatoria en plaza Constitución, pero para arribar ahora al Paseo Colón, exactamente enfrente de ese símbolo del poder político que era la Casa Rosada de gobierno.

Pero en 1897, como se reiterará a partir de ese año, la comisión organizadora solicitó la autorización al jefe de Policía de la Capital y el resultado fue un “perfecto orden” en la columna³⁴⁰. Calculada la manifestación entre 3000 y 4000 participantes –de acuerdo a la fuente periodística–, partió de la plaza:

“con cartelones y banderas rojas, cuyas inscripciones eran estas: “Viva el 1° de Mayo”, “Viva la emancipación social”, “Abajo el militarismo”, “Club Balvanera”, “Centro Socialista del Pilar”, “Centro Socialista de Barracas al Norte”, “Agrupación Carlos Marx”, “Centro Socialista Obrero”, “Federación Obrera”, “Centro Socialista Universitario”, “Queremos las ocho horas”, “Constructores de carruajes”, “Sociedad de curtidores” (...) Encabezaba la columna un piquete de guardias de seguridad y una banda de música que durante el trayecto recorrido hasta llegar a la plaza Rodríguez Peña despertó gran entusiasmo en los concurrentes, tocando el himno de los trabajadores y la Marsellesa (...) En todo el camino se hizo notar el orden guardado (...) Al llegar la columna a Buen Orden entre Moreno y Alsina varias señoritas, desde un balcón, arrojaron flores con cintas rojas a los manifestantes, (...) La satisfacción

³³⁷ Ya el congreso de 1889 de París había demandado la supresión de los “ejércitos permanentes” en Europa, pero ante la exacerbación de la competencia interimperialista el de Londres en 1896 postuló que sólo el “socialismo internacional” podía “asegurar la paz y traer la verdadera fraternidad a los pueblos” (CONGRÈS SOCIALISTES INTERNATIONAUX, 1902: 81). Sobre el movimiento socialista por la paz antes de la primera Guerra Mundial, ver CALLAHAN (2010, especial el capítulo 8).

³³⁸ “El Partido Socialista Obrero. 1° de Mayo”, *La Vanguardia*, 24/04/1897.

³³⁹ “Movimiento socialista. Argentina”, *La Montaña*, 15/04/1897.

³⁴⁰ “Movimiento obrero. El meeting de ayer”, *La Prensa*, 02/05/1897.

por el éxito obtenido se retrataba en todos los semblantes que alegres festejaban de esa manera la fiesta del proletariado”³⁴¹.

La descripción resulta ilustrativa de las instancias materiales y simbólicas que cincelaban el ritual partidario del 1º de Mayo socialista: por un lado, los carteles se encargaban de explicitar las consignas y fijar el sentido para los participantes, mientras el celo puesto en la disciplina de los mismos se complementaba con la marcha al son de los himnos socialistas y las banderas al frente. En efecto, la formación de la columna “en corporación”, custodiada por los agentes policiales y rodeada de una buena cantidad de espectadores curiosos del fenómeno, se advierte bien en las que probablemente fueron las primeras fotografías de los desfiles socialistas publicadas como toda una demostración pública por el semanario *Caras y Caretas*³⁴² (ver APÉNDICE, Imágenes 9 y 10). El orden de la columna, que aportaba una connotación cuasi marcial, remite a un lenguaje y un repertorio de acción de la época que no eran privativos de los socialistas. El fenómeno se relacionaba con la movilización de un colectivo a partir de agrupaciones menores y de actividad más regular, como los centros y clubes barriales con sus respectivas banderas y estandartes, proyectando una imagen de cohesión, fuerza visual y disciplina interna que debía demostrarse en la “toma de la calle” (OFFERLÉ, 2005: 45-48). Se demuestra en este nuevo ejemplo la mencionada circulación de nociones y convicciones en torno a este tipo de instancias conmemorativas, que reflejaban una ubicuidad del fenómeno manifestante, atravesando transversalmente a posicionamientos ideológicos y a las diferentes capacidades de movilización, en donde todos los actores –promotores, protagonistas y espectadores– coincidían en la importancia de dispositivos de encuadramiento, en la simbología y en la música como componentes necesarios de la exhibición pública de una causa³⁴³.

Según *Caras y Caretas*, que se constituiría en una verdadera vitrina hacia un público más amplio, el 1º de Mayo a fines de siglo era ya todo un acontecimiento social que no

³⁴¹ “La fiesta del trabajo”, *La Vanguardia*, 09/05/1897.

³⁴² Las imágenes aparecen en sendas notas bajo el mismo título de “El 1º de Mayo en Buenos Aires”, *Caras y Caretas*, 06/05/1899 y 05/05/1900.

³⁴³ En esa década de 1890 tanto los desfiles cívico-militares para las “fechas patrias” del 25 de mayo o el 9 de julio, como las “procesiones cívicas” del radicalismo y los otros tipos de ocupación del espacio público, como los cortejos fúnebres, serán caracterizados de esta forma por la prensa y por los mismos actores que las promovían. Una manifestación “en corporación” aparecía como una demostración de la capacidad y poder de convocatoria de sus organizadores, pero también como un espectáculo público.

suscitaba “temores de especie alguna”, como sí había ocurrido en los primeros años de la década, fundamentalmente en Europa —aunque esta minimización del carácter contestatario pronto devendrá ilusoria en el cambio de siglo—: “En Buenos Aires damos fe de que los socialistas se condujeron del modo más pacífico”, esto es, “una democrática manifestación socialista, cuya saliente más belicosa, era la nota roja de las banderas y de las grandes flores punzoes que coloreaban en los ojales de las chaquetas y en los peinados de las animosas obreras, que formaban un grupo pintoresco en la columna, ataviadas con los vestidos más almidonados y paquetes”³⁴⁴.

Puede observarse también que esa composición de los desfiles constaba de la presencia de los centros socialistas, efectivamente encuadrados en el partido, los gremios adheridos a la Federación Obrera socialista, que sumarán 5 en 1898 y 7 en 1899³⁴⁵, demostrando el crecimiento de la prédica socialista entre las sociedades obreras³⁴⁶, pero también de mujeres y niños que aportaban su propia experiencia militante y que el partido intentará contener y organizar. En efecto, será en esos años finales del siglo -a diferencia de los primeros de la década de 1890- cuando las mujeres comiencen a tomar mayor protagonismo en las filas del socialismo argentino. Ello se expresará tanto en las páginas de *La Vanguardia*, a partir de intervenciones y traducciones que planteaban y problematizaban la cuestión, como en la mayor visibilidad de ciertas referentes. Es el caso de Cecilia Baldovino, futura miembro del Centro Socialista Femenino y fundadora de la Unión Gremial Femenina (1903), quien en el mitin del 1º de Mayo de 1900 dio un discurso en plaza Rodríguez Peña sosteniendo el reclamo de las mujeres por obtener “los mismos derechos que para el hombre en el terreno político, jurídico, moral y social”, exhortando a las mismas a

³⁴⁴ “El 1º de Mayo en Buenos Aires”, *Caras y Caretas*, 06/05/1899.

³⁴⁵ En 1898 formarán los gremios de Pintores, Curtidores, Constructores de Carruajes, Mecánicos de Barracas y Tenderos; en 1899 lo harán Picapedreros, Curtidores, Sastres, Ebanistas, Pintores, Tejedores y Albañiles.

³⁴⁶ La línea organizativa promovida en el seno de las sociedades de resistencia por parte de referentes socialistas se materializó en sucesivos intentos federativos, los cuales se vieron tensionados por las diferencias con el anarquismo. De todas formas, el crecimiento de la actividad huelguística hacia mediados de la década de 1890 que coincide con, y en gran medida es impulsada por, el proceso de unidad socialista dará lugar a la Federación Obrera de tendencia socialista en 1895. En la concepción de los dirigentes partidarios “la Federación buscaba en este sentido centralizar las fuerzas obreras (...) que mejoraba el campo para la construcción de la fuerza política, el partido, que era visto como la auténtica herramienta que permitiría el mejoramiento de los trabajadores, a través de la acción política” (POY, 2014: 227).

“cooperar a este gran movimiento social que se está produciendo en todo el mundo civilizado y que preparará el advenimiento del Socialismo”³⁴⁷.

Consecuentemente, la diversificación de la sociabilidad partidaria se plasmará en la organización de veladas conmemorativas de la Fiesta del Proletariado promovidas y protagonizadas por la Juventud Socialista (1898 y 1899), la sociedad filarmónica dramática Arte y Socialismo (1899)³⁴⁸ o los hijos de los militantes junto a sus madres (1900). Todas ellas replicaban la liturgia de las reuniones nocturnas (banderas rojas, himnos socialistas, retratos de Marx) que seguían celebrándose luego del desfile central, pero sumaban programas con una panoplia de actividades, enriqueciendo el sentido de la fecha: bocetos teatrales sobre el 1° de Mayo y sátiras antiburguesas, proyecciones luminosas y coros de niños³⁴⁹, interpretaciones de *La Bohème* de Puccini, bailes familiares y conferencias políticas o “de propaganda” a cargo de dirigentes como Dickmann, Patroni, Justo o Ingenieros, quien en una de ellas se puso de pie y comenzó a entonar el himno de Turati, siendo luego coreado por el auditorio el que se convertirá en el principal himno del socialismo argentino (ver APÉNDICE, Imagen n° 10)³⁵⁰.

En cuanto al conjunto de implicancias estéticas desplegado durante los días de fiesta, desde los grabados de portada hasta los desfiles cada vez más coloridos con cintas, flores, banderas y estandartes, pasando por las veladas musicales y teatrales nocturnas previas al gran día, Juan Buonuome ha llevado a cabo un minucioso análisis en cuanto a la evolución de los sentidos de la cultura visual en *La Vanguardia*. Al respecto, si bien se combinaban motivos específicos del movimiento socialista y de las izquierdas en general –no siendo menores las coincidencias con el anarquismo, en especial en lo referido a la figura femenina, aunque con contrastes en el papel de la muerte y la violencia– con otros propios de la

³⁴⁷ Citada en: “La Fiesta del trabajo. La Manifestación”, *La Vanguardia*, 06/05/1899. Sobre la actuación de Cecilia Baldovino, esposa además del importante dirigente y miembro del Comité Ejecutivo Nacional del partido Lucio Baldovino, ver BARRANCOS (1994).

³⁴⁸ Esta sociedad se creó a fines de 1898, en un contexto de importante recepción de las discusiones en torno a las funciones, sentido y potencialidades de las expresiones estéticas dentro del movimiento socialista. *Arte y Socialismo* desarrollaba sus actividades en el local del Centro Socialista Obrero de calle México 2070, dando clases de música y organizando regularmente representaciones teatrales y veladas artísticas con elaborados programas, aspecto que los socialistas argentinos comenzaron a valorar como inestimable para llegar y satisfacer con su propaganda a todo el espectro familiar de sus militantes (“Sociedad ‘Arte y Socialismo’”, *La Vanguardia*, 24/12/1898).

³⁴⁹ “Fiesta infantil”, *La Vanguardia*, 01/05/1900.

³⁵⁰ “La fiesta de arte y socialismo”, *La Vanguardia*, 06/05/1899.

tradición republicana o de la prensa satírica y comercial, afirma que la militancia, y en especial la dirigencia socialista, abrigaban la convicción de que el arte “constituye la mejor herramienta para crear y divulgar valores ideológicos y políticos” (BUONUOME, 2014: 129)³⁵¹. No sorprende entonces que, a partir de las figuras y los íconos de una fuerza que se quería parte de una organización internacional más vasta, se replicaran ciertos modelos y ejemplos considerados particularmente ilustrativos de un mensaje esperanzado de emancipación y armonía social.

La iconografía conmemorativa permite una vez más advertir la evolución de estas influencias. Así, en 1898 se observa cómo una pareja de trabajadores con sus hijos contemplan el espectáculo de un imponente y alegre desfile socialista a campo abierto, precedidos los manifestantes por sus típicas banderas rojas, mientras agitan sus sombreros dando vivas a la causa por la que luchan (ver APÉNDICE, Imagen nº 11). En el imaginario socialista, la familia es ahora un grupo militante, encabezado por el obrero masculino, que cuenta con instancias partidarias para integrar a todos sus miembros en la trama de una sociabilidad culturalmente enriquecida, al mismo tiempo que el movimiento gana en dimensiones en su marcha hacia un futuro que no puede sino ser venturoso. Esto es, la “Aurora” del socialismo, en consonancia con los célebres íconos propuestos por el artista socialista inglés Walter Crane, en donde la “solidaridad del trabajo” se complementaba con la “marcha del socialismo”, como en su célebre y florido *The Triumph of Labour* (El Triunfo del Trabajo) para el 1º de Mayo de 1891 (ver APÉNDICE, Imagen nº 12). Este era además un motivo que estaba presente en las descripciones de las procesiones callejeras socialistas de la época como espectáculo visual³⁵², signado por las múltiples referencias al color rojo y

³⁵¹ Este trabajo no sólo coteja las características del periódico partidario con la prensa socialista europea, también permite calibrar la importancia dada a las funciones políticas del arte y la escasa autonomía de esta última en el seno de una empresa de transformación societal y civilizatoria. De todas formas, como advierte el autor, los socialistas argentinos, si bien contaron con la colaboración de ciertos artistas destacados, como Ernesto de la Cárcova –que participó en las instancias fundacionales del PS– y otros que revistaban en el Ateneo de Buenos Aires, no se destacaron por la originalidad de sus contribuciones artísticas aunque demostraron capacidad para transmitir y fijar sentidos en relación a los objetivos partidarios. Al respecto, también se nota el papel que jugó Cao como exitoso caricaturista político en sus contribuciones para *La Vanguardia*, aunque no se mencione que ya lo había hecho en relación a la iconografía de la UCR en sus años de *Don Quijote*.

³⁵² La referencia más explícita sobre el artista inglés en *La Vanguardia*, además de la transcripción de un comentario de éste sobre su maestro William Morris, se publicó como: “Perfiles socialistas. Walter Crane”, 11/11/1899, afirmando el órgano socialista que “lleva en la propaganda socialista el influjo de sus fuertes convicciones estéticas”. Un interesante análisis de la iconografía del 1º de Mayo y la difusión de la simbología de Crane, en HOBBSAWM ([1998] 2013) y STANO (2012); sobre su protagonismo en el movimiento *arts-and-crafts*, cuyo principal exponente era el poeta y dirigente socialista inglés William Morris, ver

las expectativas depositadas en el porvenir. Como la antorcha, el emblema floral responde estacionalmente a que en el hemisferio norte ésta era la temporada de la primavera, pero sobre todo a la metáfora de la renovación, de una completa regeneración (RODRÍGUEZ, 2013: 182), mientras el rojo se convirtió en un símbolo monocromático del significante trascendental del socialismo, en tanto movimiento mundial organizado (ANGENOT, 2015).

Pero también el imaginario socialista local se referenciaba, por supuesto, en aquel modelo por excelencia de una contra-sociedad organizada desde las mismas bases: la socialdemocracia alemana. Tanto es así que ese grabado realizado por Francisco Dagnino en 1898 imitaba perfectamente el aparecido tres años antes en el principal periódico socialista alemán, el *Vorwärts* de Berlín. El internacionalismo no constituía solamente un elemento de diferenciación en un proceso de construcción partidaria en el ámbito nacional argentino, en particular en un contexto de creciente exacerbación de esos sentimientos ligados a la invención de un pueblo-esencia, sino también una fuente de ejemplos para un movimiento joven que auscultaba sus potencialidades futuras.

En cuanto a la manifestación del 1º de Mayo, lo que puede concebirse como la institucionalización del desfile no dejará de generar transgresiones al programa tipificado por la comisión organizadora, pese a la omnipresencia de destacamentos policiales y a los esfuerzos de los comisarios propios designados por el PS. Por ejemplo, en 1898, año de la guerra hispano-estadounidense y con un socialismo posicionado por la independencia de las viejas colonias, al llegar la columna frente al Club Español “prorrumpió en vivas a Cuba Libre, a los Estados Unidos y a la Civilización”³⁵³. De hecho, la indicación de no proferir gritos o insultos durante la manifestación era una indicación en vistas de proyectar esa imagen de respetabilidad y civilidad que pretendían cultivar los dirigentes partidarios, aunque la cuestión respondía también a la necesidad de evitar represiones como las llevadas a cabo por la policía en las primeras celebraciones de la década. De todas formas, el hecho no pasó a mayores en ese caso. Pero, con otras connotaciones, en 1899 se produjo un incidente mayor cuando el cortejo socialista se desvió de su camino y pasó ante la legación diplomática de Chile, exclamando algunos manifestantes consignas anti-militaristas pero también insultos,

HOBSBAWM ([1980] 2013). En cuanto a la concepción militante de su labor en Crane y la influencia de Morris, el primero afirmó respecto del segundo que el “ideal socialista” constituía a fines del siglo XIX una “nueva inspiración en el arte” (CRANE, 1911: 83).

³⁵³ “La fiesta del trabajo. Veladas y conferencias. El meeting”, *La Vanguardia*, 07/05/1898.

lo cual generó una protesta del ministro de ese país ante el mismo presidente Roca, que tuvo que darle sus explicaciones³⁵⁴.

.Finalmente, el sentido de protestatario que le imprimían los socialistas al 1º de Mayo, además de los de “afirmación” y “fiesta” anual (INGENIEROS, 1900: 10), se reforzará asimismo en 1898 al coincidir el domingo de su realización con los ejercicios de la Guardia Nacional –recientemente convocada por el gobierno en el contexto del conflicto con Chile y que obligaba a los hombres ciudadanos argentinos mayores de 18 años a asistir regularmente durante varios meses–³⁵⁵, ante lo cual los socialistas se encargaron de saludar en clave internacionalista a los “hermanos trabajadores chilenos”. Una vez más, la “solidaridad internacional” jugaba un rol fundamental en esos primeros años del PS para definir los contornos de su incipiente identidad partidaria. Dicho sentido adquirirá aún más vigor a partir de 1899, año en que se institucionalizó el discurso presidencial de apertura del Congreso de la Nación el 1º de mayo, en conmemoración del día de la sanción de la Constitución Nacional de 1853³⁵⁶. La ceremonia oficial, que constaba de la recepción de las autoridades nacionales en el recinto y el posterior desfile del presidente (en este caso, Roca) con sus ministros custodiados por la escolta del regimiento de Granaderos a Caballo, fue condenada por Ingenieros como producto del “pastel electoral” de los “partidos políticos burgueses”³⁵⁷. Hay que tener en cuenta aquí que si bien el PS propugnaba por la “acción política” como forma de pedagogía para acostumbrar a sus militantes en el ejercicio de las prácticas democráticas, sus resultados electorales eran aún muy magros y las manifestaciones actuaban en carácter de instancia privilegiada de una intervención pública efectiva.

En este sentido, en tanto protesta a un determinado orden político, el 1º de Mayo era comparable a una larga tradición de celebraciones opositoras a los rituales y fiestas oficiales

³⁵⁴ “Incidentes en la legación de Chile”, *La Prensa*, 02/05/1899. El hecho también llegó a repercutir en la prensa chilena “que bramó de coraje y pidió a gritos explicaciones, en nombre de la dignidad de la patria ofendida”, lo que para *La Vanguardia* demostraba “la estupidez patrioter de los que desearían la guerra” (“Por el honor de la patria”, 13/05/1899).

³⁵⁵ El órgano partidario se lamentaba, en su convocatoria al 1º de Mayo, que «en esta capital se verán privados de asistir una buena parte de la juventud que se ve forzada a asistir a los ejercicios de la Guardia Nacional» (“Celebración de la fiesta del trabajo”, *La Vanguardia*, 01/05/1898).

³⁵⁶ *La Prensa* entendía en su editorial del día que esa “solemnidad” era la piedra basal de todas las “naciones constituidas” (“La gran jornada”, 01/05/1899).

³⁵⁷ Transcrito en: “La Fiesta del Trabajo. La Manifestación”, *La Vanguardia*, 06/05/1899).

de distintos regímenes en el mundo occidental³⁵⁸. Expresiones mediante las cuales el espacio público aparece como un territorio simbólico-político en disputa: el objetivo del PS era no sólo celebrarse a sí mismo como parte de un movimiento de carácter mundial, sino establecer asimismo un clivaje a nivel local en el cual encontraba su singularidad. Pero, como se verá en capítulos posteriores, la concepción de las instituciones representativas de la república como instancia de cristalización ya de la dominación burguesa, ya de una oligarquía corrupta, irá modificándose en los primeros años del siglo XX, cuando los socialistas se asignen a sí mismos un lugar privilegiado como en la conquista de un verdadero orden democrático.

En cualquier caso, para 1900 los socialistas movilizaban ya miles de personas (10.000 de acuerdo a *La Vanguardia*) con sus estandartes, el Comité Ejecutivo Nacional al frente, dos bandas de música, en formación “de 8 en fondo”, “con un orden irreprochable” y “entusiasmo indescriptible”³⁵⁹. Prefigurando la descripción de Ibarguren, los organizadores podían afirmar con orgullo que “la fiesta se ha celebrado regularmente todos los años (...) la bandera roja se pasea por muchos pueblos (...) Las plazas de Constitución y Rodríguez Peña están tan vinculadas a nuestra manifestación del 1° de Mayo que no es posible callarlas”³⁶⁰. Eso sólo en Buenos Aires, porque también se consolidaban las reuniones, conferencias y desfiles públicos socialistas con banderas y bandas de música a cargo de los Centros Socialistas Obreros en Córdoba, Bahía Blanca, Mar del Plata, Tucumán, Santiago del Estero y otras localidades de provincia, repartándose por ejemplo folletos de Ingenieros y ejemplares de *La Vanguardia*³⁶¹, imitando la “imponente manifestación” socialista porteña (ver capítulo IV). Finalmente, este tipo de demostración llamaba a la reflexión para aquellos testigos que eran conscientes de lo que sus promotores intentaban poner en juego, y en este

³⁵⁸ En sus trabajos sobre los rituales políticos oficiales durante el Segundo Imperio francés y la contra-manifestaciones republicanas como actos que venían a matizar la imagen de unanimidad que intentaba proyectarse desde los primeros, Sudhir Hazareesingh ha demostrado que entre las culturas políticas que comenzaron a tomar forma en el siglo XIX luego de la Revolución Francesa, desde la católico-realista-tradicionalista hasta la socialista-republicana, es posible establecer vínculos, influencias mutuas, prácticas en común y hasta valoraciones confluyentes en torno a la importancia del despliegue simbólico durante las conmemoraciones públicas. Y ello pese a que, en algunos casos, las diferencias ideológicas no podían ser más patentes, lo mismo que en relación a las formas de concebir a las multitudes reunidas y, sobre todo, el orden político deseable (HAZAREESINGH, 2005: 13).

³⁵⁹ “1° de Mayo. La manifestación socialista de ayer”, *La Prensa*, 02/05/1900; “El 1° de Mayo en la Argentina. Grandiosa manifestación en la Capital. 10.000 personas”, *La Vanguardia*, 05/05/1900.

³⁶⁰ “El 1° de Mayo”, *Almanaque Socialista de La Vanguardia para 1903*, Buenos Aires, Imprenta Veggia Hermanos, 1902.

³⁶¹ “En las provincias”, *La Vanguardia*, 05/05/1900; “1° de Mayo en Córdoba. Éxito extraordinario” y “De Bahía Blanca. La celebración del 1° de Mayo”, *La Vanguardia*, 12/05/1900.

punto los juicios describían un arco desde el relativo temor leboniano de Ramos Mejía hasta una revista como *Caras y Caretas* siempre atenta a lo que consideraba como expresiones de una política de masas en democratización:

“La organización del socialismo argentino es un fenómeno sociológico que empieza ya a adquirir relieves interesantes, sobre los que vale la pena de que vayan fijando su atención los estadistas, pues se trata de un elemento nuevo que se forma, se disciplina y se prepara (...) El socialismo argentino crecerá, y será antes de mucho tiempo un factor con que será preciso contar para la acción política (...) a poco que se le tome el punto a esa masa que fermenta y crece en el suelo social”³⁶².

La fuerza que un lustro atrás lograba reunir con su propaganda algunos cientos de personas en un local cerrado y comenzaba a participar de la gimnasia electoral, en el cambio de siglo contaba ya con un diversificado ritual de ocupación del espacio público, “con su carga amenazante, pero también con su modernidad irrecusable” (GORELIK, 2010: 197), contribuyendo a dar forma a una joven y prolífica cultura política. Los “otros” del socialismo advertían los rasgos de una identidad política diferenciada dentro de la base social movimiento obrero y de los marcos de esa cultura de las izquierdas, confirmando el doble consenso necesario para el reconocimiento de la legitimidad de la nueva fuerza. Sin lugar a dudas, se estaba más cerca aquí de la propia exaltación del PS, presentado con el virtual monopolio sobre la conmemoración del 1° de Mayo, que de la “autorrepresentación de una clase”, como afirmara Hobsbawm (HOBSBAWM, 1984: 76). Pero en los años siguientes una nueva oleada de conflictividad obrera volverá a poner sobre la escena la disputa, aunque también cierta implícita colaboración, con el anarquismo, aportando nuevos sentidos y convirtiéndola en una fecha aún con mayor representatividad entre los sectores obreros (SURIANO y ANAPIOS, 2011: 81.85).

IV. Las tres fuentes del ritual socialista, una interpretación

Una vez analizada la evolución y consolidación en las formas en que se expresó el ritual socialista del 1° de Mayo, debe atenderse a cuáles fueron los modelos o las fuentes disponibles y tenidas en cuenta por los miembros del partido a la hora de elaborar un tipo de manifestación que fuese eficaz para encuadrar y entusiasmar a los militantes. Algunas ideas

³⁶² “El 1° de Mayo en Buenos Aires”, *Caras y Caretas*, 06/05/1899.

fueron adelantándose al respecto, teniendo en cuenta que los rituales políticos permiten una vía de ingreso privilegiada a las formas en las que se expresan las distintas culturas políticas, pero también sustentan una dimensión performativa que los convierte en un momento fundamental en que los actores que los protagonizan definen los contornos de su propia frontera identitaria. Estas fuentes remitían entonces a dos ámbitos, uno internacional, en el cual los socialistas abrevaban identificándose con las expresiones del movimiento socialista, y otro local, en el que efectivamente actuaron los fundadores del partido en esa década de 1890, entre sus “otros” y la propia experiencia de construcción política.

En cuanto a la influencia del modelo internacional, si bien el Congreso de París de 1889 había resuelto una conmemoración mundial para el 1° de Mayo del año siguiente como jornada de protesta y de reclamo por las 8 horas, la capacidad de realizar exitosamente la consigna anualmente a partir de entonces experimentó diferencias en cada país de acuerdo a la fortaleza y protagonismo de las fuerzas socialistas, así como a la condiciones de posibilidad en relación a los distintos regímenes políticos y sus restricciones. De esta forma, mientras en ciertos lugares como Francia la celebración anual se vio obstaculizada por las divisiones internas al propio campo socialista y las prohibiciones al derecho de manifestación (DOMMANGET, [1953] 1976), desde las crónicas de *La Vanguardia* se destacaban fundamentalmente dos ejemplos. Por un lado, el del potente Partido Socialdemócrata Alemán, con manifestaciones masivas y “en el mayor orden”, lo que era valorado como una virtud, y, por otro, el mencionado POB, fuerza de un pequeño país pero que con su organización y arraigo en las masas obreras se presentó tempranamente como modelo para la novel dirigencia socialista argentina³⁶³. Impresionado el propio Justo con esas imágenes en su viaje de 1895 y siendo constante la referencia del periódico a las mismas³⁶⁴, los casos merecen un análisis detenido. Lo importante es que las manifestaciones públicas de belgas y alemanes constituyeron en sí mismas un objeto de reflexión de los dirigentes, intelectuales y

³⁶³ “Exterior”, *La Vanguardia*, 05/05/1894. Sobre ese 1° de Mayo en Bélgica, el periódico reseñaba una imagen que luego resultará conocida en Argentina: “Millares de obreros socialistas recorrieron las calles céntricas de Bruselas, precedidos de banderas rojas, y cantando la Marsellesa y la Caramañola”.

³⁶⁴ *La Vanguardia* describía con inusual detalle los desfiles socialistas en Bélgica en el cambio de siglo, al inaugurarse la *Maison du Peuple* de Bruselas (“En Bélgica. La Casa del Pueblo de Bruselas”, 01/04/1899), organizarse una campaña de mitines antimilitaristas (“La propaganda antimilitarista en Bélgica”, 02/12/1899, traducción de un texto de Gastón Vandermeeren) o inaugurarse el *Vooruit*, la “casa del pueblo” de Gante, con un gran desfile: “El cortejo es colosal y por las calles estrechas y tortuosas pasa lentamente, ondean las banderas, se agitan los estandartes de los sindicatos obreros, las bandas de música entonan la ‘Marsellesa’” (“Adelante! La inauguración del ‘Vooruit’”, 09/12/1900).

publicistas socialistas en tiempos de la Segunda Internacional, esa dimensión del saber ritual a la que alude Marc Abélès.

Precisamente un destacado especialista en arte del POB y director de actividades en la *Maison du Peuple* de Bruselas, Jules Destrée, se encargó de analizar los desfiles y la liturgia socialistas desde la perspectiva de lo que llamó la “estética de los cortejos”, primero en prestigiosas publicaciones del socialismo europeo, como la *Revue Socialiste* de París³⁶⁵, y luego en una historia del socialismo en Bélgica escrita junto a Émile Vandervelde. La elaboración de los mismos, a su entender, debía tomar la forma de “las pompas eclesiásticas” y los “cortejos militares” pero atendiendo a la “satisfacción de las aspiraciones estéticas del pueblo”. El objetivo era, entonces, generar un espectáculo que fuera más allá de la razón y penetrara en la sensibilidad de los trabajadores, haciendo referencia por ejemplo a la belleza del 1° de Mayo de 1896 en la capital belga, cuando “el desfile paciente, en largas filas serpenteaba sobre sí mismo, como en los cuadros de los viejos maestros, de miles y miles de hombres portando cada uno una linterna veneciana roja”, concluyendo que ese todo constituía “un espectáculo en movimiento”³⁶⁶.

No cabe duda que este tipo de escritos tenían un claro objetivo de pedagogía política para la dirigencia partidaria, de modo que no sorprende la recepción y difusión de obras referidas a la “propaganda socialista” –tal el título empleado usualmente para dar cuenta de esta dimensión clave de la configuración identitaria del partido– en ese “partido faro” que era la socialdemocracia alemana (MARTNEZ MAZZOLA, 2008: 5). Es el caso de los fragmentos del libro de Edgard Milhaud *La Démocratie Socialiste Allemande* (MILHAUD, 1903)³⁶⁷, aparecidos en el periódico partidario bajo el título de “La propaganda en Alemania”

³⁶⁵ Sobre la importancia de esta revista francesa, que tuvo distintos períodos en donde sus distintos directores le imprimieron una impronta singular, pero recibiendo colaboraciones de exponentes de las distintas tendencias del socialismo francés y europeo, ver REBÉRIOUX (1985).

³⁶⁶ Jules Destrée, “Préoccupations Intellectuelles, Esthétiques et Morales du Parti Socialiste Belge”, en: *La Revue Socialiste*, París, n° 27, XXVII, enero-junio de 1897, p. 324. Que Destrée era un referente reconocido para los socialistas argentinos, lo demuestran las traducciones publicadas en *La Vanguardia* de su célebre folleto *Art et Socialisme* (25/05/1898) y de una conferencia dictada el 1° de Mayo de 1897 titulada *Socialisme et Féminisme*, realizada en dos entregas por Sara Justo (24/09 y 22/10/1898). El artículo de este autor arriba citado aparecerá luego compilado en la obra mayor junto a Émile Vandervelde: *Le Socialisme en Belgique* (DESTREE y VANDERVELDE, [1898] 1903).

³⁶⁷ Este egresado de la École Normale Supérieure de París había arribado al socialismo a fines de siglo, como muchos otros de su generación, a través de las tomas de posición ante el *affaire Dreyfus*, interviniendo como publicista por la revisión de la sentencia que condenaba al capitán del ejército francés y que generó un verdadero partearguas en la política y la intelectualidad francesas (PROCHASSON, 1992).

en traducción del socialista argentino de origen francés Hipólito Curet. En las sucesivas entregas se expone un detallado recorrido de las “grandes solemnidades” del 1° de Mayo en las distintas ciudades del imperio, haciéndose hincapié en “la idea de la solidaridad internacional de los trabajadores” como el mensaje fundamental que se quería transmitir. Por otro lado, se desagregan las distintas modalidades de los festejos: masivos mitines urbanos con discursos de líderes de la talla de Bebel o Liebknecht, desfiles entonando la Marsellesa socialista (*La Internacional*), fiestas campestres, paseos en bote, cantos de las sociedades corales de niños, conferencias en locales adornados “con banderas rojas, gallardetes y estandartes simbólicos”, a los cuales asistían “obreras y obreros con sus rojos de fiesta”. Toda la “parafernalia ritual” de la que habla Hobsbawm apuntaba así a formar y entusiasmar a los militantes del partido. En las palabras de Milhaud aparecidas en *La Vanguardia*: “con los atractivos de la fiesta se los ha conquistado; conviene instruirlos sobre el significado”³⁶⁸.

Por otro lado, quienes llevaron adelante el proceso de construcción partidaria y dieron forma a la celebración del 1° de Mayo socialista, no podían permanecer ajenos a los otros tipos de rituales que se fueron instalando en esa década de 1890 y que sin dudas los interpelaban, sobre todo si se tiene en cuenta que los socialistas se mostraban sensibles a estos fenómenos de movilización de las incipientes masas urbanas. En la Argentina finisecular, la pregunta sobre cómo construir una identidad socialista en el seno de los cada vez más protagónicos sectores obreros, e incluso más allá de ellos, debía atender a las otras identidades que estaban tomando forma: la patriótica/nacional, con connotaciones militaristas de acuerdo al imaginario de las izquierdas; la católico-social, pensada por los publicistas del socialismo a la vez como “mistificación”, encubrimiento de la dominación burguesa y aliada al chovinismo militarista; y la de nuevas fuerzas políticas que se mostraban con una base popular y notable capacidad de movilización, en especial la radical, que como se vio había generado un fenómeno digno de atención para propios y extraños y que se

³⁶⁸ Los fragmentos de la obra de Milhaud aparecieron en seis entregas los días: 22/10, 29/10, 10/12 y 17/12/1898, por un lado, y 07/01 y 14/01/1899, por otro. Sobre el desarrollo de una “liturgia obrera” en el seno de la socialdemocracia alemana, pese a la sospechas que ello implicaba para la “teoría marxista” de sus dirigentes, ver MOSSE ([1975] 2007: 209-232). En cuanto al conjunto de actividades que proponían las asociaciones culturales de la socialdemocracia alemana para los 1° de mayo, incluyendo obras de teatro originales y *tableaux vivants*, cfr. MOSSE ([1975] 2007) y, más en detalle, BONNELL (2005).

presentaba –según periódicos de juicios tan dispares como *La Prensa* o *Tribuna*– como una religión cívica.

Constituirá entonces un dato recurrente la alusión de varios referentes socialistas a la militancia católica de muchos trabajadores, entendida como un obstáculo para el crecimiento del socialismo. Así, en la conmemoración del 1° de Mayo de 1894, uno de los oradores, el obrero panadero Alberto Manresa, se quejará de la escasa asistencia a la reunión debido a concepciones como la de los “obreros católicos que iban en peregrinación a Luján”³⁶⁹, y pocas semanas después, al celebrarse el 25 de mayo, desde *La Vanguardia* no podían sino mostrarse molestos con la efectividad de lo que se menciona como el “aparato bélico-religioso” del Estado, debido a que “los colores vivos del traje de las tropas y las bandas militares atraeron algunos miles de curiosos” durante el desfile posterior al *Te Deum* oficial en la catedral³⁷⁰. La cuestión era que, efectivamente, desde las instituciones estatales se estaban promoviendo instancias de movilización y encuadramiento en pos de identificar a los ciudadanos con la Nación, en una sociedad en plena transformación y que sus gobernantes veían cada vez más amenazante en su cosmopolitismo. Éstos también asignaron en esos años una importancia particular a los festejos y los desfiles, aunque con un sentido “patriótico” y una composición civil y militar basada en el modelo del ciudadano-soldado³⁷¹. Una lectura arraigada de los socialistas al respecto, al menos en esta década de 1890, será la expuesta por Justo el 1° de Mayo de 1896, argumentando que la diferencia de la “Fiesta del Proletariado” respecto de las otras residía en su mensaje, o sea, en su sentido, antes que en las formas:

“No es una de estas fiestas retrospectivas, alimentadas por la leyenda religiosa o patriótica, y destinadas a atraer hacia atrás las miradas del pueblo, para hacerlo reaccionario y conservador.

“Hoy no celebramos lo que ha sucedido, sino lo que tiene que suceder”³⁷².

Esta creencia, que formaba parte del imaginario socialista en lo que hacía a su mensaje de esperanza y de la juventud que estaba destinado a crecer y convertir a nuevos fieles, ha sido destacada por George Mosse al reconstruir aquellos aspectos que particularizaban, pero

³⁶⁹ “Movimiento obrero argentino. 1° de Mayo”, *La Vanguardia*, 05/05/1894.

³⁷⁰ “25 de Mayo”, *La Vanguardia*, 26/05/1894.

³⁷¹ Lucio V. Mansilla ya había advertido en 1893 sobre la necesidad de contar “no sólo con las fuerzas militares capacitadas sino también con un sistema popular de movilización” (BERTONI, 2001: 229).

³⁷² Juan B. Justo, “La Fiesta del Trabajo”, *La Vanguardia*, 01/05/1896.

también a aquellos que vinculaban las distintas expresiones de la “nueva política” de masas. Por lo tanto, las modalidades de “conquista de las calles” que se ensayaban el 1º de Mayo en distintas ciudades del mundo “tenían influencias de modelos militares, pero también estaban impregnadas de milenarismo, del anhelo de un mundo mejor”, en una liturgia propia que proyectaba la imagen de una “nueva religión” (MOSSE, [1975] 2007: 216). Esta comparación se haría más aguda en los años de fin de siglo, cuando el crecimiento de la actividad socialista encuentre la oposición de un potente discurso nacionalista, en el contexto del conflicto limítrofe con Chile, y una incipiente pero altisonante disputa con los Círculos de Obreros Católicos del cura redentorista Federico Grote, que intentaba conciliar una respuesta a la “cuestión social” con la moral tradicional del catolicismo³⁷³. Como se dijo más arriba, el militante socialista festejaba el 1º de Mayo, según Patroni, en tanto parte de un “proletariado consciente” guiado por la ciencia y para dar “un llamado enérgico a los que yacen en el aletargado sueño de la indiferencia”, producto de las “farsas patrioterías” y las “megigangas religiosas”³⁷⁴. Esta era una clara alusión a esos “otros” con que competía el mensaje socialista, ante el retroceso de lo que entendía como la “masa inconsciente y desorganizada” del anarquismo, que sin embargo pronto adquiriría un nuevo vigor movilizador. Se percibe así la configuración que se elaboraba desde el Partido Socialista en torno al 1900 acerca de contra quién se competía y de qué forma, sobreestimando el poder de las manifestaciones públicas en las calles como un medio para atraer y encuadrar a un público receptivo, preferentemente obrero. En este sentido, resulta por demás sugerente que al comenzar la organización de la celebración de 1901 *La Vanguardia* concibiera al 1º de Mayo como “un día sagrado”, un “enorme soplo de fe” análogo al “9 de Julio de los patrioterías” o a la “Semana Santa de los frailes”³⁷⁵; una apropiación secularizada del lenguaje religioso que, como se ha visto, se instalaba en el centro de un mensaje político que apelaba a una creencia y concebía a la identidad socialista como una verdadera fe política.

De todas formas, el actor que había logrado llevar a cabo verdaderas movilizaciones masivas, haciendo desfilar anualmente a miles de personas en las calles de Buenos Aires, era

³⁷³ Sobre la creación y actividades de los Círculos de Obreros Católicos, como parte de una lenta pero progresiva movilización del mundo católico en la Argentina, ver ROMERO (1999); en cuanto a la trama que fue constituyendo una “cultura católica” que comenzó a calar en los sectores populares, en particular en los de origen inmigrante, ver LIDA (2009 y 2015).

³⁷⁴ P (Adrián Patroni), “La fiesta del trabajo”, *La Vanguardia*, 01/05/1898.

³⁷⁵ “Primero de Mayo. Preparémonos a festejarlo”, *La Vanguardia*, 06/04/1901.

la UCR. Su ocupación del espacio público, en particular las conmemoraciones de la revolución del Parque realizadas en el primer lustro de la década, que le habían permitido erigirse en el más férreo opositor a los gobiernos conservadores, eran reconocidas por los mismos socialistas como un indicador de su carácter popular, en un juego de espejo en que constantemente se mirarían los miembros del PS de allí en más (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008). Esa transición podía personificarse en ejemplos concretos, como el del joven universitario Nicolás Repetto, ex radical que había participado de las comisiones organizadoras de la conmemoración de la Revolución del Parque –de la que había sido testigo privilegiado, según cuenta en sus memorias (REPETTO, 1956)– en sus años de militancia en el club Juventud Nacional Principista de la UCR³⁷⁶, y que se plegaría precisamente en este nuevo contexto a las filas socialistas. Como sea, los radicales contaban con el antecedente de las “procesiones cívicas” conmemorativas que aportaban elementos que luego los socialistas incluirían en sus desfiles del 1º de Mayo: la marcha “en corporación” organizada a partir de los clubes con sus estandartes y bandas de música al frente, pero también la presencia de patricias “damas y señoritas” que arrojan flores rojas al paso de los manifestantes, aportando un colorido carácter festivo a la celebración y convirtiéndola en algo más que un acto estrictamente partidario. Resulta difícil entonces eludir una referencia que era cercana espacial y temporalmente para los socialistas que organizarían la Fiesta del Proletariado desde 1894, y que a partir de 1897 celebrarían con desfiles de características muy similares a los radicales, aunque sin el carácter patricio –pero también muy popular– de estos. Ahora bien, resulta harto evidente que pese a cualquiera de estas similitudes formales, las liturgias y los dispositivos y referentes simbólicos de unos y otros diferían sensiblemente. Más allá de cierta sensibilidad común que remitía a la tradición revolucionaria, como el caso de la *Marianne* (republicana/nacional en un caso, libertaria y conduciendo el camino de la aurora del nuevo mundo, en otro), los motivos patrióticos y de un militarismo no-oficial desplegados por los radicales en sus banderas y sus marchas musicales, se encontraban en las antípodas del internacionalismo de la bandera roja o de los himnos revolucionarios incorporados por los socialistas en Argentina. Elementos todos que jugaron un papel significativo a la hora de ubicar en un panorama más amplio de las identificaciones colectivas a fuerzas que pretendían

³⁷⁶ Así lo confirma la noticia del diario *La Prensa* al efectuar una crónica de los trabajos preparatorios de la primera conmemoración del 26 de julio en 1891, de la cual Repetto será comisario por el citado club, lo cual era todo un privilegio (“Política”, *La Prensa*, 23/07/1891).

representar a las mayorías o a lo que se conocerá a partir de entonces como las masas, dándose así un componente popular. Asimismo, es cierto que de acuerdo a quién formulara los juicios, los grandes mítines públicos –sean patrióticos y oficiales, sean de los radicales, de los propios socialistas o de las agrupaciones católicas– podían ser vistos como un espectáculo participativo y momentos de comunión política, o como instancias en donde individuos pretendidamente racionales eran capturados y manipulados en sus emociones por aquellos que pretendían su adhesión (COSSART y TAÏEB, 2011: 142).

Finalmente, puede encontrarse otra de las fuentes del 1° de Mayo en la propia práctica política de los socialistas. Porque si bien los grupos originarios que confluyeron en el PS habían promovido ciertas movilizaciones y protestas callejeras, el arraigo territorial en los barrios de la ciudad y la tipificación progresiva de un *savoir faire* redundarán en una ocupación más o menos sostenida y regular del espacio público urbano: “procesión” a favor de la jornada legal de 8 horas en Capital Federal en octubre de 1894³⁷⁷, mitin por el triunfo electoral socialista en Italia en junio de 1895, contra las leyes de conchavos en abril de 1896, de solidaridad con los obreros mecánicos ingleses en diciembre de 1897³⁷⁸, contra el fraude en abril de 1898, en pro de la reglamentación del trabajo hasta la plaza de Mayo en febrero de 1900, etc.

Si la manifestación de 1894 en pos del proyecto de la jornada legal de 8 horas marcó, por un lado, un paso importante en lo que hacía a un ciclo de manifestaciones de protesta obreras que se venían continuando esporádicamente desde fines de la década de 1880³⁷⁹, por otro lado significó la presentación pública del núcleo que terminaría consolidando la institucionalidad partidaria. Más aún, los miembros del Centro Socialista Obrero y el resto de las agrupaciones asociadas al mismo en la Capital Federal interpretaron entonces –en palabras de *La Vanguardia*– que el “meeting del domingo ha sido una manifestación política

³⁷⁷ Como afirmaba *La Vanguardia* al reseñar la manifestación que recorrió las calles de la ciudad: “Por primera vez en Buenos Aires una gran masa de hombres ha recorrido el procesión las calles, afirmando la necesidad de reformas concretas, y su voluntad de obtenerlas” (“El meeting de las 8 horas. Su significado”, 20/10/1894).

³⁷⁸ Este mitin, que implicó una importante tarea de preparación previa, demuestra la creciente capacidad organizativa de la dirigencia socialista, así como el detalle de tareas y costos que este tipo de manifestaciones públicas requería para su éxito: el pago a un secretario, listas, carteles y manifiestos, elementos para fijar carteles, banda de música, cajas para la suscripción pública y bombas de artificio. “Meeting de solidaridad con los obreros mecánicos de Inglaterra”, *La Vanguardia*, 08/01/1898.

³⁷⁹ Ver al respecto el trabajo de Lucas POY (2014b), el cual se encarga de las manifestaciones obreras como un objeto singular, para intentar dar cuenta de la constitución de una identidad de clase, pero sin abordar cómo desde mediados de la década de 1890 lo que se operará es precisamente la diferenciación de una identidad socialista gestada en torno al partido como centro simbólico.

muy elevada, muy pura, y muy nueva en este país, de política socialista”, aunque cabe aclarar que también habían participado un importante número de sociedades de resistencia que no reivindicaban su pertenencia a dicho ideario. Sin embargo, los fundadores del PS se encargaron de hacer de estos acontecimientos una expresión del mismo, de controlar los sentidos puestos en juego en el espacio público y de difundirlo. Así ocurrió también con el mitin en protesta contra la ley de conchavos aprobada en Tucumán, asegurando que el “aspecto de la manifestación era solemne; por primera vez se vio en Buenos Aires las banderas rojas”³⁸⁰.

Además de la misma demostración de fuerza, todavía para mediados de la década de 1890 muy reducida en el caso de un socialismo todavía en proceso de constitución partidaria, comenzaba a tomarse en cuenta en esas exhibiciones aquello que George Mosse ha denominado la “estetización de la política” (sin bien con otras implicancias en el campo artístico). Según la misma, los símbolos, los colores y el efecto generado en el público –la “propaganda por el arte” sobre la que llamara la atención Justo– contribuían a la elaboración de un “nosotros” que parecía tomar cuerpo recién al momento de presentarse como un colectivo coherente y bajo la comunión de unos mismos intereses, lejos de la “masa” o la “turba” con la que los socialistas caracterizaban a los anarquistas. Los 1º de Mayo socialistas, como los 26 de Julio radicales o las conmemoraciones en provincias, con frecuencia eran considerados actos políticos “especialmente efectivos por ser hermosos” (MOSSE, [1975] 2007: 23), esto es, por poseer una cualidad entre lo festivo y la dramatización de una lucha secular. Pero lo cierto es que estas manifestaciones conmemorativas condensaban esos sentidos de la “causa” reivindicada, y sus “otros” hacían todo lo posible –ya para celebrarlos, ya para denostarlos– para que este simbolismo adquiriera aún mayor significación, al reconocer que allí se expresaba la “verdad” de estas identidades en construcción.

No cabe duda que esta gimnasia manifestante promovida desde el PS y mostrándose capaz de interpelar a miles de personas con una identidad política definida, contribuyó así a que el 1º de Mayo se constituyera en su exhibición de fuerza anual por excelencia, luego de superar el predominio anarquista entre los sectores obreros, pero también sus propias limitaciones organizativas.

³⁸⁰ “La manifestación del domingo contra las leyes de conchavos”, *La Vanguardia*, 25/04/1896.

V. El 1° de Mayo y la consolidación de una identidad partidaria

Teniendo en cuenta la relativa rapidez con que se desarrolló el fenómeno, estas referencias convierten entonces el sentido y las formas del ritual socialista en un fenómeno tan rico como complejo. El modelo de los partidos de la Segunda Internacional era bien conocido, haciéndose esfuerzos conscientes por adoptar las prácticas que se consideraban más efectivas para dar cuenta de la identificación con un colectivo más amplio de carácter mundial, aunque la experiencia argentina acompañó en gran medida esa otra más general del socialismo internacional. También es evidente que el 1° de Mayo implicaba en buena medida una adaptación de concepciones y métodos más próximos a la experiencia del socialismo local. Algunos de ellos pueden rastrearse incluso en la “cultura de la movilización” porteña previa a 1880, remitiendo otros a las contemporáneas “procesiones cívicas” caras al patriotismo militante que emergió en esos años de consolidación estatal y del conflicto con Chile, el cual constituyó probablemente el primer episodio de fiebre chovinista en el país, ante el cual la consigna socialista del antimilitarismo se planteó como un *leitmotiv* hasta bien entrado el siglo XX, pasando por el Centenario de 1910 y los inicios de la Primera Guerra Mundial.

La diferencia con aquel clima previo estriba en que ejemplos como los de los rituales radicales o el abordado en este capítulo darán forma para el fin de siglo se gestarán fenómenos políticos cualitativamente distintos a los de las décadas precedentes. Porque si bien las fuerzas políticas emergentes no dejarán de apelar en su prédica al “interés general”, no se colocarían precisamente “fuera de las diferencias partidarias”, como demostrara Sabato para buena parte de la segunda mitad del siglo XIX, sino todo lo contrario, lo que revela la significación que adquirieron estos más tipificados rituales políticos que comenzaron a emerger.

En este sentido, las manifestaciones socialistas, en particular las del 1° de Mayo, se presentaron como un componente cada vez más importante del nuevo estilo político que comenzó a operar en la década de 1890, el cual por primera vez ponía en el centro de la escena pública a fuerzas políticas que, gestadas desde el llano, constituyeron solidaridades militantes de notable popularidad y perdurabilidad en la emergente política de masas. En ese proceso, los socialistas nucleados en su nuevo partido hicieron su aporte al desarrollo y diversificación de la cultura política de las izquierdas, pero al mismo tiempo se dotaron

tempranamente de un ritual político-partidario cada vez más convocante y que los presentaba como los exponentes de unos sectores obreros organizados y demandantes de nuevos derechos. En este sentido, el ritual conmemorativo puede pensarse como un índice de la situación del partido dentro del espectro más amplio de fuerzas políticas en la Argentina del cambio de siglo, pero también de la consolidación de la organización partidaria del socialismo. Salvando los casos paradigmáticos del POB o la socialdemocracia alemana, si tenemos en cuenta las dificultades experimentadas por los partidos en Francia o España para consolidar un ritual anual del 1º de Mayo, debido a la multiplicidad y debilidad de sus organizaciones partidarias así como por la competencia anarquista, el del PS en Argentina al finalizar la década de 1890 aparece como un ejemplo tempranamente exitoso de esa compleja empresa³⁸¹.

La proliferación de una rica sociabilidad en su seno y el despliegue de una panoplia de sugestivos símbolos identificatorios, como las banderas rojas, los estandartes de los centros y clubes, los orfeones musicales y los himnos socialistas, les permitió asimismo interpelar a actores sociales en búsqueda de una fuerza que los representara y les brindara protagonismo, como es el caso de las mujeres, los jóvenes y la intelectualidad. Es probable, asimismo, que esta interpelación fuera particularmente intensa sobre todo en la Capital Federal, pero en los años del cambio de siglo el fenómeno se iría extendiendo a buena parte de las capitales provinciales y, en especial, en la cercana provincia de Buenos Aires. Por otro lado, estos momentos conmemorativos constituirán mojones significativos, verdaderas inflexiones vitales, en el *cursus honorum* individual de diversas historias militantes –como lo demuestran los casos de un Enrique Dickmann o un Nicolás Repetto en las retrospectivas sobre su “conversión al socialismo”–, pero también contribuirán a cincelar la figura ideal del militante imbuido de los valores y las prácticas del joven socialismo. Al mismo tiempo, la “Fiesta del Proletariado” dejaba evidenciar otro aspecto fundamental de la politización en la Argentina moderna, ese que remite a la pasión, el regocijo y la emotividad de aquellos cientos y miles que no necesariamente se veían involucrados cotidianamente en la trama de la intensa cultura política de los socialistas, pero que aparecían como la “masa” o el grueso de la manifestación del 1º de Mayo. Esto no dejará de ser demostrado tanto por la prensa partidaria como por la “burguesa” al referirse a los cantos, al coreo de consignas e, incluso, a los

³⁸¹ Sobre la relativamente tardía consolidación en España, ver RIVAS LARA (1990).

eventuales desbordes y violencias de un acontecimiento que era también una expresión de protesta ante el orden social y político existente.

En todos esos aspectos, el 1° de Mayo y el conjunto de las instancias que hacían a su minuciosa preparación condensaban el capital material y simbólico que los socialistas argentinos construyeron en el cambio de siglo, cuando un contexto político de crecientes luchas, pero también de mayor apertura y visibilidad de su accionar, les otorgará nuevas oportunidades al iniciarse el otoño de la Argentina conservadora. La competencia será ahora, entre otros, con un renovado anarquismo de tendencia organizadora que desde 1901 reivindicará nuevamente la fecha-símbolo, pero también luego con un radicalismo reconstruido, que le disputarán las trabajosamente ganadas bases populares.

TERCERA PARTE

DIVISIONES, REINVENCIONES Y CAMINOS DIVERGENTES EN EL CAMBIO DE SIGLO

IV. FAMILIAS AGITADAS. LAS DISPUTAS POR LAS IDENTIDADES DEL RADICALISMO Y DEL SOCIALISMO A COMIENZOS DEL SIGLO XX

“Hernández hizo acaso lo único que un hombre puede hacer con una tradición: la modificó”.

Jorge Luis Borges, “Martín Fierro”,
Prólogos con un prólogo de prólogos

I. Un nuevo clima político agitado

Hacia mediados de 1906 dos acontecimientos permitían calibrar el estado de cosas existente en las filas del socialismo y del radicalismo, resumiendo en gran medida la situación en que se encontraban ambas fuerzas. Dos imágenes que proyectaban conflictos y tensiones impensados pocos años antes.

En el mes de abril, en vísperas del inicio de su VII Congreso, el órgano del PSA advertía a los miembros del partido que estaban por reunirse en la localidad bonaerense de Junín: “Nuestros principios no son fórmulas eternas, rígidas, sino verdades generales que reconocemos en un determinado momento histórico”. Pero luego aclaraba a sus representantes: “es de esperar que nuestros compañeros, los ciudadanos delegados afirmarán una vez más la razón de ser y el objeto esencial del partido”. La advertencia, se centraba entonces en el perfil que había adquirido el socialismo argentino en esos primeros años del siglo, esto es, “comprendido en toda su amplitud el movimiento proletario, el partido Socialista lo apoya en todas sus modalidades; pero *considera como su misión propia, peculiar y específica, la acción política y electoral*”³⁸². Poco después, en julio, una gran multitud recibía en nombre de la UCR a un importante grupo de militares que retornaban del presidio y del exilio, provenientes de Ushuaia y Montevideo, recientemente amnistiados tras haber protagonizado un nuevo levantamiento armado. El orador principal en el acto celebrado en la Capital Federal, Vicente Gallo, se dirigió a los homenajeados y a los espectadores en general, expresando que “al formar en las filas de la revolución de Febrero, *no habéis servido los intereses ni las ambiciones de un partido militante, sino los intensos anhelos y el voto reiterado de la Nación, porque habéis sido campeones de una causa nacional*” (GALLO, 1906a: 75, destacado propio).

³⁸² “El VII Congreso del Partido Socialista Argentino”, *La Vanguardia*, 12/04/1906 (destacado propio).

¿A qué se refería *La Vanguardia* al reforzar la especificidad de la misión del socialismo en tanto partido, y a qué el dirigente radical que en los últimos años del siglo anterior había abandonado el radicalismo y ahora retomaba el tópico en que se fundían la misión histórica de una fuerza política concreta con otra que pretendía trascender las divisiones partidarias? Este será el interrogante a desarrollar en este capítulo. En las páginas que siguen se planteará hasta qué punto los desafíos de una nueva reorganización radical, por un lado, y del surgimiento de una tendencia autodenominada “sindicalista revolucionaria” dentro del socialismo, por otro, implicaron un reforzamiento o incluso una efectiva reinención de ambas identidades partidarias, en vista de los procesos políticos que se desencadenaron en los primeros años del siglo XX. La referencia a ese nuevo clima de agitación –que fue tanto social como político– pretende auscultar brevemente en qué forma los ciclos de manifestaciones políticas opositoras y de protestas obreras de entonces aparecen como el marco general de los procesos antes mencionados, claves para comprender la consolidación de ambas identidades en la primera década de aquel.

En efecto, como bien ha demostrado recientemente la historiografía política, y antes había postulado la referida específicamente al movimiento obrero, la segunda presidencia de Roca resultó particularmente conflictiva pese al indiscutido predominio de la fuerza política gobernante, el PAN. Así, se sucedieron una serie de violentas protestas, primero, en contra de la unificación de la deuda pública y durante la agitación en tiempos del conflicto limítrofe con Chile (1901), mientras que luego el eje de los cuestionamientos estuvo constituido por el llamado a una Convención de Notables para elegir al sucesor del presidente (1902-1903), expresiones en las que la juventud universitaria de la Capital jugó un papel destacado al no tener un encuadramiento partidario y movilizarse como un actor autónomo protagónico (ROJKIND, 2008; 2012a; 2014). Al mismo tiempo, la recuperación económica del cambio de siglo había dado lugar a un nuevo auge sindical, lo que trajo aparejado también una mayor capacidad de presión de los sectores más radicalizados del movimiento obrero, al imponerse una línea organizadora dentro del anarquismo que pronto confluyó con sociedades gremiales de tendencia socialista y otras más estrictamente sindicalistas, para dar cuerpo a inicios de 1901 a una nueva Federación Obrera Argentina (FOA) (MAROTTA, 1960; ISCARO, 1973; GODIO, 2000).

Como se sabe, las reacciones e iniciativas del gobierno nacional ante las tensiones y “cuestiones” desatadas por las protestas del cambio de siglo también resultaron significativas del rumbo que tomarías las distintas fuerzas políticas. En este sentido, la estrategia de la elite conservadora tuvo un carácter bifronte. Ante lo que en los últimos años del siglo comenzó a conocerse como la “cuestión social”, con su núcleo en una más específica “cuestión obrera”, el diagnóstico de esa elite explicitaba la legitimidad de algunas de las demandas sostenidas entre otros por el propio socialismo, sobre todo aquellas referidas a las condiciones de vida de las familias obreras y las condiciones higiénicas de los lugares de trabajo; pero criminalizaba sus expresiones más extremas (v.g. el anarquismo) con criterios de tipo étnico/racial e ideológico, que abrigaban detrás toda una construcción cultural conservadora y hasta reaccionaria: ciertos reclamos aparecían como justos, se sostenía, pero eran motorizados por agitadores extranjeros que importaban doctrinas políticas extrañas a un país abierto como la Argentina. (SURIANO, 1989/1990; ZIMMERMANN, 1995; LOBATO, 2000)³⁸³. En parte como reformulación de las impresiones de la elite por la crisis del '90, y otro tanto por las singularidades del contexto de principios de siglo, estas cuestiones estaban teñidas además para la dirigencia conservadora de un fuerte sentido moral, por lo que al haber valores fundamentales en juego –la respetabilidad de los actores sociales y el mismo orden social general– existía un límite en su negociación. La expresión más cabal de este primer frente de reacciones gubernamentales fue la sanción de sucesivos estados de sitio³⁸⁴ y de la llamada “Ley de Residencia”, que tenía como antecedente un proyecto del senador nacional Miguel Cané de 1899, finalmente sancionada a fines de 1902, marco en el cual se llevaría a

³⁸³ Cabe aclarar aquí que la construcción intelectual y política de estas “cuestiones” abrevaban en distintas vertientes tanto del pensamiento liberal como del conservador, en casos, mixturando sus argumentos en el frente común de la defensa del orden ante lo que se concebían como verdaderos movimientos de disolución social, en donde si bien el anarquismo era claramente ubicado como la variante más extrema, las valoraciones del socialismo dependía de situaciones y coyunturas concretas, así como de aquel que las formulara. Como bien ha destacado Eduardo Zimmermann, para aquellos funcionarios y estadistas pertenecientes al ala reformista del liberalismo finisecular, si el movimiento libertario constituía un límite para sus proyectos de inclusión política y social, los socialistas en general, y ciertos referentes del PSA en particular, se presentaban como el sector más “respetable” y como un interlocutor válido a tener en cuenta para varias de las iniciativas gubernamentales de principios del siglo XX (ZIMMERMANN, 1995).

³⁸⁴ La importancia de estas medidas para el movimiento obrero y para el socialismo en particular puede calibrarse, retrospectivamente, por la sub-periodización hecha en sus memorias por un dirigente de la importancia de Enrique Dickmann, quien divide la primera década del siglo XX con el criterio de la sanción de los sucesivos estados de sitio (DICKMANN, 1949).

cabo la primera huelga general apoyada explícitamente –si bien no convocada– por el PS y promovida por la FOA (POY, 2015c)³⁸⁵.

En correlación con la faz más represiva de un Estado que ponía en cuestión la presencia de aquellos extranjeros que habiendo inmigrado al país protagonizaran o participaran de protestas gremiales, arrogándose aquel la facultad de deportarlos a su país de origen luego de su arresto, lo cual sería largamente denunciado por los socialistas (MARTÍNEZ MAZZOLLA, 2008), desde la segunda presidencia de Roca se promovieron también otro tipo de proyectos. En concreto, una reforma política que se proponía adecuar las circunscripciones electorales a los supuestos intereses políticos de una sociedad transformada por la era del progreso; concepción sociológica que, por lo demás, reducía el espacio de la representación política a espacios comunitarios que expresarían de manera homogénea esos intereses. De allí la importancia asignada por su promotor, el ministro del Interior Joaquín V. González, a aquellas minorías políticas que se hacían fuertes a escala, caso del socialismo en la ciudad de Buenos Aires, a partir de la elección uninominal de un representante parlamentario por circunscripción (DE PRIVITELLIO, 2006; PERSELLO y DE PRIVITELLIO, 2009). Por otro lado, la reforma aprobada en 1902 respondía también al nuevo clima político de agitación que parecía no encontrar en las fuerzas existentes un canal que tradujera en un juego regular, lo que a ojos de la elite gobernante aparecía como un desborde no ya de la protesta obrera, sino de sectores que reclamaban una “regeneración” de las prácticas políticas (CASTRO, 2012; ROJKIND, 2014), como se verá inmediatamente. La nueva ley electoral tendría un impacto diferencial en las distintas fuerzas y, pese a su acotada vigencia (prácticamente fue derogada en 1905), permitiría la llegada al Congreso de la Nación del primer diputado socialista en la figura de Alfredo Palacios; aunque sería prácticamente desdeñada por aquellos que constituirían la nueva UCR.

Pero la propuesta reformista no se reducía así al campo estrictamente político, y aquel movimiento obrero problematizado como “cuestión” por los garantes del orden social sería objeto de un ambicioso proyecto de reforma laboral conocido como Ley Nacional del Trabajo

³⁸⁵ Este autor afirma que ya desde sus años fundacionales el socialismo arrastrará una relación conflictiva con la consigna y el método de la huelga general, en parte como recepción de los debates propios de la Segunda Internacional, pero también en relación en la relación de fuerzas en el seno del movimiento obrero en Argentina (POY, 2015c), todo lo cual se vería agudizado precisamente por la sanción de una legislación represiva por parte del gobierno, que daría lugar a su vez a mayores suspicacias por parte del PS a la hora de promover acciones que pudieran generar reacciones más duras de parte de las autoridades.

y que pretendía convertirse en Código de Trabajo (SURIANO, 1989/1990; ZIMMERMANN, 1995). Esta vez, el acercamiento del oficialismo al PS se patentizó en la convocatoria a varios representantes partidarios para su participación en la realización del proyecto, ya sea elaborando informes o colaborando en su redacción, lo cual desataría importantes debates hacia 1904/1905 al interior del socialismo en torno al rol del Estado y a la posibilidad de aceptar una legislación ideada por aquellos que ya estaban aplicando asimismo una fuerte política represiva (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008: 108-112). De esta forma, desde las discusiones del VI Congreso del PS celebrado en Rosario en julio de 1904, las páginas de la revista teórica del partido –*La Internacional*– o por la intervención de un ex socialista que continuaba interpelando a ese espacio, como era José Ingenieros, se promovió un intenso debate de ideas y de tendencias. El arco de las mismas se trazaba desde la posición representada por este último, cercana a un “socialismo de Estado” (INGENIEROS, 1916), hasta aquellos sectores que sostenían la “autonomía obrera” centrada en los sindicatos, caso del secretario general Aquiles Lorenzo o Gabriela Laperrière de Coni, pasando por las posiciones de recién llegados al PS como la del abogado Enrique Del Valle Iberlucea o el poeta Manuel Ugarte que encontraban benéficos algunos puntos de la iniciativa³⁸⁶. Como en el caso de la denuncia de la Ley de Residencia, sería Palacios desde el Parlamento el que instalaría las posiciones del PS en el debate público, mientras se promovían por otro lado las iniciativas legislativas originadas en su seno y también las protestas callejeras en contra de un gobierno que demostraba ser un Jano bifronte.

Este clima que caracterizaría los años iniciales del siglo XX será el que, con su complejidad, constituirá el escenario que afectará los caminos divergentes que radicales y socialistas habían tomado a fines del siglo XIX. Estos procesos evidenciaron, por un lado, una virtual licuación de la identidad radical en la más amplia galaxia de partidos y facciones provinciales. Por otro lado, mostraron una sostenida consolidación de un socialismo todavía circunscripto a la Capital Federal y algunos puntos concretos en la provincia de Buenos Aires,

³⁸⁶ El Congreso socialista de 1904 declararía al respecto que “es un anhelo de la clase obrera una legislación protectora del trabajo, que espera se consiga con el esfuerzo consciente de los trabajadores y repudia la actual ley draconiana del trabajo del Poder Ejecutivo de la Nación” (citado en ODDONE, 1983: 176). Por su parte, la citada revista partidaria, aparecida el mismo 1904, promovería al año siguiente una encuesta entre algunos de los más importantes referentes del PS como una forma de saldar el debate intra-socialista al respecto, con un saldo claramente contrario a la iniciativa oficial pero decididamente favorable a un reformismo laboral desarrollado desde el propio partido (“Enquête. Sobre el proyecto de Ley Nacional del Trabajo, *La Internacional*, 01/07/1905)

ciertas capitales provinciales o ciudades puntuales. Todo ello ponía a prueba esas solidaridades políticas construidas en un marco sustancialmente diferente. Así, si las divisiones que comenzarán a operarse en las filas del “orden conservador” y los reacomodamientos opositores motorizarían una nueva reorganización radical anunciada ya hacia 1902, la reforma política de ese año confirmará las oportunidades entrevistas por un socialismo decantado por la línea de la “acción política” y sacudido por una agitación obrera que reactivará su labor gremial, o sea, pondrá a prueba su autoasignado rol de “partido político” como representante y director de una clase social que al mismo tiempo se proponía construir como tal. Esto significa que sería un error asignar un rol pasivo a los actores que aquí importan en lo que hace a la misma producción de esa coyuntura de principios de siglo. Más aún, la continuidad –pretendida o efectiva, según el caso– con los fenómenos de organización partidaria de la década anterior que dieron forma a las identidades del radicalismo y del socialismo, demostrarán la importancia asignada por esos actores a solidaridades políticas capaces de generar respuestas e influir en las distintas luchas enmarcadas en el nuevo clima político del otoño conservador, con características sustancialmente diferentes al contexto que signó sus orígenes.

Para una concepción constructivista de las identidades políticas, tal la aquí adoptada, que entiende a las mismas como no-naturalizadas ni cristalizadas de una vez y para siempre, las mismas se presentan como producto de procesos de elaboración y de operaciones de los distintos actores políticos, sometidas por tanto a la singular contingencia fruto de las disputas dentro de un campo sometido de forma constante al debate y al conflicto públicos (BEREZIN, 2001: 83), lo que refuerza su carácter relacional. En vista del análisis del desarrollo de las principales disputas instaladas en el seno de las configuraciones identitarias del radicalismo y del socialismo, parece necesario tener en cuenta lo referido por Ángelo Panebianco respecto del peso adquirido por las opciones políticas cruciales definidas en los años formativos de las organizaciones políticas. Ello es así en tanto los primeros conflictos por el control de los partidos y la forma en que los mismos se desarrollaron imprimieron una fuerte impronta en su evolución posterior, tanto en lo que refiere a la dimensión organizativa como a la más estrictamente identitaria (PANEBIANCO, 1990: 17).

En este sentido, en esa relación dialéctica que se ha postulado para la dinámica que establecen los partidos con las identidades, según la cual los primeros producen e intentan

controlar y delimitar el espacio de las segundas, en tanto éstas pueden dar lugar a una redefinición de las formas adoptadas por el primero o incluso son capaces de recrearlo, las características de las disputas previas en ese espacio identitario operarán como referencia para la resolución de las nuevas tensiones. En el caso del radicalismo, en el capítulo I se argumentó cómo fueron las diferencias generadas dentro de la Unión Cívica las que otorgaron su singularidad a la identidad radical al presentarse el mismo nacimiento de la UCR como producto de una ruptura, lo cual repercutiría, por ejemplo, en las modalidades de mutua denegación de legitimidad –de reconocerse como “radicales”– proyectadas por los grupos que se enfrentaron en la Convención Nacional de 1897, emergiendo las figuras de los “fieles” y los “traidores” a los principios de la “causa radical”. En lo que respecta al socialismo, se ha visto que las tensiones internas se explicitarían en una tónica diferente, permeada de un lenguaje doctrinario amparado en los principios del socialismo internacional que operaba como faro referencial de su cultura política, así como de los contenidos del programa partidario, convertido él mismo en símbolo identitario, si bien los radicales también esgrimirán constantemente el respeto a los principios de su Carta Orgánica como herramienta capaz de dividir aguas entre quienes se encontraban dentro o fuera de su identidad.

La pregunta que guía el tema del presente capítulo es si resulta pertinente concebir a la consolidación del perfil del PS –comprendido, a la vez, como “partido de clase” y como “partido del progreso y la civilización” según sus miembros– y la aparición de una corriente crítica dentro de sus filas, la del sindicalismo revolucionario, como una disputa por la identidad que había comenzado a construirse a fines del siglo XIX; y si puede afirmarse lo propio para una nueva “reorganización” de la UCR, encabezada por el sector denominado “intransigente”, que trazaría una nueva frontera entre “fieles” y “traidores”, al ordenar esta renovada experiencia de organización política en las coordenadas del primer radicalismo. En la consecución de una respuesta para este doble interrogante se tendrán en cuenta algunas de las características consignadas previamente para estas identidades nacidas con un fuerte sentido militante y que demandaban un compromiso permanente con la “causa” perseguida: la dinámica entre la definición de una solidaridad política y una organización capaz de actuar como su centro; la exaltación de la propia identidad concebida y expresada en última instancia con un sentido sacro y a través de un lenguaje religioso en clave secular; y la promoción de unos rituales conmemorativos que condensaban las respectivas “causas”,

expresión de misiones históricas capaces de proyectar una imagen hacia los “otros”, pero también de reafirmar los lazos de solidaridad internos y delimitar los contornos del espacio identitario, pero ahora en un contexto político marcadamente diferente al que permitió la las conmemoraciones de la revolución y del 1º de Mayo socialista.

II. ¿Qué partido? La “causa” socialista y la “causa” radical en el nuevo siglo

El calor del nuevo clima, fogoneado por la protesta política y por la no menos política protesta obrera, encontraba en lugares distintos a quienes se consideraban socialistas y a quienes todavía se reconocían radicales, aun cuando costaba reconocer a la UCR como una entidad política organizada en virtud de la abstención. Esto impactaba, desde ya, en el lugar que ocupaba la figura del partido en ambos casos. Si los primeros se enorgullecían de lo que consideraban su soledad ante el predominio conservador, a partir de su organización permanente que representaba una “política positiva” frente a los sucesivos intentos de constitución de otra fuerza opositora que le disputara ese espacio (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2005), los segundos recién comenzaban a concebir la posibilidad de coagular en una nueva trama que vinculara posiciones atomizadas: la existencia de radicales no daba cuenta del radicalismo, ya que no existía un mínimo consenso entre aquellos para actuar dentro de un mismo espacio. Unos y otros no podían saber en esa coyuntura incierta que aserciones, formuladas con toda seguridad en un determinado momento, se verían puestas en duda poco después. Es el caso de Joaquín Castellanos cuando abandonaba en 1902 el gobierno bonaerense y expresaba la pareja “descomposición política” de un radicalismo sin liderazgo y su solidaridad con una fuerza que se pretendía “identificada con la masa popular” (CASTELLANOS, 1902: 50). Pero también la de un futuro sindicalista revolucionario como Bartolomé Bossio, quien desde *La Vanguardia* aseguraba que el PS marchaba solo frente al PAN y las fuerzas de la reacción³⁸⁷.

II. a. Un partido obrero, del progreso y la civilización

La misma sedimentación de demandas en sus congresos y en las peticiones elevadas al Parlamento por parte del PS, por ejemplo, para la reforma parcial de la Constitución de 1898, así como su propaganda cotidiana, acicateada en el marco de la ola de protestas obreras

³⁸⁷ Bartolomé Bossio, “Marchamos solos”, *La Vanguardia*, 01/05/1904.

en Buenos Aires y en ciudades fundamentales para la economía agroexportadora como los puertos de Rosario y Bahía Blanca, reforzaron en el cambio de siglo el perfil del socialismo como “partido de clase”. En consonancia con ello, esa práctica privilegiada por el PS junto a la regular participación electoral que eran las manifestaciones públicas, ambas fundamentales en la estrategia de la “acción política”, apuntalaba en sus expresiones ese perfil obrerista. Desde los mitines por los desocupados hasta aquellos referidos a la reglamentación del trabajo –en uno de los cuales Nicolás Repetto afirmaba que las autoridades nacionales habían efectuado “el reconocimiento oficial de nuestro Partido” (REPETTO, 1956: 49)³⁸⁸–, la propaganda política socialista ubicaba en el centro de su causa a la de los trabajadores “conscientes” organizados.

Fenómeno eminentemente urbano por esos años, el PS comenzaría a realizar un esfuerzo sostenido, con implicancias teóricas, por hacer pie en el ámbito rural, clave por su parte en el modelo económico definido por el país, producto de lo cual el propio Justo formularía para aquel su *Programa socialista del campo* (1901). Gestado a partir de su experiencia en el Centro Social Democrático de la localidad bonaerense de Junín, afiliado al PS, el mismo ampliaba el proyecto de articulación político-social del socialismo argentino al concebir a los actores de ese medio parte necesaria de una futura coalición de clases desfavorecidas frente a la gran propiedad latifundista³⁸⁹. No obstante, la centralidad adquirida por la conflictividad obrera en el mundo urbano sería abordada directamente, en lo que refería a las condiciones de trabajo de mujeres y niños por Gabriela Laperrière de Coni, a la sazón, inspectora municipal de fábricas de la ciudad de Buenos Aires y activa militante e intelectual socialista recientemente afiliada al PS. Este tema ya estaba grabado en el Programa Mínimo del partido y se volvía axial por entonces en el proyecto societal del mismo³⁹⁰. En los

³⁸⁸ La referencia de Repetto es al importante mitin de los desocupados organizado por el PS en 1901, que entregó un petitorio mediante una delegación que fue recibida por el mismo presidente Roca en la Casa Rosada.

³⁸⁹ Para un análisis detallado de la cuestión agraria en el socialismo argentino, remitimos al trabajo de Osvaldo Graciano, quien postula que luego de las reflexiones de Germán Avé Lallemand en la década de 1890, “Justo pretendió demostrar y convencer a militantes y dirigentes que, a diferencia del campesinado europeo atado a su parcela y de los terratenientes argentinos calificados de parásitos sociales, los agricultores y los pequeños ganaderos representaban una fuerza social capaz de llevar adelante el desarrollo capitalista del país, convirtiéndose así en un aliado político clave para los trabajadores en su lucha política por el socialismo” (GRACIANO, 2006: 98). Al respecto, ver también ADELMAN (1989), quien reconstruye las dificultades que esta estrategia implicó para una fuerza eminentemente urbana.

³⁹⁰ El tema era calificado como el más urgente a principios del siglo XX dentro del abanico de reclamos del PS por una “legislación del trabajo” (Nicolás Repetto, “La manifestación del 1º de Mayo. Una indicación”, *La Vanguardia*, 05/04/1902). Por su parte, Gabriela Laperrière de Coni presentaría su Informe ante las autoridades

prolegómenos de la creación del Centro Socialista Femenino, espacio de sociabilidad y de politización de las mujeres en la trama ampliada del socialismo, esta prédica sostenida del “partido de clase” dejaba de reducir la identificación con el mismo a los trabajadores masculinos, aunque sólo éstos tuvieran derechos políticos. Pero el protagonismo que tomará el Centro Socialista Femenino en esos años en fiestas, conferencias y manifestaciones públicas complejizaba la “acción política” y permitía sumar esfuerzos a la causa más general del PS.

Era en el plano estricto de la política electoral en donde el socialismo más enfatizaba su condición de “partido obrero”. En tiempos de fuerte agitación gremial y de competencia con un anarquismo revitalizado pero prescindente del campo partidario, las campañas electorales del PS, con su sucesión de mítines y conferencias públicas en teatros y plazas, el tópico ocupaba un lugar preeminente. El abogado proveniente de Rosario, donde había fundado primero un Centro Liberal y luego uno de los Centros Socialistas de la ciudad, Enrique Del Valle Iberlucea, es un buen ejemplo de quienes difundían este mensaje. Su actividad se repartía entre Buenos Aires, donde antes de una campaña para diputados nacionales en la que revestía como candidato del PS fustigaba a los “partidos criollos” porque siendo liberales o incluso radicales terminaban por defender a toda costa la propiedad privada³⁹¹; y Rosario, en la que al presentarse por primera vez a los comicios el socialismo expresó ante el público de una sociedad gremial la célebre máxima del *Manifiesto Comunista*: “la emancipación del obrero ha de ser obra del obrero mismo”, ante lo cual un dirigente anarquista local denunciaba que el dirigente socialista “tuvo la audacia de aconsejarnos que fuésemos a depositar nuestro voto a las urnas electorales, para por este medio emanciparnos”³⁹².

Como lo expresaba *La Vanguardia* en un editorial del año 1903, la “misión” del PS se reducía a “extender y robustecer las organizaciones, a darse personalidad política, bien determinada, en todos los actos que intervenga”, esto es, “formar conciencias socialistas” y

municipales y prolongaría su actividad dentro del partido con conferencias y colaboraciones regulares en *La Vanguardia* (por ejemplo, “Proyecto de ley de protección del trabajo de las mujeres y los niños de las fábricas” y “Sobre legislación del trabajo”, *La Vanguardia*, 10/05/1902 y 28/11/1903)

³⁹¹ La conferencia se transcribe en *La Vanguardia*, 05/12/1903.

³⁹² La carta del dirigente anarquista y la reseña de la conferencia en Rosario, en: “La clase obrera y el doctor Del Valle Iberlucea”, *El Municipio*, 03/10/1903. Sobre la “cuestión obrera” y las modulaciones de su vínculo con la política en esta importante ciudad, ver PRIETO (2002).

consolidar la “disciplina del partido”. En un contexto de agitación, estos valores aparecían como un *leitmotiv* para una fuerza que hacía de su Programa y su Declaración de Principios el núcleo simbólico de su identidad. A su entender, eso mismo era lo que le otorgaba “carta de ciudadanía” y lo distinguía³⁹³. La elección de Alfredo Palacios como diputado nacional en marzo de 1904, en el momento de algidez de la protesta obrera, no podía sino confirmar el diagnóstico de los socialistas que concebía al PS como ese “partido de clase” con la firme voluntad de integrarse al juego político regular de las instituciones representativas. En los marcos de la cultura política en que se referenciaba desde sus orígenes, este era un “triunfo moral” del “Partido Socialista Internacional” en Argentina y su acción política complementaría ahora la plaza pública con el Parlamento: “las palabras de fuego de los oradores de mítines (...) tendrán su fonógrafo difusor en el diario de sesiones”³⁹⁴. El reconocimiento de un intelectual “burgués” como Rodolfo Rivarola apuntaba en el mismo sentido, el cual celebraba en carta pública al nuevo diputado “la perseverancia de su partido”, mientras que el socialista Carlos Caminos daba cuenta desde las páginas del periódico radical *El Tiempo* que “la misma bandera que simboliza el nuevo credo, [que] parecía por su color estar empurpurada de sangre” dejaba de ser percibida como sinónimo de desorden o anarquía³⁹⁵.

Tal como se ha discutido en el capítulo I, el PS había cultivado tempranamente otro perfil, no enfrentado con el obrerista, pero que sí demostraba lo ambicioso de su causa, postulando que además de la emancipación política y económica del proletariado, el socialismo era asimismo un agente privilegiado del progreso y la civilización en Argentina. Como bien ha postulado José Aricó centrándose en la “hipótesis de Justo”, esta segunda faceta filiaba al PS con el proyecto más ambicioso de las elites liberales decimonónicas (ARICÓ, 1999), pero debe contemplarse que si bien esta dimensión ideológica no estaba ausente en el imaginario sobre todo de la dirigencia del PS, ciertas tendencias que

³⁹³ “Nuestra misión”, *La Vanguardia*, 14/02/1903.

³⁹⁴ “Victoria socialista”, *La Vanguardia*, 19/03/1904. En específicos términos de guarismos electorales y sufragantes de la circunscripción 4^o, correspondiente al barrio porteño de La Boca, el triunfo era producto no sólo del esfuerzo socialista sino también de una serie de “comités independientes” que actuaron reuniendo voluntades por fuera del PS, pero asimismo de una importante cantidad de votos pertenecientes a fuerzas como el mitrismo, que terminaron decantándose por la candidatura más firme frente a la del oficialismo (TORRE, [1973] 2012).

³⁹⁵ Las palabras de Rivarola, en: “El diputado socialista. Dos cartas”; y Carlos N. Caminos, “Un gran triunfo”, ambos en: *El Tiempo*, 16/03/1904.

comenzaban a calar fuertemente en aquellas elites las habían convertido a ojos socialistas en conservadoras, cuando no abiertamente reaccionarias.

En particular, los socialistas continuaron haciendo del antimilitarismo y –de la mano del mismo– de un antipatriotismo moderado o exaltado según el caso, así como del anticlericalismo, verdaderas banderas de su propaganda en pos de desarraigar hábitos que, a su entender, se conservaban propios de la barbarie pre-moderna o de las nuevas tendencias imperialistas en auge en el cambio de siglo. No se pretende aquí enfatizar en los aspectos ideológicos que tal propaganda conllevaba, por lo demás evidentes, sino en que los esfuerzos frente a estas cuestiones corrían de forma pareja con la lucha a favor de las reivindicaciones obreras. Tal como se expuso previamente, lo fundamental aquí era que la civilización entrevista por los socialistas, pero sobre todo la misma construcción de una identidad socialista en el seno de las masas obreras, requerían desbrozar estos que eran considerados como “prejuicios” y “mentiras” patriótico-clericales. El “nuevo ideal” socialista tomaba forma a partir de la ciencia, en tanto fundamento de la razón, y de la idea de una humanidad pacífica y redimida de esas que eran consideradas mistificaciones, las cuales se prolongaban desde la moral religiosa a un patriotismo militante que también comenzaba a pensarse por los nacionalismos como un absoluto³⁹⁶.

De esta forma, frente al militarismo el PS se postulaba como el “partido de la paz”³⁹⁷, de allí que apoyara críticamente los “pactos de Mayo” de 1902 entre Argentina y Chile, pero continuara su prédica en contra del Servicio Militar Obligatorio instaurado el año anterior. No solamente la inclusión del tópico de lucha contra el armamentismo en las resoluciones de sus congresos actuaba en este sentido, también lo hacía lo que se experimentaba como un involucramiento con los postulados de la misma Internacional. En efecto, incluso después de que Rosa Luxemburgo pronunciara en 1900 una famosa alocución en pos de una gran agitación mundial en contra de la guerra (LUXEMBURGO, 1900), esta sería una preocupación fundamental del socialismo europeo ante la inminente amenaza de una conflagración entre las grandes potencias, principalmente Francia, Alemania y Gran Bretaña (MULLER, 1980; CALLAHAN, 2010). En Argentina esto repercutirá rápidamente en la creación de una Liga Antimilitarista dentro de las filas del PS, a cargo de un grupo de jóvenes

³⁹⁶ Esteban Dagnino, “La mentira religioso-patriótica y el Socialismo”, *La Vanguardia*, 01/05/1903.

³⁹⁷ “Partido de la Paz”, *La Vanguardia*, 31/03/1900.

conscriptos preocupados por una cuestión que los tocaba íntimamente³⁹⁸. En la autoconcepción de los socialistas argentinos, esta organización frente a un problema eminentemente internacional les permitía diferenciarse tanto de los “patrioteros” que sostenían localmente estas tendencias, como de unos anarquistas más preocupados por su inserción en las luchas obreras.

Por otro lado, las controversias con los católicos que pretendían intervenir políticamente en una recientemente creada Democracia Cristiana, vinculada a los Centros de Obreros Católicos, les permitía exaltarse –por más minoritaria que fuera esta fuerza, en el sentido de constituir una amenaza para su propaganda– como abanderados de la ilustración política frente al oscurantismo y al sesgo aristocratizante de aquella, perfecta aliada de una burguesía conservadora³⁹⁹. Partido obrero y partido de la paz, este tercer frente de combate permitía que los socialistas se presentaran como “la luz que hará desaparecer las tinieblas”, ubicando a la Democracia Cristiana en el lugar de “la ignorancia y la superstición”⁴⁰⁰, pero sin dejar de considerar “estéril” la propaganda laicista de los liberales, con los cuales podían eventualmente coincidir⁴⁰¹. Sin embargo, para una identidad política que se pensaba como credo, el compromiso con la causa perseguida era mucho más que una adhesión, era una convicción respecto de los valores socialistas. Ahora bien, esta nueva fe debía expresarse en el campo específico de la acción política del partido, por lo que las objeciones de conciencia personales debían hacerse a un lado ya que en el ámbito privado cada militante era libre de

³⁹⁸ “Liga Antimilitarista”, *La Vanguardia*, 04/01/1902; “La Juventud Socialista. Propaganda Antimilitarista”, *La Vanguardia*, 04/02/1905. El modelo de estos jóvenes, como en tiempos del conflicto limítrofe con Chile, eran las Jóvenes Guardias del Partido Obrero Belga.

³⁹⁹ “La conferencia de la Boca”, *La Vanguardia*, 17/05/1902. La Liga Democrática Cristiana fue creada en 1902 como un complemento político de los Círculos de Obreros Católicos con el objetivo de extender su accionar más allá de los sectores obreros (GHIO, 2007: 49-50).

⁴⁰⁰ Así lo expresaba el Manifiesto del Consejo Nacional del PSA lanzado para comenzar su campaña contra la Democracia Cristiana: “Partido Socialista Argentino. El socialismo y Democracia Cristiana”, *La Vanguardia*, 01/08/1903. Poco antes el periódico partidario se había encargado de publicar por entregas una extensa opinión de un destacado dirigente de la Internacional, el belga Émile Vandervelde, quien se preguntaba: “si el ‘clericalismo’ progresa como partido, ¿acaso debe deducirse que el ‘catolicismo’ esté en alza como creencia?”, para responder negativamente, en tanto “en las capas profundas de la población la Iglesia sigue perdiendo terreno. A medida que el socialismo crece en la clase obrera, el clericalismo progresa en la burguesía” (“Enquête sobre el Anticlericalismo y Socialismo. Opinión de Emilio Vandervelde”, *La Vanguardia*, 07/02/1903).

⁴⁰¹ Este sería el caso de las cuestiones referidas a la educación primaria estatal o a la discusión del proyecto de ley de divorcio en el Parlamento a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, contexto en el cual liberales y socialistas lograron confluir en mítines y conferencias (BERTONI, 2009).

profesar cualquier religión⁴⁰². La causa socialista abarcaba una gama de matices que complejizaban la figura del partido de los trabajadores conscientes organizados.

II. b. *La regeneración en busca de su abanderado: del “partido nuevo” a la nueva UCR*

Esta profundización de las características que fue adquiriendo la identidad socialista en el cambio de siglo tiene su anverso en el desdibujamiento de la de aquellos que se habían reconocido radicales. Esta deriva estaba signada, antes que nada, por la división de 1897/1898 y la ausencia a partir de entonces de un centro que operara como productor y difusor de sus referencias identitarias. Pero también se veía profundizada por el proceso político más general en los albores del siglo. Así, tanto las divisiones emergentes en la galaxia conservadora como la búsqueda de nuevas alternativas abiertas por las protestas y luego la reforma política, instalaron una vez más entre importantes sectores de la opinión pública la necesidad de regenerar las prácticas políticas apelando a las virtudes de los ciudadanos comprometidos. ¿Cómo interpelaba este marco a los miembros del viejo radicalismo, al renovar buena parte de las premisas sobre las que habían fundado su misión histórica en la Argentina finisecular? Una posibilidad, para algunos, era embarcarse en los nuevos experimentos partidarios que se proponían concurrir en la liza electoral, mientras que para otros la reapertura de un horizonte de expectativas que parecía cerrado por las recientes disputas justificaba el apelar nuevamente a una identidad que había revelado una gran potencia y arraigo popular.

Tal como lo demostrara Martín Castro, lo significativo de la cuestión estriba una vez más en que estos intentos vieron en la forma “partido” un instrumento que se mostraba adecuado para canalizar un clima de movilización política signado por los flujos y reflujos de personalidades y grupos dentro y fuera del gobernante PAN (CASTRO, 2012: 79-105). Ahora bien, lo que debían ser o significar esos partidos no estaba necesariamente claro en todos los casos, pero lo cierto es que la oposición política comenzó a proliferar en este tipo

⁴⁰² La aclaración proviene de las resoluciones del V Congreso del PS, el cual se ocupó en su última sesión de lo que puede comprenderse como la dimensión moral de la militancia socialista, lo cual incluía la “buena administración” y el “respeto por el programa y método de acción”, el “cargo grave formulado o insinuado públicamente” contra un miembro del partido y lo referido al “juicio de armas” (duelo), que estaba terminantemente prohibido entre sus adherentes. “Quinto Congreso del partido Socialista Argentino”, *La Vanguardia*, 11/07/1903.

de iniciativas. Este será el contexto en que la posibilidad de reconstruir el radicalismo aparecerá como una tarea a encarar por una serie de dirigentes de segunda y tercera línea de la experiencia de la década de 1890.

Un aspecto a destacar en este sentido es la familiaridad de las retóricas políticas esgrimidas por esas nuevas fuerzas, en donde se destacan el neo-mitrista Partido Republicano, creado en 1902, y el nuevo Partido Autonomista, de 1903, encabezado por el ex presidente Carlos Pellegrini, distanciado ya del roquismo. Si bien republicanos y autonomistas apelaban a sendas identidades que habían tenido distintos niveles de perdurabilidad y épocas de esplendor especialmente en el ámbito porteño-bonaerense, resulta llamativo que tanto unos como otros se referenciaran en una cultura política común que propugnaba por la movilización opositora en nombre de los valores del patriotismo, del compromiso cívico y con el objetivo de llevar adelante una “regeneración política y moral”⁴⁰³ que ya había sido el *leitmotiv* de la Unión Cívica y luego de la UCR en la década anterior. Así lo expresaba un ex hombre fuerte del PAN como Pellegrini, aunque cifraba la piedra angular de su propuesta en el establecimiento de nuevas reglas para el sistema político. Pero en una importante conferencia de 1903, cuando este clima político ya se encontraba muy extendido entre las distintas alternativas opositoras, Roque Sáenz Peña –una de las figuras detrás del ex presidente– se refirió a que republicanos y radicales (caracterizados como “una rama del tronco autonomista”) eran junto a los autonomistas representantes de los “partidos populares”, a los que identificaba con la mayoría de la opinión. Sin lugar a dudas, se ponía en el centro de la escena una concepción de las identidades partidarias que instalaba por encima de las mismas unos valores compartidos por formar parte de una misma tradición nacional, tradición que tenía como fundamentos la evolución de la “sociabilidad argentina” y de su “raza”, entendida como un conjunto de hábitos y prácticas con un sentido político-cultural, detrás de la cual latían de forma soterrada las inquietudes por la novedad de la “cuestión social”⁴⁰⁴. El conferencista finalizaba entonces expresando que “los partidos como

⁴⁰³ Ambas fuerzas no han recibido aún demasiada atención de parte de la historiografía, pero su presencia es clave para comprender el nuevo clima político de inicios del siglo XX. Remitimos, para el Partido Autonomista, a GALLO (1997: 69-73) y CASTRO (2012), y para el neomitrista a ZIMMERMANN (1998).

⁴⁰⁴ Este tipo de concepciones tendría por esos años formulaciones sistemáticas en la obra de intelectuales de la elite, como Carlos Octavio Bunge, para quien Oscar Terán ha sintetizado: “Puesto que si, por reducción, se concluye que en la mayoría de las sociedades no existe unidad de origen étnico, ni de lengua, ni de creencias religiosas, Bunge postula que el núcleo aglutinador reposa en la unidad de sentimientos e ideales sociales, y esa unidad simbólica se apoya en el recuerdo del pasado y la esperanza de un futuro comunes”, lo cual se volvía

los pueblos no existen para servir sino respetando los derechos de la voluntad nacional”⁴⁰⁵. En este sentido, el lugar que le cabía por ejemplo al PS era respetable, pero en su opinión recién a inicios del siglo adquiriría “carta de ciudadanía”, un argumento que era coincidente con las propias valoraciones de los socialistas.

En el caso del Partido Republicano, las afinidades con lo que era el discurso más típico del radicalismo aparecen como más evidentes, en virtud de que si bien las disputas previas y las relaciones con el PAN habían generado fuertes antagonismos entre mitristas y radicales, ambos reivindicaban a la revolución del Parque de 1890 como un acontecimiento singular con un sentido mítico. Los discursos del banquete conmemorativo por el primer aniversario de la agrupación resultan sintomáticos. El presidente de su Comité Universitario se refirió entonces a la “unión de la juventud, por la unión de todas las fuerzas opositoras que no alientan ambiciones mezquinas y que luchan por restaurar la grandeza y la gloria de la patria”; mientras el ex radical y ahora republicano Tomás de Anchorena exhortaba a los presentes: “Rememorad por un instante los sucesos de julio de 1890 (...) Todos son los mismos, y casi todo resulta igual”⁴⁰⁶. Esa vuelta a la caracterización de un determinado clima político, a la idea de que era necesario encontrar la fórmula de un “partido nuevo” resulta fundamental para entender por qué y cómo la identidad radical emergerá con fuerza en esos años a partir del rescate de la misma por una serie de referentes que abrevaban en la movilización opositora. En los términos de Aboy Carlés, el inicio del proceso de reorganización partidaria de la UCR no tendrá un sentido prefijado de antemano, pero efectivamente implicó una serie de operaciones sobre la imagen que el radicalismo había construido de sí mismo, ya que en tanto fenómeno en constante reformulación de sus fronteras —lo que define a su vez disputas por quién puede adscribir o no a una determinada identidad política— “ninguna articulación de sentido tiene lugar en el vacío (...) la constitución de toda identidad encuentra identidades previas constituidas” (ABOY CARLÉS, 2001: 44). En otras palabras, la consigna de una nueva reorganización radical no sólo reflató una identidad que había perdido sustento, sino que virtualmente se proponía

problemáticamente actual para entonces, en una sociedad signada por el impacto de la inmigración masiva (TERÁN, 2000: 140). En cuanto al cruce de la “cuestión racial” con las inquietudes de la “cuestión social” y la problematización de la Nación, ver ZIMMERMANN (1995: 109-117).

⁴⁰⁵ “La conferencia del Dr. Sáenz Peña”, *El Tiempo*, 02/11/1903.

⁴⁰⁶ “El banquete de anoche”, *La Nación*, 21/07/1903.

reinventarla como tradición propia, en tanto apelarán a la historia reciente para legitimar la entidad de la nueva agrupación y dar cohesión a sus miembros hasta entonces atomizados⁴⁰⁷.

Al menos desde el año 1900 varios grupos de la Capital Federal habían instalado la idea de conformar un Partido de la Juventud, con el explícito objetivo –según se desprende de algunos manifiestos y discursos de ocasión– de reeditar lo que fuera la Unión Cívica de la Juventud de 1889. Los motivos de acercamiento de este grupo también se vinculaban al pasado radical: en especial, las conmemoraciones de la muerte de Alem y de la revolución del Parque, con toda la carga de sentido que ellas arrastraban para entonces. Esto es, era posible motorizar una memoria compartida por una serie de actores ahora dispersos. Con figuras como Vicente Gallo, Mariano Calvento, Delfor Del Valle y Mariano Demaría (hijo), la incipiente agrupación recibió apoyos de las ciudades de La Plata, Rosario, Mendoza, Salta e incluso Montevideo, de estudiantes de la Universidad y del Colegio Nacional de Buenos Aires, así como de militares revolucionarios de 1890 y 1893, funcionarios del gobierno bonaerense de Bernardo de Irigoyen y legisladores “intransigentes” de la misma provincia de Buenos Aires. Todo ello demostraba que existía una trama difusa en donde, por ejemplo, los clubes parroquiales de la Capital jugaban un papel destacado, pero los lazos que trascendían lo local se amparaban en ese espacio de experiencia común fragmentado por la última Convención Nacional de la UCR. Resulta sintomático al respecto que no se explicitara una referencia a la misma ni al colectivo de los “radicales”. Tanto en las reuniones privadas de la que devino Junta Ejecutiva como en los actos en las parroquias o teatros y locales de Capital, si bien se invocaba la “bandera reaccionaria del 90”, los símbolos para identificarse debían ser “la bandera de la patria” y escarapelas celestes y blancas, pero no “enseñas partidistas”. La idea era generar un “movimiento patriótico” de carácter opositor que fundiera los aportes de distintos grupos y facciones, encabezadas por lo que se denominaba simplemente “la juventud”. Según lo expusiera Delfor Del Valle en un acto conmemorativo en la Sociedad San Martín, “caben en el movimiento todos los que simpaticen con la bandera reaccionaria del 90, porque es también reaccionaria la que se levanta hoy”⁴⁰⁸, algo que luego reiterarían, con matices, autonomistas y republicanos.

⁴⁰⁷ La referencia a la noción de “tradiciones inventadas” como operación identitaria proviene de HOBBSAWM (2002: 19).

⁴⁰⁸ Tanto el discurso como las frases entrecomilladas más arriba aparecen en: “Aniversario de la revolución del 90”, *La Prensa*, 17/07/1900.

Sin embargo, la sanción de la reforma política, por un lado, aceleró los tiempos organizativos de las fuerzas políticas que pretendían intervenir de la puja electoral, mientras la inminente organización de la Convención de Notables que elegiría al candidato oficialista sucesor de Roca⁴⁰⁹, por otro, obligó a los distintos actores a tomar posiciones. El definitivo “cisma radical” producido en la provincia de Buenos Aires⁴¹⁰, espacio que contenía a buena parte de quienes todavía se reconocían como parte de un laxo colectivo común, terminó por motorizar las iniciativas tendientes a reorganizar sí a la UCR por parte de los “intransigentes”. En ese contexto se daría la salida de alguien como Castellanos, figura destacada en la década de 1890 dentro del radicalismo, mientras Adolfo Saldías aparecía como candidato en una coalición conservadora-radical en territorio bonaerense. Restaba ver quiénes llevarían adelante esa reorganización y con qué alcances, lo que devino el meollo del proceso que decantará hasta institucionalizarse en una nueva Convención Nacional en 1904. Si se tienen en cuenta los argumentos esgrimidos por el grupo que llevará adelante la reorganización en la Capital⁴¹¹, los mismos se centraron en el supuesto hecho de haberse mantenido “fieles” a la “causa” por las que habían muerto los “mártires del Parque”. Como constaba en la carta que este núcleo enviara a través de Vicente Gallo a un grupo de viejos referentes del radicalismo en las provincias para la conmemoración de la revolución en 1903, se autoconcebían como los “*fieles a la tradición de solidaridad nacional* que ha sido característica del Partido Radical y uno de los secretos de la gran fuerza que congregó”, y la

⁴⁰⁹ La misma consistió en la convocatoria de quienes se habían desempeñado previamente como altos funcionarios gubernamentales, presidentes, ministros, jueces de la Corte Suprema de Justicia, oficiales superiores de las fuerzas armadas, autoridades de la Iglesia Católica y de las universidades nacionales y miembros de instituciones corporativas como la Unión Industrial Argentina o la Sociedad Rural, para elegir un sucesor presidencial a Julio Roca con el menor nivel de conflictividad e incertidumbre posibles, dentro de los parámetros planteados por la lógica notabiliar del PAN. Pero si el resultado específico se dio en esa lógica, no necesariamente satisfizo a su promotor y la misma Convención se erigió para sus detractores en foco de una reactualización del diagnóstico del '90 bajo la consigna de oponerse a una nueva “imposición oficial”, en vista además de las promesas de competitividad electoral que emergieran con la reforma política de 1902. Al respecto ver CASTRO (2012: 112-129).

⁴¹⁰ “Cisma radical”, *La Prensa*, 27/07/1902. Sobre la política provincial bonaerense en esos años y la consolidación de una nueva coalición de gobierno que incluía a viejos radicales y conservadores, ver TATO (2009).

⁴¹¹ Figuras como Demaría, Gallo, Fernando Saguier, Delfor Del Valle, José Camilo Crotto, Mariano Calvento, José Luis Cantilo y José Santos Arévalo, todos ellos de actuación en segundas y terceras líneas del primer radicalismo.

forma de concretar esa misión era –en palabras de Gallo– “reorganizando el partido en toda la República” (Gallo: 1903a: 32)⁴¹².

Este tipo de articulación de sentido, retomando los términos de Aboy Carlés, ubicaba en consecuencia a una identidad preexistente, reivindicada como propia por un determinado grupo, en la función de re-generar al partido, en una relación dialéctica similar a la operada en 1891/1892 cuando la entonces fracción “radical” de la UC se propuso convertirse en la UC “pura” al institucionalizar la UCR. La mención de una “tradición” a la que este grupo se decía mantener fiel apelaba al radicalismo como creencia, pero no terminaba de suturar la mutua denegación de legitimidad esbozada en 1897. De esta forma, ciertas memorias de distintos protagonistas directos o indirectos de la reorganización parecen haber cristalizado construcciones políticas que sólo con el devenir del proceso de reorganización pueden darse por definitivas, volviendo efectivas las disputas por el sentido entabladas por aquellos que se decían los “verdaderos radicales”. Así, en la retrospectiva del dirigente santafesino Ricardo Caballero, que se sumaría en ese año 1903 a las filas de la UCR proveniente del socialismo cordobés, todo el proceso de reorganización parece apuntar unidireccionalmente a la concreción de la futura revolución radical de 1905, liderada por Hipólito Yrigoyen casi como un poder en las sombras (CABALLERO, 1951). Mientras que en la rememoración de quien había sido hombre cercano a Alem y protagonista luego de la disputa con los “intransigentes” en 1897, Lisandro De la Torre, esa reorganización para formar un “partido nuevo” a la que había sido convocado como otros dirigentes provinciales, carecía de sentido. Para ese entonces, De la Torre era el principal referente del Partido Republicano en la ciudad de Rosario y consideraba “desaparecido” al Partido Radical, de forma que “no compartía ni justificaba el propósito” de un nuevo radicalismo por aquellos que, según sus palabras, “comenzaron a llamarme *traidor*” (DE LA TORRE, [1919] 1952: 31-32, destacado propio)⁴¹³.

No fueron entonces los que habían formado el círculo íntimo de Alem y derrotado a los “intransigentes” en 1897 –ocupando cargos nacionales o en la provincia de Buenos Aires–

⁴¹² La misiva fue enviada a Pedro C. Molina (Córdoba), Eugenio Méndez y Pedro Sal (Tucumán), Pelagio Luna (La Rioja), Ramón Gómez (Santiago del Estero) y al coronel Ángel Blanco (Corrientes).

⁴¹³ Los radicales “intransigentes” de la provincia de Santa Fe invitaron también para sumarse a la reorganización a los otros dos referentes que junto a De la Torre habían encabezado a la UCR santafesina en la década anterior, Mariano Candiotti (jefe de los levantamientos de 1893) y Martín Rodríguez Galisteo. Ambos dirigentes militaban también por ese entonces en las filas del Partido Republicano (“Santa Fe”, *La Prensa*, 18/07/1903).

quienes encabezaron los trabajos para la conmemoración de 1903. Fue una comisión compuesta por los “comités provisionales de la Unión Cívica Radical” de la Capital, quienes después de una serie de intensas actividades en las parroquias de la ciudad, de asambleas más masivas en teatros de la misma, de confeccionar medallas con la efigie de Alem y de intensos contactos con los núcleos de los radicales en las provincias, decidieron publicar un Manifiesto. El mismo invitaba a sumarse a un mitin que terminaría su recorrido, una vez más, como en los grandes desfiles de los ’90: en el cementerio de la Recoleta. El texto publicado por el diario radical *El Tiempo* terminaba por afirmar: “los que suscriben, procederán a iniciar la reorganización del partido en toda la República”⁴¹⁴. Se arrogaban así el monopolio de una identidad que pretendía distinguirse de autonomistas y republicanos al competir por consignas que todos estos actores consideraban fundamentales concretamente, la regeneración político-moral de la Nación.

III. Sobre creyentes, traidores y mistificadores: las formas de las disputas por las identidades políticas

Si en algún sentido son comparables las tensiones y reformulaciones que experimentarán las identidades políticas del radicalismo y del socialismo en la primera década del siglo XX, éste es el de haber atravesado ambas un estado casi de guerra civil al interior de sus respectivas familias. La metáfora bélica resulta doblemente válida, primeramente, para el tono con que fue encarada la reorganización de los intransigentes, que producto de ello crearon una nueva UCR. Pero también en lo referente a las vicisitudes generadas dentro de un PS, que se pensaba como mucho más que un partido de clase —aunque se concibiera así en primera instancia—, frente a lo cual cobrará forma una variante del socialismo que antes de ser una corriente significativa dentro del movimiento obrero intentó disputar la “verdad” de aquel a quienes estaban de acuerdo con ese perfil: el sindicalismo revolucionario.

Los motivos de estas disputas obedecieron fundamentalmente a ese doble contexto de protesta política opositora y protesta obrera antes descripto, pero sus respectivos argumentos se hundían en lo que Panebianco define como las opciones políticas fundamentales de los orígenes de ambas organizaciones partidarias. O, mejor dicho, a una determinada

⁴¹⁴ “El meeting del domingo”, *El Tiempo*, 23/07/1903.

interpretación de esos arreglos fundacionales que se habían convertido en convicciones de sus miembros, en donde la figura del partido como centro simbólico y la exaltación de la propia causa como una misión histórica de carácter sacro se expresaban, en última instancia, en la clave de religiones civiles. Por ello, quienes quedaban dentro o fuera del espacio considerado como legítimo por los contendientes eran susceptibles de ser ubicados como traidores a esa causa originaria que otorgaba sentido a la acción política, defendida sí por quienes a su vez se concebían a sí mismos en tanto creyentes.

Con todo, como se verá, la virulencia de los embates, las retóricas exaltadas y la injuria, no llegarán a minar todos los puentes de estas familias agitadas. Ocurre que, a diferencia de otras solidaridades políticas que adquirieron un tono menos militante, o cuya perdurabilidad se encontraba supeditada a la regularidad de los tiempos del comicio o del arreglo entre facciones, las identidades radical y socialista comenzaron a evidenciar en estos años de disputa —o directa reinvención— dos fenómenos que se extenderían en el tiempo. Su potencia como expresión de causas muy sentidas en la Argentina finisecular, tales la regeneración político-moral y la organización y elevación de una naciente clase trabajadora. El otro, en consonancia con ello, era su resistencia a verse constreñidas en los marcos de unas organizaciones partidarias que, de acuerdo a las sucesivas tensiones experimentadas a su interior, no acababan de dar cuenta totalmente o de saturar esos espacios de identificación. Así se explica el que, tanto en tiempos de disputas intestinas como luego de la resolución de las mismas, constantemente emergieran voces que se reclamaban radicales o socialistas, pero sin someterse a la dirección simbólica de uno u otro partido.

III. a. Una milicia de creyentes al rescate de una tradición. La reorganización como revolución

Ese camino que dará lugar definitivamente a una nueva UCR menos de un año después de que el núcleo intransigente se propusiera rescatarla del pasado, estará signado por una serie de acontecimientos que tenían un valor simbólico muy significativo como “lugares de la memoria” del primer radicalismo y que constituían los rituales políticos que habían dado forma a la identidad radical. Tanto el mitin del 26 de julio de 1903, que logró reunir según las fuentes entre 30 y 50.000 personas en las calles de Buenos Aires (ver APÉNDICE, Imagen n° 17), como la Convención Nacional que se celebrará en febrero del año siguiente

compuesta por los delegados radicales de las distintas provincias, apelarán a las emociones de los participantes, imbricando esto con una operación temporal que pretendía aportar coherencia entre el momento originario de la UCR y el presente. Esto es, lo que David Kertzer denomina una “ilusión de continuidad” (KERTZER, 1988: 9-10) que legitimaba a sus promotores para hablar en nombre de un radicalismo que todos entendían disuelto.

Será en una clave cuasi religiosa que el diario radical *El Tiempo* –uno de los más entusiastas promotores de la conmemoración de 1903– se referirá al mitin por la revolución del Parque como un acontecimiento trascendente que permitía saldar cuentas con otros que también podían apelar a la identidad radical, estableciendo así una verdadera frontera entre los viejos radicales que se mantuvieron al margen del acto y aquellos que lo exaltaban:

“Hay fervores en este sentimiento colectivo. Y es que *hay algo también de hermandad religiosa en esos ciudadanos que se mantienen fieles a su ideal, ideal que ha tenido sus apóstoles, que ha tenido sus mártires, y que, para apurar la semejanza, tuvo también sus apóstatas* (...) Tal es el hecho que vio ayer Buenos Aires: el pueblo de la capital visitando a los muertos del 90; un partido que se creía disuelto y que reaparece en el aniversario de una revolución”⁴¹⁵.

Pero, como se ha dicho, la Revolución del Parque no era sólo un lugar de la memoria reivindicado por los radicales. La conmemoración fue también activamente promovida por los importantes diarios *La Prensa* y *La Nación*, mientras el mismo Comité Nacional del Partido Republicano presidido por Guillermo Udaondo liberó unos días antes a sus afiliados para que se sumaran a las columnas que desfilaron en las calles de la ciudad⁴¹⁶. Sintomáticamente, durante el acto los manifestantes radicales se detuvieron ante el Comité republicano y saludaron a sus autoridades; luego, al pasar frente al local donde se celebraba la Convención de Notables dieron “muera” a la misma y al pasar por la casa de Bernardo de Irigoyen, que no se había sumado ni adherido al acto, se profirieron gritos de “claudicador”⁴¹⁷. Los discursos en el cementerio, por otro lado, se dieron en una tónica fuertemente combativa, tal el caso del orador principal, Vicente Gallo, quien se encargó de

⁴¹⁵ “Resurrección”, *El Tiempo*, 27/07/1903 (destacado propio).

⁴¹⁶ El texto afirmaba que “el movimiento revolucionario de julio de 1890 –a que concurrieron todas las fuerzas independientes del país– fue un esfuerzo patriótico que procuró restablecer la vida institucional y la moral administrativa en la república y que, en consecuencia, los miembros del partido quedan en libertad de conmemorarlo, individualmente, en la forma que consideren más adecuado” (“Partido Republicano. Reunión del Comité Nacional”, *La Nación*, 21/07/1903).

⁴¹⁷ “El meeting de ayer. Conmemorando la revolución de Julio”, *La Nación*, 27/07/1903.

destacar el carácter sagrado de la “misión histórica” que se había planteado la UCR y la necesidad de terminar lo que se había iniciado en 1890:

“La revolución del 26 de Julio, grandiosa por la justicia de su causa y por la importancia de las fuerzas populares (...) no alcanzó de inmediato el éxito a que tenía derecho, ni ha visto cumplido hasta el presente el programa de sus reivindicaciones” (GALLO, 1903b: 35).

En la misma clave, esta destacada figura de lo que se constituirá en la reorganización de la UCR, se refirió a aquellos que no habían concurrido como verdaderos apóstatas: “resistimos y rechazamos la claudicación personal y como *una traición de fé* y a las aspiraciones nacionales cualquier apartamiento en las ideas, en la propaganda o en la acción” (ambas citas en: GALLO, 1903b: 36, destacado nuestro). Resulta importante destacar que esta será una constante en el proceso aquí analizado, de forma que en esos términos de “verdaderos” frente a “traidores”, “fieles” frente a “apóstatas”, se darían las futuras disputas entre los viejos radicales por apropiarse del sentido de lo que significaba *ser* radical en los primeros años del siglo XX. En este sentido, si bien por ejemplo los antiguos dirigentes santafesinos se mantendrán alejados de la iniciativa del grupo de la Capital Federal (salvo Ignacio Iturraspe, ex dirigente radical de segunda línea y hasta hacía poco legislador provincial por la coalición conservadora-radical que gobernaba esa provincia), importantes referentes provinciales como Ángel Blanco (Corrientes), Miguel Laurencena (Entre Ríos) o Pedro Molina (Córdoba) se harían presentes durante varias semanas en aquella ciudad, participando de una serie de asambleas públicas y reuniones privadas que definirán los rumbos del nuevo radicalismo.

De hecho, dentro de los radicales capitalinos que habían conformado la Junta Provisoria para conmemorar la Revolución –compuesta de los presidentes de los clubes parroquiales– surgieron importantes diferencias en torno a quiénes encabezarían la reorganización y de qué forma se realizaría. Dos fueron los ejes problemáticos que dieron lugar a las primeras disidencias: por un lado, la cuestión de la participación electoral y la posibilidad de establecer alianzas con otras fuerzas, un problema de larga data en la historia partidaria; y, por otro, los alcances locales o nacionales de la nueva organización político-partidaria, dimensión territorial de un tipo de construcción que había permitido al radicalismo originario constituirse en una suerte de federación de comités provinciales con una identidad

común. En el nuevo contexto, ambas cuestiones no tenían una resolución prefigurada, como se desprende del relato retrospectivo más importante, el de Ricardo Caballero, pero también de las construcciones historiográficas que han entendido a la reorganización de principios de siglo como la marcha ascendente y casi sin tensiones (al menos en estos primeros años) del “yrigoyenismo”⁴¹⁸.

En cuanto al proceso de una nueva reorganización, poco después de que se iniciara en el mes de agosto un nuevo movimiento para adecuar los clubes parroquiales devenidos en comités de circunscripción, de acuerdo a la nueva legislación producto de la reforma política de 1902, dos importantes dirigentes de la Junta Provisoria, Martín Torino y Federico Vilaró, renunciaron a sus cargos, siendo seguidos por varios presidentes de los clubes parroquiales. Este sería el inicio del “cisma radical”, supuestamente basado en las diferencias en torno a la organización nacional del partido, ya que quienes se alejaban alegaban la necesidad de instalar rápidamente un nuevo Comité Nacional en la Capital Federal que coordinara las tareas de reorganización en todo el país⁴¹⁹. Por su parte, los motivos de quienes terminarían por crear el nuevo Comité de la Capital Federal bajo la presidencia de José Santos Arévalo – antiguo miembro de la Unión Cívica de la Juventud en 1889 y luego de la UCR– apelaban en cambio a las disposiciones de la primitiva Carta Orgánica sancionada en 1892, según la cual recién luego de reunida la Convención Nacional con las respectivas delegaciones provinciales se podría nombrar un Comité Nacional⁴²⁰. El conflicto se había desatado, en este caso, entre los mismos que habían unificado esfuerzos para movilizar a las secciones porteñas

⁴¹⁸ El clásico estudio de David Rock ubica este período como una gran transición entre el radicalismo de Alem y el de Hipólito Yrigoyen, durante la cual el partido se consolidará en las dimensiones locales (a partir de comités provinciales), sociales (como “partido de clases medias”) e ideológicas (la creación de un “Estado unipartidario”, al negar legitimidad al resto de las fuerzas políticas existentes) (ROCK, [1975] 2007: 59-65). Recientemente, Ana V. Persello ha destacado la importancia de la reorganización de 1903, estableciendo algunos puntos fundamentales (sobre todo, la convocatoria desde la Capital Federal), pero sin profundizar mayormente en las especificidades del proceso (PERSELLO, 2007); en tanto para María Soledad Delgado, quien retoma parte de la tesis de Rock, todo el proceso que se extiende entre esa fecha y 1916 –año de la llegada a la presidencia de la Nación por Hipólito Yrigoyen– estará signado por la constitución de una nueva estructura territorial para la UCR y el afianzamiento de las banderas de la tríada identitaria “intransigencia”-“abstención”-“revolución”, entendidas como marcas definitivas del yrigoyenismo (DELGADO, 2005).

⁴¹⁹ “El cisma radical”, *La Nación*, 07/08/1903.

⁴²⁰ “Reorganización radical”, *El Tiempo*, 01/08/1903. Definidas las nuevas autoridades del radicalismo capitalino, el nuevo Comité se dirigirá “a los correligionarios de las diversas secciones de la república, pidiéndoles envíen de acuerdo con la carta orgánica del partido, los delegados que deben componer la convención nacional. Ésta será la que resuelva la actitud que debe asumir el partido en las próximas contiendas políticas” (“Partido Radical”, *El Tiempo*, 14/09/1903).

en pos de la organización del mitin conmemorativo, pero se sumarían nuevos actores en las disputas por la identidad radical, particularmente en lo que hacía a la cuestión electoral.

Bastante se ha dicho en relación a la bandera de la “intransigencia” como una de las ideas-fuerza fundamentales que habrían guiado el liderazgo yrigoyenista dentro de la UCR de comienzos del siglo XX, confirmando de alguna forma la imagen que de sí mismo construirán quienes se identificaban con dicha conducción. Pero se ha visto que las primeras divisiones provinieron de los mismos “intransigentes”, sin despuntar aún la mentada omnipresencia de Hipólito Yrigoyen. Las diferencias en torno a la cuestión de la participación electoral arreciaron tanto en la Capital como en ciertas provincias, en especial la de Santa Fe, que había sido junto a la de Buenos Aires un bastión territorial fundamental del radicalismo. El primero en rechazar los rumores de su candidatura a diputado nacional fue Delfor Del Valle⁴²¹. El motivo de su carta pública, que lo confirmaba como “intransigente”, era una respuesta al director del diario *El Tiempo*, Carlos Vega Belgrano. En el periódico en que el mismo Del Valle actuaba como destacado redactor, afirmaba que siendo “miembro de un partido político regido por su carta orgánica y respetuoso de sus disposiciones, jamás me permitiría esa libertad, que importaría además, una falta de consideración para mis correligionarios”⁴²².

La cuestión era sensible para el núcleo reorganizador, porque no sólo Vega Belgrano –un destacado publicista y antiguo presidente del Comité de la Capital que apoyaba el proceso– se había declarado partidario de una “fusión de los partidos populares”, esto es, de radicales y republicanos, sino que poco después surgiría una nueva amenaza para aquellos que pretendían monopolizar la identidad radical amparándose en la Carta Orgánica originaria. A inicios de septiembre, cuando el conjunto de las fuerzas políticas comenzaron a definir alianzas y candidaturas para las elecciones del año siguiente, se hizo público que los “radicales del Dr. [Bernardo] de Irigoyen”, encabezados por el diputado nacional Francisco Barroetaveña y los antiguos secretarios del Comité Nacional Joaquín Castellanos y Adolfo Mujica, luego de una serie de reuniones privadas habían decidido “promover la reorganización del partido”. Para ello, se hacía “un llamamiento a todos los que pertenecieron

⁴²¹ Delfor Del Valle ya había actuado como legislador bonaerense en la década anterior y se lo consideraba un miembro destacado del círculo íntimo de Yrigoyen desde su conducción del Comité bonaerense.

⁴²² Delfor Del Valle, “Una rectificación”, *El Tiempo*, 01/08/1903.

al extinguido partido, sin exclusiones de personas ni de grupos”⁴²³. Como consecuencia de ello, varios de los presidentes de los nuevos comités “intransigentes” comenzaron a realizar declaraciones en torno a su voluntad de participar de las futuras elecciones, declarándose ahora comités “radicales independientes”. Al mismo tiempo, el club más importante del radicalismo de la ciudad de Rosario que se había sumado a la conmemoración del 26 de julio, el “Teodoro García”, comenzó a operar un acercamiento a los hombres del Partido Republicano en la provincia de Santa Fe, que contaba con prestigiosos ex radicales, como De la Torre, que habían rechazado la invitación de los “intransigentes” de sumarse a la reorganización. Tal como se ha visto, la retórica esgrimida por radicales y republicanos entrañaba una serie de motivos y consignas comunes. Como afirmaba el presidente del citado club, Jorge Campdesuñe –que contaba con más de una década de militancia radical–, al corresponsal del diario *La Nación* en Rosario:

“es obra patriótica de verdaderos ciudadanos independientes que aspiran a la *regeneración política del país*, la de *buscar la unión y concordia de los partidos populares*, convirtiéndolos en una sola agrupación y mancomunándolos en un solo ideal y una aspiración única: la de combatir y triunfar en conjunto contra las oligarquías oficiales”⁴²⁴.

Fueron de todas formas los mismos radicales “intransigentes” santafesinos quienes expulsarían al club que buscaba una alianza con los republicanos para apoyar la candidatura a diputado nacional de De la Torre, logrando aquellos hegemonizar el proceso de reorganización en esa provincia. De alguna forma, estos sucesivos desafíos al núcleo reorganizador fueron definiendo poco a poco los contornos de una renovada identidad. Es posible que la abstención electoral que luego se sancionaría oficialmente en la Convención Nacional de 1904 hubiera estado determinada de antemano por el éxito de la Convención de Notables oficialista a la hora de definir un candidato a la sucesión presidencial. Pero también resulta plausible que las disidencias y la necesidad de diferenciarse de los radicales “fusionistas” y los republicanos actuaran en el mismo sentido. A saber, como una forma de reafirmar las banderas de una intransigencia que tenía un antecedente en la misma división

⁴²³ “Los radicales del Dr. Irigoyen”, *La Nación*, 12/09/1903. Sobre la trayectoria de este grupo, desde la muerte de Alem hasta la finalización de la conflictiva gobernación bonaerense de Irigoyen, ver OJEDA SILVA (2013).

⁴²⁴ “Santa Fe. Declaraciones de un radical. La unión de los partidos populares”, *La Nación*, 21/08/1903 (destacado propio).

de la Unión Cívica en 1891, al precio de echar un manto de olvido no sólo frente a la importancia de la participación electoral del radicalismo en la década de 1890 en la Capital y la provincia de Buenos Aires, sino de juzgar como ilegítima la decisión de la Convención Nacional de 1897 que había caracterizado a los intransigentes como disidentes, siendo luego expulsados de la UCR, como se quejara De la Torre en su retrospectiva sobre el proceso de inicios del siglo XX⁴²⁵.

Recién hacia octubre de 1903 el camino hacia la buscada Convención Nacional se allanará para los intransigentes. El proceso encontró cause en la buena acogida en ciertas provincias del llamado desde la Capital Federal, destacándose Santa Fe, Córdoba, Mendoza y Entre Ríos. Así y todo, el Comité capitalino se encargó de nombrar a Delfor Del Valle como delegado oficial del partido en las provincias del interior, iniciando una gira que lo llevaría a Rosario, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y Salta, aunque la situación de los radicales en cada uno de estos territorios estaba lejos de ser homogénea o la deseada por los reorganizadores. Como afirmaba el diario *El Tiempo*, que seguía de cerca el proceso pese a su acercamiento al Partido Autonomista de Pellegrini, “los radicales de Salta (...) vuelven al partido, luego de retirar su adhesión al Republicano, al que se plegaron durante la inactividad del Radical”, mientras que el Tucumán, aunque envueltos momentáneamente en una lucha local, los radicales permanecen tan entusiastas y fieles como siempre”⁴²⁶.

De todas formas, al acercarse la fecha de la Convención Nacional, el nombre de Hipólito Yrigoyen comenzará a aparecer como el de una figura que se mantenía a cierta distancia de los trabajos más concretos, pero que seguía sino dirigía el camino tomado por la nueva UCR. En este sentido, la comparación con el indiscutido liderazgo previo de su tío Leandro Alem aparecía casi como una decantación, pero no desprovista de ese halo de misterio que destaca Caballero en sus citadas memorias sobre la reorganización radical. Nuevamente *El Tiempo* expresaba que “[e]l Dr. Yrigoyen es el argentino de patriotismo acendrado a quien el Dr. Alem, en documento que no se ha hecho público y que se dará a conocer en su día, encomendó la prosecución del trabajo emprendido para la salvación de la patria”⁴²⁷. Pero la figura del cordobés Pedro Molina también será presentada en la prensa –

⁴²⁵ Sobre las posiciones de Lisandro de la Torre en este período, ver SIEGLER (1984).

⁴²⁶ “Partido Radical”, *El Tiempo*, 05/01/1904.

⁴²⁷ “De política en el Partido Radical”, *El Tiempo*, 01/02/1904. Esta breve descripción no deja de resultar similar, por ejemplo, a la que hiciera en su momento Francisco Barroetaveña de Alem: “La patria, su salvación,

así como en memorias como la del propio Caballero— como una referencia de primera magnitud del radicalismo del interior, un “radical doctrinario”. Este dirigente había sido presidente de la Convención Nacional fundacional de la UCR en 1892 y se lo mencionaba ahora en 1904 como su cargo natural. Al mismo tiempo, esta figura y la de su hermano Abraham Molina representaban la decisión de aquellos que, habiendo formado parte del Partido Republicano hasta 1903 (como De la Torre), se sumaron de forma entusiasta a la convocatoria de la Junta de la Capital en la clave de los “fieles” frente a aquellos que ahora eran considerados “apóstatas”; pero también daba cuenta del alcance territorial de un nuevo radicalismo hasta allí bastante confinado a Buenos Aires, ciudad y provincia.

Una vez más, la tónica de lo ocurrido durante los días de la Convención Nacional de febrero de 1904 en Capital Federal revela hasta qué punto los intransigentes todavía debían saldar cuentas con sus posibles competidores por la identidad radical. Además de como configuración logística de la revolución que se estaba preparando, institucionalizar la nueva organización actuaba a dichos efectos en el marco de lo que se presentaba como una disputa. En un local adornado con banderas argentinas, los escudos de todas las provincias argentinas y un gran retrato de Alem, la comisión encargada de las sesiones nombró primero por unanimidad a Pedro Molina como presidente de la Convención y luego del mismo Comité Nacional, que así se reinstalaba luego de la división y virtual disolución del radicalismo durante el cambio de siglo. Como expresaba Vicente Gallo —secretario de la Convención— en términos similares a su discurso de julio del año anterior: “la instalación del Comité Nacional constituía una prueba concluyente de que el radicalismo es una intensa fuerza moral, un anhelo colectivo”. De forma más significativa, no es en la clave de un liberalismo doctrinario, como achacara Caballero en sus memorias al cordobés, que Molina disertará en el discurso que ofició de cierre de la Convención, sino retomando los tópicos de lo que se consideraba la propia tradición radical, estableciendo un puente entre pasado y presente que proyectaba lo que hemos caracterizado como la “ilusión de continuidad” de todo ritual político:

“Entre algunas horas más, la histórica agrupación popular surgida en 1890 como una condensación del supremo esfuerzo con la naturaleza medicatriz de un organismo

el honor nacional, la libertad, la justicia, he ahí sus vinculaciones y el objeto único de sus anhelos (...) Alem es el jefe del Partido Radical, y acentúo a designio, esta palabra *jefe*. No es un simple presidente del Comité Nacional; es más que eso; es el elegido en un momento supremo para dirigir la salvación de la patria” (BARROETAVEÑA, 1928: 53).

político tan enfermo como el nuestro, proveyera a las necesidades de la propia conservación, va a reconstituirse dándose el gobierno que prescribe su carta orgánica, y quedar así en actitud de llenar las *funciones fisiológicas de reparación y de reacción que una ley histórica le asigna*”⁴²⁸.

El Manifiesto lanzado por la Convención al pueblo de la Nación al finalizar sus sesiones se expresó finalmente en el sentido de destacar la singularidad que el nuevo radicalismo proyectaba ante sus “otros”, ya sean del oficialismo como de la oposición. La operación que se encontraba detrás de ello era, antes que nada, una suerte de reactualización del diagnóstico de la crisis de 1889-1890 que había dado nacimiento a la UCR, lo que permitía justificar la existencia de una fuerza que hasta allí no había perdurado como tal de forma unificada:

“El radicalismo, *sin autoridades y sin disciplina de partido, ha subsistido como tendencia y se ha acentuado vigorosamente como anhelo colectivo (...)* El acuerdo, asegurando para sus afiliados posiciones oficiales, mediante arreglos con los gobiernos, ha desgastado energías, corrompido caracteres (...) El régimen es el mismo en lo político, en lo económico y en lo administrativo (...) En esta tarea que arroja un germen de corrupción nuevo en nuestras prácticas políticas y siembra semilla de funestos frutos para la moralidad del carácter, rivalizan los partidos políticos en lucha electoral (...) *La Unión Cívica Radical es la única fuerza que mantiene consecuencia con su primera actitud y conserva fidelidad a sus principios (...)* Y finalmente, cree que defraudaría los anhelos de la reacción y mataría la última esperanza que el país tiene en el esfuerzo patriótico de sus ciudadanos, si se incorporan con sus fuerzas a la lucha electoral” (Manifiesto del Comité Nacional al reorganizarse, 1904: 103-108, destacado propio).

Por supuesto que la concreción de la fallida revolución del 4 y 5 de febrero de 1905, por parte de los civiles y militares que se sometieron a la conducción de la Junta Revolucionaria de la UCR, operaría un antes y un después en el proceso de reorganización radical, prácticamente desapareciendo por más de un año toda actividad partidaria, como se verá. Pero para lo que aquí importa, el Manifiesto de 1904 y el discurso de Molina consolidaban lo que se planteara en 1903 al iniciarse el proceso. Antes que como organización partidaria, el radicalismo era concebido por sus “fieles” como una creencia política redentorista, una promesa de regeneración destinada a cumplirse como misión o “ley

⁴²⁸ Los discursos de Gallo y Molina, así como la reseña de la Convención Nacional, en “Convención radical”, *El Tiempo*, 26/02/1904.

histórica”. Ello precisamente en un contexto en que se reinstalaba esta consigna de vincular moral y política entre una panoplia más amplia de fuerzas y partidos —el Republicano, el Autonomista y, por supuesto, el Socialista—, frente a cuya confianza en la vía electoral la nueva UCR levantaría la abstención y el “supremo y sagrado recurso” de la Revolución, que constituía para entonces un mito político de fuerte carga voluntarista y que atravesara períodos “fríos” (entre 1898 y 1902) y ahora calentaría nuevamente el clima político del otoño conservador.

En tanto hecho de armas, la que comenzará a denominarse “revolución de Febrero” fue un hecho largamente planificado por la dirigencia radical, con un minucioso trabajo entre las filas de un Ejército desde principios de siglo profesionalizado, con focos en la Capital Federal, la provincia de Buenos Aires (Bahía Blanca), Córdoba, Santa Fe (Rosario) y Mendoza. Por ejemplo, la iniciación del mismo Caballero en la conspiración había adquirido el carácter de un rito, recitándole los jóvenes rosarinos que solicitaban su concurso el obituario de Alem que él había escrito años atrás en Córdoba. Esa dinámica seguía las formas de las sociedades secretas en las que los ritos de iniciación se teñían de formas solemnes, a partir de los cuales el iniciado se comprometía a guardar secreto, aportar recursos y obedecer órdenes. En vistas de ello, era esencial una estructura jerárquica, pero también un tipo de actividad, discursos, representaciones simbólicas, código moral y motivaciones que apelaran a una memoria colectiva (BACZKO, 1997: 293-304; TARCUS, 1998/1999) que incluía, entre otros lugares, el culto a viejos mártires —en este caso, los caídos en 1890 y 1893—, revirtiendo en una organización que disciplinaba y entusiasmaba a la vez. Para el caso de la incorporación de los militares a la red civil de los radicales, estos venían siendo interpelados abierta y constantemente por la prédica radical como uno de los actores que debía sumarse a la revolución. Un caso paradigmático era el de *El Municipio* de Rosario cuando expresaba: “Los hombres que se proponen reorganizar con actitud intransigente (...) la Unión Cívica Radical, no deben perder de vista las instituciones armadas del país, en cuyas filas palpita el sentimiento de la dignidad ofendida”, y poco después se referiría, sin mayores tapujos, a la necesidad de la creación de una “logia militar”⁴²⁹.

⁴²⁹ *El Municipio*, 14/06/1903 y 12/08/1903. Lo que ocurría, a la sazón, era el abierto conocimiento en la opinión pública de que ciertos sectores del Ejército se encontraban descontentos con las políticas implementadas por el ministro de Guerra de Roca, el coronel Ricchieri, mientras los rumores de un levantamiento militar eran casi cotidianos en la prensa. El diario se refería puntualmente a la agitación generada en sus filas por el reciente

En los capítulos precedentes se ha constatado la importancia que habían tenido los militares en los años fundacionales del radicalismo, no sólo por el papel que habían jugado en las revoluciones de 1890 y 1893, así como por la importante presencia de los mismos en los rangos superiores de la UCR, del coronel Martín Irigoyen al general Teodoro García, pasando por Mariano Espina y Julio Figueroa. Después de todo, el primero de ellos había comandado las fuerzas del Parque, pero Espina y otros oficiales habían jugado un papel destacado en la construcción de la Revolución como acción suprema en nombre de los intereses de la Nación. Al respecto, el componente nacionalista consolidado en la propia identidad radical se combinaba con el militar para definir a la militancia radical como una milicia patriótica de ciudadanos-soldados que, como expresara Gallo en la recepción de 1906, no combatía prosiguiendo fines partidistas sino en nombre de una causa sagrada que se ubicaba por encima de cualquier otra disputa. En el caso de algunos dirigentes radicales de la reorganización que combinaban cargos partidarios con la carrera castrense, como el de Ricardo Núñez –presidente del club rosarino “9 de Noviembre”– ambas facetas se fusionaban en la “causa”, como lo expresaba en un típico discurso de la reorganización:

*“Soldado consecuente y fanático de la causa radical, me siento orgulloso en medio de este núcleo de veteranos del club (...) vieja unidad de combate llena de gloriosos antecedentes en las luchas que nuestro gran partido ha librado en holocausto a las libertades (...) Camaradas, el momento de prueba se acerca y confío en que el 9 de Noviembre, respondiendo a su tradición, llegará de los primeros al lugar de la acción (...) señores: un recuerdo para el mártir, el alma de este partido, el apóstol Alem, y un viva para su digno reemplazante, el doctor Hipólito Irigoyen”*⁴³⁰.

No obstante esta vinculación, para una acción que dejaba en evidencia la voluntad del radicalismo de tomar el poder mediante la violencia revolucionaria, la revolución de Febrero agrietará, al menos momentáneamente, esa “solidaridad nacional”. En particular, episodios como la “masacre del Pirovano”, donde las desinteligencias entre civiles y militares tendrían

conflicto limítrofe con Chile, la política de ascensos selectivos de Ricchieri y la utilización de las fuerzas de línea para intervenir en conflictos que no sumaban a su popularidad, como la represión de las huelgas obreras. Sobre el discurso del periódico rosarino que combinaba la apelación a los militares como a los obreros movilizadas de la ciudad, ver PRIETO (s/f). Sobre la situación del Ejército y los descontentos en su seno, ver ROUQUIÉ (1981).

⁴³⁰ Transcripto en: *El Municipio*, 25/10/1903 (destacado propio). Para los pormenores de la reorganización en la provincia de Santa Fe, remitimos a REYES (2010).

graves consecuencias y amplia reprobación pública, los sucesos de Rosario en donde las unidades del Ejército sublevadas terminarían por aislarse para “asegurar la disciplina” de “hombres llenos de ideales” –según declarara poco después su comandante desde el exilio en Montevideo⁴³¹– o la tardía entrega a las autoridades de Hipólito Yrigoyen, a quienes todos consideraban cabeza política de un alzamiento de verdadero alcance nacional, fueron semilla de una soterrada discordia incluso al interior de la propia conducción radical.

Nicolás Silitti ha dado cuenta de cómo los previos alzamientos armados del siglo XIX habían generado, entre otras fuentes, una serie de reformas jurídicas e institucionales para el Ejército a fin de juzgar las rebeliones militares en sus implicancias políticas (SILITTI, 2014). Así se entiende que pocos días después del fracaso revolucionario el dirigente cordobés Abraham Molina se encargara de publicar una carta abierta titulada “Mi defensa”, en la cual intentaba despejar toda duda respecto de que el movimiento revolucionario había sido organizado y conducido por el Partido Radical, con el objetivo de justificar “a correligionarios y oficiales”. A su entender, “la causa de la revolución” había reemergido en el radicalismo por encontrarse el país en “situación de inconstitucionalidad” y legitimaba la violencia para instalar un gobierno provisorio “del pueblo y para el pueblo”. La especificidad política, entonces, descaratulaba la noción de “sedición o rebelión”: la revolución era la “última razón del pueblo” personificado en la UCR. Finalmente, el resultado imponía a sus miembros sostener sus principios, y aquí Molina vuelve sobre el núcleo emotivo de la identidad radical, al expresar que no se podían mantener indiferentes “después de correr la sangre de muchos mártires de sus convicciones”⁴³². Quienes habían llevado adelante la reorganización “intransigente” se encargarían de entroncar la nueva experiencia con el mito de orígenes del radicalismo de la década de 1890, a partir de lo que concebían como la continuación de una misma lucha, por una misma causa y bajo las pretendidas mismas banderas. Es en los marcos de esta reinvenición de la identidad radical, apropiándose del legado partidario como únicos depositarios legítimos del mismo y, en suma, con la autoridad

⁴³¹ El mayor Adolfo Benavidez se refirió a “la falta de cumplimiento de los civiles de Rosario” porque, según su concepción de la táctica empleada, “cuando muchos mandan no se consigue que las órdenes se cumplan como conviene”. El reportaje aparece transcrito por *El Municipio*, 16/02/1905, originariamente en *El diario Español*, de Montevideo. El relato más pormenorizado y todavía útil sobre los sucesos de la revolución de 1905 sigue siendo ETCHEPAREBORDA, 1968, donde se detallan los sucesos de la estación Pirovano, en el cual perdieron la vida los líderes militares y civiles del alzamiento en provincia de Buenos Aires.

⁴³² Abraham Molina, “Mi defensa”, *Los Principios*, Córdoba, transcrita íntegramente en “Los sucesos revolucionarios. La revolución en Córdoba. Exposición del doctor Molina”, *El Tiempo*, 25/02/1905.

para “ser radicales”, que la reorganización se prolongará en los años subsiguientes casi como un estado permanente. En palabras una vez más de Vicente Gallo, los reorganizadores se concebían “soldados de una causa fundamental, causa de reparación y justicia, causa prestigiada por 17 años de sacrificios” (GALLO, 1908b: 86-87), poniendo entre paréntesis la previa disolución de la UCR y velando las derrotas y las disputas intestinas incluso dentro del propio grupo “intransigente” al luchar por la definición de la entidad que afirmaban representar como “marca colectiva” (OFFERLÉ, [1987] 2004: 37).

III. b. *La herejía sindicalista o “los dos socialismos”*

Previamente se ha consignado que tanto el conflictivo contexto político de los primeros años del siglo, como la intensidad de las protestas obreras que tuvieron sus picos con las huelgas generales de fines de 1902 y 1904, agitaron también las aguas del socialismo argentino, en parte, porque buena parte de sus militantes estaban involucrados en esos procesos. Una diferencia fundamental con lo experimentado por la identidad radical es que el PS –en contraste con la disolución de la UCR de entresiglos– había consolidado su organización partidaria interna, planteándose las tensiones en ese espacio compartido. Así, el momento álgido de lo que comenzaría como la sorda instalación de tópicos críticos en el mismo tuvo como uno de sus precedentes lo que entonces apareció como una virtud: la creación a inicios de 1903 de una central sindical de tendencia socialista, la Unión General de Trabajadores (UGT), escindida de la FOA luego de que la mayoría de los adherentes de ésta se declararan por la tendencia comunista anárquica⁴³³. Por de pronto, para un socialismo que desde la consolidación de su línea política planteara –con ciertos matices– que la “acción política” y la “acción gremial” debían actuar como esfuerzos mancomunados pero por carriles paralelos para lograr la emancipación integral del proletariado, resultaba importante aclarar que el congreso fundacional de la UGT celebrado en el local del Vorwärts no había sido auspiciado sino apoyado por el PS. De acuerdo a *La Vanguardia*, predominaban los

⁴³³ Desde el PS se había promovido esta decisión a partir de la acción de un órgano que se ocupaba del específico campo sindical: el Comité de Propaganda Gremial. Para un análisis específico de la “cuestión sindical” en el socialismo y del sindicalismo revolucionario como tendencia dentro del movimiento obrero, existe una bibliografía clásica en torno a lo segundo (MAROTTA, 1960; ISCARO, 1973; GODIO, 2000), así como una reciente renovación sobre el primer punto, a partir sobre todo del trabajo pionero de FALCÓN ([1986/1987] 2011), centrándose algunos análisis en los orígenes de este problema a inicios del siglo y otros ya cuando la corriente sindicalista se transforme en un actor de peso hacia la segunda década del mismo (BERTOLO, 1993; ANDREASSI CIERI, 1998; BELKIN, 2005, 2007 y 2013; MARTÍNEZ MAZZOLA, 2011).

delegados de “filiación socialista” pero no habían “procedido regimentados como se ha pretendido”, en alusión a las críticas de la FOA, destacando la iniciativa de “la parte más sensata del proletariado argentino”, aquella que no hacía a su entender una innecesaria “gimnasia revolucionaria”⁴³⁴.

Se dejaba vislumbrar en la opinión socialista la primacía de un criterio que hacía del respeto a una identidad política común preexistente un valor instalado por encima del tipo de estrategia a seguir para la consecución de su misión histórica. La importancia de este supuesto en relación a una solidaridad primigenia de aquellos que se reconocían como socialistas estribaba en que cualquier diferencia en torno a los planteos del camino a seguir para lograr ese objetivo debía plantearse, en última instancia, como disputa por esa identidad. Poco antes y en torno a esta nueva centralidad adquirida por la cuestión sindical, algunos referentes socialistas de peso habían fijado criterios.

Luego de haber postulado en su discurso del primer Congreso del PS en 1896 que la primacía de la dimensión sindical volvía atrasada la acción proletaria en países como Gran Bretaña, Juan B. Justo explicitaría su postura en ese texto canónico que publicara en 1902, *El Socialismo*. En el mismo avanzaría sus ideas en torno a la “política obrera” y a la necesidad de la construcción de un vínculo material y mental que vinculara a los trabajadores más allá de la estrecha solidaridad –según la concebía– de las corporaciones gremiales. El eje de ese vínculo debía ser el “partido obrero”, que conducía su lucha de clases “directamente al campo de la política”, con el objetivo de conquistar las reformas tendientes a los fines inmediatos del programa mínimo socialista, que adquiriría particularidades según el caso nacional (JUSTO, 1902: 49-51)⁴³⁵. En la óptica de un dirigente a la vez político y gremial, como Alejandro Mantecón, que había inaugurado el congreso de la UGT, era también la identidad socialista de un “Partido Socialista Internacional” esencialmente político en su acción la que estaba en condiciones de operar una obra lenta y metódica (progresiva, gradualista) de ensanche del concepto de “lucha obrera”, concretando

⁴³⁴ “Congreso Obrero Gremial”, *La Vanguardia*, 14/03/1903.

⁴³⁵ Así, Justo ubicaba a esta evolución general hacia el “partido obrero” como la travesía de una serie de instancias diferenciales según esos mismos casos nacionales, distinguiendo los países industriales con un importante movimiento obrero pero renuente a la política socialista (Gran Bretaña, Estados Unidos), de aquellos concebidos como “los pueblos más cultos” (Suiza, Escandinavia, Francia e Italia), donde se operaba un proceso similar al de la Argentina, lo cual reconocía por ejemplo que en esa lucha por hacer valer los derechos políticos, el discutido método de la huelga general estaba justificado, como en Suecia o Bélgica.

primeramente esas reformas parciales en pos de la emancipación total última. Pero incluso las resistencias que podía encontrar la táctica socialista centrada en la acción política dentro del movimiento obrero, al crearse una central que respondía a la misma como la UGT, podían llegar a tener la virtud de permitir la incorporación de trabajadores de distintas ideologías en un colectivo que, tarde o temprano, terminaría por verse envuelto en esa doble acción gremial y política del PS. En los términos de Nicolás Repetto, esa tendencia sustentada en un optimismo respecto de la progresividad y complementariedad de una acción socialista bifronte, trasladaba las tensiones inherentes a la misma a una cuestión de táctica, mientras se homogeneizaba el vector político que actuaba como su centro (v.g. el PS)⁴³⁶.

¿Qué ocurría entonces cuando era precisamente esa homogeneidad interna, fruto de una constante acción de propaganda y de labor en los distintos ámbitos patrocinados por el partido, la que comenzaba a tensionarse? El problema fue bien advertido por otro dirigente obrero, Adrián Patroni, al crecer la opinión de aquellos socialistas que planteaban desde la UGT y del propio PS la necesidad de radicalizar posturas, en suma, de retomar una vía revolucionaria que había “degenerado” en reformista y priorizar así la acción gremial directa, según los argumentos críticos. Al inaugurarse el congreso gremial socialista del que participó, Patroni afirmó que los afiliados al PS –tuvieran militancia y origen obrero o no– se habían acercado al mismo convencidos de la necesidad de lograr una serie de mejoras efectivas que no era posible esperar de la sola lucha económica. Confirmaba entonces la primacía de la lucha política y lo que caracterizaba como “el valor de nuestras propias convicciones”⁴³⁷. Así se entiende que al avanzar los planteos contrarios a la preeminencia política, este dirigente y aquellos como Justo o Repetto que sostenían la misma posición, instalaran la idea de que “los socialistas que afirman que ante todo son gremialistas, cometen una verdadera herejía (...) son y deben obrar con criterio socialista”⁴³⁸. O sea, antes que las posibles militancias alternativas, en concreto la sindical, era la identidad socialista la que actuaba como clave de bóveda. El surgimiento de una suerte de “ala izquierda” (FALCÓN, [1986/1987] 2011: 207-208) que planteará sobre todo desde 1905 una visión estratégica

⁴³⁶ Alejandro Mantecón, “El Socialismo en el movimiento obrero” y Nicolás Repetto, “Las divisiones de los trabajadores organizados”, *Almanaque Socialista de ‘La Vanguardia’ para 1904*, Buenos Aires, Imprenta Luis Veggia, 1903.

⁴³⁷ Arián Patroni, “Los socialistas en las sociedades gremiales”, *La Vanguardia*, 14/02/1903.

⁴³⁸ Adrián Patroni, “Seamos siempre socialistas”, *La Vanguardia*, 30/07/1904 (destacado propio).

diferente de la política socialista en torno al Estado, las leyes y el papel del Parlamento (BELKIN, 2007: 47) se referenciará rápidamente como corriente “sindicalista revolucionaria”, pero dentro de los márgenes de la gran familia socialista, ya que de hecho buena parte de sus principales exponentes (Aquiles Lorenzo, Gabriela Laperrière de Coni, Julio Arraga, Luis Bernard, Bartolomé Bossio, Emilio Troise o Ernesto Piot) ocupaban puestos claves en la dirección partidaria o de la UGT.

Es posible afirmar que el contexto general y la evolución particular de quienes todavía se reconocían como radicales dieron lugar a que la disputa por dicha identidad se jugara en un terreno donde se había perdido el centro simbólico de la misma. Así se explica la importancia del nuevo proceso de reorganización que se extendió entre 1903 y 1906, atravesando como experiencia el parteaguas de la revolución de 1905. En tanto en el caso del socialismo esa puja comenzó en el mismo centro identitario que era el partido, para luego generar una discusión sobre el papel del mismo en relación a la capacidad de definir qué era el “verdadero socialismo”, lo que es decir, qué era “ser socialista” en la primera década del siglo XX en Argentina. A diferencia de lo que había ocurrido con las breves disidencias y desprendimientos de 1897 o 1899/1900, esta vez la importancia del cuestionamiento al perfil adoptado por el PS adquirió para algunos el carácter de la mencionada “herejía” de Patroni y, en retrospectiva, como una virtual “traición” (DICKMANN, 1949: 291), incluso luego de la separación del grupo sindicalista en el VII Congreso del PS en 1906. A continuación se verá hasta qué punto ello significó efectivamente un apartamiento total de las convicciones socialistas.

En primer lugar, se impone destacar que para los primeros años del siglo existía ya un repertorio disponible para entablar esta disputa dentro del amplio campo del socialismo internacional. El mismo tenía como faro la experiencia de la *Confédération Générale du Travail* (CGT) de Francia, prontamente asociada a la *Fédération des Bourses du Travail* (cámaras de trabajo locales) para fomentar la acción sindical directa en un momento de aumento de la combatividad obrera, en oposición al socialismo parlamentario (ELEY, 2002: 97-98). Ello implicaba que la cultura política más general de los socialistas argentinos proveía desde un lenguaje propio hasta una serie de consignas, referencias teóricas y organizativas con una experiencia modélica similar a la que ofrecía la socialdemocracia alemana en lo relativo a la función del partido. No obstante, esta que se caracterizará como

la vía de la “autonomía obrera” centrada en el sindicato como actor clave de auto-organización, con independencia de todos los partidos políticos incluido el socialista, estaba presente en el seno de la Segunda Internacional desde la propia indefinición de sus congresos iniciales y autorizaba variaciones nacionales que no necesariamente estaban en condiciones de replicar el importante sindicalismo revolucionario francés⁴³⁹. Era más bien una gran “familia” que se guiaba por una serie de propuestas/consignas: la huelga general, un antimilitarismo y antipatriotismo exacerbados, la auto-definición como alternativa revolucionaria al reformismo de los partidos socialdemócratas y un anti-intelectualismo, por lo demás, de evidentes connotaciones intelectuales (THORPE, 2006: 132-133)⁴⁴⁰.

En lo que hace a la evolución intrapartidaria de la aparición de la nueva tendencia, tanto las memorias de dirigentes (del bando finalmente triunfador) como la historiografía han destacado que el conflicto se gestó entre la creación de la UGT y el Congreso de 1906. Ya en el VI Congreso del PS celebrado en Rosario (1904), algunas tensiones habían sido planteadas en relación al órgano de conducción partidario –el Consejo Nacional– pero siempre bajo una “identidad de intereses y sentimientos”⁴⁴¹, estableciéndose además la importancia de la propaganda socialista en las sociedades gremiales y la adhesión de las mismas a la UGT, pero por ejemplo la huelga general se concibió como forma de lucha gremial, pero no como “medio revolucionario de emancipación social” (ODDONE, 1983: 176-177).

El camino desandado de allí hasta el VII Congreso, ante el cual *La Vanguardia* solicitaba el respeto de la “misión propia” del PS, sólo se comprende a partir de la agudización de esas tensiones, como lo ha destacado la bibliografía sobre el tema. La mayor

⁴³⁹ La pertenencia a una cultura política común de las izquierdas del movimiento obrero, compartida aún con el anarquismo, era postulada contemporáneamente por el eminente sociólogo y economista marxista alemán Werner Sombart, quien incluía al sindicalismo revolucionario como una de las tendencias desprendidas del socialismo de mediados del siglo XIX. Especialmente, lo planteaba como crítica al “socialismo oficial” y reacción iniciada en países latinos como Francia o Italia en donde los sectores más radicalizados acunaban resquemores ante el peligro de que todo el movimiento socialista se convirtiera sobre todo en una creencia de las clases medias (SOMBART, 1909: 99). En este sentido, Marcel Van der Linden señala que el análisis del internacionalismo del movimiento socialista de parte de Sombart se sustentaba en un prisma eminentemente cultural, a partir del cual establecía posibles comparaciones de casos nacionales (VAN DER LINDEN, 2008: 5).

⁴⁴⁰ Para su evolución posterior a la Primera Guerra Mundial, ver VAN DER LINDEN y THORPE (1992).

⁴⁴¹ Aquiles Lorenzo, “El próximo Congreso del Rosario y la dirección del Partido”, *La Internacional*, 01/06/1904. En la opinión de esta figura destacada como vocero del sector crítico, y que además actuaba como Secretario del PS, esta conducción adquiriría una “lógica inflexible”, demandando por un Comité Ejecutivo, que terminaría por constituirse al finalizar las reuniones en Rosario.

parte de los trabajos da por concluida la secuencia en la moción de Repetto para que aquellos declarados como “sindicalistas” se constituyan en “un partido autónomo, a fin de realizar la comprobación experimental de su doctrina y táctica”. Pero cabe destacarse que la misma producción del congreso se encargó de que este proceso apareciera como inevitable. El teatro Unione e Benevolenza de la localidad de Junín que alojó las jornadas, en la localidad en donde Justo contribuyera a ampliar los horizontes programáticos del partido, respetaba la liturgia ya consolidada: decoración con color rojo, un gran busto de Marx en el escenario y la variopinta presencia de la prensa socialista del país, que incluía *La Acción Socialista*, el periódico creado en 1905 por el grupo que primero renunció a sus cargos en *La Vanguardia* y el PS, para luego continuar la disputa e intentar reformular lo que comprendía como el “verdadero socialismo”. A diferencia de otros congresos socialistas en donde se intentaron salvar las salidas o expulsiones, como forma en que la ritualidad partidaria sintetizaba o conciliaba posiciones, ante unos 1500 asistentes delegados como Bossio, Troise y Lorenzo expresaron concretamente que el “concepto sindicalista” era una forma de concebir la “acción socialista”. Para Dickmann, en cambio, dicho concepto situaba a los “compañeros sindicalistas (...) fuera del programa del partido”, ya que partían del supuesto de que el PS había cumplido su “misión histórica” de educar y organizar al proletariado para que actuaran directamente desde la célula organizativa de los sindicatos, misión que para aquel recién estaba iniciándose. La intervención de Repetto apuntaba entonces no a que el partido sancionara o expulsara a los “compañeros disidentes”: si el socialismo era un partido de ideas y la que se presentaba era una lucha de ese orden, se trataba de que otro partido obrero actuara de acuerdo a la teoría sindicalista⁴⁴².

Para los socialistas, antes que una ruptura, el surgimiento del sindicalismo se presentaba para algunos como una desviación y para otros como una superación de las concepciones existentes en la articulación partido/movimiento obrero, lo que explica que el sector que acabó imponiéndose en la votación por la separación se presentara como el legítimo representante de la identidad partidaria⁴⁴³. *La Vanguardia* lo expresaba de esa forma cuando afirmaba que el mismo partido había sido puesto “en tela de juicio” por quienes

⁴⁴² Las sesiones del VII Congreso se reseñan en *La Vanguardia* los días 13, 14 y 15/04/1906.

⁴⁴³ Tanto es así que en sus muy posteriores memorias, Repetto afirmaría que de esa forma el PS defendía su doctrina, su método, su propaganda y su tradición (REPETTO, 1956: 103).

“creían estar en posesión de una nueva verdad social, anunciada bajo el nombre de ‘sindicalismo’”⁴⁴⁴.

La dirección partidaria había reaccionado ante una disputa que según el órgano partidario demostraba la “importancia moral e intelectual” del socialismo argentino. El intento de refundación sindicalista se caracterizó de hecho por una fuerte impronta doctrinaria, aunque uno de sus abanderados, el abogado Julio Arraga –que provenía de la alta conducción de la UCR y actuaba como propagandista destacado del PS–, desplegara en su favor una frondosa recepción del sindicalismo revolucionario francés, que conocía de primera mano por sus recientes viajes a Europa⁴⁴⁵. Daría cuenta de ello primero en *La Vanguardia* y luego en *La Acción Socialista*, dirigida por Lorenzo, periódico que inmediatamente luego del Congreso de 1906 encargó una edición de la obra paradigmática del teórico neo-marxista o revisionista anti-materialista francés Georges Sorel, *El porvenir socialista de los sindicatos obreros*⁴⁴⁶. Al menos en esta primera década del siglo, estas características de un anti-intelectualismo de intelectuales y un tono radicalizado serían patentes en los sindicalistas revolucionarios, aunque Arraga había escrito que el sindicato era el “organismo esencialmente obrero (...) que viene a disputarle a la clase intelectual la dirección del movimiento obrero”, para luego enfrentarse al Estado hasta “hacer innecesaria esa forma política”⁴⁴⁷. Se ha visto en el primer capítulo que esta dimensión teórico-doctrinaria ya había estado presente en algunas de las disidencias dentro del PS a fines de la década anterior o en la justificación de salidas como la de Ingenieros a inicios del siglo.

Lo que volvió singular a la disputa del sindicalismo revolucionario es lo que Arraga –y en su estela Laperrière de Coni– denominó el “nuevo criterio” socialista, el que implicaba en sus términos pasar de la organización con foco en un partido policlasista, “humanitario y civilizador”, que propugnaba por la ciudadanización de los extranjeros, el antimilitarismo y el anticlericalismo, a otra más específica del propio movimiento obrero y centrada en la

⁴⁴⁴ “El VII Congreso del partido Socialista”, *La Vanguardia*, 18/04/1906.

⁴⁴⁵ Sobre la trayectoria de Arraga en relación al sindicalismo revolucionario, ver CARUSO (2012).

⁴⁴⁶ “El porvenir socialista de los sindicatos obreros”, *La Acción Socialista*, 16/04/1906. La edición original de la obra original, *L'Avenir socialiste des syndicats*, era de 1898. Sobre la evolución intelectual de Sorel, ver GIANINAZZI (2006b). En cuanto al revisionismo anti-materialista de Sorel y su corrimiento hacia posiciones irracionalistas o “anti-iluministas”, la obra de Zeev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Asheri sobre los orígenes de la ideología fascista lo propone como una influencia precedente –y, según su planteo, probablemente más significativa por su originalidad– a las formulaciones más típicas de entreguerras que conjugaron corporativismo obrero, irracionalismo y nacionalismo (STERNHELL, SZNAJDER y ASHERI, 1994).

⁴⁴⁷ Julio Arraga, “Los sindicatos y los intelectuales”, *La Vanguardia*, 11/02/1905.

“acción directa” del conflicto entre capital y trabajo⁴⁴⁸. Así y todo, si bien la salida del PS no conllevó la creación de un nuevo partido, en tanto los sindicalistas se presentaban como críticos de la “acción política”, éstos se organizaron en la Agrupación Socialista Sindicalista, centro de propaganda a partir del cual comenzaron a promover sus acciones junto a algunos centros circunscripcionales de la Capital que se le sumaron⁴⁴⁹. Por su parte, entre otras intervenciones, Gabriela Laperrière de Coni sintetizaba en la revista teórica del PS las diferencias con el socialismo “reformista” o “parlamentario” en el hecho de que con la aparición del sindicalismo revolucionario “la vida del socialismo está ya en manos de aquellos por quienes existe”. Para esta militante e intelectual familiarizada con los principales exponentes de la corriente en Francia, no se trataba de un producto de importación, sino que Argentina aparecía como un terreno particularmente fértil para sus postulados en tanto el alto índice de inmigración latina en el país –sobre todo de Italia, donde había arraigado rápidamente el sindicalismo revolucionario, con un teórico de la talla de Arturo Labriola, vinculado a los círculos intelectuales franceses⁴⁵⁰– volvía propensa a su clase trabajadora hacia la “acción directa”. A su entender, se trataba de una cuestión de temperamento socialista, por lo cual se volvían inútiles los intentos de naturalización propuestos insistentemente por un PS abocado a la acción político-electoral⁴⁵¹. Cuestión que, una vez que los sindicalistas lograran hacerse fuertes dentro de ciertos gremios y del movimiento obrero en general –a fines de 1906 se impondrían en la UGT (DEL CAMPO, 1988: 289.291; ANDREASSI CIERI, 1998)–, le permitiría atraer a aquellos trabajadores que no estaban dispuestos a abandonar su nacionalidad de origen (FALCÓN, [1986/1987] 2011).

Pero la aparición del socialismo sindicalista tenía dos frentes de batalla. Por su mismo origen, los socialistas de partido eran blanco principal de su invectiva, lo cual daba el tono de guerra civil a la causa sindicalista. Siguiendo los postulados del teórico soreliano francés

⁴⁴⁸ Así lo expresaría en una serie de “apuntes sobre socialismo sindicalista” que enviara por carta a Aquiles Lorenzo, aparecidos en el periódico del grupo: Julio Arraga, “Mi nuevo criterio sobre el movimiento obrero”, *La Acción Socialista*, 11/02/1906, 01/03/1906, 01/04/1906.

⁴⁴⁹ “Agrupación Socialista Sindicalista”, *La Acción Socialista*, 16/04/1906. Con posterioridad, surgirían también unos pocos centros socialistas sindicalistas, rivales de los afiliados al PS, en localidades del interior del país, como en Pergamino (provincia de Buenos Aires).

⁴⁵⁰ Sobre el sindicalismo revolucionario en Italia, ver GIANINAZZI (2006a). Para el destacado papel que ocupaba Labriola como teórico en la constelación intelectual marxista en tiempos de la Segunda Internacional, ver las observaciones de ANDERSON ([1976] 2012: 7-35); mientras que para su influencia en Sorel, que introdujo su marxismo en Francia, ver STERNHELL, SZNAJDER, y ASHERI (1994: 31-50).

⁴⁵¹ Gabriela Laperrière de Coni, “Tendencias sindicalistas revolucionarias de la UGT”, *La Internacional*, 01/05/1905.

Édouard Berth, colaborador de la prestigiosa *Revue Socialiste* de París, se trataba de “dos socialismos” enfrentados: “el socialismo de Estado, reformista, democrático, pacifista, parlamentario, el socialismo de parada, el socialismo de frase, el socialismo de salón y de antesala ministerial”, y “el socialismo obrero, que no es necesario calificar de otra manera”⁴⁵². Por ese entonces, los sindicalistas revolucionarios continuaban refiriéndose al PS como “nuestro partido”, pero luego de su salida éste sería objeto también de impugnación, esta vez siguiendo a Labriola, para quien una institución que concurría al corazón de la sociedad burguesa, como era el Parlamento, no podía ser un agente revolucionario⁴⁵³. Esta constante apelación a referentes del socialismo internacional para legitimar sus posturas frente al partido sería denostada por el PS como un intento de sometimiento del movimiento obrero a una “concepción ideológica”, un “dogmatismo estrecho”, que bien podía salvarse según su táctica por la separación de las esferas de acción política y gremial⁴⁵⁴.

Se hace evidente que la definición del “verdadero concepto socialista” no sólo remitía a la forma en que el socialismo internacional libraba sus diferendos internos en los distintos países, sino que también incorporaba aquellas formas propias de un movimiento integrado por “creyentes”, en donde el lenguaje en clave religiosa tramitaba el conflicto de convicciones a partir de la díada ortodoxia/heresía, punto en el cual la disputa identitaria surgida en el PS más se acercaba a la acontecida con la reorganización de la UCR. Sobre todo a partir de que el sindicalismo revolucionario francés impusiera sus posiciones en el Congreso de la CGT en Amiens, firmando una célebre declaración en la que la huelga general aparecía como el punto de partida necesario para la “revolución social”, sus epígonos locales encontrarían como modelo para contraponer a la “degeneración parlamentaria” lo que exaltaban como el “resurgimiento del *verdadero y posible socialismo*: el socialismo obrero y revolucionario”⁴⁵⁵. La llamada Carta de Amiens resultaba además paradigmática porque venía a contestar desde la autonomía sindical la reciente, tardía y costosa unificación de los distintos partidos y grupos socialistas franceses en la *Section Française de l'Internationale Ouvrière* (SFIO) luego del Congreso de 1905 (JULLIARD, 2006). Los bríos anti-partidarios comenzaban también a construir su propio mito de orígenes internacionalista a partir de un

⁴⁵² Édouard Berth, “Los dos socialismos”, *La Acción Socialista*, 21/09/1905.

⁴⁵³ Arturo Labriola, “Sindicalistas y socialismo”, *La Acción Socialista*, 01/11/1906.

⁴⁵⁴ “Por mal camino”, *La Vanguardia*, 13/04/1907.

⁴⁵⁵ “Los dos congresos”, *La Acción Socialista*, 16/10/1906.

relato que pretendía fundir experiencias nacionales extremadamente disímiles, aunque no lograría sustituir aquel que los propios partidos socialistas sostenían como depositarios de una misión histórica con su centro en la Segunda Internacional (LINDENBERG, 2006).

Si bien terciaban matices, como cuando Evaristo Bozas afirmaba que el PS efectivamente podía guiarse por la doctrina de Marx para su reformismo (el periódico sindicalista no coincidía con ello), pero que no por ello constituía un verdadero “partido de clase”, en general se caracterizará a aquel como un “partido de creyentes” y “mistificadores”, guiados por “modernos sacerdotes” que hacían de la organización de la acción política un “fetiche”⁴⁵⁶, utilizando términos similares con los que el socialismo se había referido previamente al catolicismo y el patriotismo. Sin embargo, el nivel de antagonismo con el socialismo “reformista” –pese la virulencia de las críticas a la actuación de Palacios en el Parlamento como una suerte de cómplice de los políticos burgueses– descendía cuando aumentaba en el segundo frente, ante el anarquismo de la FOA. El hecho es que desde 1905 los sindicalistas bregarían –convirtiéndola en una de sus banderas– por la “unidad obrera”, proponiendo desde la UGT y la Agrupación Socialista Sindicalista la necesidad de un “pacto de solidaridad” de ambas centrales. Como bien ha señalado Ricardo Falcón:

“Esa propuesta unitaria de los sindicalistas revolucionarios no dejará de generar simpatías en ciertos sectores de trabajadores, alarmados muchas veces por las características que adquirirían las disensiones entre las distintas corrientes del movimiento obrero. En todo este período [en referencia a la primera década del siglo XX], los anarquistas rechazarán las propuestas unitarias, con el argumento central de que estaban de acuerdo con la unidad siempre y cuando ésta no anulara las posibilidades de ejercitar la propaganda de los principios del comunismo anárquico” (FALCÓN, [1986/1987] 2011: 209).

Por eso ante las negativas de la FOA, los sindicalistas pasarán de elevar la huelga general al rango de “deber sagrado” y piedra angular de la misión histórica del socialismo concebido en términos vitalistas (“sublime acto de guerra contra los explotadores”, “viril signo de ataque y de ofensa a los opresores, con todos los rigores de saludable venganza que

⁴⁵⁶ Evaristo Bozas Urrutia, “Democracia socialista y sindicalismo revolucionario” y “Partido y sindicato”, *La Acción Socialista*, 16/09/1906 y 16/02/1907; Luis Bernard, “Políticos y socialistas II”, *La Acción Socialista*, 01/01/1908. De todas formas, Bozas Urrutia se reincorporaría a las filas del PS y sería un activo militante a inicios de la segunda década del siglo XX.

ella requiere”)⁴⁵⁷, a criticar fuertemente y hasta criminalizar la convocatoria —a sus ojos, indiscriminada— que efectuaba una central anarquista de conducta “sectaria” (“pequeños equivalentes criminosos que representan una de las formas de la delincuencia evolutiva”)⁴⁵⁸. Esta noción mítica de una primigenia unidad de la masa obrera, que podía coagular en el momento de la fusión mediante la huelga general revolucionaria, en el sentido de paso a la acción mediante un deseo sublime (MICHAUD, 2010: 173), respondía a lo que luego sería conocido como el mito soreliano, sistematizado por el intelectual francés en sus *Reflexiones sobre la violencia*, de 1906 (SOREL, [1906] 2005)⁴⁵⁹. Pero ante el fracaso del entendimiento de las centrales se acusaba a la ahora denominada FORA de boicotearla. Ocurría que para los militantes ácratas “los sindicalistas (...) eran sospechosos de socialismo, por haber Pertenecido al Partido Socialista hasta hacía muy poco” (GILIMÓN, [1911] 2011: 71); la mirada de sus “otros” también contribuía a definir el perfil de la nueva agrupación, todavía atada a su identidad de origen.

Esto es, pese a la defensa del método de lucha, a la hora de situarse en las disputas más generales dentro de las izquierdas los argumentos sindicalistas parecían acercarse a las convicciones compartidas con el resto de los socialistas. De hecho, muchas de las consignas sindicalistas, desde la propia de la huelga general hasta el antimilitarismo y el antipatriotismo —siguiendo aquí sobre todo al socialista francés de extrema izquierda Gustave Hervé⁴⁶⁰—, constituían una radicalización de las ya sostenidas en las filas del PS, al menos si se tienen en cuenta los referentes internacionales mencionados y los límites asignados a cada una de ellas. Por ejemplo, la redacción de *La Acción Socialista* y la sede de la Agrupación Socialista Sindicalista funcionaban en el local del Centro Socialista Obrero, aunque a fines de 1906 se

⁴⁵⁷ Así lo exponía el Manifiesto conjunto de la UGT y la FORA publicado para combatir a uno de los distintos estados de sitio decretados por el gobierno nacional entre 1904 y 1906 (*La Acción Socialista*, 11/01/1906).

⁴⁵⁸ “La obra sectaria”, *La Acción Socialista*, 01/04/1908.

⁴⁵⁹ La recepción de la obra en el sindicalismo revolucionario local será, no obstante, posterior al período aquí analizado.

⁴⁶⁰ Véase, por ejemplo, la traducción de: Gustave Hervé, “Socialismo antipatriótico”, *La Acción Socialista*, 11/01/1906, o el artículo “Antipatriotismo y antimilitarismo”, *La Acción Socialista*, 01/08/1906, en donde se publica una larga encuesta de la revista *Le Mouvement Socialiste*, criticando a “quienes pretenden vincular la suerte de la patria a la suerte de la clase trabajadora, quienes concilian patriotismo y socialismo, quienes, por consiguiente, reprueban la propaganda francamente antipatriótica y antimilitarista”. El objeto de la crítica de Hervé eran los periódicos “socialistas democráticos” y “patriotas” como *La Petite République* o *L’Humanité*, órgano de la SFIO, mientras que en el ámbito local la víctima del antimilitarismo y antipatriotismo extremos de los sindicalistas era una vez más Palacios. La obra de referencia de Hervé era *Leur Patrie (Su Patria)*, publicada en 1905 (HERVÉ, 1905), pero tempranamente recepcionada por algunos referentes sindicalistas locales, como Emilio Troise, “Antimilitarismo y antipatriotismo”, *La Acción Socialista*, 01/05/1906.

las desalojaría del mismo, donde además tenían lugar las controversias entre los socialistas sindicalistas y los reformistas. Incluso al producirse la muerte de Gabriela Laperrière de Coni, *La Vanguardia* se lamentó por la pérdida de “nuestra compañera de causa”, aunque sólo destacando su labor propagandística como defensa de los derechos de las mujeres y los niños⁴⁶¹.

En suma, la aparición del sindicalismo revolucionario agitó las aguas del socialismo argentino, pero como producto de su propio crecimiento y consolidación como identidad política. Ante lo cual, la lucha primero se entabló por la supremacía dentro del partido, para luego derivar en una posible resignificación de esa identidad, al tiempo que la estrategia de los “herejes” se orientaba ahora hacia el movimiento obrero, pero sin cortar todos los lazos de una familia política socialista más abarcativa, como se verá a continuación. Así, mientras en el socialismo se debatirá una vez más en su VIII Congreso partidario la posibilidad de crear una nueva central gremial que respondiera específicamente al mismo, según la propuesta de Mario Bravo de que “el movimiento sindical es una consecuencia del movimiento político”, la resolución final será una invitación a la UGT, dando muestras así de la existencia de puentes de unión con el sindicalismo (ODDONE, 1983: 179-180)⁴⁶². Martínez Mazzola parece haber acertado al destacar los matices posteriores de ese vínculo, mostrando como la evolución del sindicalismo revolucionario y de la política gremial del PS “hizo posible que los socialistas permanecieran en una central sindical que no controlaban” (2011: 8-9), manteniendo la primacía de la “acción política” en el partido y, con ello, lo que se consideraba su pureza identitaria.

IV. Viejos y nuevos sentidos de los rituales identitarios

El de principios de siglo fue también un período en que las conmemoraciones que había sido minuciosamente cultivadas por radicales y socialistas en la década anterior experimentaron, en algunos casos, una consolidación como verdaderas marcas de origen que debían ser refrendadas año a año en calidad de respeto por esa memoria compartida por quienes se reconocían en la UCR o el PS. Pero se sucedieron también una serie de inflexiones propias del agitado y conflictivo contexto antes caracterizado, a saber, la misma

⁴⁶¹ “Gabriela L. de Coni”, *La Vanguardia*, 09/01/1907.

⁴⁶² Propuesta que levantó airadas protestas entre los sindicalistas revolucionarios, para quienes el PS necesitaba una “fuerza obrera organizada que apoye sus actos”. “Notas y comentarios”, *La Acción Socialista*, 01/06/1908.

reorganización y revolución radical entre 1902 y 1905, así como en lo que respecta al socialismo la irrupción de un movimiento anarquista organizador muy poderoso sobre todo a partir de su nucleamiento en la FOA y luego la FORA.

Esto último ilustra claramente cómo algunas de las certezas elaboradas e incorporadas por el PS, como la de erigirse en el único representante de una clase obrera que cobraba forma y organización a partir de su acción de pedagogía político-cultural, se verían contestadas, de lo cual los 1º de Mayo anarquistas actuaron como ejemplo paradigmático. Asimismo, la disputa intra-socialista con los sectores sindicalistas, luego de la creación de la UGT y de la posterior salida del partido, comenzaron a proyectar en la “fiesta del proletariado universal” imágenes de un mundo obrero y de las izquierdas sensiblemente fragmentado, aunque también es cierto que con destacados gestos de solidaridad e incluso de colaboración en los marcos de esta cultura política más general. Mientras que en el caso del nuevo radicalismo, los rituales conmemorativos de las revoluciones permiten observar el pasaje de la desorganización de los años del cambio de siglo, en donde todavía los cívicos nacionales devenidos en republicanos podían actuar como parientes y competidores dentro de una gran familia, al gran mitin de 1903 por los hechos del Parque que se presentará actuando de parteaguas simbólico con esa situación precedente. Pero de acuerdo a la importancia asignada por quienes refundaron el radicalismo a la apropiación de la tradición partidaria, los homenajes a la “revolución de Febrero” y a los “mártires” caídos en la misma complementará y dará un nuevo sentido no sólo al mito fundacional de 1890, sino también al elaborar una secuencia conmemorativa que trazará una nueva frontera identitaria entre quienes podían seguir llamándose radicales y aquellos que –según esta concepción– carecían de legitimidad para proseguir la misión histórica de la UCR.

A continuación se reconstruirán las implicancias y los esfuerzos de la política ritual de radicales y socialistas en este período tan singular para esa constante redefinición de sus respectivas identidades. Concretamente, los promotores de las conmemoraciones del 1º de Mayo y de las revoluciones radicales en la primera década del siglo apelaron a esa tríada definida por Marc Abélès. Por un lado, la movilización de un saber para definir un sentido específico a esas acciones ritualizadas que desde sus mismos orígenes estaban cargadas de una polisemia simbólica revelado en la disputa con “otros” por los contenidos de ese saber. Por otro, el carácter sacro asignado a ambas conmemoraciones, al reafirmar anualmente la

trascendencia de las causas reivindicadas en las celebraciones, entendidas como misiones históricas reactualizadas por un nuevo contexto particularmente conflictivo, en donde un socialismo mejor organizado e integrado ya a la Segunda Internacional encontrará confirmada esa promesa de alcance mundial, mientras los promotores de la nueva UCR reflatarán el mito de la revolución regeneradora como obra inconclusa, especialmente luego del fracaso de 1905, que les permitirá enhebrar en un mismo relato la nueva experiencia a la precedente. Finalmente, la sedimentación de temporalidades diferenciales para cada caso, ya que los socialistas se presentarán como quienes a partir de una progresiva labor pedagogía en torno al partido construyeron un proletariado consciente, dieron forma a su autoconcepción como clase explotada y a las causas de la paz y la civilización frente a la barbarie militarista y el oscurantismo clerical, en tanto para los radicales intransigentes se trató de depurar el conflictivo pasado del radicalismo, echando mantos de olvido sobre las divisiones o los tiempos fríos de una identidad partidaria que parecía haberse diluido. Pero tanto para unos como para otros la incipiente crisis de un régimen calificado por ambos como oligárquico les hará colocar en el futuro unas expectativas que en ciertos momentos parecían confirmarse, fruto de su propia voluntad, desde la elección de Palacios al Congreso entendido como un hito socialista, hasta la aceleración de los tiempos provocada por la territorialmente extendida revolución de 1905. En suma, a partir de sus conmemoraciones, socialistas y radicales interpretarían un momento clave para su consolidación como identidades políticas.

IV. a. El 1º de Mayo socialista, entre la pérdida del monopolio y la consolidación partidaria

“Miembros de los comités del partido Socialista Argentino y de la Unión General de Trabajadores se ocupan desde luego en disponer la formación mientras de la masa ya compacta de obreros que continúan llegando, se lanzan vivas y saludos al proletariado universal. El acto es impresionante desde luego y más tarde será doblemente imponente”.

El Tiempo, 01/05/1906

“Las visiones socialistas del falansterio y de la ciudad ideal tendrán en esa fiesta una promesa de realidad posible, al menos una hermosa interpretación de la tendencia moral que las hizo surgir. Y entonces eso no sería la fiesta de los obreros solamente: el mundo todo participaría de ella agrupándose en

el cuadro iluminado (...) El Evangelio ha dado nacimiento a mil fanatismos sangrientos (...) La visión inicial de contento y luz se transforma en colérica nube preñada de odios. París, la metrópoli de las fiestas está sentido, angustiado por el acercamiento de esta fiesta violenta y sombría (...) El descontento obrero es entre nosotros una enfermedad importada”.

El Diario, 01/05/1906

He aquí dos imágenes extraídas de la “prensa burguesa” ante el nuevo rostro que adquiriría un fenómeno que no era para entonces novedoso. Por un lado, el espectáculo de unas masas formadas y disciplinadas que ocupan el espacio público generando una admiración que incluso tiene connotaciones estéticas (como la belleza de los desfiles militares retratadas también por los periódicos de mayor circulación). Por el otro, un fenómeno en que se confunden las utopías sociales y la definición de modernas identidades colectivas con los potenciales peligros que las mismas pueden adquirir ante su eventual desborde, bajo el rostro de la violencia que, a ojos conservadores, aparece como impostada, en tanto expresarían tradiciones no propias del cuerpo nacional. Al mismo tiempo, los posibles matices de una fecha-símbolo compartida por las distintas expresiones de una cultura política obrera e internacionalista son advertidos en el primer caso y fundidos con una connotación negativa en el segundo.

En capítulos anteriores se ha demostrado que la construcción de un 1º de Mayo específicamente socialista revelaba, no sin dificultades, la consolidación del PS como fuerza política de creciente arraigo, en particular en la ciudad más importante del país. Pero también volvía aceptables –para las elites político-intelectuales y para importantes sectores de la opinión pública– buena parte de los reclamos y consignas que la conmemoración expresaba, aunque con ciertas reservas según el caso, como los solitarios reclamos antimilitaristas y antipatrióticos en tiempos de las primeras exaltaciones de un nacionalismo con pretensiones de homogeneizar el campo político. A inicios del siglo XX, este verdadero ritual partidario sufriría entonces el impacto de la algidez de la protesta política y social, así como las propias vicisitudes internas al socialismo. En el nuevo marco, el renovado anarquismo planteará desde la FOA/FORA un sentido alternativo o radicalizado en torno a la fecha, enfatizando su carácter luctuoso y de protesta (SURIANO, 2001; VIGUERA, 1991). Mientras que la reacción de las autoridades ante el aumento de la conflictividad social –sancionando leyes de

excepción como la de Residencia, instaurando por períodos prolongados el estado de sitio o directamente reprimiendo— no hará sino agudizar el tono contestatario de la fecha. En tanto el desafío sindicalista intentará progresivamente diferenciarse desde 1906 de la propuesta más moderada de la dirigencia partidaria, asociando el mito de una movilización simultánea a nivel mundial en nombre de los trabajadores con la posibilidad de una huelga general que actuara como primer paso de una también mítica revolución social inminente.

Una vez dicho eso, importa destacar que en estos años el 1º de Mayo socialista se convertirá en un fenómeno típico de lo que luego se conocerá como política de masas. De forma regular y ejerciendo un control en ocasiones desmentido por los hechos, el PS dirigirá manifestaciones compuestas por miles y hasta decenas de miles de participantes, ello no sólo en la Capital Federal, sino asimismo en la mayor parte de las capitales provinciales del país y en una importante cantidad de ciudades y puertos de fuerte presencia obrera, como Rosario o algunos puntos de la provincia de Buenos Aires (Morón, Junín, Baradero, Tres Arroyos, San Pedro, San Nicolás o Bahía Blanca).

La Fiesta del Proletariado, así conceptuada por los socialistas, cristalizaba su carácter sacro, al expresar la misión trascendente que se había autoasignado el movimiento socialista internacional. En los números especiales de *La Vanguardia* dedicados a la fecha o en los discursos en la plaza pública, la religiosidad laica del 1º de Mayo recorría en todos sus rangos abarcando las más diversas opiniones dentro del partido, desplegando una retórica que remarcaba la visión de futuro y la superioridad moral de ese movimiento que desde 1900 tenía una conducción centralizada en Bruselas (CALLAHAN, 2010: 112-114). La palabra clave de este sentido sacro del día “síntesis de todos los días del año y símbolo precursor” es la de “redención”⁴⁶³. El avizorar un “nuevo horizonte” que regenerara antes que nada a los trabajadores actuaba como una “resurrección” del pueblo obrero, lo que en un socialismo religioso como el de Enrique Dickmann formaba ya parte de una liturgia: “Así como los pueblos cristianos festejan su pascua —afirmaba en el mitin de 1906—, nosotros festejamos el 1º de Mayo”⁴⁶⁴. El simbolismo de la fecha era el mismo para el trabajador del músculo y para el obrero intelectual, como lo expresara otro socialista que consideraba la causa del partido

⁴⁶³ Las palabras corresponden a Alfredo Torcelli, “Primero de Mayo”, *La Vanguardia*, 01/05/1902.

⁴⁶⁴ Las primeras referencias provienen de Enrique Dickmann, “Resurrección”, *La Vanguardia*, 01/05/1906; las siguientes se transcriben en: “El 1º de Mayo. Fiesta del Trabajo. Paro general. La manifestación y el mitin”, *La Vanguardia*, 02-03/05/1906.

como continuidad y superación la de la religión tradicional, el ahora diputado Alfredo Palacios, para quien “en las grandes ciudades, lo mismo que en las aldeas los trabajadores entonaban el himno de redención y desplegaban la bandera de sus convicciones”⁴⁶⁵. También se ha advertido previamente que la religiosidad secular del mensaje socialista calaba en aquellos referentes partidarios que se definían a sí mismos como espíritus científicos. Pero como era precisamente la “verdad” del socialismo la que se argumentaba desde un saber fundado en la evolución de las formas sociales, se comprende que el intelectual y docente universitario Enrique Del Valle Iberlucea vislumbrara en este acto de comunión mundial “el advenimiento de una nueva civilización” (...) la aparición en la historia de una nueva *Ciudad*, de luz, de paz de justicia”. Pero la confianza de la llegada de un régimen de armonía social no debía implicar para los socialistas inmovilismo, sino también una apelación a la voluntad dirigida por el PS: “Esa protesta nace de la convicción, de la conciencia y de los sentimientos proletarios. Transformándose en acción para conquistar la nueva *tierra prometida*”⁴⁶⁶. El núcleo de confianza del carácter festivo que la historiografía ha destacado para el 1º de Mayo socialista radicaba en este mensaje de esperanza de fuertes connotaciones mesiánicas.

De todas formas, el citado clima de conflictividad y la recurrencia de las represiones y prohibiciones del gobierno nacional o del de la ciudad de Buenos Aires aportaban otro cariz a la celebración. Desde 1902 los periódicos de la Capital muestran ya cómo se efectuaban dos manifestaciones paralelas, la del PS por un lado, la de la FOA anarquista, por otra, con una convocatoria similar y ambas “en perfecto orden”, más allá de algunos pequeños incidentes en la segunda. El paralelismo mostraba además que la ritualidad del 1º de Mayo era un elemento compartido dentro de una cultura política común más abarcativa, con variaciones dentro de la misma: además de reivindicar un día especial para los oprimidos de todo el mundo, ambas columnas desfilaban entonando los mismos himnos (el de los Trabajadores, compuesto por el socialista italiano Turati, la Marsellesa, rebautizada por los socialistas como La Internacional) y con matices en sus emblemas (rojos los del PS, rojos con letras negras los de las sociedades libertarias), lo que hacía expresar a algunos

⁴⁶⁵ El discurso de Palacios se transcribe en: “El día del trabajo. Se celebra entusiastamente en toda la República”, *La Vanguardia*, 02/05/1908.

⁴⁶⁶ Enrique Del Valle Iberlucea, “La Redención”, *La Vanguardia*, 01/05/1907 (destacados en el original).

observadores que los del anarquismo figuraban “pendones de guerra”⁴⁶⁷. En palabras de *La Vanguardia*, eran manifestaciones “distintas, pero no contrarias, no enemigas”⁴⁶⁸.

Será precisamente la represión policial del mitin anarquista de 1904 en plaza Mazzini el que despierte esta solidaridad de familia de parte de los socialistas al correr “sangre proletaria”. Para la ocasión, la Junta Ejecutiva del PS encargó al flamante diputado socialista que presentara un recurso de interpelación al ministro del Interior, Joaquín V. González, para protestar y pedirle explicaciones⁴⁶⁹. Al responder éste en la Cámara que le extrañaba la actitud de Palacios al defender a anarquistas “enemigos de los socialistas”, el diputado expresó que exponía la causa de “obreros asesinados”, sin distinguir su identificación con determinada tendencia⁴⁷⁰. Ya en 1903 la consigna principal del acto de la FOA se centraba en la protesta para derogar la ley de Residencia sancionada el año anterior, mientras los socialistas habían realizado a inicios del mismo un importante mitin con ese fin. La prolongación del estado de sitio luego de la revolución radical de 1905 impidió a su vez que se celebraran las respectivas manifestaciones y en 1906 las autoridades de la Capital prohibieron el uso de la bandera roja. Esta interdicción, que en tiempos del Centenario de la revolución de Mayo y la sanción de la ley de Defensa Social se extenderá por varios años (ver capítulo VI), demostraba que tanto para el gobierno como para quienes hacían de aquella una condensación de sus ideales y su causa, los símbolos importaban. Llevados los planteos al extremo, en determinados contextos particularmente conflictivos como el de inicios del siglo, los socialistas evidenciaban que su bandera tenía un carácter sagrado y sólo podía reivindicarse en contraposición a la bandera nacional en nombre de la cual se había dictado la ley que autorizaba la expulsión de los extranjeros del país. Habiendo expresado el oficialista Marco Avellaneda en el Congreso que la de socialistas y anarquistas no era más que un “trapo rojo”, desde la militancia partidaria se expuso que el origen de esa bandera venía a suplantarse a la bandera patria creada por Manuel Belgrano, que ya no era una enseña de libertad: “este trapo rojo, venerado por el obrero consciente, es superior al pabellón azul

⁴⁶⁷ “Conmemoración del 1º de Mayo. La fiesta del trabajo. Dos grandes manifestaciones”, *La Prensa*, 02/05/1903.

⁴⁶⁸ “El 1º de Mayo en Buenos Aires”, *La Vanguardia*, 10/05/1902. La descripción de los dos actos de ese año coincide además con la del diario *La Prensa*: “Buenos Aires. La celebración del 1º de Mayo”, 02/05/1902. Por su parte, *Caras y Caretas* da cuenta de algunos choques de los anarquistas con la policía en: “El 1º de Mayo. Las manifestaciones de los socialistas y de los anarquistas”, 10/05/1902.

⁴⁶⁹ “La conmemoración del 1º de Mayo en toda la República”, *La Vanguardia*, 07/05/1904.

⁴⁷⁰ “Ecos parlamentarios. La interpelación del diputado socialista”, *La Vanguardia*, 14/05/1904.

y blanco, a la sombra de la cual se dictan leyes de opresión (...) es la enseña de regeneración del obrero”⁴⁷¹.

Aquí entra a jugar otro sentido fundamental del 1º de Mayo socialista y, con ello, de la misma identidad política del PS, tal como se había construido en la última década del siglo anterior: el internacionalismo y el consecuente antipatriotismo. La exaltación de uno y la limitación del otro estaban también en función de los microclimas particulares de cada momento. Recién se ha evidenciado que la impugnación socialista del patriotismo era, en cierto sentido, una reacción ante otra reacción previa. La mayor presencia adquirida por el PS en el cambio de siglo, en conjunción con el conflicto limítrofe y la paranoia antiextranjera de la ley de Residencia, llevaban a que por ejemplo el diario radical de Rosario *El Municipio* –también crítico del oficialismo– comprendiera a aquel como un “partido fuerte, vigoroso, que acaudilla las clases obreras, produce huelgas, causa perturbaciones, agita la república (...) y obliga a dictar leyes excepcionales de represión y defensa”, concluyendo que “ese partido no es argentino”⁴⁷².

La tensión no ya hacia afuera sino al interior de la configuración socialista se generaba entonces cuando la voluntad de diferenciarse de las fuerzas “patrioterías” se encontraba con el deseo de integrar al PS como una fuerza nacional. Una respuesta socialista a este dilema puede encontrarse en esa consigna central del 1º de Mayo que era el antimilitarismo, que junto con el reclamo por la jornada de 8 horas, la autoafirmación del proletariado como clase explotada y a inicios del siglo XX la demanda por una legislación del trabajo, se erigieron en el corazón en la plataforma permanente de la conmemoración anual⁴⁷³. Lo que se criticaba era la “política agresiva de las naciones”, desde la Alemania imperial y la Gran Bretaña colonial a la Argentina chauvinista, como lo expresaba Nicolás Repetto –uno de los principales voceros del antimilitarismo socialista–, para quien se trataba de eliminar el Servicio Militar Obligatorio e instaurar la milicia ciudadana como “defensa de los intereses de la nación”, apoyándose en la autoridad doctrinaria de un Kautsky o un Benstein⁴⁷⁴. Las

⁴⁷¹ R. Mallol, “El trapo rojo. Al Dr. Marco Avellaneda”, *La Vanguardia*, 30/01/1904.

⁴⁷² *El Municipio*, 11/01/1903. La nota xenófoba se presentaba precisamente en la circunstancia en que el PS estaba organizado el mitin contra la ley de Residencia en Capital Federal.

⁴⁷³ Así lo planteaba Nicolás Repetto en vísperas del 1º de Mayo de 1902: “La manifestación del 1º de Mayo. Una indicación”, *La Vanguardia*, 05/04/1902.

⁴⁷⁴ Nicolás Repetto, “El Militarismo”, *La Vanguardia*, 01/05/1903. Ambos autores alemanes consideraban a los ejércitos permanentes garantes de la dominación burguesa al interior de las fronteras nacionales, en tanto se

mismas banderas serían enarboladas por el Manifiesto del Consejo Nacional del PS para el 1º de Mayo de 1908, concibiendo a la jornada de 8 horas, a la legislación protectora del trabajo y a la supresión del militarismo como medidas que permitirían “favorecer el desarrollo gradual de las naciones y el mejoramiento paulatino de la clase trabajadora”⁴⁷⁵. El partido de la paz y de la civilización ampliaban los lindes del que originalmente se postulaba como el partido de clase del proletariado. En sintonía con la convocatoria partidaria, uno de los oradores del mitin de ese año, Francisco Cúneo, se refirió a una cuestión candente del momento: la crítica a la nueva política belicista del canciller Estanislao Zeballos. Caratuló a ésta como la “política criminal y vanidosa del ministro”, imitando la conducta partidaria de tiempos del conflicto con Chile de enviar saludos a los pueblos uruguayo y brasilero como muestra de “solidaridad internacional”, asegurando que “[los socialistas] no tenemos enemigos externos, son los patrones y los gobernantes que nos explotan”⁴⁷⁶.

Pero probablemente la novedad más significativa del 1º de Mayo socialista del nuevo siglo estuvo constituida por los esfuerzos conjuntos del PS con la UGT, desde el año de la creación de esta última en 1903. En esa fecha, la central gremial socialista presentó un petitorio al Congreso de la Nación, retomando la práctica de la Federación Obrera en 1890, demandando por una legislación laboral y por la abolición de la ley de Residencia⁴⁷⁷, en un mitin conjunto que de acuerdo a *La Prensa* fue de “proporciones grandiosas”, en paralelo al de la FOA que convocó a 33 sociedades gremiales⁴⁷⁸. Al año siguiente se repitió la composición del desfile, con los centros socialistas, la Unión Gremial Femenina y el Centro Socialista Femenino a la cabeza, así como también el nuevo itinerario que se mantendrá desde entonces (ver, por ejemplo, el 1º de Mayo de 1908, APÉNDICE, Imagen nº 18). El carácter fuertemente obrero de estas celebraciones apelaba ahora a una topografía simbólica diferente: de terminar en plaza Rodríguez Peña, ahora el destino era el paseo Colón, exactamente

esgrimía el argumento de que los países pequeños también requerían de un sistema de defensa para hacer frente a las potencias imperialistas.

⁴⁷⁵ “Partido Socialista Argentino. 1º de Mayo”, *La Vanguardia*, 25/04/1908.

⁴⁷⁶ “El día del trabajo. Se celebra entusiastamente en toda la república”, *La Vanguardia*, 02/05/1908. Algunos meses después los socialistas intensificarían la propaganda antiarmamentista contra el ministro que propagaba las hipótesis de conflicto con Brasil y Uruguay, realizando un gran mitin una vez más bajo la consigna de “Guerra a la guerra” “Los socialistas contra los armamentos”, *Caras y Caretas*, 17/10/1908.

⁴⁷⁷ “1º de Mayo”, *La Vanguardia*, 14/03/1903. La petición incluía: el descanso dominical, reglamento del trabajo de mujeres y niños, jornada legal de 8 horas, ley de responsabilidad de patrones por accidentes de trabajo y abolición de la ley de Residencia.

⁴⁷⁸ “Conmemoración del 1º de Mayo. La fiesta del trabajo”, *La Prensa*, 02/05/1903.

enfrente a la Casa Rosada, donde solían presentarse como espectadores ministros y funcionarios del Estado. Junto a la UGT, el reclamo del PS enfatizaba el carácter clasista de una interpelación directa al poder político, en tiempos de la mayor conflictividad obrera conocida desde que los gobernantes reconocieran la existencia de una “cuestión social” en Argentina, y no resulta casual que tanto el diputado Palacios como el dirigente sindical Francisco Cúneo fuesen oradores fijos a lo largo de todos esos años.

Al respecto, parece cuestionable la usual afirmación en torno al supuesto carácter ambiguo de las manifestaciones socialistas⁴⁷⁹. El problema radica aquí en que un modelo que dicotomiza el análisis entre el tono festivo y escasamente conflictivo, por un lado, y el luctuoso predominante en los anarquistas, por otro, no permite captar la consolidación de los sentidos de un ritual complejo. Éste tenía a la vez un contenido de regocijo y autocelebración colectivos que no se cansarán de destacar la prensa socialista y los diarios de mayor tirada, pero también de protesta general contra la tríada burguesía-militarismo-clericalismo que actuará, cual bajo continuo, como el “otro” de la “antorcha socialista” del 1º de Mayo. Ésta solía complementarse por un libro abierto o por los que eran considerados por distintos motivos “padres fundadores” del socialismo internacional, de Tomás Moros y Gracchus Babeuf a Ferdinand Lassalle, Marx y Engels. Cada uno de esos términos era representado respectivamente como un hombre de barriga prominente, un general con uniforme del ejército alemán (la nación de la casta militar por excelencia) y un cura de rostro vil con su campana (ver las alegorías de *La Vanguardia* en 1904 y 1907, APÉNDICE, Imágenes nº 19 y 20), planteándose además demandas particulares, por ejemplo, ante la ley de Residencia, por legislación del trabajo, etc.

Todo ello resultaba de la multiplicidad de causas que había comenzado a reclamar para sí un socialismo que también crecía territorialmente. En otros términos, el cambio de siglo significó la nacionalización del 1º de Mayo socialista, como se advierte en la geografía de las celebraciones, en donde la asociación con la UGT jugó un papel significativo al reforzar el tono clasista. Como se afirmó, se destaca primeramente la ramificación de las

⁴⁷⁹ Esta aseveración, plausible para los inicios de las conmemoraciones socialistas del 1º de Mayo a inicios y mediados de la década de 1890, pierde fuerza para principios del siglo XX, porque de hecho los motivos referidos a la exaltación obrera y a la paz mundial arraigaron en el socialismo argentino en simultáneo con las consignas de la Internacional, aspecto soslayado –sobre todo el segundo motivo– por la interpretación más importante existente hasta ahora, la de Aníbal Viguera, quien expresamente recalca lo que considera una ambigüedad (VIGUERA, 1991: 58).

conmemoraciones socialistas en los centros partidarios creados en el espacio bonaerense, desde los puertos al interior agrícola. En segundo lugar, Rosario, Mendoza, Córdoba, Tucumán, Santiago del Estero (y La Banda) y luego Salta, San Juan y pueblos del interior de las provincias de Santa Fe (Angélica), Entre Ríos (Concordia, Concepción del Uruguay, Gualaguaychú) y Corrientes, en ocasiones, logrando manifestaciones anuales sostenidas con varios miles de personas y encabezadas generalmente por grupos de niños, los centros femeninos y la bandera roja⁴⁸⁰. Esta presencia socialista en buena parte del país conllevaba, asimismo, una negociación tensionada y conflictiva con sus rivales anarquistas de la Federación Obrera. Por ejemplo, en 1903 en Rosario se realizaría una manifestación conjunta de las sociedades ácratas con el Centro Socialista y los gremios que respondían a la UGT, logrando un desfile de 10.000 personas desde la plaza San Martín hasta la plaza Santa Rosa: el “pueblo trabajador” de un centro que se había convertido en ícono de la “cuestión obrera” demostraba “el progreso observado en estas manifestaciones, que recorren los puntos más céntricos de las grandes ciudades sin dar notas discordantes”⁴⁸¹. Sin embargo, al recrudecer la conflictividad en 1904, las diferencias entre unos y otros afloraron rápidamente y se llevaron a cabo dos mítines por separado al igual que en 1906 y 1907⁴⁸².

En lo que hace a la riqueza del ritual conmemorativo socialista, su regularidad imponía unas formalidades y un intento de homogeneización casi imposible en la inestable central gremial anarquista. Más allá de la UGT, que aportaba oradores y gremios para muchas de las celebraciones del interior, el 1º de Mayo se consolidaba como una instancia de pedagogía político cultural centrada en el partido y sus centros adheridos. En los mismos, en la noche previa a un desfile callejero anunciado al alba con bombas de estruendo y una banda de música, se solía organizar una velada con baile familiar que incluía invariablemente una apertura con el Himno de los Trabajadores de Turati –devenido en una suerte música oficial

⁴⁸⁰ En capitales como Mendoza, Córdoba o Tucumán, el 1º de Mayo comenzará a ser un fenómeno cada vez más masivo gracias a la presencia sostenida de sus respectivos centros socialistas. Al mismo tiempo, se repetían itinerarios que volvían previsible y aceptable para el público en general las manifestaciones públicas: en la primera, la Alameda solía ser el punto de llegada y donde se realizaban los discursos, mientras que en Tucumán lo era la plaza Alberdi y en Córdoba la plaza General Paz. Sobre el caso tucumano y de Santiago del Estero, ver los pormenores analizados en TEITELBAUM (2014a), quien destaca que los temas predominantes del 1º de Mayo socialista eran similares a los planteados en Capital Federal, entre otros motivos, porque los oradores designados en las conferencias y manifestaciones públicas eran enviados por el Comité Ejecutivo del PS.

⁴⁸¹ *El Municipio*, 01 y 03/05/1903.

⁴⁸² *El Municipio*, 01 y 03/05/1904; “1º de Mayo”, *La Vanguardia*, 04/05/1906; “Fiesta internacional del trabajo en la República Argentina”, *La Vanguardia*, 02-03/05/1907. Para los altos y bajos del socialismo en Rosario en la primera década del siglo XX, ver FALCÓN (2005: 165-175).

del PS–, una conferencia política principal a cargo de un delegado del Comité Ejecutivo del partido, obras teatrales (comedias y tragedias elaboradas por militantes socialistas)⁴⁸³, declamaciones, números musicales de hijos de afiliados, *tableaux vivants* (“pinturas vivientes”) de niños y adultos como los realizados por la socialdemocracia alemana y cerraba un baile familiar. También existían variaciones de acuerdo a las particularidades de la localidad: si, por caso, en 1906 en Paso de los Libres (Corrientes) la Sociedad Cosmopolita Obrera ofreció un asado con cuero luego de la manifestación, en Tigre el Centro Socialista proponía en 1908 un paseo en vapor por el río para los afiliados.

Pero la salida de los sindicalistas también operó ciertas resignificaciones, en parte, porque la misma Agrupación Sindicalista intentará dotar al 1º de Mayo de un sentido alternativo más obrerista y radicalizado que el propuesto por el PS. Resulta por demás de elocuente que luego del Congreso de Junín, primero, la UGT mantuviera el mitin común con aquel, dando muestras de que los sectores sindicalistas no habían ganado la pulseada gremial. En segundo lugar, la iconografía socialista que se expresaba para la fecha anual en el número especial de *La Vanguardia* esta vez presentaba una alegoría en donde un obrero representando la “acción política” del partido le indica a otro embanderado con la “organización económica” el “cumplimiento de un deber primordial”⁴⁸⁴ (ver APÉNDICE, Imagen n° 21)⁴⁸⁵. El 1º de Mayo no podía dejar de reflejar las tensiones entre la postulada “acción directa” en la esfera económica, reivindicada por los sindicalistas revolucionarios, y aquellos que depositaban sus esperanzas para consolidar el socialismo argentino en la política electoral que había permitido la llegada de Palacios al Congreso. El año de la discordia los sindicalistas se afanaron en que se concretara una manifestación conjunta del PS, la UGT y la FORA, propuesta de “unidad obrera” de Ernesto Piot que fue rechazada tanto por los socialistas partidarios como por los anarquistas de la central gremial, concretándose el mitin

⁴⁸³ Por ejemplo, dramas como “La huérfana proletaria” escrito por Adrián Patroni, “Futuras propagandistas” o la comedia “La vivaracha Teresa” del diputado socialista italiano Pietro Chiesa serían interpretados simultáneamente en Junín, Baradero, La Banda y la Capital en 1903 y 1904.

⁴⁸⁴ *La Vanguardia*, 01/06/1906. La alegoría parece provenir de la publicación *Vida Nueva*, dirigida por Esteban Dagnino.

⁴⁸⁵ Esta consigna, según la cual la participación electoral era la “mejor arma” para que los trabajadores lucharan por su causa, también atravesaba las similares tensiones que entrañaba la relación partidos/sindicatos en el socialismo español, como lo postulara Pablo Iglesias –principal referente político del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) frente a la Unión General de Trabajadores (UGT)– en su folleto *Las organizaciones de resistencia*, publicado en los primeros años del siglo XX (PÉREZ LEDESMA, 1986: 102).

del PS con la UGT⁴⁸⁶. Pese a ello, el grupo organizado en la Agrupación Sindicalista terminó realizando una conferencia en Baradero a cargo de Emilio Troise —en la que habló sobre las 8 horas y el antipatriotismo socialista—, una reunión nocturna en Tres Arroyos y otra conferencia de Bartolomé Bossio en el local de México 2070 que se convirtió en una conferencia a cinco bandas con réplicas de Repetto, Troise, Dickmann y Bernard⁴⁸⁷.

En este caso, tanto las modalidades de la celebración como la sociabilidad compartida demuestran hasta qué punto el sindicalismo no rompía todos los lazos con el PS. En cuanto a los sentidos propuestos, es más bien la mencionada retórica exaltada lo único que aparece como nota discordante con la prédica partidaria, al enfatizar el “movimiento autónomo de clase” del proletariado y la necesidad de preparar una “huelga universal” como “alarde de su poderío frente al adversario”, criticando que los “reformistas” se entregaran a “místicas expansiones *en conmemoración de la Paz y del Trabajo*”. Por otro lado, el discurso sindicalista no era más benévolo con el anarquismo que le asignaba al 1º de Mayo un significado “como día de luto y de venganza de las víctimas inmoladas en pro de la causa obrera”, una actitud que desde el *La Acción Socialista* se calificaba de “tétrica y atolondrada”⁴⁸⁸.

Una breve comparación con el paradigmático caso francés ayuda a clarificar lo que probablemente tenían por horizonte los sindicalistas. En la cuna de la CGT y de la acción directa, las autoridades prohibían todo tipo de reunión pública en la capital París, de allí que cualquier manifestación adquiriera un tono marcadamente contestatario. Así, en el clásico trabajo de Maurice Dommanget, simpatizante de la CGT, el sindicalismo habría venido a revitalizar el 1º de Mayo de “estilo antiguo” postulado como “fiesta” por la Segunda Internacional, al aportar en cambio un sentido “específicamente obrero” mediante la táctica por excelencia de la huelga general (DOMMANGET, 1975: 201)⁴⁸⁹. En cambio, Marc Angenot se ha encargado de establecer las dicotomías que el discurso sindicalista estableció hacia 1906/1907 entre la “autonomía obrera” y la “vía política” de la SFIO jauresiana, entre la “acción directa” y el “reformismo” parlamentario, entre unas “masas revolucionarias”

⁴⁸⁶ Ernesto Piot, “A los adherentes de la UGT”, *La Acción Socialista*, 01/04/1906.

⁴⁸⁷ “El 1º de Mayo en varadero” y “Nuestra primera conferencia”, *La Acción Socialista*, 01/05/1906.

⁴⁸⁸ “Impresiones del 1º de Mayo”, *La Acción Socialista*, 01/05/1906.

⁴⁸⁹ El autor califica a las celebraciones del PS en los distintos países europeos como “fórmula hueca, rito incomprensido por las masas” (DOMMANGET, 1975: 187).

susceptibles de ser conducidas y el electorado aburguesado, para mostrar que los postulados de un Sorel o un Berth terminaban, finalmente, por definir una doctrina antidemocrática (ANGENOT, 1991: 85-86). Aun cuando el Partido Socialista unificado hiciera sostenidos intentos por formar un frente común con la CGT, ya que al entender de Jaurès “sindicalismo y socialismo tienen el mismo adversario” –la “reacción monárquica y clerical”, luego de la separación de la Iglesia del Estado–, pudiendo “armonizar acción sindical con acción socialista”⁴⁹⁰. Tópicos que sin lugar a dudas eran replicados localmente por la relativamente rápida recepción que se hizo de dichas teorías en el país. Una vez más, ello lleva a plantearse si efectivamente la fecha aparecía como un símbolo en disputa en Argentina.

Por caso, para 1907, una UGT ya dominada por el sindicalismo se abstenía de efectuar una manifestación propia en la Capital Federal, confluyendo seguramente en la columna del PS (si se atiende a la constante en la convocatoria), pero colaboraba con los centros socialistas locales en Tres Arroyos, Arrecifes, Ayacucho y Bahía Blanca⁴⁹¹. Pese a que el órgano sindicalista remarcara una y otra vez “la significación revolucionaria de la fecha” que enaltecía a los “productores”, encontrando su génesis como un acto “de lucha de conquista, de sangre, de fuego”⁴⁹² –reproduciendo los postulados de la “moral de los productores” de Sorel y cierta vaga apología de la violencia–, lo que aparece es una identidad política socialista compartida tensionada a su interior por las modulaciones de un movimiento que tenía por centro al partido pero que se resistía a circunscribirse a sus marcos y a su estrategia política. Posiblemente en la amplitud de su convocatoria y en su capacidad de difundirse por canales que no necesariamente eran los privilegiados por la conducción partidaria se encuentre una explicación a la masividad y extensión territorial que experimentó la identidad socialista en el conflictivo contexto de comienzos del siglo XX, disputando y eventualmente confluyendo con el anarquismo, así como sufriendo cuestionamientos internos y escisiones todavía no demasiado costosas.

⁴⁹⁰ Jean Jaurès, “Certitude”, *L'Humanité*, 01/05/1907. Sobre las concepciones de Jaurès en torno a la unidad socialista, ver CANDAR (2008).

⁴⁹¹ “Del interior”, *La Acción Socialista*, 15/05/1907.

⁴⁹² “1º de Mayo”, *La Acción Socialista*, 01/05/1907.

IV. b. *Dos revoluciones, una Revolución: el calendario conmemorativo del nuevo radicalismo*

“Cuando en 1903 reorganizamos el partido radical, me incorporé con toda decisión a sus propósitos, que creía de realización inmediata y una aspiración nacional (...) Desgraciadamente, las influencias del partido creyeron lo contrario y señalaron sus rumbos en línea completamente opuesta (...) pero si mi consecuencia y lealtad pudieron obligarme al silencio hasta el 4 de febrero, hoy faltaría a la que debo a mí mismo si continuara figurando como presidente de un comité (...) He sido, soy y seré radical, pero en el sentido de convicciones y propósitos en la vida pública y privada, para la cual no necesito seguir en el puesto que renuncio”.

Mario Carranza, “Unión Cívica Radical. Renuncia del Dr. Carranza”, *El Diario*, 24/04/1906.

“(...) somos los nuevos soldados algunos, los veteranos otros, de esa revolución trascendental que pretendiendo reivindicar para nuestro país la gloriosa tradición de la democracia americana ha estallado el 90, el 91, el 93 y el 4 de febrero de 1905”.

Ricardo Caballero, Córdoba, 1906 (transcripto en: CABALLERO, 1975).

A diferencia de las opiniones de la prensa burguesa y sus valoraciones sobre el 1º de Mayo socialista consolidado y con nuevas implicancias, en este caso los testimonios provienen desde dentro de un radicalismo que primero había atravesado una reorganización que había hecho casi *tabula rasa* con el pasado partidario, para retomar sus banderas más “intransigentes”, para luego concretar un ambicioso movimiento revolucionario que virtualmente desanudó el inmediato trabajo previo. Entre sus consecuencias, cabe plantear el arco que iba desde el descontento, el abandono o apatía, hasta la voluntad de llevar adelante un nuevo intento de reorganización.

El dato clave lo aporta el discurso de Ricardo Caballero en el marco de esto último, al reinstalarse el Comité de la UCR de Rosario en 1906 con la presencia de delegados de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Corrientes y Entre Ríos. La idea de una “revolución trascendental” como gran promesa que unía los hechos de armas, sin dar cuenta de los conflictos suscitados luego de cada uno de ellos entre quienes los habían llevado a cabo, actuaba precisamente como una operación de refundación identitaria. Al reclamarse

herederos del mito de la revolución inconclusa como misión futura, los viejos y nuevos “soldados de la causa” se reclamaban como los verdaderos depositarios de esa identidad. En cambio, las palabras de Carranza al renunciar a la presidencia del comité de Pilar en la Capital daban cuenta de la existencia de una solidaridad política sin un centro capaz de contenerla y administrarla. Este era el dilema que se presentaba con cada reorganización radical, esto es, que la frontera entre quienes estaban dentro y quienes quedaban afuera estaba en constante definición. En esa veta singular radicaba la inestabilidad de la identidad radical en los primeros años del siglo XX, pero probablemente también su mayor potencial de acuerdo a las expectativas de quienes se ponían a su cabeza. El de representar de forma latente a una mayoría que presuntamente seguía siendo fiel a los principios de 1890, a la “causa nacional” por la que habían muerto los “mártires del Parque”, y que de un momento a otro podía coagular en un gran “movimiento popular”, como denominó Vicente Gallo desde el navío “Venus” a la masa que recibió a los militares amnistiados en 1906 (ver APÉNDICE, Imagen nº 22).

Las conmemoraciones radicales, tal como se ampliaron a partir de entonces, revelan antes que nada la concentración de un grupo o, mejor dicho, de varios nucleamientos de la UCR en distintos puntos del país, superponiéndose en gran medida con la cartografía de la revolución de 1905. Esos grupos fueron entonces los encargados de vincular los distintos estratos acumulados por la identidad radical en un relato que pretendía aportar coherencia a una “tradición”. Siguiendo lo expresado por Girardet en relación a las funciones fundamentales de toda mitología política, esta nueva escritura del mito de la regeneración política y moral de la Nación cumplía la doble finalidad de explicar la historia del radicalismo, como si ésta sustentara un carácter lineal a partir de ciertos hitos, y de movilizar, entusiasmar o simplemente mantener cohesionados a los “creyentes” (GIRARDET, 1999: 152). Por otro lado, la ampliación del panteón de mártires radicales resacralizó una causa que aparecía así como invariable. Pero en la ritualidad radical a partir de entonces –y por varios años– no se exhibirá el fenómeno masivo que constituyó la gran conmemoración de la revolución del Parque de 1903 que tan importante fue para establecer un parteaguas con la primera experiencia radical de la década de 1890, o sea, un fenómeno marcadamente distinto a la grandilocuencia de los 1º de Mayo socialistas en la Capital. Las conmemoraciones de 1890, de la muerte de Alem y de la revolución de Febrero revistieron más bien los contornos

de un culto relativamente íntimo de los núcleos militantes atomizados fundamentalmente en la Capital, la provincia de Buenos Aires, Córdoba, Rosario, Santa Fe y Entre Ríos, aunque con el correr de los años comenzará a reconstruirse una vez más una trama partidaria a nivel nacional. Sin embargo, como se refleja en la prensa y en algunas memorias, la lenta labor posterior a 1906 sumará reducidos pero entusiastas elementos⁴⁹³, sobre todo jóvenes que se habían movilizado en las protestas del cambio de siglo y que encontraban en la UCR una fuerza que por la abstención electoral decretada y por su mística revolucionaria adquiriría un carácter anti-sistema⁴⁹⁴.

Respecto de las formas de estas conmemoraciones del nuevo radicalismo, el modelo fueron las discretas visitas al cementerio que se sucedieron a partir de 1898 y no las procesiones cívicas como las de 1891-1897 o 1903. Este rito más o menos íntimo se complementaba con veladas nocturnas en un teatro de la ciudad con características algo similares a las previas al desfile del 1º de Mayo socialista: conferencias políticas por algún dirigente importante, recitación de poesías, declamaciones etc. Esta idea de una comunión cerrada de los creyentes radicales se refleja certeramente en las imágenes suministradas por la prensa capitalina, dando cuenta de los discursos proferidos desde tribunas improvisadas tanto en la Recoleta como en el cementerio Oeste, en la Chacarita. Como se puede advertir, este último sitio constituía una de las novedades posteriores a la revolución de 1905, ya que allí comenzarán a “peregrinar” (la palabra era de uso corriente en la época) los militantes de la UCR previo paso por el célebre monumento a los caídos en la Revolución del Parque. En efecto, ya desde 1906 los comités radicales de la Capital se encargaban de preparar ambas instancias e incluso uno de ellos tomó el nombre de “4 de Febrero”, particularmente activo

⁴⁹³ Ello se refleja bien en memorias como la de Pedro Bidegain, quien da cuenta de la virtual desorganización del radicalismo como fuerza permanente, pero cultivando una entusiasta ritualidad de reuniones entre sus fieles que mantenían la reivindicación de reconocerse como parte de ese colectivo (BIDEGAIN, 1929: 10, se agradece a Ana V. Persello el haber facilitado un ejemplar de las mismas).

⁴⁹⁴ Esta es la tesis de Juan Carlos Torre, quien desde una perspectiva sociológica atenta a las bases sociales de apoyo de las fuerzas políticas que pretendían representar a las mayorías populares, expresa: “A lo largo de los veinte años que siguieron a su organización como partido en 1892, la movilización de la UCR fu adquiriendo el perfil de un ‘partido antisistema’, combinando los intentos insurreccionales con el abstencionismo electoral. Vista de cerca, fue una movilización que, si bien alteró sólo parcialmente el clima de atonía ciudadana que rodeaba los comicios, con el paso del tiempo le aseguró a sus promotores, y en particular al liderazgo emergente de Hipólito Yrigoyen, las credenciales políticas para explotar en su beneficio la transición a la democracia” (TORRE, [2009] 2012: 64). Por supuesto, Torre no atiende aquí a las periodizaciones propias del devenir de la UCR como organización política, ni tampoco a las resignificaciones y reapropiaciones de su identidad partidaria, probablemente por la misma ausencia de trabajos al respecto.

en los trabajos conmemorativos. Puede afirmarse al respecto que el culto a los muertos, que ahora incluía a algunos dirigentes como Cornelio Baca o Germán Kuhr –muertos en la “tragedia del Pirovano”–, se mantendrá como un denominador común de la nueva etapa en relación al primer radicalismo, colocándose placas de bronce y coronas de flores en ambos cementerios⁴⁹⁵.

Pero pese a la simpatía que despertó el movimiento a favor de la amnistía de los militares presos o exiliados, que contó con una Comisión Nacional, un comité de la Juventud Nacional Pro-Amnistía y un proyecto presentado en el Senado por un Bernardo de Irigoyen ya fuera de la nueva UCR⁴⁹⁶, la revolución de Febrero no gozó tempranamente del amplio consenso del que gozaba la del Parque, de allí que se volvía una operación compleja su mutua asociación por parte de los radicales. Todavía en 1904 el republicano diario *La Nación* protestaba que en la visita al cementerio de la Recoleta “algunos oradores, sindicados como intransigentes [Enrique Alcántara y José Tamborini], aprovecharon la oportunidad para expresarse en términos un tanto violentos”⁴⁹⁷. Ahora, ante la primera conmemoración de la revolución de 1905, el mismo periódico le quitaba legitimidad precisamente por los apoyos cosechados en la opinión pública y le negaba esa denominación: “Simpatía por las convicciones que amparaba sus errores, era peligrosa por las perturbaciones que llevaba aparejadas, e injustificable por la regresión que producía en nuestros hábitos políticos (...) Más que un movimiento revolucionario fue una conspiración militar”⁴⁹⁸. Mientras que, en el otro extremo ideológico, un militante anarquista afirmó en tono similar que se había tratado de “una revolución militar, un motín de cuartel”, que no sólo trajo consecuencias nefastas por la represión que abatió el gobierno sobre el movimiento obrero, sino también porque el radicalismo supuestamente estaba “llamado a entronizar el militarismo y a robustecer la iglesia católica, consecuencias ambas de buscar para la obra revolucionaria a los militares y de ser los conspicuos del partido católicos fervientes” (GILIMÓN, [1911] 2011: 62-63)⁴⁹⁹.

⁴⁹⁵ “La manifestación radical de ayer”, *La Nación*, 04/02/1906.

⁴⁹⁶ “En pro de la amnistía”, *El Tiempo*, 08/02/1906. El proyecto de Bernardo de Irigoyen, poco antes de morir en 1906, se menciona en *El Municipio*, 28/02/1905.

⁴⁹⁷ “Aniversario de la Revolución de Julio”, *La Nación*, 27/07/1904.

⁴⁹⁸ “El aniversario de hoy”, *La Nación*, 04/02/1906.

⁴⁹⁹ No obstante ello, ha sido posible constatar que en la ciudad de Rosario, por ejemplo, el diario radical *El Municipio* había desplegado antes de 1905 una retórica obrerista tendiente a convocar para la insurrección cívico-militar a los activos trabajadores de la ciudad (PRIETO, s/f; FALCÓN, 2005), en tanto algunos destacados dirigentes de los gremios de la Federación Obrera rosarina, como Tobías Arribillaga (presidente del

Ese mismo año 1906, en la asamblea nocturna en el teatro Victoria que conmemoraba la revolución del Parque, fueron los propios intransigentes los que reactualizaron la idea del radicalismo como una religión cívica, lo que implicaba a su vez apropiarse de la figura de Alem como un símbolo partidario. Con una liturgia que remitía a los actos patrios, en donde las banderas celestes y blancas se combinaban con el Himno Nacional, se ubicó un gran cuadro de Alem como telón de fondo y Enrique Alcántara pronunció un discurso en donde se afirmó que el testamento político de Alem y su lema “Adelante los que quedan!” era presentado como un mandato para la UCR que pretendía reorganizarse. Así, la misma era comprendida como el “áncora de salvación en el océano de decadencia” que supuestamente vivía el país, mientras que Alem fue presentado como “el Mesías de los buenos” y el recuerdo de los muertos como las “peregrinaciones a la Meca”, “nuestro Jerusalén”, “como el Corán de Mahoma” que vivían “como profecía” para los vivos que los homenajeban⁵⁰⁰.

La operación de autoinvestimiento que llevaron a cabo los intransigentes contenía todos los rasgos que ya había recorrido el grupo radical entre la división de la UC y la institucionalización de la UCR a fines de 1892. Por un lado, la exaltación con un sentido trascendente –hasta irracional– del propio hecho revolucionario y de los muertos en las acciones, sin mayores referencias a bases doctrinarias, pero sí bajo el supuesto de que se inspiraba en una motivación patriótica ubicada por encima de cualquier causa partidaria. La virtual canonización de Alem como profeta formaba parte, además, de la lenta construcción de la idea según la cual era necesario un liderazgo análogo para concretar una misión histórica que había quedado trunca. En relación a ello, el activo propagandista anarquista Eduardo Gilimón advertía bien el tono religioso proyectado por unos radicales que siempre esperaban –según sus palabras– “la revolución salvadora, el Mésías que ha de darles maná llovido del cielo”, pero ahora lejos de aquel líder “agitador de multitudes” (GILIMÓN, [1911] 2011: 33).

Las imágenes que devuelven las conmemoraciones de 1907 consolidarán estas formas, repitiendo la “guardia de honor” de los comités capitalinos en la Recoleta y la

Centro Unión Dependientes de Comercio), también actuaban en las filas de la UCR local como miembros de las comisiones directivas de los clubes seccionales (en su caso, vice-presidente del club “Capitán Eloy Brignardello”) (REYES, 210).

⁵⁰⁰ “Partido Radical. Aniversario de la Revolución de Julio. La velada política de anoche”, *El Tiempo*, 27/07/1906.

Chacarita, los discursos de ocasión a cargo de aquellos que eran considerados casi como oradores sagrados y el rol de la Juventud Universitaria de la UCR y las llamadas comisiones de propaganda formadas *ad hoc*⁵⁰¹. Esos discursos, repetidos año a año en los cementerios, en los locales de los comités o en los escenarios de los teatros conformaban la base de una pedagogía identitaria que no tenía el brillo público de las procesiones cívicas de la década anterior. Ahora se trataba más bien de mantener una mínima cohesión entre aquellos fieles a la causa de la Revolución (de julio o de febrero), como se desprende del discurso de Vicente Gallo por el 26 de julio, donde afirmaba que Alem “el visionario” tenía razón al afirmar que el radicalismo era una “escuela del civismo”, porque antes que un partido era “idea y fuerza, pasión y pensamiento, credo y bandera”. Confirmando aquel sentido ya presente en los años fundacionales de la UCR según el cual ésta era en última instancia una comunidad de creyentes, este miembro del Comité Central de la Capital reiterará explícitamente las palabras de Alem para referirse al “espíritu nuevo” y la “patria nueva” que prefiguraba la vigencia de aquella pese a las adversidades. Como se afirmó más arriba, este relato establecía en consecuencia una necesaria ilusión de continuidad con la experiencia primigenia, por lo que se mantenían los mismos enemigos, quienes habían quedado fuera de la reorganización también pasaban a ocupar el lugar de los “otros”, porque “no lo conciben ni lo comprenderán nunca los espíritus inferiores, escépticos o acomodaticios”. Al igual que los socialistas en sus conmemoraciones del 1º de Mayo, que condensaba el sentido de su causa, los radicales planteaban desde las suyas un análogo sentimiento de superioridad moral, pero no se guiaban como aquellos por una utopía de regeneración igualitaria de la humanidad, sino por el “sentimiento del deber de consumir la obra de la reparación nacional” (GALLO, 1907: 85-86).

La nota distintiva del radicalismo en estos años fríos de su actividad y de resignificación del mito de la revolución inconclusa, a partir de la incorporación a su calendario litúrgico de un nuevo hito, estuvo dada por un repliegue sobre sí mismo y una notable pérdida de protagonismo político. Las instancias conmemorativas dejaban vislumbrar, no obstante, una mínima solidaridad entre los distintos focos, pero no así un funcionamiento común ni la definición de una estrategia partidaria más allá de las consignas

⁵⁰¹ “La manifestación radical”, *Caras y Caretas*, 09/02/1907; y “Conmemoración del 26 de Julio”, *Caras y Caretas*, 03/08/1907.

de la intransigencia y la abstención, que devinieron ideas-fuerza del nuevo radicalismo. En particular, el agrietamiento del propio régimen oligárquico –al llevar adelante el presidente Figueroa Alcorta una avanzada contra las posiciones del roquismo en las provincias y el Parlamento–, la virtual disolución del remanente radical en la coalición gobernante en Buenos Aires y la muerte de Bernardo de Irigoyen (CASTRO, 2012: 173-212), llamó por otro lado a una actitud prudente y expectante de parte de los radicales. Como expresión de aquella solidaridad, para febrero de 1908 los militantes de la UCR de la Capital y de La Plata organizaron una conmemoración conjunta, lo mismo que los de las ciudades de Santa Fe y Paraná, mientras que Pedro Molina –nominalmente presidente de un Comité Nacional sin funcionamiento– encabezaba un acto en Córdoba y los pequeños grupos de Salta, Corrientes, San Juan, La Rioja y Tucumán se disponían a reorganizar sus comités⁵⁰², prácticamente disueltos.

Los casos más interesantes son los de los actos en conjunto de los distintos comités⁵⁰³. En La Plata, el templo de San Ponciano recibió enlutado de negro por los “muertos del Pirovano” a los miembros de los comités capitalinos llegados en tren, encabezando el acto monseñor Rasore, ante damas y señoritas y la presencia de dirigentes como Hipólito Yrigoyen, José Luis Cantilo, Francisco Riú, Desitheo López (del Comité de Propaganda de la Capital), Horacio Oyhanarte y Delfor Del Valle. Por la noche, en el teatro Olimpo, nuevamente ante el retrato de Alem y banderas argentinas, primero se cantó de pie el Himno Nacional y luego Cantilo, orador principal, expresó que la abstención no era un signo de “indiferencia o debilidad”, sino de “convicción y firmeza”, asegurando además que las intervenciones federales del gobierno y el cierre por la fuerza del Parlamento decretado previamente por Figueroa Alcorta no eran hechos que los radicales debían lamentar, ya que daban cuenta de la caída del viejo régimen⁵⁰⁴. A diferencia de la sacralidad que emanaba del ritual conmemorativo socialista, el radicalismo apelaba como en la década anterior a los espacios sagrados de la religión católica –iglesias, cementerios e incluso a oradores

⁵⁰² De acuerdo a varios sueltos aparecidos en *La Prensa*, 02, 03, 04 y 05/02/1908.

⁵⁰³ Además, se organizó la tradicional visita a los cementerios en la Capital Federal, luego de la cual los comités de circunscripción y el Comité Central regalaron boletos para el traslado hasta La Plata. El comité radical de la parroquia de San Bernardo realizó también un acto propio la noche anterior, con discursos de Ernesto Celesia y Delfor Del Valle, mientras que en la provincia de Buenos Aires se celebró un brindis en Lomas de Zamora con militares combatientes en las acciones de 1905 y una velada con discursos y poesías alusivas en Balfield. “Conmemoración del 4 de Febrero”, *La Prensa*, 06/02/1908.

⁵⁰⁴ “El aniversario radical en La Plata”, *La Prensa*, 05/02/1908.

eclesiásticos— para complementar el sentido cívico y laico de su creencia política. Una vinculación que reforzaba la idea del radicalismo como religión cívica, pero que por eso mismo era constantemente denostada por las izquierdas anticlericales, como se ha visto en el anarquista Gilimón o como lo expresaran frecuentemente los socialistas en su concepción de la UCR como una fuerza política alejada del espíritu secularizador de los radicalismos europeos (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008: 158-159).

En cambio, el acto celebrado entre los radicales de las cercanas capitales de Entre Ríos y Santa Fe en la ciudad de Paraná fue orquestado por las respectivas Juventudes de la UCR de ambos distritos. La instancia, además de revelar la continuidad de los grupos que estuvieron involucrados en el alzamiento de 1905, demostraba la importancia de las organizaciones juveniles como focos activos de una militancia renovada, pero también la legitimación de los liderazgos del nuevo radicalismo a nivel nacional. En el salón de la Sociedad Italiana no sólo se cantó el Himno Nacional, como parte de la liturgia partidaria que vinculaba su causa a la de la Nación, también se vivaron a los presidentes de los Comités —Ignacio Iturraspe y Miguel Laurencena— y a los dos máximos referentes de la reorganización, Pedro Molina e Hipólito Yrigoyen, además de leerse una carta de este último en donde se aseguraba que el radicalismo levantaría la bandera de la abstención sólo cuando se aseguraran comicios limpios. Aquí vemos dos puntos importantes del proceso abierto con la reorganización y la revolución de 1905. Por un lado, el reconocimiento de nuevos liderazgos locales y nacionales que, después de encabezar estos procesos y sufrir la prisión o el exilio como marcas distintivas, acreditaba capitales identitarios acumulados y encumbraba referentes que marcaban un contraste contra los “traidores” o “descreídos” del primer radicalismo, reactualizando el Olimpo de sus “padres fundadores” (FERRARI, 2008: 75). Por otro lado, cómo las consignas incorporadas en el acervo identitario, y que habían trazado una línea con aquellos que quedaron fuera de la nueva trama del radicalismo, comenzaban a declinarse en el seguimiento del contexto político más general ante las promesas de una reforma política barajadas por la coalición gobernante. De forma que si las poesías recitadas enfatizaban en el “violento sacudimiento radical” conmemorado⁵⁰⁵, que implicaba una revitalización de su misión histórica, la dirigencia habilitaba la posibilidad para un cambio de táctica a los efectos de concretar la misma.

⁵⁰⁵ “Conmemoración del 4 de Febrero. Velada de la Juventud Radical”, *La Prensa*, 04/02/1908.

Resultan ilustrativos al respecto los actos sucedidos también en el importante bastión radical de Rosario. En febrero, el Comité de la UCR llevó a cabo una importante asamblea con 2000 asistentes en su propio local y su presidente, Avelino Ferreyra, trató “sobre las víctimas de la revolución” y sobre “la unión y disciplina del Partido Radical”, finalizando con la lectura de un telegrama de Leopoldo Melo, una figura clave de la reorganización en dicha ciudad⁵⁰⁶. Algunos meses después, y lanzada una vez más desde el Comité de la Capital Federal la iniciativa de la reorganización —a estas alturas, casi una constante de una fuerza sin organización permanente—, el mismo presidente del radicalismo rosarino creía necesario, antes que nada, la convocatoria a una Convención Nacional del partido, para confirmar sus autoridades y hacer un recuento de voluntades a nivel nacional, pero a continuación se refirió a la relativa desorientación de la UCR ante la promesa de Figueroa Alcorta de sanear el padrón electoral, condición que los radicales intransigentes plantearan como necesaria para su retorno a la lucha sin armas⁵⁰⁷.

Este fue el tema que comenzó a imponerse progresivamente a finales de la década de 1900 entre las filas de quienes se pensaban como una “comunidad de ideales y sentimientos” (José Luis Cantilo) pero que todavía no se podía presentar como “una fuerza política disciplinada con autoridades, con programa y con ideales, con bandera amplia y generosa para cobijar en su sombra todas las voluntades fuertes y todas las consagraciones patrióticas” (Vicente Gallo). La identidad de esta familia política, amparada en el mito de la revolución inconclusa, se remitía en tanto evocación retrospectiva a ese espacio de experiencia común que era un hecho de violencia sacralizada, pero en el mismo gesto se proyectaba un nuevo horizonte de expectativas en torno a la promesa regeneracionista, que hacia el Centenario de la Revolución de Mayo se acercaba por voluntad de los gobernantes del tan denostado régimen. Como lo expresó Juan Luis Ferraroti en la conmemoración de la muerte de Alem celebrada en el Buckingham Palace de la Capital —acto seguido de una nutrida concurrencia al cementerio de la Recoleta—, los radicales estaban “custodiando la tumba de los mártires hasta que las urnas fuesen la expresión genuina de las voluntades de los hombres”⁵⁰⁸. Se abría

⁵⁰⁶ “Conmemoración del 4 de Febrero. Asamblea del Partido Radical”, *La Prensa*, 05/02/1908.

⁵⁰⁷ “Reorganización del partido Radical. La convención nacional”, *La Prensa*, 04/05/1908.

⁵⁰⁸ Los discursos de Cantilo y Ferraroti constan en la crónica de la citada conmemoración de la muerte de Alem (“Homenajes a Leandro N. Alem. La ceremonia en la Recoleta. Los discursos. Numerosa concurrencia. En el Buckingham Palace”, *La Prensa*, 02/07/1908); mientras que para el discurso de Gallo en la conmemoración de la Revolución del Parque de ese año, ver GALLO (1908a: 82-83).

un nuevo escenario y, en él, los miembros de la UCR se reconocían a sí mismos como representantes de una mayoría latente de la opinión hasta ahora excluida (ABOY CARLÉS, 2005: 132-133), pero para ello debían dialogar con un contexto más general frente al cual se recortará su creencia política en torno a una misión histórica de tipo trascendente, poniéndose a prueba su capacidad para articular desde un centro a esa supuesta mayoría.

CUARTA PARTE

NACIÓN Y DEMOCRACIA EN LA ARGENTINA DEL CENTENARIO (1909-1912)

El período que se abre con el ocaso de la primera década del nuevo siglo, entre finales de la presidencia de Figueroa Alcorta (1906-1910) y los comienzos de la de Roque Sáenz Peña (1910-1914), mostró una singular actividad de aquellos grupos que venían conduciendo los destinos políticos del país. Como se ha visto, luego de haber pasado por la crisis más importante de su historia moderna, Argentina había vuelto a convulsionarse al emerger una serie de cuestionamientos que complejizaron notablemente los principales clivajes del orden político-social. Es a partir de ello que se pueden comprender las múltiples iniciativas políticas, educativas y –en un sentido amplio– culturales acometidas por las elites gobernantes. En este sentido, si hubo un factor que enhebró de forma excluyente esa importante avanzada destinada a la nacionalización de las masas –como denominara al fenómeno George Mosse– en distintos frentes, fue la llamada “cuestión nacional”.

Según ha señalado Martín Castro, existe un tríptico de políticas estatales, secundadas en casos de forma fervorosa por distintos actores de la sociedad, que actuaron como elemento de continuidad entre ambos gobernantes y que permearon el clima político de esos años: la enseñanza pública con un carácter patriótico, el Servicio Militar Obligatorio (que se había perfeccionado desde su instauración en 1901) y una reforma política que se proponía como instrumento de “regeneración” moral y también patriótica, finalmente concretada entre 1911 y 1912 (CASTRO, 2012: 286). A ojos de los gobernantes, era en última instancia la Nación que comenzaba a ser celebrada como centenaria la que debía ser instalada en el centro de la identidad de los viejos y nuevos ciudadanos argentinos en sus tres facetas formativas: la escolar, la militar y la ciudadana. Se trataba, en un sentido amplio, de una serie de políticas culturales que venían siendo implementadas por los distintos Estados nacionalizadores del mundo occidental, en donde los rituales nacionales destinados a involucrar a las masas se daban en forma concomitante con la extensión de la participación democrática, aportando unas características generales comunes al panorama político del cambio de siglo (ZIMMER, 2003: 27-28). En el caso argentino, la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo, que se concretaría en las grandes iniciativas de 1910, instaló en un lugar simbólico de primera magnitud la remisión al que ya venía siendo considerado el mito de orígenes de la Nación y que terminaría por ser allí consagrado. Esta vez, la conmemoración se presentaba, a diferencia de aquellas promovidas por las fuerzas del radicalismo y del socialismo, como una visión comunitaria que reunía en un único y potente espacio nacional las voluntades capaces

de crear un compromiso primordial con sus precedentes históricos, así como con su destino. Si, más allá de la teoría sobre el nacionalismo que se adopte⁵⁰⁹, puede afirmarse que todo mito nacional cambia su forma simbólica y su contenido en cada tiempo por el que le toca atravesar en su devenir luego de su formulación original –en relación a diferentes percepciones y de acuerdo a los significados asignados por quienes se consideran fuera de dicha comunidad–, ese proceso no dejará de influir a esos “otros”, en un rango que discurre desde la competencia y el conflicto hasta la asimilación (SMITH, 1999: 57).

Aquí se analizará precisamente ese nudo conflictivo, pero fundamental, para enhebrar historias de construcción identitaria que discurrieron en paralelo, ubicando ante dilemas y desafíos comunes a quienes se identificaban con la UCR y a aquellos que lo hacían con el PS. Fue José Luis Romero quien resumió las distintas inquietudes de la hora bajo la fórmula de “espíritu” y luego Juan Carlos Portantiero quien se refiriera a la “crisis del Centenario” (PORTANTIERO, 1982). Una suerte de sentimiento colectivo que agitaba a unos y otros, conjugando en dosis variables optimismo y pesimismo, con motivos focalizados en aspectos sociales, políticos, materiales o culturales, que se hicieron presentes desde las citadas elites gobernantes hasta las fuerzas nuevas que se mostraban como más agudamente contestatarias a las mismas. Esbozados desde la intelectualidad, la prensa o la militancia política, buena parte de los diagnósticos confluían, sin embargo, al postular que se estaba experimentando hacia 1910 una “crisis moral”, producto de las transformaciones sufridas por la sociedad toda desde las últimas décadas del siglo XIX (ROMERO, 1998: 59-64)⁵¹⁰.

Sin poder saberlo en lo que respecta a sus consecuencias –pero algunos intuyéndolo en sus temores o sus expectativas–, los radicales y los socialistas estaban atravesando en ese nudo una coyuntura crítica, al igual que el conjunto de los actores políticos que jugaron algún papel en los años que van del Centenario a la fundamental reforma política de 1912. Ésta expresaría una serie de cambios duraderos, sin una posible vuelta atrás inmediata en sus

⁵⁰⁹ Para un actualizado análisis crítico de las teorías “modernistas” del nacionalismo –en una tipología que incluye las variantes del vínculo entre cultura e industrialización, capitalismo y nacionalismo, Estado y Nación, aquellas que hacen foco en el mesianismo político y la sacralización nacional de la política, y las que refieren más bien a la “invención” de la Nación, en tanto “comunidad imaginada”–, ver: SMITH (1998).

⁵¹⁰ Recientemente, Fernando Devoto retomó la denominación de Romero, explicitando los puntos arriba mencionados: “Los miedos a la cuestión migratoria, a la violencia anarquista y más en general a la desintegración nacional, se combinaban confusamente con la idea de esa ‘futura grandeza del país’, de las posibilidades ilimitadas de expansión económica y de asimilación social que la tierra de promisión aseguraba” (DEVOTO, 2002: 41).

implicancias, reconfigurando los antecedentes que contribuyeron a su gestación e instalando nuevos clivajes fundamentales (COLLIER y COLLIER, 1991: 27-31)⁵¹¹. Como se desarrollará en los dos capítulos que siguen, estaba cristalizándose entonces un cruce conflictivo, que ya podía avizorarse de forma menos desembozada unos años antes, de distintos procesos que pueden sintetizarse en: a) la construcción de una comunidad nacional, que en el Centenario exacerba su identificación –a la vez política, cultural y emocional– con esa unidad simbólica, en un tono por veces esencialista y violento; b) la construcción de una comunidad política, capaz de darse a sí misma una fórmula estable para regular las tensiones inherentes a una participación cada vez más amplia, y cumplir las promesas que podían inferirse del origen revolucionario y del orden republicano, lo que es decir, el tránsito hacia la democracia política; y c) la conformación de identidades políticas que, como en los casos del radicalismo y el socialismo, tenían al partido como su centro simbólico, aunque difícilmente el mismo podía contener el espacio de representación que se auto-asignaban, pero que entraron en un juego permanente con los dos términos antes mencionados, al quedar incluidas en mayor o menor medida dentro de sus marcos.

Por supuesto, resulta fundamental en esta evaluación de dichos cruces tener en cuenta los recorridos previos experimentados por el conjunto de creencias, valores y convicciones sostenidos por radicales y socialistas. La UCR y el PS no sólo se vieron afectados por las

⁵¹¹ El término coyuntura crítica proviene, como categoría político-temporal, de los análisis de la Ciencia Política y la Sociología Histórica en torno a los modelos de cambio de los distintos regímenes políticos, al revisar un clásico trabajo de Seymour Lipset y Stein Rokkan en torno a los clivajes fundamentales que dan forma a los sistemas políticos nacionales (LIPSET y ROKKAN, [1967] 1992). Si bien aquí dichas unidades actúan como marco en el cual tomaron forma y adquirieron entidad determinadas identidades políticas, el concepto de coyuntura crítica permite auscultar la capacidad de ciertos momentos para signar la evolución posterior de aquellos actores que pusieron en juego sus creencias políticas frente a las que terminaron primando en ese marco. Una de las características fundamentales aunque no más evidentes de este concepto es la de plantear –en general de forma implícita– una relativa autonomía a la acción política. Expresado de otra manera, es un momento en donde la política emerge en primer plano, condicionada pero no determinada por, ni como mero epifenómeno de, condiciones estructurales subyacentes. Esto no implica, por otro lado, que no exista causalidad en su acontecer, sino que la contingencia, el margen de maniobra y la capacidad de acción e interacción de los actores políticos juega un papel clave. Según la tradicional definición de Ruth y David Collier, “la coyuntura crítica es un acontecimiento polarizador que produce reacciones políticas intensas y contra-reacciones, [y] la cristalización del legado no ocurre necesariamente de forma inmediata” (COLLIER y COLLIER, 1991: 37). Pero lo que está fuera de duda es que este momento implica, de parte de sus protagonistas, una decisión que es de tipo política, o sea, es un momento de creatividad en donde la voluntad política de algunos, varios o muchos agentes relacionados entre sí resulta crucial (MAHONEY, 2000).

novedades de una coyuntura (novedades que eran más de énfasis o por decantación de experiencias, antes que por su originalidad), sino que con sus acciones y con sus respuestas influenciaron sobre la misma. Una presencia e intervención en donde las propias identidades, en ese aspecto que remitía a sus respectivas tradiciones, daban cuenta de las tensiones constitutivas de la Argentina finisecular, en donde se sedimentaban las consecuencias de la crisis de 1890 y las marcas del conflicto limítrofe con Chile, los lugares de la memoria pero también los temores de los levantamientos armados y las protestas obreras, hasta la producción sostenida de formas de ocupación del espacio público de gran impacto sobre propios y extraños. Por ejemplo, en esta encrucijada de los procesos de construcción de dos potentes identidades políticas, entraron a tallar un rol resignificado esos rituales y símbolos partidarios que generaban adhesiones fuertemente interiorizadas, adquiriendo en momentos como las conmemoraciones la forma de “una fe religiosa” que podía devenir “en gran medida inaccesible a la controversia”, otorgándosele un sentido trascendente (BERSTEIN, 2006: 46), aunque dicho carácter sacro fuese estigmatizado en los “otros”.

La inflexión gestada dentro del movimiento socialismo internacional ejemplifica bien hasta qué punto reformularon sus premisas las culturas políticas más generales que actuaban como paraguas bajo los cuales esas identidades establecían fronteras relativamente definidas. Tal como afirma Georges Haupt, en los primeros años del siglo XX un problema como el de la Nación trascendió las formulaciones doctrinarias ensayadas por los intelectuales socialistas para convertirse en una cuestión de la misma praxis de los partidos nacionales, así como de la propia Internacional:

“Hace su aparición un nuevo lenguaje, surgen nuevos interrogantes. La misma estructura de la Segunda Internacional se percibe como expresión del hecho nacional, que se reconoce hasta en la terminología. La denominación de ‘sección’ para designar al partido socialista de un país determinado afiliado a la Internacional se sustituye por la de ‘nación’.” (HAUPT, 1982: 39)

Esta cuestión se advierte mejor aún en lo que respecta a una fuerza como el radicalismo, para la cual su misma existencia se debía a que la Patria se encontraba en peligro y su misión era regenerarla moral y políticamente. En su caso, estos motivos ya conocidos e incorporados tempranamente en su credo político se declinarán en una clave sensiblemente diferente, al encarar el desafío de celebrar la unidad nacional en un mismo marco junto a

aquellos que, se afirmaba constantemente, eran sus mayores adversarios políticos, pero que decían estar embargados por un mismo sentimiento patriótico. Porque la cuestión de la Nación y la cuestión de la democracia planteaban, en última instancia, la capacidad de estas identidades partidarias para sobrevivir y convivir en un orden marcadamente diferente al que las había visto nacer.

V. LA PATRIA ES EL OTRO, PERO NO PARA SIEMPRE. LOS SOCIALISTAS, LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA DEMOCRACIA

“Sr. Justo- (...) tuve el dolor inolvidable de ver llegar hordas, con la bandera argentina, para asaltar la imprenta y la biblioteca y cometer actos de vandalismo bajo los ojos y el amparo de la policía!

“Sr. Carranza- ¡Era la bandera celeste y blanca contra la bandera roja!

“Sr. Justo- ¡No había bandera ninguna en ese local! ¡Ni me importa nada de símbolos! (*Murmillos*)” (JUSTO, 1912: 6).

“El partido socialista, o mejor dicho, la multitud socialista militante, compuesta en buena parte por la plebe cosmopolita, por los residuos flotantes que arrojan a nuestras playas las agitaciones del viejo continente, es extraño a la historia política del país y no ha podido obtener aún, carta de ciudadanía e imponer en consecuencia, premiosamente sus exigencias. Esa agrupación se transforma visiblemente y cuenta ya con algunos ciudadanos de valimiento” (AYARRAGARAY, 1912: 34).

I. Introducción

La Nación, en sus dimensiones que interpelaban de forma sostenida a la sociedad y la política, aparecía entonces como un problema para los socialistas argentinos. Buena parte de los planteos, actitudes y reacciones de los socialistas argentinos en tiempos del Centenario de la Revolución de Mayo estuvieron así determinados por esas múltiples iniciativas de las elites gobernantes. De forma que aquel era un problema de larga data porque, como vimos en los capítulos iniciales, las primeras expansiones de un patriotismo militante se habían hecho sentir como alteridad tempranamente sobre las filas socialistas, tanto en las regulares celebraciones oficiales como en los álgidos años del conflicto limítrofe entre Argentina y Chile, en donde no sólo desde el Estado sino fundamentalmente desde la prensa y distintos actores políticos –como las Ligas Patrióticas– se promovieron múltiples manifestaciones y actividades belicistas que llegaron a ubicar al movimiento obrero y sus distintas corrientes en el lugar del “enemigo de la patria”. Este era, al mismo tiempo, un desafío general que arreció con fuerza en los distintos componentes de la Segunda Internacional a principios del siglo XX y que incluía realidades extremadamente diversas. Para lo que aquí interesa, por un lado se destacaba la arista doctrinaria de una cuestión con profundas implicancias teóricas

para un movimiento internacional que se reclamaba como fundado en “ideas”, de allí la dificultad de interpretar de forma uniforme a la Nación y formular un canon común sobre la misma (HAUPT, 1982). Por otro lado, la propia centralidad asignada por los intelectuales y políticos nacionalistas argentinos a la cuestión de la identidad como un proceso cultural a desarrollar mediante distintos dispositivos, obligaba a los socialistas argentinos a recortar la suya ante una coyuntura particular que los interpelará y generará importantes tensiones en convicciones que hasta allí aparecían como relativamente resueltas en torno a los temas nacionales.

Esta revisión de las convicciones de los socialistas argentinos, cuya sedimentación previa se había fundado en la desconfianza frente a la retórica por ellos denominada “patriotería”, implicó, antes que nada, un diálogo con la tradición local e internacional en que se referenciaban. Allí, como se vio, habían encontrado su singularidad en el espectro de fuerzas políticas de la Argentina: esto es, enmarcándose en la más general cultura política de las izquierdas del cambio de siglo, sus símbolos y sus rituales. Asimismo, el carácter dilemático de ese presente signado por los clivajes del Centenario redundará en una incorporación en la prédica socialista de algunos de los tópicos de la cuestión nacional, en particular al esbozar el lugar que le cabría al Partido Socialista en la construcción de la democracia argentina. Desde esa premisa se establecía en consecuencia un puente con sus perspectivas de futuro en lo que consideraban su credo político. De esta forma, entre la previa y las celebraciones del Centenario de 1910, la sanción de la llamada Ley Sáenz Peña y las primeras elecciones bajo la misma, la resolución siempre precaria de esta tensión generará una profunda reformulación de los postulados hasta allí aceptados por los socialistas. De forma clamorosa en algunos casos, más asordinada en otros, pero en suma con una progresión constante, la construcción de la democracia, entendida como tarea y destino, aparecerá inextricablemente vinculada al necesario entronque de esa misión histórica a un pasado nacional que, por lo demás, no había ofrecido hasta allí demasiados antecedentes para su obra.

II. La patria es el “otro”: los socialistas ante el Centenario

En los prolegómenos de las celebraciones oficiales que comenzaban a organizarse para 1910, la imagen que los miembros del PS se prefiguraban ante los acontecimientos por

venir refleja toda la carga de sentido con que habían connotado a las manifestaciones en nombre de la Nación, incluso antes de la ola de violencia nacionalista que pronto se desataría sobre las izquierdas. Como lo confirmara Enrique Dickmann en sus célebres *Memorias*, los años 1908 y 1909 estuvieron signados por la cuestión de los armamentos de la Marina de Guerra por los que había preconizado el ex canciller de Figueroa Alcorta, Estanislao Zeballos, al reemerger sobre todo la hipótesis de conflicto con Brasil. Esta “campana alarmista y patriotera” que caracterizaría al “patriotismo oficial” por esos años (DICKMANN, 1949: 156-157) confirmaba así los temores del antimilitarismo socialista, al cual -como hemos visto- se asociaba una consecuente desconfianza frente a las causas amparadas en la bandera celeste y blanca.

Pero otra serie de iniciativas gubernamentales, que conllevaban otro tipo de implicancias para la ciudadanía, vendrían a aumentar los recaudos y hasta las alarmas del socialismo argentino ante la interpelación nacionalista. En particular, las ceremonias que referían a los ámbitos formativos antes mencionados, como la escuela pública, el Servicio Militar Obligatorio y las conmemoraciones de las fechas patrias, dejaban vislumbrar a ojos de los socialistas la faz más retrógrada de las iniciativas englobadas en la pedagogía patriótica oficial. En los términos propuestos por Aboy Carlés, actuaban como la perfecta representación de un “otro”; en otras palabras, como aquella alteridad que operaba en clave de suplemento o “exterior constitutivo” de su identidad política (ABOY CARLÉS, 2001: 41), al condensar todos aquellos motivos combatidos por el PS: gobierno burgués, prejuicios nacionalistas, intromisión clerical en la educación, militarismo.

Por ejemplo, una importante resolución tomada por el presidente del Consejo Nacional de Educación, José María Ramos Mejía, instauraba el saludo a la bandera al inaugurarse las clases diarias y la “oración patriótica” que la acompañaba incluía la exclamación “¡Dios sea loado!” junto a una referencia a que dicha enseña “no ha sido jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra”. La iniciativa estatal, que afectaba a las escuelas públicas de la Capital Federal, fue recibida por el PS como un intento de disciplinamiento ideológico sobre las mentes vírgenes de los escolares, capaces a su entender de ser manipuladas por su plasticidad:

“El culto a la bandera nacional implica el odio a los demás pueblos, fomentando, además, el nacionalismo estrecho, el chauvinismo agresivo y la megalomanía

zeballesca (...) Atrofiar el cerebro de los pequeñuelos con retrógradas lucubraciones imperialistas, mezclando una religión muerta un siglo hace con otra religión agonizante –religiones ambas, cultos ambos- que importan la corrupción en las costumbres y el estancamiento o el atraso del espíritu de iniciativas de progreso- es también un crimen de lesa humanidad”⁵¹².

En efecto, la “educación patriótica” promovida por el autor de *Las multitudes argentinas* abandonaba buena parte del determinismo positivista que había signado sus planteos intelectuales previos y se focalizaba en el firme voluntarismo de una “eficacia simbólica” que debía promoverse desde el ámbito estatal (TERÁN, 2001: 130.133; CASTRO, 2012: 296-299). Tulio Halperín Donghi denominó agudamente como “una liturgia cívica de intensidad casi japonesa” a este dispositivo que tenía el objeto particular de “nacionalizar” sobre todo a los cientos de miles de hijos de inmigrantes (HALPERIN DONGHI, 1987b: 226) a los que también apuntaba la propaganda socialista.⁵¹³ Tal como se verá luego, esta emergencia del *homo patrioticus* y el fomento de lo que era concebido -no sólo en la denuncia socialista, sino también en la misma propuesta de los funcionarios y educadores- como una “religión patriótica” se asentaba crecientemente en valores en donde lo extranjero tenía connotaciones exóticas y peligrosas, pese a su carácter pretendidamente inclusivo, al exaltar la unidad de la Nación entendida como un “pueblo-esencia” (ESCUDE, 1990: 42-48; ROLDÁN, 2011: 204).

La crítica al Servicio Militar Obligatorio y sus implicancias apuntaba en el mismo sentido, aunque con el agravante de “la cruz en contubernio con la espada”. En ese mismo año de 1909, los nuevos conscriptos participarían de la “oración patriótica” a cargo del arzobispo de Buenos Aires Mariano Espinosa, evocando “la memoria del inmortal Belgrano, quien proclamó a Nuestra Señora de la Merced Patrona del Ejército Argentino”. Una vez más, ese contubernio no hacía sino “embrutecer a las víctimas de una ley antidemocrática”, según explicaba *La Vanguardia*.⁵¹⁴ La reseña del órgano socialista sobre los actos por el 9 de Julio, pocos meses después, demuestra la importancia que el partido asignaba a los rituales como reflejo de un determinado estado de cosas, pero también como configuradores de sentidos que se iban acumulando por la reiteración de las celebraciones que daban forma a la

⁵¹² “El culto a la bandera”, *La Vanguardia*, 13/02/1909.

⁵¹³ El término “eficacia simbólica” remite a la obra de Claude LÉVI-STRAUSS (1995).

⁵¹⁴ “La incorporación de conscriptos. La cruz y el sable”, *La Vanguardia*, 14/03/1909.

liturgia patriótica. Incluso la estética del boato que emanaba de las fiestas patrias cobraba importancia para los socialistas, aunque se asociaba a la idea de “farsa”:

“A la 1 p.m. dio comienzo la ceremonia oficial, con su monotonía de siempre y con la aparatosidad propia de quienes necesitan engañar y halagar los sentidos (...) Los patriotas del presupuesto y la iglesia metropolitana estrecharon una vez más sus vínculos de unión”.

Un Estado al servicio de la burguesía, el militarismo y el clericalismo se amparaban en el sentimiento patriótico para legitimar las desigualdades que el diario partidario avizoraba se exacerbarían en 1910: “Los más, sufriendo los malos gobiernos (...) siendo pasto de todo el engranaje del estado y de la Iglesia... y los menos, los poseedores de lo ajeno (...) oprimiendo y vejando al pueblo y preparando a su costa el número de festejos para el centenario”.⁵¹⁵ Los militantes socialistas entendían entonces que la Patria que conmemoraría la revolución de Mayo era su “otro” menos por sus connotaciones intrínsecas en tanto tal, sino por los actores que se disponían a llevar adelante las celebraciones. Pero antes de las mismas, los acontecimientos de la “semana sangrienta” de mayo de 1909 marcarán a fuego el momento del Centenario, ya que será el propio movimiento obrero y socialista el que será colocado en el lugar de la otredad política. La misma cultura política en que los socialistas abrevaban será puesta en cuestión y éstos actuarán con un reflejo ambiguo ante la campaña anti-extranjera oficial: reafirmando su pertenencia a un movimiento internacional, pero también criticando la impostura de los “patrioteros profesionales”.

El 1° de Mayo de ese año fue organizado de acuerdo a las divisiones existentes en el movimiento obrero local: mientras el PS convocaba a sus centros y asociaciones en la plaza Constitución de Capital Federal y distintos puntos del interior del país, las centrales sindicales sindicalista revolucionaria (la Confederación Obrera Regional Argentina, CORA) y anarquista (FORA) se disponían a hacer lo propio por separado. Como se sabe, un tumulto

⁵¹⁵ Ambas citas corresponden a: “Lo de ayer”, *La Vanguardia*, 10/07/1909. Como bien destaca Miranda Lida, el Centenario era también una oportunidad inmejorable para una Iglesia Católica argentina que estaba atravesando una importante transformación para acercarse a “las masas” que tanto el Estado como los socialistas concebían como material “plástico”, esto es, transformable en sus convicciones y valores político-ideológicos. La difusión de “valores patrióticos” se erigirá entonces en una verdadera misión para la jerarquía y el laicado católicos, asociados a las fiestas patrias y los festejos oficiales, pero también desde asociaciones como los Círculos de Obreros, para licuar la identidad de clase en las aspiraciones religiosas y el sentimiento nacional (LIDA, 2015: 61-73).

en medio de la manifestación anarquista, probablemente instigado por la misma policía de la Capital a cargo del coronel Ramón Falcón, dio lugar a un enfrentamiento y a una feroz represión que dejó como saldo varios muertos en las filas obreras. Pese a que el Boletín Especial de *La Vanguardia* del día siguiente lo anunciaba de forma oficial, la medida tomada por la dirigencia del PS en reacción a la represión y las muertes en plaza Lorea se dictó en la misma plaza Colón donde había desembocado el desfile socialista precedido por sus banderas rojas. La huelga general, un instrumento de lucha que había sido muy resistido en otras ocasiones y que marcaba una diferencia táctica fundamental de los socialistas con los sindicalistas y los anarquistas, se imponía como acción común de clase y solidaridad entre las distintas tendencias obreras. Tanto Alfredo Palacios como Enrique Dickmann, oradores oficiales en el acto socialista, se encargaron de “declarar la huelga general y exigir la renuncia del jefe de los asesinos coronel Falcón”.⁵¹⁶

Como resulta obvio, si la connotación festiva que usualmente otorgaban los socialistas a su celebración del 1° de Mayo había gestado previamente un sentido particular a este ritual identitario, en contraste con el carácter luctuoso asignado por los anarquistas, las proclamas de 1909 en el marco de los mitines de protesta de la huelga general enfatizaron esta vez en la “sangre derramada”, “la memoria de los mártires caídos el primero de Mayo” y los “asesinos del gobierno”, como expresara Enrique Del Valle Iberlucea en una asamblea callejera.⁵¹⁷ Más significativo aún, en relación a la sostenida crítica socialista frente a la pedagogía patriótica desplegada por el gobierno conservador y al clima del Centenario que permeaba los discursos de ambos frentes, resulta el Manifiesto firmado por los miembros del Comité Ejecutivo del PS el 5 de mayo, días antes de dar fin a su aval a la huelga general. Lo que aparece en juego en ese texto es menos la denuncia del carácter represivo de las acciones policiales, que se extendieron a lo largo de toda la duración de la huelga, que el pretendido carácter “nacional” de las acciones. Dirigido a los “ciudadanos” -lo que implicaba ya una pertenencia a la comunidad política nacional-, lo que se denosta del gobierno es “la obra sanguinaria de sus jenízaros (que) le parece excelente *procedimiento de argentinización*”. Frente a ello, los socialistas afirmaban que:

⁵¹⁶ Ambos discursos transcritos en: “La manifestación socialista”, Boletín Especial de *La Vanguardia*, 02/05/1909.

⁵¹⁷ Transcrito en: “Los mitines socialistas de hoy”, *La Vanguardia*, 04/05/1909.

“El movimiento obrero es obra de hombres nacidos aquí y en otros países como tiene que ser toda sana actividad colectiva en un país cosmopolita (...) *El movimiento obrero hace obra de argentinización*, librando a nativos y extranjeros de prejuicios de raza (...) *Somos continuadores de la obra de la independencia* y cuando llegue la hora del Centenario, la tierra argentina, fuera de sus trigos y sus lanas, nada podrá presentar que la acerque tanto a los pueblos cultos como su agitación proletaria.”⁵¹⁸

El Manifiesto en medio de la huelga general evidencia entonces el dilema que comenzaban a atravesar los socialistas en torno a los temas del Centenario. Por un lado, la misma lógica binaria de los acontecimientos y los argumentos de las autoridades planteando como un todo al movimiento obrero, descargando su represión sin discriminación contra anarquistas y socialistas entendidos ambos como parte de un mismo “mal” (SURIANO, 2010: 20)⁵¹⁹, forzaban los motivos esgrimidos por los segundos en medio de una alta conflictividad social. En esas coordenadas, uno de los referentes jóvenes más moderados, como Antonio De Tomaso, expresaba: “Bienvenido ese ‘extranjerismo’ que significa una sana consciencia de clase y que proclama ideales políticos elevados dentro de nuestra democracia de opereta”.⁵²⁰ Pero también el intento de diferenciarse y encontrar su singularidad dentro de ese “todo” en que era ubicado comenzó a generar una tensión en los sentidos de su acción dentro de la cultura política de las izquierdas y del movimiento obrero. Ante la “argentinización” coercitiva implementada “desde arriba”, los hombres del PS apelaban a la canalización de la conflictividad de clase mediante la “nacionalización” de la clase trabajadora y la concurrencia en las instancias electorales, la “civilización” de las costumbres, obra que a sus ojos no hacía sino entroncar su misión con la promesa democrática de 1810 y que debía explicitarse como el gran logro del Centenario, mostrando así una explícita voluntad de integración.

De allí que durante los meses siguientes, y sobre todo luego del nuevo estado de sitio decretado por el gobierno nacional a causa del asesinato del jefe de policía de la Capital, el

⁵¹⁸ El Manifiesto apareció en *La Vanguardia*, 06/05/1909 (destacados propios), firmado por Nicolás Repetto, Basilio Vidal, Alfredo Palacios, Vicente Rosaenz, Eugenio Albani, S. Iñigo Carreras, Enrique Dickmann, Eduardo Porrini, José M. Lemos, Domingo de Armas, Juan B. Justo como director de *La Vanguardia* y Mario Bravo como secretario general del PS.

⁵¹⁹ En palabras de Eduardo Zimmermann, “en particular durante los picos de violencia anarquista, los socialistas fueron vistos por buena parte de la opinión pública como parte del mismo fenómeno conflictivo (...) entre los liberales con preocupaciones por la cuestión social se simpatizaba con las intenciones de los socialistas y se diferenciaba claramente a los dos grupos” (ZIMMERMANN: 1995: 56-57).

⁵²⁰ Transcripción en: “En la plaza Constitución”, *La Vanguardia*, 08/05/1909.

coronel Ramón Falcón, a manos del anarquista Simón Radowitzky, los socialistas insistieran una y otra vez en que su movimiento no constituía una “planta exótica” en el país, reflatándose un tema que se encontraba latente desde sus mismos orígenes en el país, al considerárselo desde las posturas liberal-conservadoras como una ideología foránea que no tenía sentido en un país en pleno progreso como la Argentina. Resulta sintomático al respecto que en el mismo mes de mayo de 1909, con el clima aún agitado por los sucesos del Día del Trabajo, el PS organizara por iniciativa de Nicolás Repetto una conferencia en el local de Unione e Benevolenza, a cargo de Palacios y él mismo. El motivo: la explicitación de la posición partidaria ante el 25 de Mayo, la fecha patria por excelencia. Las intervenciones darían lugar a la que será probablemente la polémica intra-socialista más importante de esos años, pero en lo que hace específicamente a este apartado, Repetto recogerá el guante de la crítica conservadora, argumentando que se sentía “satisfecho de ser argentino, precisamente porque le es dado apreciar lo que se ha adelantado en un siglo”. La crítica al patriotismo oficial debía oficiar como contrapeso a los argumentos xenófobos:

“No es con exceso de símbolos y cánticos patrióticos con que se mistifica a nuestros niños en las escuelas, que se va a dar noción de indiscutible importancia que tienen los hechos y los hombres de la Revolución (...) que van a hacer patria los ‘nacionalistas’ que pretenden detener la invasión de los extranjeros”.⁵²¹

Este sería por lo demás un tema recurrente, por ejemplo, en las campañas electorales de octubre de 1909 y de principios de 1910, porque si bien la “cuestión nacional” no se encontraba explicitada en las plataformas electorales, la referencia a la misma permeó cada una de las conferencias, mítines y discursos callejeros. En enero de 1910 De Tomaso plantearía una vez más que, una vez levantado el estado de sitio, el festejo del Centenario no podría ser sino una “comedia patriótica” del “falso patriotismo de los gobernantes”, planteando la contradicción de celebrar la independencia política al mismo tiempo que se gobernaba clausurando las libertades civiles más básicas y fundamentales para el orden democrático.⁵²² En otra conferencia organizada por el club “Juan B. Alberdi”, Palacios afirmaría que el “nacionalismo impulsivo” promovido por el gobierno y los intelectuales

⁵²¹ Transcripción en: “La revolución de 1810. Los discursos”, *La Vanguardia*, 24-25/05/1909.

⁵²² “El mitin del jueves. Discursos de Cúneo y De Tomaso”, *La Vanguardia*, 29/01/1910.

nacionalistas de manera inadmisiblemente llegaba a “abrigar ideales imperialistas”, ya que el año del Centenario había comenzado con el recalentamiento de la cuestión limítrofe con Brasil⁵²³ (DEVOTO, 2005), como lo expresara deseosamente Manuel Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga* en una reivindicación explícita de la violencia revitalizadora del espíritu nacional.⁵²⁴ Lo postulado por el primer diputado socialista de la Argentina no era otra cosa que la vieja asociación del motivo antimilitarista que denunciaba la connivencia entre belicismo proyectado hacia el exterior y el carácter represivo del Estado frente a la protesta social y la acción política socialista.

El tono oscilante de los posicionamientos socialistas ante el Centenario no puede sorprender: de alguna forma replicaba esa incómoda posición de equilibrio entre la voluntad de integración política, el reflejo defensivo ante las embestidas represivas del gobierno y la necesidad de diferenciarse de las posturas más revolucionarias e ideológicamente extremas dentro de la cultura política de las izquierdas a la que de todas formas pertenecía con pleno derecho. En el medio de ese movimiento, jalonada hacia uno y otro lado, se debatía una más o menos sorda metamorfosis de su identidad política, al comenzar a incorporar algunos elementos de la cultura política nacionalista que emergía de forma virulenta. Como se ha visto en capítulos precedentes, y siguiendo lo ha expresado de forma muy atinada por Michel Winock para el caso del antimilitarismo socialista en Francia, no era contra la Patria que los socialistas se definían, sino contra el patriotismo de sus adversarios, lo que no debía confundirse, a sus ojos, con el antipatriotismo *tout court* de los anarquistas (WINOCK, 1992: 358).

Hacia mayo de 1910, cuando coincidirían la celebración socialista del 1° de Mayo y la oficial del Centenario del 25, la toma de posición partidaria se tensaría aún más. En este punto vale detenerse en un aspecto siempre presente en la retórica socialista, en una suerte de bajo continuo en ocasiones velado por sus referencias más racionalistas sobre la acción política “positiva”. Aquella debía destacar constantemente que las celebraciones patrióticas

⁵²³ Transcripto en: “Agitación electoral. La conferencia de anoche en Unione e Benevolenza”, *La Vanguardia*, 17/02/1910.

⁵²⁴ María Teresa Gramuglio ha sintetizado los múltiples sentidos que el tópico de la guerra implicaba en la propuesta de Gálvez y otros políticos e intelectuales de la elite, como el citado Zeballos: “no solamente reuniría a los argentinos en un ideal común, sino además argentinizaría a los extranjeros y paralizaría ‘la inmigración que nos desnacionaliza’.” (GRAMUGLIO, 2001: 42). Sobre Gálvez véase también las referencias de DEVOTO (2002: 42-50).

constituían un marco hostil para la clase trabajadora, en tanto la interpelación nacionalista no tenía sólo connotaciones ideológicas explícitas, sino también –y allí residía en buena medida su pregnancia- emotivas: se apelaba a sentimientos de pertenencia, a pasiones colectivas, aunque encuadradas en iniciativas oficiales.

Una serie de artículos y editoriales aparecidos en *La Vanguardia*, y que coincidían en general con la postura de su director Juan B. Justo, se encargaron de dar cuenta de cuál debía ser la actitud de los socialistas, en particular, y del “pueblo trabajador” en general, tanto ante los festejos como frente a la llamada “huelga del Centenario”, consigna lanzada por los grupos anarquistas nucleados en la FORA con el objetivo de boicotear a los primeros. Para los socialistas, debía ensayarse una prescindencia equidistante de unos y otros. Lo fundamental era que el Centenario debía celebrarse, pero eso ya habría sido ensayado por el “pueblo trabajador que se concentra en sí mismo” para “restituir a esa constitución mancillada (...) hacer del republicanismo un sistema, un ejercicio”. Un motivo evidente para el proletariado era que la clase dirigente intentaba mostrar al mundo el “progreso del país” en “una conmemoración que ya puede vislumbrarse como la feria de las vulgaridades y del rastacuerismo”, mientras negaba la existencia del “problema social y la miseria” en Argentina.⁵²⁵ Probablemente, lo más nefasto de los actos patrióticos del Centenario para los socialistas estribaba en la omnipresencia del elemento militar, cara visible del “patriotismo opresivo”, y todo el ceremonial religioso condensado en la sanción eclesiástica del *Te Deum* oficial, ya que “lo religioso ha de ir siempre junto con lo patriótico”. Según la propia *Vanguardia*, esta cercanía no era ajena al “espíritu eclesiástico” del próximo presidente Sáenz Peña, por ese entonces ausente del país como embajador en Europa.⁵²⁶

En esta serie de intervenciones casi sin matices, la Patria –o al menos su versión oficial– era efectivamente el “otro”: representaba lo peor de la sociedad burguesa y del gobierno conservador de la Nación. Pero en un artículo firmado por el propio Justo –que luego sería reproducido por el periódico *La Argentina* como la posición oficial del socialismo– las aristas de la cuestión aparecen algo más pulidas, vislumbrándose la situación entre Escila y Caribdis del socialismo. Para la principal pluma y espada del PS, las

⁵²⁵ Editoriales “El pueblo y el centenario” y “El Centenario y el Proletariado”, *La Vanguardia*, correspondientes respectivamente a los días 01 y 02/04/1910.

⁵²⁶ “El Centenario militar” y “El Centenario católico”, *La Vanguardia*, 04-05 y 13/04/1910. Sobre los vínculos de Sáenz Peña con la Iglesia y los intelectuales católicos, ver CASTRO (2012: 269-304).

manifestaciones obreras no debían sumarse al Centenario, porque ello implicaría una “subordinación a la tradición burguesa”. Aquí Justo se muestra, como en otras ocasiones, sensible a la importancia de la subjetivación política de los actores sociales, como se viera para el caso del 1° de Mayo. En primer lugar, aseguraba que el papel del “pueblo trabajador consciente en las próximas fiestas (...) cualquiera sea el respeto y nuestra admiración por la obra de 1810” no podía ser el de “coro ni de marco de los advenedizos que nos gobiernan” y sus “farsas patrioterías profesionales”. Para afirmar a continuación, en una clave que dejaba lugar a interpretaciones múltiples e incluso ambigüedades: “Celebremos el Centenario en nuestro fuero interno”. La advertencia valía también para disuadir a los obreros de unirse a la huelga general que estaban propagandizando los anarquistas, ya que no estaban dadas las condiciones, a su entender, para “el estado pasional como el horror y la indignación populares ante la masacre del 1° de Mayo del año anterior”⁵²⁷.

En este punto, cabe matizar y complejizar aún más el planteo del PS frente a lo propuesto no ya por los anarquistas, sino por el otro socialismo, el del sindicalismo revolucionario. Este miembro de la familia de las izquierdas, ya alejado de cualquier pretensión de disputar el “verdadero socialismo” a los representantes del partido, se encontraba enzarzado por entonces en la puja con la FORA libertaria para lograr el tan reclamado principio de la “fusión obrera” junto a la CORA⁵²⁸. De forma que si, por un lado, avivaba una vez más ese frente de tensión, por otro lado, su principal órgano de prensa, el ya conocido *La Acción Socialista*, abrevaba en el que había devenido el clivaje fundamental del Centenario, al menos para quienes se ubicaban en los extremos ideológicos del momento: el de la Patria *versus* la clase obrera. En este sentido, continuaba su crítica de principios de siglo contra el PS, en esta ocasión, haciendo énfasis en el patriotismo o lo que llamaba el “argentinismo de los [socialistas] reformistas”, expresando que los mismos que se disponían a conmemorar en el 25 de Mayo un “motín popular”, condenaban el movimiento encabezado por el proletariado moderno. Así, a su entender:

“en el centenario se dividen las clases y los intelectuales que medran en los ambientes y sistemas democráticos estarán con la democracia, mientras que los obreros, que en los estados democráticos se hallan en la abyección, estarán con su clase (...) estarán

⁵²⁷ Juan B. Justo, “En Mayo”, *La Vanguardia*, 04-05/04/1910; “Opiniones y pronósticos sobre la huelga general”, *La Argentina*, 29/04/1910.

⁵²⁸ Ver, por ejemplo, “La fusión obrera actuándose”, *La Acción Socialista*, 02/04/1910.

con la *revolución obrera* que ellos elaboran, no con la *revolución burguesa* del siglo pasado”⁵²⁹.

Si se quiere, de forma algo premonitoria, en su enfrentamiento con sus hermanos-adversarios del PS, los sindicalistas revolucionarios advertían bien con su tono agudo, que radicalizaba algunos de los postulados sostenidos también por los miembros de aquel, la inflexión que comenzaba a operarse en la identidad socialista: aquella que se proponía como una convicción que conciliaba socialismo, democracia y Nación. La cuestión dilemática radicaba en que para los partidarios del socialismo democrático se trataba menos de dicotomizar los procesos históricos de uno y otro movimiento, que se postularlos como parte de una secuencia progresiva que les asignaba un lugar privilegiado en su realización futura. Lo cierto es que hacia 1910 el PS difícilmente podía lograr escapar de una polarización que lo incluía pero que lo excedía en sus formulaciones e implicancias.

Al respecto, si bien la conmemoración socialista del 1° de Mayo terminaría finalmente por suspenderse debido al mal clima de la Capital Federal, el Manifiesto del PS lanzado pocos días antes no dejó de destacar la coincidencia de aquel con la fiesta patria, actuando de alguna forma como un contra-festejo –o anti-fiesta– frente al oficial.⁵³⁰ Se encuentra de forma implícita en el documento partidario una cuestión que luego sería destacada también por Justo en un texto célebre, *El socialismo argentino*: desde sus orígenes en la década de 1890 hasta 1910, el socialismo se había nacionalizado en tanto movimiento organizado de la clase trabajadora, así como conjunto de demandas tipificadas en una serie de consignas. Se mencionan allí, de forma casi sincrética, “los sacrificios cruentos que os impuso la ardua tarea de arraigar en suelo argentino la celebración de esta fecha simbólica” que “coincide este año con la fecha conmemorativa del centenario argentino”:

“contribuid también vosotros, trabajadores, realizando en este día una manifestación que por lo numerosa, ordenada y consciente se imponga a la atención del poder público y de la clase dirigente, y refleje así el progreso del país medido en la cultura

⁵²⁹ “La preocupación burguesa”, *La Acción Socialista*, 16/04/1910 (destacado propio).

⁵³⁰ De hecho, Justo sí ofició como orador en el acto por el 1° de Mayo celebrado en la localidad bonaerense de Morón, en donde se encargó de distinguir la fiesta proletaria de las tradicionales fiestas religiosas y patrióticas, contrapunto que mantenía como imágenes contrastantes que tenían un fin claramente pedagógico, como se viera en la construcción del 1° de Mayo socialista en la década de 1890. Por su parte, en Lomas de Zamora, el socialista P. López se encargó también de establecer puntos de contacto y diferencias en su conferencia “El 1° de Mayo y el Centenario” (“Ecos del 1° de Mayo en el interior”, *La Vanguardia*, 04/05/1910).

y la capacidad de su clase laboriosa (...) hoy en que el proletariado conmemora la fiesta del Trabajo y nuestro país un siglo de autonomía política”⁵³¹.

De todas formas, la sanción del estado de sitio el 13 de mayo y los sucesos posteriores de saqueos de los locales obreros y las imprentas de periódicos anarquistas (*La Protesta*) como socialistas (*La Vanguardia*), demostró hasta qué punto, en el imaginario de las elites y los grupos identificados con el patriotismo militante más violento, la amenaza era una sola o, al menos, debía primar el unanimismo del “pueblo-esencia” mencionado más arriba. La imagen que se proyecta de mayo de 1910 no es, sin embargo, la de la armonía sino la del conflicto: la posición socialista, entre la huelga general revolucionaria y los festejos oficiales, terminó por quedar englobada en la figura del “enemigo” que representaba la primera para la clase gobernante. Pese a sus intentos, la Patria también lo convertía en su “otro”. Como lo explicitará Justo en el debate parlamentario de 1912 que encabeza el capítulo, la violencia antiobrera y antisocialista se llevó a cabo en su nombre y al amparo de la bandera celeste y blanca, con la connivencia de la policía de la Capital⁵³². Este aspecto sería reconocido incluso por los sindicalistas revolucionarios, que se solidarizarían con anarquistas y socialistas “reformistas” como parte de un mismo campo obrero en batalla contra la “barbarie burguesa” y “patriotera”, luego de los asaltos de las bandas que colocaron una bandera argentina en el local de calle México 2070, luego de destruir su interior, lo que llevó a decir a *La Acción Socialista* que los proletarios argentinos no debían tener “el menor respeto por el trapo azul y blanco que flamea sobre sus locales”⁵³³.

Un nuevo Manifiesto lanzado el 15 de mayo por el PS ante los hechos cometidos por las bandas nacionalistas de civiles al amparo del estado de sitio subrayaría una vez más que el socialismo se mostraba “respetuoso de las sinceras expansiones de entusiasmo por la obra de la independencia”, pero que “se ha ultrajado de palabra y de hecho a familias proletarias extranjeras, se ha impuesto brutalmente a personas extrañas al país saludos y ceremonias que no comprendían, y se ha humillado la bandera argentina” (citado en DICKMANN, 1949: 187). Cabe destacarse también otro dato significativo: el estado de sitio fue argumentado en

⁵³¹ “1° de Mayo”, *La Vanguardia*, 29/04/1910.

⁵³² El mismo congreso de la Internacional celebrado ese año en Copenhague daría una muestra explícita de solidaridad para con los socialistas argentinos y denunciaría el fraude electoral de la “oligarquía que falsifica sistemáticamente el sufragio universal” y el accionar de las “bandas negras” —“a la manera rusa”, aclara el informe— del nacionalismo criollo (LONGUET, [1913] 1976: 621-622).

⁵³³ “Bajo el imperio de la barbarie burguesa”, *La Acción Socialista*, 14/06/1910.

el Congreso de la Nación por el diputado Manuel Carlés y por el ministro del Interior José Gálvez en vista de la posibilidad de que se puedan “producir desórdenes de mayor o menor importancia durante las fiestas del Centenario”, que sería “acompañado por el sentimiento patriótico de este pueblo”⁵³⁴. Pero resulta por demás significativo que el IX° Congreso Nacional del PS también pensaba realizarse del 22 al 24 de mayo, precisamente como homenaje a la fecha patria, presentándose antes como una muestra de adhesión implícita que como una de las amenazas planteadas por el gobierno, pero a raíz de lo ocurrido debió ser pospuesto hasta el mes de diciembre (DICKMANN, 1949: 185).

Al celebrarse finalmente el Congreso en la ciudad de Buenos Aires, un pequeño diferendo demostró que todavía existían distintas posiciones frente a la cuestión. Mario Bravo, secretario general del partido, incluyó en su informe sobre la llamada Ley de defensa Social –sancionada en junio de 1910 ante un atentado con bomba en el teatro Colón– el pedido de una protesta de parte de los distintos grupos parlamentarios de los partidos socialistas que componían la Segunda Internacional como gesto de solidaridad. Pero Alfredo Palacios, encargado por su parte del informe sobre la reforma electoral, consideró que aquella sería una medida “extemporánea y perjudicial”.⁵³⁵ El PS, a su entender, debía plantear sus reclamos y realizar sus protestas en la propia escena nacional, sin provocar nuevas reacciones de un gobierno que ya lo había identificado como una “planta exótica”. Como veremos luego, esta última posición entraba en tensión con las convicciones internacionalistas de buena parte de la dirigencia partidaria.

De este debate -secundario a los efectos de los temas del Congreso, pero relevante a nuestro objetivo- se hizo eco el diario *La Nación*, quien había mostrado usualmente una visión relativamente comprensiva del accionar del PS. No obstante, el informe de las sesiones afirmaba:

“Lo que siempre hemos reprochado al socialismo es, en efecto, su *falta de comprensión del fenómeno argentino*. Nuestro socialismo se ha limitado a aplicar las recetas de los partidos congéneres del viejo mundo a una sociedad por fuerza tan distinta. (...) El interés del partido socialista y su única probabilidad de éxito, aquí como en todas partes, está en *convertirse en un partido argentino*, capaz de

⁵³⁴ Las palabras de Carlés y Gálvez se transcriben en: “La declaración del estado de sitio”, *La Vanguardia*, 14/05/1910.

⁵³⁵ “IX° Congreso del Partido Socialista”, *La Vanguardia*, 26-27/12/1910.

comprender las necesidades locales y animado por el anhelo de lograr a la par que el mejoramiento de las clases obreras, el *progreso superior de la patria*.”

Pero el influyente diario fundado por Mitre, con evidente prejuicio nacionalista, terminaba percibiendo un cambio de actitud en la intervención de Palacios ante Bravo, ya que “algunas resistencias encuentra ya sin embargo, *esta teología que pretende sobreponer la abstracción literaria de la humanidad a la realidad efectiva de la patria*”⁵³⁶. Las tensiones emergentes en la identidad socialista en torno al Centenario de la Revolución se hacían ya evidentes puertas afuera del partido, a lo que no eran ajenos los contrastes entre distintas concepciones del socialismo: aquella que lo postulaba como una religión secular, como una fe política con un núcleo sacro indiscutible, y la que tendía a inventar para el mismo una tradición más ecuménica, emparentándolo por ejemplo con los mitos fundacionales de la Nación y con su pretendido destino de grandeza, que por entonces estaba siendo exaltado no sólo por las elites gobernantes o por intelectuales con inquietudes por homogeneizar culturalmente a las masas.

III. ¿Por qué importan los símbolos? Las banderas en cuestión

El apartado anterior muestra una de las reacciones del socialismo argentino ante el Centenario, aquel que remite fundamentalmente al antagonismo con las iniciativas del “patriotismo oficial”, como lo calificarán los miembros del PS. Esa imagen, tal como consta en la intervención de Justo en la Cámara de Diputados en 1912, tendrá un carácter perdurable en la sensibilidad partidaria, pero esa elocuente alocución no debe engañar a quien se proponga dar cuenta de la inflexión que se operó en las convicciones que hasta allí habían guiado a los militantes socialistas: más aún en el clima del Centenario, resultaba evidente que los símbolos, después de todo, importaban...y mucho.

Hemos visto que la dimensión de la alteridad con el patriotismo se materializó, en una gran cantidad de ocasiones, en el lugar y la función que asignaban los socialistas a la bandera argentina, en particular, y a los símbolos nacionales en general. Asimismo, la construcción del 1° de Mayo socialista con toda su “parafernalia ritual” y una estética política singular, en donde los emblemas y los colores –fundamentalmente el rojo- daban forma a una

⁵³⁶ “El congreso socialista”, *La Nación*, 28/12/1910 (destacado propio).

iconografía que remitía al carácter internacionalista del movimiento y a la cultura política en la que se inscribía, daba sobradas muestras de la importancia de las banderas, los íconos y las consignas para los hombres y mujeres del PS⁵³⁷.

La jura de la bandera por los escolares y por los soldados conscriptos, la presencia de la Iglesia Católica en estas ceremonias y en las conmemoraciones patria oficiales, eran percibidas entonces por los socialistas como expresión de una “religión patriótica”, de un “chauvinismo agresivo”, ante el cual éstos se afirmaban expresando que amaban “por igual a todos los pueblos”. Ciertas consignas y eslóganes, como el célebre “Los obreros no tienen patria” del *Manifiesto Comunista*⁵³⁸, se encontraban incorporados a la vulgata del socialismo y eran expresados en cada ocasión en donde era puesta en juego la dimensión internacional del movimiento. No obstante ello, al momento de celebrar la Nación, la querella por los símbolos cobrará protagonismo al interior mismo de las filas socialistas en Argentina, planteándose qué lugar entonces ocupaba la idea de “patria” en su identidad como colectivo político. En la coyuntura que se extiende entre 1909 y 1912, las citadas celebraciones oficiales, pero también la violencia nacionalista o las leyes represivas y sus consecuencias actuarán como el marco en donde no sólo la bandera celeste y blanca, sino asimismo la icónica bandera roja, serán puestas en cuestión. La pregunta fundamental era: ¿se excluían mutuamente ambos símbolos o, por el contrario, podían convivir en el socialismo argentino?

Más arriba se expresó que la conferencia ideada por Nicolás Repetto para el 25 de mayo de 1909 en Unione e Benevolenza, en la que actuó como orador junto a Alfredo Palacios, desataría la discusión en el seno del PS al transcribirse sus textos en las páginas de *La Vanguardia*, que operó de caja de resonancia del debate. Sin desentonar demasiado con el sentido común partidario, Repetto enfatizó en el “exceso de símbolos” de los nacionalistas⁵³⁹, pero Palacios introdujo otros matices a esta afirmación. En su opinión, la

⁵³⁷ En palabras de Murray Edelman, pertinentes para el caso: “El símbolo político concentra los significados particulares y las emociones que los miembros de un grupo crean y refuerzan entre sí” (EDELMAN, 1967: 11).

⁵³⁸ Como veremos, la frase acuñada en 1848 planteaba una secuencia más compleja e interpretativamente más ambigua en la relación, al aclararse a continuación: “Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués” (MARX y ENGELS, [1848] 2014: 84).

⁵³⁹ Exceso de símbolos que no era sólo denunciado por las izquierdas, sino incluso por el diario *El Nacional*, por ese entonces opositor al gobierno de Figueroa Alcorta. Este órgano entendía que la “campana nacionalista” llevada adelante por aquel y secundada por buena parte de la sociedad argentina y cuyo “decorado” eran los omnipresentes Himno Nacional y la bandera celeste y blanca, lo que no hacía sino fomentar un “sentimiento antiextranjero” muy extendido en esos meses previos y posteriores al Centenario de 1910. En conclusión, el clima reinante era el de una “exageración patriótica” que expresaba un chauvinismo que “está reñido con la

relación entre las banderas celeste y blanca y la roja condensaba el lugar en que se ubicaba el PS dentro del país y, por proyección, en cada uno de los espacios nacionales en que actuaba como organización política del proletariado. Por otro lado, su objetivo era “significar la importancia que el movimiento socialista representa como continuador de la obra iniciada antemano”, en 1810, y “el concepto que tenemos de patria”. La primera conclusión que Palacios extraía de ello era que “los socialistas no somos antipatriotas”: ello hubiese representado una contradicción con la afirmación anterior, pero sobre todo aclaraba que, si el movimiento socialista era un fenómeno internacional, la supresión de las fronteras nacionales debía verse más como un ideal lejano, casi como un mito movilizador, antes que como una política concreta. De esta forma, finalizando su interpretación simbólica, la bandera roja no excluía a la bandera nacional argentina, concibiendo “una repudiable locura la afirmación de (Gustave) Hervé cuando dice que la bandera de Francia débese colocar sobre un estercolero (sic)”.

En cierto sentido, la provocación de Palacios era doble. Se incorporaba la bandera argentina en tiempos en que la misma era fuertemente cuestionada por los socialistas locales, y se criticaba a un ícono del antimilitarismo y del antipatriotismo internacionales, como era Hervé. El mismo –como se ha desarrollado en el capítulo IV– se ubicaba por entonces en el ala izquierda de la recientemente organizada *Section française de l'Internationale ouvrière* (SFIO, 1905)⁵⁴⁰, cuya principal figura era Jean Jaurès. En el ámbito del heterogéneo movimiento socialista francés, la tensión entre el ideal del internacionalismo socialista y la integración política del nuevo partido a las luchas de la Tercera República también conllevaba un desafío para aquellos que debían propugnar por la unidad socialista, pero sin atentar contra sus previas convicciones identitarias. En ese caso, el dilema de Jaurès era declararse un socialista consecuente, antinacionalista pero también patriota y continuador de la Gran Revolución de 1789 en Francia (DUCLERT, 2001). El cierre de Palacios era entonces

democracia”, según el juicio del periódico que miraba con simpatía las acciones socialistas, de forma que “nuestro nacionalismo” -finalizaba- debía ser el “llevar a la práctica nuestra teoría institucional” corrompida por los gobiernos fraudulentos (“El nacionalismo”, *El Nacional*, 26/01/1910).

⁵⁴⁰ La frase de Hervé, un intelectual socialista que en tanto paladín de un antimilitarismo extremo mantenía una posición tensionante dentro de la SFIO, había sido lanzada ante un acto conmemorativo de las tropas francesas en 1901, adquiriendo gran resonancia en medio de los conflictos ideológicos provocados por el creciente nacionalismo revanchista francés. No obstante ello, la Primera Guerra Mundial lo encontrará finalmente en las filas “patriotas”, oponiéndose luego virulentamente a la Revolución Rusa, propugnando por un “socialismo nacional” y acabando por adherir a la derechista República de Vichy en la Segunda Guerra Mundial (HEURÉ, 1997).

elocuente: crítica del antipatriotismo, crítica del gobierno de turno y una confianza futura fundada en un porvenir más justo para la clase obrera y promisorio para la nación:

“El primer centenario de vida independiente nos sorprende todavía con un gobierno de despotismo. Ojalá que la educación política del pueblo mejore con el mejoramiento en todos los órdenes de la vida social (...) y lleguemos a ocupar un primer puesto en el concierto de los países civilizados”⁵⁴¹.

La virtual catarata de respuestas que comenzaron a llegar durante más de un mes a la redacción del órgano partidario, desde todas las posturas de la conducción y la militancia dentro del PS, revelan que el ex diputado había tocado una fibra sensible a la identidad socialista, precisamente en los prolegómenos del Centenario y luego de la matanza del 1° de Mayo de 1909. En tren de una clasificación más o menos laxa, pero que permita aclarar las posiciones tensionadas por la provocación de Palacios, puede afirmarse que se fueron definiendo: un ala “patriota”, que adhería explícitamente a lo propuesto por éste; una más moderada que aceptaba de forma escéptica la idea de “patria”, casi como una instancia necesaria para la causa socialista pero sin generar mayor entusiasmo; y un antipatriotismo relativamente radical, pero fuertemente apegado a las consignas del internacionalismo socialista.

La postura de Justo, como bien recordara Ricardo Martínez Mazzola, poco afecto a grandes formulaciones doctrinarias para zanjar las disputas internas del PS y acostumbrado a un tono finamente irónico, se hizo pública un día después en *La Vanguardia*, en un editorial titulado sintomáticamente “La Patria”. En el mismo, Justo comienza por destacar la nobleza del sentimiento patrio en tanto amor al terruño y a los compatriotas que lo habitan -algo que ya había expresado en tiempos del conflicto con Chile-, pero luego aclara que el sentido de la palabra había degenerado al convertirse “en la más socorrida de las frases de los gobiernos corrompidos e ineptos, de los ambiciosos a lo Boulanger, de la prensa venal, de los nacionalistas de paga”.⁵⁴² Este escepticismo del director del periódico partidario, destacado previamente, no dejaba de fundarse sin embargo en una cabal consciencia de las pasiones políticas que podían llegar a despertar los símbolos en las masas movilizadas por una causa,

⁵⁴¹ Transcripción en: “La revolución de 1810. Los discursos”, *La Vanguardia*, 24-25/05/1909 (destacado propio).

⁵⁴² Juan B. Justo, “La Patria”, *La Vanguardia*, 26/05/1909.

en particular el nacionalismo beligerante.⁵⁴³ El mismo es entendido como intrínsecamente manipulador de los símbolos, esto es, como dispositivos instrumentales de la subjetivación política. Una reafirmación más acabada de su postura se haría pública ese mismo año en el capítulo dedicado a “La guerra” en su obra más sistemática, *Teoría y práctica de la Historia*:

“Para excitar las masas a la guerra, se cultivan sus sentimientos colectivos más próximos a la animalidad, la superstición miedosa, el instinto de raza, el fanatismo patriótico y allá van ellas, como el toro contra el trapo rojo, ciegas y enfurecidas, tras la bandera o el símbolo religioso” (JUSTO, 1909: 114).

En la posición antipatriota y embanderados en el internacionalismo socialista se posicionó lo que un viejo militante como Esteban Dagnino denominó “la fracción juvenil del partido”, con artículos de Alejandro Comolli (hijo), el joven de 20 años Martín Casaretto, el presidente del Comité Antimilitarista de las Juventudes Socialistas, José Muzzilli, y el secretario general del PS, Mario Bravo, de 27 años. Para el primero de ellos, Hervé era antes que nada un “socialista admirable”, de forma que no le importaba que “la bandera nacional se clave en un estercolero”, porque su mirada se dirige “hacia la elevada cumbre en que ha de flamear la bandera roja”. Una vez más las banderas condensaban el sentido de las causas -expuestas como antagónicas- de la patria y del socialismo: “La dualidad (de Palacios) es imposible”, expresaba Comolli, porque “La patria de hoy es enemiga del proletariado”. Si “la bandera simboliza la patria”, ésta era la de los burgueses y aristócratas que se disponían a celebrar el Centenario luego de que esa misma bandera justificara el “fusilamiento del pueblo” el 1° de Mayo. En conclusión, se declaraba “antipatriota”, porque de lo contrario se convertiría en “antisocialista”.⁵⁴⁴ Palacios había puesto el dedo en la llaga de una identidad

⁵⁴³ Algunas interpretaciones centradas exclusivamente en la evolución de las ideas de Justo han destacado los prejuicios con que el mismo se posicionara ante el fenómeno del sentimiento patriótico, debido a su “postura científicista”, operando un cambio hacia la época del Centenario al incorporar lo nacional como parte de la secuencia histórica que llevaría a la realización del socialismo y ante la supuesta emergencia de una “propaganda antipatriótica” en el seno del PS (DA ORDEN, 1994:58-63). Aquí ese muestra, en cambio, cómo Justo ya había matizado tempranamente sus posiciones ante las efusiones patrióticas en tiempos del conflicto limítrofe argentino-chileno, así como que su pretendido desinterés por los símbolos no era tal, sino que su actitud respondía más bien a los momentos y coyunturas en que los mismos eran puestos en juego en tanto condensaban una determinada causa; por otro lado, la voz de Justo era una más -sin dudas muy influyente, pero igualmente- dentro de una situación coral que se desató, antes bien, por la forma en que la interpelación nacionalista en torno a 1910 comenzó a calar en las filas partidarias e incluso como un intento de moderar los extremos que tensionaban a las mismas.

⁵⁴⁴ Alejandro Comolli (h), “Patrias y banderas”, *La Vanguardia*, 26/05/1909. La imagen del 1° de Mayo propuesta por Comolli era bien conocida entre los militantes socialistas porque remitía a otra ya consagrada en

socialista que se debatía entre celebrar lo positivo de la patria y mantener su tradición internacionalista, para algunos, sin fisuras. Para el ala joven, el ser socialista precisaba consecuentemente de declarar a esa patria como el “otro”.

Siguiendo esta postura radical, en la opinión del antimilitarista José Muzzilli, no había beneficio alguno en reivindicar a la bandera como símbolo de la patria, porque ésta no era más que “el perímetro de suelo en uno de cuyos puntos casualmente hemos nacido”, esto es, no generaba ningún sentimiento político.⁵⁴⁵ La resolución de esta tensión era distinta en Casaretto. Adhiriendo a los argumentos iniciales de Repetto y Palacios en la conferencia original, la Revolución de Mayo de 1810, como la francesa de 1789, constituían un paso necesario para el socialismo al ser concebidas como “revoluciones burguesas”, pero por ello mismo se amparaba en la consigna del *Manifiesto Comunista* “el proletariado no tiene patria, como lo expresaron Marx y Engels”. El “criterio obrero” ante la cuestión de la patria, al no obtener aún su emancipación política como si había hecho la burguesía, debía resumirse en su símbolo indiscutido: “Nosotros pretendemos que los trabajadores de todos los países sólo reconozcan, respeten y amen una sola bandera: la bandera roja”.⁵⁴⁶ La intervención de Bravo, por otro lado, resulta ciertamente precisa a la hora de poner en un primer plano las tensiones de los símbolos en cuestión, su carácter cuasi sagrado y su capacidad para representar una “causa”, al preguntarse si existía un antagonismo o no entre ambas banderas. En sus palabras, la bandera celeste y blanca era “el símbolo de la clase constituida que gobierna”, mientras el proletariado tenía su bandera, “la de la Internacional”, “la bandera roja, que es acción, transformación, revolución”; en suma, “dos símbolos de dos clases en lucha perpetua”. La reflexión final, en una veta que no llegaba al extremo de un Hervé, terminaba por evidenciar el sentido icónico de su mirada:

“Las ideas que dan rumbo a la lucha tienen su color. Las nuestras tienen su representación simbólica en la bandera roja.

“Dejemos la bandera argentina donde esté, mientras el símbolo no estorbe.

el ámbito internacional. La llamada “fusilada de Fourmies”, la matanza de varios obreros, entre ellos mujeres y niños, el 1° de Mayo de 1891 en la localidad francesa de ese nombre se volvería célebre como ejemplo de la lucha de clases y de la función del Ejército como garante del orden burgués, aun siendo este republicano. Como ocurría con muchas otras imágenes de los 1° de Mayo, la de Fourmies dará lugar a un sinnúmero de estampas y alegorías que devendrán altamente populares (RODRÍGUEZ, 2013: 250).

⁵⁴⁵ José Muzzilli, “El concepto de ‘patria’”, *La Vanguardia*, 29/05/1909.

⁵⁴⁶ Martín Casaretto, “El patriotismo ante el criterio obrero”, *La Vanguardia*, 30/05/1909.

“La bandera argentina está envilecida por la misma clase que ella ampara. El proletariado no tiene por qué ni para qué colocarla al lado de su estandarte rojo de combate.”⁵⁴⁷

Como lo ha destacado Maurice Agulhon, el “antagonismo de los colores” actúa, en este caso, a partir de una imagen binaria que explica de forma simple el espíritu de la lucha de clases: el rojo daría cuenta de las ideas de Revolución, Internacionalismo, Clase Obrera, Socialismo; mientras el azul/celeste y el blanco de la bandera nacional representaría a la Burguesía, la Nación/Nacionalismo, el Ejército en su alianza con la Iglesia (AGULHON, 1990: 394).⁵⁴⁸ Por supuesto, la reivindicación que el anarquismo también hacía de la bandera roja, combinada con el color negro, daba lugar a la necesidad de que los socialistas se diferenciara de los ácratas, sobre todo porque estos últimos rechazaban de plano cualquier idea de Patria y aún de Estado, como se verá más adelante. Al mismo tiempo, Bravo planteaba la cuestión en términos que estaba lejos de los propuestos por los principales dirigentes, en tanto exaltaba el carácter contestatario y subversivo de la bandera roja, el cual en última instancia podía apelar –nuevamente, como en Hervé– a la iconoclasia (BURKE, 2001: 97). Se añadían así nuevos elementos de la polémica porque también se expresaban quienes –siguiendo a Palacios y a Justo, aunque con un tono más crítico– rescataban cierta idea de Patria, aunque entendían que la misma había sido capturada por el patriotismo y el militarismo, entendiendo por ello a toda la “pedagogía patriótica” (culto a la bandera, música marcial, “pedestales a los héroes del sable”) que terminaban por otorgar un sentido religioso al “culto fetiquista de la bandera” (sic), o sea, convertía al patriotismo en “una religión como cualquier otra”.⁵⁴⁹

Por otro lado, el experimentado militante de origen italiano y nacionalizado argentino Esteban Dagnino y el miembro del Comité Ejecutivo del PS Basilio Vidal, preferían

⁵⁴⁷ Mario Bravo, “Melancólica imagen de la patria”, *La Vanguardia*, 05/06/1909. Esta era la primera opinión vertida luego de que la *Revista Socialista Internacional*, dirigida por Enrique Del Valle Iberlucea, lanzara la encuesta “patria y socialismo”, “entre todos los afiliados al Partido Socialista”, demostrando que la querella se había extendido no sólo entre la dirigencia sino asimismo en las bases, o al menos esa era la intención de algunos referentes partidarios. Desde el punto de vista del director de la revista, seguramente la intención era fomentar la explicitación de las posiciones internacionalistas, en vista de que la novedad era precisamente la reivindicación de un patriotismo en las propias filas socialistas. Al respecto ver: BECERRA (2009: 58-61).

⁵⁴⁸ El historiador francés explica cómo el rojo, componente de la bandera tricolor durante la Revolución Francesa de 1789, así como del gorro frigio de la Libertad, en 1832 será identificado como el color de la bandera de la Revolución popular y, en la Revolución de 1848, con la Democracia Social, pasando a convivir de forma tensionada con la republicana tricolor.

⁵⁴⁹ Carlos N. Caminos, “De la patria al patriotismo”, *La Vanguardia*, 28/05/1909.

redireccionar el debate. Para el primero, resultaba importante diferenciarse del anarquismo “que resuelve los problemas negándolos” y hacerse cargo de la cuestión emergente con el Centenario, ya que si la nación era el núcleo indispensable del internacionalismo socialista, el antipatriotismo podía convertirse en “antisocialismo inconsciente”, en un claro reproche a la “fracción juvenil” del partido⁵⁵⁰; mientras que Vidal se volvía indispensable despejar los prejuicios nacionalistas e internacionalistas a ultranza de los extranjeros llegados al país, para que los mismos adquirieran los derechos políticos, nacionalizándose argentinos, aunque afirmaba rechazar el culto a los símbolos patrióticos.⁵⁵¹

Finalmente, la posición “patriota” dentro del socialismo se personificará, además de en Palacios, en Antonio De Tomaso. Para el joven redactor de *La Vanguardia*, el internacionalismo no significaba antipatriotismo, antes que nada, porque los socialistas otorgaban un verdadero sentido práctico a la idea de Patria. Anticipándose a un tópico que se haría cada vez más importante dentro de las filas del PS, De Tomaso afirmaba que tanto la Patria como la Democracia debían ser firmemente sostenidas por la clase trabajadora, negando que fuesen un “invento burgués”. En este punto, no dejaba de resultar también una provocación el hecho de que tomara a Bernstein -casi un “maldito” luego de la querrela del revisionismo en el seno de la Socialdemocracia alemana, pero respetado teóricamente- para refutar la validez de la consigna antes mencionada del *Manifiesto Comunista*: según destacaba, la misma “ha perdido en nuestros días mucho de su valor y se irá perdiendo cada vez más y más, a medida que por la influencia creciente de la democracia socialista el obrero sea cada vez más ciudadano”. Invirtiendo los términos propuestos por los jóvenes internacionalistas, entendía como un error “confundir nuestra propaganda antimilitarista con el antipatriotismo. Somos antimilitaristas porque amamos nuestro país”. Y la figura del socialismo internacional que resultaba paradigmáticamente socialista, patriota y antimilitarista no era otra que la de Jaurès, finalizando su argumento de la siguiente manera: “*Siendo socialistas somos patriotas*”, y en tanto tales, “buenos nacionalistas” y no “chauvnistas”, incorporando así una carga positiva al patriotismo de los socialistas.⁵⁵² De

⁵⁵⁰ Esteban Dagnino, “Sobre patriotismo”, *La Vanguardia*, 31/05-01/06/1909.

⁵⁵¹ Basilio Vidal, “Todavía sobre la patria”, *La Vanguardia*, 02/06/1909.

⁵⁵² Antonio De Tomaso, “Patria y socialismo”, *La Vanguardia*, 27/05/05/1909 (destacado nuestro). El texto citado de Édouard Bernstein era la traducción francesa del célebre *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, el cual refutaba las previsiones de Marx en torno a la evolución de la economía capitalista, mientras que en relación al mentado patriotismo de Jaurès expresaba: “Por salvar la patria de la reacción clérigo-

Tomaso enlazaba así un socialismo consecuente con el buen nacionalismo, entendido a fin de cuentas como el socialismo democrático, lo que se erigía en toda una novedad para el socialismo argentino de principios de siglo⁵⁵³.

Esta suerte de sincretismo ideológico se vería luego desplegado en clave simbólica al celebrarse en 1910 otro centenario, el del nacimiento de Juan Bautista Alberdi, en un homenaje organizado por el club del mismo nombre que estaba encolumnado detrás del PS. En la ocasión, la inflexión dentro de las filas socialistas se observará no sólo al profundizarse la idea del “buen nacionalismo socialista” de De Tomaso y del mismo Palacios, sino en la conjunción sin contradicciones evidentes del Himno Nacional argentino con la Marsellesa y el himno proletario *Hijos del Pueblo*, versión que ya se encontraba incorporada en el repertorio musical del socialismo desde su composición por Rafael Carratalá Ramos (ver capítulo III)⁵⁵⁴. Hemos visto que ya desde la coyuntura de 1889-1890, así como en buena parte de los actos y rituales de la UCR, el Himno Nacional también actuaba como símbolo de disputa por parte de quienes se concebían a sí mismos como los verdaderos patriotas, frente sobre todo a unos gobiernos del PAN acusados de corromper la República y arruinar a la Nación. En el caso del homenaje socialista a Alberdi, era el sentido “progresista” de su obra –en tanto precursor del socialismo– el que permitía una apropiación no conflictiva de este elemento característico del patriotismo finisecular en el seno de la cultura política de los socialistas. Pese a ser un instrumento beligerante en manos de las “hordas nacionalistas” que saquearon los locales obreros en mayo de 1909 y 1910 o de los centros universitarios y del Comité de la Juventud del Centenario que pedían la ruptura de hostilidades con Bolivia en julio de 1909⁵⁵⁵, después de todo demostraba un espíritu de fraternidad y solidaridad ya

militar que amenazaba envolverla y concluir con la república, el socialismo francés con Jaurès a la cabeza, luchó contra el retrógrado nacionalismo; porque ella era necesaria al proletariado, puesto que una república socialista podrá levantarse más favorablemente sobre la base de una república democrática, siendo las instituciones de ésta más maleables, más transformables.”

⁵⁵³ Según algunas interpretaciones, posiciones como las de Palacios o De Tomaso también abrían la posibilidad a futuras alianzas “reformistas” con otras fuerzas opositoras, pese a su pertenencia a la “política criolla”. Una posibilidad, sin embargo, que terminaría truncada en la segunda década del siglo XX (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2012).

⁵⁵⁴ “Centenario de Alberdi. La conferencia de anoche”, *La Vanguardia*, 29-30/08/1910.

⁵⁵⁵ El mitin “patriótico” de la juventud que pedía el desagravio del escudo nacional, pisoteado en la legación diplomática argentina de La Paz, recorrió en manifestación el trayecto desde la pirámide de Mayo hasta plaza San Martín al son del Himno Nacional y precedido de seis banderas argentinas. Durante los discursos, el periódico socialista destacó la hostilidad desplegada no sólo contra Bolivia sino también contra Brasil, asociando el tono de aquellos con la retórica de Estanislao Zeballos (“Mitin y lunch. Los estudiantes patrioterios”, *La Vanguardia*, 19/07/1909).

presentes en la incorporación de la Marsellesa en el socialismo francés, la del himno patriótico la *Brabançone* por parte de algunos sectores del socialismo belga y en la misma Internacional, que reinterpretaría la letra de aquella como su propia enseña musical (WINOCK, 1999; VAN GINDERACHTER, 2009: 68-69; CALLAHAN, 2010: 150-155).

No sorprende entonces que Justo, escéptico cuando se trataba del patriotismo de las celebraciones oficiales, se entusiasmara visiblemente con la estética del Congreso de la Segunda Internacional en Copenhague en mismo año de 1910. En su informe al IX° Congreso del PS, el delegado argentino ocupa buena parte de su escrito a describir la decoración y el despliegue simbólico: himnos revolucionarios, desfiles de militantes uniformados, proliferación de moños, cintas, flores y estandartes rojos y los colores de los más de veinte países representados en las reuniones, en una puesta en escena en donde “la bandera roja acogía allí a las banderas nacionales que, como símbolos de los diferentes países, pueden subsistir sin peligro”.⁵⁵⁶ Para los socialistas que aceptaban la idea de Patria era entonces la capacidad inclusiva de su “causa”, esa “obra de paz y solidaridad humana” -como expresara Justo ante la dirigencia del PS-, la que permitía el inter-nacionalismo del Congreso de Copenhague, como forma de sintetizar y así conjurar las implicancias negativas de la “cuestión nacional” en un momento en que comenzarán a evidenciarse algunas grietas en las reuniones que luego se profundizarían con el correr de los acontecimientos europeos.⁵⁵⁷ De esta manera, si Justo demostraba que para el socialismo argentino en tiempos del Centenario los símbolos sí importaban, las medidas tomadas por la clase dirigente desde el Congreso de la Nación y la confirmación de las mismas por las autoridades policiales de la Capital prolongarían y ampliarían la querella en torno esta vez a la bandera roja.

En efecto, la ley de Defensa Social sancionada a fines de junio de 1910, cuando aún imperaba el estado de sitio decretado para los festejos del Centenario, entre sus disposiciones “prohibía la existencia de toda asociación que tuviera como objeto la propagación de las doctrinas anarquistas” (ZIMMERMANN, 1995: 161).⁵⁵⁸ Por su parte, el PS se encargó de

⁵⁵⁶ Juan B. Justo, “El Partido Socialista de la Argentina en el Congreso Internacional de Copenhague. Informe del delegado Dr. Juan B. Justo, presentado al Comité Ejecutivo”, *La Vanguardia*, 10/11/1910.

⁵⁵⁷ La noción de *inter-nacionalismo* expresada en la estética y simbología política de los congresos de la Internacional, en particular desde Stuttgart en 1907 y Copenhague en 1910, corresponde a CALLAHAN (2010: 125).

⁵⁵⁸ Las otras dos secciones en que estaba dividida la ley decretaban “la prohibición de entrar y la expulsión de ciertas categorías de extranjeros, entre los que se contaban los anarquistas”, y la penalización de “la apología del delito y el uso de explosivos” (ZIMMERMANN, 1995: 161).

hacer una presentación de inconstitucionalidad de la ley ante el juez federal Rodríguez Larreta y firmada por su apoderado, Mario Bravo, solicitando además “cuáles eran los emblemas y banderas considerados como subversivos”. La respuesta del jefe de la policía de la Capital, Luis Dellepiane, fue transcripta por *La Vanguardia* y detallaba:

“no sólo las banderas totalmente rojas o de este color con fajas negras o sin letreros o signos anarquistas, y los estandartes con las inscripciones: ‘Viva la revolución social’, ‘Viva la anarquía’ (...) sino también a los efectos del artículo 10 de la ley de Defensa Social, toda otra bandera, emblema o distintivo que las asociaciones prohibidas por dicha ley pudieran adoptar en lo sucesivo...”

Debido a su evidente generalidad, la disposición policial ponía en interdicto así no sólo al anarquismo como movimiento y doctrina, sino también a símbolos que eran un patrimonio común de la cultura política internacionalista de las izquierdas en general, lo que incluía explícitamente a la bandera roja que, como protestaran los socialistas, “no es propiedad exclusiva de los anarquistas”.⁵⁵⁹ Esta vez no eran los militantes socialistas los que ponían en entredicho los símbolos patrios, sino la avanzada nacionalista del Centenario la que parecía colocar a los emblemas que representaban su causa en el lugar de un “otro” que no gozaba de ninguna legitimidad. Se concretaba así una amenaza que, como se analizó previamente, venía incubándose desde las prohibiciones para utilizar la bandera roja en las manifestaciones públicas por parte de la policía de la Capital Federal luego de los sucesos del 1º de Mayo de 1904 y los sucesivos estados de sitio que siguieron a la revolución radical de 1905. Pero esta vez las connotaciones legales, simbólicas e ideológicas de tales medidas se veían sobredimensionadas por el contexto y por la importancia asignada a los símbolos en tiempos del Centenario.

Ante ello, la postura del PS se veía expuesta a una doble tensión que caracterizó a toda la coyuntura aquí analizada: la del nacionalismo que ganaba al orden existente y su apelación unanimista al “pueblo-esencia”, por un lado, y la antisistema del radicalismo de izquierdas en la que eventualmente abrevaba, por otro lado. El problema no era entonces una novedad, pero el marco de las disputas exacerbó las posturas extremas, ubicando al socialismo en un lugar aún más incómodo, ya que debía denunciar al anarquismo perseguido

⁵⁵⁹ “La bandera roja y la defensa social”, *La Vanguardia*, 11/11/1910.

para poder ser reconocido como un actor legítimo. Como se expresaba desde *La Vanguardia*, si después de prohibir las reuniones y la propaganda anarquista y deportar a muchos de sus dirigentes, “la rojofobia policial no puede tender sino a herir al Partido Socialista, cuya enseña es también la bandera roja”. Lo que los socialistas entendían era una “cuestión de estética, de sentimiento”, por la identificación y el amor hacia su emblema, las propias autoridades políticas y policiales lograrían transformarlo en “símbolo de la revolución”, agravando el mal que pretendían cortar de raíz. Apelando a la ironía, el periódico dirigido ahora por Enrique Dickmann terminará por preguntarse si no resultaría práctico consultar al jefe de policía sobre la posibilidad de “adoptar la bandera azul y blanca con una lista roja”.⁵⁶⁰

Extendidas las disposiciones de la ley al menos hasta 1912, la querella por los símbolos derivó nuevamente en una impugnación de la bandera nacional por parte de los socialistas al celebrarse a inicios de ese año el centenario de su creación. Los sentidos acumulados por el emblema patrio tenían en esta ocasión la carga negativa de los sucesos de 1909 y 1910. Presentadas en forma dicotómica por buena parte de los propios socialistas y por las autoridades y los grupos nacionalistas, la bandera roja y la celeste y blanca, la reivindicación de la propia identidad por los miembros del PS en el nuevo contexto denotaba asimismo los matices que fueron colándose en medio de la querella: si la bandera había sido creada para “marcar una separación visible, diremos así, entre realistas y patriotas” en 1812, luego su valor se vio devaluado por su intervención en las “luchas fratricidas” y así “dejó de ser un símbolo de libertad”, mientras que en la segunda mitad del siglo XIX se ensució en la Guerra de la Triple Alianza y en los sucesivos “motines de cuartel” de la política criolla. Ya en el siglo XX: “Pisoteada, escarnecida, maculada, la bandera argentina en su primer centenario no es el símbolo de una nacionalidad vigorosa”, pero la opinión concluía con un deseo elocuente en vista de los resultados de la disputa por los símbolos: “Hay que esperar, sin embargo, que lo sea, y en ese sentido trabajamos siempre”.⁵⁶¹

El argumento en torno al giro que se operará en la identidad socialista desde 1909 puede calibrarse si tomamos en cuenta la organización del 1° de Mayo de 1912, ya que el mismo actuó nuevamente como bisagra de este desplazamiento en las convicciones de quienes conformaban el PS. Al mantenerse la prohibición de la bandera roja, luego de una

⁵⁶⁰ “La bandera roja y la resolución policial”, *La Vanguardia*, 19/11/1910.

⁵⁶¹ “El centenario de la bandera”, *La Vanguardia*, 18/02/1912.

nueva solicitud de permiso de parte de la dirigencia partidaria, buena parte de la prensa porteña se dedicó a analizar la cuestión. El diario *Tribuna*, por ejemplo, expresó que, tomada como “símbolo de combate por las autoridades constituidas”, la bandera roja podía equipararse a los emblemas de los partidos republicanos europeos que se diferenciaban de los monárquicos, explicando que hasta el “dogma católico ha creado una bandera para el Papa”: “La bandera roja es el símbolo de un partido: del socialismo internacional, y su exhibición no puede ser causa de alteraciones del orden”. Por su parte, el juicio negativo sobre la misma vertido por el *Sarmiento*, en cuya redacción se encontraba José M. Ramos Mejía, fue recepcionado por *La Vanguardia* como expresión de “la obsesión de la bandera argentina” y por responder al “más cerrado y absurdo espíritu chauvinista”.⁵⁶² Demostrando que en torno al Centenario los símbolos y la interpretación de los mismos importaban no sólo para los socialistas, el *Diario Español* criticó la actitud de la policía de prohibir la bandera roja para el desfile del 1° de Mayo asegurando que:

“*Los socialistas no son ácratas, y como todo partido organizado tiene derecho de usar un distintivo, tan digno como la boina radical o como la bandera celeste de San José en el centro, que usan los obreros católicos (...) No está, pues, en el color de un trapo, más o menos simbólico, la rebeldía y el peligro, sino en el significado que quiera dársele*”⁵⁶³.

Ante la imposibilidad de preceder sus columnas con la clásica bandera, los socialistas marcharon el 1° de Mayo de 1912, por expreso pedido del Consejo Nacional, con escarapelas, botones y flores rojas. A falta del emblema, buena era la presencia de su color. Pero la referencia a la misma no estuvo ausente. Enrique Dickmann, uno de los oradores designados para la ocasión, expresó desde la tribuna que, pese a intentar “estorbar nuestro progreso prohibiendo que flamee la bandera roja”, la clase gobernante no podía entender que “llevemos en nuestros pechos girones de esa bandera, símbolo de paz y de concordia” y emblema de un “movimiento histórico trascendental”.⁵⁶⁴ Haciendo de la necesidad una virtud, el desfile de unas 40 o 50.000 personas calculado por *La Vanguardia*, marchó también

⁵⁶² La transcripción de las opiniones de *Tribuna* y la crítica socialista a *Sarmiento*, en: “La bandera roja. Juicios de la prensa”, *La Vanguardia*, 26/04/1912.

⁵⁶³ Transcripto en: “La bandera roja”, *La Vanguardia*, 27/04/1912.

⁵⁶⁴ “El día del trabajo. El grandioso mitin de la Capital”, *La Vanguardia*, 02-03/05/1912.

entonando el himno *Hijos del Pueblo*, cuyo estribillo rezaba: “Rojo pendón, no más sufrir, / la explotación ha de sucumbir. / Levántate, pueblo leal, al grito de revolución social”.

IV. La otra alma del PS: el “buen nacionalismo” socialista

Pese a la acritud reinante en lo que hemos denominado la querella de los símbolos, cuyos puntos altos pueden ubicarse en la sucesión de opiniones posteriores a la intervención de Palacios en 1909 y luego en la prohibición de la bandera roja por la ley de Defensa Social, será en esta misma coyuntura del Centenario que emergerá de forma progresiva un nacionalismo socialista. Por supuesto, una condición necesaria de esta aparición en el imaginario de los miembros del PS residía en el hecho de que ese momento revelaba con todas sus complejidades una profunda crisis avizorada en general por las elites político-culturales (PORTANTIERO, 1982). Para los socialistas la avanzada de una “restauración nacionalista” por parte de aquellas (tomando el título del célebre libro de Ricardo Rojas publicado en 1909 y que será considerada una contra-consigna en esos años) que problematizaba el papel de los inmigrantes en una sociedad en plena modernización, junto a la consecuente “cuestión social” y sus expresiones políticas en las distintas tendencias del movimiento obrero, se volvió también una oportunidad para plantear la necesidad de construir una “nueva patria”.

Producto de un reflejo defensivo, este fenómeno puede pensarse como una combinación de ciertos aportes de tipo doctrinarios, en tanto implicaban una formulación relativamente sistemática de ideas que se filiaran en las coordenadas generales de la Segunda Internacional, con un más patente uso de lo que se entendía como el pasado nacional argentino, en función del debate en torno a la celebración de mayo de 1910 y de un contexto más general que obligó al conjunto de los actores sociales y políticos del momento a tomar posición. Hará así su aparición aquello que Alejandro Cattaruzza ha denominado -con palabras similares- las “dos almas” del PS: una que se fundaba en la certeza de constituir un partido de la clase trabajadora, y otra que participaba de la “convicción de que una nación plenamente moderna era el horizonte deseable y, desde ya, compatible con sus principios” (CATTARUZZA, 2007: 39). Esta expresión implicó entonces, como en muchos otros casos, la apelación a una “tradición selectiva” –tal como lo postulara Raymond Williams–, en tanto se incorporaban ciertas figuras y experiencias históricas (Mayo de 1810 como origen de la

Nación argentina, ciertos próceres ya consagrados en el panteón patrio, el mito liberal del progreso argentino y el crisol de razas) que resultaban poderosamente operativas en un proceso de evidente -aunque no poco conflictiva- redefinición de su cultura política. De esta manera, la dimensión de la alteridad con el orden de cosas existente, y en particular con el nacionalismo del Centenario, se verá reconfigurada, sobre todo al redefinirse la propia tradición de los socialistas que hasta allí se habían mostrado renuentes a una valoración positiva del pasado nacional argentino.

Extendiéndose luego a la mayor parte de la dirigencia y militancia partidarias, hacia 1909 y 1910 un sector cada vez más importante del socialismo argentino comenzó a contraponer al nacionalismo beligerante y antiextranjero de los “patrioteros”, el “nacionalismo sano” de aquellos que, según se concebían a sí mismos, propugnaban por hacer de la Argentina una nación justa y civilizada. Como se ha visto en el capítulo I, existía ya una formulación intelectual al respecto, aunque había estado lejos en los primeros años del siglo de incorporarse al núcleo de creencias compartidas por la mayor parte de la militancia socialista, a saber, el rescate de un “buen nacionalismo” que Justo esbozara en *El Socialismo*, de 1902. Pero para ubicar el impacto de la extensión de estos tópicos en el nuevo clima vale recordar que ya luego de la “semana roja” de 1909 y para el 1° de Mayo de 1910, sendos manifiestos publicados por el Consejo Ejecutivo del PS hicieron referencia a que la gesta socialista continuaba la obra iniciada en la Revolución de 1810, estableciendo un primer y tímido, pero a fin de cuentas explícito, puente con el pasado argentino. Por su parte, las intervenciones en la propia conferencia celebrada por el 25 de mayo de 1909 en Unione e Benevolenza se habían encargado de realizar una reflexión más profunda sobre el significado del que era considerado el origen de la Nación, brindando sobre todo Palacios una idea bastante acabada de lo que un socialista debía entender por la Patria.

Por otro lado, tal como se afirmó más arriba, el texto que Juan B. Justo había dedicado al Centenario por pedido del diario *La Nación* y que finalmente no aparecería de inmediato por el estado de sitio y la ley de Defensa Social, titulado *El socialismo argentino*, esbozó una concepción de ese pasado nacional en la clave explicativa de la lucha de clases, aunque con pasajes argumentativos fuertemente anclados en una retórica no reñida con el principio de la

nacionalización de las masas.⁵⁶⁵ El mismo título de la obra destacaba el carácter nacional de la expresión política en la que actuaba como su más reconocido dirigente local. Sobre todo, los primeros párrafos dejaban en claro una convicción que los socialistas no dejarían de exaltar en esos tiempos de celebración del presente y el futuro promisorio de la Nación: el socialismo era un “rasgo saliente del progreso argentino durante el primer siglo de independencia” (JUSTO, 1910: 81). Si bien el PS venía de alguna forma acelerar y encauzar en un sentido progresivo el desarrollo histórico nacional, la exégesis de Justo reconocía unos pocos referentes que podían ser reivindicados por los socialistas: por un lado, Esteban Echeverría y su *Dogma Socialista*, destacando su proyecto de “reforma intelectual y moral” con un objetivo democrático de orden y progreso social; por otro, un Juan Bautista Alberdi que adquiere, a ojos del evolucionismo del dirigente partidario un perfil más moderno que aquel al proponer en el centro de su prédica el progreso material del país. He aquí dos figuras que ya desde las décadas anteriores venían siendo erigidas en los ideólogos de la gran transformación que, con importantes tensiones, venía haciendo de la Argentina una nación moderna. No obstante ello, y al evaluar en concreto la evolución de las agrupaciones socialistas desde la década de 1880, Justo se esmera por afirmar que este movimiento tenía en sus precursores un carácter “extranjero” pero no “exótico”, ya que se trataba de “un movimiento que tenía su razón de ser en los caracteres fundamentales de la sociedad argentina”.

Como se ha explicitado en el primer apartado del capítulo, el estigma de la planta exótica aparecía en tiempos del Centenario como un primer prejuicio que debía ser

⁵⁶⁵ Primero Juan Carlos PORTANTIERO (1982), pero fundamentalmente José Aricó fue quien más ha insistido en la centralidad de esta idea para la obra de Justo. En sus palabras, “el socialismo dejaba de ser para Justo una doctrina extraña al país –aunque como tal hubiera sido elaborado en otras realidades– para transformarse en la expresión ideológica, organizativa y política de una voluntad de regeneración convertida, a la vez, en el elemento esencial de la nación proyectada”. La crítica inmediatamente posterior del autor de *La hipótesis de Justo* reside en que, adjudicándole a éste un pre-juicio fundado en la necesaria transparencia de la relación entre el desarrollo de las formaciones sociales y sus expresiones político-organizativas, no habría reparado en el carácter problemático entre “realización nacional e hipótesis socialista” (ARICÓ, 1999: 84-85). En lo que aquí respecta, y si bien efectivamente el socialismo argentino no generó en términos teóricos una masa crítica que abordara ese nudo problemático, primero algunos dirigentes y luego buena parte de quienes se identificaban con el PS lograron generar ante la interpelación nacionalista del Centenario respuestas concretas a la “cuestión de la Nación”, las cuales se expresaron tanto en su lectura del pasado nacional, en su posicionamiento ante los problemas planteados por la incorporación de los inmigrantes a la sociedad argentina e incluso en sus sucesivas plataformas políticas. En su conjunto, todos estos aspectos también calarían en las convicciones, las consignas y, en suma, las formas en que se identificaban y expresaban ante la sociedad aquellos que se consideraban socialistas.

desbrozado en el debate público para que pudiera ser reconocido el socialismo como un actor político legítimo. Será sobre todo la propaganda en pro de la naturalización de los inmigrantes extranjeros y, en especial, la nacionalización de la propia agrupación desde 1894 (Justo menciona la necesidad de ser ciudadano argentino para formar parte del Comité Ejecutivo del PS desde 1895 y el uso exclusivo del castellano en las páginas de *La Vanguardia*) lo que le permiten concluir que: “*La organización obrera, al desarrollarse, se ha argentinizado, y ejerce cada día más sobre el inmigrante esa función de asimilación*” (JUSTO, 1910: 117). En la tónica de las intervenciones de Justo en esos años ésta no era una afirmación menor, porque si bien se había mostrado tempranamente como uno de los promotores de la nacionalización de los inmigrantes, el reconocimiento de la “argentinización” del PS y su enraizamiento en las luchas históricas del país constituía un primer paso para diferenciar la acción socialista del patriotismo militante que postulaba al socialismo como un “otro”. En suma, este tipo de formulaciones en torno a la institucionalización política de un movimiento que se pensaba internacional pueden ser comprendidas como parte de la construcción de las distintas “culturas socialistas locales” que buscaban arraigar en sus respectivos territorios pero sin dejar de lado aquella pertenencia que le otorgaba su singularidad como organización (GELI, 2005: 123).

El previamente citado artículo de Antonio De Tomaso titulado “Patria y socialismo” en donde postulara por primera vez la idea de un “buen nacionalismo” socialista frente al chauvinismo oficial, se había encargado de aclarar que el debate intrasocialista en torno a la cuestión de la nación debía darse entre “hombres de una misma fe” y evitar así las falsas dicotomías. El objetivo de lograr una “nación dueña de sí misma”, como una meta a la vez socialista y patriótica, se proponía sintetizar lo que comenzaba a experimentarse como las “emociones oscilantes” de un patriotismo de oposición que debía distinguir el sentimiento de lealtad a la comunidad política en que se actuaba, de la hostilidad a ciertas políticas y manifestaciones ideológicas de los mismos Estados-Nación en que los socialistas se estaban integrando como fuerzas electorales (BERGER, 1999: 31-32).

Cabe aclarar en este punto que el primer planteo en este sentido provenía de una personalidad relativamente singular dentro de las filas del PS, Manuel Ugarte, que protagonizaría una ruidosa salida del mismo en 1913, precisamente a raíz de una cuestión

políticamente menor pero relacionada con la cuestión de la Nación.⁵⁶⁶ Exactamente un año antes que De Tomaso, Ugarte -que había oficiado como delegado del PS a varios congresos de la Internacional- ya había cuestionado la “pretendida incompatibilidad entre el socialismo y la patria” (UGARTE, 1908: 245) en lo que entendía eran las vagas resoluciones del congreso de Stuttgart en 1907. Como se sabe, en la Internacional el debate arrastraba los problemas de la actitud que debían tomar los distintos partidos socialistas frente al tema de la defensa nacional y el militarismo.⁵⁶⁷ Reconociendo que el objetivo mayor seguía siendo la abolición de las fronteras y la completa reconciliación de los hombres, Ugarte expresó en un lenguaje cercano al espiritualismo -cuando no al esencialismo cultural- que, como todos los hombres, los socialistas “nos sentimos sujetos a los impulsos de nuestro ser” relacionados con los “impulsos irreflexivos de nuestra naturaleza”.⁵⁶⁸ Anticipando los argumentos de De Tomaso, el literato socialista creía necesario distinguir un concepto “anacrónico” de Patria, relacionado con un “patriotismo orgulloso que consiste en considerarnos superiores a los otros grupos, en admirar los propios vicios y en desdeñar lo que viene del extranjero”, de un concepto socialista de aquella, un “patriotismo superior”:

“más conforme con los ideales modernos y con la conciencia contemporánea. Y ese patriotismo es el que nos hace defender contra las intervenciones extranjeras, la autonomía de la ciudad, de la provincia, del estado, la libre disposición de nosotros mismos...” (UGARTE, 1908: 246-247).

⁵⁶⁶ Algunos trabajos que han desandado de forma más o menos detallada el *affaire* Ugarte de 1913 y el debate patriotismo/internacionalismo en el seno del socialismo argentino (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008; MERBILHAÁ, 2013), no repararon con el mismo detalle en el giro operado en su cultura política durante la coyuntura que rodea al Centenario, que aquí entendemos crucial para dar cuenta de las inflexiones identitarias del PS.

⁵⁶⁷ Sin embargo, algunos autores han comenzado a plantear que fue precisamente entre los congresos de la Internacional en Amsterdam (1904) y Stuttgart que se hizo cada vez más presente la reivindicación de un “nacionalismo socialista” a partir del imperativo de desmarcar los propios sentimientos de un benigno patriotismo pacifista del agresivo “nacionalismo burgués”, pero también de la campaña antipatriótica de Gustave Hervé desde su periódico *La Guerre Sociale*, que se encontraba en su punto más alto por esos años (CALLAHAN, 2000: 52-53). En el marco de la Internacional, ello llevará sobre todo a aumentar las tensiones entre los socialistas franceses y los socialdemócratas alemanes, cada vez más enrolados en las posiciones de un “nacionalismo defensivo” en vista de su propaganda en las reñidas campañas electorales del Imperio y de las sostenidas convicciones de líderes como Bebel (KRUMEICH, 2014).

⁵⁶⁸ Ugarte entendía que en “nuestra América” las fronteras separaban mucho menos a sus habitantes que las culturas de los pueblos europeos, ya que se compartía “un mismo origen y una misma historia” (UGARTE, 1908: 245).

Esta última noción implicaba en Ugarte que el principio de la autonomía de los pueblos establecía una analogía entre el orden internacional, con la explotación de los países pequeños por parte de los grandes, con la lucha de clases y la sumisión del obrero al capitalista. Con pequeñas diferencias frente al nacionalismo que sería reivindicado por los socialistas desde 1909, aquel terminará concluyendo en las páginas de *La Vanguardia* que “todos los socialistas tienen que estar de acuerdo en la premisa con que había iniciado su crítica al congreso de la Internacional: “el socialismo y la patria no son enemigos” (UGARTE, 1908: 247). Lo que en 1908 parecía un aporte aislado y referido a los debates de la Internacional, en torno al Centenario adquirirá una inusitada centralidad, aunque Ugarte no intervendrá en la nueva coyuntura.

Para De Tomaso, la concepción “sana del patriotismo” socialista tenía su núcleo en la lucha contra todos los tipos de injusticias, completando así la promesa realizada en tiempos de la independencia, de forma que -sostenía- “nuestra labor tiende a organizar definitivamente la nacionalidad argentina”. Su planteo no sólo negaba la incompatibilidad entre socialismo y patriotismo, sino que enrolaba ambos términos en una misma causa. Es más, el primero “involucra o absorbe al segundo”, terminaba sentenciando con voluntad sincrética.⁵⁶⁹ Algunos meses después, al iniciarse la primera campaña electoral de 1910, el discípulo de Justo contraponía en una conferencia ante un público obrero el “nacionalismo inteligente” de un socialismo que propugnaba por una reforma intelectual y moral y por la “elevación humana” de las masas trabajadoras, a un “nacionalismo patriotero”, quintaesencialmente condensado en el chauvinismo que agitaba la posibilidad de una guerra con Brasil.⁵⁷⁰ En el clima del Centenario, esta postura de lo que hasta allí era un núcleo reducido de militantes socialistas comenzaba a destacar los valores positivos del nacionalismo para una fuerza que se proponía crecer y consumir todo lo “progresivo” que podía rescatarse de los seculares procesos políticos nacionales, invirtiendo los argumentos de quienes les negaban toda legitimidad como “antiargentinos”: el país había logrado hacia un siglo su libertad exterior, pero todavía restaba conquistar la libertad política al interior de la nación.

⁵⁶⁹ Antonio De Tomaso, “Sobre patriotismo”, *La Vanguardia*, 30/05/1909.

⁵⁷⁰ Transcripción en: “El mitin del jueves. Discursos de Cúneo y De Tomaso”, *La Vanguardia*, 29/01/1910.

Si bien tensionando las convicciones y sentimientos arraigados en el joven socialismo argentino, estas ideas no eran novedosas en el socialismo internacional de la primera década del siglo XX y contaba incluso con referentes que estaban llevando a cabo por entonces importantes reflexiones al respecto. No sólo por pasajeras citas de autoridad es que De Tomaso o Palacios se referían a un Jaurès o un Bernstein, socialistas que también estaban llevando adelante combates en un doble frente, el intrasocialista y frente al nacionalismo beligerante.⁵⁷¹

A principios de 1910 aparecía en *La Vanguardia*, todavía dirigida por Justo, la entrevista que Nicolás Repetto realizara a Jaurès en el café de la Paix de París, un año antes de su visita a la Argentina. Las opiniones del socialista francés no podían resultar más pertinentes para la fracción “patriota” del PS local: luego de criticar a Ferri y su opinión sobre el socialismo en Argentina, Jaurès se focalizará en el tema de la propaganda antipatriótica y antimilitarista llegando a afirmar que el mismo “herveísmo” era un “movimiento tan patriotero como el nacionalismo francés”, porque había sido creado exclusivamente para las disputas político-ideológicas dentro de Francia. Más importante aún, en su opinión “*la patria representa un hecho real y de más alto interés, circunstancia que no excluye la amplísima idea del internacionalismo y que no se oponen, en manera alguna, a la lucha que la clase trabajadora realiza para obtener su emancipación integral*”.⁵⁷² Vemos una vez más esta suerte de tercera posición, entre el “nacionalismo cerrado” (o de derecha) de los nacionalistas -para adoptar la frase de WINOCK, 2014: 12- y el antipatriotismo radical de la cultura política de la izquierdas internacionalistas.

Estos fundamentos para la reconfiguración de la identidad socialista merecen ser explicados. En ese mismo momento Jaurès se disponía a publicar en Francia *L'Armée Nouvelle*, su obra más sistemática sobre la cuestión de la Nación, el Internacionalismo y el antimilitarismo, centrado en el sistema de defensa que debía adoptar el país: un ejército ciudadano que rompiera con las jerarquías de la “casta militar”, uno de los actores claves del

⁵⁷¹ Resulta algo sorprendente, en cambio, que no existiera en el contexto del Centenario argentino ningún tipo de alusión -menos aún una recepción- de la importante obra de Otto Bauer *La cuestión de las nacionalidades y la Social Democracia*. Probablemente, la escasa centralidad de la reflexión teórica del marxista austríaco en el seno de la Internacional hiciera poco conocida su obra para los socialistas argentinos, amén de que sus formulaciones se centraban sobre todo en los desafíos de la socialdemocracia del Imperio Austrohúngaro para lidiar con el problema de las nacionalidades en un Estado plurinacional. Al respecto, ver HAUPT (1982), AVINERI (1991) y LÓPEZ (2011).

⁵⁷² Nicolás Repetto, “Una entrevista con Jaures”, *La Vanguardia*, 02/02/1910.

nacionalismo beligerante. Esta mentada tercera posición, que reivindicaba un “nacionalismo sano”, no dejará de ser recepcionada localmente con ciertas notas aclaratorias por parte de aquellos que se identificaban más bien con las posiciones internacionalistas, como será el caso de la revista *Humanidad Nueva* –dirigida por Enrique Del Valle Iberlucea– en el año de su visita a la Argentina.⁵⁷³ En un largo capítulo dedicado a demostrar el sentido progresista que podía tener la idea de Patria para los socialistas –postulando la consecuente no-oposición con el internacionalismo del movimiento obrero– Jaurès afirmará que incluso entre miembros de distintas clases, castas o estamentos, “existe un fondo indivisible de impresiones, de imágenes, de recuerdos, de emociones”, al compartir un mismo espacios y estar regidos por las mismas instituciones. Sin embargo, todas las clases privilegiadas y gobernantes de la historia habían confundido hasta allí sus propios intereses de grupo con los intereses generales de la Patria, y existía asimismo una Patria que “absorbiendo o más aun exaltando los egoísmos individuales en un gran egoísmo colectivo cubre con demasiada frecuencia las lujurias más brutales con una apariencia de generosidad” (JAURÈS, [1911] 2014: 306 y 310). Pero para el diputado francés, el pensamiento socialista, su acción revolucionaria e internacional, no podía asentar la “nueva sociedad” sino a partir de los elementos presentes en la sociedad presente, de forma que la primera contendrá necesariamente “la marca de todas las realidades nacionales”. La síntesis socialista debía entonces efectuar una operación selectiva de las distintas tradiciones:

“Desde ahora, constituye una alegría para todos los militantes del socialismo internacional, es un orgullo y una fuerza a *rescatar, en vista del nuevo orden, lo que las patrias tienen de más noble en su tradición, en su historia, en su genio (...)* Desde ahora, porque ellos [los proletarios] pueden *luchar en la patria para transformarla*

⁵⁷³ Así, Fernando De Andreis se preguntaba al hacer un comentario elogioso de *L'Armée Nouvelle*: “¿Cómo contrarrestar el concepto heroico de Hervé que proclama el odio implacable contra el ejército y vivificar ese nacionalismo amplio que Jaurès pregonaba como única solución para mantener a Francia en el rol que está llamada a desempeñar en sus relaciones internacionales con los demás países?” Y, a continuación, la necesaria aclaración: “Esto, pues, no significa un patriotismo de Jaurès; su nacionalismo no es patriótico en el sentido que alguien da a esta palabra. Es el hombre de ciencia que desenvuelve su acción en la política internacional (...) Jaurès, pues, afirma siempre su credo internacionalista...” (Fernando De Andreis, “La organización socialista francesa y el Ejército Nuevo. Ideas y proyectos de Jaurès”, *Humanidad Nueva*, año III, t. IV, n° 4, 1° de Mayo de 1911, p. 334).

En el mismo número de la revista, dedicado en parte al 1° de Mayo, se publicaban un estudio de Jaurès sobre Tolstoi, un trabajo sobre “La Iglesia y la Patria”, una crónica de su recepción en Montevideo en 1911, las conferencias dictadas por aquel en el país y, finalmente, María Curuchet de Del Valle traducía un fragmento de *L'Armée Nouvelle* bajo el título de “El ejército, la patria y el proletariado”. Sobre la visita de Jaurès a la Argentina, sus opiniones sobre el país y los acontecimientos que la rodearon, ver HERRERA (2009).

según una idea más elevada, ellos no están fuera de la misma...” (JAURÈS, [1911] 2014: 315-316, destacado propio).⁵⁷⁴

La alusión a Bernstein que realizara De Tomaso en sus notas sobre lo que consideraba una falsa dicotomía entre socialismo y patriotismo apuntaba en el mismo sentido, y también demuestra la voluntad de encontrar un fundamento doctrinario dentro de los postulados de la Internacional para el “buen nacionalismo” al que debía aspirar el PS, con un claro espíritu no ortodoxo. En este caso resulta evidente la apropiación del argumento del teórico alemán -que luego también publicaría *La Vanguardia* en un artículo titulado “La defensa nacional y el patriotismo”-, en especial al poner en cuestión la consigna del *Manifiesto Comunista* sobre la no pertenencia del proletariado a ninguna patria. Para Bernstein, la misma acción de la democracia socialista “el obrero vendrá a ser cada vez más ciudadano”, convirtiéndose en poseedor común de los bienes de la Nación, pero aclarando que pertenecer a la misma no implicaba dejar de ser “un ciudadano del universo”. De todas formas, el rechazo del sentimiento chauvinista no podía ser óbice para que el Partido Socialista aspirara a transformar la realidad, esto es, convertirse en una opción de poder, por lo que aquel estaba llamado a “ser nacional”, sumando al interés de clase el interés nacional, ejemplificado en la defensa nacional⁵⁷⁵, tal como en el caso de Jaurès. Como bien se ha destacado, esta posición editorial de *La Vanguardia* parecía minoritaria frente a cierta opinión general de las filas socialistas y probablemente se relacionaba con la temporaria dirección que ejerciera Palacios luego de los sucesos del Centenario (MARTÍNEZ MAZZOLA, 2008: 180). Veremos que, sin embargo, el nacionalismo socialista se extenderá de forma notable en la retórica partidaria, hasta ser aceptado poco después por impensados referentes, más bien vinculados a posturas clasistas e internacionalistas.

⁵⁷⁴ Desde ya, tanto el capítulo dedicado al patriotismo/internacionalismo como la obra en general se encargaban de dar cuenta de las implicancias que estos matices tenían para que la clase obrera pudiera llevara delante sus dos tareas, en tanto conjunto de trabajadores y de ciudadanos: la lucha contra la guerra y la independencia de las naciones, antes de que la propia evolución de la lucha de clases diera como resultado último la abolición de las fronteras nacionales y la armonía social, aunque evitando siempre la “violencia revolucionaria”, que no podía tener para Jaurès sino efectos contraproducentes.

⁵⁷⁵ Eduard Bernstein, “La defensa nacional y el patriotismo”, *La Vanguardia*, 14/09/1910. En un artículo previo publicado en el prestigioso *Social Democrat* y dedicado particularmente al militarismo y al imperialismo, Bernstein se había encargado de plantear cuál debía ser el posicionamiento de los socialistas ante el problema: “En todos los países donde la clase obrera se ha convertido en un actor influyente desarrolla un nuevo patriotismo propio. Este patriotismo no puede ser que el que busca el predominio de ciertas nacionalidades sobre otras, sólo puede ser el del derecho democrático de igualdad de las nacionalidades” (BERNSTEIN, 1907).

Así, al mismo tiempo que continuaba cierto escepticismo antipatriótico en el año del Centenario, como cuando Justo denunciaba bajo el rótulo irónico de “restauración nacionalista” la impostura de celebrar la Nación y permitir la injerencia de los gerentes de las empresas británicas en la inscripción de sus empleados en el Registro Electoral⁵⁷⁶, el mencionado centenario del nacimiento de Alberdi oficiará como excusa para la singular apropiación socialista de un prócer nacional. Con ello comenzaba a disputarse un panteón en donde, a ojos del PS, predominaban los “héroes del sable” antes que los políticos o pensadores civiles, en un momento donde la estatuomanía oficial alcanzó picos notables (DEVOTO, 2005: 176) y en el que abrevaban ciertas propuestas pedagógicas que pretendían remontarse “hacia la leyenda olvidada” del pasado antes que celebrar el “soplo de renovación que viene a estas playas”, según se criticaba a la obra de Ricardo Rojas.⁵⁷⁷

En la conferencia de 1910, Justo comenzó fiel a su estilo afirmando que los socialistas “[s]omos discípulos de Alberdi, pero en el buen sentido de la palabra”, esto es, “por su actitud moderna y progresiva (...) No sufrimos por él ninguna sugestión retrógrada”, como lo hacían los representantes de la denostada “política criolla”. La reivindicación de Palacios, por su parte, revela mucho más su enrolamiento en lo que hemos denominado la fracción patriota del PS. Al referirse a la plataforma electoral del partido y al pedido de derogación del Servicio Militar Obligatorio, el ex diputado socialista estableció primeramente la necesidad de poner límites al antipatriotismo: la “milicia ciudadana” era para él –siguiendo los planteos de Jaurès y del PS argentino desde la década de 1890– la mejor forma de “defender la patria con convicción”. En este sentido, el ejemplo de Alberdi servía para combatir el “nacionalismo impulsivo”, apelando al “buen nacionalismo socialista”, fundado no en los triunfos militares

⁵⁷⁶ Juan B. Justo, “¿Restauración nacionalista?”, *La Vanguardia*, 05/02/1910.

⁵⁷⁷ “Restauración nacionalista”, *La Vanguardia*, 12/03/1910. En realidad, la propuesta que constaba en el libro-informe de Rojas al ministro de Justicia e Instrucción Pública planteaba que la sociedad argentina atravesaba una “crisis moral” como consecuencia de una inarmónica conjunción de los elementos nativos con los provenientes de la inmigración transatlántica. Los métodos a los que apuntaba para la “restauración” eran lo que denominaba la “pedagogía de las estatuas”, pero sobre todo los “estudios históricos desde el punto de vista de una educación nacional”. Pero en el último capítulo aclaraba: “No preconiza el autor de este libro una restauración de las costumbres que el progreso suprime por necesidades políticas y económicas, sino la restauración del espíritu indígena que la civilización debe salvar en todos los países por razones estéticas y religiosas. No se puede proclamar tampoco, en regresión absurda, la hostilidad a lo extranjero (...) Esta manera de nacionalismo quiere, por el contrario, tanto como lo querían Alberdi o Sarmiento, campeones aquí del cosmopolitismo, que vengan sus capitales, sus hombres y sus ideas” (ROJAS, 1909: 221-222).

de los que buscaban la guerra con Brasil, sino en “prosperidad, engrandecimiento y paz”, ideas presentes en el ideario del intelectual tucumano⁵⁷⁸.

Pocos días después, De Tomaso se sumará a la estela de los principales referentes partidarios para ubicar la obra de Alberdi como aquella que representaba el aporte más significativo al “progreso de la nacionalidad” desde 1810, ubicando en un lugar especial a su *El crimen de la guerra*, dejando vislumbrar su utilidad para un antimilitarismo socialista que hasta allí no se había filiado en ninguna tradición de pensamiento o en referentes históricos locales. Claro está, la relectura del pasado nacional efectuada en esta operación debía destacar una vez más los dos pliegues del significado de la palabra “patria”: el “nacionalismo inteligente” del PS, en la senda de Alberdi, que buscaba la paz y el adelanto colectivo mediante la “evolución democrática”; y el promovido por los “apóstoles de una falsa restauración nacionalista”, que no sería más que un sentimiento hipócrita.⁵⁷⁹ Esta era la forma en que, de acuerdo a estos dirigentes, la reivindicación de ciertos aspectos del pasado nacional argentino podía ser incluida en una identidad que estaba sostenida sobre todo por un actor -la clase trabajadora- y canalizada en una propuesta modernizadora y reformista. En términos similares se realizaría el algo más sorprendente homenaje a Bernardino Rivadavia en un editorial de *La Vanguardia*. Este verdadero ícono del liberalismo local, entendido como un “gran estadista argentino”, ofició como excusa para exponer el “sano nacionalismo socialista”, rescatando de aquel su obra en lo que refiere a la educación, la secularización y la política de tierras de la ley de enfiteusis. Aspectos todos que remitían al “desenvolvimiento progresivo” de la patria que el articulista decía amar, “deseando vivamente que ella no esté en pugna con la razón y la justicia”.⁵⁸⁰

Es posible suponer que ya el declamado “amor a la patria” y, menos aún, la exaltación del héroe liberal porteño no estaban necesariamente extendidos en el conjunto de la militancia socialista, pero la inclusión del tópico nacional en las campañas electorales de 1910 y 1912 hará a todas luces evidente que esta prédica en torno a la Patria y su pretendida

⁵⁷⁸ Las intervenciones transcritas en: “Agitación electoral. La conferencia de anoche en Unione e Benevolenza”, *La Vanguardia*, 17/02/1910.

⁵⁷⁹ Antonio De Tomaso, “Juan B. Alberdi”, *La Vanguardia*, 24/02/1910. En relación a esta lectura socialista de *El crimen de la guerra*, resultan pertinentes las palabras de Martín Kohan a propósito de la obra: “El fundamento de la guerra influye sobre la disposición de una cierta clase de gobierno (...) La guerra inscrita en el lugar simbólico del Génesis patrio predispone al gobierno despótico, inhibe o impide el ejercicio de un gobierno libre” (KOHAN, 2014: 27).

⁵⁸⁰ “Bernardino Rivadavia”, *La Vanguardia*, 22-23/08/1910.

convivencia con el más tradicional internacionalismo socialista y sus valores de Justicia, Libertad e Igualdad, terminará por incorporarse entre los lugares comunes de aquellos que se pensaban como parte del colectivo partidario. En este sentido, la coyuntura del Centenario y el camino hacia la democratización política que conllevó la reforma política de 1911/1912 demuestran que los miembros del PS hicieron todo lo posible por hacer del dilema en torno a la Patria una virtud. Que esta incorporación al ideario socialista generara importantes tensiones al interior y hacia el exterior de la agrupación hace más notable aún el giro de esos años en su identidad ante los embates de una opinión nacionalista que pretendía la unanimidad ideológica del Pueblo, como lo expresara la crónica del diario *La Nación* citada al principio del capítulo en relación a la necesidad de que el PS se convirtiera en un “partido argentino”.

Es en la clave de esta más o menos silenciosa torsión que debe entenderse, por ejemplo, la conferencia de Enrique Dickmann en la campaña de 1910, en donde el tema de los dos nacionalismos ocupa un lugar central:

“*El Partido Socialista es el único partido nacional*, porque trabaja eficazmente por la grandeza del país al elevar la vida del pueblo. Los hombres de la clase gobernante, haciendo alarde de un *falso nacionalismo*, se proclaman los continuadores de la Revolución de Mayo. Colosal impostura. El año del centenario lo han iniciado decretando el estado de sitio, supresión de la democracia, cerrando locales obreros, asaltando imprentas y atentando contra la libertad de palabra.”⁵⁸¹

La operación deja vislumbrar que lo nacional había comenzado a ser percibido hacia el Centenario como un *leitmotiv* con fuerte capacidad de movilización incluso por aquellos que se habían considerado sus naturales antagonistas, y probablemente el éxito de las grandes celebraciones de aquella fecha tenía algo que ver. Recordemos, por otro lado, que ya Justo se había referido en ese marco a la “falta de un estado pasional” entre el pueblo trabajador como para llevar adelante la huelga general que planificaban los anarquistas. Esto es, las alusiones al sentido progresivo de cierto patriotismo, a próceres que podían actuar como lejanos predecesores de la obra socialista en el presente o, incluso, a Mayo de 1810 como comienzo de una Nación que los miembros del PS venían a consolidar en lo que ella tenía de

⁵⁸¹ Transcripción en: “Agitación electoral del Partido Socialista”, *La Vanguardia*, 04/03/1910 (destacado propio).

grande y justa, actuaban en esta misma dirección: construir una tradición para que el socialismo se incorporara como un actor legítimo en la escena política nacional.

Así, en un mitin previo a las decisivas elecciones de 1912, las primeras bajo la ley Sáenz Peña, S. Iñigo Carreras expresó en el salón del Vorwärts que el origen de la acción socialista en el país se había dado “en torno de la bandera internacional para marcar nuevos rumbos”, pero ello no obstaba para que los socialistas se sintieran ahora parte de “la patria de San Martín, Sarmiento y Belgrano”.⁵⁸² Un caso similar es el de otro dirigente que hasta allí se había pronunciado partidario de una fuerte asociación entre el socialismo y el internacionalismo de la clase obrera, como Mario Bravo, habiendo hecho antes un explícito contraste entre la bandera roja y la celeste y blanca durante la querrela de los símbolos. Esta vez, el candidato a diputado nacional por el PS se dirigió ante el público que lo escuchaba en la gran asamblea de la Casa Suiza afirmando que la “revolución moral” que encabezaba su partido oficiaba como cierre de una historia política nacional que tenía como punto de partida a Mayo de 1810 y cuyos próceres fueron Mariano Moreno, Bernardo de Monteagudo, Rivadavia (“paréntesis genial en medio de la obra de la anarquía”) y Sarmiento (“columna institucional después de la anarquía”).⁵⁸³

Si se toma nuevamente el momento significativo del 1° de Mayo, fecha que renovaba anualmente el mito de la simultaneidad de un movimiento internacional que en nombre de los trabajadores celebraba la llegada de una sociedad de iguales, la penetración del “buen nacionalismo” socialista en Argentina adquiere una nueva dimensión. Más aún, si se tiene en cuenta que los mismos símbolos que condensaban el sentido de ese mito -la bandera roja- se encontraban prohibidos por las autoridades, resulta a todas luces evidente que algo se había transformado en esa cultura política de las izquierdas. En palabras de Francisco Cúneo, la llegada de los diputados Justo y Palacios al Congreso de la Nación demostraba que “nadie más [que la clase obrera] quiere o puede querer a esa patria que otros profanan, esa patria grande”; terminando por afirmar que aquellos “que la burguesía se empeñaba en señalar como enemigos de la patria (...) en realidad eran los que trazaban los verdaderos rumbos de su futura grandeza (...) *una grande y gloriosa nación*”. Esta última frase hacía implícita referencia a las estrofas del Himno Nacional argentino que habían sido eliminadas durante la

⁵⁸² Transcripción en: “Agitación electoral”, *La Vanguardia*, 20/03/1912.

⁵⁸³ Transcripción en: “La gran asamblea de anoche. Los candidatos socialistas hablan al pueblo”, *La Vanguardia*, 20/03/1912.

segunda presidencia de Roca, de forma que los miembros del PS se apropiaban de los fragmentos de un símbolo patrio omitido por la oligarquía gobernante pero que podía conjugar en ese futuro promisorio la realización de la causa nacional subsumida en la causa socialista.

Dos años después de que los socialistas denunciaran la imposición del canto del Himno a los extranjeros durante las violencias del Centenario, Enrique Dickmann vendría a fusionar en su discurso varios de los tópicos de la querella de los símbolos y de la contraposición entre dos nacionalismos. Hemos visto que había denunciado la prohibición de la bandera roja, de allí que exaltara al 1° de Mayo como la tradicional “manifestación de solidaridad y de concordia entre los hombres de todas las razas, naciones y religiones; solemne como símbolo viviente que condensa y resume todas las aspiraciones, deseos, sentimientos ideas e ideales del moderno pueblo trabajador”. Pero era por eso mismo que el socialismo argentino desmentía “la leyenda propalada por las fuerzas reaccionarias” y que lo calificaba como una “planta exótica en la República”. Así como el mito de la Revolución de Mayo como punto de partida de una nueva nación podía incorporarse incluso por los sectores más clasistas e internacionalistas del PS, el inmigrante letón nacionalizado argentino se hacía cargo también del mito liberal que planteaba la inclusión no conflictiva de los nuevos contingentes para actuar como elementos de una nueva nacionalidad, porque -cerraba su idea- “*exótico es aún el mismo pueblo argentino que funde en el crisol de su nueva raza, sobre el substráctum indígena, a todas las razas de la tierra (sic)*”.⁵⁸⁴

La apelación a esta fórmula conciliatoria que remitía a una cuestión central del discurso nacionalista y que había resultado particularmente conflictiva para las izquierdas y un movimiento obrero de fuerte impronta inmigratoria, era coherente entonces con la idea de un nacionalismo abierto reivindicado por los socialistas y que colocaba sus expectativas en el futuro antes que en una pretérita Edad de Oro. Como bien ha afirmado Anthony Smith, incluso en una visión instrumentalista de la etnicidad, debe llegarse a un acuerdo con los

⁵⁸⁴ Transcripto en: “El día del trabajo. El grandioso mitin de la Capital”, *La Vanguardia*, 02-03/05/1912. En efecto, Dickmann asociaba esa “nueva Argentina” con su propia biografía como inmigrante naturalizado, incluyendo un tono mesiánico en la construcción de la nación como “tierra de promisión” (REYES, 2015: 182-185). Por otro lado, era el mismo Ricardo Rojas el que en 1910 había consagrado en otro libro la imagen de Argentina como un “crisol de razas” construido sobre lo que Dickmann denomina el “substráctum indígena”, aunque el socialista jamás menciona al escritor de Blasón de Plata (ROJAS, 1910: 154-155). Sobre la circulación de esa noción de “crisol de razas” en esa coyuntura y su evolución en las primeras décadas del siglo XX, ver TATO (2007).

mitos básicos y los símbolos que dotan las percepciones populares de las fronteras étnicas y las identidades con significados y sentimientos que mediatizan cambios en esas identidades (SMITH, 1999: 57). Como forma de superación de la crisis del Centenario y en vistas del horizonte ofrecido por el proceso de democratización política, el socialismo procrastinaba algunos de los elementos más agonistas que incubaba el mito internacionalista de la lucha de clases, haciendo una recepción singular de un mito nacional, el de Argentina como un armónico crisol de razas, que permitía superponer ambas narrativas en un mismo y optimista futuro de promisión. La integración del PS al juego regular de las instituciones políticas nacionales transformará la incorporación de lo nacional en la identidad socialista en algo más que un elemento meramente coyuntural, al instalarlo como una convicción de sus miembros.

V. La confianza en el porvenir: socialismo, nación y democracia

Este giro que otorgaba a la idea de Nación la capacidad de portar un ideal de emancipación y que la redefinía en “un modo no nacionalista [o como “buen nacionalismo”], es decir, pensarla bajo los aspectos de una forma social que se debía construir, y no como un bloque cuya coherencia ya estuviera dada”, actuaba como una condición de posibilidad para la construcción de una sociedad de iguales dentro del orden existente compatible con el ideal democrático socialista. (ROSANVALLON, 2013: 220). Como no se cansarán de enfatizar los miembros del PS en la coyuntura que desembocará en las elecciones de 1912, esta idea de igualdad que comenzaba a consolidarse en buena parte del mundo occidental a inicios del siglo XX implicaba la realización de la doble tarea que se habían asignado a sí mismos los socialistas: la redistribución socioeconómica y la democratización política como dos sendas que cimentaban el camino hacia una sociedad emancipada (ADELMAN, 1992; ARICÓ, 1999).

¿En qué atañía esta aceptación a la identidad socialista? Antes que nada, los socialistas se afirmarán progresivamente en la creencia de que la concreción del ideal socialista en Argentina imbricaba la realización de la democracia como una causa de los trabajadores, pero también como una “causa nacional”. Socialismo, Nación y Democracia, en efecto, comenzaron a triangular en el mensaje socialista al mismo tiempo que se atravesaba, de forma conflictiva, la crisis del Centenario. Como se ha visto, desde el enfrentamiento con los despliegues del “patriotismo oficial” que rodeó a las celebraciones

hasta la emergencia de posiciones que de forma más o menos sistemática asociaban un sentido patriótico a la acción socialista, pasando por la querella de los símbolos y toda su tensión para hacer convivir lo que representaba la enseña nacional con lo que representaba la bandera roja, el socialismo produjo una conversión de sí mismo y de los sentidos que implicaba su existencia en Argentina.

Sin lugar a dudas, existen dos datos fundamentales de esta coyuntura que permiten entender cabalmente la convivencia en la identidad socialista de elementos de distintas culturas políticas –algunos preexistentes a este momento, otro de inclusión reciente–. Por un lado, la derrota política y hasta cultural del anarquismo, tanto por el aluvión nacionalista como por la represión de 1909/1910, terminó por abrir al socialismo la oportunidad para hegemonizar, al menos electoralmente, al movimiento obrero. Por otro lado, se convierte en un elemento central de su configuración las implicancias del proceso de ampliación de la representación política discutido en el Congreso de la Nación y aprobado con el nombre de Ley Sáenz Peña. Esto confirmaba el sufragio universal masculino mediante el padrón militar y establecía el voto secreto y obligatorio, incluyendo además un sistema de representación parlamentaria conocido como “lista incompleta” y que establecía una mayoría de 2/3 de las bancas parlamentarias en Diputados para el triunfador y la representación de 1/3 para la minoría⁵⁸⁵.

En este sentido, si una preocupación de las elites políticas (entre las que se incluía en cierto sentido la dirigencia socialista) en torno al Centenario fue la voluntad de darle forma política a lo social, ya que se encontraba instalada con fuerza la idea de que por el ejercicio fraudulento de las prácticas electorales existía una dislocación entre sociedad y política, uno de los problemas esenciales derivados de tal diagnóstico fue el de la representación o, mejor aún, la “figuración del pueblo” (ROLDÁN, 2011: 201). En tanto identificados como un

⁵⁸⁵ Si bien aquí no se abordan los aspectos técnicos del fenómeno, es importante destacar que la ley n° 8130, promulgada el 27 de julio de 1911, derogó toda la legislación previa referida a la conformación del padrón electoral, mientras que la n° 8871, luego de casi dos meses y medio de tratamiento en ambas Cámaras del Parlamento, fue promulgada el 10 de febrero de 1912. La literatura existente sobre la reforma política promovida por el presidente Roque Sáenz Peña, su contexto político general en el marco de la crisis del orden oligárquico, las concepciones políticas de sus promotores dentro del gobierno y los debates intelectuales en torno a la misma, los pormenores de la legislación y los cambios efectivamente operados sobre la preexistente y su impacto en el sistema político argentino, resulta a estas alturas muy abundante y cabe destacar: BOTANA ([1977] 1985); FALCÓN ([1986/1987] 2011), DEVOTO (1996), HALPERIN DONGHI (2005), ROLDÁN (2006 y 2010), ALONSO (2006), PERSELLO y DE PRIVITELLIO (2009), DE PRIVITELLIO (2012), CASTRO (2012), SURIANO (2012), PALTÍ (s/f).

partido de clase, para los hombres y mujeres del PS ese “pueblo” era fundamentalmente el “pueblo trabajador”. Pero en tanto también encolumnados con una más amplia causa popular, que era la del progreso y la civilización de las costumbres cívicas, aquellos apuntaban a una interpelación de la ciudadanía en general susceptible de volverse más potente y abarcativa al incluir a la “parte sana” de la Nación. Esto es, el contexto aquí abordado deja vislumbrar, de forma mucho más acusada que en años anteriores, la voluntad del socialismo argentino de pasar de ser, en términos de Aboy Carlés, una “identidad parcial” a pretender convertirse en una “identidad hegemónica” (ABOY CARLÉS, 2013: 30-31). Si bien manteniendo ciertas desconfianzas respecto del proceso de reforma política (SCHERLIS, 2005; MARTÍNEZ MAZZOLA, 2015), los socialistas conservaban intacta una profunda fe en el porvenir sustentada en la idea de que, a partir de una clase obrera que aún debía conquistarse como electorado, constituían una mayoría potencial dentro de la democracia argentina en ciernes⁵⁸⁶. La fecha simbólica del 1° de Mayo de 1912, luego de que las elecciones de marzo de ese año marcaran el ingreso de Alfredo Palacios y de Juan B. Justo a la Cámara de Diputados, se presta nuevamente como ejemplo paradigmático de lo que se veía como parte de una historia y como anuncio del porvenir. En palabras de Enrique Dickmann:

“El socialismo en la Argentina, *la más alta e inteligente manifestación de una verdadera democracia*, ha plantado jalones a lo largo del camino de su constante ascensión, marcando etapas y fijando rumbos para sus futuras y fecundas luchas y triunfos (...) Siendo un partido de clase, de la clase más numerosa e importante, *debemos identificar los intereses de esta clase con los intereses generales del país*. Nada puede ni debe sernos indiferentes (...) El amplio criterio y la fecunda acción de los socialistas deben obrar cual imán poderoso sobre *lo más sincero y avanzado de nuestro pueblo*” (DICKMANN, 1912: 163-169, destacado propio).

Resulta notable respecto de este optimismo retrospectivo la forma en que, pese a la alta conflictividad y la violencia que arreció contra las fuerzas de izquierdas durante el período, comenzó a imponerse incluso antes del Centenario una asociación metafórica entre la marcha del socialismo y el proceso de democratización: la de una corriente indetenible que

⁵⁸⁶ Como bien se ha destacado tanto para el contexto nacional como para el ámbito de las democracias occidentales, “la fe en el papel de la democracia en el horizonte futuro de la humanidad había perdido ya mucho de su fervor” (HALPERIN DONGHI, 2005: 22), sobre todo por la crisis de un liberalismo finisecular que venía sufriendo una serie de embates -a izquierda por el campo de la reacción y a derecha por el de la revolución- que ponían seriamente en duda el relativamente pacífico optimismo ideológico tan característico de la política decimonónica (GAUCHET, 2010).

se abre paso entre lo viejo, la de las costumbres y convicciones del socialismo frente a una política criolla y un nacionalismo belicoso que precisamente por sus embates demostraba su desmoronamiento ante las masas populares. Esta veta retórica, que podemos asociar con el contenido utópico del mensaje socialista, sería exaltada no solamente en las coyunturas electorales en las que usualmente se apelaba a los tópicos voluntaristas, sino también en ciertos debates internos para demostrar que la acción socialista debía efectuarse dentro de las condiciones existentes, por más poco favorables que ellas resultaran. Los miembros del PS no se concebían a sí mismos como expresión de la democracia porque esta manifestara su vigencia en tanto régimen político, sino porque era una convicción que su propia pedagogía política y la auto-organización “consciente” de la clase trabajadora que inevitablemente debía converger en la agrupación se entendían como la democracia en acción. Así, Carlos N. Caminos escribía a inicios de este período:

“Las corrientes sociales, como los ríos, son más difíciles de encauzar cuanto más se alejan de su punto de partida. En el páramo de nuestra democracia, el socialismo es la fuerza vivificadora y directriz. Falta aún despertar a los trabajadores del campo y manumitir a las esclavizadas multitudes del interior. La obra, empero, se consumará fatalmente. El progreso no puede eludirse”⁵⁸⁷.

Por supuesto, el propio marco de la Segunda Internacional ubicaba a la democracia en un lugar privilegiado, aunque su meta última era la construcción de la sociedad socialista sin explotadores y explotados. El socialismo internacional proponía así una democracia fundada en bases populares organizadas, con su núcleo vivo en los trabajadores asalariados. Un proyecto societal que tenía como supuesto fundamental la creencia en una dirección necesaria del cambio social racionalizado en una narrativa convincente que enhebraba una heterogénea miríada de experiencias de la clase trabajadora en una única historia. La mentada metáfora de la marcha indetenible implicaba entonces una abstracción del objetivo revolucionario que empapaba incluso a aquellos socialistas más decididamente reformistas (ELEY, 2002: 113-114). Dos ejemplos del socialismo argentino muestran hasta qué punto era compartida, aún con matices de tono y conceptuales, la convicción democrática.

⁵⁸⁷ Carlos N. Caminos, “El porvenir del socialismo en la Argentina”, *Revista Socialista Internacional*, n° 1, diciembre de 1908.

A inicios de 1909, cuando las consecuencias de la visita de Ferri al país y su caracterización del PS argentino estaban todavía calientes, se abrió una polémica en la *Revista Socialista Internacional* de Del Valle Iberlucea al enviar un socialista europeo radicado en Entre Ríos, E. Leyboff, una carta pública a Juan B. Justo en donde si bien no se adherían a todos los postulados del criminólogo italiano, sí se achacaba al partido y a su dirigencia un cierto carácter reformista que se alejaba del supuesto colectivismo verdaderamente socialista.⁵⁸⁸ La segunda réplica de aquel aparecida en la misma revista y en *La Vanguardia* -luego de respuestas del propio Justo, De Tomaso y Rienzi (Enrique Dickmann) en las que se postulaban los objetivos de la “acción socialista”-, afirmaba que el movimiento de la clase trabajadora no era naturalmente socialista ni influía en el devenir de la Historia si no estaba “bien orientado, y se dirige a la organización libre e inteligente”. Destacando la denuncia de “la explotación que sufre el pueblo trabajador”, entendía como un aspecto fundamental la división de la tierra en Argentina como “la posibilidad del sufragio universal” y, “con todo eso *nos sentimos tan revolucionarios como el que más*”. La diferencia con Leyboff -y con todos aquellos que calificaban peyorativamente al reformismo- estribaba según Justo en el método, sobre todo con “los que condenan la acción electoral y predicán sistemáticamente la violencia”.⁵⁸⁹

Al respecto, resulta sintomático el balance que efectuara luego Del Valle Iberlucea sobre el citado IX Congreso del PS Argentino de fines de 1910. En los debates de sus sesiones, como se advirtió, habían surgido algunas voces que pretendían tanto responder a “los intereses económicos de la clase obrera” como a los “intereses políticos generales de la nación”. Para el director de la revista teórica del partido, el rechazo a los postulados sociológicos de Ferri o las respuestas que debían darse a la impugnación del PS como una “planta exótica” equivocaban el camino si se planteaban la “génesis de un socialismo argentino”, con características especiales que lo distinguieran de sus otras manifestaciones. En efecto, Del Valle reconocía que la “democracia socialista se gesta desde la clase trabajadora” mediante una labor consciente e inteligente y que la misma actuaba como una poderosa “fuerza renovadora de nuestra vida nacional”, incorporando así algunos de los

⁵⁸⁸ E. Leyboff, “Carta abierta al ciudadano Justo”, *Revista Socialista Internacional*, n° 3, 13/02/1909. El compañero Justo” publicaría su inmediata respuesta en el mismo número de la revista bajo el título de “Política socialista”.

⁵⁸⁹ Juan B. Justo, “La creencia y la intención”, *La Vanguardia*, 23/02/1909 (destacado nuestro).

planteos que comenzaban a realizarse en torno a la cuestión nacional y que el diario *La Nación* percibiera como la principal tarea del socialismo en Argentina. No obstante, el futuro senador socialista sentenciaba que esa democracia socialista formaba parte del “desarrollo progresivo de la comunidad internacional” y que, si se trataba de distinguir entre “reformistas e intransigentes”, la forma de permanecer unidos -“hombres de una misma fe” había dicho De Tomaso- implicaba considerarse simplemente “socialistas demócratas” (DEL VALLE IBERLUCEA, 1910: 33-35). Desde una dimensión que se encargue de establecer cuáles eran aquellos supuestos que actuaban como núcleo de esa creencia común entre los socialistas, el informe que Justo presentara al mismo Congreso luego de su actuación en Copenhague muestra importantes coincidencias con Del Valle Iberlucea en torno a la idea de democracia. El mismo contacto con la heterogénea composición de la Internacional en tiempos del Centenario nacional llevó a Justo a afirmar que los socialistas no eran “doctrinarios ortodoxos y estrechos que desconozcan las condiciones necesarias del desarrollo del país”, y si la “democracia social internacional” constituía un movimiento que trascendía a esas condiciones, el socialismo no era otra cosa que “el método de acción histórica que eleva al pueblo trabajador, sobre todo por los esfuerzos del pueblo trabajador mismo”, pero éste era un “método capaz de adaptarse a condiciones cualesquiera”.⁵⁹⁰

La idea de que socialismo y democracia formaban parte de un mismo movimiento político esencialmente moderno, así como el supuesto de que el proletariado actuaba como motor fundamental de dicho proceso –lo que algunos autores han denominado “mesianismo obrero”–, instalaban en el corazón de la identidad socialista la promesa de que el primero llevaría a concretar una nueva forma o fase superior para la segunda: una democracia superior (DUCOULOMBIER, 2009: 71); en palabras de Enrique Dickmann, “la más alta e inteligente manifestación de la verdadera democracia”. El hecho de que el mismo Justo planteara en su *Socialismo argentino* de 1910 que la acción del PS había precisamente “argentinizado” al socialismo respondía a que la doctrina debía tener en cuenta “las condiciones de desarrollo de cada país”, pero la del socialismo y su vínculo con la democracia no era en esta visión una historia nacional. Para utilizar la frase de Pierre Rosanvallon, Justo entendía que la

⁵⁹⁰ Juan B. Justo, “El Partido Socialista de la Argentina en el Congreso Internacional de Copenhague. Informe del delegado Dr. Juan B. Justo, presentado al Comité Ejecutivo”, *La Vanguardia*, 10/11/1910.

democracia socialista *era* una historia, una vez más, un movimiento (ROSANVALLON, 2002: 25).

Esta concepción de la conjunción entre socialismo y democracia tiene en el capítulo de *Teoría y práctica de la Historia* dedicado a “La democracia obrera” su formulación intelectual más acabada, y a partir de su publicación en 1909 será regularmente reproducido en las páginas de *La Vanguardia*, sobre todo hacia 1912. Allí, luego de repasar cómo ese vínculo se había manifestado con sus particularidades en los grandes Estados europeos (Francia, Alemania y Gran Bretaña) a lo largo del siglo XIX, Justo termina por sostener que la difusión o universalización del voto constituía la forma más inteligente y completa de la lucha de clases, en tanto desarrollo de su conciencia histórica (JUSTO, 1909: 439). Abandonado el “misticismo revolucionario” que en períodos previos de las luchas obreras justificaba incluso la apelación a la violencia, la elevación del proletariado organizado en el Partido Obrero descubre en la “acción política”, en el voto y la ley, la forma de participar en el ejercicio del gobierno y la autoridad. Esta “revolución en permanencia” –como la llama Justo en clara filiación con la *évolution révolutionnaire* de Jaurès⁵⁹¹– haría entonces que esa lucha deje de ser una guerra y convierta al proletariado en “un factor de orden y progreso”. Ello así, en tanto la “vehemente aspiración del proletariado al derecho de sufragio”, incluyendo dentro de esa demanda a las mujeres, hace que:

“La idea de una repentina transformación que establezca de golpe un orden perfecto, va[ya] perdiendo terreno en la mente del pueblo, a medida que se ocupa éste con más inteligencia de los problemas de cada día” (JUSTO, 1909: 437).

⁵⁹¹ A partir de la tensión entre condiciones de posibilidad y proyecto societal es que Jaurès extraerá lo que denomina “método de realización socialista” y que será conocido como *évolution révolutionnaire*, apelando a una vieja frase de Marx. Este método daría cuenta así de la situación particular del proletariado y del ideal socialista en el seno de una República parlamentaria de sufragio universal. Según este “método complejo”, el proletariado debía dar todas las batallas que se susciten dentro de la sociedad capitalista y, al mismo tiempo, luchar por su propia causa. Postulada en el contexto de un socialismo internacional convulsionado por la polémica revisionista desatada dentro de la socialdemocracia alemana, así como en el marco de continuación de su propia disputa en Francia con los marxistas y los socialistas de tendencias más intransigentes que rechazaban toda intervención en la política republicana, con esta propuesta Jaurès se diferenciará tanto de aquellos que esperaban pacientemente el derrumbe del sistema capitalista por medio de una crisis terminal producto de sus contradicciones, como del recurso a la táctica insurreccional y a la violencia política (JAURES, 1899). Para un análisis del vínculo entre este método jauresiano y el reformismo socialista en el marco de la República, ver CANDAR (2011). Sobre la coincidencia de los planteos de Justo y Jaurès, ver. ARICÓ (1999: 91-93).

Ahora bien, en lo que respectaba a la democracia como régimen político, el Manifiesto electoral firmado por el Comité Ejecutivo del PS en octubre de 1909 afirmaba que, en las condiciones de comicios realizados bajo el estado de sitio o por la recurrente represión gubernamental, “la democracia no existe”. Dirigido al “pueblo de la República”, a sus ciudadanos, “a los que elaboran el progreso y la civilización en la Argentina, a los que trabajan en la formación de una Democracia Social verdaderamente alta”, la proclama planteaba que el fin último del socialismo seguía siendo “conquistar los poderes públicos para precipitar la emancipación de la clase obrera”.⁵⁹² Tal como se afirmó más arriba, la aceptación de la institucionalidad republicana no dejaba de ubicar la síntesis de socialismo y democracia en el futuro. Según Alfredo Palacios en su conferencia de Unione e Benevolenza en 1909, al postular a los socialistas como “patriotas” concluía que continuar la obra de 1810 conllevaba asimismo “lograr la democracia”, porque el primer Centenario mostraba una república en una “etapa de retroceso” y a cargo de un “gobierno de despotismo”.

Por su parte, Antonio De Tomaso, uno de los más activos propagandistas de la participación electoral -e incluso de las alianzas políticas con otras fuerzas opositoras-, también abrevaba en esta interpretación según la cual la libertad de sufragio se encontraba suprimida por el fraude oficial, por lo cual el PS estaba llamado a realizar una “gran obra republicana” (“tenemos que conquistar el sufragio, hay que defenderlo y practicarlo”).⁵⁹³ Asimismo, las intervenciones de este joven militante en el contexto de las campañas electorales de 1909 y 1910 resultan ilustrativas de la forma en que una coyuntura que instalaba la cuestión nacional en el centro de todos los discursos, haría penetrar este tema en una identidad partidaria que asociaba la concreción de la democracia como una tarea del socialismo. Si la “práctica de la democracia” combinaba el sufragio universal con la elevación humana que llevaba adelante el PS, el socialismo era la mejor forma de afianzar esa democracia, entendiendo por ella el gobierno propio y la práctica de la soberanía del pueblo en un sentido amplio: “La democracia se hace no se impone (...) Por eso el pueblo trabajador haciendo un movimiento político autónomo es el único que conoce la democracia”. Esta conclusión llevaba a De Tomaso a plantearse si efectivamente “tenemos democracia”, y aquí efectúa el cruce con los tópicos nacionales del momento, pocos días

⁵⁹² “Partido Socialista. Al Pueblo de la República”, *La Vanguardia*, 24/10/1909.

⁵⁹³ Transcrito en: “El mitin de anoche en Unione e Benevolenza”, *La Vanguardia*, 27/10/1909.

antes de los festejos del 25 de mayo de 1910. A su entender, el “verdadero nacionalismo presupone la democracia como precedente”, porque el nacionalismo oficial, “ese *nacionalismo infantil* corresponde a nuestra *democracia mezquina*”, mientras para el PS “la democracia es una acción continuada e intensa (...) encarnación de nuestro *buen nacionalismo*”.⁵⁹⁴

Pero la democracia, en lo que ésta contenía como régimen político, se incorporaba a la identidad socialista al entender al partido, antes que nada, como fuerza electoral. Como lo expresara Justo en el mitin organizado luego de levantarse el estado de sitio a inicios de 1910, el PS era una “poderosa corriente de nuevas costumbres e ideas”.⁵⁹⁵ Esta vez, la metáfora acuática permitía concebir como un todo la “acción política” y la más amplia pedagogía cultural del socialismo, o sea, como parte de una misma obra democrática. No debe sorprender entonces que esta imagen propuesta por el director de *La Vanguardia* coincidiera con su par de la *Revista Socialista Internacional*. En plena agitación electoral, Del Valle Iberlucea proponía una variante más utópica y radicalizada de este movimiento de democratización auspiciado por el socialismo, al afirmar que debía darse en “tierra con todos los prejuicios que obstaculizan la libre vía de la democracia en marcha”, la cual se encarnaba en “nuestro Partido, que se diferencia esencialmente de todos los demás partidos argentinos” al propugnar por la “liberación integral del proletariado”:

“porque quiere que un día alboree esa hermosa mañana de paz, igualdad y justicia por las cuales bregamos con ansias de luchadores y por las cuales enarbolamos nuestro programa como un símbolo de la vida futura! (...) Somos uno de los tantos engranajes de la máquina social que vienen laborando la democracia, somos unos de los tantos átomos de cohesión del nuevo ambiente humano y tenemos entre nuestros deseos de redención económica nuestros grandes anhelos líricos de justicia, igualdad y amor!”⁵⁹⁶

⁵⁹⁴ Las citas corresponden a: “El mitin del jueves. Discursos de Cúneo y De Tomaso” y “Democracia y nacionalismo”, *La Vanguardia*, 29/01/1910 y 14/05/1910 (destacado propio). En un pasaje del segundo de estos artículos, De Tomaso transcribía casi textualmente, aunque sin citarlo, los postulados de Justo en *Teoría y práctica de la Historia*: “Sólo en virtud de la democracia, considerada como práctica política, sin trabas, y como libertad de pensamiento sin mutilaciones medioevales, la lucha de clases, que los conservadores más miopes no niegan ya, puede ser un factor de orden y progreso, suprimiendo la violencia estéril para establecer en el campo político una lucha constitucional.”

⁵⁹⁵ Transcrito en: “La grandiosa afirmación socialista del domingo”, *La Vanguardia*, 24/01/1910.

⁵⁹⁶ Transcrito en: “Agitación electoral del Partido Socialista. La asamblea de anoche”, *La Vanguardia*, 25/02/1910.

Este argumento se relacionaba con el hecho de que el PS continuaba planteándose esencialmente como un partido de clase, como la organización política de la “parte más consciente del proletariado”, según rezaba una fórmula recurrente en discursos, escritos y manifiestos. Uno de los referentes que más insistían en este aspecto central de la identidad socialista era Mario Bravo. En este sentido, entendía en efecto que el socialismo era el “ejército de la democracia”, pero que su caudal electoral sólo se vería ampliado si el PS establecía un mayor acercamiento al movimiento obrero (i. e. el “pueblo trabajador”), en tanto la organización de clase aparecía en todos los países tomados usualmente como faros (Alemania, Francia, Bélgica) como condición indispensable de la democracia socialista.⁵⁹⁷ Cabe aclarar que este reclamo era expresado por el secretario general del partido en un momento en que claramente el socialismo no aparecía como la opción política predominante dentro del movimiento obrero (FALCÓN, [1986/1987] 2011). En este sentido, la derrota del anarquismo en tiempos del Centenario marcará un silencioso cambio en favor del PS, trocando en creciente optimismo la sensación de crisis partidaria vivenciada hacia 1909/1910. Al mismo tiempo, este será el momento en que la inflexión “nacionalista” del socialismo se hará más patente, incorporando a sus creencias y convicciones una dimensión impensada previamente a la coyuntura del Centenario y que demostraba a todas luces el intento de ampliar el espectro de su interpelación a la ciudadanía. El “pueblo” que pretendían representar los socialistas ya no podía reducir su figuración a la imagen del “pueblo trabajador”.

La mencionada visita de Jaurès a la Argentina en 1911 y la coordinación de los temas tratados en sus conferencias con los dilemas y tensiones que comenzaba a resolver de una forma particular el socialismo local permiten ilustrar esta inflexión, cuestión destacada incluso por Repetto en sus memorias al referirse al vínculo entre la heterogeneidad de la clase obrera argentina y el problema de la nacionalidad (REPETTO, 1956), que había sido encarado tempranamente por el PS antes que nada a partir de sus campañas de naturalización de los inmigrantes. El núcleo de la que tal vez era la conferencia central del diputado francés, titulada “Nacionalidad, clase obrera y democracia”, estribaba precisamente en que la segunda constituía el “nervio” de esta última, ya sea en Francia como en Argentina.⁵⁹⁸ Pero a

⁵⁹⁷ Mario Bravo, “El ejército de la democracia”, *La Vanguardia*, 19 y 24/03/1910.

⁵⁹⁸ Un argumento nodal de su monumental *Historia Socialista de la Revolución Francesa* se fincaba –como expresara en la conferencia– en que: “En Francia, pues, es por la acción de los asalariados que la democracia

continuación aclaraba que “al mismo tiempo que esa clase obrera es un elemento necesario de la vida de las democracias, es también un elemento necesario de las nacionalidades”. La afirmación con que progresaba su exposición y su similitud conceptual con lo que expresará Dickmann el 1º de Mayo del año siguiente resultan notables, porque muestra hasta qué punto el giro encarado por el PS se veía legitimado por una convicción mucho menos extraña en el socialismo internacional de lo que algunas posiciones escépticas creían:

“Y en la República Argentina, la gran preocupación, *el gran problema es el de constituir un estado de nacionalidad definido, coherente y consciente*, armonizando poco a poco tantos elementos múltiples y fundiéndolos en el *crisol de pensamientos comunes y de comunes pasiones colectivas*” (JAURÈS, [1911] 1922: 49-50, destacado propio)⁵⁹⁹.

La coyuntura clave en torno a las primeras elecciones bajo el régimen de la Ley Sáenz Peña permite ilustrar cómo el tríptico Socialismo, Democracia y Nación aparecerán inescindidos en una retórica partidaria que no sólo se amoldaba a las exigencias electorales de una democracia ampliada por el voto obligatorio y la consecuente apertura del discurso proselitista del PS, sino que ese vínculo aparecía como una convicción incorporada a su credo.

Obviamente, todo el mensaje socialista destacaba en su exégesis del proceso político que desembocaba allí la excepcionalidad de la agrupación: la crítica a la política criolla en sus distintas versiones, la representación del “pueblo verdadero, el pueblo que trabaja y produce”, el constituir un “partido orgánico” que contaba con un programa definido, etc.⁶⁰⁰ Los orígenes del partido eran vistos en retrospectiva como una época heroica de prédica y pedagogía político-cultural en el marco de una democracia inorgánica, de forma que la democratización operada en la institucionalidad política mediante la ley era -en esta visión- un producto de esa paciente labor. Una “revolución moral”, como la llamara Mario Bravo.

política, establecida al principio como un privilegio burgués, alcanza toda su extensión, toda su fuerza y toda su realidad” (JAURÈS [1911] 1922: 45).

⁵⁹⁹ El pasaje ha sido destacado ya por ARICÓ (1999: 91). Ver también *supra*.

⁶⁰⁰ Para la ocasión, la plataforma electoral del PS incluía una serie de puntos fundamentales de su prédica desde principios del siglo XX: la derogación de las leyes de Residencia y de Defensa Social, la demanda de una ley de accidentes de trabajo, la supresión de impuestos al consumo y la instauración de un impuesto progresivo sobre la renta terrateniente, un sistema de representación proporcional (y no la “lista incompleta”) para las elecciones parlamentarias y la separación de la Iglesia del Estado. “La plataforma electoral”, *La Vanguardia*, 04-05/03/1912.

Pero también, de forma menos estridente, el socialismo mostraba los cambios operados en su identidad.

En cuanto a la necesaria ampliación del espectro de interpelación, que de todas formas venía operándose en las campañas electorales partidarias desde comienzos de siglo, Dickmann exhortaba en la Casa Suiza a que “voten por los socialistas”, por supuesto, los “proletarios, los desheredados”, pero también los comerciantes que buscaban la prosperidad, los industriales que propugnaban por el progreso técnico y “todos aquellos ciudadanos que *en la prosperidad del pueblo ven la verdadera grandeza de la nación*”; en suma: “votos auténticos y conscientes argentinos”.⁶⁰¹ Si la reforma política promovida por el presidente Sáenz Peña tenía como trasfondo ideológico un principio de “argentinización de las masas”, la pluralidad de intereses que ahora tenía la voluntad de representar el socialismo se mostraba virtualmente como el conjunto de la opinión progresista de la Nación (DE PRIVITELLIO, 2004: 4). El Manifiesto del PS dirigido a los electores de la Capital en marzo de 1912 ejemplifica perfectamente esta síntesis del Centenario. Allí se lee:

“Durante quince años nuestro Partido ha afirmado su voluntad de introducir nuevas prácticas en nuestra existencia cívica (...) Tenemos nuestro punto de origen en ser órgano intérprete del proletariado argentino (...) tenemos confianza en los frutos de nuestra obra educativa (...) Conquistaremos, dentro de poco, la Capital Federal (...) Propongámonos la *tarea de organizar la democracia* (...) Convengamos que el país no es la democracia que se llama (...) *Por la consolidación de un ideal elevado; por el triunfo de una causa democrática y nacional; por el engrandecimiento cívico de la República...*”⁶⁰².

La “nueva era” que anunciaba Enrique Dickmann el 1º de Mayo con la llegada de Palacios y Justo al Parlamento aparece en ese marco como un lugar común de este optimismo socialista. Por ejemplo, el desfile del mitin de cierre de campaña previo a los comicios es descrito por *La Vanguardia* con “algo de triunfal y avasallador”, y la metáfora se repite al referirse al desfile del mes siguiente para el Día del Trabajo como “una gran fuerza en marcha irresistible”, cuando Palacios y Justo se incorporan a la columna en sendos momentos simbólicos, con vivas de la multitud y abrazos entre los dirigentes partidarios. En ambas ocasiones, la creencia repetida por De Tomaso acerca de que el socialismo estaba empujando

⁶⁰¹ Transcripción en: “Agitación electoral”, *La Vanguardia*, 20/03/1912.

⁶⁰² “El Partido Socialista a los Electores de la Capital”, *La Vanguardia*, 17/03/1912.

“en un sentido progresivo la historia argentina” será compartida -como se dijo- incluso por exponentes de las alas más obreristas e internacionalistas del PS. En el citado mitin, el candidato a diputado Alejandro Mantecón expresó que una de las virtudes de la obra del PS radicaba en que “la cultura del pueblo trabajador” constituía un “aporte útil para la nación”, mientras el también candidato Del Valle Iberlucea podía afirmar que –retomando sus planteos de principios del siglo sobre la “Ciudad nueva”– la “muchedumbre proletaria” figuraba “un movimiento que augura una nueva civilización política para la República, un porvenir en que una democracia orgánica será la expresión de nuestro régimen institucional”. Más sintomático de este optimismo que anudaba causa socialista con causa nacional-democrática, Del Valle concluía con una comparación entre la “minoría revolucionaria de 1810” y la “minoría inteligente de ciudadanos altivos” que era en sus orígenes el PS en Argentina, siendo ahora “una mayoría poderosa que triunfará en los comicios venideros y llevará al parlamento genuinos representantes del pueblo”⁶⁰³. Las consignas y la simbología del 1º de Mayo de 1912 actuaban en consonancia con los discursos previos: si la bandera roja estuvo ausente por la prohibición oficial, sí se hicieron presentes los tradicionales carteles alegóricos, en este caso, uniendo los vivas al “1º de Mayo” con los proferidos al que era interpretado como el reciente “Triunfo socialista” (ver APÉNDICE, Imagen nº 26).

Desde la creación oficial del PS en 1896, los socialistas realizaron un esfuerzo importante por demostrar lo que los singularizaba como agrupación política. Como en otras latitudes, la idea de constituir un “partido de clase” se había encontrado desde los principios entre sus convicciones más arraigadas, un verdadero *leitmotiv*. Al mismo tiempo, la progresión de sus luchas en el cambio de siglo, el desafío de otras fuerzas que evidenciaban también un carácter popular -como la UCR- y el temprano choque con las efusiones de un nacionalismo militante y belicoso, fueron moldeando su identidad al complementar la pretensión de representar al proletariado argentino con la de encarnar los valores de la paz y la civilización de las costumbres; en suma, como el “partido del progreso”.

Ahora bien, tan cierto como ello es que la coyuntura crítica que se extiende entre los prolegómenos del Centenario de la Revolución de Mayo y la sanción de la reforma política junto a las decisivas elecciones de 1912, operó un giro sustantivo en la identidad socialista

⁶⁰³ Las descripciones de los desfiles del mitin de cierre de campaña y del 1º de Mayo, así como la transcripción de los discursos, en: “La gran demostración cívica del domingo”, *La Vanguardia*, 1-2/03/1912; y “El día del trabajo. El grandioso mitin de la Capital”, *La Vanguardia*, 02-03/05/1912.

en Argentina. Si hasta ese momento, e incluso durante los fragores del Centenario, la patria se había erigido en un “otro” frente al cual el PS se recortaba dentro del espectro de fuerzas políticas, ese mismo clima y la necesidad de integrarse de otra forma menos agonista frente a un fenómeno que demostró exceder con mucho a las celebraciones oficiales generaron la incorporación de lo nacional dentro de la causa socialista. La emergencia de su otra alma, del “buen nacionalismo” dentro de las filas del PS -primero de forma minoritaria y hasta casi como una provocación-, terminó por calar extensamente en la militancia partidaria.

Ciertamente, este cambio no tendría una formulación sistemática en lo ideológico ni se apoyaba en una sofisticada obra teórica -como ocurriera en ciertas expresiones de la socialdemocracia europea-. Sí, en cambio, al emprender una relectura del pasado (Mayo de 1810 como origen de la patria), una disputa del panteón de próceres patrios (aquellos concebidos como “progresistas” y promotores de la civilización política) y, en suma, una formulación de la futura democracia argentina como una causa nacional que debía proseguirse en esa clave, los socialistas argentinos redefinieron su propia tradición y las referencias de la cultura política internacionalista en que se filiaban, el sentido de sus símbolos (la bandera roja en convivencia con la nacional) y de sus rituales (el contenido de lo expresado en los 1º de Mayo) para instalarse como un actor político legítimo en la escena política argentina. La misión histórica que se habían impuesto -su horizonte de expectativas- había mutado, incubando la promesa optimista de haberse convertido en una mayoría potencial que no haría sino expresarse electoralmente en el futuro. Esto puede verse reflejado, asimismo, en el reconocimiento propinado por aquellos que en esa misma coyuntura había comenzado por impugnarlo, y en este sentido el resultado electoral de 1912 demostró ser un factor no menor. En palabras del diario *La Nación* respecto de un 1º de Mayo muy singular para los socialistas argentinos:

“Hasta ahora pudo discutirse entre nosotros la existencia o la legitimidad de una cuestión social argentina; lo que ya no cabe poner en duda es la incorporación a la vida política nacional de un considerable núcleo socialista (...) Si las necesidades de los tiempos -o nuestro destino como nación, sencillamente- exigen que hayamos de tener una agrupación socialista, es ocasión de felicitarse por el camino legal y disciplinado que toma dicha agrupación. No olvidemos que en muchas naciones la iniciación proletaria en la vida pública ha revestido formas de singular violencia”.

Después de todo, como concluía este exponente histórico de la opinión política nacional, los diputados Justo y Palacios eran “respetables por su inteligencia y patriotismo”⁶⁰⁴, mientras que *La Argentina* los había calificado poco antes como “figuras simpáticas y expresivas de la cultura nacional”.⁶⁰⁵ No obstante este reconocimiento, este doble consenso identitario entre los socialistas y aquellos que dejaban de considerarlo una planta exótica luego de los años álgidos en torno al Centenario, la llegada de los legisladores socialistas al Congreso, como se evidencia en el acápite, no dejará de suscitar una relectura de este fenómeno que trasladaba el antagonismo político a otros ámbitos. Asimismo, la nueva posición ocupada por un PS reconciliado con la Nación en todo lo que esta podía llegar a albergar de progresista, también dará lugar a nuevos planteos⁶⁰⁶ en torno a la pregunta de qué era ser socialista luego de 1912 y, en suma, cuál debía ser el rumbo y la misión histórica del socialismo en Argentina.

⁶⁰⁴ “1º de Mayo”, *La Nación*, 01/05/1912.

⁶⁰⁵ “Partido Socialista”, *La Argentina*, 08/04/1912.

⁶⁰⁶ Cabe destacar entre las primeras expresiones de estos planteos disconformes con la marcha del PS la aparición del grupo nucleado en torno al periódico *Palabra Socialista* y las discusiones gestadas en el marco del XIº Congreso partidario (DÍAZ, 2015).

VI. LA ÚLTIMA ESTACIÓN. LA REGENERACIÓN RADICAL ENTRE EL CENTENARIO Y LA REFORMA POLÍTICA (1909-1912)

“El Partido Radical representa, en la propaganda política, ese espíritu metafísico de que ha hecho mérito. En ellas no hay ideas concretas, principios prácticos de gobierno, pero se repiten con insistencia esas palabras símbolos que suenan tan bien (...) La difusión y el prestigio de este partido emanan del culto de los símbolos mencionados que constituye el espíritu bueno de esta religión política...”

A. Peralta, *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (1913)

I. La Revolución desarmada: la UCR frente al ocaso del régimen

La forma en que los hombres de la UCR habían destacado su singularidad en el concierto de agrupaciones políticas de la Argentina finisecular, algo que había estado presente tanto en la década de 1890 como con la reorganización de 1903, obligó a que se efectuaran nuevos ajustes luego del fracaso revolucionario de 1905. En efecto, las vicisitudes no sólo de su organización partidaria –con una particular estructura pensada más en función de la insurrección armada que de la participación electoral–, sino también de aquellos principios o ideas-fuerza que se encontraban en el corazón de su identidad política, planteaban ahora un escenario sustancialmente distinto frente al cual los radicales habían recortado su misión histórica de regenerar política-moralmente a la Patria.

La interpelación del nuevo contexto luego de la amnistía del régimen conservador a los insurrectos apuntaba tanto a modificar su táctica política extra-institucional como a incluirlos dentro del gran paraguas del “alma de la Nación” que se celebraba a sí misma. El propio programa político de las elites del Centenario revelaba en varias de sus aristas una notable similitud con la prédica del radicalismo, lo cual se remontaba a los planteos regeneracionistas del conservadurismo antirroquista de principios de siglo; en especial con aquello que podemos llamar sus fundamentos ideológicos, en donde los planteos más ligados a la libertad político-electoral y una moral republicana comenzaban a declinarse en un patriotismo que se subsumía cada vez más en el espíritu nacionalista del Centenario que cristalizaría en 1910.

Como se sabe, las mismas promesas de Figueroa Alcorta de llevar adelante una reforma electoral generaron el acercamiento de Hipólito Yrigoyen en una serie de

conferencias privadas⁶⁰⁷, lo cual constituyó un primer paso para lo que será una progresiva reducción del antagonismo de la UCR para con los gobiernos conservadores. Por otro lado, no de otra forma podía ser recibido de parte de aquellos que postulaban la bandera de la “reparación”, el discurso que actuaba como programa de gobierno del candidato oficialista Roque Sáenz Peña, que buscaba conseguir “la hermosa exigencia de la verdad institucional (...) por obra de nuestra grandeza” (SÁENZ PEÑA, 1909: 62. Si bien la historiografía reciente ha destacado las coincidencias de los enunciados regeneracionistas del futuro presidente con los del radicalismo en torno a 1912 –enfaticando, eso sí, en el carácter “externo” de la UCR en relación al sistema de poder establecido (BOTANA y GALLO, 1997: 117; PERSELLO y DE PRIVITELLIO, 2009: 95)–, para lo que aquí nos interesa, poco se ha explorado en torno a cómo este clima de ideas común terminará por legitimar no sólo el presente sino lo que los radicales concebían como toda su lucha previa, precisamente en esta coyuntura crítica que desembocaría en la reforma de 1912. El mismo Sáenz Peña expresaba que esa coyuntura en torno al Centenario se presentaba como una transición para “formar las fuerzas vivas de la opinión nacional” para comprobar mediante elecciones limpias “la voluntad presunta de la nación” (SÁENZ PEÑA, 1909: 63-64).

De esta forma, si la llave maestra del sufragio destrabaría la expresión de una comunidad política que hasta allí no se encontraba verdaderamente representada, ya sea por manipulación ya sea por su propia abstención, ¿acaso los radicales no se habían pensado desde sus orígenes como la genuina expresión del pueblo, en este caso, como una mayoría latente que sólo esperaba la demolición del dique para inundar el espacio político nacional? Esta idea de efectivamente encarnar la voluntad popular como una constatación indiscutible –que contrastaba con la convicción temporalmente progresiva de los socialistas de representar al proletariado como clase, pero entendiendo su horizonte de mayoría nacional como una misión abierta al futuro– se encontraba en el núcleo de la identidad radical. El problema, como se verá, estribaba en que no todos los que se reconocían como miembros de ese colectivo entendían lo mismo por “ser radical” ni compartían las premisas organizativas

⁶⁰⁷ Según destaca Martín Castro, luego de la clausura del Congreso decretada en 1908 por el presidente de la Nación y las sucesivas decapitaciones de las gobernaciones roquistas en las provincias, “si bien no habría acuerdo entre Yrigoyen y Figueroa Alcorta sobre los proyectos de reforma electoral y el alcance de las intervenciones federales, los radicales reconocían que el gobierno central estaba reduciendo exitosamente la influencia política de Roca”, preocupación nodal de los hombres de la UCR, en especial luego de que éste dejara la presidencia en 1904 (CASTRO, 2012: 246).

para lograr la plasmación de la tan ansiada y postergada regeneración. Un dilema que, como expresa Darío Roldán, remitía, por un lado, al más general del ejercicio de la soberanía en el contexto de una política participativa y, por otro lado, a la forma en que se posicionaba una fuerza que se consideraba fuera del juego político regular y hacía de ello una bandera de identificación, pero que no contaba con un criterio definido ante el nuevo contexto, luego de un fracaso revolucionario y de una posterior reorganización partidaria que aún estaba trunca.

El período de virtual inactividad partidaria por que atravesaba la UCR luego de los sucesos revolucionarios evidenciaba, además, que distintos grupos provinciales filiados en su estela gozaban de una importante autonomía a la hora de decidir su estrategia política. El caso más paradigmático sería –y esto dará lugar a futuras discusiones acalladas precisamente por la desorganización– el del gobernador electo de San Luis, el radical Esteban Adaro, aliado con fracciones conservadoras y apoyado por una intervención federal decidida por el mismo Figueroa Alcorta, luego de una conferencia con Yrigoyen y la Mesa Directiva (provisoria) de la UCR, quienes le otorgaron su aprobación (YRIGOYEN, 1909b: 154-155). Esta actividad parcial y descentralizada comenzará a descongelarse con una nueva convocatoria para reorganizar una vez más al radicalismo en todo el país, a cargo de un Comité Nacional con una composición también provisoria pero que pretendía retomar las riendas de una situación política que se aceleraba con los tiempos electorales y la inminente elección de un nuevo presidente de la Nación, por lo que se solicitaba a los comités provinciales que estuviesen “a la altura de los deberes contraídos por el partido” (GALLO, 1909e: 110)⁶⁰⁸. Al igual que en períodos anteriores (1897, 1903), cada reorganización radical pretendía reconstruir una trama material y simbólica que, por los fracasos revolucionarios, por los vacíos de liderazgo o por las propias contingencias de los reacomodamientos más amplios del régimen oligárquico, se encontraba deshilvanada y sin un centro capaz de aunar sus distintos fragmentos. De allí que, inevitablemente, hicieran aflorar viejas tensiones latentes o emergieran otras nuevas. La convocatoria de 1909 no sería la excepción. Las preguntas sobre ¿qué hacer ante el nuevo contexto?, o la más perdurable de ¿qué era el radicalismo y qué era ser radical?, ocuparán un lugar decisivo al respecto.

⁶⁰⁸ En el apartado siguiente se detallan ciertos aspectos de este proceso, a raíz de las diferencias que afloraron entre los dos dirigentes partidarios más importantes de principios de siglo.

Siguiendo a Aboy Carlés, si en el devenir de toda identidad política, el juego entre el propio espacio de representación y el de la alteridad en el que se ubican a los adversarios constituye el plano en que se ubican unas fronteras delimitantes en constante reformulación, las distintas iniciativas locales demostraron pese a todo el persistente arraigo del radicalismo en las provincias. Al mismo tiempo, se dejaban vislumbrar ciertas demandas, pero todo el proceso se encontró permeado por fórmulas e imágenes que resultaban conocidas tanto para quienes se reconocían radicales como para sus otros. Como en toda reorganización, los referentes partidarios recitaban la poesía de la propia tradición, pero los diagnósticos no rebosaban de optimismo.

Dos destacadas personalidades del radicalismo del interior, que habían ocupado altos cargos dentro de la UCR en la década de 1890 y a principios del siglo XX, como el salteño Joaquín Castellanos y el cordobés Pedro Molina, expresaron uno que existía sí una “familia radical” pero sin organización política, y otro que la UCR actuaba por ese entonces más como una “fuerza moral” (“somos legión”), como “pueblo” (“disciplinada falange”) y como “idea” (“está en todos los corazones y en todos los espíritus: latente en los más, como instinto; en otros indeterminada como sensación”) que como una agrupación permanente. No obstante, en sendas conferencias pronunciadas en los primeros meses de 1909 y que abrigaban como objetivo la reinstalación de los respectivos comités provinciales, las intervenciones no eran complacientes tampoco con la situación nacional y retomaron el tono crítico que caracterizaba a la retórica radical: para Molina, continuaba por esos días la “crisis moral” que permitía lo que para entonces ya eran –según sus palabras– “treinta años de dictadura”⁶⁰⁹; mientras que para Castellanos los gobiernos del PAN constituían una “infección política” que debía extirparse del cuerpo político de la Nación, y ésa era la “la misión histórica en que trabaja desde hace veinte años” el Partido Radical. Como en otras ocasiones, el lenguaje emotivo y trascendente convertía al mismo menos en una fuerza de contornos definidos que en una religión cívica, “en algunos clara y precisa como una convicción, y en muchos fija como *dogma de una fe santificada como el símbolo de un culto*” (CASTELLANOS, 1909: 58, destacado propio). Sin embargo, esta idea de constituir una “comunidad de sentimiento” (BEREZIN, 2001: 93) antes que una fuerza de organización permanente, permitía ligar lo

⁶⁰⁹ La conferencia de Pedro Molina, en el contexto de una nueva conmemoración de la revolución radical de febrero de 1905, transcrita en: “Partido Radical. Organización deficiente, necesidad de tribunas y programas. Convicciones comunes. La palabra de Pedro C. Molina”, *El Tiempo*, 11/02/1909.

que de otra forma se encontraba disperso y además se proponía una tarea futura: concretar esa idea moral “en un partido verdaderamente orgánico que traduzca su programa en hechos afirmativos”. El objetivo de dicha tarea no era otro que el que formulara Sáenz Peña en su programa del mismo año, esto es, “la restitución del sufragio a todas las secciones de la República” (CASTELLANOS, 1909: 62 y 64).

Para el presidente del Comité de la Capital Federal, Vicente Gallo, el momento también era de incertidumbre, según se desprende de su conferencia en el teatro Coliseo de la misma, pero la identidad radical aparece como un resguardo que permite campear un contexto que estaría signado por la “disolución de los partidos”. A diferencia de éstos, que seguían a un hombre o a una candidatura transitoria, la UCR había atravesado momentos de grandes adversidades y se mantenía como “credo cívico” por “sentimientos instintivos de conservación nacional”, única “fuerza susceptible de sugerir esperanza y encender fe”. De esta forma, si el resto de las fuerzas políticas se caracterizaban precisamente por su transitoriedad y descreimiento, ¿qué eran entonces los radicales? Eran, a su entender, “soldados de una causa fundamental, causa de reparación y de justicia, prestigiada por 17 años de sacrificios, “el alma sana de las muchedumbres”. Se reiteraban así todos los *topoi* del imaginario del radicalismo: su singularidad en relación a los partidos que participaban de “comicios oscuros y sin garantías” (GALLO, 1909a: 85-87), el hecho de que los radicales eran verdaderos creyentes en una causa que les otorgaba una misión histórica de carácter nacional, pero también la idea de que ella implicaba unos ciertos valores (virilidad, patriotismo), entrega y sacrificio, lo que en las revoluciones podía implicar el “holocausto” de la misma vida. En suma, las propias características que los distinguían le brindaban al radicalismo la “superioridad moral necesaria” para sobreponerse a su estado de desorganización y, eventualmente, vencer, ya que el “pueblo” y las “muchedumbres” eran ya esa mayoría latente y se reconocían en aquel.

En el caso de los radicales de la provincia de Corrientes, que venían también de varios años de virtual disolución, la piedra de toque de la reorganización acercaba la promesa de la “reconstrucción del edificio institucional”. En efecto, luego de haber participado en las elecciones de la década anterior, la abstención parecía ser una táctica que no podía prolongarse mucho más, si era el mismo régimen gobernante el que se proponía reformarse ante su “descomposición”. Como afirmaba el Manifiesto lanzado el mes de abril de ese año,

[e]s precisamente a lo que va el Partido Radical, a que abran las puertas legales fatalmente clausuradas para el libre ejercicio del principio democrático” (citado en SOLÍS CARNICER, 1909: 126, nota 77). Pero la Convención provincial reunida poco después, que además sancionaría un pormenorizado programa partidario de corte liberal-progresista realmente novedoso para la UCR y que compartía ciertos puntos importantes con la plataforma electoral del PS, no dejaba de declararse “intransigente” y se mostró dispuesta a continuar en la abstención –e incluso en la revolución– si las fracciones conservadoras dilataban la reforma política (SOLÍS CARNICER, 2006: 126-127)⁶¹⁰. Vemos así cómo, signados por una serie de realidades muy heterogéneas, los fragmentos dispersos del radicalismo se mostraban dispuestos, aún con matices, a participar de una nueva confluencia partidaria. Así las cosas, la expectativa de que las promesas regeneracionistas del oficialismo se tradujeran en elecciones limpias, tanto a nivel nacional como en los distritos provinciales, reducía de por sí el tono del antagonismo. Posicionamiento que, de forma algo paradójica en el nuevo contexto, se presentaba como un elemento constitutivo de la identidad radical, junto con el recuerdo de las revoluciones y el homenaje a los muertos; mientras que la bandera de la “intransigencia” parecía ser en ocasiones un obstáculo para aquellos sectores partidarios más proclives a continuar la “causa” mediante los canales institucionales.

Hemos visto que en la Capital Federal, la situación del radicalismo era similar, entre la expectativa frente un nuevo gobierno que promoviera una “reacción institucional”, pero conservando como un capital político de fuerte contenido simbólico el presentar a la UCR como el más antiguo y férreo opositor al régimen, su verdadero “otro”. Habiendo surgido en el Comité de la Capital algunas voces disidentes con lo que se entendía era la conducción partidaria en torno a Hipólito Yrigoyen, el grupo que lo rodeaba decidió lanzar en julio de

⁶¹⁰ La Convención estaba encabezada por los dirigentes históricos del radicalismo correntino, entre ellos Ángel Blanco, de destacada actuación en la reorganización de 1903, Florentino Díaz, Benigno González, Federico Velazco, Antonio Madariaga y Juan Ramón Mantilla, entre otros. El programa propuesto en la Convención, de acuerdo a Solís Carnicer, planteaba: asegurar el régimen federal, la representación de las minorías, la legislación del trabajo y protección del obrero, la separación de la Iglesia y el Estado, la reglamentación de las congregaciones y asociaciones religiosas, la expulsión de las congregaciones que se establecieron en el país violando las prescripciones constitucionales, el monopolio estatal de la instrucción pública, la compra de los ferrocarriles, el fomento de la educación agrícola e industrial, el divorcio absoluto, obras públicas, libre cambio, reforma impositiva, fomento de industrias, celebración de tratados comerciales con naciones sudamericanas, naturalización obligatoria para los extranjeros, modificación de la ley de residencia y abolición de la pena de muerte.

1909 un nuevo órgano de prensa: *La República*. Tal como se pormenorizará en los apartados siguientes, si bien el nuevo periódico no podía concebirse como vocero oficial del radicalismo nacional, la intención era que se erigiera en ariete del sector yrigoyenista en el marco de la reorganización, por lo que su dirección quedó a cargo de José Camilo Crotto, mientras que la primera página de su primer número estaba encabezada por un ícono de incontestable significación para los radicales: un retrato de Alem⁶¹¹.

Las ambigüedades del momento, y lo que era leído por buena parte de la opinión política como desconcierto general de los radicales, se dejaban vislumbrar por la moderación con que los sectores más declaradamente “intransigentes” acogían la candidatura oficial de Sáenz Peña. Una vez más, cabe destacar que este no era un dato menor para comprender la evolución de esta identidad partidaria. Si la misma se había constituido no contra hombres sino contra todo un sistema, aunque la crítica al personalismo y los “gobiernos electores” era parte esencial de esta lógica, un periódico que había sabido militar en las filas del radicalismo y que todavía otorgaba un lugar central a la agrupación, *El Tiempo*, se encargó de advertir las coincidencias y cercanías de los hombres de la UCR (incluso de los yrigoyenistas) con la propuesta de Sáenz Peña, tanto por su pública promesa de democratizar el régimen político como por su vieja amistad con Hipólito Yrigoyen⁶¹². En el clima de este antagonismo atenuado es que los radicales de todo el país se proponían organizar una nueva Convención Nacional para que eligiera las nuevas autoridades del partido y fijara el rumbo del mismo ante la reforma electoral. Como muestra de ello, resulta importante destacar la respuesta que diera el Comité radical de la Capital ante el ofrecimiento realizado por Ricardo Lavalle, presidente de la saenzpeñista Unión Nacional, para fiscalizar la depuración del padrón electoral. La propuesta venía a confirmar el relativo optimismo con que los radicales encaraban el proceso en ciernes, pero desde el radicalismo capitalino se optó, antes bien, por exaltar la singularidad de la UCR: si el camino de la democratización, mediante la “verdad del sufragio”, era el que debía “solemnizar nuestro gran Centenario” –aducían Gallo y el

⁶¹¹ La información sobre *La República* proviene de *Hipólito Yrigoyen. Pueblo y gobierno*, 1956. Lamentablemente, no se ha podido dar con ejemplares de dicho órgano de prensa del radicalismo de Capital Federal, pero a los fines de nuestra investigación, contamos con los documentos más relevantes publicados en el mismo a partir de compilaciones, así como de la publicación en otros periódicos de las intervenciones de los dirigentes radicales.

⁶¹² “El Dr. Sáenz Peña y los radicales”, *El Tiempo*, 15/07/1909. Por lo demás, el mismo periódico antes radical se encolumnó detrás de la candidatura oficialista, publicando de forma cotidiana su programa y su lista electoral.

secretario Francisco Riú–, el “programa de regeneración política e institucional” que era el objetivo de la Unión Nacional era adecuado, pero éste ya había sido planteado por la UCR luego de “veinte años de luchas y sacrificios”.

Ante lo que se entendía como una coincidencia programática, los radicales concebían lo que comenzaba a operarse como un “reconocimiento de las causas que le habían dado existencia” a su agrupación y no podía concebirse mayor legitimidad que la emanada de aquellas luchas (GALLO, 1909c: 142-143). Por otro lado, el Comité de la Capital argumentaba no poder responder por todo un partido que se encontraba en medio de su reorganización. El regeneracionismo parecía ser entonces una consigna que impregnaba a las elites políticas del Centenario, tanto oficialistas como opositoras, pero en el caso de los radicales, la “superioridad moral necesaria” expresada más arriba por Vicente Gallo los ubicaba según su opinión en un lugar excluyente y con el virtual monopolio de su reivindicación. En otras palabras, no se trataba de lo positivo o negativo de un consenso, sino de quien se mostraba como más convincente dentro de un arco político altamente fragmentado y con un PAN en flagrante descomposición. Sin apelar a lo más virulento de su arsenal retórico –después de todo se trataba de un período de distensión y de la satisfacción de sus demandas históricas–, los radicales harían todo lo posible para enfatizar esa distinción en un contexto que de todas formas se les mostraba favorable. El problema radicaba, antes que nada, en la propia unidad de la UCR.

La celebración de la Convención Nacional de la UCR a fines de diciembre de 1909 en la capital del país tuvo, de hecho, una gran trascendencia pública para reinstalar al partido en el centro de la escena política nacional; menos por sus debates y resoluciones –acalladas en los primeros las disidencias, un compendio de reafirmaciones identitarias en cuanto a las segundas–, que por la potencia simbólica proyectada por un ritual que ya tenía hitos destacados en la intrincada historia del radicalismo⁶¹³. La asamblea de los delegados provinciales del partido que habían adherido a la reorganización fue el escenario en que Hipólito Yrigoyen comenzará a consolidar un liderazgo, por entonces, bastante discutido.

El principal tópico que permeó las distintas reuniones, algunas de las cuales se realizaron con carácter secreto, no fue otro que la cuestión de la reforma de la ley electoral,

⁶¹³ Ambas dimensiones, la de los debates que condujeron y que rodearon a la Convención, como el despliegue de la liturgia radical, son analizadas en los posteriores apartados del capítulo.

y allí el mismo Yrigoyen mostró hasta qué punto la UCR había cambiado su postura frente a los gobiernos conservadores, al dar cuenta mediante un informe público de sus citadas reuniones con Figueroa Alcorta en 1907 y 1908. Explicando que las mismas se dieron por pedido del propio presidente saliente, el dirigente radical dejó en claro que si bien estaba demostrado para los radicales que “la prueba y el sacrificio” de la “labor revolucionaria” podían presentarse en cualquier momento si las condiciones institucionales no cambiaban, ahora la tarea era la de una “amplia reorganización” a la espera del cumplimiento de las promesas oficiales de una “reacción”. Asimismo, Yrigoyen destacó ante la Convención una convicción que, presente desde los orígenes de la UCR en la década de 1890, en el contexto del Centenario ocupará un lugar central de su prédica y de sus creencias, a saber, que si bien Argentina no tenía:

“más que un siglo de existencia, ella era de tradiciones tan colosales y de desenvolvimientos tan vastos, que *a esta hora deberíamos de estar en la escena del mundo como factor concurrente a la obra universal*, no ya por asimilación, sino por propia identificación civilizadora” (YRIGOYEN, 1909d: 23).

Como en buena parte de las elites políticas y culturales en torno a 1910, los principales dirigentes del radicalismo encontraban que el momento conmemorativo venía a explicitar el desenvolvimiento secular de una Nación joven que, por el falseamiento de sus instituciones políticas, no lograba ocupar aún su lugar dentro del concierto de naciones civilizadas. En este sentido, el Centenario permitía a los radicales reactualizar una vez más el diagnóstico de crisis que actuara como condición de posibilidad de su nacimiento como agrupación política y que justificaba la prosecución de su “causa de reparación”. Sólo en esta clave puede ser leído el testimonio –a todas luces exagerado– que prestara Yrigoyen sobre la caracterización que supuestamente hiciera Figueroa de la UCR: el conjunto de “ciudadanos más altruistas y patriotas (...) de más alto pensamiento”, no existiendo “en el mundo un movimiento de opinión con ideales tan levantados” (YRIGOYEN, 1909d: 26).

La comparación con el posicionamiento de los socialistas, así como el reconocimiento que el gobierno que se disponía a celebrar el Centenario de la Revolución de Mayo hiciera de los mismos al confinarlos en el lugar de la anti-Patria, no podía ser de mayor contraste. Tanto la UCR como el PS se ubicaban claramente en el espectro de la oposición al conservadurismo y sus respectivas identidades partidarias hacían de ello una bandera. Por

otro lado, ambas fuerzas entendían que la democracia –si bien con distintas concepciones de la misma– era menos una realidad que un objetivo a concretar, de allí que su demanda por una reforma político-electoral actuaba como una condición *sine qua non* de lo que entendían eran sus misiones históricas. Pero en el clima del Centenario, la exaltación de un patriotismo militante extendido tanto entre la mayor parte de los partidos políticos como en buena parte de la sociedad y promovido activamente por el Estado, explicitaba todas las diferencias que separaban a las culturas políticas que actuaban como horizonte de referencias de radicales y socialistas. Por caso, el internacionalismo obrerista que había signado los orígenes del socialismo en Argentina, ahora atenuado y matizado con una incipiente reivindicación de su carácter “nacional”, no llegaba con todo a equipararse al reconocimiento de un código de creencias comunes que brindara el presidente del Centenario para con los “patriotas” radicales, amén de la grandilocuencia estilística de Yrigoyen. Pese a que la UCR había actuado como uno de los factores más fuertemente disruptivos dentro de las coordenadas del orden conservador, ni siquiera los representantes del mismo le negaban a aquella su pertenencia a una más amplia familia nacional.

Ahora bien, en lo que hacía a las resoluciones de la Convención radical, una nueva entrevista con el presidente por parte de representantes del partido –encabezada por el delegado por La Rioja Pelagio Luna y por Vicente Gallo–, la cual solicitó “la celebración del Centenario con una gran elección libre”, terminó por decidir la confirmación de la abstención electoral para 1910, al asegurar Figueroa que no podía convocarse a sesiones extraordinarias para dictar la prometida reforma política⁶¹⁴. El resultado final fue una declaración que, en rigor de verdad, lo que hacía no era sino consolidar una dirección para la UCR reorganizada, reafirmando una serie de consignas que ya se consideraban canónicas del radicalismo y a tono con el clima de autocelebración nacional: la “protesta contra el régimen imperante en el país, por los vicios de su origen”, la ratificación del “concepto fundamental de la política radical como norma del partido y la acción solidaria nacional como regla de su desenvolvimiento” y la “adhesión a los ideales de una amplia reparación nacional por los que durante veinte años ha luchado incesantemente en todos los terrenos”. Finalmente, se dejaba abierta la posibilidad de un cambio de estrategia ante la eventualidad de la reforma, para lo

⁶¹⁴ “La entrevista de ayer. La delegación radical y el presidente. Resultado negativo”, *La Nación*, 31/12/1909.

cual se exhortaba a continuar con “la propaganda cívica atrayendo y condensando bajo su bandera la mayor suma de opinión” y otorgando al nuevo Comité Nacional presidido por José Camilo Crotto facultades para decidir sobre el curso de acción (en: GALLO, 1909f: 112-113).

Como en sus mismos orígenes, los radicales se reservaban para sí la legitimidad de interpelar al conjunto del cuerpo nacional porque su causa coincidía, a su entender, con las tradiciones y el desarrollo histórico del mismo. Con ello, la nueva conducción partidaria acaparaba todo el capital político que implicaba reivindicar la memoria de las etapas pasadas de la UCR, al excluir a ciertos sectores críticos y acallar otras voces disidentes que surgieron al calor de la misma Convención⁶¹⁵.

II. El Centenario radical, entre Nación y democracia

El año 1910 reproducirá, con la implicación de nuevas aristas, esta distensión con afinidades entre la UCR y el “régimen”, así como la exaltación de la singularidad de la primera en relación al resto de las fuerzas políticas que se ubicaban en la oposición. Desde otro punto de vista, los festejos del Centenario no encontrarán a un radicalismo participando de las celebraciones oficiales, sino más bien a una fuerza que se debatía entre el mantenimiento de una postura intransigente y su reacción ante una situación que lo interpelaba de acuerdo a las mismas ideas que aquel decía defender. Resulta por demás sintomático de los sentidos que rodeaban a la identidad radical y a su mito fundacional, aún luego de su creciente moderación, el hecho de que a inicios de ese año la sola puesta en escena de la obra de teatro titulada *El Parque* –ambientada en el “drama de 1890”, donde aparecían los personajes de Alem y combatientes cívicos armados y tocados con la boina blanca– diera lugar a sus suspensión por parte de la municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, aduciendo que la misma hacía apología de un acontecimiento subversivo. No obstante, ante ello, el diario *El Nacional* se encargó de afirmar que, lejos de tal cosa, aquella “cruzada

⁶¹⁵ El dictamen de la comisión designada por la Convención estaba firmado por Yrigoyen, Gallo, el mendocino José N. Lencinas, Pelagio Luna, el capitalino Fernando Saguier, tucumano Pedro Cornet y el santiagueño Ramón Gómez. Al imponerse el secreto de las deliberaciones en las sucesivas reuniones, las mencionadas voces disidentes recién se harían escuchar algunos meses después al cuestionarse precisamente el rumbo elegido durante la Convención. Sobre la composición de la misma, ver GALLO, 2009.

cívica (...) hoy pertenece por completo a la historia nacional” y su significado trascendía a la causa de tal o cual partido político⁶¹⁶.

El escándalo no obstó para que la Mesa Directiva de la UCR rechazara la propuesta de dirigentes de la Unión Cívica para formar una “coalición opositora” junto a ésta y el PS, que también terminaría optando por la negativa. Para los radicales, un ensayo de ese tipo desvirtuaba lo que había resuelto recientemente la Convención y aparecía como un primer paso para aceptar el marco electoral vigente. En cambio, para opiniones como la de *El Diario*, esto no era más que una muestra del estado de “desorganización interna” que reinaba en la UCR⁶¹⁷. Declarada entonces al abstención y cerrando las puertas a una alianza opositora al exaltar la “intransigencia”, ¿cómo subsistía la organización partidaria y, en otro nivel, la identidad radical hacia el Centenario?

Además de algunas conmemoraciones aisladas, los miembros de la UCR apelarán por ejemplo a una conocida práctica de propaganda política típica de las formaciones militantes, las “conferencias de instrucción cívica” para sus afiliados. En los capítulos precedentes se ha explicitado que los radicales entendían que su misión histórica de regeneración política y moral tenía una fuerte connotación de “función pedagógica”. En los prolegómenos de los festejos alrededor de la Nación, el clima político se conjugaba con las convicciones que los mismos radicales venían postulando desde hacía años. Así, en la citada conferencia de Pedro Molina, éste había expresado que la UCR era una “escuela de la libertad política”, cuyo horizonte era la democracia, entendida como “verdad del sufragio universal”, y su máximo objetivo una “reparación” que implicaba “constituir la patria que concibieron los próceres de Mayo”. En tanto para el citado Castellanos –futuro gobernador radical de la provincia de Salta–, la “idea radical” se proponía en términos similares una “integral recomposición orgánica de la nacionalidad argentina” y la restitución del sufragio. Para el viejo discípulo de Alem, la primera de estas cuestiones, expresada en una clave organicista extendida en buena parte de las elites político-culturales de la Argentina finisecular, implicaba desde el “mejoramiento de la raza” –para lo cual proponía mejorar las condiciones de vida de los obreros así como “formar sus mentes”– hasta un sostenimiento de las políticas armamentistas

⁶¹⁶ “El Parque”, *El Nacional*, 03/01/1910. La obra era autoría de los dramaturgos Vicente Matínez Cuitiño y José González Castillo y fue interpretada en la Capital Federal por la Compañía Ducasse-Quiroga-Gialdroni. Al respecto, ver PELLETIERI, 2002.

⁶¹⁷ “Los radicales”, *El Diario*, 15/01/1910.

en lo que hacía a las relaciones exteriores, punto en el que no acordaba con el dirigente cordobés (CASTELLANOS, 1909: 58)⁶¹⁸.

Este cruce entre democracia y Nación en el ideario de la UCR, más allá de las posibles diferencias de entonación y matices entre sus distintas líneas, no debe soslayarse a la hora de reconstruir la evolución de su identidad política entre el Centenario y la reforma electoral de 1912 que abriría el proceso de democratización política. Para el poeta salteño, por ejemplo, el patriotismo era entendido como una pasión política y una virtud suprema, y el radicalismo “una *fuerza moral representativa de todo lo viril y erguido que nuestra raza del pasado se empeña en transfundir a nuestra raza del futuro* (SIC)” (CASTELLANOS, 1909: 61-62, destacado propio). La opinión de Vicente Gallo, que había sido miembro de la primera Liga Patriótica de 1898, era que también la cátedra universitaria constituía una tribuna adecuada para esta pedagogía cívico-política. A su entender, el “gobierno libre” sólo se lograría si se apelaba, una vez más, a la “superioridad moral” del patriotismo, deber que a su vez era necesario promover mediante “el culto por los ideales de la democracia”. En su intervención de tono doctrinario aparecida en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, expresaba al respecto:

“a las instituciones políticas no las promulga la palabra divina en las cumbres sagradas, porque son la forma lapidaria del sentimiento y de *la idea de un pueblo, en un momento dado, sobre la organización de su gobierno, y que, tras de esa fórmula está la vida misma de la nación*” (GALLO, 1910: 13, destacado propio).

El pueblo del Centenario, mediante su patriotismo, debía así dar forma a unas instituciones democráticas que expresarían la verdadera forma política de la Nación, y la UCR se planteaba como el actor privilegiado para concretar esa misión. Según aseguraban sus principales exponentes, esa regeneración era su “causa”.

⁶¹⁸ En su conferencia, que evidenciaría una formulación sistemática de los principios de un nacionalismo bastante acabado, Castellanos se refirió, en relación a la compra de buques de guerra y a la formación militar de los ciudadanos, al “curioso criterio de complacencia ilimitada pretendiendo que las naciones vecinas tienen derecho a armarse sin que nosotros debamos alarmarnos, pero nosotros no podemos hacer lo mismo para no alarmar a los vecinos” (CASTELLANOS, 1909: 59-60). En este punto, Castellanos reformulaba y completaba los argumentos que había esgrimido en 1895 en relación al conflicto limítrofe con Chile. Por su parte, en 1908 Pedro Molina había suspendido una conferencia pública que iba a dictar para los radicales de Rosario precisamente porque su oposición a la política armamentista de Figueroa Alcorta podía ofender a los dirigentes santafesinos, ya que muchos militares que simpatizaban con la UCR estaban convocados a la misma.

Tal como se experimentara en otros casos nacionales –el francés, por ejemplo– el cambio de siglo había operado una progresiva evolución de un patriotismo republicano decimonónico, propio de los procesos de construcción y unidad estatal, hacia un patriotismo con connotaciones nacionalistas de tipo esencialista e excluyente de toda diferencia. Lo relevante del caso estriba en que este fenómeno no sólo abarcaba a las elites culturales preocupadas por la búsqueda de un “ser nacional” y a un Estado abocado a formar a sus ciudadanos, nacionales y extranjeros, mediante una serie de dispositivos capaces de promover sentimientos de nacionalidad. Sino también a incipientes organizaciones partidarias creadas desde la oposición política y cuyas identidades se nutrían de los mismos mitos nacionales puestos en circulación por aquellos, conjugados con sus propias memorias y creencias que remitían a lo que entendían como su misión histórica. Abrevando por un lado en convicciones compartidas y en un imaginario patriótico común, la dimensión agonística propia de la política militante trazaba fronteras frente a otras agrupaciones, en un proceso en donde los enemigos no estaban ya solamente fuera de la Nación, también podían ubicarse al interior mismo de sus confines (WINOCK, 2003: 117).

Las conferencias organizadas por los radicales en 1910, a tono con el contexto de las celebraciones patrias, suscitaron distintas reacciones. Las intervenciones de Juan Frugoni (bajo el título de “La Revolución de Mayo”) o del Comité de la Juventud Radical de La Plata (sobre las revoluciones de 1890, 1893 y 1905) eran entendidas por algunos como un homenaje a los “padres de la patria” y al “sacrificio de los defensores del honor nacional”⁶¹⁹. Mientras que para el órgano del PS, que se debatía entre el extremismo antipatriota de la huelga general anarquista y el nacionalismo excluyente del gobierno, las iniciativas del radicalismo que pretendían “explicar al pueblo la historia argentina y las tradiciones cívicas del país” no realizaban una verdadera obra democrática, porque esta supuesta “educación política del pueblo” no ponía el foco en sus necesidades actuales y en los medios más inteligentes para resolverlas⁶²⁰. Pero la inacción general de la UCR, al no participar del calendario electoral e incluso suspenderse la conmemoración de los veinte años de la Revolución del Parque por el estado de sitio impuesto en mayo, ponía a prueba lo resuelto en la Convención.

⁶¹⁹ “Unión Cívica Radical”, *La Argentina*, 10/05/1910.

⁶²⁰ “Los radicales en pie”, *La Vanguardia*, 30/03/1910.

Sin embargo, resurgieron con insistencia rumores de una posible revolución radical en distintos puntos del país, desde Córdoba, Tucumán, Santiago del Estero a Rosario. La amenaza esgrimida por las autoridades incluía a buena parte del Ejército, lo que dio lugar al arresto de oficiales y dirigentes civiles (por ejemplo, el mismo Crotto en Capital)⁶²¹, aunque todo indicaba que se trataba de falsas alarmas de parte del gobierno saliente (CASTRO, 2012: 310). Si se confía además en las memorias del dirigente santafesino Ricardo Caballero, a la sazón uno de los secretarios del Comité Nacional, el propio Yrigoyen concebía que no debía entablarse una “lucha fratricida” en el mismo año del Centenario, en “homenaje a los grandes recuerdos nacionales” (CABALLERO, 1975: 116-117). Como en tiempos del conflicto con Chile, cuando el primer radicalismo pusiera un paréntesis en sus trabajos revolucionarios, el nuevo radicalismo de principios de siglo argumentaba colocar la unidad de la Nación por encima de las disputas intestinas, según le prometiera Yrigoyen a Figueroa en sus entrevistas⁶²². Ello también parecía estar en función de no dejar expuesta una organización aún muy incipiente, luego de la confluencia de 1909, ya que públicamente varios dirigentes radicales explicitaron críticas que habían sido acalladas durante la Convención (ver siguiente apartado).

El nuevo diálogo entablado esta vez entre Yrigoyen y el presidente electo Roque Sáenz Peña, en septiembre de 1910, permite echar luz sobre las coincidencias destacadas más arriba en relación al cruce entre cuestión democrática y cuestión de la Nación. Por un lado, aparece el antecedente del contacto de la Unión Nacional con la UCR al lanzarse la candidatura del ejecutor de la reforma política y la consigna común de llevar a buen puerto un proceso de regeneración política que sustentara, a su vez, un contenido nacional. Existía ya un denominador común que convertía al radicalismo en un interlocutor válido en el contexto del Centenario. Por otro lado, el mismo Sáenz Peña confiaba en que la inminente concurrencia de la UCR en elecciones limpias sería una contribución clave para hacer viable el conjunto de la reforma política. Tal como explicara en su primer discurso ante las Cámaras del

⁶²¹ “Las alarmas revolucionarias. Prisión de radicales” y “Las alarmas en Córdoba” *El Diario*, 25 y 26/08/1910.

⁶²² Caballero afirma que eran los mismos oficiales del Ejército y de la Marina los que presionaban a una dirigencia radical que nunca había cortado contactos con los mismos luego del fracaso revolucionario de 1905. Según ciertos estudios clásicos, que vincularon la creciente profesionalización de las Fuerzas Armadas en Argentina con el clima de ideas del cambio de siglo, los militares que se sumaban a las insurrecciones planteaban que ello era un “deber patriótico: el radicalismo se les presentaba como la forma popular del nacionalismo” (ROUQUIÉ, 1981: 135).

Parlamento, el “pueblo de Mayo” había celebrado su primera centuria y demostrado las “vibraciones sensibles del alma nacional” a todo el mundo, mientras percibía “en los partidos la voluntad de ejercitar sus derechos, presiento los movimientos reparadores de la inercia”, ya que si “la democracia es renovación y movimiento (...) sólo la nación es inmutable” (SÁENZ PEÑA, 1910: 275).

Lo que se entiende como una coincidencia de ideas, se sustentaba en el hecho de que, luego de cerrar un acuerdo en torno al voto secreto y obligatorio así como al padrón militar, Yrigoyen y Sáenz Peña encontraban a la representación proporcional como un principio “antidemocrático y anticonstitucional”. Según Caballero, quien reproduce un texto de Yrigoyen, para ambos dirigentes el “pensamiento constitutivo de la Nación” sólo podía estar representado por dos “grandes fuerzas nacionales”. Esto es, que pese a sus diferencias específicas (gobierno-oposición, origen conservador en las elites-bases populares), se debía actuar de acuerdo a un fondo de creencias comunes filiadas en las tradiciones de esa “Nación inmutable”, la cual supuestamente estaba destinada a ser un actor relevante en un más amplio proceso civilizatorio (CABALLERO, 1975: 120)⁶²³. En contraste, se ha dado cuenta en el capítulo anterior de las dificultades, pero al mismo tiempo de la firme convicción, de los socialistas del Centenario por identificarse con lo que entendían era el legado progresivo de ciertas tradiciones políticas nacionales. Una inflexión que, sin embargo, aparecía como demasiado reciente si se la compara con una prédica radical que confundía su propia causa con la de la consumación institucional y espiritual de la Patria. Por otro lado, nada más lejos de los socialistas que la idea de expresar el “alma de la Nación” de la que hablaban los conservadores y los radicales hacia 1910. Para aquellos, esta entidad constituía a lo sumo el marco natural de su accionar como partido político y, por lo tanto, una comunidad de destino en lo inmediato, pero no el espíritu inmutable que exaltara el nacionalismo político-cultural del Centenario. La sacralidad patriótica de los radicales, a ojos de los socialistas, no podía ser sino un contrasentido de su postulado “nacionalismo sano” o “inteligente”.

A partir de ese acuerdo básico con los sectores reformistas del régimen, tanto en lo que hacía al contenido de la futura reforma como en la afinidad respecto de las ideas que debían permear a los partidos políticos “nacionales”, las acciones del radicalismo se

⁶²³ En lo que respecta a la discusión de los puntos de la futura reforma política, el testimonio de Ramón Cárcano, hombre del círculo saenzpeñista, coincide en sus memorias con lo planteado por Caballero (CÁRCANO, 1965: 70-74).

orientarán a destacar la singularidad que lo habría destacado, por un lado, de los mismos gobiernos conservadores y, por otro, del resto de las fuerzas políticas actuantes en ese contexto que se vivía como fin de una época. Es precisamente en esta clave de diferenciación externa y reafirmación identitaria hacia el interior de la agrupación que debe comprenderse la negativa de Yrigoyen ante el ofrecimiento que le hiciera Sáenz Peña para formar gabinete con algunos ministerios reservados para hombres de la UCR. Después de todo, el círculo dirigente que rodeaba al líder radical libraba una batalla en dos frentes, en vista del levantamiento de la abstención: disciplinar a un radicalismo recientemente reorganizado y disputar el sentido de un extendido regeneracionismo que consideraban una bandera propia⁶²⁴.

El desafío de los radicales era entonces mostrarse genuinos en esa reivindicación que los filiaba con su propia tradición. Al mismo tiempo, se volvía imperioso preparar el terreno para la concurrencia electoral y revelarse como una opción atractiva para esa mayoría latente que afirmaba representar al autoproclamarse expresión de una Nación política que aparecía ocluida para expresarse como tal en las urnas, de acuerdo a su consigna de la “reparación nacional”. Este doble frente es el que será esgrimido por la Mesa Directiva de la UCR al rechazar un nuevo ofrecimiento de colaboración, esta vez, en la organización de un mitin opositor a fines de 1910. Como a inicios de ese año, pretendían confluir cívicos y socialistas por iniciativa de una Junta Ejecutiva de la Juventud de la Capital. El documento firmado por José Crotto y Délfór Del Valle es por demás elocuente al resaltar que el radicalismo era ajeno “a toda tendencia partidaria y toda política militante” y se convocaría sólo “a los objetos de su misión esencialmente fundamental”. Ubicándose por encima de unos y otros, haciendo gala de su superioridad moral, fundada en “propósitos y caracteres superiores-incólumes desde tantos años ha”:

⁶²⁴ Para Natalio Botana y Ezequiel Gallo, el mentado paso de la “República posible” a la “República verdadera”, una fórmula que remitía a las concepciones histórico-políticas primero de Alberdi y luego de Mitre y hoy discutida por la historia conceptual, conllevó una “batalla ideológica” entre el reformismo gubernamental y la oposición radical por apropiarse de los postulados del regeneracionismo. Habría así, un regeneracionismo “desde arriba” y otro que venía pugnando por imponerse “desde abajo” (BOTANA y GALLO, 1997: 117). Una crítica bien fundamentada de esta apropiación de la historiografía académica de los postulados conceptuales de los actores históricos decimonónicos, argumentando que dicho modelo transitorio no contemplaría las distintas concepciones existentes a principios del siglo XX en relación a las formas de representación política y de figuración de lo social, en: PALTI (2007).

“La Unión Cívica Radical que en representación de la opinión ha asumido la magna tarea de la reconstitución de todo el organismo político de la nación, ha comprobado reiteradamente la exactitud de las sintéticas opiniones que la mesa directiva deja expuestas.

*“Pero no obstante, mira con simpatía la iniciativa del núcleo de jóvenes que usted preside, en el supuesto de que ellos están incontaminados, no sólo del ambiente de los gobiernos sino también de las agrupaciones militantes, que ya desde esos gobiernos o eliminados de ellos y en aparente resistencia, han perturbado siempre la acción reparadora”*⁶²⁵.

Se ve así de qué forma la “causa” radical, esa regeneración patriótica que se asignaba una misión de reparación política y moral de la Nación, impugnaba al resto de los actores en nombre del pasado; un pasado en realidad plagado de contradicciones, de marcha y contramarchas, de rupturas y reorganizaciones, así como de negociaciones con sus mismos antagonistas históricos. Y lo hacía no sólo ante lo que las propias historiografías militante y académica identificaron como su “otro” (el “régimen”), sino también frente a quienes con su actitud habían supuestamente legitimado el estado de cosas existentes. La no distinción de sus adversarios, incluidos los llamados por la prensa “partidos populares” (Unión Cívica y PS) opositores al PAN, redundaba para los radicales en un plus de pureza para su promesa.

Pero las aguas internas se inquietaban porque ese “régimen” estaba dando muestras de dejar de ser tal. Por eso el Comité Nacional se reuniría a fines de 1910 con Yrigoyen para determinar qué hacer luego de la asunción de Sáenz Peña, mientras que en Rosario la Juventud Radical de ese importante bastión de la UCR se planteaba si respetar o no la resolución de la Convención nacional de 1909, habida cuenta de las expectativas abiertas con las conferencias⁶²⁶. Como ha destacado acabadamente la historiografía reciente —en especial aquella referida concretamente al siguiente caso provincial (BONAUDO, 1996 y 1998; CARRIZO, 2012: 59-81)—, el apoyo de la dirigencia nacional de la UCR a la intervención federal decretada por Sáenz Peña a la provincia de Santa Fe en 1911 (CABALLERO, 1975: 122) y la convocatoria a elecciones en la misma, iniciarán el levantamiento de aquello que los radicales concebían como el dique de la abstención.

Este distrito tenía una importancia singular para el radicalismo, y ello se fundaba tanto en las oportunidades que ofrecía en el marco de la “reparación” que venía a garantizar el

⁶²⁵ La resolución de la Mesa Directiva de la UCR apareció como suelto en *La Nación*, 17/12/1910.

⁶²⁶ *El Municipio*, 05 y 06/10/1910; “Partido Radical” y “Partido Radical”, *La Nación*, 31/12/1910 y 04/02/1911.

presidente como, fundamentalmente, en la propia tradición que habían sabido construir los radicales santafesinos al menos desde las revoluciones de 1893. En efecto, se ha dado cuenta ya en capítulos anteriores de la potencia que contenía en esta provincia la Revolución como “lugar de la memoria” y su carácter popular, asociando los distintos acontecimientos locales a lo ocurrido en el Parque en 1890. La UCR tenía aquí también sus mártires-caídos y una causa irredenta que había acariciado el poder con el llamado “gobierno de los 21 días”, pese a las fuertes divisiones producidas luego de la Convención Nacional de 1897, generándose una superposición de estratos de memorias con temporalidades diferenciales⁶²⁷. En este sentido, un desafío de la nueva conducción de la UCR era ubicar en una misma organización y, asimismo, en una misma narrativa unificada –con un horizonte de expectativas común– a lo acontecido desde 1909 a nivel nacional y en los espacios provinciales, ya que el radicalismo contaba con notables matices y modulaciones locales de acuerdo a cómo habían evolucionado cada uno de aquellos. Así las cosas, luego de contener las demandas de las militantes de muchos clubes radicales de Rosario que clamaban por la participación mediante un Manifiesto cargado de las consignas partidarias⁶²⁸, se concretaron sucesivas reuniones entre la dirigencia de la UCR de Santa Fe y el Comité Nacional. Bajo la supervisión de los radicales de Mendoza, de Entre Ríos y de la Capital, que se encontraban cercanos a sus respectivos calendarios electorales, se convino una entrevista con el mismo Sáez Peña a mediados de 1911 y luego en marzo de 1912 para exigir garantías electorales (CABALLERO, 1975: 126-130)⁶²⁹.

A continuación se demostrará el lugar ocupado por las conmemoraciones radicales de las revoluciones del Parque, de 1893 y de 1905 a la hora de elaborar un pasaje simbólico entre las armas y las urnas, parafraseando el título de la obra de Paula Alonso referida a la

⁶²⁷ Sobre la memoria del radicalismo en la provincia de Santa Fe, se remite a REYES, 2015.

⁶²⁸ El Manifiesto redactado por los presidentes de dichos clubes afirmaba: “El comité departamental de la Unión Cívica Radical del Rosario (...) juzga oportuno recordar a sus afiliados que la abstención electoral continúa siendo para el Partido, una de sus bases fundamentales; que esa misma abstención caracterizada por la intransigencia que inspira todas sus decisiones, no puede quebrantarse ante las momentáneas ventajas que le ofrecen las luchas del comicio, ni alianzas ocasionales que implican siempre renunciamentos morales a la idea directriz para participar en el éxito de una jornada” (“Unión Cívica Radical. Manifiesto al pueblo”, *El Municipio*, 02/03/1911).

⁶²⁹ “Los radicales de Santa Fe ante el presidente” y “El Comité de la Capital del Partido Radical”, *La Argentina*, 01 y 07/03/1912. La comisión de la UCR santafesina estaba encabezada por dos hombres cercanos a Yrigoyen, pero que habían adquirido protagonismo en la misma recién luego de la revolución de 1905: el secretario del Comité Nacional, Ricardo Caballero, y el presidente de la Junta de Gobierno de la organización en dicha provincia, Ignacio Iturraspe.

década de 1890. Lo relevante de esta operación se ubica en el éxito de los miembros de la UCR para que la misma no resultara paradójica; por el contrario, el levantamiento de la abstención en 1911 y la aceptación de la inminente reforma electoral eran aceptadas no como una concesión del “régimen”, sino como producto de una larga lucha del radicalismo por lograr la democracia iniciada míticamente con la sangre derramada en el Parque. En el último apartado se argumentará que esta operación terminó confirmando a la UCR como una fuerza notoriamente popular al consagrar su éxito con el triunfo en Santa Fe y luego en las elecciones legislativas de la Capital. Sin embargo, la disputa por el “verdadero radicalismo” trascendería a, y se avivaría por, este suceso resonante, al reincorporarse viejos radicales temporariamente distanciados y sumarse nuevos elementos producto de la apertura del dique de la abstención. La identidad radical era ahora un valor por el que más que nunca valía la pena luchar.

III. Algo más que una polémica: la disputa por el “verdadero radicalismo”

Llegado este punto, se está en condiciones de retomar y profundizar uno de los puntos señalados previamente, aquel que remite a las tensiones y disputas a que dio lugar la reorganización de 1909 encabezada por el sector que lideraba Hipólito Yrigoyen. Aquellas, desde ya, no eran nuevas y pueden remontarse al proceso iniciado en 1903 e, incluso, a la confrontación que emergiera luego de la muerte de Alem y que se hiciera patente en la Convención Nacional de 1897. Lo que venía a confirmar el nuevo contexto era que la lógica a partir de la cual las sucesivas reorganizaciones se proponían cristalizar una determinada relación de fuerzas al interior de la familia radical motorizaba, concomitantemente con aquellas, una puja identitaria. O, en otras palabras, una disputa por el verdadero radicalismo. Confrontación que, en todas sus variantes, no necesariamente mostraba un contenido estable y preciso en términos ideológicos –aunque pudiera tenerlos–, pero que da cuenta de las disidencias como un virtual estado regular de la vida de la UCR. Tal como lo expresara Carlos Altamirano para el posterior caso del peronismo, el tema de “rescatar” a la agrupación de una conducción que se piensa “desviada” de los motivos que le habrían dado origen y el hecho de que se podía pertenecer o no a aquella, abandonando sus filas pero reivindicando todavía su identidad, resulta pertinente para comprender esta etapa del radicalismo⁶³⁰.

⁶³⁰ Como resulta evidente, la frase remite al trabajo que Carlos Altamirano dedicara a las disputas identitarias sucedidas dentro de ese otro gran movimiento nacional-popular del siglo XX en Argentina que se pensara como una potente creencia política: el peronismo. Disputas por la “verdad” de una causa que parece haberse iniciado

Un eje central de la discusión que arreció durante la nueva reorganización derivaba de que los radicales, luego de la confirmación de la abstención en 1904 y del fracaso de la revolución del año siguiente, carecían de un centro. Ello refería tanto a una dirección institucionalizada y que gozara de legitimidad entre todos aquellos que se reclamaban tales, como a una referencia simbólica que actuara de creencia aglutinante. En suma, no existía un liderazgo indiscutido y aquellas que eran consideradas las consignas o banderas fundamentales del radicalismo ya no significaban lo mismo para todos sus miembros. Destacada como un punto de quiebre fundamental en este devenir por parte de autores como Botana y Gallo, Delamata y Aboy Carlés o Persello, pero también por los propios memorialistas y los historiadores “oficiales” de la UCR⁶³¹, la célebre polémica que se entablará en 1909 entre Pedro Molina e Hipólito Yrigoyen debe ubicarse en esta disputa más general y contextualizarse en la coyuntura que trasunta entre 1909 y 1912. Pero sin perder de vista la fuerte impronta ejercida por los tópicos del Centenario, entendido como telón de fondo general que aporta algunas claves para comprender los postulados fundamentales de aquella.

Hemos visto ya que la participación electoral, vedada en principio por la consigna de la abstención, comenzó a erigirse en un tema candente para la UCR que arribaría a la Convención de diciembre de 1909. En efecto, ya sea desde los grupos del interior (Corrientes, Córdoba o Salta) como desde ciertos sectores del radicalismo capitalino, el inicio de la reorganización incubaba las demandas frente al “régimen” por elecciones limpias y, frente a quienes condujeran el propio partido, para concurrir a los comicios. Si bien las posibles líneas divisorias aún no estaban claras, era evidente que los sectores más “intransigentes” se ubicaban al amparo del no-institucionalizado liderazgo de Yrigoyen, quien no ocupaba oficialmente cargos partidarios. Este clivaje fue entonces el primero en emerger a inicios de 1909 en la Capital Federal, precediendo y dando motivo a la posterior creación del órgano

incluso con su fundador vivo, pero que sin lugar a dudas se agudizaron luego de 1955 (ALTAMIRANO, [1992] 2011).

⁶³¹ Para la historiografía académica que se ocupó de la polémica como una inflexión fundamental en la consolidación del yrigoyenismo como la tendencia política predominante en el radicalismo de principios del siglo XX, ver BOTANA y GALLO (1997); DELAMATA y ABOY CARLÉS (2001); ABOY CARLÉS (2001); PERSELLO (2007); de un tratamiento más breve, el reciente trabajo de GIMÉNEZ (2013). En relación a una historiografía que se quería “oficial” del radicalismo, que incluye tanto interpretaciones como compilaciones de documentos en donde la polémica Molina/Yrigoyen vendría a reafirmar la “pureza” originaria de aquel, ver fundamentalmente DEL MAZO, 1957 y la colección PUEBLO y GOBIERNO (1956); el testimonio retrospectivo y ego-centrado de un protagonista secundario pero destacado de 1909, en CABALLERO (1975).

yrigoyenista *La República*. Por de pronto, fue el presidente del Comité de la UCR de la Capital, Antonio Lamarque, y el propio Molina, desde Córdoba, los que pusieron en cuestión el camino por el que transitaba el radicalismo, haciéndose eco de ello el periódico antes radical *El Tiempo*.

Precisamente mediante una entrevista realizada por este órgano luego de la conferencia en homenaje a la revolución de 1905 en donde esbozara sus críticas a la situación de la UCR, Molina fue mucho más explícito al expresar: “yo no estoy conforme con la organización y con la marcha del partido (...) las deficiencias apuntadas son los resultados del marasmo con que los radicales de toda la república se desentienden de sus deberes, esperándolo todo del doctor Yrigoyen”. Profundizando el concepto, el dirigente cordobés atacó tanto el liderazgo como el estilo y la táctica de aquellos que respondían a Yrigoyen: “Yo no pienso que un partido político de la importancia del que tenemos el honor de componer, deba abstenerse -como los antiguos monjes que se recluirían en los monasterios en las montañas”. Anticipaba, además, que esas tendencias –la abstencionista y la concurrencista– se encontrarían en la anunciada Convención Nacional⁶³².

Pero una vez instalada la Convención de la UCR de la Capital que debía reorganizar el partido en ese distrito, su presidente Lamarque y *El Tiempo* instalaron la divisoria con los ahora llamados “hipolitistas”, reconociendo sólo como “radicales” a quienes se ubicaban en contraposición a ese grupo, entendido casi como una secta (“monjes recludos en monasterios”, según Molina) por su actitud abstencionista. Así, para el periódico el dirigente capitalino representaba “ideas democráticas, política impersonal, aversión al caciquismo”, frente a la “idea personalista, el estatismo, sino el pensamiento revolucionario que encarna el señor Hipólito Yrigoyen”⁶³³. Denunciando que en la última sesión del Comité de la Capital en el mes de abril estos grupos “disidentes” habían vivido una futura dictadura de Yrigoyen y la inminente revolución, tal actitud parecía antes una “profesión de fe” que una estrategia racional acorde a los supuestos valores del radicalismo⁶³⁴. Más importante aún, las declaraciones del propio Lamarque luego de que fuera desplazado de su cargo ubicaron la puja dentro del Comité como un diálogo o una ruptura con la tradición partidaria, esto es, con la “verdad” de los orígenes, refiriéndose ya al “ex Partido Radical”. En sus palabras:

⁶³² “Declaraciones del Dr. Pedro C. Molina. Los radicales y el comicio”, *El Tiempo*, 08/03/1909.

⁶³³ “Radicalismo metropolitano”, *El Tiempo*, 27/04/1909.

⁶³⁴ “El Radicalismo”, *El Tiempo*, 28/04/1909.

“De un lado están los que desean para el partido, sus días de actuación y actividad cívica, como en los tiempos del doctor Alem; y del otro los elementos personalistas”⁶³⁵.

La inmediata carta de solidaridad para con Lamarque de Molina no hizo sino profundizar la incipiente grieta dentro de las filas radicales, porque su palabra tenía un peso particular: era el último presidente electo del Comité Nacional de la UCR⁶³⁶. Hasta aquí, sin embargo, se trataba de una situación por la que el partido había atravesado en distintas ocasiones, ya sea en los '90 como a inicios del nuevo siglo. En esos momentos también se había puesto sobre la mesa entre los distintos contendientes la apelación a los que se consideraban los valores fundantes del radicalismo. Y el resultado, en general, fue el de mutuas y sucesivas acusaciones de “traición” a los mismos y la consecuente salida de militantes que tenían acumulado un capital político importante dentro de la agrupación pero que habían sido derrotados en la lucha por encarnar esa “verdad”. Una vez más, la cuestión implicaba no sólo el ganar las disputas dentro de los siempre precarios órganos partidarios – máxime luego de las reorganizaciones –, sino también que la operación resultara convincente para el conjunto de los actores que de una u otra manera se verían afectados por ese reordenamiento de fuerzas e influencias. Éste fue el marco de la salida de Molina de la UCR y del inicio de la polémica con Yrigoyen. En rigor, éste fue quien la inició realmente al no conformarse con la renuncia del dirigente cordobés a la UCR, ya que mientras Molina intentó argumentar su decisión a partir de aspectos ideológicos y programáticos, aquel decidió hacer del acontecimiento una verdadera lección sobre el “credo” y la “dicción radical”, de acuerdo a sus palabras. Una “controversia de intereses generales y enseñanzas públicas” (YRIGOYEN, 1909c: 219) encarnadas por el verdadero radicalismo, como expresara en su última respuesta pocos días antes de celebrarse la Convención Nacional que legitimaría su liderazgo.

Antes de pasar a detallar los fundamentos de la polémica, es preciso destacar que las repercusiones de la misma jugaron un papel preciso en la reorganización de la UCR, antes

⁶³⁵ Transcripción en: “Las declaraciones del Dr. Lamarque sobre el ex Partido Radical”, *El Tiempo*, 30/04/1909.

⁶³⁶ Transcripción en: “Telegrama del Dr. Pedro C. Molina al doctor Antonio Lamarque”, *El Tiempo*, 01/05/1909. En la misiva, Molina expresaba al capitalino: “Sus mismas opiniones divergentes sobre la organización y orientación del partido imponía a sus amigos de esa convención de conservarle en ese puesto. Yo adhiero a sus opiniones”.

de que las palabras de Yrigoyen fueran presentadas como la piedra basal de la identidad radical. Primeramente, cabe aclarar que la querella por el verdadero radicalismo tuvo como escenarios a los propios órganos de prensa radicales, *La Libertad*, en el caso de Molina, y *La República*, para los yrigoyenistas, los cuales se encargaron de hacer públicas las sucesivas cartas entre uno y otro dirigente, al mismo tiempo que la mayor parte de los periódicos del momento seguían con fruición la nueva centralidad adquirida por el radicalismo a raíz de la visibilidad de sus máximos referentes. En este sentido, la polémica constituyó una inmejorable plataforma de la propaganda radical en vistas de su reorganización y de su posicionamiento ante los tópicos del Centenario.

El cimbronazo de la renuncia de Molina, dirigida el 15 de julio al vicepresidente del Comité de la UCR de Córdoba (Eleodoro Fierro), dio lugar primero a una rápida aceptación de la misma por dichas autoridades, pero también a su utilización por parte de los radicales capitalinos que cuestionaban la abstención. Como informaron los diarios, éstos leyeron la carta de Molina en una sesión de su Comité como muestra de una alternativa a la situación existente, negando la existencia de un Comité Nacional que pudiera unificar criterios partidarios⁶³⁷. Poco después, el mismo día en que se conmemoraba la Revolución del Parque, *El Tiempo* publicaba una carta de Mario Carranza dirigida a Molina apoyando su postura. Como se vio en el capítulo IV, Carranza había participado de la reorganización de 1903, alejándose del partido luego del fracaso revolucionario de 1905, pero ahora encontraba que, pese a no coincidir con Molina en sus postulados ideológicos liberales, “el credo radical y mis convicciones no se han modificado, y si no se produce una reacción que permita *congregar las fuerzas dispersas del radicalismo que son la mayoría*, continuaré observando la actitud que me he impuesto”. Al igual que en ocasiones anteriores, el ex dirigente que todavía proclamaba su identidad radical, proponía crear una nueva agrupación a denominar “Radicalismo militante”, para así contraponerse al “Radicalismo abstencionista” y convocaba para tal objeto al mismo Molina⁶³⁸. Estas opiniones, que pueden denominarse de “radicales sin partido”, planteaban precisamente la existencia de una masa partidaria

⁶³⁷ Desitheo López, delegado del comité de Monserrat al Comité de la Capital y que adhería a la posición concurrencista de Lamarque, fue el encargado de la citada lectura y enfatizó especialmente la falta de gobierno de una UCR que se mantenía supuestamente en la abstención, pero al mismo tiempo apoyaba al gobierno del radical Adaro en San Luis (“Crisis de los partidos. La vez del radical”, *El Tiempo*, 20/07/1909).

⁶³⁸ Transcripción en: “El retiro del Dr. Molina. Opiniones del Dr. Mario Carranza”, *El Tiempo*, 26/07/1909.

desorganizada y dispuesta a sumarse a quienes representaran ese “verdadero radicalismo” obliterado en su genuina expresión por la táctica de la abstención⁶³⁹.

De modo que es teniendo en cuenta estas reacciones a la carta-renuncia de Molina que debe calibrarse el tenor de la polémica iniciada por Yrigoyen, porque lo que estaba poniéndose en cuestión era no tanto la reorganización radical, sino más bien una que fuese encabezada por su persona y bajo los postulados de la Convención de 1904. Como bien lo advertía *El Tiempo*, además de los “motivos de orden ideológico” aducidos por el ahora ex presidente del Comité Nacional, “no sólo son de política doctrinaria las razones que el doctor Molina han determinado a dar el paso que ha dado”, en relación a la “personalísima, exclusivista y sistemática (...) dirección del partido radical”⁶⁴⁰. La respuesta de Yrigoyen, a través de una carta privada firmada en septiembre de 1909, vería la luz finalmente a mediados del mes siguiente, eligiendo como medio al periódico dirigido por José Crotto⁶⁴¹, dando inicio al intercambio de largas réplicas que se prolongarían hasta enero de 1910 con la tercera respuesta del dirigente cordobés. En el ínterin, el círculo yrigoyenista había iniciado una serie de críticas a Molina desde *La República*, mientras éste se encargaba por su parte de publicar sus opiniones desde *La Libertad* y de descalificar al vocero de aquella tendencia como un órgano clandestino, según las típicas reglas del periodismo político faccioso. En relación a nuestro objeto de interés, más importante aún resultaron los rápidos apoyos cosechados por Yrigoyen en el mismo Comité de la UCR cordobesa y en los comités seccionales del radicalismo de la Capital Federal, que llegaron a imprimir como folleto la primera carta de aquel como un documento partidario que debía ser propagado en las asambleas preparativas de la Convención Nacional junto al testamento político de Alem de 1896⁶⁴². Las palabras del

⁶³⁹ También en este contexto de 1909 se produjo una breve iniciativa de participación electoral encabezada por el dirigente de origen entrerriano Leopoldo Melo, que rápidamente abandonaría esa actitud para volver a participar de la Convención Nacional (PUEBLO y GOBIERNO, 1956: 233).

⁶⁴⁰ “Una renuncia. El Dr. Molina”, *El Tiempo*, 20/07/1909.

⁶⁴¹ La respuesta de Yrigoyen fue largamente citada por la mayor parte de la prensa nacional, como por ejemplo en *La Vanguardia* (“La carta”, 22/10/1909) y *La Argentina* (“Carta política del jefe del radicalismo, doctor Hipólito Yrigoyen refutando al Dr. Molina. Cómo debe entenderse el pensamiento del Partido Radical. Juicio sobre la actualidad”, 21/10/1909). En las semanas y meses siguientes este último periódico se encargará incluso de enviar un corresponsal que informaba regularmente las respuestas de Molina a Yrigoyen en *La Libertad*.

⁶⁴² “Partido Radical”, *La Argentina*, 23/10/1909. En un sentido similar, el 22 de noviembre se firmaba un telegrama desde Córdoba dirigido a Yrigoyen que afirmaba: “El Comité central de la Unión Cívica Radical de la provincia ha acordado a usted un voto de felicitación y estímulo, con motivo del nuevo documento político que acaba de producir cuyas aclaraciones importan la consagración más elocuente de la autoridad moral del partido en la República, resolviendo a la vez *incorporar las dos cartas publicadas por usted al acta oficial de*

viejo y del nuevo líder se ubicaban así en un pie de igualdad, adquirirían una misma legitimidad dentro del radicalismo para homogeneizar su espacio interno y disciplinar las opiniones.

Los tópicos de la polémica, desplegados y desarrollados por ambos contendientes a lo largo de sus sucesivas intervenciones, fueron planteados primero en un tono ideológico-doctrinario de acuerdo a las formulaciones del texto-renuncia de Molina, para luego trasladarse a una dimensión personal, identitaria y emotiva por parte de Yrigoyen, quien terminó por imponer los términos a su rival según su propio lenguaje. La pregunta clave que terminó zanjándose era entonces: ¿qué es el radicalismo y quién representaba o personificaba su “causa”? La carta original de Molina centró los argumentos de su alejamiento de la UCR en una disidencia insalvable con los principios sostenidos por el que se había erigido en el vocero del yrigoyenismo –*La República*⁶⁴³– en relación al apoyo dado por los radicales de Mendoza a un tratado comercial con Chile que protegía los intereses de los viñateros de esa provincia y de San Juan. Esta medida gubernamental y la aquiescencia partidaria de corte proteccionista se daban, a su entender, en detrimento de los consumidores y, en un sentido más profundo, atentando contra los principios de un “liberalismo leal y sinceramente practicado” (en su “tesis”, “derecho sería la facultad de todo consumidor de vino para comprarlo donde más le convenga”)⁶⁴⁴. Para el cordobés, no era otro el corazón doctrinario del radicalismo desde sus orígenes y la convicción de su “larga vida militante”. Resulta más significativo, en vista del posterior enfrentamiento, que Molina no mencionara en ningún momento a Yrigoyen ni se refiriera a su liderazgo y su estilo de conducción política; antes bien, ponía en cuestión el sentido otorgado a una de las banderas de la UCR: el mito de la Revolución. Convenía para ello con todos sus correligionarios en que “el régimen personalista implantado en este país, no tenga, como se afirma, otro correctivo que el de la revolución”, y a partir de este punto hacía patente su descontento: “Pero una revolución sin

esta misma sesión como un antecedente histórico del momento para las generaciones venideras” (en: PUEBLO y GOBIERNO, 1956: 235, subrayado en el original).

⁶⁴³ Molina llama a *La República*, sarcásticamente, “órgano oficial de la Unión Cívica Radical, escrito por los intelectuales de la metrópoli, bajo los auspicios y la alta dirección de las autoridades del partido”, v.g., Yrigoyen (MOLINA, 1909a: 100).

⁶⁴⁴ Luego ampliaría su denuncia de la defección ideológica del radicalismo al referirse en su última carta a una conferencia pronunciada por un íntimo de Yrigoyen, Francisco Beiró, en la ciudad de La Plata, en la cual el mismo cerraba su alocución afirmando que “por encima de los principios [liberales] enunciados y de su ‘aparente’ universalidad, está el vínculo de solidaridad de los pueblos”, de forma que sus conclusiones eran diametralmente opuestas a las de Molina al expresar que “la constitución nacional establece el proteccionismo, establece privilegios y establece recompensas de estímulo económico” (MOLINA, 1910: 237).

una gran bandera de principios, no es un remedio; es otro crimen de la misma especie”. Entendía esto como una falta de sustento ideológico en la conducta del radicalismo desde principios de siglo. Además lo veía patentemente confirmado por el apoyo al “gobierno radical de San Luis, que ha resultado un deplorable fracaso” –contradiendo la tan declamada “intransigencia”–, lo que llevaba a plantearse qué ideas serían implementadas con una eventual llegada del partido al poder en el país. En suma, en qué consistía la “reparación” radical (MOLINA, 1909a: 99-103)⁶⁴⁵.

Como se afirmó previamente, fue la respuesta de Yrigoyen la que instaló la polémica a partir de tres ejes y con las connotaciones propias de una “epístola”, según la aguda observación de *La Vanguardia*: el ataque personal al político cordobés, con las más graves acusaciones en los términos de la retórica específica del radicalismo, un diagnóstico de la Argentina del Centenario, que no hacía sino reactualizar la idea de crisis que actuaba como condición de posibilidad de la “causa” radical, y, finalmente, el establecimiento de lo que era a su entender –y, por tanto, efectivamente era para aquellos que se consideraran parte de la agrupación– la UCR. En lo que hace al primer punto, la carta inicial del líder radical se refirió a la renuncia de Molina como una “defección”, una “apostasía” a esa causa de la “reparación de la República”, ubicándolo virtualmente en el lugar de los “traidores” de 1891 y de 1903. En este sentido, Yrigoyen no hacía otra cosa que continuar la propia tradición partidaria, la cual planteaba que los correligionarios que se alejaban de la supuesta senda correcta que

⁶⁴⁵ La cuestión de los fundamentos ideológicos liberales de la UCR –tema secundario en relación a lo aquí propuesto– ha sido un aspecto tan recurrente como escasamente profundizado. Algunas lecturas sugieren, por ejemplo, que es posible establecer una clara diferenciación entre el “radicalismo de Alem”, anclado en los preceptos del liberalismo político e incluso económico (por los debates parlamentarios sostenidos, entre otros, por Francisco Barroetaveña) y el “radicalismo de Yrigoyen”, que sustentaría una concepción organicista y unanimista de la representación política reñida con el primero (DELAMATA y ABOY CARLÉS, 2001); otros trabajos, en cambio, han matizado los contenidos liberales de la propuesta originaria de la UCR, al ubicarlo en la corriente más general de un liberalismo argentino del cambio de siglo “sin definiciones claras, sin grandes desafíos y exhibiendo una gran flexibilidad y adaptabilidad” y que sólo con aquella en el poder luego de 1916 “el liberalismo encontrará un serio rival en el nacionalismo emergente, perdiendo finalmente su condición de ideología hegemónica” (ALONSO y TERNAVASIO, 2011: 316-317). Esta opinión concuerda en gran medida con la de uno de los autores que se ha ocupado con más empeño de las condiciones del liberalismo argentino durante el siglo XIX, Darío Roldán, el cual afirma que la “cuestión liberal” –por sus misma constitución y los desafíos que enfrentó a lo largo de aquel– “adquirió su verdadera dimensión también política” al intentar su síntesis con la “cuestión democrática” emergente precisamente en el contexto del Centenario de 1910. El problema del caso, según este autor, radica en que esta misma tradición liberal argentina era tal sólo de forma muy moderada (por la ausencia de una crítica a la noción de soberanía, por la debilidad de las condiciones individualistas de lo social, por la ausencia de una concepción liberal de la representación y porque enfrentó el problema de constituir un liberalismo de gobierno sin haber transitado una previa etapa como liberalismo de oposición) (ROLDÁN, 2010b: 287; ver también al respecto ROLDÁN, 2010a y 2011).

debía tomarse eran ahora enemigos y les cabía la misma caracterización que la del “régimen”. El lenguaje religioso era parte de la “dicción radical”, que operaba una sacralización de la política y ejemplificaba a quienes todavía se encontraban en sus filas: “los que abjuran de la fe redentora son los Judas malogradores” (YRIGOYEN, 1909a: 106-107). Molina pasaba entonces al campo de los “otros” del radicalismo, espacio en que “se confunden gobiernos, grupos y hombres” (menciona al Acuerdo, las Paralelas, Uniones Provinciales, Republicanos, Partidos Unidos, Liberales, Autonomistas, Coalicionistas, Conservadores, Uniones Nacionales), ya que para el sobrino de Alem:

“todos los ciudadanos que no profesan el credo de la Unión Cívica Radical, contribuyen, directa o indirectamente, en una forma u otra, a afianzar el régimen imperante” (YRIGOYEN, 1909a: 114)⁶⁴⁶.

La catilinaria yrigoyenista se centró a continuación en demostrar que el ex presidente del Comité Nacional siempre había tenido un déficit en su identidad como radical. De allí que le reprochara su pasado en el mitrista Partido Republicano del que lo habría rescatado el propio Yrigoyen en 1903, su falta de fe en la Revolución al pedir la disolución del partido luego del fracaso de 1905 y, finalmente, su total ajenidad con las revoluciones fundacionales de 1890 y 1893, en las que se congratulaba haber actuado como protagonista (YRIGOYEN, 1909c: 210-211). Vemos así la forma en que la polémica era instalada tanto en un registro personal como, sobre todo, en el identitario, apelando a los lugares comunes de una memoria partidaria ya consagrada y conocida por todos los “fieles”. Mientras Molina se refería a doctrinas e ideologías en el lenguaje de la razón, Yrigoyen se remitía a los mitos fundacionales del radicalismo, a las convicciones emotivas de su “credo”, al núcleo indiscutible de una pasión política⁶⁴⁷.

⁶⁴⁶ El detalle de esos “otros” del radicalismo consignado por Yrigoyen deja vislumbrar que los contornos de la agrupación se asemejan a una secta, ya que allí se ubican: 1) “los adueñados de los poderes”; 2) aquellos que incurrieron en “malevolencias, diatribas, infidencias, defecciones, deslealtades y traiciones”; 3) finalmente, incluso “los indiferentes, apáticos, paranoicos y decrepitos, y aún esta masa de gente rendida siempre a los éxitos” (YRIGOYEN, 1909a: 117).

⁶⁴⁷ Como bien lo ha notado Tulio Halperin Donghi, esta tensión ideológica al interior del “credo” radical iría *in crescendo* con su posterior llegada al poder: “En 1912, en un marco social que ya no era el de 1870, esa fe cívica había debido ser complementada con tomas de posición frente a temas que obligaban a reconocer en los argentinos no sólo a ciudadanos sino a actores sociales y económicos constituidos como tales a partir de afinidades de experiencias e intereses; y uno de los secretos del éxito radical fue su capacidad de instrumentar en su ventaja esa dimensión de la experiencia colectiva que se negaba a incorporar a su temática política” (HALPERIN DONGHI, [1994] 2006: 16-17).

Aspecto soslayado por los trabajos abocados a desentrañar las implicancias de la polémica, el futuro presidente radical inscribía su intervención de 1909 en las coordenadas del Centenario, en sus tópicos, y ello lo instalaba en consonancia con un clima de época más general, ocupando de esa manera el centro de una escena en disputa. Como le espetaba a Molina: “se aleja cuando por todas partes *repercuten las vibraciones del sentimiento nacional, que por medio de delegaciones llegara hasta el altar de la patria*, a renovar sus votos de honor y de austeridad ciudadana en aras de la redención” (YRIGOYEN, 1909a: 107, subrayado propio). Ese marco que adquiriría un sentido trascendente –y que para *La Vanguardia* no era más que un “patrioterismo cursi”– permitía también retomar el conocido tópico de la decadencia, que actuara en torno a 1890 como motor de la propuesta regeneracionista de la que luego sería la UCR. En efecto, como han destacado aquellas interpretaciones que encuentran esta idea en el centro de los movimientos que se conciben a sí mismos como “religiones políticas” o que devienen en “nacional-populismos” con esperanzas redentoristas (SIRONNEAU, 1986; TAGUIEFF, 1997), el diagnóstico del momento efectuado por Yrigoyen no podía ser más sombrío. Así como Alem había agitado en sus discursos las imágenes contrastantes de luces y sombras, de un futuro redimido combinado con un presente oprobioso, aquel refirió en su carta a que “los signos de la época y las señales del tiempo me hacen prever siniestras sonoridades de catástrofe” (YRIGOYEN, 1909a: 109).

En una clave muy a tono también con lo que expresara un Saldías en la década de 1890, afirmaba que la larga crisis que Argentina arrastraba al menos desde la llegada al poder del PAN (reitera en varias ocasiones “estos treinta años”) urgía a que la Nación retornara a la “continuación de sus progresos (...) para restaurarla en toda la supremacía de su ser, al concierto del mundo por la reasunción de sus autoridad moral, por el restablecimiento de todo su organismo” (YRIGOYEN, 1909a: 113 y 120). Tal como lo explicara Oscar Terán en relación a los nacionalismos de las elites político-culturales, en los motivos de Yrigoyen se mixturaban los temas de la crisis de legitimidad política abierta a fines del siglo XIX con la crisis de identidad que se vuelve generalizada hacia el Centenario (TERÁN, 1994: 37). En este sentido, el líder radical seguía actuando dentro de una opinión más general que, si bien con una retórica pesimista, confiaba aún en el destino de grandeza de la Argentina, entendida como una Nación moderna que no podía ser tal hasta tanto se removieran los obstáculos

políticos y morales que retardaban su “ser”⁶⁴⁸. Es en los lindes de un imaginario político que era todavía el construido por la Argentina liberal que Yrigoyen concebía la misión histórica del radicalismo, su “verdad” como fuerza política. La “reparación” no podía ser nuevamente una “solución regresiva”, sino una de las “transiciones superiores” por las que atravesaba todo organismo nacional en su desenvolvimiento progresivo.

A partir de ese diagnóstico pesimista, pero con una prospectiva esperanzada, Yrigoyen establecerá su célebre –pero no original– definición de lo que eran los hombres de la UCR, entendida como una religión cívica: “Muy lejos de ser legionarios de nadie, ni de bandería alguna, somos legendarios de la sacrosanta causa porque debatimos en bien de todos, desde que es por y para la patria”. Lo importante de estas palabras residía menos en lo novedoso, que en el momento y por la persona que eran proferidas, que hasta allí aquel nunca se había encargado de sistematizar estas ideas sobre el “verdadero radicalismo”. Por otro lado, estos motivos estaban ya presentes en la conferencia de Castellanos a inicios de ese año en Salta (ver *supra*). Si para los socialistas había resultado toda una inflexión el reconocerse como la fuerza que debía concretar en el futuro todo lo progresista que podía tener la idea de Nación, para el radicalismo esta identificación aparecía como un dato naturalizado, aunque en este caso la Nación a la que se alude no es una construcción del porvenir sino una esencia que debe desvelarse mediante “el mecanismo electoral legalmente ejercido, bajo los principios democráticos” (YRIGOYEN, 1909a: 125):

“su causa es la de la Nación misma y su representación la del poder público (...) fundamento cardinal y resumen entero de la heroica resistencia que el pueblo argentino hiciera a la más odiosa de las imposiciones (...) se levanta y se mantiene arriba de todas las brumas y estrechas miras, en la más pura atmósfera del patriotismo, simbolizando la grande moral de la Nación” (YRIGOYEN, 1909a: 115 y 118-119); “la esencia misma de los más caros atributos de la Nación” (YRIGOYEN, 1909c: 214-215).

De esta manera, a una identidad política que se ubicaba por encima de los hombres así como de la “política militante” (el radicalismo era, por eso mismo, más que un mero

⁶⁴⁸ Ello se hace patente cuando Yrigoyen sentenciaba: “las naciones son juzgadas ante todo, con arreglo a la conducta que observan y al respeto que a sí mismas se guardan (...) Los estados se corrompen, dicen los pensadores del mundo, se purifican únicamente recurriendo a los principios que los hicieron originariamente grandes” (YRIGOYEN, 1909a: 121)

partido político, como respondieran Crotto y Del Valle a la oferta opositora en 1910) no podía demandársele, como pretendía Molina, un programa de gobierno. Para éste, el futuro accionar de la UCR debía ser algo más concreto que la mentada “reparación institucional” y las referencias de Yrigoyen aparecían como vacías fórmulas “sacramentales”, “una divinizadora apología de los propósitos, los hombres y las cosas del Partido Radical” (MOLINA, 1909b: 128). Así, el tono sacro y las consignas que constituían un elemento emotivo de cohesión en las reuniones de comité y en los actos radicales, parecían ser un obstáculo a la hora de presentar esa comunidad de creyentes que era el radicalismo ante la sociedad. Para Yrigoyen, en cambio, esto se presentaba como un gesto de coherencia con la propia historia del radicalismo, por lo que achacó en su segunda carta a Molina lo que entendía era una mengua de sus convicciones:

“Pero si usted es tan radical, como dice, en vez de hacer exclamaciones de despecho, que no demuestran sino mayor despecho, *debía serle muy grata esa idealización* [del Partido], tanto más que a nadie daña ni perjudica!” (YRIGOYEN, 1909b: 144)

El dirigente cordobés se había expresado en términos similares a los de Yrigoyen, por ejemplo, durante la reorganización de 1903 y en la Convención Nacional del año siguiente que lo proclamó como presidente del Comité Nacional. Pero ahora se trataba del inminente ingreso de la UCR a la política electoral, y la imagen proyectada por aquella adolecía a su entender de una organización permanente y de una dirección adecuada para tal fin. Finalmente, veía a Yrigoyen como un mesiánico y autoinvestido “dictador supremo” del radicalismo y a sus seguidores de *La República* como “apóstoles de la regeneración política del país” (MOLINA, 1909c: 170 y 182). Luego de defenderse entonces de los cargos de ex-republicano –lo habría sido nominalmente, aclaraba– y de apelar a la opinión de distintos dirigentes de Rosario y Buenos Aires (como Ricardo Caballero y Fernando Saguier) sobre su actuación en la revolución de 1905, Molina insistirá en que el preámbulo de la Carta Orgánica de la UCR de 1892 aportaba los fundamentos de su verdadero programa: la doctrina liberal sancionada en todos sus aspectos políticos y económicos por la propia Constitución nacional. A su entender, esa ideología originaria se había visto socavada por la intervención del periódico yrigoyenista, desnudando la desorganización y la falta de disciplina del partido. Esta crítica al “unicato” que denunciaba en el líder radical, como análogo al ejercido por las

cabezas del PAN, se sumaba de esta manera a la demanda por una mayor especificación programática en la tónica de otras voces de publicistas, intelectuales y dirigentes del cambio de siglo que clamaban por “partidos orgánicos” (PERSELLO, 2000, 2007; DE PRIVITELLIO, 2004; MYERS, 2006). Los bemoles de la cuestión aparecían en el hecho de que los mismos radicales yrigoyenistas y afines no se cansaban de proclamar que la representatividad de la UCR coincidía precisamente con la reconstitución “orgánica” de la Nación, una idea cara a los planteos del propio Sáenz Peña⁶⁴⁹.

Existían así dos radicalismos, lo cual se evidenciaba la opinión de Molina sobre la división que estaba ocurriendo en la Capital Federal frente a la cuestión electoral: por un lado, el “hipolitismo”, que “ni es el depositario y dispensador de la verdad, ni el que concentra en su masa y autoridad, los prestigios que usted explota al frente de los suyos”; por el otro, el “verdadero radicalismo nacional, que usted ha excluido del partido”, “el conjunto de la fuerza pensante y poderosa que resiste la tendencia corruptora y personalista de nuestros gobernantes” (MOLINA, 1909c: 193).

Ante la disputa por el sentido de lo que era el radicalismo, Yrigoyen, erigido ya como director de la nueva Convención Nacional, publicará en diciembre de 1909 su última carta, con pocos días de antelación a la asamblea. En la misma, luego de reclamar como una virtud el mote de “conspirador y revolucionario”, ya que ello lo legitimaba como depositario de la tradición partidaria, terminará por desacreditar a Molina apelando a la voz autorizada de las principales figuras de la UCR de entonces, incluyendo la de aquellas citadas por el cordobés. Así, se suceden las intervenciones de José Crotto y Délfor Del Valle, de los rosarinos Ricardo Núñez, Ricardo Caballero, Antonio Herrera y José Chiozza, así como de los radicales del Comité de Córdoba, todas ellas contradiciendo lo expuesto por Molina en sus cartas previas⁶⁵⁰. Finalmente, en un intercambio que había pasado de lo ideológico-programático a lo identitario, lo emocional y a la injuria personal, Yrigoyen transcribirá una serie de misivas

⁶⁴⁹ En este sentido, si bien paradigmática, la posición de las principales plumas de la prestigiosa *Revista Argentina de Ciencias Políticas* no era mayoritaria en el contexto del Centenario. Como se ha destacado en relación al debate intelectual en torno a los partidos políticos de entonces, “desde la perspectiva no sólo de Rivarola [su director], sino de la mayoría de los escritores de la *RACP*, la Unión Cívica Radical de Hipólito Yrigoyen, con su discurso abigarrado, sus rituales teñidos de religiosidad y misticismo y su carencia de una formulación programática siquiera módicamente explícita, no parecía constituir el vehículo más adecuado para llevar adelante una política de reformas institucionales profundas” (MYERS, 2006: 126).

⁶⁵⁰ Molina ensayaría una tardía aclaración de cada uno de esos testimonios que lo perjudicaban, al mismo tiempo que se desarrollaba la Convención Nacional en Buenos Aires, mediante un telegrama al director del diario *La Nación* (“La carta del Dr. Yrigoyen. Réplica del Dr. Molina. La dimisión del Partido Radical”, 26/12/1909).

que le dirigiera el propio Molina y en las cuales éste lo llama “esforzado paladín de la idea redentora” y se reconoce como depositario de una “misma comunión” (YRIGOYEN, 1909c: 202-203).

El punto de Yrigoyen era que quien intentaba innovar, abandonando la “causa” y hasta el lenguaje trascendente propio de la misma, era su contendiente. De esta manera, el radicalismo que se encaminaba a reorganizarse de forma definitiva en la Convención era aquel que, de acuerdo al vencedor, respetaba sus tradiciones fundacionales, el que sostenía la bandera regeneracionista de la “reparación” y se identificaba con los valores supremos de la Nación ante las celebraciones del Centenario: el “verdadero radicalismo”. Al mismo tiempo, reafirmaba y legitimaba el liderazgo yrigoyenista ante la dirigencia partidaria y la opinión pública que seguía atenta la polémica. El argumento de Yrigoyen a lo largo de toda la polémica era que no podían concebirse precisiones ideológicas más sustanciales que la abarcadas en “una sola alma: la de la patria, y en un solo espíritu: el de Dios!” (YRIGOYEN, 1909a: 115-116). ¿Acaso este lema no había estado presente en el mismo surgimiento de la UCR allá por 1891? De allí que la bandera de la “reparación” podía ser interpretada tanto por los radicales correntinos, con su detallado programa liberal, como por un nacionalista al estilo de Castellanos. Si, como repetiera, “no es posible concebir mayor identidad”, el radicalismo podía ampliar sin problemas su espacio de interpelación cuando estuvieran dadas las condiciones electorales sin demasiados problemas.

El canon de transformar las diferencias y eventuales disidencias en una disputa por el “verdadero radicalismo”, en un doble movimiento de disciplinamiento interno y de corrimiento de la frontera de los “otros”, se convertirá en un rasgo perdurable del devenir de la identidad partidaria. Esto forzaba, a su vez, a que todos aquellos descontentos con el rumbo tomado por la UCR debieran argumentar en términos similares a la dirigencia yrigoyenista, para no quedar fuera de los límites de aquella. El camino posterior a la Convención Nacional de 1909 no constituirá una excepción.

Pocos días después de que se resolviera la abstención electoral al amparo de la bandera de la “solidaridad nacional”, el teniente del Ejército Lauro Lagos hizo pública una nueva carta dirigida a José Crotto, en tanto director de *La República*. En ella daba cuenta de que su intervención durante los debates de la asamblea radical de diciembre había sido editada en la transcripción del órgano partidario, eliminando sus divergencias con la

orientación decidida en la misma, en concreto, con la no participación electoral. Para Lagos debía producirse una confluencia con el resto de las fuerzas opositoras que ofrecían esa posibilidad a la UCR, propuesta rechazada por la dirigencia partidaria, pero se cuidaba muy bien de expresarse en los mismos términos en que se había convocado la reorganización y que fueran utilizados por Yrigoyen en la polémica con Molina, enfatizando además su condición de revolucionario en 1905. El clima del Centenario y la identificación con la Nación sobrevolaban una vez más la retórica radical, ya que para Lagos éste era un momento de “patrióticas conjunciones”, “tratándose de la salud de la patria”: la del radicalismo era una “causa nacional” y por eso mismo proponía que “fuéramos los argentinos, como tales a la lucha agrupados todos bajo los colores de la bandera nacional”⁶⁵¹.

Lagos, sin embargo, no abandonaría el partido y terminaría como muchos otros abrevando en el proceso que desembocará en el levantamiento de la abstención. Pero el caso ilustra las tensiones que atravesaban la reorganización y las formas que la misma instaló para dirimir las diferencias entre aquellos que todavía se consideraban radicales. Un colectivo sin dudas heterogéneo, y que por ello mismo se acogió a las consignas que todos consideraban como patrimonio común. El políticamente conflictivo año del Centenario, entre los festejos oficiales y los rumores de una nueva revolución radical que nunca se produciría, terminó por suturar la principal disputa identitaria entablada por el “verdadero radicalismo”. Por detrás de la misma, se consolidaba un liderazgo que marcaría toda la historia del radicalismo hasta su llegada al poder, y más allá. Según ciertas opiniones, las disidencias aún existentes dentro de la UCR, como la de Lagos (se hablaba además de Vicente Gallo, de Fernando Saguié y de José Luis Cantilo), marcaban dos tendencias: la intransigencia y el abstencionismo yrigoyenista o la “vía democrática” de la participación electoral⁶⁵². Agudos analistas, como el director de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, encontraban sin embargo que hacia 1910 lo que distinguía a la UCR de otras fuerzas “sin programa” partidario definido podía ser “el temperamento, el grado de sinceridad, los prejuicios de tradición, de simpatías personales” (RIVAROLA, 1910: 265).

Véase ahora cómo los radicales lidiaron con su propia tradición, esto es, de qué manera reinterpretaron una mitología política que se condensaba y emanaba de unos potentes

⁶⁵¹ Transcripción en: “Partido Radical. Nota del Sr. Lauro Lagos”, *El Diario*, 19/01/1910.

⁶⁵² “En el Partido Radical. Separaciones y alarmas”, *El Diario*, 26/08/1910.

rituales, los cuales habían cincelado las sucesivas etapas de su evolución como fuerza política. En el tránsito hacia la democracia electoral, promovida por una reforma consensuada por los radicales, la promesa regeneracionista se encargará de ubicar en un nuevo sitio a la idea-fuerza de la Revolución.

IV. Una religión cívica ante la promesa de sus mitos

En capítulos anteriores se ha desarrollado que, en sucesivas etapas, las conmemoraciones partidarias jugaron un papel fundamental para instalar y resignificar la misión histórica que se autoasignaron fuerzas del tipo del radicalismo y del socialismo. En el caso del primero de ellos, las revoluciones operaron como un lugar de la memoria y como un mito político que presentaban a dicha misión como una tarea inconclusa que, en última instancia, se conjugaba con el horizonte del poder. Si bien los distintos momentos por que atravesó la UCR sumarían nuevos mártires-caídos a la “causa” —el último de ellos, el alzamiento de 1905 concretado en distintos puntos del país—, el efecto de esa superposición mantuvo y complejizó el proceso de sacralización de la política operado por quienes la reivindicaban, transfiriendo la misión trunca de esos muertos a sus correligionarios que los conmemoraban. Esta evocación, a la vez política y emocional, seguía constituyendo el núcleo de lo que se concebía como la religión cívica, remitiendo mutuamente sus mitos a sus ritos.

Si se tiene en cuenta esta constante, el período que aquí nos ocupa dará cuenta por su parte de una aceleración de los tiempos históricos, al efectuar un desplazamiento de sentido o, en otras palabras, una reconversión: de ubicar el foco de las conmemoraciones en el pasado (las revoluciones), las expectativas se colocarán en un futuro inminente (las urnas). En los primeros apartados se hace evidente que este proceso no dejó de generar tensiones a partir de la demanda de distintos actores que pretendían confluir en la reorganización con el claro objetivo de participar en la lucha electoral. En lo que respecta a los rituales radicales de esta coyuntura, la cuestión planteaba el desafío acerca de quién lograría ubicarse en el centro de este dispositivo simbólico e intentar controlar sus sentidos, para capitalizar una memoria partidaria que había producido un fuerte impacto en la escena política nacional.

Por otro lado, el clima del Centenario generó también que los radicales exaltaran aquella misión histórica como una “causa nacional”. Este fenómeno tenía connotaciones muy distintas a lo que propusieran los socialistas con los mismos términos, esto es, no ya como la

contribución al mejoramiento de las condiciones de una clase social que se erigía como actor privilegiado de un destino común, sino que el patriotismo radical se presentaba como un sentimiento político (algo siempre impugnado por el PS) vinculado a su identidad partidaria. Expresión de un nacionalismo que no abandonaba los componentes liberal-republicanos de su propuesta política, la identificación de la UCR con la Nación deja vislumbrar aristas potencialmente excluyentes, en tanto esencializaba esa causa nacional y se arrogaba su monopolio en un marco de por sí caracterizado por generar una oposición binaria entre quienes se encontraban dentro y fuera de una imaginada comunidad nacional. Como un matiz de todo ello, la lógica del mismo proceso de democratización política, que también permearía a la propuesta del radicalismo y la apertura de sus puertas a nuevos elementos una vez levantada la abstención, dará lugar a una compleja resignificación de su identidad política. En su autoconcepción, la UCR era la expresión de unas mayorías populares que ocuparían un lugar privilegiado en la nacionalización de las masas argentinas.

En lo que hace a la jerarquía interna de las conmemoraciones radicales durante estos años, importa destacar la creciente relevancia adquirida por los homenajes a la revolución de 1905, que ya se avizorara en los años precedentes. En gran medida, ello se debía a que, por un lado, era cierto que los hechos del Parque continuaban ocupando el núcleo duro de la memoria del radicalismo. Incluso podían ser reivindicados como el acontecimiento político fundamental de las últimas décadas por parte de actores externos a la UCR, como publicistas, la prensa, políticos opositores de distinta proveniencia o ex militantes. Era el caso de José Nicolás Matienzo en su obra *El gobierno representativo federal en la República Argentina*, quien argumentaba que hacia el Centenario “la opinión pública manifestó la necesidad de mejorar el régimen electoral como medio de eliminar el motivo de la revolución armada que venía preparándose”, de forma que en la mediana duración la reforma política de 1912 aparecía a sus ojos como producto o respuesta a las acciones del radicalismo (MATIENZO, [1910] 1917: 238)⁶⁵³. Pero, por otro lado, era asimismo patente que la conducción partidaria

⁶⁵³ Este político e intelectual que había militado activamente en la UCR bonaerense y que, como se vio, en 1894 había contribuido en el proceso de sacralización de los hechos revolucionarios al referirse a los “mártires de la causa” y a las emociones que proyectaba su entrega y patriotismo, en su célebre estudio de 1910 afirmó en un registro distinto —el del constitucionalista— que la revolución del Parque otorgó un impulso fundamental a “los procedimientos democráticos y liberales” en Argentina, generando además una evolución modernizadora en las formas organizativas de los partidos políticos del país, al adoptar el llamado “modelo norteamericano” (MATIENZO, [1910] 1917: 238-239). Sobre las reflexiones de Matienzo en el contexto abierto en 1910, ver

que se consolidará por entonces identificó al alzamiento encabezado por Yrigoyen a inicios del nuevo siglo como el jalón fundamental para la reorganización de sus huestes. Por supuesto, aquí jugaba un papel importante la superposición de temporalidades de distinta densidad para las efemérides: según los radicales “intransigentes” 1905 continuaba y complementaba a 1890, pero no lo suplantaba. Más aún, el carácter inconcluso de la obra, tal como se la concebía en el relato mítico de la UCR, justificaba la permanencia de la consigna revolucionaria. La memoria corta de la segunda fecha, mantenía caliente la memoria más alejada de la primera, reactualizándola.

Por otro lado, la Convención Nacional de fines de 1909, también puede pensarse como parte de la ritualidad y la liturgia radical. No sólo por sus formas, ya que el despliegue simbólico imitó el de las conmemoraciones; también porque en cuanto a su contenido se instaló como parte de una secuencia más general que enhebraba la historia partidaria (1891, 1892, 1897, 1904), pese a las tensiones y a los olvidos inherentes a dicha operación. Entendida como rito de unidad, de comunión de creencias en la causa radical, la Convención Nacional era asimismo producto de una depuración de la UCR, contradiciendo la imagen que intentaba proyectarse hacia afuera: así como la Convención fundacional de 1892 había sido producto del fracaso de la de 1891, luego del quiebre de la Unión Cívica, la de 1897 fue el marco de la división del primer radicalismo por la cuestión electoral y la de 1904 tuvo como condición de posibilidad la exclusión de todos aquellos radicales que no se consideraban “intransigentes”. En otros términos, 1909 se presenta como un momento importante en la consolidación de Yrigoyen por sobre otras figuras que podían reclamar un papel igualmente destacado, al silenciar algunas voces y postergar otros debates que irían apareciendo en el seno del radicalismo.

En cuanto a las continuidades que se observan en los rituales radicales, la centralidad del homenaje a los mártires heredado de las primeras conmemoraciones y resignificado con los avatares organizativos del partido actúa como un bajo continuo, al constituir el único dato omnipresente, ya sea en Capital Federal, como en Rosario, Córdoba o Bahía Blanca. Esto demuestra además que lo que se entendía como un deber de memoria de los vivos para con los muertos, encarado fundamentalmente por los familiares y amigos, permanecía como el

MYERS (2006); para un posterior cotejo en sus análisis de la revolución de 1890 en el espejo de la revolución-golpe de Estado de 1930, ver ZIMMERMANN (2008: 60-63).

compromiso moral esencial de la promesa radical. Ahora bien, como contraparte, es en este período en que adquirirá mayor protagonismo un creciente culto a la personalidad, a la vez similar y distinto al que se había desarrollado en torno a Alem. Resulta algo paradójico que éste fuera ahora evocado –como hiciera ante su tumba Vicente Gallo en 1909– “como un honor y un símbolo” o como “un muerto que manda” al anunciar “un espíritu nuevo, una vida nueva, una patria nueva”, pero que habría permitido el paso del “partido personalista de tradición caudillesca” al “programa de un partido de principios”, sustituyendo “el culto transitorio al candidato por la adhesión firme al credo, a las ideas y a la enseña” (GALLO, 1909b: 91-94). Así, el líder del pasado, colocado en un sitio trascendente, pasaba a formar parte de una profecía política, anunciador de la futura regeneración por parte del radicalismo, algo que ya había estado presente en la justificación de la reorganización de 1903. Como se verá, el retrato de Alem se distingue precisamente como un símbolo más dentro de la puesta en escena de los actos partidarios, presentándose en los teatros o como estampa agitada por los militantes en las manifestaciones públicas. Esta sacralización de la figura del primer líder del radicalismo tendrá entonces un impacto en la consolidación del liderazgo de Yrigoyen, reforzándolo antes que entrando en competencia o contradicción con él, al menos por el momento, ya que abría la puerta a una posible –y futura– comparación.

Finalmente, no cabe duda de que los radicales, como otros que se consideraban a sí mismos “patriotas”, vieron en el Centenario un momento bisagra para la Nación y para sus propias aspiraciones políticas. Esta no debe medirse como una cuestión menor a la hora de ubicar al radicalismo en el espectro de las culturas políticas de principios del siglo XX, y sus rituales conmemorativos habían ya jugado un papel importante en su temprana identificación con la Patria y sus símbolos. El contexto del Centenario demostrará que los ritos políticos de la UCR se vinculaban, por un lado, con las expectativas que giraban en torno a la posible reforma política y al proceso de democratización que la misma auguraba. Por eso las nuevas conmemoraciones muestran a una fuerza en diálogo con su propio pasado y al mismo tiempo lo moldeaban de acuerdo a sus necesidades, erigiendo al momento como punto de llegada de sus luchas previas. Por otro lado, estas acciones mixturarán en su simbología la “causa” radical con la exaltación de las referencias fundamentales del nacionalismo promovidas por el Estado, como el Himno Nacional o la bandera, que tanta fricción generaran para la identidad socialista. Esta cultura política permitía que el radicalismo compartiera el carácter

emotivo de la celebración de la Nación con la justicia asignada a su propuesta política: todo el proceso abierto en 1890 será comprendido por sus miembros como una larga Revolución (con mayúsculas) que enhebraba en el relato partidario los mojones de 1890 y 1905 y que – más importante aún– venía a consumir la historia iniciada en 1810. En este sentido, los rituales radicales en torno a 1910 completaban junto a la sacralización de los mártires y a su lenguaje trascendente (del cual el tono de Yrigoyen en su polémica Molina es un ejemplo paradigmático) el cuadro de la autoconcebida religión cívica de la patria que era la UCR.

Las conmemoraciones de la revolución de 1905 realizadas a inicios de 1909 ilustran bien algunos de los puntos antes mencionados, ya que los discursos de ocasión en Capital Federal y en Córdoba combinaron las referencias más genéricas con los nuevos desafíos que afrontaría el radicalismo en la coyuntura. Tanto para Delfor Del Valle, orador en un teatro Buckingham Palace coronado por un gran retrato de Alem⁶⁵⁴, así como en la citada conferencia de Pedro Molina en la capital cordobesa, de momento la democracia argentina no existía. Ante lo que consideraban una crisis político-moral extendida desde la década anterior, la “reparación radical” debía para el primero garantizar la “integridad de la patria” y prometía un Centenario de 1810 bajo un gobierno radical, mientras que, como se citó más arriba, para Molina la idea de unidad que permeaba indistintamente a los miembros de la UCR era la de “constituir la patria que concibieron los próceres de Mayo”⁶⁵⁵.

Se ha expresado que las conmemoraciones eran la instancia por antonomasia en la que los concurrentes otorgaban un carácter trascendente a lo que entendían como una gesta política que preanunciaba un gran destino e imponía así una misión histórica. Pero, como también se ha enfatizado, estas evocaciones podían dar lugar a tensiones internas y a puntos ciegos de un relato que, por lo demás, pretendía mostrarse coherente con el devenir de un colectivo político que había atravesado períodos turbulentos o de virtual inacción e incluso desaparición.

⁶⁵⁴ Las imágenes del acto en Capital Federal aparecen en: “Aniversario del 4 de febrero”, *Caras y Caretas*, 11/02/1909.

⁶⁵⁵ La crónica del acto radical en Capital Federal en: “Partido Radical. El aniversario de ayer en el Buckingham Palace”, *El Tiempo*, 05/02/1909 y “Los radicales. Un partido que vive de recuerdos. Hacia la próxima revuelta”, *La Vanguardia*, 05/02/1909; la conferencia de Molina transcrita en: “Partido Radical. Organización deficiente, necesidad de tribunas y programas. Convicciones comunes. La palabra de Pedro C. Molina”, *El Tiempo*, 11/02/1909.

En este caso, mientras en el acto porteño el público que escuchaba la alocución comenzó a pedir a coro por “la Revolución, la Revolución!” ante la pregunta de Del Valle sobre “¿qué queremos los radicales?”, planteando una acción futura que se quería fiel al acontecimiento conmemorado, Molina esbozará una contundente crítica a la táctica de la violencia armada, anticipando su disputa por el “verdadero radicalismo”. En sus palabras, si bien la Revolución constituía una “idea redentora”, la UCR era a su entender un “partido principista”, no esencialmente “revolucionario”, ya que sus acciones pasadas habían sido producto de circunstancias, no de las prescripciones de su programa, que debía definirse a su entender con otros objetivos. En cierta manera, esto ponía en entredicho el mito de la Revolución inconclusa o, al menos, demostraba los matices y las modulaciones con que podía ser recepcionado el nuevo contexto que se abría hacia el Centenario. Para Molina, la Revolución bien podría constituir un mito unificador, una marca de origen, pero no un horizonte, como para los radicales capitalinos que vivaban en el discurso del poeta Francisco Riú a “los héroes del Pirovano” y a “los pundonorosos militares que derramaron su sangre en aras de la patria” (sic): según el cordobés el homenaje emotivo a los muertos no debía confundirse con los medios para lograr la ansiada regeneración; para los otros, en cambio, la Revolución era una pasión política, no sólo un recuerdo, sino un mito movilizador.

Respecto de uno de los otros puntos mencionados, el referido a un creciente culto al líder en la ritualidad radical, entre 1909 y 1912 se operará un pasaje suficientemente significativo como para ser destacado, ya que como producto de ello el radicalismo reconfigurará progresivamente su acervo de referencias. La idea de Vicente Gallo de que Alem era en sí mismo un símbolo, que colocaba al referente en un *status* superior al del mero político (caso de los “partidos personalistas”), ya estaba presente en esa tensión del radicalismo de la década de 1890 en donde se proclamaba su “impersonalismo” al mismo tiempo que se investía al ex presidente del Comité Nacional con uno de los liderazgos políticos más novedosos del cambio de siglo, propio de la política de masas. De forma singular y con características distintas a las del “tribuno”, Yrigoyen capitalizaría este fenómeno típico del radicalismo, al comenzar a ocupar el centro de la escena en la ritualidad partidaria y recibir la atención de sus “otros” fuera de la UCR. Si la disputa con Molina enfatizó la autoridad de la palabra de Yrigoyen, los rituales radicales del período exhibirían la autoridad de su cuerpo.

Ya en la celebración de febrero de 1909 la prensa política marcó como un gesto revelador la aparición de Yrigoyen en los balcones del Comité de la Capital de la UCR luego de organizarse una procesión cívica a la salida del Buckingham Palace. Precisamente, el estado en que se encontraba el radicalismo luego del fracaso de 1905, llamaba a caracterizarlo como una secta política. Por eso entonces la sorpresa. *El Tiempo*, por ejemplo, se refirió a que la UCR continuaba actuando como uno de los “partidos populares (...) representativos de ideas o de tendencias, como encarnaciones de dogmas y de credos”, conclusión a la que llegaba al describir a la nutrida manifestación callejera que recordaba a los más masivos desfiles de años anteriores. Era el estilo propio del director de la última revolución radical el que merecía reprobación, según este antiguo periódico militante, por haber desviado a la agrupación de la promesa de “realizar la democracia argentina” por “el personalismo y los procedimientos antidemocráticos de su dirección”⁶⁵⁶, punto que sería luego el eje de la crítica de Molina. Por su parte, para *La Vanguardia* la aparición de Yrigoyen en la conmemoración demostraba un cambio en la situación de la UCR, ya que hasta allí no había sido más que “el jefe ‘ocultista’ del partido”, un poder en las sombras sin exposición pública. En su diagnóstico del liderazgo yrigoyenista, el cronista socialista del acto coincidía con *El Tiempo* y sumaba el carácter reaccionario y “patriotero” de una fuerza que miraba nostálgicamente hacia el pasado prometiendo la violencia futura, condenando el hecho de que mientras el público coreaba la consigna “la Revolución, la Revolución”, “un inconsciente que se hallaba a nuestro lado pedía a gritos la dictadura de Hipólito Yrigoyen”⁶⁵⁷. Y no sería la última vez que esto ocurriera. Al año siguiente, Yrigoyen fue también ovacionado como el “brigadier” del radicalismo y se agito la bandera de la “revolución próxima”⁶⁵⁸ que luego generaría la alarma de las autoridades para el Centenario junto a la fallida huelga general anarquista.

Debe insistirse en este último punto. La diferencia residía en la cultura política en que se instalaban los radicales hacia el momento de la conmemoración patria, en la que claramente no eran un “otro” para el oficialismo, como lo serían las izquierdas más o menos moderadas o extremas. Un análisis de la procesión cívica realizada para la Convención

⁶⁵⁶ “Bajó”, *El Tiempo*, 05/02/1909.

⁶⁵⁷ “Los radicales. Un partido que vive de recuerdos. Hacia la próxima revuelta”, *La Vanguardia*, 05/02/1909. La revista *Caras y Caretas* también dará cuenta en sus imágenes de la aparición de Yrigoyen en los balcones del comité radical. Para una profundización de esta caracterización, remitimos una vez más a MARTÍNEZ MAZZOLA (2008), quien se concentra particularmente en este período de ascenso del liderazgo yrigoyenista.

⁶⁵⁸ “Los radicales”, *La Vanguardia*, 05/02/1910.

Nacional permite auscultar las coordenadas de la identificación de la UCR con la Nación que era exaltada indistintamente por Yrigoyen, Molina o Castellanos. En este ritual de unidad, puesto en escena en el contexto de importantes tensiones para definir qué era el radicalismo, quién y cómo lo conduciría en lo que se vislumbraba como una transición política, ningún elemento parece ser casual, salvo ciertas exageraciones que no llegaron a constituir saltos en el programa.

En primer lugar, la composición remitía a las conmemoraciones del pasado: los 20 comités de circunscripción de la UCR de la Capital desfilaron cada uno con sus estandartes y con banderas rojas y blancas, marchando al frente los delegados de las distintas provincias conducidos en 35 automóviles precedidos por bandas de música. Encabezaban la columna el propio Yrigoyen tomado de los brazos de José Crotto, elegido presidente del Comité Nacional, y de Horacio Oyhanarte, su futuro biógrafo (ver APÉNDICE, Imágenes nº 24 y 25). La demostración daba cuenta de las bases populares en la capital del país y del arraigo del partido en algunos otros bastiones, pese a las disidencias y descontentos. La imagen que se intentaba proyectar era monolítica. En cuanto a los símbolos de la liturgia radical, el comité de Balvanera Oeste (9º circunscripción), por ejemplo, sumó a los colores partidarios su “bandera de combate” utilizada durante la Revolución del Parque que guardaba como una reliquia, custodiada por una guardia de honor de ex conscriptos del Ejército. Otros manifestantes llevaban moños con los colores blanco, verde y rosado de dicha bandera al tiempo que agitaban estampas con la efigie de Alem.

De esta forma, la Convención remitía también al mito fundacional de la UCR y lo vinculaba con el homenaje a la Nación que se avecinaba. La descripción del desfile que hiciera el diario *La Nación* ilustra bien el tono del acontecimiento: “Durante cuarenta y cinco minutos hemos asistido a un desfile de hombres de diversas clases y categorías sociales, que evidenciaban un concurso espontáneo y consciente a la divisa que los congregaba”. Nuevamente, la presencia de Yrigoyen patentizaba su triunfo en la disputa por el “verdadero radicalismo” y esto era reconocido como un dato evidente: “Aclamaciones delirantes acogieron la presencia del jefe del partido y, por contagio, los aplausos siguieron escalonándose, recorriendo la columna de uno a otro extremo”. Como en los ’90, el itinerario también evocaba una topografía de fuerte simbolismo, en este caso, de carácter patriótico. Desde la Avenida de Mayo –trayecto usual de las celebraciones oficiales del 25 de Mayo o

del 9 de Julio– la manifestación pasó frente al Comité de la Capital de la UCR, donde los comités de circunscripción se detuvieron para entonar por primera vez el Himno Nacional y “todos los espectadores estallaron en aplausos”. A continuación, la columna marchó hasta plaza San Martín, donde las bandas de música comenzaron a interpretar dianas militares en homenaje al “padre de la patria”, entre ellas la llamada “diana del Parque”⁶⁵⁹. En ese punto, las aclamaciones a Yrigoyen debieron ser contenidas para evitar que el acto se desbordara, momento en el que aparecieron varias banderas celestes y blancas y las bandas interpretaron una vez más el Himno:

“Los manifestantes descubriéronse respetuosamente entonando la canción evocadora. Fue un momento intensamente conmovedor. El ¡oíd mortales! Corría de extremo a extremo, electrizando todos los ánimos. Desde los balcones circundantes las damas aplaudieron frenéticamente con la muchedumbre (...) Algunos exaltados besaron las banderas con entusiasmo creciente y los más reanudaron los aplausos”⁶⁶⁰.

Como ha destacado Esteban Buch en su estudio sobre los avatares de la canción patria a lo largo de su historia, por esos años se vivía una verdadera crispación en torno al Himno (BUCH, [1994] 2013: 135). Las expresiones de un culto patriótico entre los militantes de la UCR, desde la marcialidad de los desfiles hasta el homenaje a los “héroes de la Patria” no eran extrañas a la misma constitución de su identidad partidaria, que se había gestado en el marco de lo que Alem entendía como la “Patria en peligro”. Que en la estética política de la liturgia del radicalismo se combinaran símbolos propios –la boina blanca, la bandera del Parque y los estandartes rojos y blancos– con emblemas nacionales –la bandera celeste y blanca o el Himno– tampoco aparecía como una innovación. Pero lo que sí adquiría un nuevo sentido era que estas manifestaciones exaltadas eran producto de un sentimiento nacionalista extendido que no se reducía a las iniciativas estatales⁶⁶¹, sino que debe comprenderse también

⁶⁵⁹ Existen escasas referencias a la “diana del Parque”. Una caracterización de la misma como “marcha patriótica”, en: SPERONI, 2002.

⁶⁶⁰ Los preparativos de la procesión cívica por la Convención Nacional y la crónica del acto en: “Partido Radical” y “La manifestación de ayer. Hermosa demostración cívica”, *La Nación*, 26 y 27/12/1909. Imágenes del desfile, donde se destaca la centralidad de la figura de Yrigoyen, en: “La manifestación radical”, *Caras y Caretas*, 01/01/1910.

⁶⁶¹ Fernando Devoto ha destacado que todo el contexto del Centenario se vio teñido por expresiones de un sentimiento nacionalista que, de emotivo y pasional, podía llegar en casos a convertirse en manifestaciones de violencia, como en el saqueo de los locales obreros o en las vejaciones públicas a extranjeros (DEVOTO, 2005). Parece difícil, en este sentido, excluir al radicalismo de un clima de patriotismo militante que lo superaba e incluía.

como la decantación de una serie de prácticas y discursos ideológicos que concebían a la Nación como principio de legitimidad supremo de cualquier identidad particular que pretendiera ser reconocida por sus adversarios. De esta forma, los radicales confluían con otros actores en un proceso más general de nacionalización de las masas, pero ante la interpelación del Centenario que también experimentara el PS, la UCR contribuyó a la sacralización de la Nación re-sacralizando en el mismo movimiento su propia “causa”: si ya se concebía como una religión cívica, ahora su mitología se conjugaba con la de la Patria⁶⁶².

Teniendo eso en cuenta, resulta significativo que la conmemoración de la Revolución del Parque que se proyectaba desde la UCR para 1910 (su vigésimo aniversario) se suspendiera sin más debido al estado de sitio decretado por el gobierno nacional. Si bien la dirigencia radical estaba hacía un buen tiempo en contacto con las autoridades, la memoria de los acontecimientos de 1890 no dejaba de plantear una dimensión sumamente conflictiva de las disputas políticas que contrastaba con el unanimismo patriótico que intentaban proyectar aquellas. Así, un periódico como *El Diario*, que se encargó de esbozar ciertas críticas al radicalismo salido de la Convención Nacional de 1909, podía sostener al año siguiente que:

“sin festejos, sin ruidos, sin manifestaciones, la revolución de Julio que puso término a una situación vergonzosa, *será siempre recordada por todos los que amen la dignidad nacional y pongan por encima de los criminales egoísmos el país y sus instituciones* (...) Desde el punto de vista político, no hemos adelantado”⁶⁶³.

Para 1911 y 1912 se mantendrán algunas formas en las conmemoraciones radicales, pero ciertos sentidos evolucionarán a tono con la democratización propuesta por la reforma política en ciernes. En relación a ello, el cementerio de la Recoleta siguió siendo el lugar de la memoria por excelencia de las revoluciones radicales y del culto a los mártires; un espacio íntimo en el que predominaban para las celebraciones las guardias de honor de los afiliados a los comités porteños y los familiares de los muertos, sin revestir las implicancias de actos

⁶⁶² El periódico radical *El Municipio* expresaba respecto de la conmemoración de la revolución de 1905 en Rosario –en un tono acorde con el clima político-moral del Centenario– que no debía dudarse de su contenido patriótico, porque: “El partido radical encarna las aspiraciones del país, y su actuación en el escenario nacional, es una promesa de regeneración y mejores días para la patria” (“La revolución radical del 4 de febrero de 1905”, 04/02/1911).

⁶⁶³ “26 de Julio”, *El Diario*, 26/07/1910.

de masas. Si se tiene en cuenta la cita precedente con el escenario abierto por la asunción de Sáenz Peña, los nuevos tópicos que comenzaron a instalarse en la agenda política nacional no excluyeron al núcleo político-moral del mensaje radical cuando el partido pareció dar definitivamente curso al levantamiento de la abstención. Este dato aportaría una nueva significación a la Revolución que muchos entendían como punto de partida de un camino que estaba llegando a su fin. Por ejemplo, según *Caras y Caretas* “entre la Argentina del 90 y la Argentina del Centenario no se pueden hallar más que puntos de divergencia”, pero el evidente cambio de actitud del radicalismo, que ya no hablaba de hacer la Revolución sino que la presentaba como su mito fundacional que le otorgaba una “superioridad moral” sobre el resto de las fuerzas políticas del momento, le permitiría capitalizar esa memoria colectiva: “El sacrificio de vidas que costó el 90 –continuaba el semanario– no ha sido, por lo tanto infructuoso: parece que los gobiernos tomaron cierta nota de aquella gran lección”⁶⁶⁴.

Otras características tendrá hacia 1911 la gran conmemoración de la revolución de 1893 en Rosario. En la ocasión se cruzaron la mayor parte de los aspectos que vienen siendo analizados (la memoria de las revoluciones como mito fundante, la de los mártires como núcleo moral, la promesa de la regeneración sacralizada por dichas memorias, la consolidación del liderazgo de Yrigoyen, etc.) con la integración de la UCR al juego político regular. El motivo concreto de este cambio venía dado por las inmediatas expectativas que generó la mencionada intervención federal a la provincia de Santa Fe decretada por Sáenz Peña, ya sea en los radicales santafesinos como en una dirigencia nacional presionada desde distintos distritos. Este cruce de sentidos sedimentados con el clima del Centenario y la cercanía de la reforma operarían en los radicales una respuesta similar a la de los 1° de Mayo socialistas durante esta coyuntura, en tanto ambos rituales partidarios se propusieron como una instancia que remitía a una tradición para influir en la construcción del escenario futuro que los tendría como protagonistas⁶⁶⁵. Ambas identidades no saldrían incólumes antes y después de los mismos.

⁶⁶⁴ “1890 –26 de Julio– 1911”, *Caras y Caretas*, 05/08/1911.

⁶⁶⁵ Sobre esta función de todo ritual político se vuelve una vez más pertinente el planteo de Mar Augé, quien enfatiza en su dimensión performativa, al expresar que el sólo hecho de cumplir su concreción conlleva las primeras consecuencias (supuestas o efectivas), en tanto la acción política y su referencia al pasado “sólo tiene sentido en relación con la evocación del futuro” (AUGÉ, 2001: 116).

En cuanto a un contexto político que la UCR imaginaba como la última estación de su misión histórica de regeneración política, el primer dato a destacar es que el levantamiento de la abstención electoral constituía virtualmente un hecho. Ello se evidenció en la previa y durante el acto de masas que encabezarían los miembros del Comité Nacional del partido junto a distintas delegaciones provinciales y, por supuesto, con la figura de Yrigoyen como centro de la escena en un “gran acontecimiento nacional” de “los verdaderos adalides de la campaña de regeneración”, como expresara *La Argentina*. Luego de una minuciosa preparación de varias semanas, la evocación del hecho de armas que ahora demostraba el poder territorial de una UCR con importante arraigo en muchas provincias del país, terminará proyectando una imagen que redundará en un gran éxito para el radicalismo: un puente temporal entre las revoluciones de sus años fundacionales con la inminente participación electoral. Por otro lado, esta imagen emanada del ritual conmemorativo no reparaba como contraparte en las rupturas y divisiones producto de las sucesivas reorganizaciones partidarias y enaltecía además a una UCR pretendidamente homogénea –con “unidad de creencia”– como la principal y más sostenida oposición a los gobiernos conservadores. En este sentido, la prensa destacaba la singularidad del radicalismo frente al resto de las fuerzas políticas del período, esto es, su “tradición”, evaluando que “[s]u ausencia del poder le ha permitido mantenerse incontaminado, y las esperanzas que el pueblo cifra en su obra política deben fortalecer intensamente el sentimiento de las grandes responsabilidades”. Pero esta tradición de exaltar la Revolución como mito de orígenes sufría una reconversión que era destacada por los testigos interesados en la actitud que tomaba la UCR, “desde las reivindicaciones violentas” a la “propaganda incansable del sufragio”⁶⁶⁶.

Como en febrero de 1909 y, más aún, como en la Convención de diciembre de ese año, la columna de decenas de miles de personas –si confiamos en las crónicas– confundía banderas argentinas con estandartes radicales, boinas blancas y escarapelas coronadas con

⁶⁶⁶ “El Radicalismo en el Rosario”, *La Argentina*, 30/07/1911. En relación al contexto general, el editorial del periódico explicaba que la conmemoración era “el acto preliminar por el cual ese partido renuncia a su prolongado abstencionismo cívico y se lanza lealmente al terreno donde se debaten los destinos de los pueblos libres”. Mientras que en lo referente al lugar –continuaba– “el teatro elegido es propicio, porque la provincia de Santa Fe, y más especialmente la ciudad de Rosario, son las regiones del país donde los ideales del partido han sido cultivados con más fervor”. Sobre el arraigo del radicalismo en los sectores populares y sus vínculos, en particular con la clase trabajadora de Rosario, ver el análisis de Matthew Karush en torno a la figura de Ricardo Caballero (KARUSH, 1999).

medallas del busto de Alem, quien había encabezado uno de los alzamientos de 1893 en Rosario, mientras desde varios vehículos se arrojaron papeles de propaganda con la leyenda: “Alem dio a la democracia argentina un arma formidable para defenderla contra los vicios que la desnaturalizan de antiguo contra los que inventan ahora malos ciudadanos”. Esta omnipresencia del líder fundador en la ritualidad partidaria no era sólo la de su recuerdo sino también la de su lugar dentro de la UCR: la figura del líder de las mayorías democráticas que se expresarían en las urnas.

Como en las instancias antes mencionadas, Yrigoyen se encontraba rodeado de los delegados provinciales de Buenos Aires (Oyhanarte), Corrientes (el coronel Blanco), Entre Ríos (Laurencena) y Santa Fe (Rodolfo Lehmann, Ignacio Iturraspe y Domingo Frugoni Zavala). Luego de visitar junto al teniente Gerardo Vallota –comandante revolucionario en 1893– la tumba de los “mártires” en el cementerio de El Salvador, Yrigoyen desfiló desde la plaza de Mayo hasta la de San Martín, donde se instaló una tribuna desde la cual observó el desfile de los clubes radicales rosarinos. Los mismos se detuvieron ante su presencia para saludarlo con sus banderas partidarias, pero uno de los datos más significativos del acto fue que durante el trayecto se entonó la marcha militar de la batalla de San Lorenzo. Este himno, que pasó a formar parte rápidamente del culto patriótico y que ya cantaban los alumnos de las escuelas públicas durante las celebraciones patrias, había sido estrenado en 1902 en la localidad del mismo nombre, cercana a la ciudad de Rosario, durante la ceremonia de traslado de la “bandera de los Andes” que utilizara el general San Martín durante los combates de la guerra de independencia, con la presencia del teniente general Pablo Ricchieri y del mismísimo presidente Julio Roca.

Si se tiene en cuenta el antecedente de los usos políticos del Himno Nacional, esta apropiación radical en tiempos del Centenario de otro símbolo que remitía al imaginario de las gestas de la nacionalidad, sorprende poco⁶⁶⁷. Más aún, venía a confirmar una identificación más amplia que los miembros del radicalismo daban por supuesta, pero que

⁶⁶⁷ Sobre la marcha de San Lorenzo y su conjugación en tiempos del Centenario con el Himno Nacional, ver lo planteado por BUCH ([1994] 2013: 134). No obstante ello, como es el caso por otro lado de la historiografía dedicada al estudio del radicalismo, este autor no menciona los usos políticos ni del Himno ni de la marcha de San Lorenzo por parte de la UCR, salvo algunas referencias para el período posterior, con la llegada de Hipólito Yrigoyen a la presidencia de la Nación. En este sentido, la identificación de los miembros del partido con la música patriótica revela un aspecto fundamental de la construcción de su identidad política soslayado por aquella historiografía.

adquiriría otro cariz en un nuevo contexto en donde dichos símbolos se cargaron de un plus, al exaltar de forma sostenida una Nación que se consideraba con un gran destino. Además, los acordes marciales de la marcha y su poderosa apelación guerrera resultaban particularmente pertinentes para una fuerza que se decía compuesta por “soldados de una causa nacional”. Una vez más, el patriotismo de las bases militantes se proyectaba en la del nuevo líder de la UCR, identificado en calidad de sucesor del “profeta” fallecido. Como expresaba el Manifiesto radical que convocaba a la conmemoración:

“El 30 de julio, fecha memorable en los anales políticos argentinos, será conmemorado solemnemente con una gran manifestación cívica que presidirá el doctor Hipólito Yrigoyen; *ciudadano noble y patriota que ha sabido continuar con altivez la obra del doctor Leandro N. Alem*”⁶⁶⁸.

Durante su visita, los radicales rosarinos entregaron un pergamino a Yrigoyen en donde reafirmaban la “fe profunda en su civismo y su amor patrio”, como rezaba el cuadro encabezado también por un busto del viejo presidente del Comité Nacional, una alegoría femenina de la República/Nación, un cañón en pabellón como elemento que remitía a las revoluciones de 1890-1893-1905 y debajo de Alem el retrato del “mártir” rosarino Eloy Brignardello, muerto en las acciones del Parque⁶⁶⁹ (ver APÉNDICE, Imagen n° 26). Lo que se insinuara con la anterior reorganización de 1903 ahora venía a confirmarse y era instalado insistentemente en cada acto radical como una convicción compartida: Yrigoyen conduciría al radicalismo a consumir la “democracia argentina” que Alem iniciara –de acuerdo al relato mítico del partido– en el Parque en 1890. Nuevamente, el ritual conmemorativo establecía una ilusión de continuidad entre la cercana concurrencia electoral y el pasado revolucionario, entre la experiencia de los orígenes y la expectativa regeneracionista. De allí que el culto a la figura de Alem no aparecía –al menos aún– como una sombra para la de Yrigoyen⁶⁷⁰.

⁶⁶⁸ “La ciudad del Rosario asistió ayer a un gran acto cívico ofrecido por la manifestación que organizara el Partido Radical”, *La Argentina*, 31/07/1911 (subrayado propio).

⁶⁶⁹ El pergamino alegórico aparece en: *La Argentina*, 01/08/1911, junto a fotografías de Clorindo Mendieta, presidente del club radical “9 de Noviembre” y revolucionario de 1905, así como del Comité departamental de la UCR de Rosario.

⁶⁷⁰ La más actualizada historiografía sobre el radicalismo, captando adecuadamente la tensión a que daría lugar la constitución sucesiva de dos fuertes liderazgos con características propias, ha descuidado sin embargo la coyuntura fundamental aquí tratada, entre la reorganización de 1909 y el levantamiento de la abstención en 1912, postulando que el estilo “liberal” y popular de Alem contrastaba con el perfil místico y solidarista de

Antes bien, actuaba en el sentido contrario: para la conducción radical del Centenario el lugar indiscutido que ocupaba el líder del primer radicalismo en la identidad partidaria no hacía sino legitimar el papel de aquel que había superado la disputa por la conducción imponiendo su visión sobre lo que era la “causa de reparación” del radicalismo. Convivían en la misma, a lo largo de esta coyuntura crítica que desemboca en 1912, la bandera abstencionista con las declaradas intenciones de algunos radicales en pro de la participación electoral, mientras Yrigoyen negociaba directamente con los presidentes que promoverían la reforma política. Es posible establecer en este sentido que aquel logró rodearse exitosamente con el aura de sacralidad que había adquirido Alem dentro del imaginario radical, esto es, también se convertía en un símbolo viviente y objeto de culto⁶⁷¹.

Ese mismo año 1911, el sociólogo de las “multitudes argentinas”, analista de los rituales de los tiempos de Rosas y virtual orquestador de la liturgia patriótica oficial, José María Ramos Mejía, esbozaría en el periódico *Sarmiento* una caracterización del que descollaba como líder de la UCR. Allí, se referirá a Yrigoyen como ejemplo del “hombre carbono”, una persona que “odia a la muchedumbre y el montón, el gran aire de la exhibición teatral, porque es discreto”, no obstante lo cual era ya por entonces un “ídolo de multitudes” aunque “no tiene, con todo, ninguna de las condiciones seductores del tipo acaudillante”, tal como había sido profusamente caracterizado Alem. Este hombre cuyo “cerebro estaba en el corazón (...) un misionero que ha puesto el alma al servicio de una concepción política”, operaba según Ramos Mejía de otra forma:

Yrigoyen (ALONSO, 2000: 250-258; PADOAN, 2001: 86-88 y 96; PERSELLO, 2004: 17-33). Sin lugar a dudas, con posterioridad a la llegada al poder del segundo, la figura del primero adquirirá un nuevo valor como arma de disputa de la identidad partidaria, pero hasta entonces Yrigoyen y su círculo harán un notable uso de aquella. Como bien expresa una de estas autoras, “Yrigoyen supo emplear la simbología partidaria para darle a su organización una imagen de continuidad con la agrupación inicial y disimular las tensiones que habían existido durante los noventa” (ALONSO, 2000: 254).

⁶⁷¹ El punto de mayor tensión en relación a la contraposición de ambas figuras probablemente se dio con la inauguración del largamente postergado monumento a Alem en la Capital Federal en 1925. Para entonces, el presidente de la Nación era Marcelo T. de Alvear, sucesor de Yrigoyen en el cargo, y un año antes se había consumado la división de la UCR entre “yrigoyenistas” y “antipersonalistas”, varios de los cuales revestían en el gobierno del primero. En una crónica del acto, el diario anti-yrigoyenista *La Fronda* se encargó de dar cuenta del discurso del ministro del Interior, José Tamborini, que fue interrumpido por los gritos del “malevaje” contra Alvear y con “vivas” a Yrigoyen. Un dato relevante es que en el mismo acto estaban presentes tanto Alvear como el propio Yrigoyen y el futuro presidente el general Agustín Justo, por entonces ministro de Guerra de Alvear (“Hoy se inaugura el monumento a Leandro N. Alem”, *La Prensa*, 10/10/1925; “Alrededor del Monumento”, *La Fronda*, 10/10/1925). Las imágenes del multitudinario acto, en: “Inauguración del monumento a Alem”, *Caras y Caretas*, 17/10/1925.

“La muchedumbre que lo sigue y lo adora se forma por agregación de átomos (...) La afinidad de este carbono sui generis es la causa de la variedad infinita, de la multitud inmensa de transformaciones de este cuerpo prodigioso, como la del hombre con sus iguales, para organizar simples grupos algunas veces, verdaderas multitudes otras” (RAMOS MEJÍA, [1911] 1983: 7-11).

Pese a semejante semblanza, que reconocía las virtudes del político-organizador, no puede dejar de notarse que Yrigoyen de hecho sí había salido a la escena en 1909 y en 1911, en Capital Federal y en Rosario, desde un balcón o desde una tarima, pasando revista con su venia a los “batallones radicales” (los militantes radicales, como los socialistas, se concebían como “soldados” y “ejército” de una “causa”) o recibiendo teatralmente a mujeres con ramos de flores o incluso a un ciego que se le acercó emocionado en Rosario para tocarlo y expresarle “Usted, señor Yrigoyen, no me puede engañar”⁶⁷².

El liderazgo de Yrigoyen venía a confirmarse, además de por una posición de influencia que todos conocían y que nadie negaba —ni correligionarios ni adversarios—, por aquellos mecanismos que se han desarrollado para el caso de Alem en la década de 1890 referidos a los análisis de Clifford Geertz. En lo relativo a Yrigoyen, el carisma provenía de involucrarse como nunca antes en los actos más significativos del partido, los que instalaban periódicamente su causa, erigiéndose así en heredero y quien venía a completar la obra del mártir-profeta caído. Es importante destacar entonces que el estilo de la política de masas, que luego maduraría en la entreguerras, se gestó precisamente en estos años de fines del siglo XIX y la primera década del siglo XX⁶⁷³.

Las dos conmemoraciones más importantes del gran año electoral de 1912 ilustran a la perfección la forma en que la liturgia radical se adecuó al nuevo contexto. El homenaje por la muerte de Alem organizada en la localidad de Haedo y el acto por la Revolución del Parque por parte del comité de la 3ª circunscripción de la Capital Federal se ubicaron en la estela de lo que se ha venido observando, reiterando íconos y símbolos: retratos de Alem encabezando tribunas y teatros; guardias de honor compuestas por militantes con boinas

⁶⁷² La anécdota del ciego que se acerca a Yrigoyen al prometer éste el levantamiento de la abstención y la próxima concurrencia a las urnas proviene de la crónica de la conmemoración en Rosario.

⁶⁷³ Este estilo del que luego darán cuenta con énfasis en distintos aspectos PADOAN (2001) y HOROWITZ (2008) para el yrigoyenismo en el poder, evidentemente, no fue una novedad de ese período. Resulta interesante observar de qué forma estos rituales radicales de masas adquirirían nuevos sentidos y connotaciones simbólicas en relación al radicalismo como identidad política mayoritaria una vez derrocado y fallecido su máximo líder en la década de 1930, como bien lo ha demostrado Sandra GAYOL (2013b).

blancas; banderas argentinas, rojas y blancas y con los colores del Parque; la interpretación del Himno Nacional como un momento solemne, seguido de dianas militares (en especial la del Parque) a la hora de la manifestación posterior. Por otro lado, los discursos y la nueva investidura de los presentes, enfatizaron la importancia de la hora como concreción de lo anunciado por la mitología de la UCR. En el primer caso, por ejemplo, Pedro Alcántara se preguntaba “¿qué es ser radical?”, contestando que no era otra cosa que encarnar un “sano patriotismo” y haber combatido o mantenerse fieles a los acontecimientos de la trilogía revolucionaria de 1890-1893-1905⁶⁷⁴.

En lo que hace a la celebración en la Sociedad Cavour por la Revolución del Parque, el clima triunfalista de los radicales luego de haber ocupado el primer puesto en las elecciones para diputados nacionales por la Capital Federal era evidente, estando presentes allí mismo todos los congresistas electos: Vicente Gallo, José Luis Cantilo, Delfor Del Valle, Luis J. Rocca, Fernando Saguier, Marcelo T. de Alvear, Ernesto Celesia y Antonio Arraga. Las palabras del orador principal, Cantilo, resultan elocuentes del nudo establecido por la UCR en su relato como agrupación entre su causa y la de la Nación, su mito fundante y el de la Revolución de Mayo, el liderazgo de esa misión histórica de Alem a Yrigoyen. Antes que nada, se destacó el triunfo como obra de la “masa anónima de sus soldados que supieron cumplir su deber”, esto es, aquellos que pertenecían a la agrupación antes de la apertura de sus filas a los nuevos correligionarios. Por eso mismo los viejos disidentes podían retornar, porque “no concebía al Partido Radical desunido, porque la lealtad ha sido siempre la unión de todos sus hombres, aún en los tiempos adversos de la persecución, y mucho más en los presentes momentos, en que una victoria gloriosa había venido a coronar largos años de lucha franca y decidida”. Pero existían límites, porque —aclaraba— “provocar disensiones sería una traición”. Finalmente, ese éxito electoral pasaba a significar para la escatología radical mucho más que la marcha triunfal de un partido político, era un camino de redención pavimentado por el sacrificio y el martirio de los caídos, como lo demostraban el “gran caudillo” y su sucesor, remitiendo a:

“su acción en la historia política de la nación, diciéndole continuador de la obra emancipadora de Belgrano y San Martín, porque conquistó para el pueblo la dignidad cívica, poniendo sobre todas las cosas la voluntad del pueblo, reguladora de las

⁶⁷⁴ “Importante manifestación radical en Haedo”, *La Argentina*, 02/07/1912.

verdaderas democracias (...) *Actualmente, el partido radical, después de una lucha terrible, y contar con un nutrido y grande martirologio, de una actuación vigorosa y honesta de su jefe como Hipólito Yrigoyen, se halla triunfante, decidido a llevar adelante su programa hasta cumplir con él (...)* El triunfo de abril es el comienzo de la victoria definitiva que sobrevendrá en cumplimiento del mandato supremo del pueblo y de la justicia”⁶⁷⁵.

Para una fuerza política que se pensaba como una religión cívica de la Patria, lo que antes se planteaba como promesa, ahora se revelaba como profecía autocumplida, porque el levantamiento de la abstención había demostrado “su” verdad: la UCR representaba a la mayoría del Pueblo, expresado voluntariamente en las urnas. La regeneración iniciada por los mártires sólo los redimiría de su muerte si esa empresa era llevada a buen término por los vivos que les rendían culto, acaudillados por quien mejor podía interpretar al líder revolucionario de los orígenes muerto por la causa.

V. La Revolución consumada o el inicio de la regeneración

La exaltación de su singularidad por parte de los radicales, lo que los llevaba a insistir con que la UCR era la única fuerza política que había combatido la crisis moral desatada con los gobiernos del PAN, dio lugar así a una progresiva autorreferencialidad pero también a una creciente apertura en los discursos de sus dirigentes hacia 1911-1912. La cuestión no se trataba simplemente del desafío que implicaba el paso de un virtual estado de secta política –una fuerza popular pero encerrada en su estrategia política intransigente y abstencionista que le restaba protagonismo a la hora de disputar el poder– hacia el de un partido de masas que entrara en liza en la competencia electoral. Esa apertura hacia las mayorías, la necesaria ampliación del espectro de interpelación que llevara al PS a proponerse como una fuerza que sostenía a la vez la causa del proletariado y la de la “parte sana” de la Nación, será tramitada de manera distinta por el radicalismo. El reto implicaba, como para los socialistas, un cambio en su identidad.

Antes que nada, la rígida frontera que separaba a los “fieles” de los “traidores” que habían abandonado el partido a principios del siglo XX o con la reorganización de 1909, devino ahora más laxa. Después de todo, los radicales pretendían mantenerse hasta entonces

⁶⁷⁵ La descripción del acto y la transcripción del discurso de Cantilo, en: “La velada radical de anoche en la circunscripción tercera”, *La Argentina*, 28/07/1912 (destacado propio).

extraños a la “política militante”, como afirmaran Crotto y Del Valle, y sustentaban la convicción de constituir una mayoría latente dentro de la opinión política nacional. Como bien ha señalado Luciano De Privitellio, la idea extendida en torno al Centenario de que los partidos políticos debían representar el “alma de la Nación” permitió a los miembros de la UCR acoger sin mayores dificultades a esos que antes eran concebidos como virtuales “apóstatas”, pero también a todos aquellos que o se habían mostrado indiferentes o encontraban que el mensaje del radicalismo había transformado sus convicciones. Se ha afirmado que la piedra de toque para esta torsión estuvo dada por las conferencias de Yrigoyen con Sáenz Peña y, luego, por la intervención federal a Santa Fe. La tensión que comenzó a operar a partir de entonces al interior del radicalismo se planteó a partir de la cuestión de quién decidiría, o quien podía controlar, esa aceleración de los tiempos hacia la participación electoral.

Por de pronto, el radicalismo se arrogaba como un triunfo propio de su lucha desde la década de 1890 el proceso de democratización del régimen político promovida por la elite gobernante. Esta idea, que fue instalada con fuerza en la coyuntura transicional, se basaba, por un lado, en el lugar deferencial que le depararon los últimos presidentes conservadores en las negociaciones extraparlamentarias. Por otro lado, en lo que puede denominarse la presencia del pasado en el presente, en presentar a las sucesivas revoluciones, a “su” Revolución (con mayúscula), como el inicio de ese proceso. ¿Acaso los mártires que habían muerto por esa “causa” con las armas en la mano –argumentaban los radicales– no eran precisamente hombres de la UCR? Finalmente, pero no menos importante, el radicalismo intentaba disputar los principales motivos ideológicos del momento: desde sus orígenes no se habían cansado de expresar que la suya era una “reacción” ante una *patrie en danger* denunciada por Alem en 1889/1890 y por Yrigoyen en 1909. Hacía casi dos décadas que se reclamaban herederos de las mejores glorias nacionales, como la síntesis de las distintas tradiciones políticas argentinas que habían contribuido a la construcción de la República. Esta identificación con la Nación, concreción de un secular proceso de regeneración política y moral que se entroncaba con el mito de 1810, alejó a la UCR del peligro de convertirse en un “otro”, como fuera el caso del PS y de las izquierdas del Centenario en general.

La nueva y más amplia reorganización experimentada a nivel nacional por el partido demostró, a su vez, una rápida articulación de sus fracciones provinciales, que gozaban de

una virtual organización autónoma, y expresando en la respuesta electoral un notable arraigo en la Capital y en el interior del país. La instalación del nuevo Comité de la Capital Federal de la UCR en el clima pre-electoral, luego del conflicto de 1909, dejó vislumbrar las características de esta inflexión, al poner en evidencia las citadas tensiones emergentes. Elegidas las nuevas autoridades, con Joaquín Llambías como presidente de aquel, y reabiertos los censos de afiliados a cargo sobre todo de los comités de la Juventud Radical⁶⁷⁶, las urgencias por la participación electoral al tiempo que el Comité Nacional autorizaba lo propio a los radicales santafesinos y entrerrianos, produjeron fricciones en la Convención de los capitalinos. En un reportaje realizado por *La Argentina*, Llambías se congratulaba por “la unanimidad en las opiniones que prestigian una lista formada por las personalidades más expectables”⁶⁷⁷ del radicalismo.

Pero la falta de instrucciones del Comité Nacional, preocupado por controlar la reorganización partidaria, dio lugar a que éste fuera objeto de críticas por parte del mismo Llambías y de José Tamborini, quienes interpretaban que el retraso en el levantamiento general de la abstención podía ser entendido como una nueva abstención y además otorgaba ventajas al resto de los partidos políticos, de forma que la UCR debía “hacer obra patriótica” y “sanear las instituciones”. Adolfo Calvete fue más allá y solicitó enviar una nota al Comité Nacional para que permitiera la participación electoral en el principal distrito del país⁶⁷⁸. La rápida respuesta del máximo órgano partidario que le siguió puede ser leída como una amonestación en clave de fidelidad a los principios identitarios del radicalismo: recomendaba, si no exhortaba, esperar a los resultados –finalmente favorables– en Santa Fe y reforzar la disciplina. Al plantear Calvete en una nueva sesión del Comité de la Capital que esto constituía una “verdadera defraudación a los sentimientos radicales”, Delfor Del Valle contraatacó colocando el debate en términos de una necesaria “confianza en el patriotismo de nuestros dirigentes” y amonestó a Calvete por su “falta de fe”. Ante ello, el comisario general del mitin por la Convención Nacional de 1909 expresó que “la asamblea hería sus sentimientos de radical”, esbozando una breve autobiografía política que recorrió los lugares de la memoria de la UCR (participación en las revoluciones del Parque y de 1905), para

⁶⁷⁶ “El Comité de la Capital del Partido Radical”, *La Argentina*, 06 y 07/03/1912.

⁶⁷⁷ “El Partido Radical y los próximos comicios”, *La Argentina*, 13/03/1912.

⁶⁷⁸ “Unión Cívica Radical. Reunión del Comité de la Capital. Concurrencia a las elecciones”, *La Prensa*, 23/03/1912.

terminar reconociéndose “radical como el que más”⁶⁷⁹. El resultado fue que Calvete retiró su demanda al Comité Nacional.

Este es uno de muchos ejemplos en donde se ilustra cómo la polémica por el “verdadero radicalismo”, recreada en cada reorganización mediante la tensión entre la tradición partidaria y los desafíos del momento, podía ser instrumentalizada para disciplinar las filas partidarias en ciertas coyunturas claves en nombre de la identidad. Cada uno de los actores que intervenía debía demostrar sus credenciales, sus virtudes cívicas y su patriotismo, su fidelidad a los mitos de la agrupación, en suma, su capital simbólico acumulado, con una retórica que oscilaba entre la injuria y las referencias emotivas. Lo que algunos han denominado la “cultura esotérica” de cada partido, el lenguaje propio construido de acuerdo a una idea de *ecclesia pura* –más aún en una autoconcebida religión cívica–, trasladaba estas disputas desde los objetivos concretos (la participación electoral) a un litigio por la creencia y el reconocimiento dentro de aquel (BOURDIEU, 1981: 8 y 13-14)⁶⁸⁰. De forma mucho más acusada que en el socialismo, la figura del “traidor” sobrevolaba todas las discusiones internas del radicalismo.

Por su parte, las convenciones de la UCR en las distintas provincias también se acoplaron a la tendencia insinuada por las autoridades nacionales del partido, pero el radicalismo ya era presentado como una fuerza electoral. Así, el acto respectivo en San Salvador de Jujuy comenzó con vivas a Yrigoyen y Crotto, enfatizando los discursos de los candidatos a diputados nacionales –José Salinas y Teófilo Sánchez de Bustamante– que el levantamiento de la abstención sólo dejaba “las armas en pabellón”, remitiendo de esa forma al pasado revolucionario, y que el momento era el punto de llegada de la “peregrinación de la nación hacia su progreso moral político”⁶⁸¹. La operación demostraba la reversibilidad del mito de la revolución inconclusa, trocando el énfasis en el pasado en optimismo por un futuro inmediato que es postulado como punto de llegada de la historia partidaria y, en un sentido más abarcativo, de la Nación. Como se afirmó más arriba, esto permitía reincorporar en la

⁶⁷⁹ “Unión Cívica Radical. La sesión de anoche”, *La Prensa*, 28/03/1912.

⁶⁸⁰ En un sentido similar, otros autores han postulado que este tipo de polémicas intra-partidarias podían resolverse en la clave de “creyentes” vs. “arribistas”, siendo la “comunidad de creyentes” el grupo más ligado a la lucha por la consecución de los fines oficiales de la agrupación (en el caso de la UCR, la regeneración) y donde eventualmente se plantean las disidencias: “es sobre todo la identidad de los creyentes lo que los líderes se ven obligados a tutelar con la referencia ritual y constante a las metas ideológicas y lo que los obliga a actuar con cautela” (PANEBIANCO, 1990: 71-72).

⁶⁸¹ El acto de la Convención y los discursos en: “Jujuy. Asamblea radical”, *La Prensa*, 25/03/1912.

agrupación a los que transitoriamente habían defeccionado pero que formaban parte de ese camino, según el lenguaje propio de la UCR. La apertura del dique hacia un partido que expresara las mayorías en las urnas se hizo explícito en la reorganización del radicalismo en Corrientes, presidido por un viejo militante como Ángel Blanco, el cual poco después emitiría un Manifiesto elocuente de la actitud de la UCR ante la reforma política y la democracia de masas en general:

En el partido radical caben todos los ciudadanos de buena voluntad, todas las personas honestas y de sinceros ideales patrióticos, y *no se hace excepción entre los nuevos y los viejos radicales, desde que todos se consagren a la causa y les sean fieles* (citado en: SOLÍS CARNICER, 2006: 129, destacado propio)⁶⁸².

La campaña electoral autorizada ya por el Comité Nacional en marzo de 1912 se tiñó con esta nueva modulación adquirida en la retórica identitaria de los radicales. Sin llegar a practicarse auténticas alianzas con otras fuerzas políticas en la Capital Federal, los candidatos radicales sí recibieron el apoyo, por ejemplo, de distintas agrupaciones católicas que ubicaron en sus listas para diputados nacionales a Vicente Gallo, José Luis Cantilo y Luis J. Rocca; listas que, por lo demás, eran compartidas con hombres de la Unión Cívica (Francisco Beazley Santiago O’Farrell) o de las fuerzas conservadoras (como Luis María Drago y José E. Uriburu)⁶⁸³.

En las múltiples asambleas organizadas por los comités radicales un alto dirigente nacional como Delfor Del Valle no se abstuvo de afirmar que “la hora actual del movimiento político era la obra del Partido Radical, que había pedido constantemente por la nueva ley electoral”⁶⁸⁴. De la misma manera que los rituales conmemorativos de 1911 y 1912, la campaña electoral de ese año se llevó adelante por los radicales con la convicción de que la democracia argentina era producto de su misión histórica iniciada en 1890. En sostén de los candidatos radicales se formó asimismo un Comité Femenino de la UCR que, lejos de

⁶⁸² El Manifiesto de la UCR correntina corresponde al año 1914, pero puede ubicarse como dentro del clima abierto con el levantamiento de la abstención en 1912.

⁶⁸³ “Reunión católica”, *La Argentina*, 27/03/1912. Este apoyo al radicalismo –y a otras fuerzas– de un catolicismo que buscaba agccionarse al nuevo clima político impuesto por la democracia electoral se haría patente una vez más en las elecciones presidenciales de 1916, cuando su diario más importante, *El Pueblo*, llamó directamente a votar por la candidatura de Yrigoyen, quien recibió la bendición además del también católico Partido Constitucional (LIDA, 2015: 74).

⁶⁸⁴ “Trabajos de los partidos preparando los elementos para las elecciones del 7 de abril”, *La Argentina*, 29/03/1912.

reclamar el sufragio femenino como hiciera el Centro Socialista Femenino, exaltaba la figura mítica de Alem como precursor y caracterizaba a esos candidatos bajo el lema de “Pureza, honradez y patriotismo”⁶⁸⁵. Como lo expresara Vicente Gallo en su primera intervención en la Cámara de Diputados, si la transición que el radicalismo pensaba protagonizar se incubaba en su propia historia luego de “quince años de abstención”, ello se debía a que la argentina era parte de esas “democracias jóvenes, movedizas, nerviosas”, de allí que en su opinión los comicios libres tenían como antecedente la “acción revolucionaria” que ahora legitimaba el lugar destacado que pasaba a ocupar la UCR. Esto es, los radicales poseían el “atributo moral de una democracia” por la “fuerza de aspiraciones y de energías superiores a las resistencias encontradas en el camino y a las vicisitudes y adversidades que la han detenido más de una vez” (GALLO, 1912: 120-122).

Ese principio de superioridad moral, que tanto Gallo como otros dirigentes radicales previamente habían esbozado, se encontraba en el corazón de la promesa regeneracionista de la UCR. Así fue como sus miembros entendieron y procesaron su inmediato éxito electoral, primero en Santa Fe, luego en la Capital Federal y en Entre Ríos; como una confirmación de su “causa” condensada en los mitos de su religión cívica que, además, unía a sus ojos los valores de la Nación con los de la democracia electoral. Probablemente no exista otro testimonio más significativo al respecto que la comunicación enviada en ese contexto por Hipólito Yrigoyen a la Juventud Nacionalista de Uruguay –quien le había felicitado por los resultados en los primeros comicios bajo la Ley Sáenz Peña– publicada como toda una excepción por la *Revista Argentina de Ciencia Política*. Rodolfo Rivarola, a cargo de la publicación, no se equivocaba cuando al pie del texto expresaba que desde 1909 prácticamente no se conocía “por palabra hablada o escrita, el pensamiento del señor Yrigoyen, reconocido como director permanente del partido radical”.

En el telegrama Yrigoyen se encargó de mostrar las credenciales del radicalismo ante la reforma política argentina, lo que no era otra cosa que la bandera de la ansiada “reparación”, exponiendo a todas luces hasta qué punto Nación y Democracia se fundían en su credo, de forma muy similar a lo expuesto por Gallo en sus discursos. En el nuevo marco, la idea-fuerza de la Revolución no fue entendida sólo –ni principalmente– como una táctica

⁶⁸⁵ “El movimiento político en las vísperas de los comicios a realizarse en el día de hoy”, *La Argentina*, 07/04/1912.

política, sino como un largo proceso secular que confirmaba al radicalismo como consumación de la grandeza argentina, con un sentido progresivo y claramente teleológico: “la revolución argentina quedó sancionada, manteniéndose incólume hasta consumir sus magnos y trascendentales designios”. El triunfo en las urnas daba lugar a una relectura de lo que antes aparecía bajo los ribetes de una profecía escatológica, una misión histórica que había implicado:

“Afrontar todos los sacrificios y aceptar todas las inmolaciones en defensa de la patria, es el rasgo que más revela las excelsitudes del espíritu (...) Todo se ha aunado en la magna empresa: virtudes, talentos, abnegaciones, sacrificios, martirios y decisiones supremas, en *reparación del presente y en idealización de los fundamentos perdurables de la patria* (...) el mundo se asombraría de *la grandeza argentina que tal era la obra de la Unión Cívica Radical*, y esa sería la solución con todos los esplendores de su genio (...) que *el problema que ha tenido conmovida tan intensamente a la nacionalidad argentina* durante más de treinta años quede definitivamente resuelto” (YRIGOYEN, 1912: 394-395, destacado propio).

Previamente se expresó que el nacionalismo cívico-político del radicalismo en tiempos del Centenario no necesariamente entraba en conflicto con el imaginario de una Argentina todavía predominantemente liberal⁶⁸⁶. En este sentido, la identidad radical en el cambio de siglo puede pensarse como un emergente de la primera gran crisis de ese ideario que había signado la construcción del Estado y la Nación por parte de unas elites imbuidas de los postulados del Progreso y confiadas en el mito de la futura grandeza argentina. De esta forma, la regeneración propugnada desde 1890 se proponía concretar las más ambiciosas promesas que, se pensaba, estaban implícitas en la fecha-símbolo de 1810. Los radicales se autodefinían continuadores de esa obra revolucionaria y se filiaban en ese imaginario colectivo más ampliamente compartido, de acuerdo a Yrigoyen, “restaurando a la patria *las primordiales condiciones de los pueblos civilizados, para avanzar expansivamente hacia su destino* en acción noble y altiva, fecundando su prosperidad y poder, sobre las sólidas bases del ejercicio de su soberanía” (YRIGOYEN, 1912: 395).

Como han destacado las interpretaciones más convincentes del período, las connotaciones unanimistas y excluyentes que semejante concepción sacralizada de la

⁶⁸⁶ Como en buena parte de estos dos últimos capítulos, se sigue aquí la interpretación sobre la pervivencia del imaginario liberal aún con la cristalización nacionalista del Centenario, propuesta por DEVOTO (2002).

soberanía traía consigo, al superponer y confundir la propia causa con la de la Nación y arrogarse el monopolio como actor legítimo para llevarla a buen puerto, sólo se harían problemáticas poco después. Cuando llegada la UCR al poder, sus consecuentes tensiones internas, nunca erradicadas con la última reorganización, y otro marco internacional, el de entreguerras, detonarán la erosión sufrida en los años previos por la democracia liberal argentina. Esta vez, la causa de la Patria también podía ser reivindicada por sus “otros”.

CONCLUSIONES GENERALES

Llegado este punto, un balance general sobre este proceso paralelo de construcción de dos identidades político-partidarias como las de la UCR y del PS, podría preguntarse, en primer lugar, por la validez del cierre. Si toda periodización resulta más o menos arbitraria por la selección de sus argumentos, una coyuntura de arriba como la que se extiende entre el Centenario y la reforma política de 1912, que fue vivida por sus contemporáneos como una verdadera transición, puede resultar propicia. Sobre todo porque los evidentes cambios que traerá aparejada en las configuraciones identitarias del radicalismo y del socialismo operarán a partir de entonces con unas consecuencias que, para la llegada de Hipólito Yrigoyen a la presidencia de la Nación en 1916, difícilmente puedan evaluarse en calidad de una novedad. La pertinencia entonces de la coyuntura crítica se funda en la singularidad del objeto delimitado, que escapa en gran medida a los cortes institucionales, ya que sus premisas respondieron a un complejo y más amplio conjunto de factores, en donde los endógenos a cada identidad jugaron un papel fundamental. Ello no obsta para evaluar el impacto que tendría sobre una y otra la mutación del régimen político, la valorización de la democracia electoral y la inevitable adecuación de todos aquellos actores colectivos que pretendían competir dentro de sus marcos.

En efecto, para el momento del Centenario se advierten dos identidades partidarias maduras, con una serie de componentes consolidados a lo largo de casi dos décadas. Pero ese mismo devenir demuestra la permeabilidad del radicalismo y del socialismo, lo que es decir también, su capacidad de adaptación a nuevas condiciones político-ideológicas y a los desafíos de una coyuntura clave para el conjunto del arco político, conjugando las novedades de la hora con lo que asumían como su propia tradición. En particular, esa capacidad del socialismo para operar dentro de sí una inflexión significativa, parece haberle permitido flexibilizar los legados de la cultura política de las izquierdas, al calor de un extendido desafío nacionalista. Desafío o hegemonía cultural ante los cuales el radicalismo, por esa tradición nacional en la que se inscribía deliberadamente –con sus mito de orígenes en 1810 y con toda una trama histórica ligada a la experiencia liberal-republicana de construcción institucional de la Nación–, se mostró mucho más cómodo, con todas las tensiones hacia dentro y hacia afuera de la UCR que ello implicaba, lo que se patentizará durante sus años de gobierno.

Porque la consolidación y extensión de estas identidades hacia fines de la década de 1910, que contaban con un recorrido singular en relación al resto (v. g. la heterogénea y desunida galaxia conservadora), conllevarán nuevas disputas intestinas, de las que no saldrán indemnes ni su organización en torno al núcleo simbólico del partido ni sus componentes y convicciones. Aquí podría hablarse entonces como colofón del proceso mediante el cual el yrigoyenismo parece haberse constituido en una identidad dentro de la más amplia familia radical, algo que no resulta para nada obvio en las dos primeras décadas del siglo XX, y de la paralela emergencia de una tendencia anti-yrigoyenista conocida luego como anti-personalismo; así como de las consecuencias que traerá aparejada en la familia socialista la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y la actitud ante los sucesivos gobiernos radicales, desde la creación de lo que será el Partido Comunista hasta la del Partido Socialista Independiente⁶⁸⁷. Pero esas son ya otras historias.

Ocurre que algo de esto, sin ser una sobredeterminación primigenia o un camino inevitable, puede encontrarse en los procesos de construcción de ambas identidades a inicios de la década de 1890 aquí desarrollados. En particular, la perspectiva adoptada privilegió, antes que la figura individual o la palabra excluyente de los líderes reconocidos –sin embargo, siempre presentes y claves en su papel–, rescatar el carácter coral propio de toda identidad compleja. Una pluralidad constitutiva que puede ejemplificarse, pero no sólo ni necesariamente, en la forma en que esos líderes se encontraban inmersos en una trama más amplia de culturas políticas preexistentes, algunas más robustas, otras relativamente recientes. Se ha postulado en el inicio que buena parte de los motivos esgrimidos en los orígenes de la Unión Cívica y luego de la UCR se filiaban en las coordenadas de una cultura liberal-republicana predominante en la segunda mitad del siglo XIX en Argentina, con un repertorio de prácticas, con ciertos valores basales como el orden constitucional y hasta con lugares de la memoria comunes, como eran las revoluciones porteñas. En el caso de las primeras agrupaciones socialistas, la mayor parte de las cuales provenían del asociacionismo étnico propio de esa etapa finisecular del fenómeno inmigratorio, si bien existían posibles

⁶⁸⁷ Existe, a estas alturas, una relativamente amplia bibliografía sobre ambos procesos, el devenir de la identidad radical y el de la identidad socialista, pero para mencionar la producción más actual, pueden verse: para el radicalismo, DELAMATA y ABOY CARLÉS (2001), PERSELLO (2004 y 2007), PIÑERO (2007) y GIMÉNEZ (2013 y 2016); mientras que para el socialismo se destacan CAMPIONE (2005), CAMARERO (2007) y MARTÍNEZ MAZZOLA (2008).

antecedentes locales en lo referido a su dimensión intelectual o incluso a militancias previas en Europa, fue la casi paralela formación de una nueva Internacional obrera la que actuó como marco del despegue partidario que terminó coagulando a mediados de la década. En este sentido, los socialistas argentinos abrevaron tempranamente y, con su aporte singular, contribuyeron a dar forma a una cultura internacionalista de las izquierdas. Esto, por ejemplo, los llevó a competir a nivel local dentro de ese espacio y de ese imaginario político con un activo movimiento anarquista, que sólo con el correr de los primeros congresos de la que se denominaría Segunda Internacional se diferenciará de ellos.

Es a partir de una serie de acontecimientos que tuvieron un impacto muy diferente en la sociedad y la política argentinas de entonces, la revolución del Parque y la primera celebración del 1º de Mayo, ambas a mediados del año 1890, que quienes terminaron confluyendo en el radicalismo y el socialismo desandaron un camino singular: aquel que los llevó a ver en una organización partidaria el centro necesario de su acción. Claro está, esto fue producto precisamente de las pujas entabladas al interior de esos marcos más amplios y en donde la misma idea de un partido político diferenciado se encontraba todavía en discusión, existiendo distintas concepciones sobre cuál debía ser la forma deseable para el mismo. La singular dinámica establecida entre estos procesos de organización partidaria y unas identidades particulares que les permitieran exhibir una singularidad en el inestable contexto de fines de siglo, se muestra antes como un fenómeno dialéctico, de mutua influencia y con tiempos variables, que como una evolución lineal.

Si algo se desprende de las sucesivas conmemoraciones de aquellos acontecimientos, es que los notables esfuerzos de los que comenzaron a llamarse respectivamente radicales y socialistas, en vistas de convertirlos en precedentes virtuosos y condensación de determinados valores, fueron dando forma poco a poco a esas identidades partidarias, estando cruzadas por conflictos y disputas, así como por impugnaciones externas a ambas solidaridades políticas. Piénsese, por ejemplo, en lo reflejado por la prolífica producción iconográfica a que dieron lugar las celebraciones anuales en nombre de los combates del Parque y los “mártires-caídos, por un lado, y para celebrar la “Fiesta Internacional del Trabajo”, por otro. ¿Acaso los mitristas de la UCN, en cuanto a lo primero, o los distintos grupos anarquistas, en relación al 1º de Mayo, no siguieron reivindicando de forma más o menos sostenida como un patrimonio común a esas conmemoraciones que la UCR y el PS

consideraban propias? Allí se encuentra un motivo para la continua explicitación, en los discursos y en la economía simbólica desplegada por radicales y socialistas, del verdadero sentido por ellos atribuida a las dos fechas. Desde ya, importa aclarar una vez más que éstas no fueron las únicas conmemoraciones de la UCR y del PS. Pero sí se erigieron en el hilo conductor que hilvanaba periódicamente el corazón de la “causa” por la que se intervenía políticamente, al mismo tiempo que otorgaba inteligibilidad a unas narrativas de carácter mítico que proyectaban hacia el futuro la concreción de sus misiones históricas: la regeneración política y moral de la Nación, para unos, la emancipación del proletariado y la paz universal, para otros.

Esas apuestas por una vigilancia conmemorativa, sin lugar a dudas pensadas, cuidadosamente preparadas y promovidas por dirigentes y militantes que suscribían un involucramiento regular con el partido, devinieron rápidamente prácticas ritualizadas con distintas instancias, que remitían a su vez a las características particulares como fuerza política que tenían el radicalismo y el socialismo. Así, las secuencias que se fueron dando año a año, primeramente en la ciudad de Buenos Aires para luego extenderse a provincias y localidades en donde aquellos arraigaron en sus primeros tiempos, dieron forma a reuniones y demostraciones colectivas paulatinamente tipificadas. Las mismas iban –pudiendo sucederse una tras otra– desde la sociabilidad partidaria semi-privada de clubes, comités y teatros, hasta los grandes desfiles callejeros de miles de personas, encabezados por las respectivas autoridades, pero exhibiéndose como un espectáculo público. Este aspecto no constituyó una cuestión menor para el tema principal que ocupó los distintos capítulos, esto es, la configuración y evolución de dos potentes identidades políticas. Sobre todo porque, más allá de la dimensión performativa que sustentaron en tanto instancias de producción de esas identidades, demostraron la popularidad que fueron adquiriendo en el fin de siglo dos colectivos que en sus más tempranos orígenes diferían poco de otro tipo de agrupaciones, pertenecieran éstas a los sectores de la elite o al mundo obrero. La tarea de movilizar a miles de personas implicaba, antes que nada, que las mismas encontraran en las prácticas conmemorativas un motivo por el cual explicitar su adhesión o su solidaridad con una determinada causa política.

Las valoraciones de muy disímiles observadores, no todos afines al espectáculo de miles de personas en las calles reivindicando esas causas que contenían una fuerte carga

contestataria, destacaron algo más que este tono revulsivo. Fueran críticos conservadores, como Lucio Mansilla, intelectuales interesados en los nuevos comportamientos de las multitudes, como Ramos Mejía, u observadores más regulares del acontecer político, caso de la prensa periódica, este conjunto captaba bien que el cultivo deliberado de una forma de intervención y presentación política daba cuenta de un fenómeno novedoso, a partir de ese compromiso y de esa trabajosa puesta en escena. No casualmente órganos atentos a estas modernas manifestaciones, como *La Prensa* o *Caras y Caretas*, comenzaron a comprender a la novedad bajo el prisma de lo que se conocerá como la política de masas, que se complementó desde 1912 con los desempeños electorales de la UCR y del PS, como lo visualizará el segundo de aquellos en su número posterior al estreno de la Ley Sáenz Peña: los tercios radicales entran combativos al Congreso con sus armas y boinas blancas, mientras Justo y Palacios lo hacen uno con su caballeroso orgullo partidario y otro con la ropa de trabajo y el portafolio de sus ideas (ver APÉNDICE, Imagen nº 30). Una política que se presentaba en un nuevo tono militante y con una magnitud que, en su fisonomía más acabada, probablemente recién madurará hacia las décadas de 1920 y 1930, pero de la cual sus formas elementales ya venían desarrollándose con bastante refinamiento en el cambio de siglo⁶⁸⁸. Como bien ha planteado Inés Rojkind, si bien para otro tipo de manifestaciones políticas, tal vez más espontáneas o menos identificadas con un partido o una fuerza política en particular, hacia 1900 un creciente número de actores sociales y políticos demostró una predisposición especial y una tendencia a expresarse mediante estas formas de ocupación del espacio público. La prensa fue un agente no menor, junto obviamente a los partidos y a estos distintos grupos movilizados, de la misma construcción de los acontecimientos, en un marco que las

⁶⁸⁸ De acuerdo a Luis Alberto Romero, este tipo de política democrática, que interpelaba e involucraba a las mayorías, recogía un clima de época antiliberal, propio de todo el mundo occidental de entreguerras, al incorporar “nuevos mecanismos para responder a la ampliación en la participación política”, en donde se conjugaron las organizaciones partidarias y sus máquinas electorales y los mecanismos identitarios que apelaban a lo mítico, lo ritual y lo simbólico (ROMERO, 2014: 148). Para algunas definiciones al respecto, caracterizando al radicalismo como movimiento popular en los años en que ocupará el poder, ver HOROWITZ (2008). Si bien todo ello no deja de ser cierto, resulta sorprendente hasta qué punto la historiografía identificó a 1916 como un parteaguas histórico, sin advertir que buena parte de estos elementos de la política de masas no podían crearse a partir de ese mismo corte, sino que provenían de una larga serie de prácticas y concepciones sedimentadas y desarrolladas en el seno de fuerzas como el radicalismo y el socialismo. Por lo demás, esta necesaria atención a la mediana duración que aquí ha sido tenida en cuenta, no hace más que responder a formulaciones que ya estaban presentes en algunos autores paradigmáticos de la renovación historiográfica sobre la política de masas, su dimensión simbólico-ritual y su concomitante papel en la construcción de religiones seculares, como George Mosse y su discípulo Emilio Gentile.

interpretaciones canónicas sobre el período habían postulado como un cerrado orden político monopolizado por las elites oligárquicas (ROJKIND, 2009).

En lo que hacía a este punto, toda aquella parafernalia que Hobsbawm describiera para los rituales obreros, vale tanto para las celebraciones de la UCR como para las del PS. Despliegue que ponía en acción una serie de dispositivos simbólicos que si bien ya se encontraban disponibles y en circulación en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX, fueron profusamente implementados por quienes se comprometieron en la rica trama de estas identidades militantes. Trama que, por encontrarse en el espacio de la oposición política a los gobiernos del PAN, requería un énfasis particular en el entusiasmo, de allí que las conmemoraciones adquirieron en casos la connotación de una festividad; pero también se hacía énfasis en la disciplina, el encuadramiento y lo que se experimentaba como una regimentación de los participantes. Las figuras ideales exaltadas por las iconografías partidarias, que podían centrarse en el “ciudadano-soldado” o en el “obrero consciente”, operaban en el sentido de una ilusión de homogeneidad interna para ambas formaciones militantes. A saber, la voluntad de que todos aquellos que rendían culto a la revolución y sus mártires o a los abnegados trabajadores del mundo que pugnaban por una sociedad sin clases, se encontraban imbuidos por los mismos valores, las mismas creencias y, en última instancia, por la misma utopía de una regeneración patriótica o humana.

No era otra cosa lo que intentaban expresar las banderas y estandartes usados en los desfiles callejeros, devenidos en parte del acervo simbólico que debía ser reforzado y hasta explicado por quienes los promovían, por ejemplo, en las alegorías y en las publicaciones oficiales, para que se comprendiera qué diferenciaba a los miembros de los partidos de sus “otros”. ¿Acaso la bandera roja y blanca del radicalismo, que naciera luego de la división de la Unión Cívica, no marchaba indefectiblemente junto a la insignia nacional azul y blanca, como un gesto que pretendía aunar la causa radical con la causa de la Nación toda? ¿O la bandera roja, también utilizada con variantes por los anarquistas, no flameaba por igual en las calles de Buenos Aires y Tucumán y en las manifestaciones socialdemócratas del Imperio Alemán o en las de las *trade-unions* inglesas en Hyde Park? Banderas que eran objeto de veneración, daban motivo a poemas, canciones y recitaciones alusivas en las reuniones conmemorativas, por parte de afiliados, mujeres y niños que se expresaban acordes con una creencia política. Asambleas en las que además sonaban el Himno Nacional, en un lado, y

La Internacional, el Himno de Tutari o el de Carratalá, en otro. Todo ello conformó unas liturgias que serías retomadas o disputadas en tiempos como los vividos a principios del siglo XX. En un clima particularmente conflictivo del país, por una agitación social y política que llegaba de forma recurrente a la violencia, ciertos grupos decidieron reunirse nuevamente para reorganizar a una UCR virtualmente disuelta; mientras que, por el mismo crecimiento de un paciente socialismo, con importante arraigo en el mundo del trabajo y en destacados espacios intelectuales, emergió en su seno una corriente que luego de batallar dentro de su estructura dividió pero también amplió la familia socialista.

Esta ritualidad y esta liturgia, que enfatizaba en la particularidad de la identidad partidaria, se vincula de forma inescindible con una cuestión que apareció de forma recurrente en la evolución de ambas formaciones, casi desde sus mismos orígenes, incluso antes de que coagularan organizativamente. En efecto, la (auto)concepción del radicalismo y del socialismo como religiones cívico-políticas, se comprende a la luz del desarrollo de estas expresiones identitarias en prácticas y símbolos políticos. Pero, asimismo, por un lenguaje específico del campo de la política que ya se encontraba en circulación y que podía activarse o exaltarse en esos tiempos experimentados como profundas crisis, así como por las esperanzas despertadas primero en minorías intensas y luego en los núcleos organizados en torno a ellas. Esperanzas que dejaban vislumbrar en sus formulaciones un horizonte más o menos lejano, una misión histórica de carácter mesiánico y salvacionista distinto al de la religión tradicional, aunque la misma podía jugar un papel como antagonista, en el caso del socialismo, o como plus de legitimación, para un radicalismo que no dejó de homenajear a sus muertos en iglesias y cementerios.

Los imaginarios que actuaban como fondo de sentido de estas causas trascendentes ubicaban al radicalismo o al socialismo –ahora más como movimientos que como partidos políticos– en calidad de actores destinados a consumir más abarcativos procesos seculares, expresando según la creencia de sus fieles una verdad que, en su núcleo duro, se volvía impermeable a la crítica. Lo contrario, desde dentro de uno u otro, implicaba una defección, una traición o una apostasía. Por supuesto, estos imaginarios eran los de culturas políticas que contenían en sus marcos generales a identidades que pretendían circunscribirse a una formación partidaria, por ello los componentes retóricos fundamentales de la “religión cívica” radical podían confundirse con los de una religión cívica de la Patria, mientras que

los de la “nueva religión” del socialismo extraían sus fundamentos de la diversidad de experiencias que coagulaba en la Segunda Internacional.

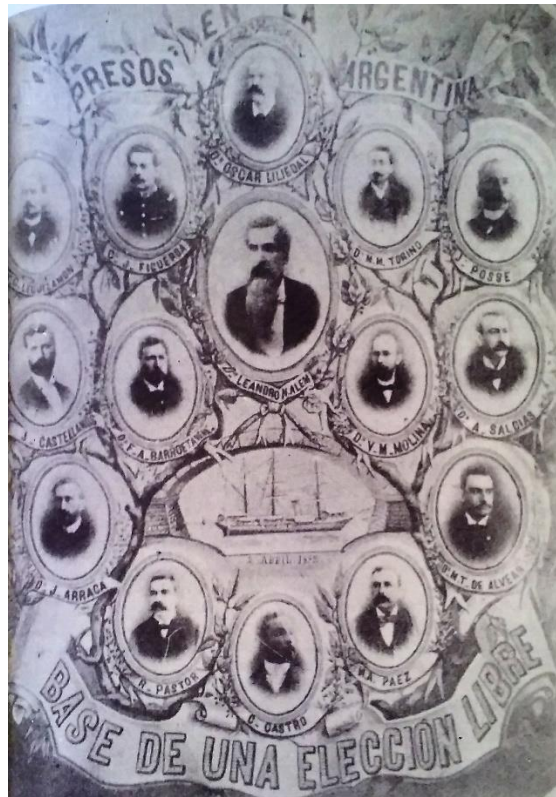
Pero, en tanto marcos porosos y cambiantes por sus mismas dinámicas internas y por la evolución de contextos y conflictos más generales, estas culturas políticas entrarán en contacto y progresivamente encontrarán en la Nación un polo de atracción y agregación para ambas. A esta altura, tras haber transitado un recorrido de más de dos décadas, cabe plantearse entonces si todos los caminos del cambio de siglo conducían a la Roma del nacionalismo. Una visión constructivista de las identidades políticas, como la adoptada en este trabajo, y que contextualice en distintos momentos su devenir debe escapar a esta, por lo demás, muy sugestiva perspectiva, que peca de un evidente teleologismo. Entre otras cosas, porque ni unos ni otros –sean radicales, sean socialistas, sean sus adversarios comunes– entendían lo mismo sobre qué era o qué debía ser la Nación. De lo que sí no caben dudas es que esta interpelación fundamental para toda identidad particular forjada en la Argentina finisecular se volvió prácticamente insoslayable hacia el momento del Centenario, cuando la UCR propuso una “tregua patriótica” al mismo gobierno que pretendió primero negar legitimidad y luego aplastar al conflicto de clases protagonizado por el anarquismo, pero en el cual se encontraba inmerso el PS. Un nacionalismo omnipresente tanto por las iniciativas estatales en torno a las celebraciones, que colocó a la batalla por los símbolos en un lugar preeminente, como por el variado conjunto de prácticas, discursos y creaciones cultural-intelectuales que exaltaban a esa comunidad imaginaria, ya como pasado, ya como destino común.

Esto atañía íntimamente a las creencias políticas que venían sustentando radicales y socialistas, que habían extraído de las conmemoraciones patrias, por la positiva o por la negativa, buena parte de su repertorio y de sus concepciones voluntaristas del vínculo político. Sobre todo, en lo atinente a la posibilidad de conjugar sus propios mitos de orígenes –la revoluciones de 1890-1893-1905 o la pertenencia a un movimiento de carácter internacional que tenía razón de ser en estas tierras– con esos otros mitos nacionales contruidos en plena Argentina liberal: el del crisol de razas, el de Mayo de 1810 como punto de partida de una historia común y el del inevitable futuro destino de grandeza de una nación civilizada, los cuales parecían envolver a todas las opciones políticas de entonces. A lo que este complejo y tensionado proceso tuvo de común y de singular para estas dos identidades

políticas, se ha dedicado esta tesis. De esta forma, la construcción de estas dos identidades militantes demostrará su fortaleza y perdurabilidad luego de superar cada una distintas crisis y desafíos, ya sea por un contexto más general que inevitablemente las condicionaba, ya por las propias tensiones incubadas a lo largo de su consolidación, siendo una fundamental la que obligó a radicales y socialistas a definirse dentro del horizonte de la Nación y de la democracia.

Así, teniendo en cuenta las inflexiones producidas en esta última coyuntura, es posible comprender la reflexión retrospectiva que formulara José Luis Cantilo al filo de las decisivas elecciones presidenciales de 1915, al afirmar que la UCR siempre había tenido una bandera que la sostuvo “hasta en los tristes días de la derrota material”, ya que a su entender –como el de toda la militancia radical– aquella tuvo “siempre una acentuación propia y genuinamente argentina”, la que aportaba “la certidumbre de su próximo triunfo” (CANTILO, 1915: 337). En tanto esas mismas premisas que terminaron por imponerse en tiempos del Centenario y la reforma política de 1912, vuelven asimismo comprensible las palabras que Juan B. Justo formulara para el 1º de Mayo de 1918 en el teatro Coliseo, luego del baño de sangre europeo que tanto transformara las convicciones del socialismo internacional. En medio de lo que comparaba con una “gran crisis de sentimiento”, apelaba a la conciencia histórica para orientarse “en medio del caos en que se debata el mundo”, lo que lo conducía a reconocer que “la lucha de clases, siendo una gran verdad es hoy una verdad relativa”, ante lo cual también debía reconocerse que “el socialismo es un factor esencial del sentimiento nacional” (JUSTO, [1918] 1930: 155-158). Pero estas nuevas expresiones del optimismo y del pesimismo, que confirmaban o trastocaban viejas creencias, son parte ya de otra historia.

APÉNDICE DE IMÁGENES



1. Los dirigentes de la UCR prisioneros en el buque *La Argentina* en 1892. Fuente: HISTORIA DEL RADICALISMO (s/f).



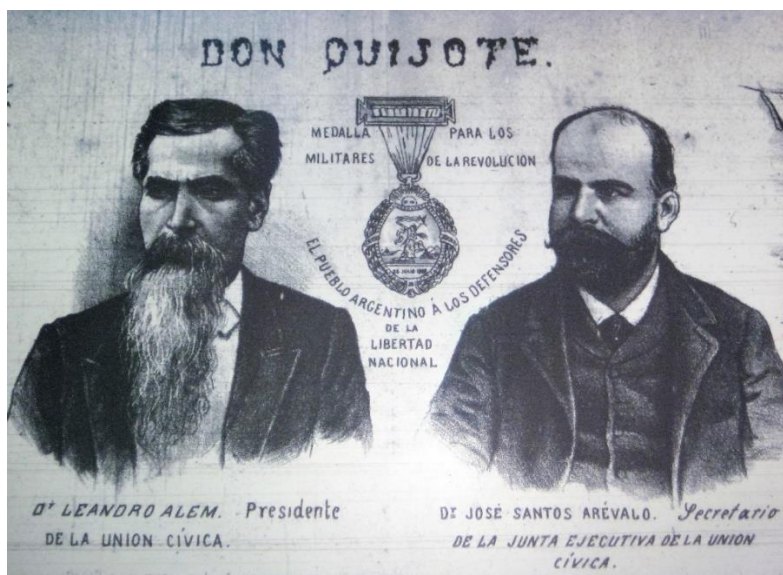
2. El socialismo frente al militarismo. Fuente: *Almanaque Socialista de La Vanguardia para 1900*, Buenos Aires, Cooperativa de Publicaciones.



3. Proyecto del Panteón a los Caídos en la Revolución del Parque, José María Cao (Demócrito II). Fuente: *Don Quijote*, 26/07/1891.



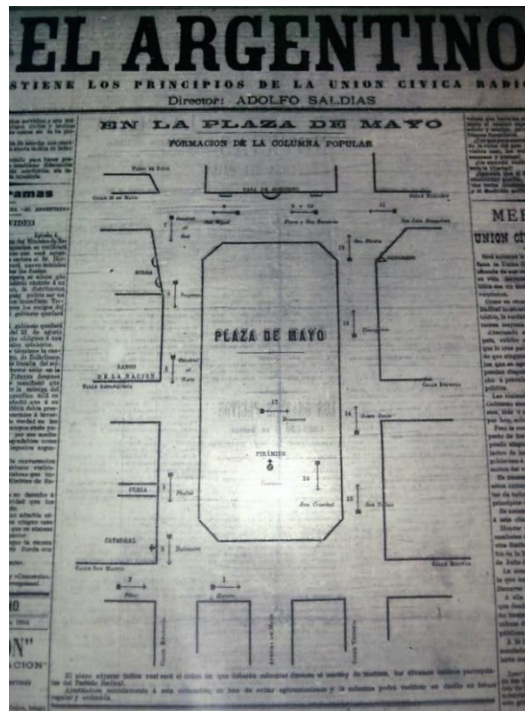
4. Mausoleo de los Caídos en la Revolución del Parque, Cementerio de la Recoleta, Capital Federal. Fuente: fotografía de la actualidad.



5. Modelo de la medalla entregada por el Comité Nacional de la Unión Cívica a los militares que combatieron en la revolución del Parque. Fuente: *Don Quijote*, 10/11/1890.



6. “Alem hablando al pueblo”, Guglielmo Da Re (1892). Fuente: *La Nación*, 13/09/2001.



7. Plano de la ubicación de los clubes parroquiales de la UCR para el desfile conmemorativo de la revolución del Parque. Fuente: *El Argentino*, 02/08/1894.



8. “¡Viva la Revolución!”: la Revolución del Parque y los alzamientos radicales de 1893 en las provincias. Fuente: *Don Quijote*, 13/08/1893.



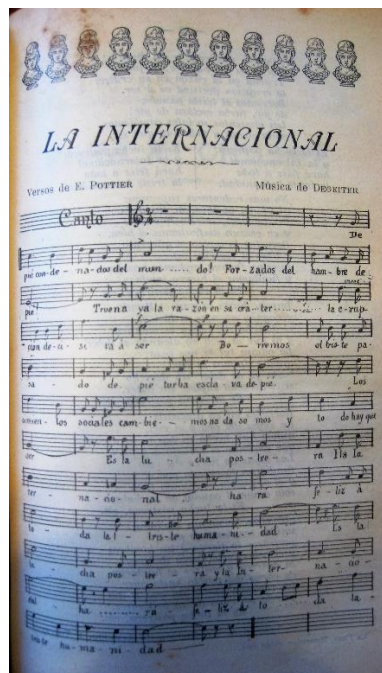
9. Portada de la publicación especial con imágenes y documentos referidos a la revolución de julio de 1893 en Santa Fe, José María Cao (Demócrito II). Fuente: *30 de Julio. 1893-1894*, s/d, Rosario.



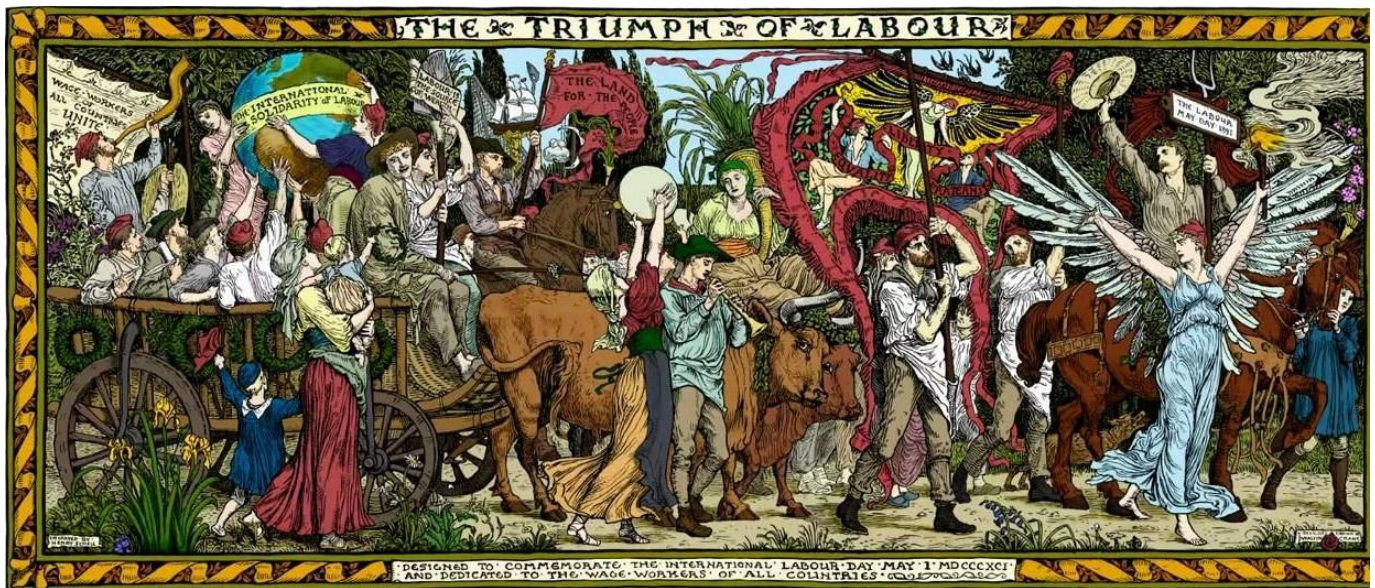
10. Placa de bronce en homenaje a Leandro Alem depositada en 1897 por el Comité de la UCR de la Capital Federal, cementerio de la Recoleta. Fuente: fotografía de la actualidad.



13. "Solidaridad internacional del trabajo. La verdadera respuesta al jingoísmo", Walter Crane (1896). Fuente: http://www.marxists.org/subject/art/visual_arts/satire/crane/crane14.htm.



14. Partitura y letra de *La Internacional*, traducida por Alfredo Torcelli. Fuente: *Almanaque Socialista de La Vanguardia para 1903*, Buenos Aires, 1902.



17. "The Triumph of Labour", Walter Crane (1891). Fuente: http://www.marxists.org/subject/art/visual_arts/satire/crane/crane13.htm.



18. Desfile socialista por el 1º de Mayo en la ciudad de Buenos Aires, frente a la plaza Belgrano. Fuente: *Caras y Caretas*, 06/05/1899.



19. Desfile socialista por el 1º de Mayo en Buenos Aires, “en corporación” por calle Cerrito. Fuente: *Caras y Caretas*, 05/05/1900.



20. Procesión cívica de los radicales intransigentes en conmemoración de la revolución del Parque al llegar al cementerio de la Recoleta en 1903. Fuente: *Caras y Caretas*, 01/08/1903.



21. Manifestación socialista del 1º de Mayo de 1908, con el Centro Socialista Femenino a la cabeza. Fuente: *Caras y Caretas*, 05/05/1908.



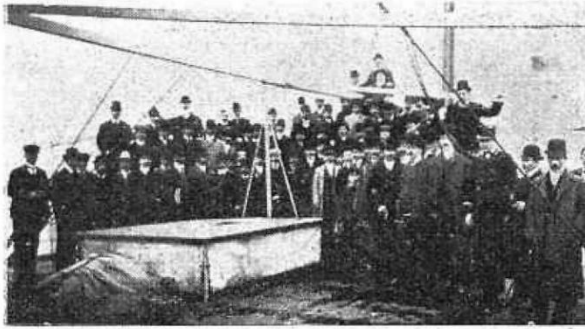
22. Portada del número especial de *La Vanguardia* para el 1º de Mayo de 1904.



23. Portada del número especial de *La Vanguardia* para el 1º de Mayo de 1907.



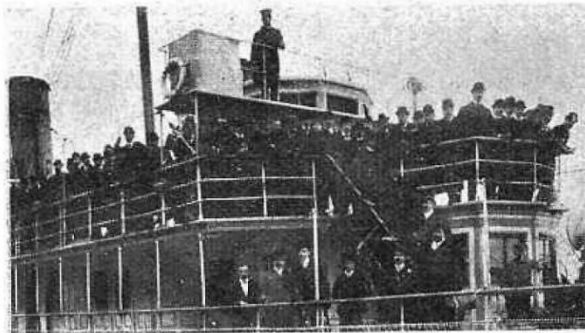
24. Viñeta de *La Vanguardia* para el 1º de Mayo de 1906, Francisco Dagnino. Fuente: *La Vanguardia*, 01/05/1906, original de *Vida Nueva*.



Grupo de los amnistiados y comisión de recepción



El público que aguardaba en la dársena de Buenos Aires la llegada de los amnistiados



Momento de atracar el "Venus" á la dársena



Esperando el paso de los manifestantes en la esquina de Avenida y Perú



El doctor Gallo leyendo el discurso de bienvenida, á bordo del "Venus"



La cabeza de la manifestación en la calle Florida

25. Mitin de recepción de los militares revolucionarios de 1905 amnistiados al año siguiente: recepción en el puerto y desfile en calle Florida, Capital Federal. Fuente: *Caras y Caretas*, 14/07/1906.



La manifestación saliendo de la Plaza Constitución

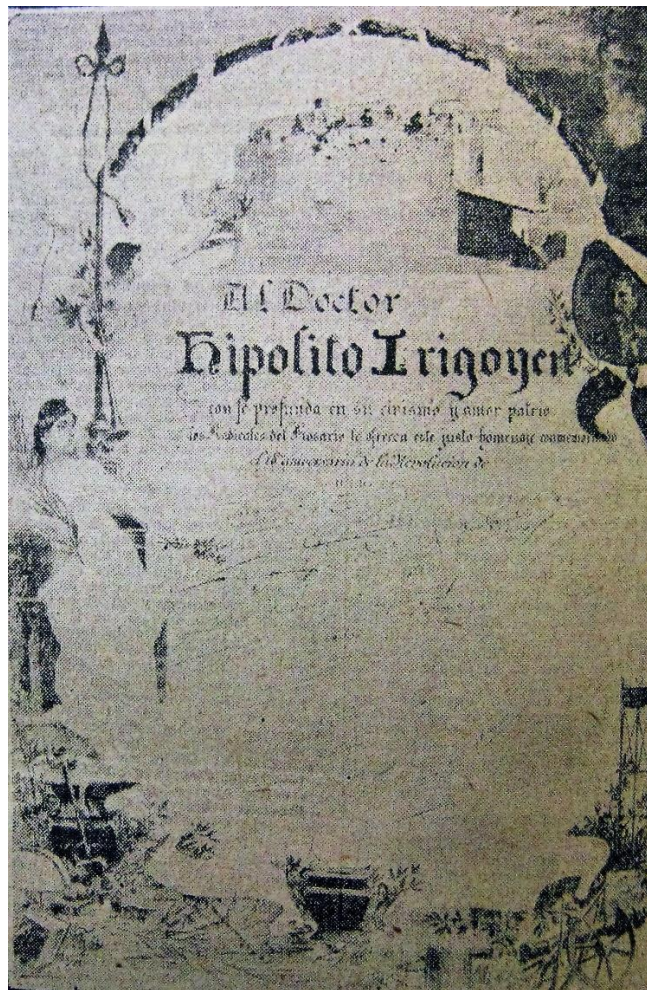
26. Manifestación socialista por el 1º de Mayo de 1912. Fuente: *Caras y Caretas*, 04/05/1912.



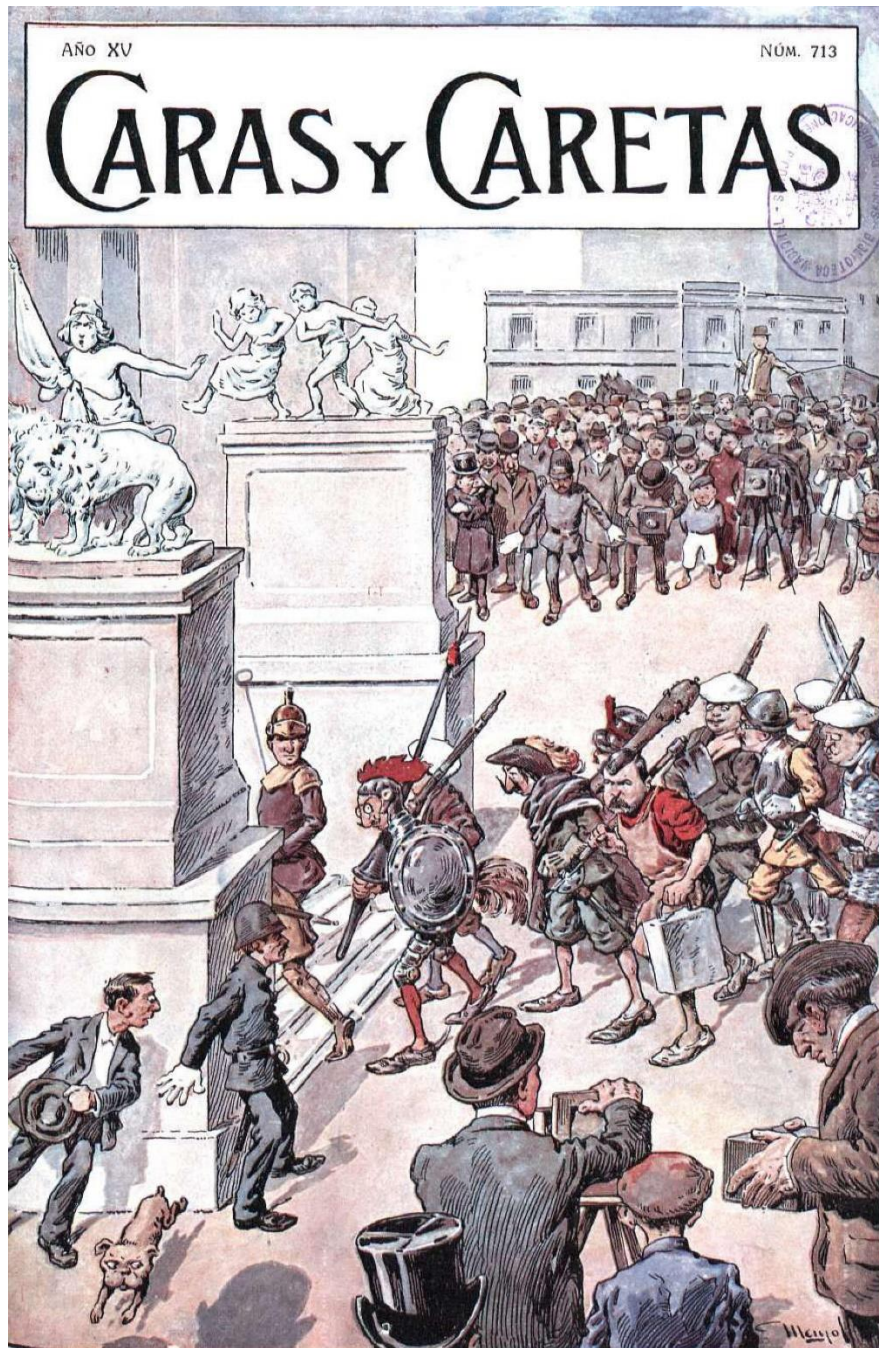
27. Manifestación en Avenida de Mayo por la Convención Nacional de la UCR, Buenos Aires, diciembre de 1909. Fuente: *Caras y Caretas*, 01/01/1910.



28. Hipólito Yrigoyen encabeza el desfile de la manifestación por la Convención Nacional de diciembre de 1909. Fuente: *Caras y Caretas*, 01/01/1910.



29. Diploma entregado por el Comité de la UCR Rosario a Hipólito Yrigoyen por la conmemoración de la revolución de 1893. Fuente: *La Argentina*, 01/08/1911.



30. Portada de la revista *Caras y Caretas* luego de las elecciones legislativas bajo la vigencia de la ley Sáenz Peña. Fuente: *Caras y Caretas*, 01/06/1912.

BIBLIOGRAFIA

I. Bibliografía general

- ABÉLÈS, Marc (1991), “Mises en scène et rituels politiques. Une approche critique”, en: *Hermès*, CNRS Éditions, n° 8-9.
- ABOY CARLES, Gerardo (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas*, de Alfonsín a Menem, Rosario, Homo Sapiens.
- ABOY CARLES, Gerardo (2005), “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”, en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, n° 28, primer semestre.
- ABOY CARLES, Gerardo (2010), “Populismo, regeneracionismo y democracia”, en: *Postdata*, Buenos Aires, enero-junio.
- ABOY CARLES, Gerardo (2013), “De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la plebs”, en: Aboy Carlés, Gerardo, Barros, Sebastián y Melo, Julián, *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*, Los Polvorines, UNGS/EDUNDAV.
- ABOY CARLES, Gerardo y CANELO, Paula (2011), “Presentación”, Dossier: “Identidades, tradiciones y elites políticas”, en: *Papeles de Trabajo*, UNSAM, año 5, n° 8, noviembre.
- AGULHON, Maurice ([1973] 2002), *1848 ou l'Apprentissage de la République*, París, Seuil.
- AGULHON, Maurice (1973), “Esquisse pour une archéologie de la République: l'allégorie civique féminine”, en: *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 28, n° 1.
- AGULHON, Maurice (1990), “Les couleurs dans la politique française”, en: *Ethnologie française*, t. 20, n° 4.
- AGULHON, Maurice (1994), “Política, imágenes y símbolos en la Francia posrevolucionaria”, en: *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, México, Instituto Mora.
- ALMOND, G. y VERBA, S. ([1963] 1992), “La cultura política”, en: AA.VV., *Diez textos básicos de ciencia política*, Ariel, Barcelona.
- ALMOND, Gabriel (1988), “El estudio de la cultura política”, en: *Revista de Ciencia Política*, Pontificia Universidad Católica de Chile, vol 10, n° 2.

- ALONSO, Paula (1997), “En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Buenos Aires, n° 15, 1° semestre.
- ALONSO, Paula (1998), “La reciente historia política de la Argentina del Ochenta al Centenario”, en: *Anuario del IEHS*, UNCPBA, Tandil, n° 13.
- ALONSO, Paula (2003), “Sobre el estudio de los partidos políticos en la década de 1890. Observaciones a un comentario de Eduardo Míguez”, en: *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 43, n° 169, abril-junio.
- ALONSO, Paula (2006), “Reflexiones y testimonios en torno de la reforma electoral, 1910-1916”, en: Roldán, Darío (comp.) (2006), *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno a la República Verdadera*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ALONSO, Paula (2007), “Ideological Tensions in the Foundational decade of ‘Modern Argentina’: The Political Debates of the 1880s”, en: *Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, n° 87.
- ALONSO, Paula (2010), *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.
- ALONSO, Paula (2012), “¿Esa adalid soy yo? Comentario al balance de la historiografía reciente de Eduardo Míguez”, en: *PolHis*, Mar del Plata, año V, n° 10, segundo semestre.
- ALONSO, Paula y TERNAVASIO, Marcela (2011), “Liberalismo y ensayos políticos en el siglo XIX argentino”, en: Jaksic, Iván y Posada Carbo, Eduardo (eds.), *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica.
- ALTAMIRANO, Carlos ([1992] 2011), “El peronismo verdadero”, en: *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- ALTAMIRANO, Carlos y SARLO, Beatriz ([1980] 1997), “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (2003), “La nación posimperial. España y su laberinto identitario”, en *Historia Mexicana*, México, vol. LIII, n° 2.

- AMALVI, Christian (1997), “Le 14-Juillet. Du Dies irae à Jour de fête”, en: Nora, Pierre (comp.), *Les lieux du mémoire*, vol. I: “La République”, París, Gallimard.
- ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ANGENOT, Marc (2010b), “Gnosis, milenarismo e ideologías modernas”, en: *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- ANSALDI, Waldo (2000), “La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático”, en: Falcón, Ricardo (coord.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, tomo VI, Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana.
- ANSART, Pierre (1983), *La gestion des passions politiques*, Lausanne, L’Age d’Homme.
- ARDITI, Benjamín (ed.) (2000), *El reverso de la diferencia. Identidad y política*, Caracas, Nueva Sociedad.
- ARFUCH, Leonor (2005), “Problemáticas de la identidad”, en: Arfuch, Leonor (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo.
- AUGÉ, Marc (2001), “Los dos ritos y sus mitos: la política como ritual”, en: *Hacia una Antropología de los mundos contemporáneos*, Barcelona, Gedisa.
- AVANZA, Martina y LAFERTE, Gilles (2005), “Dépasser la ‘construction des identités’? Identification, image sociale, appartenance”, en: *Genèses*, n° 61.
- BACZKO, Bronislaw ([1984] 2005), *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- BACZKO, Bronislaw (1997), “El revolucionario”, en: Furet, François (ed), *El hombre romántico*, Madrid, Alianza.
- BAKER, Keith (2006), “El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa”, en: *Ayer*, n° 62.
- BALIBAR, Etienne (1991), “La forma nación: historia e ideología”, en: Wallerstein, Immanuel y Balibar, Etienne, *Raza, Nación y Clase*, Madrid, Iepala.
- BELL, Catherine (1992), *Ritual theory, ritual practice*, New Cork, Oxford University Press, 1992.
- BELL, Catherine (1997), *Ritual. Perspectives and dimensions*, New Cork, Oxford University Press.

- BELLAH, Robert, "Civil Religion in America" ([1967] 1991)), en: *Beyond Belief: Essays on Religion in a Post-Traditionalist World*, Berkeley, University of California Press.
- BEN-AMOS, Avner (2002), "Les funérailles républicaines", en: Vincent Duclert y Crhistophe Prochasson (dirs.), *Dictionnaire critique de la République*, París, Flammarion.
- BEN-AMOS, Avner (2007), "El centro sagrado del poder: París y los funerales de Estado republicanos", en: *Culturales*, vol. III, n° 6, julio-diciembre.
- BERAMENDI, Justo y BAZ, María Jesús (eds.) (2008), *Identidades y memoria imaginada*, Valencia, Universitat de València.
- BEREZIN, Mabel (2001), "Emotions and Political Identity: Movilizing Affection for the Polity", en: Jeff Goddwin, James Jasper y Francesca Pollera (eds.), *Passionate Politics. Emotions ans Social Movements*, Chicago/Londres, the University of Chicago Press.
- BERGER, Stefan (2006a), "National Movements", en: Berger, Stefan (comp.), *A companion to nineteenth-century Europe, 1789–1914*, Oxford, Blackwell Publishing.
- BERSTEIN, Serge (1992), "L'historien et la culture politique", en: *Vingtième Siècle*, vol. 35, n° 1.
- BERSTEIN, Serge (1999), "Nature et fonction des cultures politiques", en: Serge Berstein (dir.), *Les cultures politiques en France*, París, Seuil.
- BERSTEIN, Serge (1999b), "La cultura política", en: RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-Francois (comps.), *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999.
- BERSTEIN, Serge (2006), "Symbolique et politique: nature et fonction des symbols partisans", en: Agulhon, Maurice, Becker, Annette y Cohen, Évelyne (eds.), *La République en representations. Autour de l'oeuvre de Maurice Agulhon*, París, Publications de la Sorbonne.
- BERTONI, Lilia A. (2003), "Acerca de la nación y la ciudadanía en la Argentina: concepciones en conflicto a fines del siglo XIX", en: Sabato, Hilda y Lettieri, Alberto (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- BERTONI, Lilia A. (2005), "1910 y la emergencia de 'otra' nación", en: Nun, José (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa.

- BERTONI, Lilia A. (20001), *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la identidad nacional en Argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- BERTONI, Lilia A. (2009), “¿Estado confesional o estado laico? La disputa entre librepensadores y católicos en el cambio del siglo XIX al XX”, en: Bertoni, Lilia A. y De Privitellio, Luciano (comps.), *Conflictos en democracia. La vida política argentina entre dos siglos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- BLAYDES, Lisa y GRIMMER, Justin (2013), “Political Cultures: Exploring the Long-Run Determinants of Values transmisión”, en: *Annual Meeting of the International Political Economy Society, Claremont Graduate School*, October.
- BONAUDO, Marta (1999), “De representantes y representados: Santa Fe finisecular (1883-1893)”, en: Sabato, Hilda (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.
- BOTANA, Natalio (1977), *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- BOTANA, Natalio (2005), “El arco republicano del Primer Centenario: regeneracionistas y reformistas, 1910-1930”, en NUN, José (comp.): *Debates de mayo. Nación cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa.
- BOTANA, Natalio y GALLO, Ezequiel (1997), *De la República posible a la República verdadera, 1880-1910*, Buenos Aires, Ariel.
- BOURDIEU, Pierre (1980), “L’identité et la representation. Éléments pour une réflexion critique sur l’idée de region”, en: *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 35, noviembre.
- BOURDIEU, Pierre (1981), “La représentation politique. Éléments por une théorie du champ politique”, en: *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 36-37.
- BRAGONI, Beatriz (2005), “De los orígenes de la Nación y sus relatos”, en: Nun, José (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa.
- BRAUD, Philippe (1996), *L’émotion en politique*, París, Presses de Science Po.
- BUCH, Esteban ([1994] 2013), *O juremos con gloria morir. Historia del Himno Nacional Argentino, de la Asamblea del Año XIII a Charly García*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.

- BURKE, Peter (2001), *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica.
- BURRIN, Philippe (1997), "Political Religion: the Relevance of a Concept", en: *History and Memory*, vol. 9, n° ½.
- BURUCÚA, José E., JÁUREGUI, Andrea, MALOSETTI COSTA, Laura y MUNILLA LACASA, María L. (1990), "Influencia de los tipos iconográficos de la Revolución Francesa en los países del Plata", en: AA.VV., *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- CABRERA, Miguel Ángel (2010), "La investigación histórica y el concepto de cultura política", en: Pérez Ledesma, Manuel y Sierra, María (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico".
- CASAÚS ARZÚ, Marta Elena y ARROYO CALDERÓN, Patricia (2010), "El tiempo de la cultura política en América Latina: una revisión historiográfica", en: Pérez Ledesma, Manuel y Sierra, María (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico".
- CASO BELLO, Álvaro (2012), "Discursos de regeneración en dos momentos constitucionales: Cádiz y el Río de la Plata, 1810-1813", en *Revista de Historia Iberoamericana*, vol. 5, n° 1.
- CASTRO, Martín (2012), *El ocaso de la República oligárquica. Poder, política y reforma electoral, 1898-1912*, Buenos Aires, Edhasa.
- CATTARUZZA, Alejandro (2007), *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana.
- CATTARUZZA, Alejandro (2009), *Historia de la Argentina, 1916-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- CATTARUZZA, Alejandro y EUJANIAN, Alejandro (2010), "La cuestión de Rosas a fines del siglo XIX: una discusión sobre el pasado", en: Laera, Alejandra (dir.), *El brote de los géneros*, t. III: *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- CATTOGIO, María Soledad (2013), "The Consecration of Political Suffering: Martyrs, Heroes and Victims in Argentina Political Culture", en: *Journal of Latin American Studies*, n° 45.

- CHAMPAGNE, Patrick (1984), “La manifestation. La production de l’événement politique”, en: *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 52-53.
- CHIARAMONTE, José Carlos (2005), “Nación y nacionalidad en la historia Argentina del siglo XIX”, en: Nun, José (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa.
- CHIARAMONTE, José Carlos (2007), *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Emecé.
- COLLIER, Ruth B. y COLLIER, David (1991), “Critical Junctures and Historical Legacies”, en: *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labour Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton, Princeton University Press.
- COSSART, Paula y TAÏEB, Emmanuel (2011), “Spectacle politique et participation. Entre médiatisation nécessaire et idéal de la citoyenneté”, en: *Sociétés et Représentations*, n° 31.
- DE DIEGO ROMERO, José (2006), “El concepto de ‘cultura política’ en ciencia política y sus implicancias para la historia”, en: *Ayer*, Madrid, n° 61.
- DE ÍPOLA, Emilio (1979), “Populismo e ideología (A propósito de Ernesto Laclau: Política e ideología en la teoría marxista)”, en: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 41, n° 3.
- DE PRIVITELLIO, Luciano (2004), “Partidos políticos”, en: Korn, Francis y de Asúa, Miguel (eds.), *Investigación social. Errores eruditos y otras consideraciones*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Sociales, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 2004. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/privitelio.pdf>.
- DE PRIVITELLIO, Luciano (2006), “Representación política, orden y progreso. La reforma electoral de 1902”, en: *Política y gestión*, Universidad Nacional de San Martín, vol. 9. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/privitellio3.pdf>.
- DE PRIVITELLIO, Luciano (2012a), “¿Qué reformó la reforma? La quimera contra la máquina y el voto secreto y obligatorio”, en: *Estudios Sociales*, Universidad nacional del Litoral, Santa Fe, n° 43, segundo semestre.
- DE PRIVITELLIO, Luciano (2012b), “La revolución es un sueño eterno. Mito y razón en el análisis de la revolución”, en: González Aleman, Marianne y Palieraki, Eugenia (comps.), *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina contemporánea*, Santiago de Chile, RIL eds.

- DELOYE, Yves e IHL, Olivier (2000), “Deux figures singulières de l’universel: la république et le sacré”, en: Sadoum, Marc (dir.), *La démocratie en France*, t. I: “Idéologies”, París, Gallimard.
- DELUERMOZ, Quentin, FUREIX, Emmanuel, MAZUREL, Hervé y OUALDI, M’hamed (2013), “Écrire l’histoire des émotions: de l’objet à la catégorie d’analyse”, en: *Revue d’histoire du XIXe siècle*, nº 47.
- DEVOTO, Fernando (1990), “Taine y *Les origines de la France contemporaine* en dos historiografías (francesa y argentina) finiseculares”, en AA.VV., *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en Argentina*, Buenos Aires, Comité Argentino para el Bicentenario de la Revolución Francesa, Grupo Editor Latinoamericano.
- DEVOTO, Fernando (1996), “De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el momento político de 1912”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Buenos Aires, nº 14, 2º semestre.
- DEVOTO, Fernando (2002), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- DEVOTO, Fernando (2005), “Imágenes del Centenario de 1910: nacionalismo y república”, en: Nun, José (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa.
- DEVOTO, Fernando (2008), “Acerca de un intelectual extremo y sus fracasos. El caso de Leopoldo Lugones político”, en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, nº 34, primer semestre.
- DEVOTO, Fernando (2014), “Conmemoraciones poliédricas: acerca del primer Centenario en Argentina”, en: Pagano, Nora y Rodríguez, Martha (comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado. La elaboración social de la experiencia histórica*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- DI STEFANO, Roberto (2011), “Por una historia de la secularización y la laicidad en Argentina”, en: *Quinto Sol*, La Pampa, vol. 15, nº 1.
- DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris (2000), *Historia de la Iglesia argentina: desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori.
- DUNCAN, Tim ([1980] 2007), “La prensa política: Sud-América, 1884-1892”, en: *Revista de Instituciones, Ideas y mercados*, nº 46.
- DURKHEIM, Émile ([1912] 2003), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza.

- DUVERGER, Maurice ([1951] 2012), *Los partidos políticos*, México DF, Fondo de Cultura Económica.
- EDELMAN, Murray (1967), *The Symbolic use of Politics*, Urbana/Chicago, University of Illinois Press.
- ELIADE, Mircea (1965), *Le sacré et le profane*, París, Gallimard.
- ELIZALDE PÉREZ-GRUESO, María Dolores (2000), “Balance del 98. Un punto de inflexión en la modernización de España o la desdramatización de una derrota”, en: *Historia y política*, Madrid, nº 3.
- ESCUDE, Carlos (1990), *El fracaso del Proyecto argentina. Educación e ideología*, Buenos Aires, Instituto Di Tella/Tesis.
- EUJANIAN, Alejandro (2015), *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- FALCÓN, Ricardo (2000), “Rituales, fiestas y poder”, en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, nº 18, primer semestre.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (comp.) (1995), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (2015), “¿Cómo clasificamos a las gentes del pasado? Categorías sociales e identidades en el tiempo”, en: Fernández Sebastián, Javier y Suárez cabal, Cecilia (eds.), *La subversión del orden por la palabra. Tiempo, espacio e identidad en la crisis del mundo ibérico, siglos XVIII-XIX*, Bilbao.
- FERRARI, Gustavo (1980), “La Argentina y sus vecinos”, en: Gallo, Ezequiel y Ferrari, Gustavo (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana.
- FERRARI, Marcela (2009), “De historia política, memoria, identidades, actores y negociaciones. Conversaciones con Jacques Revel”, en: *PolHis*, nº 2.
- FILLEULE, Olivier (2001), “Propositions pour une analyse processuelle de l’engagement individuel”, en: *Revue française de science politique*, vol. 51, nº 1.
- FORDE, Daryll, FORTES, Meyer, GLUCKMAN, Max y TURNER, Victor (1962), *Essays on the Ritual of Social Relations*, Manchester, Manchester University Press.
- FORMISANO, Ronald (2001), “The Concept of Political Culture”, en: *The Journal of Interdisciplinary History*, vol. 31, nº 3.

- FUREIX, Emmanuel (2002), “Un rituel d’opposition sous la Restauration: les funeraillles libérales à Paris (1820-1830)”, en: *Genèses*, n° 46.
- FURET, François (1989), “Réflexions sur l’idée de tradition révolutionnaire dans la France du XIXe siècle”, en: *Pouvoirs*, n° 50.
- GALLO, Ezequiel ([1983] 2004), *La Pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Buenos Aires, Edhasa.
- GALLO, Ezequiel (1997), *Carlos Pellegrini. Orden y reforma*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- GALLO, Ezequiel (2008), “Una época de influencia liberal en la Argentina (circa 1850-circa 1940)”, en: *Vida, libertad y propiedad. Reflexiones sobre el liberalismo clásico y la historia*, Caseros, EDUNTREF.
- GALLO, Ezequiel (2010), “Prólogo. Triste final para un buen comienzo”, en: *El pensamiento de los conservadores*, Buenos Aires, El Ateneo, 2010.
- GALLO, Ezequiel (2013a), “Economía, sociedad y política en la Argentina (1870-1930)”, en: *La República en ciernes. Surgimiento de la vida política y social pampeana, 1850-1930*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- GALLO, Ezequiel (2013b), “Un quinquenio difícil: las presidencias de Carlos Pellegrini y Luis Sáenz Peña (1890-1895)”, en: *La República en ciernes. Surgimiento de la vida política y social pampeana, 1850-1930*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- GAUCHET, Marcel (1998), *La religion dans la démocratie. Parcours de la laïcité*, París, Gallimard.
- GAUCHET, Marcel (2001), “Croyances religieuses, croyances politiques”, en: *Le Débat*, n° 115.
- GAXIE, Daniel (1977), “Économie des partis et rétributions du militantisme”, en: *Revue française de science politique*, n° 1.
- GAYOL, Sandra (2004), “‘Honor moderno’: The Significance of Honor in Fin-de-Siècle Argentina”, en: *Hispanic American Historical Review*, n° 84.
- GAYOL, Sandra (2010), “Los despojos sagrados: funerales de Estado, muerte y política en la Argentina del Centenario”, en: Tato, María Inés y Castro, Martín (comps.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi.

- GAYOL, Sandra (2012), “La celebración de los *grandes hombres*: funerales gloriosos y carreras *post mortem* en Argentina”, en: *Quinto Sol*, Santa Rosa, vol. 16, n° 2, julio-diciembre.
- GAYOL, Sandra (2013), “Senderos de una historia social, cultural y política de la muerte”, en: *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segretti”*, Córdoba, n° 13.
- GAYOL, Sandra (2015), “Muerte, política y conmemoración en América Latina”, en: *historiapolítica.com*.
- GAYOL, Sandra y KESSLER, Gabriel (2015), “Introducción. Muerte, política y sociedad en la Argentina”, en: Gayol, Sandra y Kessler, Gabriel (eds.), *Muerte, política y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Edhasa.
- GEERTZ, Clifford (1983), “Ritual y cambio social: un ejemplo javanés”, en: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- GEERTZ, Clifford (1992), “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- GEERTZ, Clifford (1992), “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- GEERTZ, Clifford (1994), “Centros, reyes y carisma. Una reflexión sobre el simbolismo del poder”, en: *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós.
- GELLNER, Ernest (1988), *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza.
- GELLNER, Ernest (1996), “The Coming of Nationalism and its Interpretation : The Myth of Nation and Class”, en : Balakrishnan, Gopal (ed.), *Mapping the Nation*, Londres, Verso.
- GENTILE, Emilio (2006), *Politics as religion*, Princeton, Princeton University Press.
- GENTILE, Emilio (2007), *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- GENTILE, Emilio (2014), “Religion politique”, en: *École Normale Supérieure*, Université de Lyon, Lyon.
- GERCHUNOFF, Pablo, ROCCHI, Fernando y ROSSI, Gastón (2008), *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas, 1870-1905*, Buenos Aires, Edhasa.
- GERMANI, Gino (1968), *Política y sociedad en una época en transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós.

- GIORDANO, Verónica (2000), “La corrupción política en Argentina, 1886-1890. Una mirada desde *The Times* de Londres”, en: *Sociohistórica*, La Plata, n° 7.
- GIRARDET, Raoul (1999), *Mitos y mitologías políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- GODECHOT, Jacques (1981) “Taine historien de la Révolution française”, en: *Romantisme*, n° 32.
- GOMBRICH, Ernst (2003), “El sueño de la razón. Símbolos de la Revolución Francesa”, en: *Los usos de las imágenes. Estudios sobre la función social del arte y la comunicación visual*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar (2008), *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina, 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- GORELIK, Adrián (2010), *La grilla y el parque. Espacio y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- GRAMSCI, Antonio (2003), *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- GRAMUGLIO, María Teresa (2001), “Estudio preliminar”, en: Gálvez, Manuel, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina (1910)*, Buenos Aires, Taurus.
- GUIO, José M. (2007), *La Iglesia Católica en la política argentina*, Buenos Aires, Prometeo.
- HABERMAS, Jürgen (1999), “Consideración genealógica acerca del contenido cognitivo de la moral”, en: *La inclusión del otro. Estudios de teoría política*, Barcelona, Paidós.
- HALL, Stuart (2003), “Introducción: ¿quién necesita ‘identidad’?”, en: Hall, Stuart y Du Gay, Paul (coords.), *Cuestiones de identidad cultural*, Barcelona, Amorrortu.
- HALPERIN DONGHI, Tulio ([1975] 2005), *Revolución y guerra. La formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (1987a), “1880: un nuevo clima de ideas”, en: *El espejo de la historia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (1987b), “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)”, en: *El espejo de la historia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio ([1994] 2006), *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.

- HALPERÍN DONGHI, Tulio (1998), “Argentine: Liberalism in a country born liberal”, en: Love, Joseph y Jacobsen, Nils (comps.), *Guiding the Invisible Hand. Economic liberalism and the State in Latin American History*, Praeger, New York.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (2005b), *Una Nación para el Desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (2005b), *Vida y muerte de la República verdadera, 1910-1930*, Buenos Aires, Ariel.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (2005c), “L’héritage problématique du libéralisme argentin”, *Cahiers ALHIM*, n° 11.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (2009), *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, Prometeo.
- HAZAREESINGH, Sudhir (2004), *The Saint-Napoleon: Celebrations of Sovereignty in nineteenth-century France*, Londres, Harvard University Press
- HAZAREESINGH, Sudhir (2005), “L’opposition républicaine aux fêtes civiques du Second Empire: fête, antifête et souveraineté”, en: *Revue d'histoire du XIXe siècle*, n° 26/27.
- HIRSCH, Leonardo (2011), “Lenguajes políticos en torno a la crisis política de 1890 en Argentina: historia, sociología y la conformación de los discursos revolucionarios y evolucionistas frente a una crisis moral”, en: *Artefactum*, vol. 2.
- HIRSCH, Leonardo (2012), “Entre la ‘revolución’ y la ‘evolución’. Las movilizaciones del Noventa”, en *PolHis*, año 5, n° 9, primer semestre.
- HIRSCH, Leonardo (2013a), “La resurrección de la retórica de la República en 1890. Un análisis sobre las relaciones entre elocuencia, oratoria y política en Argentina a fines del siglo XIX”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, n° 38, primer semestre.
- HIRSCH, Leonardo (2013b), “‘Prensa independiente’ y crítica moral al juarismo (1889-1890)”, en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, n° 44, primer semestre.
- HOBSBAWM, Eric (1991), *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Buenos Aires, Crítica.
- HOBSBAWM, Eric (1994), “Identidad”, en: *Revista Internacional de Filosofía Política*, n° 3.
- HOBSBAWM, Eric (2002), “Introducción: la invención de la tradición”, en: Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica.

- HORA, Roy (2001), “Autonomistas, Radicales y Mitristas: el orden oligárquico en la provincia de Buenos Aires (1880-1916)”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Buenos Aires, n° 23, 2001.
- HORA, Roy (2013), “La política bonaerense: del orden oligárquico al imperio del fraude, 1880-1943”, en: Palacio, Juan Manuel (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires*, t. 4: “De la federalización de Buenos Aires al advenimiento del peronismo (1880-1943)”, Buenos Aires, Edhasa.
- HOURCADE, Eduardo (2001), “Acontecimiento en primera persona. La Revolución del ’90 escrita por sus protagonistas”, en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, n° 21.
- HUNT, Lynn ([1986] 2004), *Política, cultura y clase durante la Revolución Francesa*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.
- IHL, Olivier (1996), *La fête républicaine*, París, Gallimard, 1996.
- IHL, Olivier (2000), “Religion civile: la carrière comparée d’un concept”, en: *Revue Internationale de Politique Comparée*, vol. 7, n° 3.
- IHL, Olivier (2002), “Les fêtes civiques nationales”, en: Vincent Duclert y Christophe Prochasson (dirs.), *Dictionnaire critique de la République*, París, Flammarion.
- IHL, Olivier (2002), “Socialisation et événements politiques”, en: *Revue française de science politique*, n° 2-3.
- IHL, Olivier (2016), “Le triomphe sonore de la République”, en: *Critique*, n° 829-830.
- INGLEHART, Ronald (1988), “The Renaissance of Political Culture”, en: *The American Political Science Review*, vol 8, n° 82, diciembre.
- JELIN, Elizabeth (2002), “Los sentidos de la conmemoración”, en: Jelin, Elizabeth (comp.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”*, Madrid, Siglo XXI.
- JOLY, Bertrand (2007), “Les ligues dans le Nord et le Pas-de-Calais, du boulangisme à l’affaire Dreyfus”, en: *Revue du Nord*, n° 370.
- JOLY, Bertrand (2013), “L’antiparlamentarisme des nationalistes antidreyfusards”, en: *Parlements*, n° 9.
- JULLIARD, Jacques ([1974] 1979), “La política”, en: Le Goff, J. y Nora, P. (comps.), *Hacer la Historia*, t. II: “Nuevos enfoques”, Barcelona, Laia.
- KERTZER, David (1988), *Ritual, Politics & Power*, New Haven, Yale University Press.

- KNIGHT, Alan (2005), "Is Political culture good to think?", en: Nils Jacobsen y Cristóbal Aljovín de Losada (eds.), *Political Cultures in the Andes, 1750-1950*, Durham/London, Duke University Press.
- KOHAN, Martín (2014), *El país de la guerra*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- KOSELLECK, Reinhart (1993), "'Espacio de experiencia' y 'horizonte de expectativa'. Dos categorías históricas", en: *Futuro pasado. Por una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.
- KOSELLECK, Reinhart (1998), "Les monuments aux morts comme fondateurs de l'identité des survivants", en: *Revue de Métaphysique et de Morale*, nº 1.
- La Argentina sin careta. José María Cao. Ilustraciones 1893-1918*, Fundación OSDE, abril-diciembre de 2007 (Mar del Plata-Santa Rosa-Rosario-La Plata-Buenos Aires), curaduría de Julio Neveleff y Graciela Di Iorio. Disponible en: <http://www.rehime.com.ar/escritos/documentos/idxalfa/c/cao/Jose%20Maria%20Cao%20-%20La%20Argentina%20sin%20careta.pdf> (último ingreso: 18/04/2014).
- LACLAU, Ernesto (ed.) (1994), *The Making of Political Identities*, London/New York, Verso.
- LACLAU, Ernesto (1995), "Universalismo, Particularismo y el tema de la Identidad", en: *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº 5.
- LACLAU, Ernesto (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, Ernesto (2008), "Demandas sociales e identidades políticas", ponencia presentada en: *Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social*, Buenos Aires.
- LACOSTE, Pablo (2011), "Chile y Argentina al borde de la guerra (1881-1902)", en: *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Carlos S. A. Segretti"*, Córdoba, vol. 1, nº 11.
- LAERA, Alejandra (2003), "Danza de millones: inflexiones literarias de la crisis de 1890 en la Argentina", en *Entrepasados*, Buenos Aires, nº 24/25.
- LANDI, Oscar (1988), "Cultura política: un concepto sutilmente ambiguo", en: *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*, Buenos Aires, Puntosur.
- LANDI, Oscar (2004), "Cultura política", en: Di Tella, T. (coord.), *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas*, Buenos Aires, Ariel.
- LANGEWIESCHE, Dieter (1997), "Formación cultural de la nación en la Alemania del siglo XIX", en: *Entrepasados*, Buenos Aires, nº 13.

- LANZARO, Jorge (2002), “Cultura política”, en: Altamirano, C. (comp.), *Términos críticos de Sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós.
- LECHNER, Norbert (comp.) (1999), *Cultura política y democratización*, México, FLACSO.
- LETTIERI, Alberto (2003), “La guerra de las representaciones: la revolución de septiembre de 1852 y el imaginario social porteño”, en: Sabato, Hilda y Lettieri, Alberto (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, voces y votos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1995), *Antropología estructural*, Barcelona, Paidós.
- LIDA, Miranda (2009), “Los orígenes del catolicismo de masas en la Argentina, 1900-1934”, en: *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, n° 46.
- LIDA, Miranda (2015), *Historia del catolicismo en la Argentina: entre el siglo XIX y el XX*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- LIPSET, Seymour M. y ROKKAN, Stein ([1967] 1992), “Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales”, en: AA. VV., *Diez textos básicos de Ciencia Política*, Barcelona, Ariel.
- LOBATO, Mirta (2011), “Introducción”, en: Lobato, Mirta (ed.), *Buenos Aires: manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Buenos Aires, Biblos.
- Lobato, Mirta (ed.) (2011), *Buenos Aires: manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Buenos Aires, Biblos.
- LOBATO, Mirta (ed.), *Buenos Aires: manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Buenos Aires, Biblos.
- LOSADA, Leandro (2007), “La alta sociedad y la política en la Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)”, en: *Entrepasados*, Buenos Aires, año XVI, n° 31.
- LUCCA, Juan (2012), “Identidad: aristas de análisis para la moderna ciencia política”, en: *Revista SAAP*, vol. 6, n° 2.
- LUKES, Steven (1975), “Political ritual and Social Integration”, en: *Sociology*, n° 9.
- MACOR, Darío (2009), “Representaciones colectivas en los orígenes de la identidad peronista”, en: *Estudios Sociales Contemporáneos*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, n° 3.

- MAHONEY, James (2000), "Path dependence in historical sociology", en: *Theory and Society*, n° 29, Kluwer Academic Publishers.
- MALAMUD, Andrés (2003), "Partidos políticos", en: Pinto, Julio (comp.), *Introducción a la Ciencia Política*, Buenos Aires, Eudeba.
- MALAMUD, Carlos (1997a), *Partidos políticos y elecciones en la Argentina: la Liga del Sur (1908-1916)*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- MALAMUD, Carlos (1997b), "Liberales y conservadores: los partidos políticos argentinos (1880-1916)", en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 8, n° 1.
- MALOSETTI COSTA, Laura (1998), "Las artes plásticas entre el ochenta y el Centenario", en: Burucúa, José Emilio (comp.), *Arte, sociedad y política*, tomo I, Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana.
- MARIOT, Nicolas (2008), "Qu'est-ce qu'un 'enthousiasme civique'? Sur l'historiographie des fêtes politiques en France après 1789", en: *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, n° 1.
- MELUCCI, Alberto (1995), "The Process of Collective Identity", en: Johnston, Hank y Klandermans, Bert (eds.), *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- MICHELS, Robert ([1915] 1983), *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, dos tomos, Buenos Aires, Amorrortu.
- MÍGUEZ, Eduardo (2003a), "El sistema político argentino en la década de 1890", en: *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 42, n° 168, enero-marzo.
- MÍGUEZ, Eduardo (2003b), "Partidos orgánicos en la década de 1890, anacronismo y dicotomía", en: *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 43, n° 169, abril-junio.
- MÍGUEZ, Eduardo (2012a), "Gestación, auge y crisis del orden político oligárquico en la Argentina. Balance de la historiografía reciente", en: *PolHis*, Mar del Plata, año V, n° 9, primer semestre.
- MÍGUEZ, Eduardo (2012b), "Reforma electoral y *longue durée*", en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, n° 43, segundo semestre.
- MORÁN, María Luz (2010), "Cultura y política: nuevas tendencias en los análisis sociopolíticos", en: Pérez Ledesma, Manuel y Sierra, María (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico".

- MOSSE, George (2007), *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- MOYANO, Javier (2007), “Clericales y liberales en la política cordobesa entre 1880 y 1930. ¿Polarización permanente o fracturas coyunturales?”, en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, n° 32, primer semestre.
- MUNILLA LACASA, María L. (2013), *Celebrar y gobernar. Un estudio de las fiestas cívicas en Buenos Aires, 1810-1835*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- MYERS, Jorge (2006), “La ciencia política argentina y la cuestión de los partidos políticos: discusiones en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (1904-1916)”, en: Roldán, Darío (comp.), *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno a la República Verdadera*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- NORA, Pierre (1997), “Entre mémoire et Histoire”, en: Nora, Pierre (comp.), *Les lieux de mémoire*, vol. I: “La République”, París, Gallimard.
- OFFERLÉ, Michel ([1987] 2004), *Los Partidos Políticos*, Santiago de Chile, LOM.
- OFFERLÉ, Michel (2005), “Bajar a la calle de la ‘jornada’ a la ‘manif’”, en: *Política*, Santiago de Chile, n° 44.
- ORTEMBERG, Pablo (2010), “El tedeum en el ritual político: usos y sentidos de un dispositivo de pactos en la América española y en la revolución de Mayo”, en: *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, La Plata, n° 10, 2010.
- ORTEMBERG, Pablo (dir.) (2013a), *El origen de las fiestas patrias. Hispanoamérica en la era de las independencias*, Rosario, Prohistoria.
- ORTEMBERG, Pablo (2013b), “Sentido e historia de las fiestas patrias: una introducción”, en: Ortemberg, Pablo (dir.), *El origen de las fiestas patrias. Hispanoamérica en la era de las independencias*, Rosario, Prohistoria.
- ORY, Pascal (1987), “L’Histoire Culturelle de la France Contemporaine. Question et Questionnement”, en: *Vingtième Siècle*, n° 16, octubre-diciembre.
- OSTIGUY, Pierre (2007), “Syncretism in Argentina’s Party System and Peronist Political Culture”, en: Galvan, Dennis y Sil, Rudra (eds.), *Reconfiguring Institutions Across Time and Space. Syncretic Responses to Challenges of Political and Economic Transformation*, New Cork, Palgrave Macmillan.

- OZOUF, Mona (1971), “Le Cortège et la Ville. Les itinéraires parisiens des fêtes révolutionnaires”, en: *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 26, N° 5.
- OZOUF, Mona ([1974] 1980), “La Fiesta bajo la Revolución Francesa”, en: Jacques Le Goff y Pierre Nora (comps.), *Hacer la Historia*, tomo III: “Nuevos objetos”, Barcelona, Laia.
- OZOUF, Mona (1976), *La fête révolutionnaire, 1789-1799*, París, Gallimard.
- PALTI, Elías (1994), “Orden político y ciudadanía. Problemas y debates en el liberalismo argentino en el siglo XIX”, en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel Aviv, vol. 5, n° 2, julio-diciembre.
- PALTI, Elías (1999), “El legado como problema (a propósito de la ponencia de Hilda Sabato)”, en: Altamirano, Carlos (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel/Universidad Nacional de Quilmes.
- PALTI, Elías (2003), *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- PALTI, Elías (2007), *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- PALTI, Elías (2009), *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Eudeba.
- PALTI, Elías (s/f), “¿De la República posible a la República verdadera? Oscuridad y transparencia de los modelos políticos”, en: *historiapolitica.com*, s/f (último ingreso: 19/06/2015).
- PANEBIANCO, Angelo ([1982] 1990), *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*, Madrid, Alianza.
- PASTORMELO, Sergio (ed.) (2009), *Payró en Pago Chico (1887-1892). Periodismo, revolución, literatura*, La Plata, Universidad Nacional de la Plata.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (2008), “La construcción de las identidades sociales”, en: Beramendi, Justo y Baz, María Jesús (eds.), *Identidades y memoria imaginada*, Valencia, Universitat de València.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (2010), “Introducción”, en: Pérez Ledesma, Manuel y Sierra, María (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”.

- PERSELLO, Ana V. (2000), “Acerca de los partidos políticos, 1890-1943”, en: *Anuario del IEHS*, UNCPBA, Tandil, n° 15.
- PERSELLO, Ana V. y De Privitellio, Luciano (2009), “La Reforma y las reformas: la cuestión electoral en el Congreso (1912-1930)”, en: Bertoni, Lilia A. y De Privitellio, Luciano (comps.) (2009), *Conflictos en democracia. La vida política argentina entre dos siglos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- PITKIN, Hanna (1967), *The Concept of Representation*, Berkeley, University of California Press.
- PLOTKIN, Mariano ([1993] 2013), *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Sáenz Peña, EDUNTREF.
- POIRRIER, Philippe (2008), “L’histoire culturelle en France. Une histoire sociale des représentations”, en: Poirrier, P. (dir.), *L’Histoire culturelle: un «tournant mondial» dans l’historiographie?*, Postface de Roger Chartier, Dijon, Editions universitaires de Dijon.
- PORTANTIERO, Juan Carlos y DE ÍPOLA, Emilio (1981), “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, en: *Nueva Sociedad*, Caracas, n° 54, mayo-junio.
- PORTANTIERO, Juan Carlos (1982), “Nación y democracia en la Argentina del Novecientos”, en: *Punto de Vista*, Buenos Aires, n° 14, marzo.
- PRIETO, Agustina (2000), “Rosario, 1904: cuestión social, política y multitudes obreras”, en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, n° 19.
- PROCHASSON, Christophe (2002), “La politique comme culture”, en: *Le Mouvement Social*, vol. 3, n° 200.
- PROST, Antoine (1997), “Les monuments aux morts. Culte républicaine? Culto civique? Culte patriotique?”, en: Nora, Pierre (dir.), *Les lieux de mémoire*, t. I: “La République”, París, Gallimard.
- QUATTROCCHI-WOISSON, Diana (1995), *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- QUINTERNO, Hugo (2014), *Fuego amigo. El ejército y el poder presidencial en Argentina (1880-1912)*, Buenos Aires, UAI/Teseo.
- RABOTNIKOF, Nora (2009), “Mito político y memorias de la política”, en: Mudrovic, María Inés (ed.), *Pasados en conflicto. Representación, mito, memoria*, Buenos Aires, Prometeo.

- RANCIÈRE, Jacques (2000), “Política, identificación y subjetivación”, en: Arditi, Benjamín (ed.), *El reverso de la diferencia. Identidad y política*, Caracas, Nueva Sociedad.
- RANCIÈRE, Jacques (2008), “Las paradojas del arte político”, en: *El espectador emancipado*, Buenos Aires, Manantial.
- RENAN, Ernest ([1882] 1995), “¿Qué es una nación?”, en: Fernández Bravo, Álvaro (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial.
- ROCCHI, Fernando (2003), “Introducción. Dossier: La crisis de 1890: política, sociedad y literatura”, en: *Entrepasados*, Buenos Aires, n° 24/25.
- ROJKIND, Inés (2007), “Estudiantes, universidad y política en Buenos Aires del novecientos”, *XI° Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Tucumán, 19-22 de septiembre.
- ROJKIND, Inés (2008), *El derecho a protestar. Diarios, movilizaciones y política en el Buenos Aires del novecientos*, Tesis de Doctorado en Historia, México DF, El Colegio de México.
- ROJKIND, Inés (2009), “Orden, participación y conflictos. La política en Buenos Aires a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Miradas clásicas y nuevas aproximaciones”, en: *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, n° 34.
- ROJKIND, Inés (2012a), “‘El gobierno de la calle’. Diarios, movilizaciones y política en el Buenos Aires del novecientos”, en: *Secuencia*, México DF, n° 84, septiembre-diciembre.
- ROJKIND, Inés (2012b), “‘La revolución está vencida, pero el gobierno está muerto’. Crisis política, discursos periodísticos y demostraciones callejeras en Buenos Aires, 1890”, en: *Anuario de Estudios Americanos*, n° 69, vol. 2, julio-diciembre.
- ROJKIND, Inés (2014), “Movilizaciones, protestas y reforma electoral. Buenos Aires, 1901-1904”, en: *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates, Puesto en línea el 10 junio 2014, consultado el 22 junio 2015.
- ROLDÁN, Darío (2010a), “El Centenario y las ambigüedades democráticas”, en: *Cuadernos Filosóficos*, Universidad Nacional de Rosario, segunda época, n° VII.
- ROLDÁN, Darío (2010b), “La cuestión liberal en la Argentina en el siglo XIX. Política, sociedad, representación”, en Bragoni, Beatriz y Míguez, Eduardo (comps.), *Un Nuevo Orden político. Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*, Biblos, Buenos Aires.

- ROLDÁN, Darío (2011), “Nación, República y Democracia”, en: Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, n° 33, enero-diciembre.
- ROLDÁN, Darío (comp.) (2006), *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno a la República Verdadera*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ROMERO, José Luis (1998), *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, A-Z.
- ROMERO, Luis Alberto (1999), “Una nación católica: 1880-1946”, en: Altamirano, Carlos (ed.), *La Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Ariel.
- ROMERO, Luis Alberto (2014), “Sociedad democrática y política nacional y popular: la Argentina en la primera mitad del siglo XX”, en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, n° 46, primer semestre.
- ROSANVALLON, Pierre (2003), *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ROSLER, Andrés (2016), *Razones públicas. Seis conceptos básicos sobre la República*, Buenos Aires, Katz.
- ROUQUIÉ, Alain (1981), *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, t. I: hasta 1943, Buenos Aires, Emecé.
- RYAN, Mary (1998), *Civic Wars. Democracy and Public Life in the American City during the Nineteenth Century*, Berkeley, University of California Press.
- SABATO, Hilda (1990), “La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?”, en: *Punto de Vista*, Buenos Aires, n° 39.
- SABATO, Hilda (1997), “Introducción”, en: Sabato, Hilda (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.
- SABATO, Hilda (1999), “Virtudes cívicas, política criolla”, en: Altamirano, Carlos (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel/Universidad Nacional de Quilmes.
- SABATO, Hilda (2002), “El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)”, en: *Entrepasados*, Buenos Aires, n° 23.

- SABATO, Hilda (2009a), “Soberanía popular, ciudadanía e nação na América Hispânica: a experiência republicana no século XIX”, en: *Almanack Braziliense*, nº 9.
- SABATO, Hilda (2009b), “El pueblo ‘uno e indivisible’. Prácticas políticas del liberalismo porteño”, en: Bertoni, Lilia A. y De Privitellio, Luciano (comps.), *Conflictos en democracia. La vida política argentina entre dos siglos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- SABATO, Hilda (2009c), “Resistir la imposición: revolución, ciudadanía y república en la Argentina de 1880”, en *Revista de Indias*, vol. LXIX, nº 246.
- SABATO, Hilda (2009d), *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- SALVATORE, Ricardo (1996), “Fiestas Federales: representaciones de la República en el Buenos Aires rosista”, en: *Entrepasados*, año V, nº 11.
- SALVATORE, Ricardo (1998), “‘Expresiones federales’: formas políticas del federalismo rosista”, en: Goldman, Noemí y Salvatore, Ricardo (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba.
- SCALES, Len y ZIMMER, Oliver (eds.) (2005), *Power and the Nation in European History*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SCHMITT, Carl ([1923] 2010), “La teoría política del mito”, en: Zarka, Yves Charles (coord.), *Carl Schmitt o el mito de lo político*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- SCHORSKE, Carl ([1980] 2011), *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- SCOTT, Joan (2006), “El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad”, en: *Ayer*, nº 62.
- SEGALEN, Martine ([1998] 2005), *Ritos y rituales contemporáneos*, Madrid, Alianza.
- SEWELL, William (1999), “The Concept(s) of Culture”, en: Bonnell, Victoria y Hunt, Lynn (eds.), *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, University of California Press, Berkeley/Londres.
- SIGAL, Silvia (2006), *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- SIRINELLI, Jean-François (1998), “De la demeure à l’agora. Pour une histoire culturelle du politique”, en: *Vingtième Siècle*, nº 57, enero-marzo.
- SIRINELLI, Jean-François (1999), “Elogio de lo complejo”, en: Rioux, Jean-Pierre y Sirinelli, Jean-François (comps.), *Para una historia cultural*, México, Taurus.

- SIRONNEAU, Jean-Pierre (1982), *Sécularisation et religions politiques*, París/La Haya, Nueva York, Mouton.
- SIRONNEAU, Jean-Pierre (1986), “Eschatologie et décadence dans les ‘Religions Politiques’”, en: *Cahier Figures*, Université de Bourgogne, Dijon, n° 1.
- SMITH, Anthony (1991), *National Identity*, Nueva York, Penguin Books.
- SMITH, Anthony (1995), “¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones”, en: Fernández Bravo, Álvaro (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial.
- SMITH, Anthony (1998), *Nationalism & Modernism. A critical survey of recent theories of nations and nationalism*, Londres/Nueva York, Routledge.
- SMITH, Anthony (1999), *Myths and Memories of the Nation*, Oxford/New York.
- SOMERS, Margaret (1994), “The narrative constitution of identity: A relational and network approach”, en: *Theory and Society*, n° 23.
- SOMERS, Margaret (1995), “What's Political or Cultural about Political Culture and the Public Sphere? Toward an Historical Sociology of Concept Formation”, en: *Sociological Theory*, vol. 13, n° 2, julio.
- SOMERS, Margaret (1996), “Narrando y naturalizando la sociedad civil y la teoría de la ciudadanía. El lugar de la cultura política y de la esfera pública”, en: *Zona abierta*, n° 77-78.
- SPERONI, Mariana (2002), “Marcha hacia el festejo... La interpelación sonora del estado argentino en la conmemoración del día de la Independencia”, en: *VI Congreso Latinoamericano de Ciencias de la Comunicación*, Santa Cruz de la Sierra, 12-15 de junio.
- STERNHELL, Zeev, SZNAJDER, Mario y ASHERI, Mahia (1994), *The birth of fascist ideology. From cultural rebellion to political revolution*, Princenton, Princenton University Press.
- TAGUIEFF, Pierre-André (1997), “Le populisme et la Science Politique. Du mirage conceptuel aux vrais problèmes”, en: *Vingtième Siècle*, n° 56, octobre-diciembre.
- TARCUS, Horacio (1998/1999), “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”, en: *El Rodaballo*, n° 9.
- TARTAKOWSKY, Danielle (2002), “Manifestar”, en: Duclert, Vincent y Prochasson, Christophe (dirs.), *Dictionnaire critique de la République*, París, Flammarion.
- TARTAKOWSKY, Danielle (2006), “Quand la rue fait l’histoire”, en: *Pouvoirs*, n° 116.

- TATO, María Inés (2007), “Del crisol de razas a la Argentina desintegrada: un itinerario de la idea de Nación, 1911-1932”, en: *Historia y Política*, Madrid, nº 17.
- TATO, María Inés (2009), “‘Rurales versus ‘metropolitanos’. La redefinición de la situación bonaerense en la dinámica política nacional (1901-1903)”, en: *Investigaciones y Ensayos*, Academia Nacional de la Historia, nº 58, enero-diciembre.
- TATO, María Inés y CASTRO, Martín (2010), “Introducción”, en: Tato, María Inés y Castro, Martín (coords.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- TATO, María Inés y ROJKIND, Inés (2012), “Usos políticos del espacio público en Argentina, 1890-1945”, en: *PolHis*, nº 9, primer semestre.
- TERÁN, Oscar (1994), “Nacionalismos argentinos (1810-1930)”, en: *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Quilmes, nº 1.
- TERÁN, Oscar (2001), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la “cultura científica” (1880-1910)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- TILLY, Charles (1978), *From Mobilization to Revolution*, New York, Random House.
- TILLY, Charles (1994), “Stein Rokkan et les identités politiques”, en : Paper de la New School for Social Research, Nueva York, septiembre.
- TRIERWEILER, Denis (2010), “Georges Sorel y Carl Schmitt: de una teoría política del mito a la otra”, en: Zarka, Charles Yves (coord.), *Carl Schmitt o el mito de lo político*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- TURNER, Victor (1966), *The Ritual Process. Structure and Anti-Structure*, Ithaca/New Cork, Cornell University Press.
- VAN GENNEP, Arnold ([1908] 2008), *Los ritos de paso*, Madrid, Alianza.
- VAN GINNEKEN, Jaap (1992), *Crowds, Psychologie & Politics, 1871-1899*, Cambridge, Cambridge University Press.
- VEZZETTI, Hugo (2008), *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- VIDAL, Gardenia (2006), “Ciudadanía y asociacionismo. Los Círculos de Obreros en la ciudad de Córdoba, 1897-1912”, en: *Revista Escuela de Historia*, Salta, Universidad Nacional de Salta, vol. 1, nº 5.

- VIROLI, Maurizio (1995), *For Love of Country. An Essay on Patriotism and Nationalism*, Oxford/New York, Oxford University Pres.
- VIROLI, Maurizio (2001), “El sentido olvidado del patriotismo republicano”, en: *Isegoría*, nº 24.
- VOEGELIN, Eric ([1938] 2000), “The Political Religions”, en: *The Collected Works of Eric Voegelin*, t. V: “Modernity Without Restraint”, Columbia/Londres, The Missouri University Press.
- WALZER, Michael ([2007] 2010), “Cómo trazar la línea. Religión y política”, en: *Pensar políticamente*, Madrid, Paidós.
- WASSERMAN, Fabio (1997), “La generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, nº 15.
- WASSERMAN, Fabio (2008), “Revolución”, en: Goldman, Noemí (ed.), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo.
- WEBER, Max ([1922] 2012), *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México DF, Fondo de Cultura Económica.
- WILLIAMS, Raymond ([1977] 2009), *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta.
- WINOCK, Michel (2003), “Patrie et nation”, en: *La France politique, XIXe-XXe siècle*, París, Seuil.
- WINOCK, Michel (2014), *Nationalisme, antisemitisme et fascisme en France*, París, Seuil.
- YANUZZI, María de los Ángeles (2010a), “El rol de los elementos no-rationales en la construcción de la democracia”, en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, nº 39, segundo semestre.
- YANUZZI, María de los Ángeles (2010b), “Reflexiones en torno a la identidad política”, en: *II Encuentro entre equipos de investigación en Teoría Política: “Espacio, democracia y lenguaje”*.
- ZANATTA, Loris (2008), “El populismo, entre religión y política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo”, en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel Aviv, vol. 19, nº 2.

- ZARKA, Yves Charles (2010) (coord.), *Carl Schmitt o el mito de lo político*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- ZIMMER, Oliver (2003), *Nationalism in Europe, 1890-1940*, Nueva York, Palgrave/MacMillan.
- ZIMMERMANN, Eduardo (1995), *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana/UDESA.
- ZIMMERMANN, Eduardo (1998), “La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo. El caso de *La Nación* y el Partido Republicano”, en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, n° 15.
- ZIMMERMANN, Eduardo (1999), “La idea liberal”, en: Altamirano, Carlos (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel/Universidad Nacional de Quilmes.
- ZIMMERMANN, Eduardo (2008), “‘Los deberes de la revolución’. José Nicolás Matienzo y el golpe militar en la Argentina de 1930”, en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, n° 34, primer semestre.
- ZIMMERMANN, Eduardo (2009), “Elections and the Origins of an Argentine Democratic Tradition, 1810-1880”, Working Paper, n° 365, Kellogg Institute.
- ZUBIZARRETA, Ignacio (2012), *Los Unitarios: faccionalismo, prácticas, construcción identitaria y vínculos de una agrupación política decimonónica, 1820-1852*, Stuttgart, Verlag Hans-Dieter Heiz.

II. Radicalismo

- ABOY CARLÉS, Gerardo (2005), “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”, en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, n° 28, primer semestre.
- ABOY CARLÉS, Gerardo (2014), “El nuevo debate sobre el populismo y sus raíces en la transición democrática: el caso argentino”, en: *Colombia Internacional*, n° 82, 2014.
- ADAMOVSKY, Ezequiel (2009), “Acerca de la relación entre el Radicalismo argentino y la ‘clase media’ (una vez más)”, en: *Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, vol. 2, n° 89.
- ALONSO, Paula (1993), “Politics and Elections in Buenos Aires, 1890-1898: The Performance of the Radical Party”, en: *Journal of Latin American Studies*, vol. 25, n° 3.

- ALONSO, Paula (2000a), *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Buenos Aires, Sudamericana.
- ALONSO, Paula (2000b), “La Unión Cívica Radical: fundación, oposición y triunfo (1890-1916)”, en: Lobato, Mirta (coord.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, tomo V, Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- AMARAL, Samuel (1963), “Leandro N. Alem (1942-1896)”, en: *Nombres de la Argentina*, t. II, “De la Organización Nacional a la crisis del 30”, Buenos Aires, Eudeba.
- ANSALDI, Waldo (1976), “Radicalismo argentino”, en: *Diccionario de Ciencias Sociales*, tomo II, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- BARBA, Fernando (2001), “El gobierno de Bernardo de Irigoyen, las disidencias de la Unión Cívica Radical y el triunfo de los Partidos Unidos en la provincia de Buenos Aires”, en: *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, n° 2.
- BERTONI, Lilia A. (1969), “Las transformaciones del partido y sus luchas políticas (1916-1930)”, en: Romero, Luis A. *et al.*, *El Radicalismo*, Buenos Aires, Ediciones CEPE.
- BONAUDO, Marta (1996), “Entre la movilización y los partidos. Continuidades y rupturas en la crítica coyuntura santafesina de 1912”, en: Melón Pirro, Julio César y Pastoriza, Elisa (eds.), *Los caminos de la democracia. Alternativas y prácticas políticas, 1900-1943*, Buenos Aires, Biblos/Universidad Nacional del Mar del Plata.
- BONAUDO, Marta (1998), “El radicalismo santafesino. Un espacio para pensar el problema de la ciudadanía (1890-1912)”, en: *Cuadernos del CIESAL*, N° 4, Rosario, UNR.
- BONAUDO, Marta (1999), “De representantes y representados: Santa Fe finisecular (1883-1893)”, en: SABATO, Hilda (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones*, México, Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.
- BORDI DE RAGUCCI, Olga (1987), *Aristóbulo del Valle en los orígenes del radicalismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- CARRIZO, Bernardo (2012), *El calidoscopio radical en los inicios de la democracia electoral. Santa Fe, 1910-1916*, Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- CATTARUZZA, Alejandro (1997), *Alvear. El compromiso y la distancia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- DEL MAZO, Gabriel (1957), *El Radicalismo. Ensayo sobre su historia y doctrina*, T. I: “Desde los orígenes hasta la conquista de la República Representativa y primer gobierno radical”, Buenos Aires, Gure.
- DELAMATA, Gabriela y ABOY CARLÉS, Gerardo (2001), “El Yrigoyenismo: inicio de una tradición”, Escuela de Política y Gobierno, UNSAM, *Documento de trabajo n° 3*, Buenos Aires.
- DELGADO, María Soledad (2005), “Banderas izadas, banderas arriadas: las transformaciones del radicalismo y la reorganización yrigoyenista. 1903-1916”, en: López, Mario J. (comp.), *De la república oligárquica a la república democrática. Estudio sobre la reforma política de Roque Sáenz Peña*, Buenos Aires, Lumiere.
- ETCHEPAREBORDA, Roberto (1968), *Tres revoluciones*, Buenos Aires, Pleamar.
- FEDERICI, Mario (2005), “Sistema político y crisis de la UCR a fines del siglo XIX”, en: López, Mario J. (comp.), *De la república oligárquica a la república democrática. Estudio sobre la reforma política de Roque Sáenz Peña*, Buenos Aires, Lumiere.
- FERNÁNDEZ, José L. (1969), “Yrigoyenismo: una tradición popular en la historia argentina”, en: Romero, Luis A. et al., *El Radicalismo*, Buenos Aires, Ediciones CEPE.
- FERNÁNDEZ, Pablo (2013), “El Radicalismo Principista en Córdoba (1912-1915)”, en: *I° Jornadas Interdisciplinarias de Jóvenes Investigadores en Ciencias Sociales*, IDAES-UNSAM, Buenos Aires.
- FERRARI, Marcela (2008), *Los políticos en la república radical. Prácticas políticas y construcción de poder*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- FERRÁS, Graciela (2013), “El radicalismo como religión cívica”, en: Pinto, Julio y Malimacci, Fortunato (dirs.), *La influencia de las religiones en el Estado y la Nación Argentina*, Buenos Aires, Eudeba.
- FOLLARI, Rodolfo (1998), *El Noventa en San Luis. Autonomistas y radicales*, Buenos Aires, Ciudad Argentina.
- FRÁVEGA, Oscar (2006), *Historia de la Unión Cívica Radical de Córdoba: 1890-2000*, Córdoba, Brujas.
- GALLO, Edith (2006), *Prensa política. Historia del Radicalismo a través de sus publicaciones (1890-1990)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas Cruz del Sur.

- GALLO, Edith (2009), *Construcción de un partido político. Las convenciones de la Unión Cívica Radical (1890-1931)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas Cruz del Sur, 2009.
- GALLO, Ezequiel (1965), “Notas para una historia política de Santa Fe. La elección de 1912”, en: Separata del Instituto del Profesorado Básico, Universidad Nacional del Litoral, n° 7, Santa Fe.
- GALLO, Ezequiel (2007), *Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la provincia de Santa Fe (1893)*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- GALLO, Ezequiel (2009), *Alem. Federalismo y radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa.
- GALLO, Ezequiel y Sigal, Silvia (1965), “La formación de los partidos políticos contemporáneos. La Unión Cívica Radical (1890-1916)”, en: Di Tella, Torcuato y Graciarena, Jorge (comps.), *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba.
- GAYOL, Sandra (2013b), “Ritual fúnebre y movilización política de la Argentina de los años treinta”, en: *PolHis*, Mar del Plata, n° 12, segundo semestre.
- GIMÉNEZ, Sebastián (2013), “Repensando los orígenes del radicalismo argentino”, en: *Identidades*, Comodoro Rivadavia, n° 5, diciembre.
- GIMÉNEZ, Sebastián (2016), “Beligerancia y pacificación en la conformación identitaria de la Unión Cívica Radical en la primera mitad del siglo XX. Una lectura desde la teoría del populismo”, en: *Identidades*, Comodoro Rivadavia, n° 10.
- HALPERIN DONGUI, Tulio (1998), “El enigma Yrigoyen”, en: *Prismas*, Bernal, UNQ, n° 2.
- HIRSCH, Leonardo (2014a), “Bernardo de Irigoyen: un gobernador bajo el signo de la oposición (1898-1902)”, en: *Forjando*, Centro de Estudios Jauretche, n° 6, febrero. Disponible en: <http://bancoprovincia.com.ar/Jauretche/revista-forjando/68>.
- HIRSCH, Leonardo (2014b), “Entre la revolución y la intervención. Las revoluciones de 1893 en la provincia de Buenos Aires y la cuestión de los partidos políticos”, en: *Jornadas “La conflictiva construcción del consenso en el marco del orden conservador. Actores, espacios y formas de participación política”*, Buenos Aires, 14 de agosto.
- Historia del Radicalismo. Desde Alem hasta Alfonsín* (s/f), Buenos Aires, Oriente.
- HOROWITZ, Joel (2008), *Argentina's Radical Party and Popular Mobilization, 1916-1930*, University Park (Pennsylvania), The Pennsylvania State University Press.

- KARUSH, Matthew (1999), "Workers, Citizens and the Argentine Nation : Party Politics and the Working Class in Rosario, 1912/13", en: *Journal of Latin American Studies*, vol. 31.
- LACOSTE, Pablo (1994), *La Unión Cívica Radical en Mendoza y en la Argentina, 1890-1946*, Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 1994.
- LUNA, Félix, "Alem (1980), la terrible integridad", en: Ferrari, Gustavo y Gallo, Ezequiel (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- OJEDA SILVA, Nahuel (2013), "La crisis de la Unión cívica radical: La reorganización partidaria y la gobernación de Bernardo de Irigoyen (1896-1902)", *XI Jornada de Investigación del Instituto de Investigación en Ciencias Sociales*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador.
- OJEDA SILVA, Nahuel y GALLO, Ezequiel (2014), "Francisco Barroetaveña: un caso de liberalismo ortodoxo", en: *Prismas*, Bernal, n° 18.
- PADOAN, Marcelo (2001), "Jesús, el templo y los viles mercaderes. Un examen de la discursividad irigoyenista", en: *Prismas*, Bernal, UNQ, n° 5.
- PERSELLO, Ana V. (2004), *El Partido Radical. Gobierno y oposición, 1916-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- PERSELLO, Ana V. (2007), *Historia del Radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa.
- PIÑERO, Elena (2007), *Los radicales antipersonalistas. Historia de una disidencia, 1916-1943*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad Torcuato Di Tella.
- PRIETO, Agustina (s/f), "La revolución radical de 1905 en Rosario: ¿conspiración cívico-militar o revolución del pueblo?", disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/Prieto.pdf>.
- QUERIDO, Leandro (2005), "La prensa ante la revolución de 1905", en: *Todo es Historia*, n° 451.
- REYES, Francisco (2010), *Armas y política en la construcción de un partido. Las revoluciones de la Unión Cívica Radical de 1893 y 1905 en la provincia de Santa Fe*, Tesina de Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral.
- REYES, Francisco (2014), "La pregunta por la Nación en la Argentina liberal: Saldías, entre la historia y la política", en: *Papeles del Centro de Investigaciones*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, n° 10.

- ROCK, David ([1975] 2007), *El Radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu.
- ROIG, Arturo (1969), *Los krausistas argentinos*, Puebla, Ed. José M. Cajica S. A.
- ROMERO, Luis A. (1969b), “El surgimiento y la llegada al poder”, en: Romero, Luis A. et al., *El Radicalismo*, Buenos Aires, Ediciones CEPE.
- ROMERO, Luis A. et al. (1969a), *El Radicalismo*, Buenos Aires, Ediciones CEPE.
- Siegler, Pedro (1984), *Lisandro de la Torre y los problemas de su época*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- SILITTI, Nicolás (2014), *El levantamiento armado de 1905. Estado, ejército y delito político en la Argentina a comienzos del siglo XX*, Tesis de Maestría en Investigación Histórica, Universidad de San Andrés, Buenos Aires.
- WILDE, María Josefa (1985), “Los orígenes del radicalismo santafesino (1893-1896)”, en: *Todo es Historia*, n° 223.

III. Socialismo e izquierdas

- ADELMAN, Jeremy (1989), “Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la Primera Guerra Mundial”, en: *Anuario del IEHS*, Tandil, UNCPBA, n° IV.
- ADELMAN, Jeremy (1992), “Socialism and Democracy in the Age of the Second International”, en: *Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, n° 72.
- ADELMAN, Jeremy (2000), “El Partido Socialista Argentino”, en: Lobato, Mirta (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites, 1880-1916*, Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- AGULHON, Maurice (1979), “Propos sur l’allégorie politique (en réponse à Eric Hobsbawm)”, en: *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 28, junio de 1979.
- ALBORNOZ, Martín (2009), “Caleidoscopio de palabras. Las reuniones de controversia entre anarquistas y socialistas a finales del siglo XIX y principios del siglo XX”, en: *Sociedad*, Buenos Aires, n° 28.
- ALBORNOZ, Martín (2011), “Eduardo Gilimón y la obsesión por la propaganda”, en: Gilimón, Eduardo, *Hechos y comentarios y otros escritos. El anarquismo en Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires, Terramar.

- ANDERSON, Perry ([1976] 2012), *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI.
- ANDREASSI CIERI, Alejandro (1998), “Del socialismo al sindicalismo revolucionario. La UGT argentina, 1903-1906”, en: *Boletín Americanista*, Barcelona, nº 48.
- ANGENOT, Marc (1991), “Masses aveulies et militants virils”, en: *Politix*, vol. 4, nº 14, segundo trimestre.
- ANGENOT, Marc (2001), *D’où venons-nous? Où allons-nous? La décomposition de l’idée de Progrès*. Disponible en: <http://marcangenot.com/wp-content/uploads/2012/02/Dou-venons-nous-Livre.pdf>.
- ANGENOT, Marc (2003), *L’Antimilitarisme: idéologie et utopie*. Québec, Les Presses de l’Université de Laval.
- ANGENOT, Marc (2004), “L’antimilitarisme contre la ‘religion patriotique’”, en: *Mots*, nº 76.
- ANGENOT, Marc (2010a), “La propaganda socialista. Elementos de retórica y de pragmática”, en: *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.
- ANGENOT, Marc (2010b), “La conversión al socialismo”, en: *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.
- ANGENOT, Marc (2015), “Le drapeau rouge: rituels et discours”, en: Colloque d’Amiens “L’esthétique de la rue”. Disponible en: <http://pc-ge.org/le-parti/le-drapeau-rouge> (último ingreso: 01/05/2016).
- ARIAS, Osvaldo (1986), “¿Fiesta o protesta popular? El 1º de Mayo en América Latina”, en: *Nueva Sociedad*, nº 83, mayo-junio.
- ARICÓ, José (1991), “Socialismo latinoamericano”, en: Bobbio, Norberto, Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco (dirs.), *Diccionario de política*, t. II, México, Siglo XXI.
- ARICÓ, José (1999), *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- AVINERI, Schlomo (1991), “Marxism and Nationalism”, en: *Journal of Contemporary History*, vol. 26, nº 3-4.
- BAILY, Samuel (1967) 1984, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.

- BARRANCOS, Dora (1994), “Entre la celebración y el escarnio: mujeres contestatarias (1890-1900)”, en: Fletcher, Lea (comp.), *Mujeres y cultura en Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Seminaria.
- BARRANCOS, Dora (1996), *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- BARRANCOS, Dora (2011), “El otro rostro de la modernidad: socialistas y ciencia esotérica (1890-1930)”, en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, n° 40, primer semestre.
- BARROW, Logie y BULLOCK, Ian (1996), *Democratic ideas and the British Labour movement, 1880-1914*, Nueva York, Cambridge University Press.
- BARTOLINI, Stefano (2000), *The Political Mobilization of the European Left, 1860-1980. The Class Cleavage*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BECERRA, Marina (2005), “¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios del siglo XX”, en: Camarero, Hernán y Herrera, Carlos (comps.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo.
- BECERRA, Marina (2009), *Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino: Enrique Del Valle Iberlucea*, Rosario, Prohistoria.
- BELKIN, Alejandro (2006), “La ‘revolución’ radical de 1905 y los orígenes del sindicalismo revolucionario en Argentina”, en: *Nuevo Topo*, n° 2, abril-mayo de 2006.
- BELKIN, Alejandro (2007), *Sobre los orígenes del sindicalismo revolucionario*, Buenos Aires, Cuadernos de Trabajo, n° 74, Centro Cultural de la Cooperación, 2007.
- BELKIN, Alejandro (2013), “La crítica del sindicalismo revolucionario argentino al parlamentarismo (1905-1912)”, en: *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Buenos Aires, n° 3.
- BERENSZTEIN, Sergio (1991), *Un partido para la Argentina moderna. Organización e identidad del Partido Socialista (1896-1916)*, Buenos Aires, Documento CEDES n° 60.
- BERGER, Stefan (1999), “British and German Socialist Between Class and National Solidarity”, en: Berger, Stefan y Smith, Angel (comps.), *Nationalism, Labour and Ethnicity, 1870-1939*, Manchester/New York, Manchester University Press.
- BERGER, Stefan (2000), *Social Democracy and the Working Class in Nineteenth and Twentieth Century Germany*, New York, Routledge.

- BERGER, Stefan (2006b), "Labor Movements", en: Berger, Stefan (comp.), *A companion to nineteenth-century Europe, 1789–1914*, Oxford, Blackwell Publishing.
- BERLIN, Isaiah (2005), "Prefacio", en: Sorel, Georges, *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza.
- BERTOLO, Maricel (1993), "El sindicalismo revolucionario en una etapa de transición (1910-1916)", en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, n° 4.
- BONNELL, Andrew (2005), *The People's Stages in Imperial Germany. Social Democracy and Culture (1890-1914)*, Londres-Nueva York, Tauris Academic Studies.
- BRAVO, María Celia (2002), "Liberales, socialistas, Iglesia y patrones frente a la situación de los trabajadores en Tucumán", en: Suriano, Juan (comp.) (2002), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires.
- BRECY, Robert (1981), "Les chansons du Premier Mai", en: *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, t. XXVIII.
- BREUILLY, John (1987), "The Beginnings of German Social Democracy, 1835-1875", en: Fletcher, Roger (ed.), *Bernstein to Brandt. A Short History of German Social Democracy*, Londres, Edward Arnold Published.
- BUONUOME, Juan (2014), *La Vanguardia, 1894-1905. Cultura impresa, periodismo y cultura socialista en la Argentina*, Tesis de Maestría en Historia, Buenos Aires, Universidad de San Andrés, 2014.
- BUONUOME, Juan (2015), "Fisonomía de un semanario socialista: *La Vanguardia* (1894-1905)", en: *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 6.
- CALLAHAN, Kevin (2000), "Performing Inter-Nationalism in Stuttgart in 1907: French and German Socialist Nationalism and the Political Culture of an International Socialist Congress", en: *International Review of Social History*, n° 45.
- CALLAHAN, Kevin (2010), *Demonstration culture. European Socialism & the Second International, 1889-1914*, Leicester, Troubadour Publishing Ltd.
- CAMARERO, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- CAMARERO, Hernán (2011), "Del auge al declive: las corrientes de izquierda y los trabajadores antes del peronismo. Elementos para una interpretación teórica e historiográfica global", en: *Iberoamérica Global*, The Hebrew University of Jerusalem, vol. 4, n° 2.

- CAMARERO, Hernán (2014), “La escisión entre lucha sindical y acción política”, en: *Ideas de Izquierda*, Buenos Aires, n° 10.
- CAMARERO, Hernán y HERRERA, Carlos (eds.) (2005a), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo.
- CAMARERO, Hernán y HERRERA, Carlos (2005b), “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”, en: Camarero, Hernán y Herrera, Carlos (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo.
- CAMPIONE, Daniel (2005), “¿Partido revolucionario o partido de gobierno? La fundación del Partido Socialista Internacional”, en: Camarero, Hernán y Herrera, Carlos (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo.
- CANDAR, Gilles (2008), “Jaurès et le parti. Retour sur un itinéraire”, en : *Cahiers Jaurès*, n° 187-188.
- CANDAR, Gilles (2011), “Jaures et le reformisme”, en: *Histoire@Politique. Politique, culture, société*, n° 13, enero-abril.
- CANDAR, Gilles y DUCLERT, Vincent (2014), *Jean Jaurès*, París, Fayard.
- CANNING, Kathleen (2006), “The ‘Woman Question’”, en: Berger, Stefan (ed.), *A Companion to Nineteenth-Century Europe, 1789-1914*, Oxford, Blackwell Publishing.
- CARRERAS, Sandra, TARCUS, Horacio y ZELLER, Jéssica (2008), “El club y el periódico Vorwärts. Un capítulo poco conocido de la confluencia histórica entre Alemania y Argentina”, en: Carreras, Sandra, Tarcus Horacio y Zeller, Jéssica (eds.), *Los socialistas alemanes y la formación del movimiento obrero argentino. Antología del Vorwärts, 1886-1901*, Buenos Aires, CeDinCi.
- CARUSO, Laura (2012), “Una correntada de energía afluyendo exuberante como un río en épocas pluviales: el sindicalismo revolucionario a través de la obra de Julio Arraga”, en: *VII Jornadas de Sociología*, Universidad Nacional de La Plata.
- CARUSO, Laura (2013), “Huelga a bordo: los orígenes de la FOM en 1910 y el sindicalismo revolucionario”, en: *Estudios Marítimos y Sociales*, Mar del Plata, vol. 5.
- COLE, George D. H. (1959), *Historia del pensamiento socialista*, t. III: “La Segunda Internacional, 1889-1914”, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- CORBIÈRE, Emilio (1987), *El marxismo de Enrique del Valle Iberlucea*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- CÚNEO, Dardo (1997), *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Solar.
- CÚNEO, Dardo (s/f), *El romanticismo político*, Buenos Aires, Transición.
- D'UVA, Florencia y SCHEINKMAN, Ludmila (2011), "La clase obrera en el centenario: un aporte a la comprensión del Sindicalismo Revolucionario", en: *Trabajadores*, Buenos Aires, n° 1, primer semestre.
- DA ORDEN, María Liliana (1994), "Entre internacionalismo y nacionalismo: el enfoque de la nación en Juan B. Justo", en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, n° 6, primer semestre.
- DA ORDEN, María Liliana (2007), "Socialismo y nación en la Argentina moderna: un recorrido a través de las ideas y las prácticas políticas de Juan B. Justo", en: *Iberoamericana*, Berlín, vol. VII, n° 28.
- DAVIS, Horace (1978), *Toward a Marxist Theory of Nationalism*, Londres, Monthly Review Press.
- DE LUCÍA, Daniel (1997), *Socialismo y cuestión indígena en Argentina (1889-1943)*, Avellaneda, Grupo Editor Universitario.
- DE LUIS MARTÍN, Francisco (1993), *La cultura socialista en España*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- DE LUIS MARTÍN, Francisco (2004), "La cultura socialista en España: de los orígenes a la Guerra Civil", en: *Ayer*, n° 54, vol. 2.
- DE MAN, Henri (1929), *Au delà du Marxisme*, París, Félix Alcan.
- DE MAN, Henri (1934), *La idea socialista*, Madrid, Aguilar.
- DEL CAMPO, Hugo (1988), "Sindicatos, partidos 'obreros' y Estado en la Argentina preperonista", en: *Anuario del IEHS*, Tandil, n° 3.
- DÍAZ, Hernán (2015), "El periódico *Palabra Socialista* (1912-1914) y los comienzos de la disidencia marxista en el PS", en: *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 6, marzo.

- DOMMANGET, Maurice (1938), *De la Marseillaise de Rouget de Lisle à l'Internationale de Pottier. Les leçons de l'histoire*. París, Éditions du Parti Socialiste SFIO, 1938. Disponible en: <http://raforum.info/spip.php?rubrique1362&lang=en> (último ingreso, 12/10/2014).
- DOMMANGET, Maurice (1975), *Historia del 1º de Mayo*, Barcelona, Laia.
- DORADO, Gustavo, GONZÁLEZ, Lucas y SPADARI, Oscar (2013), *Entre Bibliotecas y Andamios. Orígenes del movimiento obrero en Mar del Plata, 1890-1930*, Ediciones Suárez, Mar del Plata.
- DREYFUS, Michel (1991), *L'Europe des socialistes*, París, Éditions Complexe.
- DROZ, Jacques (1975a), *Historia general del socialismo*, t. II: “De 1875 a 1918”, Barcelona, Ediciones Destino.
- DROZ, Jacques (1975b), “La socialdemocracia alemana (1875-1914)”, en: Droz, Jacques (comp.), *Historia general del socialismo*, t. II: “De 1875 a 1918”, Barcelona, Ediciones Destino.
- DUCANGE, Jean-Numa (2012), “Écrire l'histoire de la formation militante”, en: *Savoir/Agir*, nº 22, diciembre.
- DUCLERT, Vincent (2001), “Politique et mélancolie au debut du XXe siècle: Jean Jaures et la lutte avec le nationalisme”, en: *Mil Neuf Cent*, nº 19.
- Ducoulombier, Romain (2009), “Socialisme et démocratie: une affinité élective”, en: *Cahiers Jaurès*, nº 191.
- ELEY, Geoff (2002), *Forging Democracy. The History of the Left in Europe, 1850-2000*, New York, Oxford University Press.
- ERK, Jan (2005), “Sub-State nationalism and the left-right divide: critical junctures in the formation of nationalist labour movements in Belgium”, en: *Nations and Nationalism*, vol. 4, nº 11.
- FALCÓN, Ricardo ([1985] 2011), “Los intelectuales y la política en la visión de José Ingenieros”, en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, nº 40 primer semestre.
- FALCÓN, Ricardo ([1986/1987] 2011), “Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)”, en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, nº 40 primer semestre.
- FALCÓN, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

- FALCÓN, Ricardo (2005), *La Barcelona argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario, 1870-1912*, Rosario, Laborde.
- FALCÓN, Ricardo (2007a), “La Formación de la Identidad Socialista en Argentina”, Rosario, Laborde Editor/CIESAL, (mimeo).
- FALCÓN, Ricardo (2007b), “Los socialistas y la cuestión nacional en Argentina, 1890-1900”, en: *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Tucumán.
- FALCÓN, Ricardo (2011), “Orígenes del movimiento socialista en Argentina. Prólogo. Capítulo I y II”, en: *Cuadernos del Ciesal*, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, n° 10, julio-diciembre.
- FINET, Hélène (2009), “Hétérodoxie anarchiste en Argentine: analyse d’une déviance contre-démocratique”, en: *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*.
- FINET, Hélène (s/f), “Contra-democracia en Buenos Aires: anarquistas, socialistas y sindicalistas, o la política de la desconfianza (1880-1920)”, en: *Ensemble. Revista electrónica de la Casa Argentina en París*.
- FLETCHER, Roger (ed.) (1987), *Bernstein to Brandt. A Short History of German Social Democracy*, Londres, Edward Arnold Published.
- FONTAINE, Marion (2008), “La formation du Parti Socialiste Unifié, 1905-1914”, en: *Cahiers Jaurès*, n° 187-188.
- FRANZÉ, Javier (1993), *El concepto de política en Juan B. Justo*, dos tomos, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- FRANZÉ, Javier (1997), “Lugones, 1897: socialismo y modernismo”, en: *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 560.
- FREVERT, Ute (1987), “Women Workers, Workers’ Wives and Social Democracy in Imperial Germany”, en: Fletcher, Roger (ed.), *Bernstein to Brandt. A Short History of German Social Democracy*, Londres, Edward Arnold Published.
- GALLISSOT, René (1989), “La patrie des prolétaires”, en: *Le Mouvement Social*, n° 147.
- GARCÍA COSTA, Víctor (1985), *El Obrero: selección de textos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- GARCÍA COSTA, Víctor (1997), *Alfredo Palacios, entre el clavel y la espada. Una biografía*, Buenos Aires, Planeta.

- GAUCHET, Marcel (2010), “Le Socialisme entre Démocratie et Révolution”, en: Gauchet, Marcel, *L’avenement de la démocratie*, t. III: “À l’épreuve des totalitarismes (1914-1974), París, Gallimard.
- GEARY, Dick (1976), “The German Labour Movement, 1848-1919”, en : *European Studies Review*, nº 6.
- GEARY, Dick (1987), “Working-Class Culture in Imperial Germany”, en: Fletcher, Roger (ed.), *Bernstein to Brandt. A Short History of German Social Democracy*, Londres, Edward Arnold Published.
- GEARY, Dick (2000), “Beer and Skittles ? Workers and Culture in Early Twentieth-Century Germany”, en: *Australian Journal of Politics and History*, vol. 46, nº 3.
- GELI, Patricio (2005), “El Partido Socialista y la II Internacional: la cuestión de las migraciones”, en: Camarero, Hernán, y Herrera, Carlos (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo.
- GELI, Patricio y PRISLEI, Leticia (1993), “Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo”, en: *Entrepasados*, nº 4/5.
- GERVASONI, Marco (2004), “Musique et socialisme en Italie (1880-1922)”, en: *Le Mouvement Social*, nº 208.
- GERVASONI, Marco (2006), “L’invention du syndicalisme révolutionnaire en France (1903-1907)”, en: *Mil neuf cent*, Société d’Études Soreliennes, nº 24.
- GIANINAZZI, Willy (2006a), “Le syndicalisme révolutionnaire en Italie (1904-1925). Les hommes et les luttes”, en: *Mil neuf cent*, Société d’Études Soreliennes, nº 24.
- GIANINAZZI, Willy (2006b), *Naissance du mythe modern. Georges Sorel et la cryse de la pensée savant (1889-1914)*, París, Éditions de la Maison de Sciences de l’Homme.
- GLUCKSTEIN, Donny (2008), “Decyphering the Internationale: the Eugène Pottier code”, en. *International Socialism*. Disponible en: <http://isj.org.uk/decyphering-the-internationale-the-eugene-pottier-code/>.
- GODIO, Julio (2000), *Historia del movimiento obrero argentino (1870-2000)*, t. I: “La época de las corrientes sindicales fundadoras (1870-1943)”, Buenos Aires, Corregidor.
- GRACIANO, Osvaldo (2006), “El agro pampeano en los ‘clásicos’ del socialismo argentino. Las propuestas hacia el campo de Juan B. Justo, 1894-1928”, en: Graciano,

Osvaldo, Gutiérrez, Talía y Ruffini, Martha (comps.), *El agro en cuestión: discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000*, Buenos Aires, Prometeo.

-GRACIANO, Osvaldo (2010), “El Partido Socialista de Argentina: su trayectoria histórica y sus desafíos políticos en las primeras décadas del siglo XX”, en: *A Contracorriente*, vol. 7, n° 3, primavera.

-HAUPT, Georges (1969), “Guerre ou Révolution? L’Internationale et l’Union Sacrée en août 1914”, en: *Les Temps Modernes*, n° 281.

-HAUPT, Georges (1971), “La Commune comme symbole et comme exemple”, en: *Le Mouvement Social*, n° 79.

-HAUPT, Georges (1982), “Los marxistas frente a la cuestión nacional. La historia del problema”, en: Lowy, Michael, Haupt, Georges y Weil, Claudie (eds.), *Los marxistas y la cuestión nacional*, Barcelona, Fontamara.

-HAUPT, Georges (1986), *Aspects of International Socialism, 1871-1914. Essays by Georges Haupt*, Londres, Cambridge University Press.

-HAZAREESINGH, Sudhir (2008), “A la recherche de l’identité socialiste, hier et aujourd’hui”, en: *Cahiers Jaurès*, n° 187-188.

-HEURE, Gilles (1997), “Itinéraire d’un propagandiste: Gustave Hervé, de l’antipatriotisme au pétanisme (1871-1944)”, *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, n° 55, juillet-septembre.

-HOBSBAWM, Eric ([1980] 2013), “El socialismo y la vanguardia, 1880-1914”, en: *Gente poco común. Resistencia, rebelión y jazz*, Buenos Aires, Crítica.

-HOBSBAWM, Eric ([1998] 2013), “El nacimiento de una fiesta: el Primero de Mayo”, en: *Gente poco común. Resistencia, rebelión y jazz*, Buenos Aires, Crítica.

-HOBSBAWM, Eric (1978), “Sexe, symboles, vêtements et socialisme”, en: *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 23, septembre.

-HOBSBAWM, Eric (1983), “La difusión del marxismo (1890-1905)”, en: *Marxismo e historia social*, Puebla, Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla.

-HOBSBAWM, Eric (1984), “The Transformation of Labour Rituals”, en: *Worlds of Labour. Further Studies in the History of Labour*, Londres, Weidenfeld and Nicolson.

-IÑIGO CARRERA, Nicolás (1996), *Documentos para la historia del Partido Socialista*, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

- ISCARO, Rubens (1973), *Historia del movimiento sindical*, II tomos, Buenos Aires, Fundamentos.
- JOYCE, Patrick (1991), *Visions of the People. Industrial England and the question of the class, 1848-1914*, New York, Cambridge University Press.
- JULLIARD, Jacques (2006), “La charte d’Amiens, cent ans après. Texte, contexte, interprétations”, *Mil neuf cent*, Société d’Études Soreliennes, n° 26.
- KOLAKOWSKY, Leszek (1978), *Main currents of Marxism. It’s rise, growth and dissolution*, t. II: “the Golden Age”, Oxford, Clarendon Press.
- KRIEGLER, Annie (1986), *Las internacionales obreras (1864-1943)*, Barcelona, Orbis.
- KRUMEICH, Gerd (2014), “Internationalisme, patriotisme et Social-Démocratie Allemande”, en: *Cahiers Jaurès*, vol. 2, n° 212-213.
- LIDTKE, Vernon (2011), “German socialism and social democracy, 1860-1900”, en: Stedman Jones, Gareth y Clays, Gregory (eds.), *The Cambridge History of Nineteenth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
- LINDENBERG, Daniel (2006), “Le mythe de la charte d’Amiens”, en: *Mil neuf cent*, Société d’Études Soreliennes, n° 26.
- LOBATO, Mirta Z. (2009), *La prensa obrera: Buenos Aires y Montevideo, 1890-1958*, Buenos Aires, Edhasa.
- LOBATO, Mirta Z. (2002), “Entre la protección y la exclusión: discurso maternal y protección de la mujer obrera, Argentina 1890-1934”, en: Suriano, Juan (comp.) (2002), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires.
- LÓPEZ, Damián (2011), “La cuestión nacional según Otto Bauer. Notas críticas en torno a un clásico”, en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, n° 41.
- LOTERSZTAIN, Israel (2003/2004), “De coimeros, marxistas y privatizaciones en el siglo XIX. El Obrero y la crisis del ‘90”, en: *Políticas de la Memoria*, Buenos Aires, n° 4.
- MAROTTA, Sebastián (1960), *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, II tomos, Buenos Aires, Lacio.
- MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2002), “¿Cuestión social o cuestión nacional? Los debates en torno al naciente movimiento obrero”, en: Villavicencio, Susana (ed.), *Los contornos de la ciudadanía. Nacionales y extranjeros en la Argentina del Centenario*, Buenos Aires, Eudeba.

- MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2003/2004), “Campeones del proletariado. *El Obrero* y los comienzos del socialismo en Argentina”, en: *Políticas de la Memoria*, Buenos Aires, CeDinCi, n° 4.
- MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2005), “El papel de la prensa en la formación del socialismo en Argentina (1890-1912)”, en: *VII Congreso Nacional de Ciencia Política*, Córdoba.
- MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2008), *El Partido Socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino (1890-1930)*, Tesis Doctoral en Historia. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2011), “La neutralidad como problema y como solución. La política gremial del Partido Socialista después de la ruptura sindicalista”, en: *Identidades*, n° 1.
- MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2012), “El debate Justo-Ferri y la cuestión de las alianzas políticas”, en: *Revista Socialista*, n° 5.
- MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2015), “¿Males pasajeros? El Partido Socialista frente a las consecuencias de la Ley Sáenz Peña”, en: *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Buenos Aires, n° 6, marzo.
- MERBILHÁA, Margarita (2013), “Patriotismo ‘sano’ o internacionalismo proletario: Ugarte, Justo y *La Vanguardia*”, en: *Estudios de Filosofía Práctica y de Historia de las Ideas*, Mendoza.
- MICHAUD, Éric (2010), “Le mythe social ou l’efficacité de l’image sans images”, en: *Mil neuf cent*, Société d’Études Soreliennes, n° 28.
- MILLER, Paul (2002), *From Revolutionaries to Citizens. Antimilitarism in France, 1870-1914*, Durham/Londres, Duke University Press.
- MORGAN, Kevin (2009), “Militarism and Anti-Militarism : Socialists, Communists and Conscription in France and Britain, 1900-1940”, en: *Past & Present*, n° 202, febrero.
- MOSES, John (1987), “Socialist Trade Unionism in Imperial Germany, 1871-1914”, en: Fletcher, Roger (ed.), *Bernstein to Brandt. A Short History of German Social Democracy*, Londres, Edward Arnold Published.
- MULLER, Ivan (1980), *De la guerre. Le discours de la Deuxième Internationale, 1889-1914*, Genève/París, Droz.

- NOLAN, Mary (1981), *Social Democracy and Society. Working-Class Radicalism in Düsseldorf, 1890-1920*, Cambridge, Cambridge University Press.
- NUDELMAN, Ricardo (1995), “Notas para un estudio de las relaciones entre Juan B. Justo y Alfredo L. Palacios”, en: *Entrepasados*, Buenos Aires, n° 8.
- NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael (1990), *Militarismo y antimilitarismo en España, 1888-1906*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- O’NEILL, Morna (s/f), “On Walter Crane and the Aims of Decorative Art”, en: *Branco*. Disponible en: http://www.branchcollective.org/?ps_articles=morna-oneill-on-walter-crane-and-the-aims-of-decorative-art (último ingreso: 03/04/2014).
- PAN, Luis (1991), *Juan B. Justo y su tiempo. Apuntes para una biografía intelectual*, Buenos Aires, Planeta.
- PARIS, Robert (2004/2005), “Utopía y ciencia en el imaginario socialista”, en: *Políticas de la Memoria*, Buenos Aires, n° 5.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (1986), “Partido y sindicato: unas relaciones no siempre fáciles”, en: *Anales de Historia Contemporánea*, vol. n° 5.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (1997), “La formación de la clase obrera: una creación cultural”, en: R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza.
- POLASKY, Janet (1992), “A Revolution for Socialist Reforms: the Belgian General Strike for Universal Suffrage”, en: *Journal of Contemporary History*, vol 27, n° 3.
- PORTANTIERO, Juan Carlos (1994), “Socialismo y democracia. Una relación difícil”, en: *Punto de Vista*, Buenos Aires, n° 20.
- PORTANTIERO, Juan Carlos (1999), *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- POSSNER, Roger (2009), *The Rise of Militarism in the Progressive Era, 1901-1914*, Jefferson, McFarland & Company.
- POY, Lucas (2011), “Socialismo y anarquismo en los orígenes del 1° de Mayo en Argentina (1890-1895)”, en: *Trabajadores. Ideologías y experiencias en el movimiento obrero*, año 1, n° 2.
- POY, Lucas (2014a), *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, Buenos Aires, Imago Mundi.

- POY, Lucas (2014b), “Trabajadores en las calles. Un análisis de las movilizaciones obreras en Buenos Aires, 1888-1896”, en: *Estudios Sociales Contemporáneos*, n° 11.
- POY, Lucas (2015a), “Ciudadanía, derechos políticos y conciencia de clase. La cuestión de la naturalización de los extranjeros en los orígenes del socialismo argentino”, en: *Diálogos*, San José de Costa Rica, vol. 16, n° 2, diciembre.
- POY, Lucas (2015b), “Los primeros congresos del Partido Socialista argentino (1896-1908): consideraciones para un análisis social y político”, en: *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, n° 99.
- POY, Lucas (2015c), “El Partido Socialista y las huelgas: una relación incómoda. Un análisis de las posiciones partidarias en los primeros años del siglo XX”, en: *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 6.
- POY, Lucas y ASQUINI, Sabrina (2015), “La experiencia colectivista. Orígenes, desarrollo y alcances de la primera ruptura obrera en el Partido Socialista Argentino, 1896-1900”, en: - *PIMSA. Documentos y comunicaciones 2013-2014*, Buenos Aires, n° 15.
- PRIETO, Agustina (2002), “Usos de la ‘Cuestión Obrera’. Rosario, 1901-1910”, en: Suriano, Juan (comp.) (2002), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires.
- PROCHASSON, Christophe (1992), “Historire intellectuelle/Histoire des intellectuels. Le socialisme français au debut du XXe siècle”, en: *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, n° 39, julio-septiembre.
- PROCHASSON, Christophe (2009), *Le Socialisme, une culture*, París, Fondation Jean Jaurès.
- PRZEWORSKY, Adam (1985), *Capitalism and Social Democracy*, New York/Melbourne/París, Maison de Sciences de l’Homme/ Cambridge University Press.
- RAMAGLIA, Dante (1993), “Utopía y realidad en el discurso político de Leopoldo Lugones”, en: *Revista de Historia de América*, n° 111.
- REBÉRIOUX, Madeleyne (1975a), “El socialismo francés de 1871 a 1914”, en: Droz, Jacques (ed.), *Historia general del socialismo*, t. II: “De 1875 a 1918”, Barcelona, Ediciones Destino, 1975.
- REBÉRIOUX, Madeleyne (1975b), “El socialismo belga de 1875 a 1914”, en: Droz, Jacques (ed.), *Historia general del socialismo*, t. II: “De 1875 a 1918”, Barcelona, Ediciones Destino.

- REBERIOUX, Madeleyne (1987), “*La Revue socialiste*”, en: *Cahiers Georges Sorel*, n° 5.
- REBERIOUX, Madeleyne (1997), “Le Mur des Fédérés. Rouge, ‘sang craché’”, En Pierre Nora (comp.), *Les lieux de mémoire*, t. I, París, Gallimard.
- REBERIOUX, Madeleyne (2000), “Parti Ouvrier Belge et socialisme français”, en: *Jean Jaurès. Cahiers trimestriels*, n° 158, octobre-décembre.
- REYES, Francisco (2015), “De lecturas, maestros y sociabilidades. Memorias militantes y conversión al socialismo en el fin-de-siglo”, en: Lazzeretti, Alfredo y Suárez, Fernando (comps.), *Socialismo & Democracia*, Mar del Plata Eudem.
- RITTER, Gerhard (1978), “Workers Culture in Imperial Germany: Problems and Points of Departure for Research”, en : *Journal of Contemporary History*, vol. 13.
- RIVAS LARA, Lucía (1990), “Ritualización socialista del 1º de Mayo: ¿fiesta, huelga, manifestación?”, en: *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, n° 3.
- RODRÍGUEZ, Miguel (2013), *Le 1er Mai*, París, Gallimard.
- ROTH, Guenther (1963), *The Social Democrats in Imperial Germany. A Study in Working Class Isolation and National Integration*, Totowa, The Bedminster Press.
- SABATO, Hilda y ROMERO, Luis A. (1992), *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana.
- SASSOON, Donald (2010), *One Hundred Years of Socialism. The West Left in the Twentieth Century*, Londres/Nueva York, Tauris.
- SCHERLIS, Gerardo (2005), “El Partido Socialista y la reforma electoral de 1912”, en: López, Mario J. (comp.), *De la república oligárquica a la república democrática. Estudio sobre la reforma política de Roque Sáenz Peña*, Buenos Aires, Lumiere.
- SERAS, Sofía (2014a), “Las conmemoraciones en el Almanaque Socialista de *La Vanguardia* (1899-1909). Un acercamiento a la construcción de la identidad socialista en Argentina”, en: *Trabajadores. Ideologías y experiencias en el movimiento obrero*, n° 5, 2014.
- SERAS, Sofía (2014b), “Conmemoraciones e identidad socialista en un período formativo. Usos del pasado en El Obrero”, en: Pagano, Nora y Rodríguez Martha (comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado. La elaboración social de la experiencia histórica*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- SETTEMBRINI, Domenico (1991), “Socialdemocracia”, en: Bobbio, Norberto, Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco (dirs.), *Diccionario de política*, t. II, México, Siglo XXI.

- SPILIMBERGO, Jorge Enea ([1960] 2013), *Juan B. Justo y el socialismo cipayo*, Gualeguaychú, Tolemia.
- STANO, Eve (2012), “Conscious and Unconscious Socialism in the Watercolors of Walter Crane and Thomas Matthews Rooke”. Disponible en: <http://arthistory.wisc.edu/exhibitions/victorian-watercolors/stano-socialism-in-the-watercolors-of-crane-and-rook.pdf> (ultimo ingreso: 09/04/2016).
- STARDGARDT, Nicholas (1994), *The German idea of Militarism. Radical and Socialist Critics, 1866-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.
- STEDMAN JONES, Gareth (1983), *Lenguajes of class. Studies in English Working Class History, 1832-1982*, New York, Cambridge University Press.
- STEGEER, Manfred (1997), *The Quest for Evolutionary Socialism. Eduard Bernstein and Social Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- STUART, Robert (1992), *Marxism at work. Ideology, class and French socialism during the Third Republic*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SURIANO, Juan (2001), *Anarquistas. Política y cultura libertaria en Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires, Manantial.
- SURIANO, Juan (comp.) (2002a), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena.
- SURIANO, Juan (2002b), “Introducción: una aproximación a la definición de la *cuestión social* en Argentina”, en: Suriano, Juan (comp.), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena.
- SURIANO, Juan (2003), “La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo”, en: *Entrepasados*, Buenos Aires, nº 24/25.
- SURIANO, Juan (2010), “Los festejos del primer Centenario de la Revolución de Mayo y la exclusión del movimiento obrero”, en: *Revista de Trabajo*, año 6, nº 8, enero-julio.
- SURIANO, Juan (2012), “La reforma electoral de 1912 y la impugnación anarquista”, en: *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, nº 43, segundo semestre.
- SURIANO, Suriano y ANAPIOS, Luciana (2011), “Anarquistas en las calles de Buenos Aires (1890-1930)”, en: Mirta Lobato (ed.), *Buenos Aires: manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Buenos Aires, Biblos.

- TARCUS, Horacio ([2007] 2013), *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, científicos e intelectuales*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- TARCUS, Horacio (2004/2005), “Entre Lassalle y Marx. Los exiliados alemanes en la Argentina de 1890 y la recepción del socialismo europeo”, en: *Políticas de la Memoria*, Buenos Aires, n° 5.
- TARCUS, Horacio (2009/2011), “Espigando la correspondencia de José Ingenieros. Modernismo y socialismo fin-de-siecle”, en: *Políticas de la Memoria*, Buenos Aires, n° 10/11/12.
- TEGEL, Susan (1987), “The SPD in Imperial Germany, 1871-1914”, en: Fletcher, Roger (ed.), *Bernstein to Brandt. A Short History of German Social Democracy*, Londres, Edward Arnold Published.
- TEITELBAUM, Vanesa (2011), “Prensa, asociaciones obreras y demandas laborales (Tucumán, 1896-1905)”, en: *Americanía*, Sevilla, n° 1.
- TEITELBAUM, Vanesa (2012), “Sociabilidad, propaganda y cultura: los centros de trabajadores en el norte argentino (Tucumán y Santiago del Estero, 1897-1907)”, en: *Mundos do Trabalho*, vol. 4, n° 7, enero-junio.
- TEITELBAUM, Vanesa (2014a), “Cultura y manifestaciones en los centros obreros de Tucumán y Santiago del Estero en los umbrales del siglo XX”, en: Fernando Remedi y Mario Barbosa Cruz (comps.), *Cuestión social, políticas sociales y construcción del Estado social en América latina, siglo XX*, Córdoba, Centro de Estudios Prof. Carlos Segreti, 2014.
- TEITELBAUM, Vanesa (2014b), “Las protestas de los gremios y centros obreros por mejores condiciones de vida y de trabajo en Tucumán, Argentina, 1897-1915”, en: *Encuentros Latinoamericanos*, Montevideo, vol. 8, n° 1.
- THORPE, Wayne (2006), “Une famille agitée. Le syndicalisme révolutionnaire en Europe de la charte d’Amiens à la Première Guerre mondiale”, en: *Mil neuf cent*, Société d’Études Soreliennes, n° 26.
- TORRE, Juan Carlos ([1973] 2012), “La primera victoria electoral socialista”, en: *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- TORRE, Juan Carlos ([2009] 2012), “¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina”, en: *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

- VAGNARELLI, Gianluca (2012), “Dall’albero de della libertà all’albero del primo maggio: origine e simbolismo rivoluzionario di un rito laico”, en: Gianluca Vagnarelli (ed.), *L’albero di maggio. Memoria e simbolismo politico di un rito laico*, Ascoli Piceno, Edizione ISML.
- VAN DER LINDEN, Marcel (2006), *Workers of the World. Essays toward a Global Labour History*, Leiden/Boston, Brill.
- VAN DER LINDEN, Marcel y THORPE, Wayne (1992), “Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario”, en: *Historia Social*, nº 12.
- VAN GINDERACHTER, Maarten (2007), “Social Democracy and National Identity: the Ethnic Rift in the Belgian Worker’s Party (1885-1914)”, en: *Internacional Review of Social History*, Ámsterdam, nº 52.
- VAN GINDERACHTER, Maarten (2009), “Contesting Nacional Symbols. Belgian belle époque socialism between rejection and appropriation”, en: *Social History*, vol. 34, nº 1, febrero.
- VIGUERA, Aníbal (1991), “El primero de Mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie, nº 3.
- WALTER, Richard (1977), *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Austin, Institute of Latin American Studies, The Univesity of Texas at Austin.
- WALTER, Richard (1980), “The Socialist Press in Turn-of-Century Argentina”, en: *The Americas*, vol. 37, nº 1, julio.
- WARD, Paul (1998), *Red Flag and Union Jack. Englishness, Patriotism and teh British Left, 1881-1924*, Woodbridge, The Boydell Press.
- WINOCK, Michel (1992a), *Le Socialisme en France et en Europe, XIXe-XXe siècles*, París, Seuil.
- WINOCK, Michel (1992b), “Socialisme et patriotisme en France (1891-1894)”, en: *Le socialisme en France et en Europe, XIX°-XX° siecle*, París, Seuil.
- WINOCK, Michel (1992c), “La social-démocratie”, en: *Le socialisme en France et en Europe, XIX°-XX° siecle*, París, Seuil.
- WINOCK, Michel (1992d), “Le socialisme en France”, en : *Le socialisme en France et en Europe, XIX°-XX° siecle*, París, Seuil.

-WINOCK, Michel (1999), “La culture politique des socialistes”, en: Berstein, Serge (dir.), *Les cultures politiques en France*, París, Seuil.

IV. Libros, artículos, memorias y colecciones de documentos

-30 de Julio (1893-1894) (1894), publicación oficial de la UCR, Rosario.

-*Actas del Centro Socialista Universitario* (1996), en: Nicolás Íñigo Carrera (ed.), *Documentos para la historia del Partido Socialista*, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

-ALEM, Leandro (1891a), “Discurso de Alem ante la Convención del Rosario” (14 de enero de 1891), en: *Leandro Alem. Mensaje y destino*, tomo VII, Buenos Aires, Raigal.

-ALEM, Leandro (1891b), “Discurso del 20 de diciembre de 1891 en el Frontón de Buenos Aires”, en: *Leandro Alem. Mensaje y destino*, tomo VIII, Buenos Aires, Raigal.

-ALEM, Leandro (1892), “Discurso del Dr. Alem en la inauguración de la H. Convención Nacional”, en: *Leandro Alem. Mensaje y destino*, tomo VIII, Buenos Aires, Raigal.

-ALEM, Leandro (1954), *Autonomismo y centralismo*, Buenos Aires, Raigal.

-*Alem. Su vida, su obra, tragedia de su muerte, las doctrinas democráticas del fundador de la Unión Cívica Radical a través de documentos, discursos y escritos* (1928), Buenos Aires, Editorial Alem.

-ALMAFUERTE (Carlos B. Palacios) (2007), *Poesías completas*, Buenos Aires, Libertador.

-ÁLVAREZ, Juan ([1943] 1981), *Historia de Rosario (1689-1939)*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

-AVÉ LALLEMANT, Germán (2008), *Antología (1835-1910)*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional.

-AYARRAGARAY, Lucas (1912), *Socialismo argentino y legislación obrera*, Buenos Aires, Librería Nacional/Lajouane & Cía.

-BALESTRA, Juan ([1936] 1986), *El noventa. Una evolución política argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica.

-BARROETAVEÑA, Francisco (1889), “¡Tu quoque juventud! En tropel al éxito”, *La Nación*, 20/08/1889, en: *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*, Buenos Aires, Landenberg y Conte Eds.

- BARROETAVEÑA, Francisco (1890a), “Aniversario de la Unión Cívica. Conferencia política en el teatro Politeama”, en *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*, Buenos Aires, Landenberg y Conte Eds.
- BARROETAVEÑA, Francisco (1890b), “Reseña histórica de la Unión Cívica”, en *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*, Buenos Aires, Landenberg y Conte Eds.
- BARROETAVEÑA, Francisco ([1893] 1928), “Perfil”, en: *Alem. Su vida, su obra, tragedia de su muerte, las doctrinas democráticas del fundador de la Unión Cívica Radical a través de documentos, discursos y escritos*, Buenos Aires, Editorial Alem.
- BARROETAVEÑA, Francisco ([1896] 1913), “Del Dr. Leandro N. Alem”, en: *14 Panegíricos*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- BAUER, Otto ([1907] 2000), *The Question of Nationalities and Social Democracy*, Minnesota/Londres, The University of Minnesota Press.
- BERNSTEIN, Eduard (1907), “Patriotism, Militarism and Social Democracy”, *Social Democrat*, vol. 11, n° 7, julio. Disponible en: <https://www.marxists.org/reference/archive/bernstein/works/1907/07/patriotism.htm> (último ingreso: 22/01/2016).
- BIDEGAIN, Pedro (1929), *Mi Radicalismo*, s/d.
- BRAVO, Mario (1915), “Organización, programa y desarrollo del Partido Socialista en la Argentina”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, t. X, Buenos Aires.
- BUREAU SOCIALISTE INTERNATIONAL (1902), *Les Congrès Socialistes Internationaux. Ordres du jour et Résolutions publié par Le Bureau Socialiste International de Bruxelles*, Gante, Société coopérative “Volksdrukkerij”.
- CABALLERO, Ricardo (1975), *Yrigoyen. La conspiración civil y militar del 4 de febrero de 1905*, Buenos Aires, Libros de Hispanoamérica.
- CANTILO, José Luis (1915), “Ideales políticos”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, tomo X.
- CÁRCANO, Ramón (1911), “Contra la concupiscencia política”, en: *El pensamiento de los conservadores*, Buenos Aires, El Ateneo, 2010.
- CARRERAS, Sandra, Tarcus Horacio y Zeller, Jéssica (eds.) (2008b), *Los socialistas alemanes y la formación del movimiento obrero argentino. Antología del Vorwärts, 1886-1901*, Buenos Aires, CeDinCi.

- CASTELLANOS, Joaquín (1890), “Aniversario de la Unión Cívica. Conferencia política en el teatro Politeama”, en: *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*, Buenos Aires, Landenberg y Conte Eds.
- CASTELLANOS, Joaquín (1892), “Los desterrados argentinos”, en: *Acción y pensamiento*, Buenos Aires, Pellerano.
- CASTELLANOS, Joaquín (1902), “Verdades. Manifiesto-renuncia”, en: *Acción y pensamiento*, Buenos Aires, Pellerano.
- CASTELLANOS, Joaquín (1909), “Fuerzas afirmativas”, en: *Acción y pensamiento*, Buenos Aires, Pellerano.
- CASTELLANOS, Joaquín (1917), *Acción y pensamiento*, Buenos Aires, Pellerano.
- CHAQUESIEN, Donato (1919), *Los partidos porteños en la vía pública*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Araujo Hns.
- CORVALÁN, Ernesto (1915), “Pensamientos e ideas radicales”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, tomo X.
- CRANE, Walter (1911), *William Morris. To Whistler*, London, Bell & Sons.
- DE LA TORRE, Lisandro (1897), “Renuncia al radicalismo”, en: *Obras de Lisandro de la Torre*, t. I: “Controversias políticas”, Buenos Aires, Hemisferio, 1957.
- DE LA TORRE, Lisandro (1919), “Una página de historia”, en: *Obras de Lisandro de la Torre*, t. I: “Controversias políticas”, Buenos Aires, Hemisferio, 1957.
- DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS (23 de noviembre de 1891), en: *Hipólito Yrigoyen. Pueblo y gobierno*, t. II: “La Reparación fundamental”, vol. I: “Reparación e intransigencia”, Buenos Aires, Raigal.
- DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS DE LA UNIÓN CÍVICA RADICAL (sancionada por la H. Convención Nacional, 17 de noviembre de 1892), en: *Hipólito Yrigoyen. Pueblo y gobierno*, t. II: “La Reparación fundamental”, vol. I: “Reparación e intransigencia”, Buenos Aires, Raigal.
- DESTREE, Jules (1896), *Art et Socialisme*, Bruselas, Le Peuple/Bibliothèque de propagande socialiste.
- DESTREE, Jules (1897), “Préoccupations Intellectuelles, Esthétiques et Morales du Parti Socialiste Belge”, en: *La Revue Socialiste*, París, n° 27, XXVII, enero-junio.

- DESTREE, Jules y VANDERVELDE, Émile [1898] 1903, *Le Socialisme en Belgique*, París, Giard et Brière.
- DICKMANN, Enrique (1912), “La nueva etapa”, en: *Democracia y socialismo*, Buenos Aires, Serafín Ponzzinibio y Cía.
- DICKMANN, Enrique (1917), *Democracia y socialismo*, Buenos Aires, Serafín Ponzzinibio y Cía.
- DICKMANN, Enrique (1928), “El Congreso Constituyente del Partido Socialista argentino”, en: *Páginas socialistas*, Buenos Aires, s/d.
- DICKMANN, Enrique (1949), *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- DURKHEIM, Émile (1932), *El Socialismo. Su definición, sus orígenes, la doctrina saint-simoniana*, Barcelona, Apolo.
- ECHEVERRÍA, Esteban ([1846] 2007), “Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37”, en: *El Dogma Socialista y otros escritos*, Buenos Aires, Terramar.
- ECHEVERRÍA, Esteban ([1848] s/f), “Revolución de febrero en Francia”, en *Los ideales de Mayo y la Tiranía*, Buenos Aires, Jackson.
- ENGELS, Friedrich ([1895] 2011), “Introducción”, en: Marx, Karl, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Prometeo.
- FOURNIER, Alejandro ([s/f] 1957), “Mariano N. Candiotti y otros hombres del 90 y del 93. ‘Memorias’ o ‘recuerdos póstumos’”, en: Alem, Leandro, *Mensaje y destino*, t. III, Buenos Aires, Raigal.
- GALLO, Vicente (1894), “En La Plata. Conmemoración de la Revolución en la Provincia”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1899), “Partidos y legisladores”, en: *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires.
- GALLO, Vicente (1903a), “Reorganización radical de 1903. Primera gestión”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Rosso y Cía.

- GALLO, Vicente (1903b), “Conmemoración del 26 de julio de 1890 celebrada el 26 de julio de 1903 en el Cementerio del Norte”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1906a), “Recepción popular de los revolucionarios de Febrero”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1906b), “Resolución del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1907), “El Radicalismo”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1908a), “El 26 de Julio de 1890”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1908b), “La integridad y el impersonalismo de la Unión Cívica Radical”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1909a), “La integridad y el impersonalismo de la Unión Cívica Radical”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Taller Gráfico Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1909b), “El doctor Leandro N. Alem”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Taller Gráfico Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1909c), “La Unión Cívica Radical y la Unión Nacional”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Taller Gráfico Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1909d), “Viva la Unión Cívica Radical”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Taller Gráfico Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1909e), “Convocatoria del Comité Nacional”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Taller Gráfico Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1909f), “La abstención electoral de 1910”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Taller Gráfico Rosso y Cía.

- GALLO, Vicente (1910), “Los estudios político-sociales. Desde la cátedra”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, t. I.
- GALLO, Vicente (1912a), “La provincia de Buenos Aires”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Taller Gráfico Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1912b), “Discusión sobre las elecciones de Santa Fe”, en: *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Taller Gráfico Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1915), “Aspectos y enseñanzas de una obra”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, tomo X.
- GALLO, Vicente (1921a), *Por la democracia y las instituciones. Propaganda cívica, 1891-1921*, Buenos Aires, Rosso y Cía.
- GALLO, Vicente (1921b), *Vida universitaria. Conferencias y discursos*, Buenos Aires, Rosso y Cía.
- GILIMÓN, Eduardo ([1911] 2011), *Hechos y comentarios y otros escritos. El anarquismo en Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires, Terramar.
- GIMÉNEZ, Ángel (1918), *Nuestras bibliotecas socialistas*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Rosso y Cía.
- GIUSTI, Roberto (1965), *Visto y vivido*, Buenos Aires, Losada.
- GROUSSAC, Paul ([1919] 1980), *Los que pasaban*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- HERVE, Gustave (1905), *Leur Patrie*, París, Librairie de Propagande Socialiste.
- HERVÉ, Gustave (1906), *Antipatriotism*. Disponible en: <https://www.marxists.org/archive/herve/1905/anti-patriotism.htm> (último ingreso: 25/04/2016).
- Hipólito Yrigoyen. *Pueblo y gobierno* (HYPG) (1956), t. II: “La Reparación fundamental”, vol. I: “Reparación e intransigencia”, Buenos Aires, Raigal.
- IBARGUREN, Carlos (1954), *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Peuser.
- INGENIEROS, José (1898), *La mentira patriótica, el militarismo y la guerra*, Buenos Aires, Librería Obrera.
- INGENIEROS, José (1900), *1º de Mayo*, Buenos Aires, Librería Obrera.

- INGENIEROS, José ([1906] 1918), “Socialismo y legislación del trabajo”, en: *Sociología argentina*, Buenos Aires, Talleres gráficos Rosso y Cía.
- JAURES, Jean (1895), *Patriotisme et internationalisme*, Lille, Imprimerie Ouvrière.
- JAURÈS, Jean ([1911] 1922), *Conferencias pronunciadas en Buenos Aires por el diputado socialista francés*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- JAURES, Jean ([1911] 2014), “Internationalisme et nationalisme”, en: *Ainsi nous parle Jean Jaurès*, París, Fayard/Fondation Jean Jaurès.
- JAURES, Jean (1899), “Question de méthode”, en: *La Petite République*. Disponible en: http://www.jaures.eu/ressources/de_jaures/revolution-socialiste-et-evolution-socialiste-jaures-1899/ (último ingreso: 02/03/2016).
- JAURES, Jean (1911), *L'Armée Nouvelle. L'Organisation Socialiste de la France*, París, L'Humanité.
- JUSTO, Juan B. (1901), *El Programa Socialista del Campo*, Buenos Aires, Cooperativa Tipográfica.
- JUSTO, Juan B. (1902), “El Socialismo”, en: *Socialismo*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- JUSTO, Juan B. (1909), *Teoría y práctica de la Historia* (1909), Buenos Aires, Lotito y Barberis.
- JUSTO, Juan B. (1933), *Discursos y escritos políticos*, Buenos Aires, El Ateneo.
- JUSTO, Juan B. ([1897] 1947): “Socialismo y patriotismo”, en: *La realización del socialismo*. Buenos Aires, La Vanguardia.
- JUSTO, Juan B. ([1898] 1920), “La teoría científica de la historia y la política argentina”, en: *Socialismo*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- JUSTO, Juan B. (1920), “El momento actual del socialismo”, en: *La realización del socialismo*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- JUSTO, Juan B. ([1918] 1930), “1º de Mayo de 1918”, en: *Internacionalismo y Patria, Obras de Juan B. Justo*, t. V, Buenos Aires, Editorial La Vanguardia.
- JUSTO, Juan B. (1896), “El Congreso Obrero”, en: *La realización del socialismo*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- JUSTO, Juan B. (1910), “El Socialismo Argentino”, en: *Socialismo*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1920.

- KAUTSKY, Karl (1899), *The Class Struggle*, adaptado por Daniel De León, Nueva York, New York Labour News Company.
- KHÜN, Augusto ([1916] 2004/2005), “Apuntes para la historia del movimiento obrero socialista en la República Argentina”, en: *Políticas de la Memoria*, CeDinCi, n° 5.
- LAFFARGUE, Paul (1905), “Socialisme et internationalisme”, en: *La Vie Socialiste*.
- LE BON, Gustave ([1895] 1963), *Psychologie des foules*, París, Presses Universitaires de France.
- Leandro Alem. *Mensaje y destino* (LAMD) (1957), 8 tomos, Buenos Aires, Raigal.
- LIEBKNECHT, Karl ([1907] 1973), *Militarism & Anti-Militarism*, Cambridge, River Press.
- LONGUET, Jean (1976 [1913]), *Le Mouvement Socialiste International*, t. V, *Encyclopédie socialiste syndicale et coopérative de l'Internationale ouvrière* Genève, Minkoff.
- LUNA, Pelagio, “El radicalismo en las provincias. Su influencia en la cultura y la solidaridad nacional”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, tomo X, 1915.
- LUXEMBURGO, Rosa (1894), “Quelles sont les origines du 1° Mai?”, aparecido originalmente en el periódico polaco fundado por ella, *Sprawa Robotnicza* (*La Causa de los Trabajado*). Disponible en: <https://www.marxists.org/francais/luxembur/works/1894/05/rl18940501.htm> (último ingreso: 20/10/2014).
- LUXEMBURGO, Rosa (1900), “Intervention sur le militarisme et la politique coloniale au Congrès de l’Internationale”. En: <https://www.marxists.org/francais/luxembur/works/1900/09/congres.htm> (último ingreso: 03/05/2015).
- MANIFIESTO DE LA JUNTA REVOLUCIONARIA (1890), en: *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*, Buenos Aires, Landenberg y Conte Eds.
- MANIFIESTO DEL COMITÉ DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES RECHAZANDO EL ACUERDO (1897), en: Hipólito Yrigoyen. *Pueblo y gobierno*, t. II: “La reparación fundamental”, Buenos Aires, Raigal.
- MANIFIESTO DEL COMITÉ NACIONAL AL REORGANIZARSE (29 de febrero de 1904) (1904), en: *Hipólito Yrigoyen. Pueblo y gobierno*, t. II: “La Reparación fundamental”, vol. I: “Reparación e intransigencia”, Buenos Aires, Raigal.

- MARTEL, Julián (José M. Miró) ([1891] 1979), *La Bolsa. Estudio social*, Buenos Aires, Huemul.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich ([1848] 2014), “Manifiesto del Partido Comunista”, en: Marx, Karl, *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI
- MATIENZO, José Nicolás ([1910] 1917), *El gobierno representativo federal en la República Argentina*, Madrid, Editorial América.
- MENDÍA, José M. (1890), *La Revolución (crónica detallada). Antecedentes y consecuencias*, dos tomos, Buenos Aires, Mendiá y Martínez.
- MENDÍA, José M. (Jackal) (1892), *El secreto de la revolución. Lo que no se ha dicho. Génesis del Acuerdo*, Buenos Aires, Imprenta La defensa del Pueblo.
- MILHAUD, Edgard (1903), *La Démocratie Socialiste Allemande*, París, Félix Alcan.
- MOLINA, Pedro C. (1909a), “Texto de renuncia del doctor Pedro C. Molina”, en: *Discursos, escritos y polémicas del Dr. Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico de T. Palumro.
- MOLINA, Pedro C. (1909b), “Del doctor Pedro C. Molina (contestando al doctor Hipólito Yrigoyen)”, en: *Discursos, escritos y polémicas del Dr. Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico de T. Palumro.
- MOLINA, Pedro C. (1909c), “Del doctor Pedro C. Molina (contestando al doctor Hipólito Yrigoyen)”, en: *Discursos, escritos y polémicas del Dr. Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico de T. Palumro.
- MOLINA, Pedro C. (1910), “Del Dr. Pedro C. Molina a Hipólito Yrigoyen”, en: *Discursos, escritos y polémicas del Dr. Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico de T. Palumro.
- MORRIS, William (1894), “How I Became a Socialist”. Disponible en: <https://www.marxists.org/archive/morris/works/1894/hibs/hibs.htm> (último ingreso: 24/11/2015).
- Obras de Lisandro de la Torre* (1957), t. I: “Controversias políticas”, Buenos Aires. Hemisferio.
- OCANTOS, Carlos M. ([1891] 1985), *Quilito*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- ODDONE, Jacinto (1983), *Historia del socialismo argentino*, dos tomos, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

- PANNEKOEK, Anton (1912), *Lucha de clases y Nación*. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/pannekoek/1912/clase-nacion.htm> (último ingreso: 15/10/2015).
- PAYRÓ, Roberto ([1908] 1968), “Un héroe del 90”, en: *Violines y toneles*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- POZUELO, Carlos (1915), “El radicalismo argentino, Origen y finalidad”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, tomo X.
- RAMOS MEJÍA, José María ([1899] 1974), *Las multitudes argentinas*, Rosario, Librería.
- RAMOS MEJÍA, José María (1907), *Rosas y su tiempo*, t. I, Lajouane.
- RAMOS MEJÍA, José María ([1911] 1983), “A martillo limpio. Silueta repujada”, en: AA. VV., *Yrigoyen vivo. Rasgos y modalidades de su personalidad*, Buenos Aires, Librería del Jurista.
- REPPETO, Repetto (1956), *Mi paso por la política (De Roca a Yrigoyen)*, Buenos Aires, Santiago Rueda.
- RIVAROLA, Rodolfo (1910), “Partidos políticos y programas”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, t. I.
- RIVAROLA, Víctor (1915), “El Partido Radical y la juventud”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, tomo X.
- ROJAS, Ricardo (1909), *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*, La Plata, UNIPE, 2010.
- ROJAS, Ricardo (1910), *Blasón de Plata*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- ROJO, Carlos, *El Noventa (sociología argentina)*, Buenos Aires, Coni e Hijos, 1892.
- SÁENZ PEÑA, Roque (1909), “Discurso-programa (12/08/1909)”, en: *El pensamiento de los conservadores*, Buenos Aires, El Ateneo, 2010.
- SÁENZ PEÑA, Roque (1910), “Discurso del presidente al tomar posesión del cargo”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, t. I, Buenos Aires.
- SÁENZ PEÑA, Roque (1912), “Quiera el pueblo votar (28/02/1912)”, en: *El pensamiento de los conservadores*, Buenos Aires, El Ateneo, 2010.
- SAGARNA, Antonio (1915), “Concepto del radicalismo argentino”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, tomo X.

- SAGASTUME, Enrique (1915), “La Unión Cívica Radical en la provincia de Buenos Aires”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, tomo X.
- SALDÍAS, Adolfo ([1892] 1945), *Historia de la Confederación Argentina*, 8 tomos, Buenos Aires, Editorial Americana.
- SALDÍAS, Adolfo (1896a), “Semblanza”, en: *Alem. Su vida, su obra, tragedia de su muerte, las doctrinas democráticas del fundador de la Unión Cívica Radical a través de documentos, discursos y escritos*, Buenos Aires, Editorial Alem.
- SALDÍAS, Adolfo (1896b), *Bianchetto. La patria del trabajo*, Buenos Aires, Lajouane.
- SALDÍAS, Adolfo (1912), *Páginas políticas*, t. II, Buenos Aires, Roldán.
- Segundo Censo de la República Argentina* (1898), t. II: Población, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional.
- SOMBART, Werner (1909), *Socialism and the Social Movement*, London/New York, J. M. Dent & Co/E. P. Dutton & Co.
- SOREL, Georges ([1906] 2005), *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza.
- SPALDING, Hobart (comp.) (1970), *La clase trabajadora argentina. Documentos para su historia (1890-1912)*, Buenos Aires, Galerna.
- UGARTE, Manuel (2013), *Hacia la unidad latinoamericana*, Buenos Aires, Punto de Encuentro.
- Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias* (1890), Buenos Aires, Landenberg y Conte Eds.
- WILMART, Raimundo (1915), “El Partido Radical. Su ubicación”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, tomo X.
- YRIGOYEN, Hipólito (1909a), “Primera carta del doctor Hipólito Yrigoyen”, en: *Discursos, escritos y polémicas del Dr. Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico de T. Palumro.
- YRIGOYEN, Hipólito (1909b), “Del doctor Yrigoyen al doctor Pedro C. Molina”, en: *Discursos, escritos y polémicas del Dr. Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico de T. Palumro.
- YRIGOYEN, Hipólito (1909c), “Del doctor Hipólito Yrigoyen al doctor Pedro C. Molina”, en: *Discursos, escritos y polémicas del Dr. Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico de T. Palumro.

-YRIGOYEN, Hipólito (1909d), “Informe presentado por el doctor Hipólito Yrigoyen a la Honorable Convención Nacional de la Unión Cívica”, en: *Discursos, escritos y polémicas del Dr. Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico de T. Palumro.

-YRIGOYEN, Hipólito (1912), “Telegrama del Señor Hipólito Yrigoyen al presidente del Comité de Propaganda de la Juventud Nacionalista Uruguaya”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, t. IV, Buenos Aires.

V. Periódicos y revistas

-ABC del Socialismo

-Caras y Caretas

-Don Quijote

-El Argentino

-El Diario

-El Diario del Pueblo

-El Municipio

-El Nacional

-El Obrero

-El Socialista

-El Tiempo

-La Acción Socialista

-La Argentina

-L'Humanité

-La Internacional

-La Nación

-La Prensa

-La Unión

-La Unión Provincial

-La Vanguardia

-Revista Socialista Internacional

-Tribuna

-Unión Provincial

-Vorwärts